

LON

IAS

CO

95
ECCO

FENELON

LA

AVANTAGE

DE

ESPERANCE

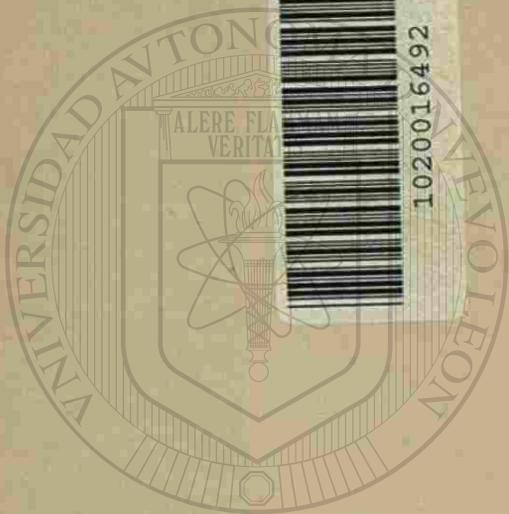
PQ1795

T5

1888

F332a





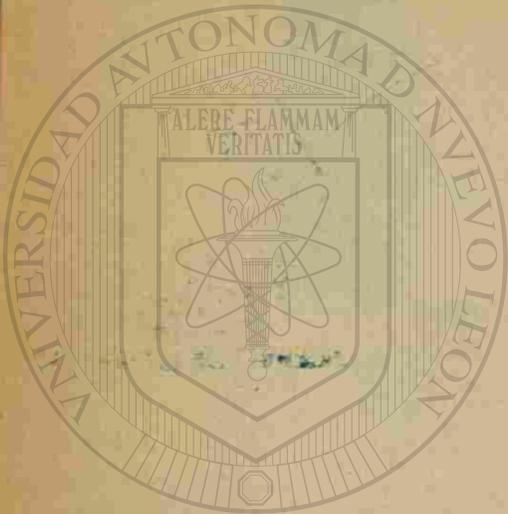
U A N L

Núm. Clas. ^N
Núm. Autor: F332a
Núm. Arg.: 33374
Procedencia
Fecha
Clasifico
Catalogo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS AVENTURAS

DE

TELÉMACO

HIJO DE ULISES

POR

F. SALIGNAC DE LA MOTHE



UNDÉCIMA EDICIÓN

ALFONSO LITERARIA

115425



UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA ALFONSO LITERARIA
APR. 1925 BOMBEREY, MEXICO

LIBRERÍA DE CH. BOURET

PARÍS

23, Rue Visconti, 23

14, Cinco de Mayo, 14

1888

Propiedad del Editor.

33374

P01795

75

1888



LAS AVENTURAS

DE

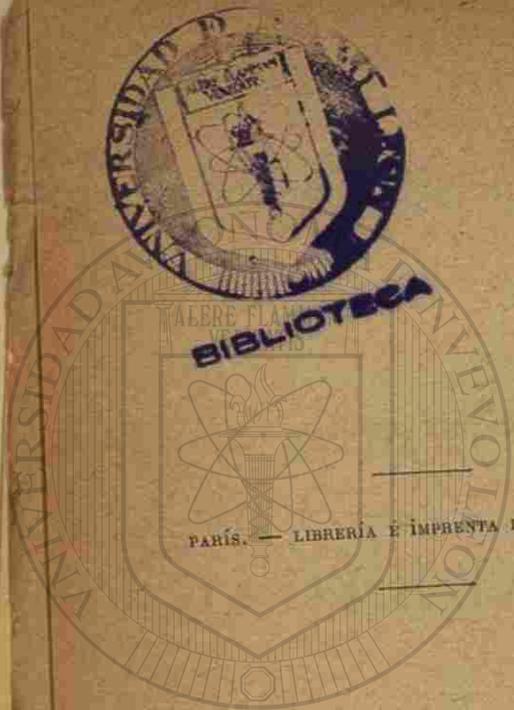
TELÉMACO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

HIJO DE ULISES

LIBRO PRIMERO.

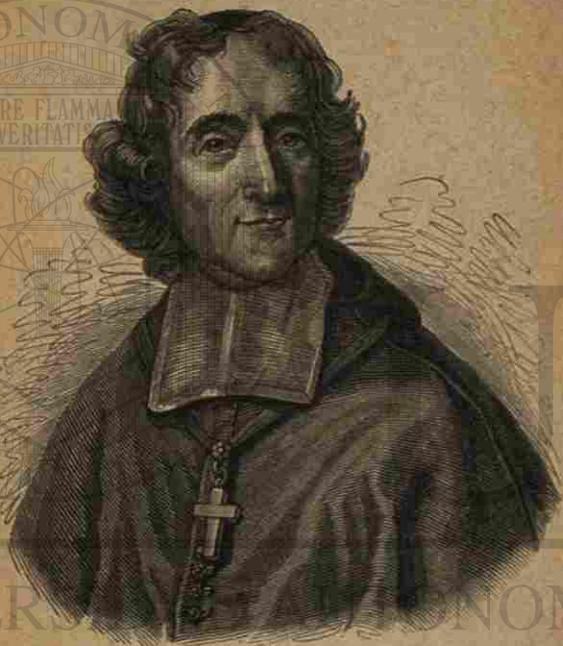
SUMARIO.

TELEMACO, despues de un naufragio, arriba con Minerva, que le conducia disfrazada bajo la figura de Mentor, á la isla de Calipso, quien todavía estaba sintiendo la partida de Ulises. Acógele la diosa benignamente, se apasiona de él, le ofrece la inmortalidad, y le pide que la cuente sus aventuras. Hácelo Telémaco refiriéndola su viage á Pilos y á Lacedemonia, su naufragio en la costa de Sicilia, el riesgo en que estuvo de ser sacrificado á los manes de Anquises, el socorro que en una incursión de bárbaros dieron Mentor y él á Acestes, y la generosidad con que este rey reconoció tan importante servicio, dándoles un navío tirio para que se volbiesen á su patria.

INCONSOLABLE estaba Calipso¹ desde que la dejó Ulises²: tal era su desconsuelo, que se tenia por desgraciada en ser inmortal. Ya no resonaba en su gruta el dulce eco de su voz, ni aun se atrevían á hablarla las ninfas que la servían Acostumbrata pasearse sola por

1. Calipso, diosa, hija de Atlas y de Tétis, fue reina de la isla Ogigia, donde recibió á Ulises despues de su naufragio. Su nombre le viene del griego, y significa *diosa del secreto*; lo que denota, ó que Ulises se perfeccionó aun mas con Calipso en el arte de disimular, que poseía ya, ó simplemente que allí vivió largo tiempo ocultado sin que se supiese su paradero.

2. Ulises, hijo de Laerto y de Anticlea, fue rey de Itaca. Casó con Penélope, hija de Icaro, de quien tuvo á Telémaco. Despues del



FENELÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

el florido prado, cuyas inmarchitables verduras perpetuaban en la isla la mas agradable primavera¹; pero, lejos de hallar en la hermosa variedad de aquellos sitios el alivio que á su dolor buscaba, solo veía un triste y continuo recuerdo de aquel Ulises que tantas veces la habia acompañado en ellos. Solia quedarse inmóvil en la playa del mar, regándola con sus lágrimas, y fija siempre la vista en el camino por donde el navío de Ulises, surcadas las ondas, habia desaparecido á sus ojos.

Así se hallaba, cuando de repente alcanzó á ver los restos de una nave que acababa de naufragar: por una parte se veian hechos pedazos bancos de remeros; por otra se descubrían remos esparcidos por la arena, y un mástil, un timon y jarcias que fluctuaban á la orilla. Poco despues divisó á lo lejos dos hombres, de los cuales el uno le pareció anciano, y el otro, si bien jóven, muy semejante á Ulises en la afabilidad de su semblante, en la bizarría de su aire, en la estatura, y hasta en la gravedad de sus pasos. Al instante conoció Calipso que este era Telemaco, hijo de aquel héroe; pero no pudo descubrir quien fuese el anciano venerable que le acompañaba, porque, aunque la sabiduría de los dioses es infinitamente mayor que la de los hombres todos, sin embargo á las deidades inferiores no les es dado penetrar los arcanos de los dioses supremos; y Minerva, que bajo la figura de Mentor² acompañaba á Telémaco, no quería que Calipso la conociese.

No obstante, se complacia esta diosa de un naufragio que la proporcionaba tener en su isla al hijo de Ulises,

dió de Troya, erró diez años por los mares antes de volver á su patria, y en este viage fue donde una tempestad le arrojó sobre las rocas de la isla Ogigia. Allí Calipso le detuvo siete años, deseando tenerle por esposo; pero, una orden superior habiéndola precisado á despedirle, no podia consolarse de su partida, cuya causa atribuía á la envidia de los otros dioses. (Hom., *Odis.*, lib. v.)

1. La isla Ogigia, llamada tambien *Gaulos*, está un poco mas arriba de Melita ó Malta, entre la ribera de Africa y el promontorio de Sicilia, llamado *Paquino*. No se ha de confundir con la isla de *Canda ó Gauda*, que es cercana de Creta.

2. Mentor fue uno de los amigos de Homero, quien, para eter-

tan parecido á su padre Y dirigiéndose hacia él, le dijo como si no le conociese: ¿Cómo así te atreves, jóven temerario, á entrar en mi isla? Sabete, ó estrangero, que nadie entra impunemente en ella. Así procuraba Calipso, bajo estas palabras de amenaza, ocultar la alegría de que rebosaba su corazon, y que á pesar suyo se descubria en su semblante.

Telémaco la respondió: Quien quiera que vos seais, mortal ó diosa, aunque al veros es preciso teneros por Jivina, podreis ser insensible á la desgracia de un hijo que, entregado á la discrecion de los vientos y de las olas por hallar á su padre, ha visto estrellarse su navio contra las rocas de vuestra isla? Quién es, pues, tu padre? le preguntó la diosa. Ulises, respondió Telemaco: uno de los reyes que despues de un sitio de diez años asolaron la famosa Troya. Por su valor en la guerra, y aun mas por la prudencia de sus consejos, se ha hecho su nombre célebre en toda la Grecia y en el Asia toda. Mas ahora, errante por los anchurosos mares, anda recorriendo los mas terribles escollos por volver á su patria, que parece huye de su vista; de modo que su esposa Penélope y yo hemos perdido ya la esperanza de volver á verle. Expuesto á los mismos peligros que él, ando yo por saber de su paradero. ¡Mas ay de mí! acaso se hallará á estas horas sepultado en los profundos abismos del mar! Compadeceos, ó diosa, de nuestras desgracias; y si sabéis lo que han decretado los hados en favor ó en contra de Ulises, dignaos de comunicárselo á su hijo Telémaco.

nizar su nombre, le colocó en la Odisea, agradecido de que habiendo aportado á Itaca, á su vuelta de España, y padeciendo mucho de una fluxion en los ojos que le estorbaba el continuar su viage, fue recibido en casa de ese Mentor quien cuidó mucho de él. Homero hace de este uno de los mas fieles amigos de Ulises, como que al embarcarse para Troya le ha confiado el cuidado de su casa. La misma ficcion continúa el autor de Telemaco; y como estaba destinada esta obra para la instruccion del duque de Borgoña de quien era preceptor, dice que Mentor era la misma Minerva bajo la forma de este héroe, para dar mas crédito á sus preceptos realmente dignos de esta alta sabiduría.

Tan sorprendida y enamorada quedó Calipso de la discrecion y cordura del mancebo, que ni sabia que responderle, ni se hartaba de mirarle. Por fin, rompiendo el silencio, le dijo: Yo te instruiré de cuanto á tu padre le ha acontecido; pero es muy larga la historia, y ahora mas es tiempo de que te repares de tus trabajos. Ven á mi morada, y en ella te recibiré como á hijo: ven, tú serás mi consuelo en esta soledad, y yo te haré feliz, si sabes apreciar la dicha que te preparo.

Seguia Telémaco á la diosa, cuya hermosa cabeza sobresalia entre la multitud de jóvenes ninfas que la acompañaban, así como en las selvas descuella la frondosa copa de una alta encina sobre los arbustos que la rodean. Admirábase á Telémaco su singular hermosura, la rica púrpura de su undoso manto, el rubio cabello prendido con gracioso descuido, el fuego que despedían sus ojos, y la amabilidad con que templaba tanta viveza. Mentor le seguia con los ojos bajos, y guardando un modesto silencio.

Elegaron á la entrada de la gruta de Calipso, donde Telémaco quedó sorprendido al ver bajo la apariencia de una rústica simplicidad todo lo que puede servir de encanto á los ojos. Allí no habia oro ni plata, mármoles ni columnas, cuadros ni estatuas: en la roca misma estaba labrada la gruta, y sus bóvedas guarnecidas de conchas y rocalla, y entapizadas de una vid tierna, cuyos flexibles vástagos se extendian con igualdad por todas partes. Los dulces céfiros, mas poderosos que los ardientes rayos del sol, conservaban en ella una grata frescura: aqui variedad de fuentes llevaban sus aguas con sonoro murmullo por aquellos prados cubiertos de amarantos y violetas, haciendo de trecho en trecho varios remansos tan puros y claros como un cristal: alli mil florecillas desenrollando sus hojas matizaban la verde alfombra de que estaba rodeada la gruta: allá se detenía la vista en un espeso bosque de aquellos frondosos árboles que dan por fruto dorados pomos, y cuya flor, que se renueva en todas las estaciones, arroja la mas suave fragancia. Este bosque, en cuya espesura se escondia una berenne noche, impenetrable aun á los

rayos del sol, coronaba aquellos hermosos prados. Jamás se oia en él mas que el canto de los pájaros, ó el ruido de un arroyo, que, precipitándose de lo alto de una roca en espumosos borbotones, se hua despues al través de la pradera.

Estaba la gruta en la falda de una colina, desde donde se descubria la mar, unos dias clara y tersa como un espejo, y otros que locamente irritada con las rocas se estrellaba en ellas con horribles gemidos, levantando olas como montañas. A otro lado se veia un rio que formaba varias islas coronadas de floridos tilos, y de altos álamos que escondian en las nubes sus soberbias copas. Los diversos canales que estas islas formaban, andaban como retozando por la campiña: unos rodaban con rapidez sus cristalinas aguas, otros las adormian en su lecho, y otros despues de largos rodeos retrocedian en su curso como para volverse á su origen, y como no acertando á dejar el encanto de aquellas riberas. Veianse á lo lejos varias colinas y montañas, cuyas cimas se ocultaban en las nubes, y cuya extraña vista formaba el horizonte mas á propósito para recreo de la vista. Los montes inmediatos estaban cubiertos de pámpanos verdes, cuyas hojas no bastaban á cubrir el sazonado fruto que agobiaba las vides con su peso: la higuera, la oliva, el granado, y todos los demas árboles amenizaban la campiña, y hacian de ella un espacioso jardín.

Luego que Calipso hubo enseñado á Telémaco todos estos prodigios de la naturaleza, le dijo: Ven, Telémaco, ven á descansar, que tu ropa está mojada, y es ya tiempo de que te pongas otra: despues nos volveremos á ver, y te contaré cosas que enternezcan tu corazón. Al mismo tiempo que así le hablaba, iba conduciendo sus huéspedes á lo mas recóndito de una gruta contigua á la suya, en la cual habian cuidado las ninfas de encerrar una gran lumbré de leña de cedro, cuyo suave olor se esparcia por todas partes; y no se olvidaron de dejar vestidos para los nuevos huéspedes.

Viendo, pues, Telémaco que se le habia destinado una túnica de lana fina, cuya blancura excedia á la de

la nieve misma, y un rico manto de púrpura bordado de oro; al contemplar tanta magnificencia, sintió todo el placer que es natural á un jóven.

Pero Mentor, á quien no se escondia lo que en su corazón pasaba, le dijo en tono grave: ¿Son esos pensamientos, ó Telémaco, dignos del hijo de Ulises? Mejor te fuera pensar en hacerte digno de la reputacion de tu padre, y resistir á la fortuna que te persigue. El jóven que gusta de engalanarse livianamente como una muger, indigno es de la sabiduria y de la gloria, solo debidas al que tolera los trabajos y desprecia los placeres.

Antes me quiten los dioses la vida, le respondió Telémaco, dando un suspiro, que permitan que de mi corazón se apoderen la molicie y la voluptuosidad! Eso no: jamas el hijo de Ulises se rendirá á los hechizos de una vida pusilánime y afeminada. Pero; no debemos dar gracias al cielo, porque despues de nuestro naufragio nos ha deparado esta diosa ó esta mortal que nos colma de bienes?

Teme, le replicó Mentor, no te colme de males; teme sus engañosos halagos aun mas que los escollos en que se estrelló tu nave: sí, temelos mas: pues el naufragio y aun la muerte misma son menos temibles que los placeres que asaltan á la virtud. Guárdate de creer nada de lo que la diosa te cuente: está sobre tí: mira que la juventud es presuntuosa: todo se lo promete de sí; y aunque frágil, todo cree que lo puede, y que nada tiene que temer. Guárdate de dar oídos á sus lisonjeras insinuaciones, que se deslizarán como serpiente entre flores: teme esta oculta ponzoña, desconfía de tí mismo, y aguarda siempre mis consejos.

Luego volvieron á ver á Calipso, que ya les esperaba las ninfas, trezado el cabello, y vestidas de blanco. sirvieron inmediatamente una comida sencilla, pero exquisita por el gusto y por el aseo. En ella no se veia otra carne que la de las aves cogidas en sus redes, ó de los animales que habian cazado con sus flechas: el vino, que de unas grandes vasijas de plata corria en tazas de oro coronadas de flores, era mas dulce que el néctar; y

por fin les presentaron cuantas frutas promete la primavera y regala el otoño. Al mismo tiempo cantaron cuatro de ellas, primero la guerra de los dioses con los gigantes; despues los amores de Júpiter y de Semele; el nacimiento de Baco, y su educacion por el viejo Sileno en la carrera de Atalanta y de Hipómenes, quien la venció por medio de las manzanas de oro cogidas en el jardín de las Hespérides; y por último cantaron tambien la guerra de Troya, ensalzando hasta el cielo los triunfos y la prudencia de Ulises. La ninfa principal, llamada Leucotoe, acompañaba con la lira las dulces voces de las otras.

Al oír Telémaco el nombre de su padre no pudo contener las lágrimas, que corriendo por sus mejillas daban nuevo realce á su hermosura. Echando de ver Calipso que no podia comer porque el dolor le tenia oprimido el corazón, hizo una señal á las ninfas, que al instante cantaron el combate de los Centauros y los Lapitas, y la bajada de Orfeo á los infiernos para sacar de ellos á Euridice.

Acabada la comida, se apartó la diosa con Telémaco, y le habló de esta manera: Tú sabes, hijo del grande Ulises, la bondad con que te he acogido: sabe, pues, tambien que soy inmortal, y que ninguno que no lo sea puede entrar en esta isla sin que al punto sea castigado su atrevimiento; ni aun tu naufragio te disculpara: nada fuera bastante á librarte de mi enojo, si yo de antemano no te amase. La misma fortuna tuvo tambien tu padre; pero ah! ¡qué poco supo aprovecharse de ella! Largo tiempo le detuve en esta isla: en su mano estuvo vivir conmigo una vida inmortal; pero pudo mas con él la ciega pasion de volver á su miserable patria: todo lo despreció por su Itaca, que no ha logrado volver á ver¹. Se obstinó en dejarme, marchóse; pero me vengó la tempestad que sepultó su nave entre las olas despues de

1. Fue la causa de su impaciencia el amor que tenia á su esposa Penélope, cuya imagen le seguia noche y dia. Tanto la amó que se fingió loco por no ir al sitio de Troya; pero se descubrió el engaño.

haberla hecho servir mucho tiempo de juguete á los vientos : escarmienta en tan funesto ejemplo. Y pues su naufragio no te deja ni la mas remota esperanza de volver á verle, ni de reinar en Itaca, consuélote de su pérdida hallar en mí una deidad dispuesta á hacerte feliz, y un reino que ella misma te ofrece.

A esto añadió largos discursos, pintando con la mayor delicadeza las dichas que disfrutó Ulises en su compañía. Contóle las aventuras que le sucedieron en la caverna del ciclope Polifemo¹, y con Antifates, rey de los Lestrigones²: contóle lo que le sucedió en la isla de Circe, hija del Sol³, y el riesgo que corrió entre Escila y Caribdis⁴. Le hizo una pintura de la última tempestad que movió Neptuno contra él cuando la dejó; y para que se persuadiese que en ella habia perecido, le ocultó su arribo á la isla de los Feacios⁵.

1. En el libro ix de la *Odisea* se puede ver la descripción de esa cueva que estaba en Sicilia; como en ella se hallaron encerrados Ulises y sus compañeros; de que manera cegaron el ojo al gigante Polifemo, después de haber debilitado sus fuerzas con el queso; y como salieron por fin de allí, atándose ellos mismos debajo del vientre de los mas fuertes carneros de su rebaño. (*Odís.*, lib. ix.)

2. Los Lestrigones, gigantes antropófagos oriundos de Sicilia, habitaban en la ciudad de *Lamos*, mas antiguamente *Formias*, en la costa de Campania. Ulises, habiendo querido desembarcar en su tierra, tuvo el dolor de ver á la mayor parte de sus compañeros devorados por esos monstruos, y todos sus navios echados á pique menos el que montaba él mismo.

3. La isla de Circe se llamaba *Eea* ó *Circei*, que es una montaña muy cercana de Formias. Homero la llama isla porque el mar y el pantano que la ciñen hacen de ella una península. Allí los compañeros de Ulises fueron transformados en cerdos. (*Odís.*, lib. xii.)

4. Escila y Caribdis son dos peñascos que forman la entrada de estrecho de Sicilia, por la parte del Peloro (hoy el Faro), el primero en la costa de Italia, y el segundo en la de Sicilia. Fueron en otro tiempo unos escollos muy peligrosos por la calidad de los navios de que se usaba entonces; pero hoy que se ha perfeccionado tanto la navegacion no se hace caso de ellos. Allí tambien perdió Ulises algunos de sus compañeros.

5. La isla de los Feacios es *Coreira*, ó *Corfú*, llamada antiguamente, por los Fenicios, *Siqueria*, que significa puente de tráfico. Está en frente del continente del Epiro.

Telémaco, que desde luego se habia entregado con demasiada ligereza al regocijo de verse tan bien tratado de Calipso, conoció al fin sus artificios, y la prudencia de los consejos que Mentor acababa de darle; y así la respondió en pocas palabras: Disculpad, ó diosa, mi sentimiento es tan intenso mi dolor, que solo me permite llorar y sentir: acaso en lo sucesivo me hallaré mas capaz de disfrutar la dicha que me ofrecéis; por ahora dejadme que llore á mi padre: vos sabeis mejor que yo cuan digno es de ser llorado.

No se atrevió por entonces la diosa á instar mas á Telémaco; antes fingió tomar parte en su pena, y contristarse por Ulises. Pero, para mejor conocer los medios de que debia valerse para ganarle el corazón, le preguntó como habia naufragado, y por que aventuras habia venido á dar en sus costas. La historia de mis infortunios, la respondió Telémaco, se os haria demasiado pesada. De ningun modo, le replicó la diosa: ya estoy deseando saberla, no dilates referirmela. Por fin le instó tanto, que, no pudiendo resistirse, empezó á hablar en estos terminos:

Yo salí de Itaca a preguntar por mi padre á los otros reyes que habian vuelto del sitio de Troya. A los amantes de mi madre Penélope les sorprendió la noticia de mi partida¹: ocultécela cuidadosamente, porque conocia su perfidia. Llegué á Pilos, hablé á Nestor²; pasé á Lacedemonia, donde fui cariñosamente recibido de Menelao³; pero ni uno ni otro supieron decirme si mi padre era vivo ó muerto. Cansado ya de dudas, me resolví á pasar á Sicilia, adonde tenia entendido que le habia arrojado una borrasca: pero el sabio Mentor, que está presente, se opuso á tan temerario designio, representándome por una parte la crueldad de los ciclopes

1. La rara hermosura de Penélope habia atraído á su Corte varios principes que pretendian casarse con ella, creyendo muerto á Ulises.

2. Nestor hijo de Neleo y de Cloris fue uno de los reyes que pasaron al sitio de Troya. Condujo allí una escuadra de noventa navios.

3. Menelao era hijo de Atreo y de Eropo. Se habia casado con Helena, hija de Júpiter y de Leda, cuyo rapto fue causa de la guerra de Troya.

gigantes monstruosos que devoran á los hombres; y por otra la armada de Eneas y de los Troyanos que navegaban por aquellas costas. Los Troyanos, me decia, aborrecen mortalmente á los Griegos; pero en especial ninguna sangre derramarian con mas gusto que la del hijo de Ulises. Créeme, vuélvete á Itaca, donde acaso tu padre, á quien aman los dioses, llegará al mismo tiempo que tú; y si han decretado su ruina, ó que no vuelva á ver su patria, á lo menos vé tú á vengarle: vé á librar á tu madre: haz que todas las naciones admiren tu sabiduría: haz que la Grecia toda vea en tí un rey tan digno de serlo como el mismo Ulises.

Por desgracia yo no tenia la prouocencia y docilidad que se necesitaba para conocer y seguir tan saludables consejos: solo oia el grito de mi pasión. Sin embargo el sabio Mentor me ama tanto, que no dudó acompañarme en un viaje tan temerario, y emprendido contra su dictamen; y los dioses me permitieron caer en esta falta, sin duda porque de ella aprendiese á corregir en lo sucesivo mi presuncion.

Mientras Telémaco hablaba, estaba Calipso como asombrada mirando á Mentor, en quien creia descubrir algo de divino; pero no pudiendo aclarar sus confusas ideas acerca de quien fuese aquel desconocido, permanecia en su presencía llena de temor y desconfianza; y, recelando que su turbacion llegase á traslucirse, le dijo á Telémaco que continuase su historia, y este lo hizo así:

Largo tiempo tuvimos un viento favorable para Sicilia; pero despues una negra tempestad ocultó el cielo á nuestra vista, y quedamos envueltos en una profunda noche. A la luz de los relámpagos divisamos otras naves que corrian el mismo riesgo, y no tardamos en conocer que eran las de Eneas, no menos temibles para nosotros que las mismas rocas. Entonces conocí, aunque tarde, lo que el ardor de una juventud imprudente me habia impedido reflexionar con madurez. Pero Mentor se mostró en este peugro no solo firme é intrépido, sino aun mas alegre de lo que acostumbra. Él era quien me animaba, y yo sentia el valor invencible que me infundia; y cuando hasta el mismo piloto

esturuido, él con la mayor serenidad lo ordenaba todo. Entonces le dije: ¡Mi amado Mentor, que rehusase yo seguir vuestros consejos! ¡cuanta es mi desgracia por no haber consultado mas que mi voluntad en una edad en que ni se tiene prevision de lo futuro, experiencia de lo pasado, ni moderacion para conducirse en lo presente! Mas ah! que si lográsemos escapar de este peligro, yo desconfiaré de mí mismo como de mi mas temible enemigo. Solo á vos, Mentor, solo vuestros consejos serán los que siga siempre.

Mentor me respondió sonriéndose: No trato de reprimir la falta que has cometido; basta que la conozcas, y ojalá que de ella aprendas á moderar tus deseos, pero despues que el peligro pase, tornará quizá la presuncion. Mas ahora lo que importa es mantenerse con valor. Es menester prever el peligro y temerle antes de arrostrarle; pero ya en él, no queda mas arbitrio que despreciarle. Muéstrate pues digno hijo de Ulises. muestra un corazon superior á los riesgos que te amenazan.

Admirado me dejaron la afabilidad y valor del sabio Mentor; pero lo que me sorprendió aun mucho mas fue la industria con que nos libró de los Troyanos. Al momento en que el cielo empezaba á despejarse, y en que hubiera sido preciso que los Troyanos, viendonos de cerca, nos conocieran, echó de ver que una de sus naves, separada de las otras por la tormenta, era casi semejante á la nuestra, y que su popa estaba coronada de ciertas flores: al instante dispuso que se guarneciese la nuestra con guirnaldas de flores semejantes, y él mismo las ató con lazos del propio color que los de los Troyanos: mandó á nuestros remeros que se ocultasen cuanto pudiesen, tendiéndose á lo largo de los bancos para no ser conocidos de los enemigos; y así pasamos por en medio de su armada. Luego que nos vieron, empezaron á manifestar á gritos su alegría, creyendo que volvian á ver los compañeros que tenian por perdidos. Obligonos el mar, bien á pesar nuestro, á navegar con ellos largo trecho; mas en fin pudimos quedarnos algo atrás; y mientras la impetuosidad de los vientos los arrojaba á ellos hácia el Africa, hicimos nosotros los últimos es-

fuerzos para llegar á fuerza de remos á la vecina costa de Sicilia.

Llegamos con efecto; pero lo que en ella hallamos no nos fué menos funesto que la escuadra de que hufamos. Encontrámonos con otros Troyanos igualmente enemigos de los griegos, vasallos del anciano Acestes¹, originario de Troya, que reinaba en aquella isla. Apenas llegamos á la playa, cuando los habitantes hubieron de tenernos por vecinos de otros pueblos de la isla que iban armados para sorprenderlos, ó por extranjeros que iban á apoderarse de sus tierras. Al primer ímpetu de su furor nos incendiaron la nave, y pasaron á cuchillo á todos nuestros compañeros, sin reservar mas que á Mentor y á mí para presentarnos á Acestes, á fin de que pudiese saber de nosotros mismos cuales eran nuestros designios y de donde veníamos. Lleváronnos á la ciudad atadas atrás las manos: y si nuestra muerte se difería, era solo para que sirviésemos de agradable espectáculo á un pueblo cruel luego que supiese que éramos griegos.

Inmediatamente fuimos presentados á Acestes, que con el cetro de oro en la mano estaba juzgando á sus pueblos, y preparándose para un gran sacrificio. Preguntónos con severidad de que tierra éramos, y el objeto de nuestro viage; y Mentor se adelantó á responderle: Nosotros venimos de las costas de la grande Hesperia, y nuestra patria no dista mucho de ellas. Así evitó decir que éramos griegos. Pero Acestes, poco satisfecho con esta respuesta, y sin darle lugar para mas, nos mandó llevar á un bosque inmediato, para que, bajo el mando de los que guardaban sus ganados, sirviésemos allí en calidad de esclavos.

Horrorizóme esta indigna condicion; y no pudiendo contenerme, exclamé como enagenado: ¡Oh rey! dadnos la muerte antes que tratarnos con tanta ignominia. Sabed que yo soy Telémaco, hijo del sabio Ulises, rey de

1. Acestes, hijo de Criniso, rio de Sicilia, y de Egesta, princesa troyana. Recibió en sus estados á Anquises y Eneas cuando iban á Italia. (Vnac., *Enoid.*, lib. v.)

los Itacences, que le ando buscando por todos los mares; pero si no he de tener la dicha de hallarle, ni la de volver á mi patria, ni me ha de ser posible evitar la esclavitud con que me amenazais, quitadme una vida que me será insoportable.

No bien lo hube dicho, cuando todo el pueblo exclamó alborozado: Perezca el hijo de aquel cruel cuyos artificios destruyeron la ciudad de Troya. El mismo Acestes me dijo: Telémaco, yo no puedo negar tu sangre á los manes de tantos Troyanos como ha precipitado tu padre á las riberas del negro Cocito: morirás, pues, tú y el que te conduce. Al mismo tiempo un anciano, que entre la turba se hallaba, propuso al rey que fuésemos inmolados sobre el sepulcro de Anquises¹: Su sangre, decia, será grata á la sombra de aquel héroe. ¡Y cuanta no será la gratitud y reconocimiento de Eneas, cuando sepa que tanto amais lo que él mas apreciaba en el mundo!

Todo el pueblo aplaudió la proposicion, y ya no se trataba mas que de sacrificarnos. Ya nos conducian al sepulcro de Anquises, en que se habian erigido dos altares, sobre los cuales ardia el sacro fuego. La espada del sacrificio estaba presente á nuestra vista. Habíannos coronado de flores, y no habia compasion que nos salvara la vida: nuestra suerte estaba decidida; cuando he aquí que Mentor con la mayor tranquilidad pide permiso para hablar al rey, y le dice:

Acestes! ya que la desgracia del jóven Telémaco, que jamas ha tomado las armas contra los Troyanos, no os mueve á compasion, muévaos siquiera vuestro propio interés. Por la ciencia que alcanzó de los presagios y de la voluntad de los dioses, estoy previendo que antes de tres dias os acometerán unos pueblos bárbaros, que á manera de torrente se precipitarán desde lo alto de las montañas, inundarán vuestra ciudad, y talarán todo el pais. Disponeos, pues, á prevenirles; armad vuestros pueblos, y no perdais momento en poner al cubierto de vuestros muros los numerosos rebaños que teneis en los

1. El sepulcro de Anquises estaba en el monte Erice. Allí le sepultaron Acestes y Eneas.

campos. Si mi predicción saliere fallida, en vuestra mano estará sacrificarnos al cabo de los tres días; pero si por el contrario saliere cierta, reflexionad cuan injusto fuera quitar la vida á los mismos de quien se ha recibido.

Admirado quedó Acestes de lo que Mentor le decía con aquel género de confianza que jamás había observado en ningún otro hombre. Y así le respondió: Bien veo, extranjero, que los dioses, á quienes debéis tan pocos bienes de fortuna, os han dado en recompensa una sabiduría mucho más apreciable que todos los tesoros. Dicho esto, suspendió el sacrificio, y se apercibió con presteza contra la invasión que según Mentor le amenazaba. A do quiera que se volvía la vista, se hallaban mugeres trémulas, viejos encorvados y niños llorosos que iban á refugiarse á la ciudad. Los bueyes mugiendo y las balantes ovejas dejaban los abundosos pastos y se venían á bandadas, sin que hubiese establos que bastasen á guarecerlos. Por todas partes se oía el confusor rumor de las gentes que se atropellaban sin entenderse. Aquí uno buscando á su amigo se abraza con un desconocido, y allí corren otros sin saber adonde: todo era confusión y asombro. No así los magnates de la ciudad, que, teniéndose por más cuerdos, creían que Mentor era un impostor, y que había hecho aquella falsa predicción solo por salvarse la vida.

Antes de concluirse el tercer día, y cuando ellos estaban más satisfechos de su opinión, se vió que descendía por la ladera de los montes inmediatos una multitud infinita de bárbaros armados, compuesta de los feroces Himérios¹, y de las naciones que habitan los montes Nébroses, y la cima del Acragas, donde reina un invierno que jamás han templado los céfiros. Todos los que despreciaron la predicción de Mentor perdieron su esclavos y ganados. El Rey, por el contrario, viéndol-

1. La ciudad de Himera en Sicilia, estaba al occidente del río del mismo nombre. Floreció mucho por espacio de ciento y cuarenta años, al cabo de los cuales la arruinaron los Cartagineses bajo el mando de Anibal, unos cuatrocientos años antes de J.

cumplida: Me olvido, le dijo, de que sois Griegos: nuestros enemigos vienen á ser hoy nuestros más fieles amigos. Los dioses os han enviado para salvarnos: y así no espero menos de vuestro valor que de la sabiduría de vuestros consejos: apresuraos, pues, á socorrernos.

El deplorado que Mentor manifestaba en sus ojos llevaba de admiración á los más bravos combatientes. Armase de escudo, yelmo, espada y lanza, ordena las tropas de Acestes, y poniéndose al frente de ellas, avanza en buen orden hacia el enemigo. Acestes, aunque lleno de espíritu, no podía por su vejez seguirle sino de lejos. Seguiale yo más de cerca, pero muy distante en el valor. Parecía su coraza en el combate la inmortal egida¹. La muerte discurría de fila en fila por donde quiera sus golpes caían. Semejante á un león de Numidia que acosa el hambre, y se entra en un rebaño de mansas ovejas, él despedaza, degüella, nada en sangre; y los pastores, lejos de socorrer al ganado, huyen despavoridos por librarse de su furor.

Así fué que los bárbaros, que creían sorprender la ciudad, fueron sorprendidos y desbaratados. Los vasallos de Acestes, animados con el ejemplo y las palabras de Mentor, tuvieron aquel día un valor de que ellos mismos se tenían por incapaces. Yo derribé con mi lanza al hijo del rey de aquel pueblo enemigo. Era de mi edad, pero de mucho mayor estatura; porque aquel pueblo trae su origen de una casta de gigantes descendientes de los ciclopes. Despreciábame por débil, pero sin arredrarme su prodigiosa fuerza, ni su aspecto salvaje y brutal, le atravesé con mi lanza, haciéndole vomitar la vida con un torrente de negra sangre. No faltó mucho para que me abrumase en su caída.

1. El nombre de egida viene de una voz griega que significa *cabra*. Fue primitivamente arma defensiva, una piel de cabra envuelta alrededor del brazo derecho ó puesta sobre el pecho. Minerva le añadió en el medio la cabeza de Medusa; después se adornó con escamas de oro ó plata. Algunas veces se cubrió con ella el escudo. Posteriormente los poetas han atribuido exclusivamente la egida á Júpiter y á Minerva.

Tal era su peso, y el de su armadura, que el ruido que hizo con el golpe resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos, y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor descendió á los enemigos, los destruyó, ahuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses; y Acestes, á impulsos del agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvían á Sicilia. Para evitarle, nos dió una en que pudiésemos restituírnos á nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó á que sin dilación partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nación, porque sin duda hubiera sido esponerlos demasiado, llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos si unos comerciantes fenicios, los cuales, por estar en tráfico con todas las naciones del mundo, nada tenían que temer: y al mismo tiempo iban encargados de volver el navío á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses, que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

REFIERE Telémaco que fue cogido por la armada de Sesostria en el navío tirio, y llevado cautivo á Egipto: pinta la hermosura de aquel país, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fue hecho esclavo tambien, y enviado á Etiopia, y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en el desierto de Oasis; que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á que imitase á este dios cuando fue pastor del rey Admeto. Cuenta tambien que, sabidas por Sesostria las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituírle á Itaca; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Tirios.

IRRITADO tenia la altivez de los Tirios al gran Sesostria, rey de Egipto, y conquistador de tantos reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirian, y con la seguridad que les ofrecia la incontestable Tiro, situada en el mar, se habian engreido hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas, y hasta el extremo de proveer de tropas á su hermano, que á su regreso intentó asesinarle entre los regocijos de un festín.

Para abatir su orgullo, dispuso Sesostria interceptarles el comercio en todos los mares, á cuyo fin cruzaban sus navíos por todas partes en busca de los Fenicios. Dimos con una flota egipcia cuando empezábamos á perder de vista las montañas de Sicilia, y cuando el puerto y la tierra huian al parecer de nosotros, perdiéndose en los mares. Acercábanse á nosotros los bajeles de los Egipcios eual una ciudad flotante. Reco

Tal era su peso, y el de su armadura, que el ruido que hizo con el golpe resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos, y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor descendió á los enemigos, los destruyó, ahuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses; y Acestes, á impulsos del agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvían á Sicilia. Para evitarle, nos dió una en que pudiésemos restituírnos á nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó á que sin dilación partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nación, porque sin duda hubiera sido esponerlos demasiado, llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos si unos comerciantes fenicios, los cuales, por estar en tráfico con todas las naciones del mundo, nada tenían que temer: y al mismo tiempo iban encargados de volver el navío á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses, que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

REFIERE Telémaco que fue cogido por la armada de Sesostria en el navío tirio, y llevado cautivo á Egipto: pinta la hermosura de aquel país, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fue hecho esclavo también, y enviado á Etiopia, y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en el desierto de Oasis; que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á que imitase á este dios cuando fue pastor del rey Admeto. Cuenta también que, sabidas por Sesostria las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituírle á Itaca; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Tirios.

IRRITADO tenía la altivez de los Tirios al gran Sesostria, rey de Egipto, y conquistador de tantos reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirían, y con la seguridad que les ofrecía la incontestable Tiro, situada en el mar, se habían engreído hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas, y hasta el extremo de proveer de tropas á su hermano, que á su regreso intentó asesinarle entre los regocijos de un festín.

Para abatir su orgullo, dispuso Sesostria interceptarles el comercio en todos los mares, á cuyo fin cruzaban sus navíos por todas partes en busca de los Fenicios. Dimos con una flota egipcia cuando empezábamos á perder de vista las montañas de Sicilia, y cuando el puerto y la tierra huían al parecer de nosotros, perdiéndose en los mares. Acercábanse á nosotros los bajeles de los Egipcios eual una ciudad flotante. Reco

ociéronlos los fenicios, y quisieron alejarse; pero ya no era tiempo, porque sus naves eran mas veleras, las favorecia el viento, y estaban mejor tripuladas de remeros: por último nos abordan, nos apresan y nos llevan prisioneros á Egipto.

En vano les hice presente que no éramos fenicios, pues apenas se dignaron oírme, teniéndonos desde luego por esclavos, en que los fenicios comerciaban; y así solo pensaban en el valor de la presa. Ya alcanzamos á ver las aguas del mar, blancas con la mezcla de las de Nilo, y vimos tambien la costa de Egipto casi tan baja como el mismo mar. Despues llegamos á la isla de Faros, inmediata á la ciudad de No, y desde allí subimo por el Nilo hasta Méfis.

Si el dolor de vernos cautivos no nos hubiese hecho insensibles á todo placer, seguramente hubiéramos sentido el mayor al ver la tierra de Egipto tan fértil y bien cultivada como el mas hermoso jardín, regado por un sin número de canales. Por cualquiera de las dos riberas que tendíamos la vista, se nos ofrecian ciudades opulentas, casas de campo bellamente situadas, tierras que todos los años se cubren de doradas espigas, sin estar jamás de descanso, praderas pobladas de ganados, labradores enriquecidos con las abundantes cosechas que les daba la fecundidad del suelo, pastores que á todos los ecos de aquellos contornos hacian repetir los acordes sonidos de las flautas y zampoñas.

Feliz, decia Mentor, feliz el pueblo gobernado por un rey sabio! Vive en la abundancia, en medio de la dicha, y ama al autor de su felicidad. Así es, me dijo, como debes reinar y causar la alegría de tus vasallos, si es que algun dia quieren los dioses que llegues á poseer el reino de tu padre. Amalos como á tus propios hijos, complácete en ser amado de ellos, y haz de modo que cuando gocen de los preciosos dones de la paz y de la alegría, se acuerden precisamente que es de un buen rey de quien los reciben. Los reyes que solo piensan en hacerse temibles y obtener de la opresion la obediencia son el azote del género humano: logran si ser temidos como desean, pero tambien son aborrecidos y detes-

taños; y es mucho mas lo que tienen que temer de sus vasallos, que lo que sus vasallos tienen que temer de ellos.

No es ahora tiempo, respondia á Mentor, de pensar en las máximas segun las cuales se ha de reinar; ya no hay Itaca para nosotros; no volveremos á ver nuestra patria, ni á mi madre Penélope: y aun cuando Ulises volviese lleno de gloria á su reino, ni él tendria la satisfaccion de verme, ni yo la de obedecerle para aprender á mandar. Muramos, mi querido Mentor, que es lo único en que debemos pensar; muramos, pues que los dioses no se apiadan de nosotros.

Así hablaba, y profundos suspiros interrumpian mis palabras. Pero Mentor, que solo temia los males antes que llegasen, y, ya en ellos, no sabia que cosa era temerlos; ¡Indigno hijo del sábio Ulises! me dijo, qué es esto! así es como sucumbes á la desgracia! Sabe que llegará el dia en que vuelvas á ver á Itaca y á Penélope: sabe que tambien verás en su gloria primera al que hasta ahora no has conocido, al invencible Ulises, superior á todas las desgracias, y que en sus infortunios, harto mayores que los tuyos, te enseña á que jamás te abatas. Cuál fuera su desconsuelo, si allá, en las lejanas tierras adonde le ha arrojado la borrasca, supiese que su hijo no imitaba su paciencia ni su valor, esta nueva, despues de cubrirle de vergüenza, era preciso que le fuese mas sensible que todas las desgracias que tanto tiempo hace está sufriendo.

Despues me iba haciendo notar la alegría y la abundancia que rebosaban por toda la campiña de Egipto, en la cual se contaban hasta veinte y dos mil ciudades: admiraba su buena policia, la justicia administrada á favor del pobre contra el rico, la buena educacion de los jóvenes, á quienes se les acostumbraba á la obediencia, al trabajo, á la sobriedad y al amor de las artes ó de las letras; la exactitud en todas las ceremonias de la religion, el desinterés, el deseo de la honra, la fidelidad para con los hombres, y el temor de los dioses que cada padre inspiraba á sus hijos. No se cansaba de admirar un orden tan excelente. Feliz, me decia á cada instante, feliz el pueblo que es así gobernado por un

rey sabio; y mucho mas feliz todavía el rey que proporciona la felicidad á tantos pueblos, y que solo funda la suya en su virtud propia! El tiene sujetos los hombres con un vínculo cien veces mas fuerte que el del miedo; es el del amor. No solo le obedecen, sino que gustan de obedecerle. Reina en los corazones todos, cada uno, muy lejos de querer su muerte, teme perderle, y daría por él su vida.

Iba yo notando cuanto me decía Mentor, y sentía que al paso que me hablaba, mi valor renacía en mis corazones.

Inmediatamente que llegamos á Méfis, opulenta y magnífica ciudad, mandó el gobernador que fuésemos á Tebas, para que nos presentasen al rey Sesostris, que quería examinar las cosas por sí mismo, y que estaba muy resentido de los tirios. Proseguimos pues nuestro viaje subiendo por el Nilo hasta la famosa Tebas de cien puertas, corte de aquel gran rey. Esta ciudad nos pareció de una inmensa estension, y mas poblada que las mas florecientes de Grecia. Es admirable su policía, así por el aseó de las calles, el curso de las aguas y la comodidad de los baños, como por la cultura de las artes y la seguridad pública. Las plazas están adornadas de fuentes y obeliscos, los templos son de mármol, y su arquitectura sencilla, pero magestuosa. El palacio del príncipe es por sí solo como una gran ciudad: en él no se ven sino columnas de mármol, pirámides y obeliscos, estatuas colosales, y muebles de plata y oro macizo.

Los que nos habían apresado, dijeron al rey que habíamos sido hallados en un navío fenicio. Tenía señaladas ciertas horas diarias para oír á cualquiera de sus vasallos que tuviese alguna queja ó aviso que darle: á ninguno despreciaba ni desechaba, porque estaba bien persuadido de que solo era rey para hacer bien á todos sus vasallos, á los cuales amaba como á sus propios hijos. Recibía á los extranjeros con agrado, y gustaba de verlos, no dudando que siempre se aprende algo útil imponiéndose de las costumbres y usos de los pueblos lejanos.

Esta curiosidad del rey fué causa de que nos presentasen á él. Estaba sentado sobre un trono de marfil, con

un cetro de oro en la mano. Era ya anciano, pero agradable y lleno de majestad y dulzura. Administraba justicia diariamente á sus pueblos con una paciencia y sabiduría que no necesitaban de la lisonja para ser admiradas. Despues de emplear las mañanas en el arreglo de los negocios, y en la mas exacta administracion de justicia, se divertía por las tardes en oír á los sabios, ó en conversar con los hombres mas virtuosos, que sabia muy bien elegir para admitirlos á su trato. Lo único que se le podía censurar en todo el discurso de su vida era el haber triunfado con demasiado fausto de los reyes que había vencido, y de haberse confiado á uno de sus súbditos, cuyo carácter os describiré bien pronto. Luego que el rey me vió, se compadeció de mis pocos años preguntóme mi nombre y patria; y vimos con admiracion que la misma sabiduría hablaba por su boca.

Gran rey, le respondí, ya habeis tenido noticia del sitio de Troya, que duró diez años, y de su ruina, que tanta sangre costó á toda la Grecia. Ulises, mi padre, fue uno de los reyes que mas particularmente contribuyeron á la destruccion de aquella ciudad; mas ahora anda errante por los mares, sin hallar la isla de Itaca, que es su reino. Yo le ando buscando; mas una desgracia semejante á la suya me ha hecho caer prisionero. Restituidme á mi padre y á mi patria: así los dioses os conserven para bien de vuestros hijos, y les hagan apreciar dignamente la dicha de vivir bajo la direccion de tan buen padre.

Continuó Sesostris mirándome con ojos compasivos; pero queriendo averiguar si era verdad lo que yo le había dicho, nos envió á uno de sus ministros, encargándole que se informase de los que apresaron nuestra nave, si efectivamente eramos griegos ó fenicios. Si son fenicios, decía, merecen doble castigo, por ser nuestros enemigos, y mas por haber intentado engañarnos con una vil mentira; pero si por el contrario son griegos, quiero que se les trate benignamente, y que si una de mis naves se les vuelva á su patria. Soy afecto á la Grecia, porque han sido muchos los egipcios que han dado leyes en ella. Tengo noticias del valor de Hércules; la gloria de Aquiles se ha extendido hasta nosotros, y admiro cuanto me han contado de la sabi-

ourría del desgraciado Ulises; es mi gusto socorrer á la virtud desgraciada.

El ministro, á quien el rey cometi6 el examen, tenia una alma tan corrompida y artificiosa, como sencilla y generosa era la de Sesostris. Llamábase Metofis; hizonos varias preguntas procurando sorprendernos; pero como víese que Mentor respondia con mas prudencia que yo, le miraba con aversion y desconfianza, porque es propio de los malvados irritarse contra los buenos. Por último nos separó, y desde aquel momento no supe mas de Mentor.

— Esta separacion fué para mí un golpe mortal. Esperaba Metofis hallarnos en contradiccion, preguntándonos separadamente; y sobre todo creia deslumbrarme con sus lisongeras promesas, y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. En fin, no buscaba de buena fé la verdad: lo que queria era hallar algun pretexto con que decir al rey que éramos fenicios para hacernos sus esclavos. Con efecto á pesar de nuestra inocencia, y de la sabiduria del rey, halló medio de enganarle.

¡Ay! á quanto no están espuestos los reyes! Aun los mas sabios son muchas veces sorprendidos: vense rodeados de hombres artificiosos é interesados; los buenos se retiran, porque ni son entremetidos ni lisongeros; esperan que los busquen, y los principes no saben buscarlos. Por el contrario, los malvados son atrevidos y engañosos, solícitos para insinuarse y agradar, diestros en disimular, y prontos á hacer cuanto se quiera, contra el honor y la conciencia, por satisfacer las pasiones del que reina. ¡Oh, cuán desgraciado es un rey en estar siempre espuesto á los artificios de los perversos! Perdido está si no desecha la lisonja y si no ama á los que tienen valor para decirle la verdad! Estas eran las reflexiones que hacia yo en mi desgracia; acordandome al mismo tiempo de quanto Mentor me habia dicho.

Lo cierto fué que Metofis me envi6 con sus esclavos hácia los montes del desierto de Oasis á guardar con ellos sus numerosos rebaños.

Aquí llegaba Telemaco, cuando le interrumpió Ca-

ripso para preguntarle: Y bien! tú, que en Sicilia preferiste la muerte á la esclavitud, ¿qué hiciste en esta ocasion?

Mi desgracia iba siempre en aumento, le respondió Telemaco. Ya no tenia ni aun el triste consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte. era forzoso ser esclavo, y apurar, por decirlo así, todos los rigores de la fortuna: ya no me quedaba ninguna esperanza; ni aun una palabra podia decir para procurar liberarme. Despues me ha dicho Mentor que le vendieron á unos Etiopes, los cuales se lo llevaron á Etiopia.

En quanto á mí, llegué á unos desiertos horrosos, donde se ven encendidos arenales, en medio de las llanuras, y en las cimas de los montes una perenne nieve que perpetúa en ellas el invierno. De modo que solo entre las rocas, al comedio de las faldas de aquellas escarpadas montañas, se halla pasto para la manutencion del ganado. Los valles son allí tan profundos que apenas consigue el sol hacer lucir en ellos sus rayos.

En este país no hallé mas hombres que pastores tan montaraces como el país mismo. Yo pasaba las noches en llorar mi desventura y los dias cuidando de un rebaño, por evitar el brutal furor de un esclavo principal, el cual, con la esperanza de alcanzar su libertad, acusaba sin cesar á los demas, para realzar su aficion y su celo por los intereses de su dueño. Llamábase Bulis. En tal situacion era preciso rendirme á la desgracia, y así fue que un día, oprimido de dolor, me olvidé de mi rebaño, y me tendí sobre la yerba junto á una caverna, esperando allí la muerte por serme ya insoportables mis penas.

En el mismo instante noté que todo el monte se estremecia; las encinas y los pinos como que se desgajaban de la cumbre; los vientos estaban suspensos. O que de la caverna salió una voz á manera de bramido, que me dijo estas palabras: ¡Hijo del sabio Ulises, es menester que te hagas grande con la paciencia. Los principes que han sido siempre felices, son bien poco dignos de serlo; la molicie los corrompe, y el orgullo los embriaga. ¡Dichoso tú, si superas tus desgra-

cias, y las tienes siempre presentes! Volverás á ver á Itaca, y tu gloria subirá hasta los astros. Cuando gobiernes á los demas hombres, acuérdate de que has sido débil, pobre y afligido como ellos: complácete en aliviarlos, ama á tu pueblo, detesta la lisonja, y sabe que solo serás grande en cuanto seas moderado, y poderoso para vencer tus pasiones.

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazón, é hicieron renacer en él la alegría y el esfuerzo. Yo no sentí aquel pavor que eriza los cabellos y vela la sangre en las venas cuando los dioses se comunican á los mortales; levantéme tranquilo; y puesto de rodillas, alzadas las manos al cielo, adoré á Minerva, á quien creí deber este oráculo. Inmediatamente me hallé transformado en un nuevo hombre, la sabiduría iluminaba mi entendimiento, y sentíme fortalecido para reprimir mis pasiones y contener los ímpetus de mi juventud. Grangeéme el amor de todos los pastores del desierto; y mi docilidad, mi paciencia y mi exactitud llegaron por fin á ablandar al cruel Butilis, que al principio se había empeñado en mortificarme.

Para mejor soportar el fastidio del cautiverio y de la soledad, busqué algunos libros, pues estaba rendido de tristeza por falta de alguna instruccion que pudiese alimentar mi entendimiento y animarle. ¡Felices, decía yo, aquellos á quienes disgustan los placeres violentos, y que saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente! ¡Felices los que se divierten instruyéndose y se complacen en cultivar su talento en las ciencias! Adonde quiera que la fortuna enemiga les arroje, llevan siempre consigo en que ocuparse; y el fastidio que devora á los demas hombres aun en medio de sus placeres, es desconocido de los que se emplean en la lectura. Felices mil veces los que gustan de leer, y no se ven como yo privados de la lectura!

Con estos pensamientos me interné en un bosque sombrío, donde repentinamente vi un anciano que tenía en la mano un libro. Era su frente ancha y un tanto arrugada; su blanca barba le llegaba hasta la cintura; era su estatura alta y magestuosa; su tez aun se

conservaba fresca y encarnada: sus ojos eran vivos y penetrantes, su voz suave, sus palabras sencillas y amorosas; en fin, jamás había visto un anciano tan venerable. Llamábase Termósiris: era sacerdote de Apolo. ¿quien servia en un templo de mármol que los reyes de Egipto le habían consagrado en aquel bosque. El libro era una coleccion de himnos en loor de los dioses.

Acercóse á mi cariñosamente, y entramos en conversacion. Contaba tan bien las cosas pasadas, que parecia que se estaban viendo, y con tal concision, que nunca me causé de oírle. El profundo conocimiento que tenía de los hombres y de los designios de que son capaces, le hacia prever el porvenir. En medio de su mucha gravedad era jovial y placentero, tanto que la mas festiva juventud no tiene la gracia que la ancianidad de este hombre singular: así es que amaba á los jóvenes con tal que fuesen dóciles é inclinados á la virtud.

En breve me tomó inclinacion, y me dió libros que me consolasen: llamábase hijo suyo. Yo le decía á menudo: Padre mio, los dioses que me quitaron á Mentor, se han apiadado de mí dándome en vos otro apoyo. Este hombre, semejante á Orfeo¹ ó á Lino², estaba sin duda inspirado de los dioses. Recitábame los versos que había compuesto, y me daba los de muchos excelentes poetas favorecidos de las musas. Cuando se revestia de su largo manto, que era de una resplandeciente blancura, y tomaba en la mano su lira de marfil, los tigres, los leones y los osos venian á halagarle y lamerle los pies; los sátiros salian de las selvas para bailar en torno de él, hasta los árboles parece que se conmovian, y uno creyera que las rocas enternecidas iban á bajar de la cumbre de las sierras, atraidas por

1. Orfeo era hijo de Apolo y de Caliope una de las musas. Fue sobresaliente en el arte de tocar la lira.

2. Lino fue tambien hijo de Apolo y de Tersicore. Fue aun superior á Orfeo en el arte de la musica, pues le dió lecciones. Dicen que habiéndose burlado de Hércules á quien enseñaba á tocar la lira porque tocaba mal, este héroe le abrió la cabeza con este instrumento.

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

el encanto de sus dulces acentos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de los hombres que prefieren la gloria á los placeres.

Decíame muchas veces que yo debía animarme, y tener confianza en que los dioses no abandonarían á Ulises ni á su hijo. Por último me persuadió que, á ejemplo de Apolo, enseñase á los pastores á cultivar las musas. Apolo, decía, indignado de que Júpiter turbase con sus rayos el cielo en los días mas serenos, determinó vengarse de él en los ciclopes que se los forjaban, y los hirió con sus flechas. Inmediatamente cesó el Etna de vomitar torrentes de flamas; ya no se oía el golpeo de los terribles martillos que, descargando sobre el yunque, hacían estremecer las profundas cavernas de la tierra y los abismos del mar. El hierro y el bronce, como que ya no estaban pulidos por los ciclopes, comenzaban á tomarse. Furioso Vulcano sale de su fragua, y aunque cojo, sube con ligereza al Olimpo; llega bañado de sudor y cubierto de polvo á la asamblea de los dioses, y en ella espone sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arroja del cielo, y le precipita á la tierra. Su carro andaba por sí solo su ordinaria carrera, para dar á los hombres los días y las noches y la regular alternativa de las estaciones.

Despojado Apolo de todos sus rayos, se vio en la precisión de ponerse á pastor y á guardar los rebaños del rey Admeto. Divertíase en tañer la flauta; y los demas pastores venían á oír sus canciones á la sombra de los olmos, junto á una cristalina fuente. Ellos hasta entonces habían tenido una vida salvaje y brutal, y no sabían mas que guiar las ovejas, esquilas, ordeñarlas y hacer quesos; en una palabra, toda la campiña era un horroroso desierto.

Pero bien pronto les enseñó Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las flores con que la primavera se corona, los aromas que exhala, y el verdor que nace bajo sus huellas. Despues cantaba las alegres noches del estío, en que los céfiros recrean con su frescura, y el rocío templá la tierra. También mezclaba en sus canciones los dorados frutos con que el otoño recompensa

los trabajos del labrador, y el ocio del invierno, durante el cual la alegre juventud baila al rededor de la lumbre. Pintaba en fin las selvas sombrías que cubren los montes, y los hondos valles en que los ríos con sus giros variados parece que juegetean en las risueñas praderas. Así mismo les dió á conocer cuantos son los atractivos de la vida campestre cuando se sabe disfrutar lo que la eneilla naturaleza tiene de agradable.

Muy luego se vieron los pastores mas felices con sus ampoñas que los mismos reyes; y sus cabañas atraían una multitud de placeres inocentes que huyen de los palacios dorados. Los juegos, las risas y las gracias acompañaban á las inocentes pastoras. Todos los días eran días festivos. Allí ya no se oía mas que el gorgoeo de las aves, el dulce soplar de los céfiros que se mecían en las ramas, el murmullo del agua cristalina que caía de alguna roca, ó las canciones que inspiraban las musas á los pastores que seguían á Apolo. Enseñábalas este Dios á ganar el premio de la carrera, y á herir con sus flechas los gamos y los ciervos. Los mismos dioses llegaron á envidiar á los pastores; esta vida pareciéndoles mas dulce que toda su gloria, volvieron á llamar á Apolo al Olimpo.

Esta historia, hijo mio, te debe servir de instruccion, pues te hallas en el mismo estado en que él se halló: desbasta esta tierra salvaje; haz, como él, que florezca el desierto: enseña á los pastores el encanto de la armonía, suaviza la ferocidad de sus corazones; hazles que conozcan la virtud amable; y que sientan cuan dulce es gozar en la soledad los inocentes placeres de que nada es capaz de privar á los pastores. Día llegará, hijo mio, llegará día, en que las penas y crueles cuidados que rodean á los reyes harán que en el trono echés menos la vida pastoril.

Despues de decirme esto, me dió una flauta tan dulce, que los ecos de aquellos montes que la hicieron resonar por todas partes, bien pronto atrajeron al rededor de mí á todos los pastores vecinos. Mi voz tenía una armonía divina, y me sentí conmovido y como enagenado para cantar las gracias con que la naturaleza adorna el campo. Así pasábamos los días enteros y parte de las no-

ches cantando juntos. Olvidados los pastores de sus cabañas y rebaños, estaban suspensos é inmóviles al rededor de mí mientras les daba lección: nada ya parecían tener de salvaje aquellos desiertos; todo era ya en ellos agradable y risueño: la civilización y cultura de los habitantes parecía que ablandaba el terreno.

Juntabámonos á menudo á ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, en el cual era Terminosiris sacerdote. Iban los pastores coronados de laurel en honor del dios, y las pastoras, danzando y coronadas de flores, llevaban en la cabeza los canastillos en que iban los dones sagrados. Despues del sacrificio teníamos un banquete campestre, en el cual los mas esquisitos manjares eran la leche de las cabras y ovejas, y las frutas recién cogidas por nuestra mano, los dátiles, los higos y las uvas. Los céspedes nos servían de asientos, y los árboles frondosos nos daban una sombra mas grata que los dorados techos de los palacios reales.

Pero lo que acabó de hacerme famoso entre los pastores, fué que un dia se arrojó á mi rebaño un leon hambriento. Ya empezaba á hacer en él una horrible carnicería, cuando, sin tener á mano mas que mi cayado, me tiré á él denodadamente. Eriza el bruto su melena, me enseña dientes y garras, abre su voraz y encendida boca, lanza fuego por los ojos, y con la larga cola azota sin cesar sus hijares. No obstante logré aterrarle; la pequeña cota de malla de que iba revestido, segun el uso de los pastores egipcios, impidió que me desgarrase. Tres veces le derribé, y otras tres veces se volvió á levantar, dando tan terribles rugidos, que en todos los bosques resonaron. Por fin le ahogué entre mis brazos; y los pastores, testigos de mi victoria, me hicieron vestir la piel de aquel feroz animal.

La fama de esta accion, y la feliz mudanza de los pastores, se extendió por todos los ambitos del Egipto, y llegó á oídos de Sesostris. Supo que uno de los dos cautivos tenidos por fenicios era el que habia hecho renacer el siglo de oro en aquellos desiertos casi inhabitables. Como el rey tenia pasión á las musas, y á todo cuanto podia servir de instruccion, quiso

verme. Me vió, y me oyó con gusto; y luego descubrió que Metofis por su avaricia le habia engañado. le condenó á prision perpetua, quitándole todas las riquezas que injustamente poseia. Ah! decia, ¡cuan desgraciado es el hombre que se ve elevado sobre los demas! Raramente le es posible ver por sí la verdad: los mismos que le rodean impiden que llegue hasta el que manda: todos tienen interés en engañarle, y todos, bajo la apariencia de celo, ocultan su ambicion. Se aparenta amar al rey, y solo se ama las riquezas que da; lo que se le ama es tan poco que, por alcanzar sus favores, se le adula y se le vende.

Desde entonces me trató Sesostris con cariño, y resolvió enviarme á Itaca con naves y tropas para librar á Penélope de sus amantes. Ya estaba pronta la flota, y ya solo pensábamos en embarcarnos. Admiraba estas mudanzas de la fortuna, que sabe elevar de un golpe á los que mas abatidos tiene. Esta experiencia me hacia concebir la esperanza de que podria suceder muy bien que Ulises volviese á su remo despues de algun largo sufrimiento. Tambien discurría entre mí que aun podria volver á ver á Mentor, aunque le hubiesen llevado á los países mas incógnitos de la Etiopia.

Pero en el corto tiempo que retardé mi partida, por ver si podia adquirir de él algunas noticias, murió de repente el anciano Sesostris, y su muerte volvió á sumergirme en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por esta pérdida. Cada familia creia haber perdido su mejor amigo, su protector, su padre ¡Jamás, exclamaban los ancianos, alzadas las manos al cielo, jamás tuvo Egipto un rey tan bueno, ni volverá jamás á tenerle! Oh dioses! ¡cuanto mejor fuera, ó no habérselo mostrado nunca á los hombres, ó no quitárselo jamás! ¿Porqué hemos de sobrevivir al gran Sesostris? Ya, decían los jóvenes, ya se han desvanecido las esperanzas de Egipto. ¡Qué felicidad la de nuestros padres en haber pasado su vida bajo el gobierno de tan buen rey! pero nosotros, solo le hemos conocido para sentir su pérdida. Sus criados le lloraban noche y dia. Los mayores de los

pueblos mas lejanos acudieron en tropas por espacio de cuarenta dias que duraron los funerales. Cada cual queria ver por la última vez el cuerpo de Sesostris, para conservar su imágen; y muchos hubieran querido ser con él sepultados.

Pero lo que aumentaba mas el sentimiento de su pérdida, era que su hijo Boccoris no tenia humanidad con los extranjeros, ni afición á las ciencias, ni amor á la gloria, ni estimaba á los virtuosos. La misma grandeza de su padre habia contribuido á hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molice, y en una especie de fiereza brutal, no tenia en nada á los hombres, pareciéndole que solo habian nacido para él, y que eran de una naturaleza diferente de la suya. Solo pensaba en satisfacer sus pasiones, y disipar los inmensos tesoros que con tanto cuidado habia ahorrado Sesostris; en afligir á los pueblos, desangrar á los infelices, y por fin en seguir los lisonjeros consejos de los jóvenes insensatos que le rodeaban, al paso que alejaba de sí con menosprecio á los sabios ancianos que habian merecido la confianza de su padre. En una palabra era un monstruo, y no un rey. Todo el Egipto gemia; y aunque el nombre de Sesostris, tan caro á los Egipcios, les hiciese sufrir la cruel y páfida conducta de su hijo, este corria por sí mismo á su perdición, y era imposible que un príncipe tan indigno del trono reinase mucho tiempo.

Quedé ya sin esperanzas de volver á Itaca. Vivi en una torre, á la orilla del mar, cerca de Pelucio, donde habia de efectuarse mi embarque si Sesostris no hubiese muerto. Metofis habia tenido la destreza de salir de prision y de reponerse en gracia con el nuevo rey, y me habia hecho encerrar en aquella torre, para vengarse de la desgracia que yo le habia causado. Pasaba los dias y las noches en la mas profunda tristeza: todo cuanto me predijo Termósiris y habia oido en la cueva no me pareció mas que un sueño. Hallábame sumido en el dolor mas amargo. Veia las olas que venian batiendo el pié de la torre donde estaba preso; muchas veces me ocupaba en mirar navios agitados por la borrasca, que estaban en peligro de estrellarse contra las rocas sobre las cuales estaba edificada la torre. Lejos de compadecer á aquellos

hombres amenazados de naufragio, envidiaba su suerte. En breve, me decia á mí mismo, tendrán fin las desgracias de su vida, ó llegarán á su patria: mas ¡ay de mí! que no puedo esperar ni lo uno ni lo otro!

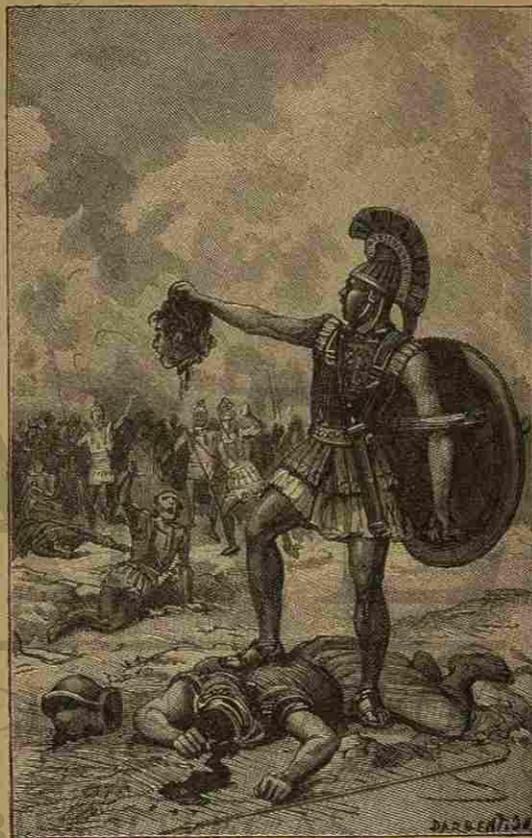
Mientras que así me consumia en inútiles pesares, vi como una selva de mástiles de navio. Estaba cubierto el mar de velas que los vientos hinchaban; las olas estaban espumando á los golpes de innumerables remos. Oía por donde quiera una confusa gritería; sobre la playa, veia parte de los Egipcios azorados que corrian á las armas, y otros que parecia iban al encuentro de la armada que llegaba. Luego conocí que aquellas naves extranjeras eran unas de Fenicia, y de la isla de Chipre las otras: ya empezaban mis infortunios á darme algunos conocimientos respectivos á la navegacion. Pareciome que los Egipcios estaban divididos entre sí; y no tuve dificultad en creer que el insensato Boccoris hubiese con sus violencias causado alguna rebelion, y encendido la guerra civil. Con efecto, desde lo alto de la torre fué espectador de un sangriento combate.

Los Egipcios que habian llamado en su socorro á los extranjeros, despues de proteger su desembarco, atacaron á los otros Egipcios á cuya cabeza venia el rey. Veia á este rey que animaba á los suyos con su ejemplo; pareciase al dios Marte: á su redor corrian arroyos de sangre; las ruedas de su carro iban teñidas en una sangre negra, espesa y espumante; y apenas podian pasar por encima de montones de cadáveres destrozados. Este jóven rey, bien formado, vigoroso, y de una fisonomía noble y arrogante, tenia pintados en sus ojos el furor y la desesperacion. Era como un hermoso caballo que no tiene boca: su brio le empujaba á la aventura, y la prudencia no moderaba su valor. No sabia reparar sus faltas, ni dar órdenes oportunas, ni prever los males que le amenazaban, ni contemporizar con aquellas personas de que tanto habia menester; y no por falta de talento, que sus luces eran iguales á su valor; pero, como nunca habia aprendido en la adversidad, les fué fácil á sus maestros pervertir con la lisonja su buen natural. Embriagado con su poder y su fortuna,

creía que todo debía ceder á sus fogosos deseos, la menor resistencia exaltaba su cólera, y ya entonces ni raciocinaba ni estaba en sí: su orgullo desenfrenado le trasformaba en fiera. Su bondad natural y su recta razón le abandonaban al instante. Hasta sus mas fieles criados se veían precisados á huir de él. Solo los que adulaban sus pasiones merecían su cariño: así tomaba siempre partidos estremados contra sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre de sus enemigos; mas al fin sucumbió. Yo le vi morir; atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronsele las riendas de la mano, y cayó del carro á los piés de los caballos. Un soldado de la isla de Chipre le cortó la cabeza, y cogiéndola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre; aquellos ojos cerrados y amortecidos; aquel rostro pálido y desfigurado; aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; aquel aire altivo y amenazador que ni aun la muerte habia podido borrar. Toda mi vida estará pintado ante mis ojos; y si los dioses me concediesen que reine algun día, no olvidaré, despues de tan finesto ejemplo, que un rey no es digno de mandar, ni es feliz en su poder, sino en cuanto le somete á la razón. Porque ¡qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ser el dueño de tantos hombres solo para hacerlos desgraciados.



Un soldado de la isla de Chipre le cortó la cabeza.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

REFIERE Telemaco que el sucesor de Boecoris devolvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fué conducido á Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que este le hizo de Pigmalion, su rey, temible por su avaricia. Refiere tambien que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba á embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla á la de Itaca, cuando descubrió Pigmalion que era extranjero, y quiso ponerle preso: que estuvo entonces á pique de perecer; pero que Astarbe, dama del tirano, le libertó, haciendo morir en su lugar á un jóven cuyo desprecio la habia irritado.

CALIPSO escuchaba con admiracion tan sabios discursos; y lo que mas la agradaba era la ingenuidad con que Telemaco referia los yerros en que habia incurrido por ligereza y por falta de docilidad á los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en aquel jóven que no se perdonaba á sí mismo, y que parecia haberse aprovechado tan bien de sus mismas imprudencias, para volverse sabio, prudente y moderado. Continua, le dijo, mi querido Telemaco, que deseo con impaciencia saber como saliste de Egipto, y donde encontraste al sabio Mentor, cuya pérdida tan justamente sentiste.

Telemaco continuó así su relacion: Como los Egipcios que seguian el partido del rey fuesen, aunque los mas virtuosos y leales, los menos fuertes; y por otra parte le viesen ya muerto, se hallaron reducidos á ceder. Elegióse otro rey llamado Termutis; y hecha alianza entre él y los Fenicios, se retiraron estos con las tropas de Chipre y todos los prisioneros de su nacion que el nuevo rey les habia devuelto; y á mí, como si lo fuese, se me incluyó en el número de ellos. Me sacaron de la

torre, me embarqué con los demas, y volvió á relucir en mi pecho la esperanza. Ya henchia nuestras velas un viento favorable: los remeros hendian las ondas espumantes; el anchuroso mar estaba cubierto de naves; los marineros daban gritos de alegría, las riberas de Egipto se alejaban de nosotros; las colinas y los montes se iban poco á poco aplanando. Ya empezábamos a no ver mas que cielo y agua, mientras que sol que iba naciendo parecia hacer salir del seno del mar sus fuegos resplandecientes: doraban sus rayos la cima de los montes que aun divisábamos algun tanto al horizonte; y el cielo pintado de azul oscuro, nos prometia una feliz navegacion.

Aunque yo fui devuelto como Fenicio, ninguno de los con quienes iba me conocia. Narbal, comandante del navio en el que se me embarcó, quiso saber mi nombre y patria. ¿De qué ciudad sois de Fenicia? me preguntó. Yo no soy Fenicio, le respondí; pero los Egipcios me apresaron en una nave que lo era, y como Fenicio he permanecido cautivo en Egipto; en concepto de tal he padecido largo tiempo, y en el mismo concepto he sido libertado. ¿Pues de qué pais sois? volvió Narbal á preguntarme; y yo le contesté en estos términos: Yo soy Telémaco, hijo de Ulises, rey de Itaca en Grecia. Mi padre se hizo famoso entre todos los reyes que sitiaron la ciudad de Troya; mas los dioses no le han concedido que vuelva á ver su patria. Yo le he buscado por muchos paises, pero la fortuna me persigue como á él: veis aquí á un desgraciado que sólo anhela la felicidad de volverse á ver entre los suyos, y de hallar á su padre.

Mirábame Narbal con sorpresa, y le pareció descubrir en mí un no sé que de feliz que dimana de los dones del cielo, y que no se halla en el común de los hombres. Y como naturalmente era sincero y generoso se compadeció de mi desgracia, y me habló con una confianza inspirada por los dioses para salvarme de un gran peligro.

No dudo, me dijo, de lo que me decís, ni sabria hacerlo, porque la mansedumbre y la virtud retratados en vuestro semblante no me permiten desconfiar de

vos; y además presiento que los dioses, á quienes siempre he servido, os aman, y quieren que yo tambien os ame como si fuerais mi hijo. Voy á daros un consejo saludable, y en recompensa sólo exijo el secreto. No temais, le dije, que me cueste callar lo que querais confiarme, pues aunque joven, he envejecido ya en la costumbre de no fiar jamas mi secreto, y mucho mas en la de no revelar el de otro por ningun pretexto. Pues ¿como habeis podido, me replicó, acostumbraros, siendo tan joven, á guardar secreto? Mucho me alegraré saber por que medios habeis adquirido esta cualidad, que es la base de la mas sabia conducta, y sin la cual son inútiles todos los talentos.

Al partir Ulises para el sitio de Troya, le respondí, me tomó sobre sus rodillas y entre sus brazos: así es como me lo han referido. Despues de haberme besado tiernamente, me dijo estas palabras, aunque yo todavía no podia entenderlas: Hijo mio, no permitan los dioses que te vuelva á ver; antes la guadaña de la parca corte el hilo apenas formado de tus dias, así como el segador corta con la hoz la tierna flor que empieza á desplegarse; antes mis enemigos te despedacen á mi vista y la de tu madre, si ha de llegar día en que tu corazon se corrompa y abandone la virtud. Amigos míos! continuó, ahí os dejo este hijo que tanto amo; cuidad de su infancia; y si es que me amais, alejad de él la perniciosa lisonja; enseñadle á que se vengza á sí mismo; sea en vuestras manos como un tierno arbolillo que se le doblega para enderezarle; y sobre todo no omitais nada para hacerle justo, benéfico, sincero, y fiel en guardar secreto: que el que es capaz de mentir, es indigno de que se le cuente en el número de los hombres; y el que no sabe callar es indigno de gobernar.

Os refiero estas palabras, porque han tenido cuidado de repetírmelas mucho, y han llegado á penetrar en lo íntimo de mi corazon: yo me las repito á mí mismo á cada paso.

Los amigos de mi padre procuraron con efecto ejercitarme con tiempo en guardar secreto; aun estaba yo en la mas tierna infancia, cuando ya me confiaban los

disgustos que tenían al ver á mi madre espuesta á la muchedumbre de temerarios que la solicitaban para esposa. Así desde entonces me trataban como á hombre juicioso y formal; hablábanme en secreto de los mas importantes negocios, y me comunicaban lo que resolvían para desviar á los pretendientes. Usano con que de mí se hiciese esta confianza, me tenía ya por un hombre. Jamás abusé de ella, ni se me escapó jamás palabra que pudiese dar el menor indicio de lo que callaba. Muchas veces los pretendientes me estimulaban á que hablase, persuadidos de que un niño que podia haber visto u oído alguna cosa de importancia, no sería capaz de reservarla; pero yo sabia muy bien responderles sin mentir, ni manifestarles lo que no debía decirles.

Luego Narbal me dijo: Ya veis, Telémaco, el poder de los Fenicios; son formidables por sus innumerables escuadras á todas las naciones vecinas. El comercio que hacen hasta las columnas de Hércules¹, les produce riquezas que exceden á las de los pueblos mas florecientes. El gran Sesostris, que jamás hubiera podido vencerlos por mar, trabajó no poco para rendirlos por tierra con unos ejércitos que habían conquistado todo el Oriente: impúsonos un tributo que no pagamos mucho tiempo, porque era demasiado el poder y riquezas de los Fenicios para que soportasen con paciencia el yugo y la esclavitud; recobramos nuestra libertad. No le dió tiempo la muerte para que acabase la guerra contra nosotros. Y si bien es verdad que debíamos temerle todo de su sabiduría, aun mucho mas que de su poder; habiendo pasado su poder á manos de su hijo enteramente falto de prudencia, concluimos que ya nada teníamos que recelar. En efecto, lejos de volver los Egipcios á entrar con las armas en nuestra tierra para subyugarnos de nuevo, se han visto precisados á llamarnos en su socorro, para que les libre-

1. Las columnas de Hércules son las montañas de Calpe y Avila, en el estrecho de Gibraltar donde entra el océano en el mediterráneo y limitó Hércules sus viajes. Se llaman así por parecerse desde lejos á dos columnas á los ojos de los viajeros.

nos de este rey impío y furioso. Nosotros hemos sido sus libertadores. ¡Que gloria agregada á la libertad y á la opulencia de los Fenicios!

Mas al paso que damos la libertad á los otros, somos esclavos nosotros mismos. Temed, Telémaco, caer en las manos de Pigmalion nuestro rey: aquellas crueles manos las bañó en la sangre de Siqueo, esposo de Dido su hermana. Dido, poseida del deseo de la venganza, huyó de Tiro con muchas naves. La mayor parte de los que aman la virtud y la libertad la siguieron hasta la costa de Africa, donde ha fundado una soberbia ciudad llamada Cartago². Atormentado Pigmalion de una insaciable sed de riquezas, se hace cada vez mas despreciable y odioso á sus vasallos. Es un crimen en Tiro el poseer muchos bienes; la avaricia le hace desconfiado, sospechoso y cruel; persigue á los ricos, y teme á los pobres.

Aun es mayor crimen en Tiro ser virtuoso, porque Pigmalion supone que los buenos no podrán sufrir sus injusticias é infamias: la virtud le condena, y así es que se irrita y enfurece contra ella. Todo le agita, todo le inquieta, todo le atormenta; de su misma sombra tiene miedo; no duerme ni de noche ni de dia; y los dioses, para confundirle, le abruman con tesoros de que no se atreve á gozar. Lo que busca para ser dichoso es precisamente lo que le impide que lo sea. Echa menos cuanto da, y siempre teme perder; se fatiga por ganar.

Casi nunca se le ve: vive solo, triste y abatido en el centro de su palacio; sus mismos amigos no se atreven á llegarse á él, porque temen hacerse sospechosos. Una guardia formidable con espadas desnudas y picas levantadas rodea su palacio. Treinta cámaras que se comunican unas con otras, y que tienen cada una su puerta de hierro con seis gruesos cerrojos, son la estancia en que se encierra: jamas se sabe en cual de ellas duerme; y se asegura que nunca dos noches seguidas en una

1. Dido era hija de Belo rey de Tiro y de Sidon. Pigmalion hizo morir á su marido Siqueo para apoderarse de sus riquezas.

2. Esta ciudad, edificada en la costa de Africa, en frente de Roma, de la cual era émula, fue asolada por Escipion el Africano.

misma, por miedo de ser en ella degollado. Los inocentes placeres, y la amistad que aun es mas dulce, le son desconocidos. Si se le dice que procure alegrarse, siente que la alegría huye lejos de él, y que rehusa entrar en su corazón. Sus ojos hundidos y vagorosos arrojan un fuego voraz y feroz; al menor ruido aplica el oído y se commueve. Está pálido y flaco; y en su rostro, siempre torvo y arrugado, lleva pintadas las pesadumbres que le atormentan. Calla, suspira, y arranca del pecho profundos gemidos, no siéndole posible ocultar los remordimientos que despedazan sus entrañas. Disgústale los manjares mas esquisitos. Sus hijos, que debían ser su esperanza, son el motivo de su terror, y los mira como sus enemigos mas temibles. En toda su vida ha tenido un momento de seguridad; y solo se conserva á fuerza de verter la sangre de todos los que le causan algun temor. ¡Insensato, que no ve que la misma crueldad en que confia, será la que le perderá! Alguno de sus domésticos, tan desconfiado como él, se apresurará á librar al mundo de este monstruo.

Por mí, temo á los dioses; y por mas que me cueste, seré fiel al rey que ellos me han dado; antes sufriera que me diese la muerte, que quitarle yo la vida, y aun que dejar de defenderle. Pero vos, Telémaco, guardaos de decirle quien sois; porque con la esperanza de que, vuelto Ulises á Itaca, le daría una gran suma por vuestro rescate, os tendria preso.

Cuando llegamos á Tiro, seguí los consejos de Narbal, y reconocí la verdad de cuanto me habia dicho. Yo no llegaba á comprender que un hombre pudiera hacerse tan miserable como me lo pareció Pigmalion.

Sorprendido de un espectáculo tan terrible, y para mí tan nuevo, decia dentro de mí mismo: He aquí un hombre que sólo ha procurado hacerse feliz: creyó conseguirlo por medio de las riquezas y una autoridad absoluta; posee con efecto todo lo que puede desear; y sin embargo esas riquezas y esa autoridad son las mismas que le hacen miserable. Si fuera pastor como yo lo fui no ha mucho tiempo, seria tan feliz como yo lo era: gozara de los inocentes placeres del campo,

y los gozaria sin remordimientos; no temiera el hierro ni el veneno; amara á los hombres, y fuera de ellos amado. Es verdad que no tendria esas grandes riquezas que en realidad le son tan inútiles como si fuesen arena, pues que siente el hacer uso de ellas; pero gozaria libremente de los frutos de la tierra, y no padecería ninguna necesidad verdadera. Este hombre parece que hace cuanto quiere; pero nada menos: hace todo quanto quieren sus pasiones feroces; está siempre impelido de la avaricia, del temor y de las sospechas. Parece dueño de los demas hombres, y ni aun de sí mismo lo es; pues son tantos sus dueños y verdugos quanto sus deseos violentos.

Así discurría yo acerca de Pigmalion, sin verle, porque nunca se dejaba ver, y solo con temor se miraban las altas torres, noche y día rodeadas de guardias, donde él mismo se tenia como en prision, encerrado con sus tesoros. Comparaba yo este rey invisible con Sesostris, tan humano, tan accesible, tan afable, tan amigo de ver á los estrangeros, tan atento á oír á todo el mundo y á sacar del corazón de los hombres la verdad que se oculta á los reyes. Sesostris, decia yo, nada temia, ni tenia que temer nada: presentábase á sus vasallos como á sus propios hijos; este todo lo teme, y todo tiene que temerlo. Este mal rey siempre esta espuesto á una muerte desastrada, aun en su palacio inaccesible, rodeado de sus guardias: el buen Sesostris, al contrario, estaba tan seguro entre la multitud de sus pueblos, como un buen padre lo está en su casa rodeado de su familia.

Dió orden Pigmalion que se despidiesen las tropas de la isla de Chipre que habian tenido á auxiliar á las suyas con motivo de la alianza que habia entre ambos pueblos. Narbal aprovecho esta ocasion para ponerme en libertad, haciendome pasar revista entre los soldados chipriotas, porque el rey hasta de las cosas mas minutas recelaba.

El defecto comun á todos los principes fáciles y desapplicados es entregarse con una ciega confianza á favoritos artificiosos y corrompidos. El de este, por el contrario, era desconfiar de los mas virtuosos: no sabia

discernir los hombres rectos y sencillos que obran sin disfraz: así es que nunca había visto hombres de bien, pues que estos no van á buscar á un rey tan corrompido. Por otra parte, desde que ocupaba el trono, había visto tanta simulacion y tanta perfidia en todos los hombres de quienes se había servido, y tan horrorosos vicios disfrazados con apariencias de virtud, que á todos los hombres sin excepcion los miraba como si estuviesen enmascarados. Suponia, que no había sobre la tierra virtud alguna sincera, por eso miraba á todos los hombres como iguales. Cuando hallaba uno falso y corrompido, no se tomaba el trabajo de buscar otro, suponiendo que este no sería mejor que aquel. Los buenos le parecían peores que los malvados mas rematados, porque los tenía por tan malos y por mas engañosos.

Pero volviendo á mi, fui con efecto confundido entre los soldados chipriotas, y así escapé á la perspicaz desconfianza del rey. Temblaba Narbal, de miedo de que yo fuese descubierto, porque á ambos nos hubiera costado la vida. Era increíble la impaciencia con que deseaban vernos partir; pero los vientos contrarios nos detuvieron mucho tiempo en Tiro.

Aproveché esta detencion para enterarme de las costumbres de los Fenicios, tan célebres entre todas las naciones conocidas. Admiraba la ventajosa posicion de aquella gran ciudad, situada en medio del mar, en una isla. La costa vecina es sumamente deliciosa por su fertilidad, por los exquisitos frutos que produce, por el gran número de ciudades y aldeas que casi se juntan, y en fin por la benignidad de su clima; pues los montes ponen la costa al abrigo de los ardientes vientos del mediodia, y la refrescan los del norte que soplan por la parte del mar. Este país está al pié del Libano, cuya cima hiende las nubes, y llega hasta los astros: perennemente hielos ciñen su frente, y de la punta de los penascos que coronan se desprenden cual torrentes rios llenos de nieve. Debajo se ve un espacioso bosque de cedros antiguos, que parecen tan viejos como la tierra que los sustentan, y cuyas espesas ramas llegan á las nubes. Al pié de este bosque, en la misma ladera del monte, se encuentran abundantes pastos. Allí se ven andar errantes los toros

dando bramidos, y las ovejas balando, con sus tiernos corderillos que retozan por la yerba: allí corren mil arroyuelos de agua cristalina. En fin debajo de estos pastos se ve el pié de la montaña, semejante á un jardin, en el que la primavera y el otoño reinan juntos para remir las flores y los frutos. Jamás el pestilente viento de mediodia, que todo lo seca y abrasa, ni el riguroso aquilon, han osado marchitar los vivos colores que adornan este jardin.

Junto á esta hermosa ribera es donde se levanta en el mar la isla en que está edificada la ciudad de Tiro. Aquella gran ciudad parece está nadando sobre las aguas, y ser la reina de todo el mar. Frecuéntanla comerciantes de todas las partes del mundo, y los mas afamados del universo son sus mismos habitantes. Al entrar en ella no parece ciudad perteneciente á un pueblo particular, sino comun á todas las naciones, y el centro de su comercio. Tiene dos grandes muelles semejantes á dos brazos que se internan en el mar y ciñen un anchuroso puerto donde no pueden entrar los vientos. Vese en este puerto como un bosque de mástiles de navío, y estos navios son tan numerosos, que apenas se ve el agua que los sostiene. Todos los ciudadanos se aplican al comercio, y sus grandes riquezas nunca les quitan el gusto del trabajo necesario para aumentarlas. Allí se ve por todas partes el suave lino de Egipto, y la púrpura tiria dos veces teñida, de un maravilloso brillo: este doble tinte es tan vivo y permanente, que ni el tiempo basta á deslucirle: emplease en las lanas finas, que se recaman de oro y plata. Los Fenicios abarcan el comercio de todos los pueblos hasta el estrecho de Gades¹, y han penetrado hasta en el vasto océano, que rodea toda la tierra. Tambien han hecho largas navegaciones en el mar Rojo, y por él es por donde van á buscar á islas desconocidas oro, aromas, y varios animales que no se ven en otros países.

1. Gades ó Gadir, hoy Cadix, es una pequeña isla de la España Bética, cercana del continente, en frente del puerto de Muestda, fué fundada por los Tirios. — es una de sus mas antiguas colonias.

33374

No se saciaban mis ojos de ver el magnífico espectáculo de esta gran ciudad, en que todo estaba en movimiento. Allí no veía, como en las ciudades de Grecia, hombres ociosos y noveleros que van á buscar noticias á la plaza pública, ó á mirar los estrangeros que llegan al puerto. Los hombres se ocupan en descargar las naves, trasportar ó vender las mercancias, arreglar sus almacenes, y en llevar cuentas exactas de lo que les deben los negociantes estrangeros; y las mugeres nunca dejan de hilar las lanas, hacer dibujos para bordar, ó plegar las telas preciosas.

¿De que proviene, le pregunté á Narbal, que los Fenicios se hayan hecho dueños del comercio de todo el mundo, y que se enriquezcan por este medio á espensas de todos los demas pueblos? Ya lo veis, me respondió: la situación de Tiro es ventajosa para el comercio. Nuestra patria tiene la gloria de haber inventado la navegacion. Si hemos de creer la tradicion de la mas remota antigüedad, los Tirios fueron los primeros que domaron las olas, mucho antes del tiempo de Tifis y los Argonautas¹, tan celebrados en la Grecia; quiero decir que ellos fueron los primeros que osaron esponerse en una débil embarcacion al arbitrio de las olas y de las tempestades; los primeros que sondearon los abismos del mar, que observaron los astros tejos de la tierra, segun la ciencia de los Egipcios y Babilonios; los primeros, en fin, que reunieron tantos pueblos que el mar habia separado. Los Tirios son industriosos, pacientes, laboriosos, aseados, sobrios y económicos; tienen una exacta policia; viven perfectamente unidos entre sí; y jamás se ha conocido un pueblo mas constante y sincero, mas fiel y formal, ni mas cómodo para los estrangeros.

Ved aquí, sin ir á buscar otra causa, lo que les da el imperio del mar, y hace que florezca en su puerto un comercio tan útil. Pero si se introdujesen entre ellos

1. Los Argonautas eran los héroes de la Grecia que fueron á Colcos con Jason para tomar el vello de oro. Su nave habia sido construida en Tesalia por la misma Palas. Llamábase Argo, y su piloto, Tifis.

la division y la envidia; si se empezasen á afeminar en los deleites y la ociosidad; si los próceres de la nacion despreciasen el trabajo y la economia; si dejasen de ser honradas las artes en la ciudad; si faltaran á la buena fe con los estrangeros; si alterasen en lo mas mínimo las reglas de un comercio libre; si descuidasen sus manufacturas, y dejasen de hacer las cuantiosas anticipaciones que se necesitan para que sus géneros tengan cada uno en su clase la posible perfeccion; bien pronto veríais caer este poder que admirais.

Mas esplicadme le dije, los verdaderos medios de establecer algun dia en Itaca un comercio semejante. Haced, me respondió, lo que aqui se hace: recibid bien y fácilmente á los estrangeros; haced que encuentren en vuestros puertos seguridad, comodidad y entera libertad; no os dejéis nunca arrastrar de la avaricia ni del orgullo. El verdadero medio de ganar mucho es no querer ganar demasiado, y saber perder á tiempo. Hacedos amar de los estrangeros; y si es menester, toleradles alguna cosa; temed excitar sus zelos con vuestra altanería. Estableced unas reglas de comercio que sean constantes, sencillas y fáciles; acostumbrad á vuestros pueblos á observarlas inviolablemente; castigad con rigor el fraude, y aun la negligencia ó el fausto de los mercaderes, que arruina el comercio arruinando á los que lo hacen.

Sobre todo absteneos de ponerle trabas al comercio para inclinarle segun vuestras miras. El príncipe no se ha de mezclar en él, si no quiere entorpecerle, y todo el provecho debe dejarle á sus vasallos, que son los que tienen el trabajo; del contrario los desanimará bastantes utilidades le producirán las muchas riquezas que entrarán en sus estados. Es el comercio como ciertas corrientes, que, si se les quiere mudar el curso, se agotan. Solo el provecho y comodidad atraen á los estrangeros; si les baceis el comercio menos cómodo y útil, se retirarán insensiblemente, y no volverán jamás, porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, les atraerán á sus puertos, y les acostumbrarán á no echaros menos. Es ya preciso confesaros que de algun tiempo á esta parte se ha oscu-

recido no poco la gloria de Tiro. Oh! quanto mas os hubiera admirado, si la hubierais visto antes del reinado de Pigmalion! Pero ya no han quedado mas que los tristes restos de una grandeza que amenaza ruina. ¡Infortunada Tiro! en que manos has caido! en otro tiempo el mar te traia el tributo de todos los pueblos de la tierra.

Pigmalion todo lo teme así de los estrangeros como de sus vasallos. En vez de abrir sus puertos, segun nuestra antigua costumbre, á las naciones mas lejanas con una absoluta franqueza, quiere saber el número de naves que arriban, de donde son, el nombre de los que en ellas vienen, su género de comercio, la clase y precios de sus mercancías y el tiempo que han de permanecer aqui. Aun obra peor, pues usa de embustes para sorprender á los negociantes y confiscar sus mercancías; hostiga á los que le parecen mas opulentos; bajo diversos pretextos establece nuevos impuestos. Quiere tambien meterse en el comercio; pero todo el mundo teme el tener negocio con él. Así decae el comercio: los estrangeros olvidan poco á poco el camino de Tiro que en otro tiempo les era tan familiar; y si Pigmalion no muda de conducta, no tardarán mucho en trasferirse nuestra gloria y nuestro poder á otro pueblo mejor gobernado que nosotros.

Seguí preguntando a Narbal como se habian hecho los Tirios tan poderosos en el mar: pues no queria ignorar nada de cuanto conviene al gobierno de un reino. Nosotros, me respondió, tenemos los montes del Libano que nos surten de maderas para navios; y para solo este uso las reservamos cuidadosamente: nunca se cortan sino para las necesidades públicas. Para la construccion de las naves tenemos la ventaja de poseer artifices hábiles.

¿Como, le dije, habeis podido hallar estos operarios?

En el pais mismo se han ido poco a poco formando, me respondió Narbal. Cuando se recompensa bien á los que sobresalen en las artes, hay certeza de tener bien pronto quien las lleve á su última perfeccion, porque los hombres mas sabios y de mayor talento se dedican gustosos a aquellas á que estan anejas las grandes recompensas.

Aquí se trata con honor á todos los que descuellan en las artes y en las ciencias útiles á la navegacion. Se tiene en consideracion á un buen geómetra; se estima mucho á un hábil astrónomo; se colma de bienes al piloto que sobresale en su ejercicio; no se desprecia á un buen carpintero, antes al contrario se le paga y trata bien. Hasta los buenos remeros tienen recompensas seguras y proporcionadas á sus servicios; se les mantiene bien, se les cuida en sus enfermedades, y en su ausencia se tiene cuidado de sus mugeres y de sus hijos. Si perecen en algun naufragio, se indemniza á su familia: á los que han servido cierto tiempo, se les da licencia para que se vuelvan á sus casas. Así tenemos cuantos marineros queremos, porque el padre cria con gusto á su hijo para tan buen oficio, y se apresura á instruirle, desde su mas tierna edad, en el manejo del remo, á tender los cordajes, y á despreciar las borrascas. Así es como se conduce á los hombres, sin violencia, por medio de las recompensas y del buen orden. La autoridad por sí sola nunca acierta bien; la sumision de los inferiores no basta: es necesario ganar los corazones, y hacer que los hombres encuentren ventajas en aquellas mismas cosas en que se haya de aprovechar su industria.

Despues de estos discursos, me llevó Narbal á ver los almacenes, los arsenales, y todas las máquinas que se emplean en la construccion de navios. Procuré informarme del pormenor de las cosas mas mínimas, y todo cuanto aprendí, lo puse por escrito, para que no se me olvidase ninguna circunstancia útil.

Entretanto, como Narbal me amaba, y conocia á Pigmalion, esperaba con impaciencia mi partida, temeroso de que me descubriesen los espías del rey, que andaban dia y noche por la ciudad; pero aun no lo permitian los vientos. Mientras estábamos ocupados en examinar con detencion el puerto, y hacer preguntas á varios comerciantes, se dirigió á nosotros un oficial de Pigmalion, quien dijo á Narbal: El rey acaba de saber por uno de los capitanes de las naves que con vos han vuelto de Egipto, que habeis traído un estrangero que pasa por Chipriota; quiere que se le detenga, y que se sepa con certeza de que pais es: vos responderéis de él

con vuestra cabeza. Me habia á la sazón apartado un poco para observar mas de cerca las proporciones de una nave casi nueva, que, segun decian, era la mas velera que jamás se habia visto en el puerto, lo que atribuian á la exacta proporción que guardaba en todas sus partes; y hacia preguntas al operario que habia regulado esta proporción.

Sorprendido y asustado Narbal, respondió: Voy á buscar á ese extranjero que es de la isla de Chipre. Mas luego que perdió de vista al oficial, se vino corriendo hácia mí para avisarme del riesgo en que me hallaba. Demasiado previsto lo tenía yo, mi querido Telémaco, me dijo, estamos perdidos! El rey, atormentado día y noche por sus desconfianzas, ha llegado á sospechar que no sois Chipriota: manda que se os prenda, y me amenaza con la muerte si no os pongo en sus manos. Que haremos? Dioses, dadnos la prudencia para salir de este peligro! Será preciso que yo os lleve á palacio, Telémaco, y que sostengais que sois Chipriota, de la ciudad de Amatonte, hijo de un estatuario de Vénus. Yo declararé haber conocido tiempo hace á vuestro padre; y acaso el rey, sin averiguar mas, os dejará partir. No hallo otro medio de salvar vuestra vida y la mía.

Dejad, respondí á Narbal, dejad perecer á un desgraciado que el destino quiere perder. Sabré morir, Narbal; y es mucho lo que os debo para arrastraros en mi desgracia. No puedo resolverme á mentir; y no siendo Chipriota, no podré decir que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad: á ellos toca conservar mi vida, si quieren, por su poder; mas no quiero salvarla por medio de una mentira.

Esta mentira, repuso Narbal, nada tiene que no sea inocente; ni los mismos dioses pueden condenarla, porque á nadie perjudica; salva la vida de dos inocentes, y si engaña al rey, es solo para evitar que cometa un gran crimen. Muy al extremo llevais, Telémaco, el amor de la virtud, y el temor de ofender la religión.

Basta, le dije, que la mentira sea mentira para ser

Indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que á ella falta ofende á los dioses, y se perjudica á sí mismo: porque habla contra su conciencia. Dejad, Narbal, de proponerme lo que es indigno de vos y de mí. Si los dioses se apiadan de nosotros, ya sabrán libertarnos, y si quieren que perezcamos, seremos muriendo víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres el ejemplo de preferir la virtud sin mancha á una larga vida: la mia es ya demasiado larga, siendo tan desgraciada. Por vos solo es por quien mi corazón se entenece, mi querido Narbal. ¿Porqué vuestra amistad por un infeliz extranjero habia de seros tan funesta!

Largo rato estuvimos en esta especie de contienda, mas al fin vimos llegar un hombre que corria desalentado, y era otro oficial del rey que venia de parte de Astarbe.

Era esta muger hermosa como una diosa; unia á los hechizos del cuerpo todos los del espíritu; era festiva, lisonjera é insinuante. Con tantos atractivos seductores tenia, como las sirenas, un corazón cruel y maligno, y sabia ocultar sus corrompidos sentimientos con un profundo artificio. Habia tenido la maña de ganar el corazón de Pigmalion con su hermosura, su talento, su dulce voz, y la armonia de su lira. Pigmalion, cegado por un violento amor, habia abandonado á la reina Tofa, su esposa. Solo pensaba en satisfacer las pasiones de la ambiciosa Astarbe: el amor de esta muger no le era menos funesto que su infame avaricia. Pero aunque el rey la amaba con tanta pasión, ella solo tenia para él desprecio y fastidio; ocultaba sus verdaderos sentimientos, y aparentaba no querer vivir sino para él, al paso que no le podia sufrir.

Habia en Tiro un joven Lidio, llamado Malachon, de una extraordinaria belleza; pero delicado, afeminado, y encenagado en los deleites. Solo pensaba en conservar la delicadeza de su tez, en peinar su rubio cabello, que ondeaba sobre su espalda, en perfumarse, y dar un aire agraciado á los pliegues de su ropa; y por fin en cantar sus amores con la lira. Vióle Astarbe y le

amo con furia. pero el la despreció, porque estaba apasionado de otra, y porque ademas temia esponerse a los crueles zelos del rey. Viéndose Astarbe desairada se abandono a su resentimiento, y en los raptos de su desesperacion le vino el pensamiento que podria hacer pasar á Malachon por el extranjero que el rey mandaba buscar. y que se decia haber venido con Narbal.

Con efecto, así se lo persuadió á Pigmalion, y sobornó á todos los que hubieran podido desengañarle. Como el rey no amaba á los virtuosos, ni sabia distinguirlos, solo le rodeaban gentes interesadas, artificiosas, y dispuestas á ejecutar sus órdenes injustas y sanguinarias. Tales gentes temian la autoridad de Astarbe, y la ayudaban á engañar al rey, por miedo de desagrado á esta muger altanera que poseia toda su confianza. Así Malachon, aunque conocido por Lidio en toda la ciudad, pasó por el jóven extranjero que Narbal condujera de Egipto, y fué puesto en la carcel.

Pero temiendo Astarbe que fuese Narbal á hablar al rey, y que descubriese su impostura, le envió á toda priesa aquel oficial quien le dijo estas palabras: Astarbe os prohíbe que descubrais al rey quien es vuestro extranjero; solo os pide el silencio, quedando á su cuidado hacer que el rey quede de vos satisfecho. Sin embargo, apresuraos á hacer que ese jóven que habeis traído de Egipto se embarque con los Chipriotas, para que nose le vuelva á ver en la ciudad. Gozoso Narbal de poder salvar así su vida y la mia, ofreció guardar secreto; y el oficial, satisfecho del buen éxito de su comision, se volvió á dar cuenta de ella á Astarbe.

Narbal y yo admiramos la bondad de los dioses, que recompensaban nuestra sinceridad, y que tan particularmente cuidan de los que todo lo arriesgan por la virtud.

Mirábamos con horror á un rey entregado á la avaricia y á la voluptuosidad. El que con tanto exceso teme ser engañado, decíamos, merece serlo, y casi siempre lo es groseramente. Desconfia de los buenos, y se entrega á los malvados; solo él ignora lo que pasa.

Ved á Pigmalion; es el juguete de una muger liviana. Con todo los dioses se valen de la mentira de los malvados para salvar á los buenos, que prefieren perder la vida antes que mentir.

Notamos al mismo tiempo que los vientos tacaaban, y se ponian favorables para las naves de Chipre. Los dioses se declaran, exclamó Narbal, y quieren coneros en salvo: huid de esta tierra cruel y maldita; Quien pudiera seguiros, aunque fuese á las mas incógnitas riberas! ¡Feliz quien pudiera vivir y morir con vos! Pero un rigoroso destino me tiene ligado á esta desgraciada patria, y es necesario sufrir con ella: acaso lo será el ser sepultado en sus ruinas; pero no importa, con tal que siempre diga la verdad, y que mi corazon ame solo la justicia.

En cuanto á vos, mi amado Telémaco, ruego á los dioses que os conducen como por la mano, que os otorguen hasta la muerte el mas precioso de todos los dones, que es la virtud pura y sin mancha. Vivid, volved á Itaca, consolad á Penélope, libradla de sus temerarios amantes. Vean vuestros ojos, y estrechen vuestros brazos al sabio Ulises, y halle este en vos un hijo que le iguale en sabiduría. Mas en medio de vuestra prosperidad, acordaos del desgraciado Narbal, y nunca dejeis de amarme.

Acabado que hubo estas palabras, le bañé con mis lágrimas sin responderle; profundos suspiros me embargaban el habla: abrazámonos en silencio. Me condujo hasta el navio; quedose en la playa, y cuando la nave se hizo á la vela, no dejamos de mirarnos mientras nos pudimos ver.

LIBRO CUARTO.

SUMARIO.

INTERRUMPE Calipso á Telémaco para que descanse. Repréndele Mentor á solas, porque había hecho tan exacta narracion de sus aventuras, y le aconseja que las acabe de contar, pues que ya las había empezado. Telémaco refiere que durante su navegacion desde Tiro hasta Chipre tuvo un sueño en que vió á Vénus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva; que despues le pareció haber visto tambien á Mentor que le exhortaba á que huyese de aquella isla; que al despertar, halló que se había levantado una borrasca, en que sin duda hubiera naufragado el navio, si él mismo no hubiera tomado el timon; porque los Chipriotas se habían embriagado de modo que no se hallaban en estado de dirigirle; que á su arribo á la isla vió con horror los ejemplos mas contagiosos, pero que hallándose tambien en ella el sirio Hazael, de quien Mentor había venido á ser esclavo, le devolvió su sabio director, y los embarcó en su navio para llevarlos á Creta, en cuya travesía vieron el hermoso espectáculo de Anfitrite en su carro tirado de caballos marinos.

ENAGENADA Calipso de placer al oír contar á Telémaco sus aventuras, había quedado inmóvil hasta este momento, en que le interrumpió para hacerle tomar algun descanso. Ya es hora, le dijo, de que despues de tantos trabajos vayas á gozar de las dulzuras del sueño. Aquí nada tienes que temer; todo te es favorable. Abandónate, pues, á la alegría; goza de la paz y de los demas dones de que te van á colmar los dioses. Mañana, cuando la aurora entreabra con sus rosados dedos las puertas doradas del oriente, y los caballos del sol, saliendo de las ondas saladas, esparzan las luces del día para ahuyentar las estrellas del cielo, proseguiremos, mi querido Telémaco, la historia de tus infortunios. Jamás tu padre te igualó en prudencia ni en valor: ni Aquiles¹, vencedor de Hector, ni Teseo, vulto de

1. Aquiles era hijo de Peleo, rey de Tesalia, y de Tétis, hija de

os infiernos², ni aun el grande Alcides³, que purgó la tierra de tantos monstruos, han manifestado tanta fuerza y tanta virtud como tú. Deseo que un profundo sueño te haga la noche corta. Mas ahí que larga sera para mí! que tarde se me hará el volver á verte y oírte, el hacerte repetir lo que ya sé, y preguntarte lo que no sé todavía! Vé, mi querido Telémaco, con el sabio Mentor, que los dioses te han devuelto, vé á esa gruta retirada, donde todo está dispuesto para vuestro descanso. Ruego á Morfeo que derrame sus mas dulces encantos sobre vuestros cargados ojos, que haga discurrir un vapor divino por vuestros cansados miembros, y que os envíe sueños ligeros, que, girando en torno de vos, halaguen vuestros sentidos con las mas risueñas imágenes, y alejen de vos todo lo que pueda despertaros demasiado temprano.

Condujo la diosa por sí misma á Telemaco a una gruta separada de la suya, que no era menos rística ni menos agradable. Corria a un extremo una fuente cuyo suave murmullo convidaba al sueño. Habian preparado las ninfas dos lechos de blanda yerba, y en ellos habían tendido dos grandes pieles, la una de leon para Telémaco, y de oso la otra para Mentor.

Antes de entregarse al sueño, habló mentor á Telémaco de este modo: Te has dejado llevar por el placer de contar tus aventuras; encantada dejás á la diosa con la pintura que le has hecho de los peligros de que tu valor y tu industria te han sacado; y con ello no has hecho sino inflamar mas y mas su corazon, y prepararte un cautiverio mas peligroso. ¿Como quieres

Nereo. Le mató Paris, hermano de Hector en el templo de Apolo, mientras se casaba con Polixena, hija de Priamo.

1. Teseo hijo de Egeo, rey de Atenas, bajo a los infiernos para robar á Proserpina; pero fue encadenado por orden de Pluton hasta que vino á librarle Hércules.

2. Es Hércules, hijo de Jupiter y de Alcmena, muger de Anfitrión. Fue aborrecido de Juno quien le hizo esponer a varios monstruos cuya furia supo vencer.

ahora que te deje salir de su isla despues de haberla embelesado con la narracion de tus sucesos? El amor de una gloria vana te ha hecho hablar sin prudencia. Calipso se habia ofrecido á contarte varias historias, y havierte saber cual ha sido el destino de Ulises; pero ha hallado el medio de hablar mucho tiempo sin decir nada, y el de empeñarte en que la esplices todo cuanto desea saber; tal es el arte de las mugeres lisonjeras y apasionadas. ¿Cuándo tendrás la prudencia necesaria para no hablar jamás por vanidad, y saber callar lo que te ensalce, cuando no sea útil decirlo! Los demas admiran tu prudencia en una edad en que es disimulable no tenerla; pero yo no te puedo disimular nada, porque soy el único que te conoce, y el único que te ama lo bastante para advertirte de todos tus yerros; Cuan distante estás todavía de la prudencia de tu padre!

Pues qué, respondió Telémaco, ¿podia yo negarme á contar á Calipso mis desgracias? No, replicó Mentor fuerza era contárselas; pero debiste hacerlo solo en aquella parte que hubiera podido moverla á compasion. Hubiérasla dicho que anduviste ora errante, ora cautivo en Sicilia, despues en Egipto. Esto bastaba; lo demas solo ha servido de aumentar el veneno que abrasa ya su corazon. Plegue á los dioses que el tuyo pueda preservarse de él.

¿Qué he de hacer pues? preguntó Telémaco con tono moderado y docil. Ya no es tiempo, le respondió Mentor, de ocultarle lo que falta de tus aventuras; sabe de ellas lo bastante para no poder ser engañada acerca de lo que todavía ignora, y esta reserva solo serviria de irritarla. Acaba pues, mañana de contarle lo que los dioses han obrado en tu favor; y aprende para otra vez á hablar con mas moderacion de cuanto pueda atraerte alguna alabanza.

Recibió Telémaco amistosamente tan saludable consejo, y se acostaron.

No bien habia empezado Febo á esparcir por el mundo sus primeros rayos, cuando oyendo Mentor que la diosa andaba por el bosque llamando á las ninfas,

despertó á Telémaco: Ya es hora, le dijo, de sacudir el sueño. Volvamos á ver á Calipso; pero desconfia de sus halagüeñas palabras; no le descubras jamás tu pecho; teme el veneno lisonjero de sus alabanzas. Ya viste que Eyer te ensalzó sobre tu sabio padre, sobre el invencible Aquiles, sobre el famoso Teseo, y aun sobre Hércules que se hizo inmortal. ¿Conociste cuan excesiva es esta alabanza? Creíste lo que dijo? Pues sabe que ni ella misma lo cree: si te alaba así, es porque te juzga débil y harto vano para dejarte engañar con elogios desproporcionados á tus acciones.

Dicho esto, pasaron al sitio donde la diosa los esperaba. Sonrióse al verlos, y ocultó bajo la apariencia del contento el temor y la inquietud que turbaban su corazon; pues preveía que, dirigido Telémaco por Mentor, se le escaparia como Ulises. Apresúrate, le dijo, mi querido Telémaco, á satisfacer mi curiosidad; toda la noche he estado creyendo verte partir de Fenicia, y buscar un nuevo destino en Chipre: cuéntanos pues tu viage, y no perdamos un momento. Luego sentáronse en la yerba sembrada de violetas, á la sombra de un espeso bosque.

Calipso no podia abstenerse de dirigir miradas tiermas y apasionadas sobre Telémaco, y veía con indignacion que Mentor observaba hasta el menor movimiento de sus ojos. Entretanto las ninfas, guardando el mayor silencio, inclinaban la cabeza para aplicar el oido, y formaban una especie de semicírculo para oír y ver mejor: todos tenían fijos los ojos en el jóven.

Telémaco, bajando los suyos, y sonrojándose con mucha gracia, continuó así su historia.

Apenas el dulce soplo de un viento favorable habia hinchado nuestras velas, cuando desapareció de nuestra vista la tierra de Fenicia. Como me hallaba con los Chipriotas, cuyas costumbres ignoraba, resolví callar, notarlo todo, y observar aquellas reglas que dicta la prudencia para grangearme su estimacion. En este estado se apoderó de mí un dulce é irresistible sueño:

mis sentidos quedaron embargados y suspensos; experimentaba una calma y un gozo profundo que embriagaba mi corazón.

Cuando de repente me pareció ver á la diosa Vénus hendiendo las nubes en su carro volante tirado por dos palomas. Tenia aquella belleza peregrina, aquella floreciente juventud, aquellas delicadas gracias que aparecieron en ella cuando salió de la espuma del océano, y deslumbró al mismo Jove. Descendió con rápido vuelo junto á mi, me puso sonriéndose la mano sobre el hombro, y llamándome por mi nombre, profirió estas palabras: Joven Griego, vas á entrar en mi imperio; pronto llegarás á aquella isla afortunada en la que nacen en pos de mi los placeres, las risas y los regocijos. Allí, quemarás aromas en mis aras; allí, te sumergiré en un mar de delicias. Abre tu corazón á las esperanzas mas halagüeñas, y guárdate de resistir á la mas poderosa de las deidades, que quiere hacerte feliz

Aí mismo tiempo ví al niño Cupido, cuyas alitas batiendo le hacían volar al rededor de su madre. Aunque en su rostro tenia la ternura, las gracias y la alegría de la infancia, se descubria un no sé qué en sus penetrantes ojos que me causaba miedo. Refase al mirarme; y su risa era maligna, burlona y cruel. Sacó de su aljaba de oro la mas aguda de sus flechas, templó su arco, y se dispuso á atravesarme, cuando repentinamente, se interpuso Minerva para cubrirme con su égida. El rostro de esta diosa no tenia aquella belleza afeminada, ni aquella apasionada languidez que habia notado en el de Vénus y en sus actitudes: antes por el contrario era esta una beldad sencilla, descuidada y modesta: todo en ella era grave, vigoroso, noble, lleno de fuerza y magestad. No pudo la flecha penetrar la égida, y cayó en tierra. Cupido indignado suspiró amargamente, y se avergonzó al verse vencido. Lejos de aquí, exclamó Minerva, lejos de aquí, temerario rapaz! nunca vencerás sino almas viles, que prefieran los vergonzosos placeres á la sabiduría, á la virtud y á la gloria.

A estas palabras huyóse volando el Amor irritado; y remontándose Vénus hácia el Olimpo, largo rato estuve viendo el carro con sus dos palomas en una nube de oro y azul; y luego desapareció. Al bajar los ojos hácia la tierra, ya no hallé á Minerva.

Parecióme que me hallaba trasportado en un jardin delicioso, cual pintan los campos eliseos, en donde reconocí á Mentor, quien me dijo: Huye de esta tierra cruel, de esta isla corrompida, en que solo se respira deleite. La virtud mas animosa debe temblar en ella, y solo huyendo puede salvarse. Luego que le ví, quise echarme á su cuello para abrazarle; pero sentia que no podian moverse mis piés: mis rodillas desfallecian, y esforzándome para asirle, solo encontraba una sombra vana que se me huía de entre las manos. Haciendo estos esfuerzos desperté; conocí que este sueño misterioso era un aviso del cielo. Sentime lleno de valor contra los placeres, y de desconfianza contra mi mismo para detestar la vida muelle de los Chipriotas. Pero lo que me atravesó el corazón, fué el creer que Mentor habia salido de esta vida, y que, pasadas las aguas de la Estigia¹, habitaba ya la venturosa mansion de las almas justas.

Esta idea me hizo derramar un torrente de lagrimas. Preguntáronme porque lloraba, y respondí: A nadie mejor convienen las lágrimas que á un infeliz extranjero que anda errante, sin esperanza de volver á su patria. Entretanto todos los Chipriotas que iban en el navio se abandonaron á una loca alegría. Los remeros, enemigos del trabajo, se dormían sobre los remos; el piloto, coronado de flores, dejaba el timon, y tenia en la mano una gran vasija de vino que habia ya casi apurado: él y todos los demas, agitados del furor de Baco, cantaban en loor de Vénus y Cupido versos que debian horrorizar á cuantos amen la virtud

1. La Estigia es una fuente á la falda del monte Nonácris en Arcadia, cuyas aguas son tan frias que hacen morir al punto que se han bebido. Fingen los poetas que es un río ó una laguna del infierno, por el cual juran los dioses del cielo con tanto respeto, que no se atravieran á quebrantar su juramento.

Mientras que así se olvidaban de los peligros del mar, una repentina tempestad oscureció el cielo y alborotó las aguas. Desencadenados los vientos bramaban furiosos soplando contra las velas: las negras olas batían los costados del navío, que cruzaba á sus golpes. Ora subíamos por cima de las olas enrespadas, ora parecía que el mar se retiraba debajo de la nave é iba á precipitarnos en los abismos. Cereza de nosotros descubríamos unas rocas contra las que se estrellaban con horrible estruendo las olas irritadas. En esta ocasion conocí por experiencia lo que tantas veces habia oido á Mentor, esto es, que los hombres muelles y entregados á los placeres carecen de ánimo en los peligros. Abatidos los Chipriotas, lloraban como mugeres; no oía mas que gritos lamentables y sentimientos de dejar las delicias de la vida, y vanas promesas á los dioses de hacerles sacrificios, si lograban arribar al puerto. Ninguno tenía la presencia de ánimo que se necesitaba para mandar las maniobras, ni para hacerlas. Creí que salvando mi vida debía salvar la de los demas. Empuñé el timon porque el piloto, turbado con el vino como una bacante¹, no se hallaba en estado de conocer el riesgo que corría la nave: animé á los marineros consternados; híceles amainar velas; remaron briosamente; pasamos por entre los escollos, y vimos de cerca todos los horrores de la muerte.

Esta aventura pareció un sueño á todos los que me debían la conservacion de su vida. Arribamos á la isla de Chipre² en el mes de la primavera que está consagrada á Vénus. Esta es, decían los Chipriotas, la estacion que mas conviene á la diosa; pues parece que es la que reanima toda la naturaleza, y hace nacer los placeres así como las flores.

1. Eran las bacantes, las mugeres que sacrificaban á Baco, en el monte Citeron cerca de Tebas, ó en otros montes de Tracia. Llevaban unos bastones cubiertos de yedra, llamados tirso, y parecían poseídas de un furor divino.

2. Chipre es una isla del mar Mediterráneo, muy fértil y amena, consagrada á Vénus.

Al llegar á la isla sentí un aire suave que al mismo tiempo que laja y enerva los cuerpos, inspira un humor alegre y liviano. Noté que la campiña, naturalmente fértil y agradable, estaba casi inculta: tan enemigos del trabajo eran los habitantes. Por todas partes veía mugeres y jóvenes doncellas, livianamente engalanadas, que, cantando los loores de Vénus, se le iban á dedicar en su templo. La hermosura, las gracias, la alegría, los placeres, brillaban á la par en sus rostros, pero las gracias eran en ellas muy afectadas, y se les echaba menos aquella noble sencillez, aquel amable pudor, que es el mayor atractivo de la hermosura. Su aire muelle, la artificiosa compostura de sus rostros, sus vanos atavíos, su andar lánguido, sus miradas que parecían buscar las de los hombres, sus mutuos zelos por encender grandes pasiones, en una palabra, todo cuanto veía en estas mugeres me parecia vil y despreciable: cuanto mas se esmeraban en agradar tanto mas me disgustaban.

Condujéronme al templo de la diosa; tiene varios en aquella isla; pues venérasela particularmente en Citeres, en Idalia, y en Pafos. Me llevaron á Citeres¹. El templo es todo de mármol, y forma un perfecto peristilo: el grueso y la altura de las columnas hacen magestuosísimo el edificio: sobre el arquitrabe y el friso hay en cada fachada unos grandes frontones, en que se ven esculpidas de bajo relieve las mas agradables aventuras de la diosa. A la puerta del templo hay continuamente una multitud de pueblos que van á presentar sus ofrendas.

En el recinto del lugar sagrado, jamás se degüella ninguna víctima; no se quema allí como en otros templos la grasa de las terneras ni de los toros, ni se derrama su sangre; solo se presentan ante el altar las víctimas que se ofrecen, y no es licito ofrecer ninguna que no sea nueva, blanca, y sin defecto ni mancha. Cubreselas con bandas de púrpura, bordadas de oro; se les

1. Citeres está cerca de Candia. Allí aporó Venus en una concha marina.

doran las astas, y se les adorna con guirnalda de flores olorosas. Despues de presentadas delante del altar, se conducen á un lugar apartado, donde se las degüella para los festines de los sacerdotes de la diosa.

Tambien se ofrecen toda especie de licores olorosos, y un vino mas dulce que el néctar. Los sacerdotes visten largas ropas blancas con cinturon de oro y franjas del mismo á la estremidad inferior de sus ropas. En los altares arden noche y dia los mas esquisitos aromas del oriente, los cuales forman una especie de nube que se eleva hácia el cielo. Todas las columnas del templo están adornadas de festones colgantes; todos los vasos que sirven al sacrificio son de oro; un bosque sagrado de mirtos ciñe el edificio. Allí solo los jóvenes de uno y otro sexo de una estraordinaria belleza, pueden presentar las victimas á los sacerdotes, y atreverse á encender el fuego de los altares; pero la impudencia y la disolucion deshonan un templo tan magnifico.

Al principio me horrorizó cuanto veia; pero insensiblemente me fui acostumbrando á ello. Ya no me espantaba el vicio; todas las compañías me inspiraban no sé que inclinacion al desorden. Burlábanse de mi inocencia, y mi encogimiento y mi pudor servian de ludibrio á aquellos pueblos desvergonzados. Nada omitian para excitar todas mis pasiones, ponerme lazos, y despertar en mí el gusto al deleite. Cada dia me sentia mas débil: la buena educacion que habia recibido me sostenia ya bien poco; todos mis buenos propósitos se desvanecian. Sentíame ya sin fuerza para resistir al mal que por todas partes me estrechaba, y aun me avergonzaba de ser virtuoso. Era como un hombre que nada en un rio rápido y profundo: al principio rompe las aguas y sube contra la corriente; pero si la orilla es escarpada, y no puede descansar en ella, se cansa al fin poco á poco, sus fuerzas le abandonan, sus miembros fatigados se entorpecen, y la corriente le arrebata.

Así mis ojos empezaban á oscurecerse, mi corazon desfallecia, y ya dejaban de asistirme mi razon y la memoria de las virtudes de mi padre. Aca-

baba de desanimarme el sueño en que creia haber visto al sabio Mentor ya descendido á los campos eliseos: una oculta y suave languidez se apoderaba de mí. Ya amaba la engañosa ponzoña que discurría de vena en vena, y penetraba hasta á la médula de mis huesos. Mas por eso dejaba aun de dar profundos suspiros; derramaba amargas lágrimas, y furioso rugía como un leon. Oh! desgraciada juventud! decia: dioses, que os burlais cruelmente de los hombres, ¿porque les haceis pasar por esta edad, que es una edad de locura ó de fiebre ardiente? Ah! quien estuviera ya cubierto de canas, encorvado, y próximo al sepulcro, como mi abuelo Laertes! La muerte me seria **mas dulce que la vergonzosa languidez en que me veo**.

Apenas hube dicho esto, se templó mi dolor, y mi corazon embriagado de una loca pasion, sacudia casi enteramente el pudor; despues me volví á ver sumergido en un abismo de remordimientos. Durante esta agitacion corria incierto por uno y otro lado del bosque sagrado, semejante a una cierva herida por el cazador: atraviesa corriendo montes y selvas por aliviar su dolor; pero la flecha que la ha herido el costado va siempre con ella; por todas partes lleva consigo el tiro mortal. Así yo corria en vano por olvidarme de mí mismo; y nada suavizaba la llaga de mi corazon.

En este momento percibi bastante lejos de mí, en lo sombrío del bosque, la figura del sabio Mentor; pero me pareció su rostro tan pálido, tan triste y tan austero, que no sentí contento alguno en verle. ¿Sois vos esclame, mi caro amigo, mi única esperanza? sois con efecto vos mismo? ó es acaso alguna engañosa imágen que viene á ilusionar mis ojos? sois vos, Mentor? ó es vuestra sombra todavia sensible á mis males? ¿Es verdad que aun no estáis entre el número de las almas venturosas que gozan el premio de su virtud, y á quienes colman los dioses de placeres puros en una paz eterna en los campos eliseos? ¿Hablad, Mentor, vivís to-

1. Los Campos Eliseos eran, segun los poetas, la morada de los bienaventurados. Se puede ver su descripcion en el libro IV de la *Éneida*.

davía? ¿soy tan dichoso que os posea; ó no es esto mas que una sombra de mi amigo? Hablando así, corría enagenado hácia él, hasta desalentarme; él me esperaba tranquilamente, sin dar un paso hácia mí. Oh! Dioses! vosotros sabeis cual fué mi alegría cuando le tocaron mis manos. No, no es una vana sombra! asido le tengo y abrazado, mi querido Mentor! Así exclamé, regando su rostro con un torrente de lágrimas, y me quedé asido á su cuello sin poder articular palabra. Mentor me miraba tristemente con ojos llenos de la mas tierna compasion.

Finalmente le dije: Ay de mí! ¿de donde venís? ¡a que peligros no me habeis dejado espuesto durante vuestra ausencia! ¿y ahora mismo que fuera de mí sin vos? Mentor, sin responder á mis preguntas: Huye! me dijo, con voz terrible; huye! apresurate á huir! Aquí la tierra no lleva por fruto sino ponzoña: el aire que se respira está corrompido; los hombres, contagiosos, no se hablan sino para comunicarse un veneno mortífero. La voluptuosidad vil é infame, que es el mas horrible de cuantos males han salido de la caja de Pandora, debilita los corazones, y no sufre aquí virtud alguna. Huye! qué te detienes? ni aun mires atrás en tu fuga: borra hasta al mas mínimo recuerdo de esta isla execrable.

Dijo, y al instante sentí como una espesa nube que se disipaba de delante de mis ojos, y me dejaba ver la luz pura: una alegría dulce y animosa renacia en mi corazón. No era esta alegría como aquella otra sensual y loca, que al principio habia emponzoñado mis sentidos: la una es alegría de embriaguez y turbacion, interrumpida de pasiones furiosas y de crueles remordimientos; y la otra una alegría racional, que tiene algo de bienaventurado y celestial, que siempre es pura igual é inagotable, que cuanto uno mas se entrega á ella es tanto mas suave; una alegría por fin que enagena el alma sin perturbarla. Entonces derramé lágrimas de contento, y conocí que nada hay tan dulce como este llanto. ¡Dichosos los hombres, decia yo, á quienes se manifiesta la virtud en toda su belleza! ¡Es posible verla sin amarla! y se la podrá amar sin ser feliz!

Mentor me dijo: Me es preciso dejarte; parto en este momento: no se me permite detenerme. ¿Pues adonde vais? le repliqué: ¿a que tierra iréis, por inhabitable que sea, que yo no os siga? No creais poder iros sin mí, antes moriré siguiendo vuestros pasos. Decíale yo esto teniéndole abrazado con todas mis fuerzas. En vano, me dijo, esperas detenerme. El cruel Metofis me vendió á unos Etiopes ó Arabes: y habiendo pasado estos á Damasco en Siria á hacer su comercio quisieron deshacerse de mí, creyendo sacar una gran suma de un tal Hazael, que buscaba un esclavo griego para instruirse de las costumbres y ciencias de la Grecia. En efecto, me compró Hazael á buen precio; y lo que le he dicho acerca de nuestras costumbres le ha movido la curiosidad de pasar á la isla de Creta á estudiar las sabias leyes de Minos. Durante nuestra navegacion, los vientos nos han obligado á tocar en la de Chipre, y mientras aguarda un viento favorable, ha venido á hacer sus ofrendas al templo. Vele allí que sale de él: los vientos nos llaman; hinchense ya nuestras velas; Adios, mi amado Telémaco, que un esclavo que teme á los dioses debe seguir fielmente á su señor. Los dioses no me permiten ser mio: si lo fuera, ellos saben que solo fuera tuyo. Adios: acuérdate de los trabajos de Ulises, y de las lágrimas de Penélope; acuérdate de los justos dioses. Dioses, protectores de la inocencia, en que tierra me veo precisado á dejar á Telémaco!

No, no, le dije, mi querido Mentor; no dependerá de vos dejarme aquí: antes moriré que veros partir sin mí. ¿Es acaso desapiadado ese Sirio vuestro dueño? ha mamado en su infancia á los pechos de alguna tigre? querrá arrancaros de entre mis brazos? O me ha de dar la muerte, ó permitir que os siga.

Vos mismo me exhortais á que huya, y no quereis que huya siguiendo vuestros pasos! Voy á hablar á Hazael, quizá se compadecerá de mi juventud y de mis lágrimas: ya que es tan amante de la sabiduría, y va tan lejos á buscarla, no es posible que tenga un corazón feroz é insensible: me arrojare á sus piés, abra-

taré sus rodillas, y no le dejaré hasta que me permitís seguirlos. Mi amado Mentor, yo me haré esclavo con vos: voy á ofrecerle darne á él; y si me desaira, ya está decidida mi suerte, me quitaré la vida.

A este tiempo llamó Hazael á Mentor; postréme ante él. Quedó sorprendido al ver á un incógnito en tal postura: Que quereis? me dijo. La vida, le respondí, pues no puedo vivir si no permitís que siga á Mentor, que es esclavo vuestro. Soy el hijo del grande Ulises, el mas sabio entre los reyes de Grecia que arruinaron la soberbia ciudad de Troya, famosa en toda el Asia. No os digo mi nacimiento para ensalzarme, sino para inspiraros alguna compasion de mis desgracias. He recorrido todos los mares buscando á mi padre, en compañía de este hombre que era para mí otro padre. La fortuna para colmo de mis males me lo robó; y pues le ha hecho vuestro esclavo, permitidme que yo tambien lo sea. Y si es cierto que amais la justicia, y que vais á Creta á aprender las leyes del buen rey Minos, no endurezcáis vuestro corazon á mis suspiros y á mis lágrimas. Ved al hijo de un rey que se halla reducido á solicitar iz servidumbre como su único recurso. En otro tiempo quise morir en Sicilia para evitar la esclavitud; pero mis primeras desgracias no eran mas que unos ligeros ensayos de los ultrages de la fortuna; así es que ahora temo no poder conseguir que me recibais entre vuestros siervos. ¡Oh, dioses, ved mis males! Y vos, Hazael, acordaos de Minos, cuya sabiduria admirais, y que nos ha de juzgar á ambos un dia en el reino de Pluton¹.

Hazael, mirándome con semblante afable y benéfico, alargó la mano y me alzó: No ignoro, me dijo, la sabiduria y la virtud de Ulises; Mentor me ha contado muchas veces la gloria que se ha adquirido entre los Griegos, y no hay ademas pueblo en todo el oriente donde la voladora fama no haya hecho resonar su nombre. Así que, seguidme, hijo de Ulises, en mi tendreis otro padre hasta que halleis al que os ha dado el ser. Aun cuando no

1. Minos era hijo de Júpiter y de Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia. Era rey de Creta, y como fué muy justo, se ha fingido que le eligió Pluton para que fuese juez en los infernos.

me moviesen á piedad la gloria de vuestro padre, sus desgracias y las vuestras, la amistad que profeso á Mentor, era bastante á empeñarme en protegeros. Es verdad que le compré como esclavo, pero le conservo como á fiel amigo: el dinero que me costó me ha proporcionado el mas apreciable y digno amigo que tengo sobre la tierra. En él he hallado la sabiduria, y á él debo todo el amor que profeso á la virtud. Ya es libre desde este momento, y vos tambien lo sois; solo os pido á uno y otro vuestro afecto.

En un instante pasé del mas amargo dolor al mayor gozo de que son capaces los mortales. Veíame libre de un inminente peligro; me acercaba á mi patria; hallaba un auxilio para volver á ella, y tenía el consuelo de estar al lado de un hombre que ya me amaba no mas que por el amor que profesaba á la virtud; en fin todo lo hallaba, hallando á Mentor para no dejarle mas.

Encamfnase Hazael á la orilla del mar, y nosotros le seguimos. Entramos en la nave: hienden los remos las sosegadas ondas: un blando céfiro juguetea con las velas, y anima todo el navio, dándole un suave movimiento; y la isla de Chipré desaparece bien pronto. Hazael, que deseaba con impaciencia saber mi modo de pensar, me preguntó que me parecia de las costumbres de aquella isla. Confeséle ingenuamente los peligros á que mi juventud estuviera espuesta, y el combate que en mi interior habia sostenido. Quedó prendado de mi horror al vicio, y dijo estas palabras: Oh! Venus! reconozco tu poder y el de tu hijo; en tus altares he quemado incienso: pero permiteme que deteste la infame molicie de los habitantes de tu isla, y la impudencia brutal con que celebran tus fiestas.

Despues se entretenian hablando él y Mentor acerca de aquella primera potencia que creó los cielos y la tierra; de aquella luz infinita é inmutable que á todos se comunica sin dividirse; de aquella verdad soberana y universal que ilumina los espíritus, así como el sol los cuerpos. El que jamás ha visto, decia, esta luz pura es ciego como un ciego de nacimiento: pasa su vida en una profunda noche como los pueblos á quienes no alumbra el

sol en muchos meses del año; cree ser sabio, y es insensato; todo cree verlo, y no ve nada; y muere por fin sin haber visto jamás cosa alguna; cuando mas, ha llegado á entrever oscuras y falsas luces, sombras vanas y fantasmas, que nada tienen de realidad. Así son todos los hombres que se dejan arrastrar del placer de los sentidos y del embeleso de la imaginacion. No hay hombres verdaderamente tales sobre la tierra, sino los que consultan, aman y siguen á esta razon eterna: ella es la que nos inspira cuando pensamos santamente; ella que nos reprende cuando erramos: de ella recibimos no menos la razon que la vida. Ella es como un gran océano de luz, y nuestros entendimientos son como arroyuelos que de él salen, y con él vuelven á confundirse.

Aunque no comprendiese perfectamente la profunda sabiduría de este discurso, no por eso dejaba de percibir en ellos un no sé que de puro y sublime que inflamaba mi corazón: la verdad misma á mi parecer brillaba en todas estas palabras. Prosiguieron hablando del origen de los dioses, de los héroes, de los poetas, de la edad de oro, del diluvio, de las primeras historias del género humano, del rio de Olvido¹ en que se sumergen las almas de los muertos, de las penas eternas preparadas á los impios en el negro abismo del Tártaro², y de aquella venturosa paz que gozan los justos en los campos Eliseos, sin temor de perderla.

Mientras hablaban Hazael y Mentor, descubrimos delfines cubiertos de una escama que parecia de oro y azul, los cuales levantaban retozando espumosas ondas. En pos de ellos venian tritones tocando sus trompas retorcidas. Iban rodeando el carro de Anfitrite³, tirado de caballos marinos mas blancos que la nieve, los cua-

1. Los poetas han llamado *Lethe* á este rio, de una voz griega que significa *olvido*, como que fingen que sus aguas quitan la memoria de lo pasado.

2. Es el Tártaro un lugar en los infiernos en que son atormentados los malos. Su nombre le viene de una voz griega cuyo sentido es *perturbar*, ó de otra que significa *temblar de frio*.

3. Anfitrite, hija del Océano y de Doris, muger de Neptuno, la diosa del mar.

les, hendiendo las saladas ondas, dejaban tras sí un profundo surco en el mar. Sus ojos estaban encendidos, y sus bocas arrojaban humo. Era el carro una concha de maravillosa forma, y cuya blancura era mas resplandeciente que la del marfil; las ruedas eran de oro. Este carro parecia que volaba sobre la superficie de las sosegadas aguas. Una multitud de ninfas coronadas de flores iban en tropel nadando detrás del carro: sus hermosos cabellos, pendiendo sobre sus espaldas, ondeaban á merced del viento. La diosa llevaba en una mano un cetro de oro para mandar á las olas, y con la otra sostenia sus rodillas, colgado á su pecho, al diosецillo Palemon su hijo: tenia un semblante sereno, y una apacible majestad que ahuyentaba los sediciosos vientos y las negras tempestades. Los tritones guiaban los caballos, y tenian las doradas riendas. Flotaba en el aire por encima del carro una gran vela de púrpura, medio hinchada por el soplo de una multitud de celirillos que hacian esfuerzos para impelerla con sus alientos. En medio de los aires se veia á Eolo¹ solícito, inquieto y lleno de ardor: su rostro arrugado y melancólico, su voz amenazadora, sus cejas espesas y largas, sus ojos llenos de un fuego sombrío y austero, imponian silencio á los fieros aquilones, y rechazaban las nubes. Las enormes ballenas, y todos los monstruos marinos, causando con sus narices un flujo y reflujo de la onda amarga, se apresuraban á dejar sus profundas grutas por ver á la diosa.

1. Eolo era hijo de Júpiter y Acesta, hija de Hipotas, Troyano. Los poetas le han hecho dios de los vientos, porque sabia pronosticar los vientos segun las estaciones.

LIBRO QUINTO.

SUMARIO.

REFIERE Telémaco que al llegar á Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, habia sacrificado su hijo único por cumplir un voto indiscreto; que los Cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habian obligado al padre á que dejase el país, y que después de largas deliberaciones se hallaban á la sazón congregados para elegir otro rey. Asimismo refiere que los Cretenses le admitieron en aquella asamblea; que ganó el premio en diferentes juegos; que resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes; y que, vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo, le quisieron hacer rey.

DESPUES de haber visto con admiracion este espectáculo, empezamos á percibir las montañas de Creta¹, que apenas podíamos distinguir de las nubes del cielo y de las olas del mar. Muy luego vimos la cumbre del monte Ida, que sobresale de los demás de la isla, así como un ciervo viejo levanta en un bosque su ramosa cabeza sobre las de los cervatillos que le siguen. Poco á poco fuimos divisando mas claramente las costas de la isla, que se ofrecian á nuestra vista como un anfiteatro. Tan descuidado é inculto como nos habia parecido el terreno de Chipre, tan fértil y adornado de todos frutos estaba el de Creta á beneficio del trabajo de sus habitantes.

Por todas partes veíamos aldeas bien construidas, villas que competian con las ciudades, y ciudades sumptuosas: no veíamos campo alguno en que no estuviese impresa la mano del activo labrador, ni donde el corvo arado no hubiese hecho hondos surcos: los abrojos, las

1. Creta, hoy Candia, isla del Mediterráneo, célebre por sus vinos exquisitos, y donde habia en otro tiempo cien ciudades.

espinas, y las demas yerbas que inútilmente ocupan la tierra, son allí desconocidas. Complacíanos la vista de los hondos valles, en que vacadas inmensas mugian en abundosos pastos á la orilla de los arroyos: los rebaños de carneros se apacentaban en el declive de una colina: los espaciosos campos estaban cubiertos de doradas espigas, preciosos dones de la fecunda Ceres; y en fin los montes, adornados de pámpanos y racimos de uvas ya en color, prometian á los vendimiadores los gratos dones de Baco para alivio de los hombres.

Dijonos Mentor que ya otra vez habia estado en Creta, y nos refirió lo que de ella sabia. Esta isla, decia, admirada de todos los extranjeros, y famosa por sus cien ciudades, mantiene cómodamente á todos los habitantes, sin embargo de que son innumerables: esto consiste en que la tierra no se cansa jamas de derramar sus frutos entre los que la cultivan. Es inagotable la fecundidad de su seno: cuantos mas hombres habitan un país, con tal que sean laboriosos, tanto mayor es la abundancia de que gozan, sin verse jamas en el caso de envidiarse nada unos á otros; porque la tierra, esta bondadosa madre, multiplica sus dones segun el número de hijos que se hacen acreedores á sus frutos por medio del trabajo. La ambicion y la avaricia son el único origen de sus males: todo lo quieren; y el ansia con que desean lo superfluo, les hace infelices. Si se contentaran con llevar una vida sencilla, y con satisfacer sus verdaderas necesidades, se veria por todas partes abundancia, alegría, paz y union.

Así lo juzgó Minos, el mas sabio y mejor de todos los reyes. Lo mas maravilloso que veais en esta isla, es fruto de sus leyes. La educacion que mandan dar á los niños, los cria sanos y robustos: acostúmbraseles desde luego á una vida simple, frugal y laboriosa; y porque se supone que toda voluptuosidad enerva el cuerpo y el espíritu, jamas se les proponen otros placeres que el de hacerse invencibles por la virtud, y el de adquirir mucha gloria. Aquí no se hace consistir el valor en solo despreciar la muerte en los peligros de la guerra, sino tambien en despreciar las riquezas excesivas y los deleites vergonzosos. Aquí se castigan tres vicios, que en otros

pueblos son impunes: la ingratitude, el fingimiento y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y á la molicie, nunca hay necesidad de refrenarlos, porque son desconocidos en Creta. Todos trabajan, y nadie piensa en enriquecerse. Cada uno se cree suficientemente pagado de su trabajo con una vida tranquila y arreglada, que le deja gozar en paz y con abundancia de todo lo realmente necesario. No se permiten muebles preciosos, ni trajes magníficos, deliciosos festines, ni palacios dorados. Los vestidos son de lana fina de hermosos colores; pero lisos y sin bordados. En las comidas hay la mayor sobriedad: bébese poco vino: el buen pan, los frutos que los árboles ofrecen como por sí mismos, y la leche de los ganados, son los principales manjares. Cuando mas, se come un poco de carne, pero sin aderezos ni salsas; teniendo siempre el mayor cuidado de reservar para la agricultura las mejores reses de las grandes vacadas, á fin de que siempre esté floreciente. Las casas estan aseadas, son cómodas y alegres, pero sin adornos. No se ignora la sublime arquitectura; pero está reservada á los templos, y no se atreverian los hombres á tener casas semejantes á las de los Inmortales. Los grandes bienes de los Cretenses consisten en la salud, la fuerza, el valor, la paz y la union de las familias, la libertad de los ciudadanos, la abundancia de lo necesario y el menosprecio de lo superfluo, el hábito del trabajo y el horror á la ociosidad, la emulacion por la virtud, la sumision á las leyes, y el temor de los justos dioses.

Yo le pregunté en que consistia la autoridad del rey; y me respondió: Todo lo puede sobre los pueblos; mas las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto para hacer bien; pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer mal. Las leyes le confian los pueblos como el mas sagrado de todos los depósitos, pero con la condicion de que sea el padre de sus súbditos. Quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y con su moderacion á la felicidad de tantos otros, y no que tantos hombres sirvan con su miseria é infame esclavitud para lisonjear el orgullo y la molicie de uno solo. Un rey no debe tener mas que sus súbditos, sino

aquello que le sea absolutamente preciso para alivio de sus penosas funciones, ó para infundir á los pueblos el respeto que deben al que es el apoyo de las leyes. Por otra parte, debe ser mas sobrio, mas enemigo de la molicie, y estar mas exento de fausto y altanería que ningun otro. No debe tener mas riquezas ni mas placeres, pero sí mas sabiduría, mas virtud, y mas gloria que los demas. Fuera de sus estados, debe ser el defensor de la patria, mandando los ejércitos; y dentro, el juez de sus pueblos, que les haga buenos, sabios y felices. No le han hecho los dioses rey para sí propio, ni lo es mas que para ser el númen tutelar de sus pueblos, á ellos debe todo su tiempo, todos sus desvelos y todo su amor; y en tanto será digno del trono, en cuanto se olvide de sí mismo por sacrificarse al bien público.

Minos no ha querido que sus hijos le sucediesen sino con la condicion de que reinarian segun sus máximas. Minos amaba todavía mas á su pueblo que á su familia. Con su cordura ha hecho tan poderosa y feliz la Creta; con su moderacion ha eclipsado la gloria de todos los conquistadores, que quieren hacer servir á los pueblos de pedestal á su propia grandeza, es decir á su vanidad; y con su justicia, en fin ha merecido ser en los infiernos el soberano juez de los muertos.

Mientras así hablaba Mentor, arribamos á la isla. Vimos el famoso laberinto, obra del ingenioso Dédalo, é imitacion del gran laberinto que habiamos visto en Egipto. Estando contemplando aquel curioso edificio, notamos que el pueblo cubria la playa, y que corría un tropel á un paraje bastante inmediato á la orilla del mar. Preguntamos la causa de su apresuramiento, y he aquí lo que nos refirió Cretense, llamado Nausicles.

Idomeneo, hijo de Deucalion y nieto de Minos, dijo, habia ido como los demas reyes de Grecia al sitio de Troya. Despues de la ruina de esta ciudad se hizo á la vela para volver á Creta; pero fué tan violenta la tempestad que sobrevino, que el piloto de su nave y los demas espertos en la navegacion creyeron inevitable el naufragio. Todos veian la muerte ante sus ojos, y

abiertos los abismos para tragarles, y todos lloraban su desgracia, no esperando siquiera el triste reposo de las sombras de los que pasan la Estigia despues de haber recibido sepultura. En esta situacion levanta Idomeneo los ojos y las manos al cielo, y esclama invocando á Neptuno: ¡O poderoso dios! tú que tienes el imperio de las ondas, dignate salir á un desgraciado. Si me concedes que vuelva á ver la isla de Creta, á pesar del furor de los vientos, te inmolaré la primera cabeza que se presente á mi vista.

Entre tanto su hijo, impaciente por verle, se apresura á salir á recibirle para abrazarle: ¡infeliz! no sabia que esto era correr á su perdicion. Salvo Idomeneo del peligro, arriba al deseado puerto: da gracias á Neptuno porque oyó sus plegarias; mas bien pronto conoció cuan funestas le eran. Un presentimiento de su desgracia le causaba el mas amargo arrepentimiento de su voto indiscreto; temia llegar al seno de su familia, y ver lo que mas amaba en el mundo. Pero la cruel Nemesís, diosa inclemente, siempre vigilante para castigar á los hombres, y en particular á los reyes orgullosos, impele á Idomeneo con mano fatal é invisible. Llega, y apenas se afreva á levantar la vista, ve á su hijo, y retrocede horrorizado: en vano buscan sus ojos alguna otra cabeza menos querida que pueda servir de víctima.

No obstante el hijo se arroja á sus brazos, y queda sorprendido de que su padre corresponda tan mal á su ternura: vele anegado en lágrimas, y le dice: Padre mio, ¿de qué proviene esta tristeza? ¿será posible que despues de tan larga ausencia sintais el volveros á ver en vuestro reino, y causar la alegría de vuestro hijo? ¿En qué he podido ofenderos? ¿tanto horror os causa mi presencia que volvéis los ojos por no verme? Oprimido de dolor el padre no le responde. Por fin, despues de exhalar profundos suspiros: ¡Ah Neptuno! esclamo ¿qué es lo que te he prometido? ¡A cuánta costa me has librado del naufragio! Vuélveme á las olas, que estrellándome contra las rocas debian acabar con mi vida; pero conserva la de mi hijo. ¡O dios cruel! toma, aquí tienes mi sangre, no se derrame la suya. Dicho esto,

sacó la espada para traspasarse; pero se lo impidieron los que allí estaban. El anciano Sofronimo, intérprete de la voluntad de los dioses, le aseguró que podia aplacar á Neptuno sin dar la muerte á su hijo. Vuestra promesa, le dijo, ha sido imprudente: á los dioses no se le honra, se les ofende con crueldades: guardaos de añadir á la imprudencia del voto la temeridad de cumplirle contra las leyes de la naturaleza. Ofreced á Neptuno cien toros mas blancos que la nieve: haced que corra su sangre al rededor de su altar coronado de flores: y quemad en su honor olorosos inciensos.

Oíalo Idomeneo con la cabeza baja, y sin responder palabra; sus ojos estaban encendidos de furor, y su rostro pálido y desfigurado mudaba de color á cada instante: un temblor continuo se habia apoderado de sus miembros. Viéndole su hijo en tal estado, le dijo: Aquí me teneis, padre mio, dispuesto á morir por aplacar á Neptuno; no os espongaís á ser víctima de su enojo: yo moriré contento por salvar vuestra vida. Herid, padre mio; no temais hallar en mi un hijo indigno de vos: la muerte no le intimida.

En el momento en que acabó de hablar, Idomeneo, fuera de sí, y como agitado por las Furias infernales, sorprende á los que le observan de cerca, y traspasa con la espada el corazon de su hijo: sácala humeando y ensangrentada para hundirse en sus propias entrañas; pero le volvieron á contener los que le asistian.

Cae el hijo bañado en su sangre; las sombras de la muerte cubren sus ojos; entreábrellos buscando la luz, y no bien la halla, cuando la pierde para siempre. Cual hermoso lirio en medio del campo, cortado á raíz por el filo del arado, desfallece sin poderse sostener, y que, si bien no ha perdido aquella hermosa blancura y esmalte que tanto agrada á la vista, queda no obstante sin vida, porque ya la tierra no le sustenta: tal al hijo de Idomeneo, semejante á una delicada y tierna flor, le arrancaron la suya en la primavera de sus años.

El padre queda insensible en fuerza de su dolor: ni sabe donde está, ni lo que ha hecho, ni lo que debe hacer: marcha trémulo á la ciudad, y pide su hijo.

Pero el pueblo, compadecido de este y horrorizado de la bárbara acción del padre, clama diciendo que los justos dioses le habían abandonado á las Furias. El furor los provee de armas: toman palos y piedras, y la discordia derrama en los corazones una ponzoña mortal. Y en este momento los Cretenses, los prudentes Cretenses, se olvidan de la cordura que les caracteriza, y desconocen al nieto del sabio Minos. Los amigos de Idomeneo no hallan otro medio de salvarle que volverle á las naves: embárcanse con él, y huyen entregándose á merced del viento. Vuelto en sí Idomeneo, les agradece que le hubiesen sacado de una tierra regada con la sangre de su hijo, y donde le hubiera sido imposible permanecer. El viento los conduce hácia la Hesperia, y van á fundar un nuevo reino en el país de los Salentinos.

Viéndose los Cretenses sin rey que los gobierne, han acordado elegir uno que mantenga en toda su pureza las leyes establecidas, y ved aquí los medios de que se valen para la elección. Ya están juntos todos los principales ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio á las sesiones por los sacrificios: convócanse á los sabios mas famosos de los países vecinos, para que juzguen de la sabiduría de aquellos que parezcan dignos del mando. Dispónense juegos públicos en que los concurrentes puedan dar muestras de su valor, porque el otro que se ofrece por premio se ha de adjudicar al que mas se aventaje en las dotes del alma y del cuerpo. Los Cretenses quieren un rey ágil y robusto, sabio y virtuoso; sin que el ser extranjero sirva de obstáculo, pues á todos se llama.

Después que Nausierates nos refirió esta maravillosa historia: Apresuraos, nos dijo, á venir á nuestra asamblea; combatiréis con los demas, y si los dioses destinan la victoria para alguno de vosotros, será rey de esta isla. Seguimosle, no con deseo de vencer, sino movidos de la curiosidad de ver una cosa tan estraordinaria.

Llegamos, pues, á una especie de circo muy capaz situado en el centro de un espeso bosque; y en medio del circo estaba el palenque para los combatientes, y á su rededor levantado un grande anfiteatro de verdes

cespedes, en el cual estaba sentado y en órden innumerable pueblo. Cuando llegamos, fuimos honoríficamente recibidos de los Cretenses, los cuales ejercen la hospitalidad mas noble y religiosamente que ningun otro pueblo del mundo. Hiciéronnos sentar, y nos convidaron á combatir. Mentor halló escusa en su edad, y Hazael en su quebrantada salud.

Pero á mi juventud y vigor ninguna escusa les quedaba: sin embargo miré á Mentor por si descubria su dictámen; y luego que le conocí acepté la oferta, y me despojé de mis ropas: derramaron con abundancia aceite suave y lustroso por todos mis miembros, y me incorporé con los demas combatientes. Por todas partes oí que se decía: Este es el hijo de Ulises que aspira á ganar el premio. Conociéronme muchos Cretenses que durante mi niñez habiau estado en Itaca.

El primer combate fué el de la lucha. Un Rodio como de treinta y cinco años de edad, venció á cuantos osaron ponérsele delante. Conservaba todavía el vigor de la juventud: eran sus brazos nervudos y robustos; al menor movimiento que hacia se veian todos sus músculos, y su agilidad era igual á su fuerza. No me tuvo por digno de ser vencido; y así fué que, compadeciéndose de mis pocos años, quiso retirarse: mas yo le salí al encuentro, y entonces nos asimos, y nos estrechamos tanto, que ni aun podíamos respirar. Estábamos hombro contra hombro, pié contra pié, tendidos todos los nervios, y los brazos entrelazados como serpientes, haciendo mutuamente el último esfuerzo para hacernos perder tierra. Tan pronto intentaba el Rodio sorprenderme impeliéndome hácia un lado, como se esforzaba á doblegarme hácia otro. Pero mientras que así me tanteaba, le di un empujón tan violento, que se le dobló el lomo; cayó en la arena, y me arrastró en su caída. En vano anhelaba ponerse encima de mí, ni aun moverse le dejé, hasta que el pueblo exclamó: Victoria al hijo de Ulises; entonces ayudé á levantarse al corrido Rodio.

Mas peligroso fué el combate del cesto¹: habíase adquirido en él la mas alta reputacion el hijo de un rico ciudadano de Samos: todos le cedieron la victoria, menos yo que esperaba alcanzarla. Dióme al principio dos golpes, uno en la cabeza y otro en el pecho, que me hicieron arrojarse sangre, y me anublaron los ojos. Vacilé; él me estrechaba, y ya me iba faltando el aliento; pero me reapareció un grito de Mentor, que me dijo: Hijo de Ulises, ¿serás tú acaso el vencido? La ira me suministró nuevas fuerzas: evité muchos golpes que me hubieran abrumado. Tan pronto como el Samio me habia tirado un golpe en vago y se estendiera su brazo vanamente, yo procuraba sorprenderle en esta postura inclinada: ya empezaba á retroceder, cuando alcé mi cesto para descargar sobre él con mas fuerza: quiso evitarlo, y perdiendo el equilibrio, me ofreció el medio de aterrarle. Apenas estuvo en tierra, le alargué la mano para levantarle. Púsose en piés por sí solo, cubierto de polvo y sangre: fué suma su vergüenza, mas no se atrevió á renovar el combate.

Inmediatamente se dió principio á la corrida de los carros, los cuales se repartieron por suerte. El que me tocó fué el mas inferior, así en la ligereza de las ruedas como en el brio de los caballos. Partimos, pues; y muy luego se levantó una nube de polvo que ocultó el cielo. Al principio los dejé á todos pasar delante. Un jóven Lacedemonio, llamado Crantor, á todos iba dejando atrás: él que le seguia mas de cerca era un Cretense, llamado Policletes. Hipómaco, pariente de Idomeneo, y que aspiraba á sucederle, dando rienda á sus caballos, que humeaban de sudor, iba todo reclinado sobre sus flotantes crines, siendo tan rápido el movimiento de las ruedas de su carro, que estas parecian fijas cual las alas del águila que hiende los aires. Animáronse mis caballos,

1. Era una especie de pugilato en el que los atletas armaban sus manos con una manopla de vaqueta guarnecida de plomo, llamada cesto.

fueron poco á poco cobrando aliento, y dejé atrás á casi todos los que habian partido con tanto ardor. El exceso con que el pariente de Idomeneo, Hipómaco, impelia sus caballos, fué causa de que tropezase el mas valiente, y con su caída quitase á su dueño la esperanza de reinar.

Policletes, por inclinarse demasiado sobre los suyos, no se pudo sostener en un tropezon que dió su carro: cayó, fuéronsele las riendas, y no fué poca su fortuna en salvar la vida. Viendo Crantor con la mayor indignacion que yo le iba muy á los alcances, redobla su ardor; ora invoca á los dioses, prometiéndoles ricas ofrendas, ora azuza sus caballos para reanimarlos: temia, y con razon, que yo pasase entre él y la meta; porque mis caballos, menos fatigados que los suyos, se hallaban en estado de ponerse delante, sin que le quedase otro arbitrio para evitarlo que el de cerrarme el paso. Y así fué que, por conseguirlo, se aventuró á estrellarse contra la meta, y con efecto se le rompió en ella una rueda. Yo no pensé mas que en dar la vuelta para evitar de meterme en su enredo; y él me vió un instante despues al término de la carrera. El pueblo clamó otra vez. Victoria al hijo de Ulises: él es el rey que los dioses nos destinan.

Acabado esto, fuimos conducidos por los mas ilustres y sabios Cretenses á un bosque sagrado apartado de la vista de los hombres profanos: en él nos reunieron los ancianos que Minos habia instituido jueces del pueblo y guardas de las leyes, y no admitieron sino á los que habíamos combatido en los juegos. Abrieron los sabios el libro en que estaban recopiladas todas las leyes de Minos. Sentíme llenar de respeto y de confusion al acercarme á aquellos ancianos, á quienes hacia venerables la edad, sin enervarles el vigor del espíritu. Estaban sentados por su orden, é inmóviles en sus asientos. El cabello les habia encaneado con los años, y muchos de ellos le tenian ya casi todo caído. Veíase resplandecer en sus semblantes una sabiduría suave y serena; ni se apresuraban por hablar, ni cuando hablaban, decían mas que lo que llevaban resuelto. Si discordaban

en los dictámenes, era tal la moderacion con que cada uno sostenia el suyo, que cualquiera hubiera creído que eran todos de una misma opinion. La larga esperiencia de lo pasado, y el hábito del trabajo, les daban grandes conocimientos sobre todas materias: y lo que mas rectificaba su razon era la tranquilidad del ánimo, exento ya de las locas pasiones y de los caprichos de la juventud. La prudencia sola obraba en todas sus acciones, y el fruto de su constante virtud era tener tan sujetos sus deseos, que ya gozaban sin trabajo del dulce y noble placer de seguir la razon. La admiracion que me causaron hizo nacer en mí el deseo de que se me acortase la vida por llegar cuanto antes á tan apreciable vejez. Parecíame desgraciada la juventud, por ser tan impetuosa, y estar tan distante de aquella virtud tan ilustrada y tranquila.

El principal de los ancianos abrió el libro de las leyes de Minos, que era un gran volumen, y se custodiaba de ordinario en una caja de oro con aromas. Todos los ancianos le besaron con respeto, porque decian que despues de los dioses, de quienes emanan las buenas leyes, nada debe ser tan sagrado para los hombres como las leyes que se dirigen á hacerlos justos, sabios y felices. Los que tienen á su cargo el juzgar por ellas á los pueblos, deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas; porque no ha de ser el hombre el que reine, sino la ley. Así razonaban aquellos varones. Despues propuso el que presidia tres cuestiones, que debian resolverse segun las máximas de Minos.

Era la primera saber cual fuese el mas libre de todos los hombres. Unos respondieron que era el rey que tuviese un imperio absoluto sobre sus pueblos, y que al mismo tiempo fuese vencedor de todos sus enemigos. Otros sostuvieron que el hombre bastante rico para poder satisfacer todos sus deseos. Otros, que era el mas libre el que nunca se casaba, y empleaba toda la vida en viajar por diferentes paises, sin estar sujeto á las leyes de ninguno. Otros, que lo era el salvaje, que, manteniéndose de la caza, vivía en los bosques independiente de toda necesidad y policia. Creyeron otros, que era el recien

emancipado, que, pasando de los rigores de la esclavitud á las dulzuras de la libertad, sabría disfrutarlas mejor que otro ninguno. En fin, otros opinaron que un moribundo era el mas libre, porque la muerte de todo le libraba, y todos los hombres juntos no tenian ya sobre él poder alguno.

Cuando me tocó hablar, no me costó trabajo responder, porque tenia presente lo que tantas veces me habia dicho Mentor. El mas libre de todos, respondí, es el que sabe serlo en la esclavitud misma. En cualquier pais, en todos los estados, es libre el hombre que teme á los dioses, y á nadie teme sino á ellos. En una palabra, el hombre verdaderamente libre es aquel que nada teme ni desea, y que solo se somete á los dioses y á la razon. Miráronse los ancianos unos á otros, sonriéndose, y se maravillaron de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Propusose despues la segunda cuestion en estos términos: ¿quien es el mas infeliz de todos los hombres? cada uno dijo lo que le ocurrió: uno, que el mas infeliz era el que no tenia bienes, salud ni honra; otro, que lo era el que no tenia ningún amigo; otro, que el que tenia hijos ingratos é indignos de él. Un sabio de la isla de Lesbos dijo: El mas infeliz de todos los hombres es el que cree serlo; porque la infelicidad depende menos de lo que se padece, que de la impaciencia con la que uno aumenta su desdicha.

Al oír este dictamen, toda la asamblea prorumpió en aplausos: cada cual creyo que este sabio ganaria el premio de esta cuestion. Sin embargo me preguntaron cual era mi parecer; y siguiendo las máximas de Mentor, respondí: El mas infeliz de todos los hombres es un rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables á los demas hombres. Su ceguedad duplica su desgracia; porque como no conoce el mal que padece, le es imposible curarle; teme aun conocerle. La verdad no puede penetrar hasta él por entre tanta turba de aduladores como le rodea. Tiránizante sus pasiones no conoce las obligaciones que tiene: jamás ha sentido

el placer que resulta de hacer bien, ni el que infunde la santa virtud. Este sí que es infeliz, y merece serlo: su desdicha va siempre en aumento; corre á su perdición, y los dioses se preparan á confundirle con un castigo eterno. Toda la asamblea tuvo por vencido al sabio lesbio; y los ancianos declararon que yo habia en efecto acertado con el dictámen de Minos.

Por tercera cuestion se propuso: ¿cual era preferible, un rey conquistador é invencible en la guerra, ó el que sin esperiencia de ella fuese á propósito para gobernar discretamente á sus pueblos en la paz? Los mas estuvieron por el primero: ¿qué vale, decian, que un rey gobierne bien en paz, si en tiempo de guerra no sabe defender sus estados? en este caso él quedará vencido, y su pueblo esclavizado. Otros, por la contraria, sostenian que el rey pacífico seria mejor, porque temiendo la guerra, procuraria evitarla. A otros les parecia que el rey conquistador, al paso que exaltase su gloria, acrecentaria la felicidad de sus vasallos, haciéndolos dueños de otras naciones, en vez de que el rey pacífico los tendria en una ignominiosa inercia. Quisieron saber mi parecer y lo espuse de esta suerte:

Un rey que no sabe gobernar sino en la paz, ó sino en la guerra, y que no es capaz de hacerlo en ambos estados, no es mas que rey á medias. Pero comparado el que no sabe mas que el arte de la guerra con un rey sabio que sin entender de ella sea capaz de sostenerla por medio de sus generales, hallo que este es preferible á aquel. Un rey enteramente decidido por la guerra, querrá estar siempre en ella para estender sus dominios y acrecentar su gloria; y de este modo arruinará á su pueblo. ¿Qué interés tiene este en que su rey subyugue á otras naciones, si él vive infeliz bajo su dominacion? Además de esto las largas guerras traen siempre consigo muchos desórdenes; los mismos vencedores se corrompen durante este tiempo de confusion. ¿Cuanto no costó á la Grecia el haber triunfado de Troya? ¿por espacio de mas de diez años se vió privada de sus reyes? Cuando la guerra todo lo enciende, lo mas sagrado no

está á cubierto de sus lastimosos efectos: las leyes, las artes y la agricultura desfallecen. En la guerra aun los mejores príncipes se ven precisados á hacer el mayor de todos los males, cual es tolerar la licencia, y servirse de los perversos. ¿Cuántos malvados hay á quienes se castigaria en tiempo de paz, y cuya audacia es fuerza premiar en medio de los desórdenes de la guerra! Jamás ha existido un pueblo que teniendo un rey conquistador, no haya sufrido infinito por su ambicion. Un conquistador, embriagado de su propia gloria, casi tanto arruina á su nacion victoriosa, como á las naciones vencidas. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, mal podrá disponer á sus vasallos á que gocen los frutos de una guerra felizmente concluida. Es semejante á un hombre que defenderia su heredad contra las invasiones de su vecino, y aun usurparia la de este, pero que no sabria cultivar ni sembrar para coger fruto alguno. Un hombre semejante mas parece haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, que para hacer feliz un pueblo por medio de un sabio gobierno.

Vengamos ahora al rey pacífico. Es cierto que no vale para grandes conquistas; esto es, no ha nacido para turbar la tranquilidad de su pueblo, queriendo subyugar á las naciones que la justicia ha negado á su dominio; pero si es verdaderamente apto para gobernar en paz, tiene cuanto necesita para defender su reino de sus enemigos. Ved aquí como: Será justo, moderado y tratable con sus vecinos; no emprenderá contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz; será fiel en sus alianzas, sus aliados le amarán, no le temerán, y tendrán en él plena confianza. Si tuviese algun vecino inquieto, activo y ambicioso, todos los demas reyes vecinos, que temen á este rey turbulento, se unirán al rey pacífico, que no les da zelos, para impedir que aquel le oprima. Su probidad, su buena fe y su moderacion le harán árbitro entre los estados que rodean el suyo. Y mientras que el rey emprendedor es odioso á los demas, y está siempre espuesto á sus ligas, el pacífico tiene la gloria de ser como un padre y tutor

de los otros reyes. Estas son las ventajas que goza fuera de su reino.

Pero aun son mas sólidas las que logra dentro. Suponiéndole apto para gobernar en paz, es consiguiente que lo haga por medio de las mas sabias leyes. Reprime el fausto, la molice y todas las artes que no sirven mas que de lisonjear los vicios; procura que florezcan las que son útiles y realmente necesarias á la vida, aplicando particularmente sus súbditos á la agricultura, por cuyo medio les proporcionará la abundancia de lo necesario. Este pueblo laborioso, de costumbres sencillas y enseñado á vivir con poco, adquiriendo fácilmente su sustento con el cultivo de la tierra, se multiplica hasta el infinito. Ved ahí en este reino un pueblo innumerable, pero un pueblo vigoroso, robusto, no afeminado con los deleites, ejercitado en la virtud, no apegado á las delicias de una vida muelle y regalada, que sabe despreciar la muerte, y que mas bien querría morir que perder la libertad de que goza bajo el gobierno de un rey sabio, que se aplica á reinar solo para que reine la razon. Que un conquistador acometa á este pueblo, acaso no le hallará bastante instruido en acamparse, ponerse en orden de batalla, ni en el manejo de las máquinas de sitio; pero le hallará invencible por su número y por su valor, por su paciencia en las fatigas y por la costumbre de sufrir la pobreza, por su intrepidez en los combates, y lo que es mas, por una virtud que jamas sucumbirá á la adversidad de los sucesos. Ademas, si este rey no tiene toda la experiencia necesaria para mandar por sí los ejercitos, sabrá á lo menos elegir sujetos capaces, y servirse de ellos, sin menoscabar su autoridad. Sus aliados le darán auxilios: sus vasallos antes querran morir que pasar bajo el dominio de otro rey violento é injusto; los mismos dioses combatirán por él. ¡Ved que recursos tendrá en medio de los mayores peligros!

Concluyo pues que el rey pacifico que ignora el arte de la guerra, es un rey muy imperfecto, pues no sabe desempeñar una de sus mas principales funciones, cual es vencer á sus enemigos; pero añado que sin embargo es infinitamente superior al rey conquistador, que carece

de las cualidades necesarias para gobernar en tiempo de paz, y que solo las tiene para mandar en la guerra.

Advertí en la asamblea muchos que no aprobaban este dictámen; porque la mayor parte de los hombres, desumbrados por el esplendor de las cosas brillantes, como las victorias y las conquistas, prefieren estas á lo que de suyo es sencillo, tranquilo y sólido, como la paz y la buena policia de los pueblos; mas todos los ancianos declararon que habia yo hablado como Minos.

El principal de ellos exclamó: ya veo cumplido un ráculo de Apolo, sabido por toda nuestra isla. Habia consultado Minos á este dios para saber cuanto tiempo reinaria su estirpe, segun las leyes que acababa de establecer; y le fué respondido: Los tuyos dejarán de reinar cuando un extranjero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes. Temíamos que algun extranjero viniese á conquistar la isla de Creta; mas la desgracia de Idomeneo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que es entrados mortales el que mejor entiende las leyes de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿Porqué tardamos en coronar al rey que nos da el desuno?

LIBRO SESTO.

SUMARIO

REFIERE Telémaco que rehusó la corona de Creta por volver á Itaca : que propuso elegir á Mentor, quien igualmente la rehusó; que, instado Mentor por la asamblea para que en nombre de la nacion nombrase el que le pareciese mas digno, espuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual con efecto fué al instante proclamado rey : que despues se embarcaron para Itaca Mentor y él; pero que Neptuno, por complacer á Vénus irritada, les hizo padecer naufragio, de cuyas resultas fueron á parar á la isla de Calipso.

INMEDIATAMENTE salieron los ancianos del recinto del bosque sagrado, y, tomándome el principal por la mano, anunció al pueblo, ya impaciente por saber la decision, que yo habia ganado el premio. Apenas acabó de hablar, cuando se oyó entre el concurso un confuso murmullo que terminó en gritos de alegría, haciendo resonar en toda la ribera y en los montes vecinos esta aclamacion : Sea rey de los cretenses el hijo de Ulises semejante á Minos!

Yo esperaba un momento de silencio, y hacia señal con la mano suplicando que me oyesen. Entretanto me decia Mentor al oido: ¿Renuncias á tu patria? la ambicion de reinar haráte olvidar á Penélope, que funda en tu regreso su última esperanza, y al grande Ulises, que los dioses han decretado volverte? Estas palabras penetraron mi corazon, y me sostuvieron contra el vano deseo de reinar.

Por fin, un profundo silencio de toda esta tumultuosa asamblea me dió lugar á que hablase de esta manera : Ilustres Cretenses, yo no soy digno de mandaros. Es cierto que el oráculo que se acaba de referir no deja

duda de que la estirpe de Minos cesará de reinar cuando un extranjero entrará en esta isla, y hará que en ella reinen las leyes de aquel sabio rey, pero no por eso dice que reinará el mismo extranjero. Quiero convenir en que soy el extranjero designado por el oráculo. Yo cumplí la prediccion: vine á esta isla, y descubrí el verdadero sentido de las leyes, y deseo que mi explicacion sirva para que reinen en ella con el hombre que elijais. Pero, por lo que á mi hace, prefiero mi patria, la pobre isleta de Itaca, á las cien ciudades de Creta, y á la gloria y opulencia de este hermoso reino. Permitidme que siga lo que me tienen indicado los hados; y creed que si he combatido en vuestros juegos, no ha sido con el deseo de reinar, sino por merecer vuestro afecto y compasion, y porque me faciliteis los medios de volver cuanto antes á mi nativo suelo; que mas quiero vivir bajo la obediencia de mi padre Ulises, y servir de consuelo á mi madre Penélope, que ser rey de todas las naciones del mundo. Cretenses, vos otros veis el fondo de mi corazon; me es preciso dejaros; pero solo la muerte pondrá término á mi reconocimiento. No lo dudeis : Telémaco amará á los Cretenses hasta el último instante de su vida, y no se interesará menos en su gloria, que en la suya propia.

Apenas hube dicho esto, se levantó en la asamblea un sordo ruido semejante al de las olas del mar cuando se entrechocan en una tempestad. Unos decian : ¿será alguna deidad bajo figura humana? otros sostenian que me habian visto en otros paises, y que me reconocian; y no faltó quien esclamase que se me debia obligar á aceptar el cetro. En fin volví á tomar la palabra, y cada cual procuró guardar silencio, dudando si no iba á aceptar lo que rehusé de pronto. He aqui mi allocucion :

Permitid, ó Cretenses, que os diga lo que de vosotros pienso. Sois el mas sabio de todos los pueblos, mas la prudencia exige, á mi parecer, una precaucion en la cual no atináis. Debeis elegir, no al que mejor discorra acerca de las leyes, sino al que tenga la virtud de observarlas con mas constancia. Ya veis que yo soy jóven, por consiguiente sin experiencia, espuesto á la violencia de las pasiones, y mas

en estado de aprender obedeciendo á mandar algun dia, que de mandar desde ahora. No deis la preferencia al que haya vencido á los demas en los juegos del ingenio y del cuerpo, sino al que á sí mismo haya sabido vencerse. Buscad á un hombre que tenga grabadas vuestras leyes en lo íntimo del corazón, y cuya vida toda entera sea la práctica de esas leyes. Y sean sus acciones, mas bien que sus palabras, las que determinen vuestra elección.

Complacidos los ancianos con este discurso, y viendo que cada vez crecian mas los aplausos de la asamblea, me dijeron: pues los dioses nos quitan la esperanza de que seais nuestro rey, á lo menos ayudadnos á encontrar uno que haga reinar nuestras leyes. ¿Conoceis á uno que pueda mandar con esta moderacion? Conozco á uno, les dije al pronto, á quien debo cuanto estimais en mí; su sabiduría, no la mia, es la que acaba de hablar: él es quien me ha inspirado cuantas respuestas me habeis oído.

Al instante todos fijaron los ojos en Mentor, al cual designaba yo teniéndole asido por la mano. Referí lo mucho que habia cuidado de mi infancia; los peligros de que me habian librado sus consejos; y los males que me habian sobrevenido si alguna vez habia dejado de seguirlos.

Al principio nadie habia reparado en él, á causa de su traje sencillo y descuidado, de su modesto continente de su silencio casi continuo, y de su semblante serio y reservado. Pero luego que mas detenidamente le miraron, descubrieron en su rostro no sé qué de firme y elevado: notaron la vivacidad de sus ojos, y el aire brioso que daba á la más mínima de sus acciones. Hiciéronle varias preguntas, y admiró con sus respuestas: acordaron hacerle rey. Rehusó sin conmovérse; dijo que preferia el sosiego de la vida privada al esplendor de la corona: que los mejores reyes son infelices en cuanto nunca hacen el bien que quisieran, y por lo comun hacen el mal que no querian, por sorprender su ánimo los aduladores que les rodean. Añadió que si la esclavitud es miserable, no lo es menos la soberanía, verdadera esclavitud disfra-

zada. Un rey, decia, depende de todos aquellos de quienes necesita para hacerse obedecer. ¡Feliz mil veces el que no está obligado á mandar! Sola nuestra patria, ella sola es acreedora, si nos confia la autoridad suprema, á que en su beneficio sacrifiquemos nuestra libertad.

Entonces los Cretenses, no pudiendo salir de su asombro, le preguntaron á quien debian escoger? — Al que os conozca bien, les respondió, pues habrá de gobernaros, y que tema gobernaros. El que desea la autoridad real, no la conoce; ¿y como desempeñará sus obligaciones no conociéndolas? Este tal la busca para sí, y vosotros necesitais quien por solo vuestro amor la acepte.

En gran manera maravillados quedaron los Cretenses al ver á dos estrangeros rehusar la diadema de tantos codiciada. Quisieron saber con quien habian venido. Nausierates, que los condujo desde el puerto al circo donde se celebraban los juegos, les mostró á Hazael, con quien Mentor y yo habiamos venido de la isla de Chipre. Pero su admiracion fué mucho mayor cuando supieron que Mentor habia sido esclavo de Hazael; que este, prendado de la sabiduría y de la virtud de su esclavo, le habia hecho su consejero, y su mejor amigo; que este esclavo recién liberto era el mismo que acababa de negarse á ser rey; y que Hazael habia venido desde Damasco de Siria para instruirse en las leyes de Minos, en tanta manera tenia ocupado su corazón el amor á la sabiduría.

Los ancianos dijeron á Hazael: No nos atrevemos á suplicaros que nos gobernéis, porque os creemos con las mismas ideas que Mentor. Menospreciáis demasiado á los hombres para encargáros de dirigirlos; y ademas mirais con mucho desprendimiento las riquezas y el esplendor del trono, para que querais adquirirlas á costa de las fatigas anejas al gobierno de los pueblos. — No creais, Cretenses, respondió Hazael, que desprecio á los hombres: nada menos. Sé muy bien cuan glorioso es emplearse en hacerles buenos y felices; mas esta ocupacion trae consigo infinitos disgustos y peligros. El esplendor que le rodea es falso, y no puede deslumbrar sino á almas vanas. La vida es corta: las grande-

zas irritan las pasiones mas de lo que las satisfacen. Por aprender á pasarme sin esos aparentes bienes he venido de tan lejos, no por adquirirlos. Adios. Yo no pienso sino en volver á mi patria para pasar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría aliente mi corazón, y las esperanzas que da la virtud de gozar otra mejor vida me consuelen de los disgustos de la vejez. Si algo tuviera que desear, no seria el trono, tuera si el no separarme jamas de estos dos hombres que veis.

En fin los Cretenses, dirigiéndose á Mentor, exclaman: Ó el mas sabio y grande de los mortales! decidnos, pues, a quien podremos elegir. No penseis partir sin habernos dicho en quien debe recaer esta eleccion. Mentor les respondió: Estando entre la multitud de los espectadores, noté á un hombre que no mostraba ningun anhelo; era un anciano en quien se descubria bastante vigor. Pregunté quien era, y me respondieron que se llamaba Aristodemo. Despues oí que le decian que sus dos hijos eran del número de los combatientes; él no dió señas de alegrarse: dijo que al uno no le deseaba los riesgos del trono, y que amaba mucho su patria para consentir á que reinase el otro. De esto inferí que este padre amaba con un amor racional á uno de sus hijos que era virtuoso, y que no disimulaba los extravíos del otro. Aumentándose mi curiosidad, pregunté qué género de vida era la de aquel anciano, y uno de vuestros ciudadanos me respondió: Ha militado muchos años, y tiene el cuerpo cubierto de cicatrices; pero, por su virtud sincera y enemiga de la adulacion habia venido á ser incómodo á Idomeneo, quien por esto no se sirvió de él en el sitio de Troya. Temió á un hombre cuyos sabios consejos no podria resolverse á seguir, y ademas tuvo envidia de la gloria que no hubiera tardado en adquirirse. Ello fué que, olvidando todos sus servicios, le dejó aquí pobre, y despreciado de los hombres groseros é infames que solo dan estimacion á las riquezas. Mas él, contento con su pobreza, vive alegremente, en un parage retirado de la isla, donde cultiva con sus propias manos su corta hacienda. Ayúdale un hijo; se aman con la mayor

ternura y son felices. Por su frugalidad y su trabajo se han adquirido la abundancia de lo necesario á una vida sencilla. El sabio anciano reparte entre los pobres enfermos de su vecindad todo lo que excede á sus necesidades y á las de su hijo. Persuade á los jóvenes á que trabajen. les exhorta y les instruye; es el juez de las diferencias que ocurren en el vecindario; es el padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener otro hijo que no ha querido seguir sus consejos. El padre, despues de tolerarle mucho tiempo por ver si podria corregir sus vicios, ha tenido al fin que echarle de su casa, y vive abandonado á una loca ambicion y á todos los placeres.

Esto es, ó Cretenses, lo que me han referido: á vosotros toca saber si es verdad. Mas si este hombre es como le pintan, ¿ á que celebrar juegos, ni juntar tantos desconocidos? Entre vosotros teneis á uno que os conoce y os es conocido; instruido en la guerra; que ha dado pruebas de valor no solo contra las flechas y los dardos, sino contra la espantosa pobreza; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja; que ama el trabajo, y sabe cuan útil es á un pueblo la agricultura; que detesta el fausto; que no se deja llevar de uno ciego amor por sus hijos; que ama la virtud del uno y condena el vicio en el otro: en una palabra, un hombre que es ya el padre del pueblo. En él teneis vuestro rey, si de veras deseais que reinen sobre vosotros las leyes del sabio Minos.

Es cierto, exclamó todo el pueblo, que Aristodemo es el que vos decis; él es quien merece reinar. Hicieronle llamar los ancianos, búscanle entre la turba, donde se hallaba confundido con los de la última plebe. Preséntase tranquilo, hácesele saber que es el elegido rey, y responde de esta suerte: No lo admitiré sino con tres condiciones. La primera, que dentro de dos años dejaré el ceño, si en ellos no logro hacerlos mejores de lo que sois, ó si os oponéis á las leyes. La segunda, que he de ser dueño de continuar llevando una vida sencilla y frugal. La tercera, que mis hijos no tendrán distincion alguna, y que despues de mi muerte serán tratados sin preferencia, segun su mérito, como los demas ciudadanos.

Proferidas estas palabras, resonaron por el aire mil gritos de alegría. El principal de los ancianos guardas de las leyes cñó con la diadema las sienes de Aristodemo; se hicieron solemnnes sacrificios á Júpiter y á los otros dioses supremos. Aristodemo nos hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria á los reyes, sino con una noble sencillez. Dióle á Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño de aquel sabio rey; dióle á mas un compendio de toda la historia de Creta desde el tiempo de Saturno y la edad de oro; hizo poner en su nave de todas las especies de buenos frutos que hay en Creta, y no se conocen en Siria, y le ofreció cuantos auxilios pudiese necesitar.

Viendo que nos dábamos prisa para partir, dispuso que se nos equipara un navio bien tripulado de remeros y tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Levantóse al instante un viento favorable para Itaca; éste viento, que era contrario á Hazael, le obligó á detenerse. Viónos partir, y nos abrazó como amigos á quienes jamas volveria á ver. Los dioses son justos, decía; ven una amistad que solo se funda en la virtud algun dia nos reunirán; y aquellos campos fortunados, en donde dicen que los buenos gozan de una paz eterna despues de la muerte, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamas. ¡Ojalá pudiesen tambien ser mis cenizas recogidas con las vuestras! Al pronunciar estas palabras derramaba torrentes de lágrimas, y sollozos embargaban su voz. No lloramos menos que él; y nos condujo al navio.

Aristodemo, nos dijo: Vosotros acabais de hacerme rey: acordaos de los riesgos en que me habeis puesto. Rogad á los dioses que me inspiren la verdadera sabiduria, y que exceda tanto en moderacion á los demas hombres, quanto los excedo en autoridad. Yo por mi parte les rogaré que os conduzcan con felicidad á vues-

1. Era la diadema una cintilla, en los tiempos mas remotos, una venda ancha en los posteriores, con que ceñian sus sienes los reyes, y con especialidad los de Oriente.

tra patria, que confundan la insolencia de vuestros enemigos, y que os concedan ver en paz en ella á Ulises reinando con su amada Penélope. Telémaco, os doy un buque bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podeis servir contra esos hombres injustos que persiguen á vuestra madre. Por vos, Mentor, como vuestra sabiduria de nada necesita, nada me deja que deseáros. Andad, vivid felices juntos: acordaos de Aristodemo, y si en algun tiempo los de Itaca necesitasen de los Cretenses, contad conmigo hasta mi postrimer aliento. Abrazónos; y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

Entretanto el viento que henchia nuestras velas, prometian una feliz navegación. Ya el monte Ida no era á nuestra vista mas que una colina; las riberas desaparecian; las costas del Peloponeso (1) se iban al parecer adelantando en el mar para venir á nuestro encuentro. De repente una negra tempestad ocultó el cielo é irritó todas las olas del mar. El dia se convirtió en noche; y se nos apareció la muerte. O Neptuno! tú, con tu soberbio tridente, alborotaste las aguas todas de tu imperio! Por vengarse Venus del desprecio que de ella hicimos hasta en su templo de Citeres, recurrió á aquel dios. hablóle con dolor, sus hermosos ojos bañados en lágrimas así es al menos como Mentor, impuesto en las cosas divinas me lo ha asegurado. ¿Consentiréis, ó Neptuno, le decía, que estos impíos se burlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses lo reconocen, y estos temerarios mortales se han atrevido á vituperar todo cuanto en mi isla se hace. Jaclanse de una consumada sabiduria, y tratan el amor de locura. ¿Os habeis olvidado de que he nacido en vuestro imperio? ¿Porqué tardais en sepultar en vuestros profundos abismos á esos dos hombres que me son insufribles?

1. El Peloponeso, en el dia la Morea, es la parte meridional de la Grecia: es una península que comunica con la Grecia setentrional por el istmo de Corinto. Báñala el golfo de Lepanto, el mar de Grecia y el Archipiélago.

Apenas hubo hablado, sublevó Neptuno las olas hasta el cielo, y Venus se alegró, creyendo inevitable nuestro naufragio. Turbado el piloto, exclamó que ya no podía resistir al impetu de los vientos que nos impelían con violencia hácia las rocas. Una ráfaga rompió el mástil, y, poco despues, oímos las puntas de los peñascos que estrellaban el casco de nuestra nave. Entra el agua por todas partes, se va hundiendo el navío, y los remeros dirigen al cielo lamentables gritos. Abrázome con Mentor, y le digo: He aquí la muerte: recibámosla con valor. Los dioses nos han sacado de tantos peligros para que hoy perezcamos. Muramos pues, Mentor, muramos: á mi me sirve de consuelo morir con vos: inútil fuera disputar nuestra vida á la tempestad.

El verdadero valor, me respondió Mentor, siempre encuentra algun recurso. No basta estar dispuesto á recibir con tranquilidad la muerte; sin temerla, es necesario hacer todos los esfuerzos para rechazarla. Tomemos uno de esos bancos de los remeros, y mientras que esa multitud de hombres tímidos y sobresaltados suspira por la vida sin buscar los medios de conservarla, no perdamos un momento en salvar la uestra. Inmediatamente tomó una hacha, y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba el navío: échale fuera, y se arroja sobre él á las furiosas olas. Llámame por mi nombre, y me anima á que le siga. Así como un grande árbol, contra el cual se han conjurado los vientos, permanece inmóvil asegurado en sus profundas raíces, de suerte que la mayor tempestad no hace mas que agitar sus hojas: así Mentor, no solo firme y valeroso, sino sereno y tranquilo, parecia que mandaba á los vientos y á las olas. Yo le seguí, y quien, animado por él, no le hubiera seguido?

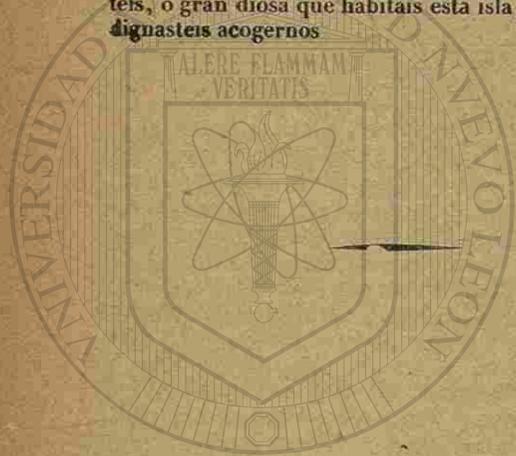
Nos conducíamos nosotros mismos sobre aquel mástil flotante. Fuémos de un gran socorro, porque podíamos sentarnos en él, que si hubiéramos tenido que nadar de continuo, bien pronto nos hubieran faltado las fuerzas. Mas la borrasca hacia vollear á menudo nuestro gran madero, y nos hallábamos sumergidos en el mar

entonces bebíamos el agua salada, que arrojábamos luego por boca, oídos y narices; y nos era forzoso disputar contra las olas para alcanzar á subir otra vez sobre el mástil. A veces tambien una ola tan alta como una montaña venia pasando por cima de nosotros, y nos agarrábamos firmemente, temerosos de que, en el violento impulso, se nos escapase el mástil, que era nuestra única esperanza.

En tan terrible situacion, Mentor, tan sereno como está ahora sobre este asiento de céspedes, me decia. ¿Crees por ventura que tu vida está abandonada á los vientos y á las olas? ¿y que las olas ni los vientos pueden nada contra ti sin orden de los dioses? De ningun modo: ellos deciden de todo. Temamos pues á los dioses, y no al mar. Aunque estuvieses en lo profundo de los abismos, la mano de Jupiter podria sacarte de ellos: así como, aunque estuvieras en el Olimpo, viendo á tus piés los astros, podria sepultarte en lo mas profundo de los abismos, ó precipitarte á las llamas del negro Tartaro. Esehchaba yo y admiraba este discurso, que no dejaba de consolarme algun tanto; pero me faltaba serenidad para responder. Ni Mentor me veía, ni yo podia verle. Pasamos toda la noche temblando de frio y medio muertos, sin saber adonde nos arrojaba la borrasca. Por fin empezó á calmar el viento, y el mar bramando asemejábase á una persona que, despues de haber estado mucho tiempo irritada, no conserva mas que algun resto de turbacion é inquietud, cansada ya de ponerse en furor: gruñia sordamente, y sus olas no eran ya casi sino como los surcos que se ven en un campo labrado.

Entrelanto viene la aurora a abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso dia. Estaba todo el oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habían estado ocultas, volvieron á parecer y se retiraron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo lejos, y el viento nos iba acercando á ella: entonces sentí renacer la esperanza en mi corazón. Mas no percibimos á ninguno de nuestros compañeros: segun las apariencias, desmayarian, y la tempestad los sumergiria á todos con la nave. Cuando estuvimos ya cerca de

tierra, nos impelia el mar contra unas puntas de rocas que nos hubieran hecho pedazos : pero procurábamos presentarlas la punta de nuestro mastil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timon. Así evitamos aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, donde, nadando sin trabajo, llegamos sobre la arena. Allí fué donde nos visteis, o gran diosa que habitais esta isla, y allí donde os dignasteis acogernos



LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

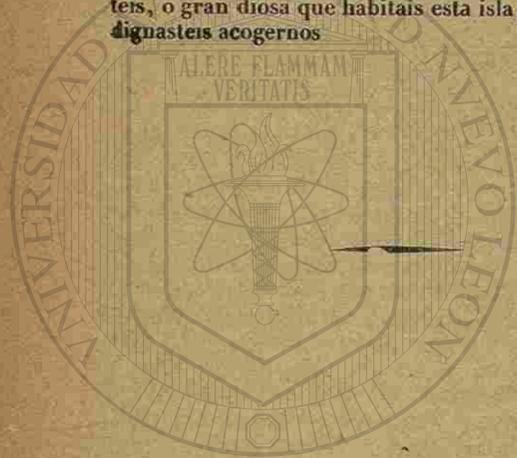
ADMIRA Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, empenándose en su amor. Mentor sostiene Telémaco con sus amonestaciones contra los artificios de la diosa y contra Cupido que Venus había conducido en su auxilio. Sin embargo Telémaco y la Ninfa Eucaris conciben una mutua pasión, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ambos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus Ninfas á que, mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navio que a este fin habia hecho. Alégrese interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar á nado otro navio que veia cerca de la costa.

Cuando Telémaco hubo concluido esta narracion, todas las Ninfas, que hasta entonces habian permanecido inmóviles, y fijas en el los ojos, se miraban unas á otras. Se decian con admiracion : ¿Quienes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Cuando jamás se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? El hijo de Ulises ya aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor : ¿Que semblante! que hermosura! que afabilidad y que modestia! y tambien que gallardía y que grandeza! Si no supiésemos que es hijo de un mortal, era fácil que le tomásemos por Baco¹, ó Mercurio²,

1. Baco, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmo, rey de Tébas, invento el uso del vino, del cual le han hecho dios los poetas. Le inmolvaban asnos y machos cabrios, para significar que los que se dan con exceso al vino se vuelven estúpidos y lujuriosos.

2. Mercurio, hijo de Júpiter y de Maia, hija de Atlas, era el intérprete y mensajero de los dioses. Era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

tierra, nos impelia el mar contra unas puntas de rocas que nos hubieran hecho pedazos : pero procurábamos presentarlas la punta de nuestro mastil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timon. Así evitamos aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, donde, nadando sin trabajo, llegamos sobre la arena. Allí fué donde nos visteis, o gran diosa que habitais esta isla, y allí donde os dignasteis acogernos



LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

ADMIRA Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, empenándole en su amor. Mentor sostiene Telémaco con sus amonestaciones contra los artificios de la diosa y contra Cupido que Venus habia conducido en su auxilio. Sin embargo Telémaco y la Ninfa Eucaris conciben una mutua pasión, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ambos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus Ninfas á que, mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navio que á este fin habia hecho. Alégrese interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar á nado otro navio que veia cerca de la costa.

Cuando Telémaco hubo concluido esta narracion, todas las Ninfas, que hasta entonces habian permanecido inmóviles, y fijas en el los ojos, se miraban unas á otras. Se decian con admiracion : ¿ Quienes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿ Cuando jamás se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? El hijo de Ulises ya aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor : ¿ Que semblante! que hermosura! que afabilidad y que modestia! y tambien que gallardía y que grandeza! Si no supiésemos que es hijo de un mortal, era fácil que le tomásemos por Baco¹, ó Mercurio²,

1. Baco, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmo, rey de Tébas, invento el uso del vino, del cual le han hecho dios los poetas. Le inmolvaban asnos y machos cabrios, para significar que los que se dan con exceso al vino se vuelven estúpidos y lujuriosos.

2. Mercurio, hijo de Júpiter y de Maia, hija de Atlas, era el intérprete y mensajero de los dioses. Era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

o acaso por el mismo Apolo¹. Pero ¿quien será este Mentor, que á primera vista parece un hombre sencillo oscuro y de mediana condicion? cuando se le mira detenidamente se descubre en él no sé qué de superior al hombre.

No podia Calipso disimular la turbacion que estos discursos la causaban. Sus ojos vagarosos iban sin cesar de Mentor á Telémaco y de este á Mentor. Tan pronto queria que este volviese á empezar esta larga historia de sus aventuras; tan pronto ella misma le interrumpia. En fin, levantándose precipitadamente, condujo á Telémaco solo á un bosque de arrayanes, é hizo todos sus esfuerzos para saber de él si Mentor era alguna divinidad oculta bajo figura humana. Pero Telémaco no podia decirselo, porque Minerva que le acompañaba bajo la figura de Mentor no se habia revelado á él á causa de sus pocos años. No fiaba bastante en su discrecion para confiarle sus designios. Quería además probarle por medio de los mayores riesgos: y si Telémaco supiera que estaba con él Minerva, no reparara en despreciar los mas espantosos lances. Así que tenia á Minerva por Mentor, y de consiguiente fueron inútiles los artificios de Calipso, para descubrir lo que anhelaba saber.

Mientras tanto todas las Ninfas reunidas al rededor de Mentor se complacian en hacerle preguntas. Esta queria saber las circunstancias de su viaje á Etiopia. aquella lo que habia visto en Damasco: esotra le preguntaba si habia conocido á Ulises antes del sitio de Troya. A todas satisfizo con afabilidad; y sus palabras, aunque sencillas, eran llenas de gracia.

No dió Calipso lugar á que esta conversacion durase mucho; volvió y mientras las Ninfas cogian flores, y cantaban para divertir á Telémaco, llamó á Mentor aparte para estimularle á que hablase. El dulce vapor del sueño no mana mas suavemente en los pár-

¹. Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, es llamado inventor de la medicina, de la lira, de la poesia y del arte de adivinar. Es tambien principe de las Musas.

pados cargados y en los fatigados miembros de un hombre reodido de cansancio, de lo que se insinuaban las palabras lisonjeras de Calipso para halagar el corazon de Mentor; mas ella sentia cierto no sé qué que rechazaba todos sus esfuerzos, y que se burlaba de sus hechizos. Semejante á una roca escarpada que esconde su cima en las nubes, y que se burla del furor de los vientos Mentor, constante en sus sabios designios, se dejaba instar por Calipso. Aun á veces le dejaba esperar que lograria embromarle con sus preguntas, y que sacaria la verdad de lo íntimo de su pecho. Pero en aquel momento en que creia satisfacer su curiosidad, quedaban desvanecidas sus esperanzas: todo lo que se pensaba tener se le escapaba súbitamente; y una breve respuesta de Mentor volvía á sumergirla en sus incertidumbres.

Así pasaba los dias, ora lisonjeando á Telémaco, ora discuriendo medios de separarle de Mentor, de quien no esperaba ya sacar palabra. Valiase de las Ninfas mas bellas, para que encendiesen la llama del amor en el corazon del jóven; y para que mas bien lo consiguiese, vino en su socorro otra deidad mas poderosa.

Resentida todavia Vénus contra Mentor y Telémaco, por el desprecio que hicieron del culto que se la daba en Chipre, no podia ver sin dolor que estos dos hombres temerarios se hubiesen librado del furor de los vientos y del mar en la tempestad que á sus ruegos excitó Neptuno contra ellos. Hizo amargas quejas á Jove: pero, sonriéndose el padre de los dioses, sin querer revelarla que era Minerva la que, bajo la figura de Mentor, habia salvado al hijo de Ulises, dejó á su arbitrio los medios de vengarse de ambos.

Desciende Vénus del Olimpo; olvida los suaves perfumes que arden en sus altares de Pafos, Citeres é Idalia: vuela en su carro tirado de palomas, llama á su hijo, y cobrando con el dolor nuevas gracias su semblante, le habla así:

¿Ves, hijo mio, esos dos hombres que desprecian tu poder y el mio? ¿Quien de hoy mas querrá adorarnos? Ve, hiere con tus flechas esos dos corazones insensibles: desciende conmigo á esta isla;

hablaré á Calipso. Dijo : y hendiendo los aires en una dorada nube, preséntase á Calipso, que se hallaba sola junto á una fuente, bastante lejos de su gruta.

Desgraciada diosa! le dijo : el ingrato Ulises te ha despreciado; y su hijo, que aun es mas cruel, te prepara iguales desprecios : mas el Amor mismo viene á vengarte. Ahí te le dejo : él vivirá entre tus Ninfas, como en otro tiempo el niño Baco, que fué criado entre las de Naxos¹. Telémaco le mirará como á otro niño cualquiera, y no se recelará de él : mas yo te ofrezco que bien pronto experimentará su poder. Dijo : y subiéndose en la dorada nube de la cual habia salido, dejó tras ella un olor de ambrosia que embalsamó todos los bosques de la Isla.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso. Aunque diosa, sintió la llama que ya penetraba en su pecho. Para aliviarse, le dió luego á la Ninfa que tenia á su lado, llamada Eucaris : ¡Mas ah! cuantas veces se arrepintió despues de haberlo hecho! Al principio nada parecia mas inocente, mas manso, mas amable, mas ingenuo, mas agraciado que aquel niño. Al verle tan jugueton y complaciente y siempre risueño, era imposible creer que pudiese dar otra cosa mas que placeres; pero apenas se entregara una á sus caricias, se sentia en ellas un no sé qué de emponzoñado. El maligno y engañoso rapaz no halagaba sino para engañar, y no se reía sino de los crueles males que habia causado, ó que intentaba causar.

No se atrevia á allegarse á Mentor, cuya severidad le arredraba : bien conocia que era invulnerable aquel desconocido, y que estaba fuera del alcance de sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que este rapaz enciende : no obstante procuraban ocultar la profunda llaga que se iba enconando en sus corazones.

1. Esas Ninfas de la isla de Naxos en el mar Egeo, una de la Cieladas, en premio del cuidado que habian tenido de criar á Baco, fueron trasladadas al cielo y convertidas en unas estrellas que llaman las Hiadas.

Entretanto Telémaco, viendo al niño que jugueteaba con las Ninfas, quedó admirado de su amabilidad y hermosura. Le abraza, le toma, ya en sus rodillas, ya entre sus brazos : siéntese agitado de una inquietud interior, sin poder atinar la causa. Cuanto mas procura divertirse inocentemente, tanto mas se aumenta su inquietud, y decae su valor. ¿Veis estas Ninfas? decia á Mentor : ¡cuan diferentes son de aquellas mueres de la isla de Chipre cuyo poca modestia hacia tan chocante su belleza! Estas beldades inmortales manifiestan una inocencia, una honestidad y una sencillez que encanta. Hablando así, ruborizabase, sin saber porque. No podia callar; mas apenas empezaba á hablar, cuando no acertaba á proseguir; sus palabras eran interrumpidas, oscuras, y á veces no tenian sentido.

Mentor le dijo . ¡O Telémaco! los peligros de la isla de Chipre eran nada comparados con los de que no te rezelas ahora. El vicio grosero horroriza, la impudicia brutal indigna; pero es mucho mas peligrosa la hermosura modesta, porque se cree que en amarla solo se ama la virtud, se presta el corazon insensiblemente á los engañosos atractivos de una pasion que no se echa de ver sino cuando ya no es tiempo de sofocarla. Huye, pues, mi querido Telémaco! huye de esas Ninfas, que solo por engañarte mejor se te presentan tan discretas : huye los peligros de tu juventud; pero particularmente huye de ese niño que no conoces. Es el Amor, que su madre Venus ha traído á esta isla para vengarse del desprecio que hiciste del culto que se le tributa en Citeres. Ha herido el corazon de Calipso; ella está apasionada de tí; ha inflamado todas las Ninfas que la rodean; y tú mismo, desgraciado jóven, tú mismo ardes, casi sin saberlo.

Interrumpia Telémaco muchas veces á Mentor, diciendo . ¿Pero porque no hemos de permanecer en esta isla? Ulises ya no vive : ¡desde mucho tiempo debe de estar sepultado en los abismos del mar! Pené-

lope, viendo que ni él ni yo hemos vuelto, no habra podido resistirse á tantos pretendientes: su padre Icaro la habra precisado á aceptar nuevo esposo. ¿He de volver á Itaca para verla en otros lazos, y faltando á la fe que prometió á mi padre? Los Itacenses han olvidado á Ulises; y si nosotros vamos, será solo á hallar una muerte cierta, porque los amantes de Penélope tienen ocupadas las avenidas del puerto, para asegurar mejor nuestra ruina en caso de que volvamos.

He ahí, respondia Mentor, los efectos de una ciega pasión. Búscase con sutileza todas las razones que la favorecen, y uno se aparta por miedo de encontrar las que la condenan. Para nada es uno mas sagaz que para engañarse á sí mismo, y sofocar sus remordimientos. ¿Has olvidado todo cuanto han hecho los dioses por restituirte á tu patria? ¿Como saliste de Sicilia? ¿Las desgracias que padeciste en Egipto no se trocaron repentinamente en prosperidades? ¿Que mano desconocida te sacó de los peligros que en Tiro amenazaban tu cabeza? ¿Después de tantas maravillas, ignoras aun lo que te tienen reservado los destinos? Pero que digo? tu eres indigno de ello. Por mí, á partir voy; bien sabré salir de esta isla. Hijo ruin de un padre tan prudente y generoso, quédate aquí á pasar una vida muéllé y sin honor entre mujeres; haz, á pesar de los dioses, lo que tu padre tuvo por indigno de sí.

Estas palabras de desprecio hirieron á Telemaco hasta en el corazón. Se sentia conmovido á las razones de Mentor; su dolor era mezclado de vergüenza; tenia la indignacion y la ausencia de este hombre tan cuerdo, á quien tanto debia; pero una pasión naciente, y que el mismo no conocia, hacia que ya no era el mismo hombre. ¿Pues qué, decia á Mentor, bñados los ojos en lágrimas, en nada tenéis la inmortalidad que la diosa me ofrece? Tengo en nada, le respondia, todo lo que es contrario á la virtud y á los decretos de los dioses. La virtud te está llamando á tu patria para que vuelvas á ver á Ulises y á Penélope. La virtud te prohíbe que te abandones á una loca pasión. Los dioses

que te han librado de tantos peligros, para prepararte una gloria igual á la de tu padre, te ordenan que salgas de esta isla. Solo el Amor, ese vergonzoso tirano, puede detenerte en ella. Y de que te aprovechara una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Semejante vida seria tanto mas desgraciada, cuanto no tendria término.

Telemaco solo respondia con suspiros. Algunas veces deseaba que le sacase por fuerza de la isla: otras anhelaba el que Mentor se marchase pronto para no tener mas á la vista ese amigo tan severo, que le afeaba su flaqueza. Alternaban en su corazón estos contrarios deseos, y en ninguno permanecia constante: su corazón era como el mar que sirve de juguete á vientos contrarios. Unas veces se quedaba inmóvil tendido en la playa del mar; y otras se encerraba en lo interior de los bosques, y allí lloraba amargamente, y daba gritos semejantes á los rugidos de un león. Habíase enflaquecido; sus ojos hundidos estaban llenos de un fuego devorador; al verle así tan pálido, abatido y desfigurado, se hubiera creído que no era Telemaco. Su hermosura, su donaire, su noble gallardía se separaban de él. Estaba pereciendo, cual una flor que, habiéndose abierto por la mañana, derrama por el campo su suave fragancia, y poco á poco se va marchitando hácia la tarde; desaparecen sus vivos colores, desfallece, se seca, y se inclina su linda cabeza, no pudiendo ya sostenerse: así el hijo de Ulises se hallaba á los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telemaco no podia resistir á la fuerza de su pasión, concibió para librarle de tan gran peligro un designio lleno de maña. Habia reparado que Calipso le amaba estremadamente, y que él no amaba menos á la Ninfa Eucaris; así es como el cruel Amor, para atormentar á los hombres, hace que uno desdén el cariño de quien mas le ama. Resolvió excitar los zelos de Calipso, y sabiendo que Eucaris tenia dispuesta una cacería con Telemaco, dijo á la diosa; He notado en Telemaco una pasión por la caza que nunca le habia conocido. Esta diversion empieza á hacerle mirar con disgusto todas las demas:

solo en los bosques y en los montes mas retirados vive contento : ¿sois vos, ó diosa, que le inspirais esta ardiente pasión?

Esperimentó Calipso un despecho cruel al escuchar estas palabras, y no pudo contenerse. Ese Telémaco, respondió, que ha despreciado todos los placeres de la isla de Chipre, no puede resistirse ahora á la mediana belleza de una de mis Ninfas. ¿Como se atreve á vanagloriarse de tantas acciones heroicas un hombre cuyo corazon se debilita vilmente por la voluptuosidad, y que solo parece haber nacido para llevar una vida oscura entre mujeres? Notando Mentor con satisfaccion quanto inquietaban los zelos el corazon de Calipso, no dijo ni una palabra mas, temiendo hacerla entrar en desconfianza; y se contentó con dar á entender su tristeza en el abatimiento del semblante. La diosa le manifestó sus pesares sobre quanto á su vista pasaba, prorumpiendo á cada instante en nuevas quejas. Acabó con ponerla furiosa esa cacería de la que Mentor la habia informado. Supo que el principal cuidado de Telémaco habia sido ocultarse de las otras Ninfas para hablar á solas á Eucaris. Supo tambien que se proyectaba segunda cacería, en la que no dudaba que haria Telémaco lo mismo que en la primera. Para desconcertar sus miras, declaró que queria asistir á ella. Despues, de improvisó, no pudiendo templar por mas tiempo su resentimiento, le habló de esta manera.

¿Es así pues, ó jóven temerario, como has venido á mi isla para escapar al justo naufragio que te prevenia Neptuno y á la venganza de los dioses? ¿Has entrado en esta isla, inaccesible á todo mortal, solo para despreciar mi poder y el amor que te he manifestado? ¿Divinidades del Olimpo y de la Estigia, oíd los votos de una desgraciada diosa! Apresuraos á confundir á ese pérfido, á ese ingrato, á ese impío. Y pues eres mas cruel é injusto que tu padre, sean tambien mayores y mas crueles tus trabajos. No, no, jamas vuelvas á ver tu patria, esa pobre y miserable Itaca, que no has tenido vergüenza de preferir á la inmortalidad; ó mas bien, perezcas estándola viendo

desde lejos en medio del mar; y hecho tu cuerpo juguete de las olas, sea arrojado sin esperanza de sepultura sobre las arenas de esta playa. Véanle mis ojos devorado por los buytres. La que amas le verá tambien : le verá; sentirá su corazon despedazado al verle, y su desesperacion hará mi felicidad.

Al hablar así, Calipso tenia rojos y encendidos los ojos : sus miradas no se fijaban en ningun punto, y tenían algo de lúgubre y feroz. Sus mejillas temblantes se cubrian de manchas negras y lividas; mudaba de color á cada instante. A menudo la cubria el rostro una mortal palidez : sus lágrimas no corrian como antes en abundancia; habianlas agotado al parecer la rabia y la desesperacion; y apenas una que otra corria sobre sus mejillas. Su voz era bronca, trémula y entrecortada.

Mentor lo observaba todo, y no hablaba mas á Telémaco. Le trataba ya como á un enfermo que, por no dar esperanzas, se le abandona. Frecuentemente echaba en él miradas de compasion.

Bien conocia Telémaco su culpa, y cuan indigno era de la amistad de Mentor; así que no se atrevia á levantar los ojos temiendo encontrar los de su amigo cuyo silencio reprendia su debilidad. Quería algunas veces arrojarse en sus brazos, y manifestarle quanto sentia su error; pero le contenia, ya una vergüenza fuera de lugar, ya el temor de adelantarse mas de lo que queria para salir del peligro; porque el peligro le parecia agradable, y no podia resolverse á vencer su loca pasión.

Congregados en un profundo silencio los dioses y diosas del Olimpo, tenían fijos los ojos en la isla de Calipso, esperando ver por quien quedaba la victoria entre Minerva y el Amor. Este dios jugando con las Ninfas lo habia encendido todo en la isla. Minerva, bajo la figura de Mentor, se servia de los zelos inseparables del amor, contra el Amor mismo. Jupiter habia resuelto ser espectador neutral de este combate.

Entretanto, temiendo Eucaris se le escapase Telémaco, se valia de mil artificios para retenerle en sus

redes. Estaba ya para salir con él á la segunda cacería, y su traje era semejante al de Diana. Venus y Cupido habian cuidado de derramar sobre ella nuevos embelesos, de modo que aquel día su hermosura eclipsaba la de la misma Calipso. Esta, viéndola de lejos, se miró al mismo tiempo en la mas cristalina de sus fuentes; se avergonzó de verse. Entonces se ocultó en lo interior de su gruta, y habló así sola:

¡Con que en balde he querido estorbar esos dos amantes, declarando que queria concurrir á la cacería! ¿Iré? ¿Iré para hacerla triunfar, y hacer que sirva mi hermosura para realzar la suya? ¿para que viéndome Telémaco, se encienda mas en amor hácia su Eucaris? ¡Desgraciada! ¿qué he hecho? No, no iré, ni ellos tampoco irán, bien sabré impedirlo. A buscar voy á Mentor; le rogaré saque de aquí á Telémaco: le conducirá á Itaca. Mas qué digo? ¿qué será de mí sin él? ¿Dónde estoy? ¿qué he de hacer? ¡O cruel Venus! Venus, me engañaste! ¿qué presente tan funesto me hiciste! ¡Pernicioso rapaz, inficionado Amor, yo te entregué mi corazón con la esperanza de vivir feliz con Telémaco, y solo introdujiste en este corazón inquietud y desesperación! Mis Ninfas se han rebelado contra mí. Mi divinidad sólo sirve para hacer eterno mi infortunio! ¡Oh! si fuese libre de darme la muerte, para poner fin á mi tormento! Telémaco, es preciso que mueras, ya que no puedo morir! Me vengaré de tus ingratitudes: tu ninfa lo verá; te atravesaré á su vista. Pero yo me pierdo. Ó infortunada Calipso! ¿qué pretendes? ¿hacer que perezca un inocente que tú misma has sumergido en este abismo de desgracias! Yo misma encendí la llama fatal en el casto pecho de Telémaco? ¡Que inocencia! qué virtud! qué horror al vicio! ¿qué valor contra los vergonzosos placeres! ¿A qué, pues, emponzoñar su corazón? Es verdad que me hubiera dejado; ¿pero ahora no es preciso que me deje, ó que yo, objeto de su desprecio, le vea vivir solo para mi rival? No, no, lo que padezco bien lo merecí. Parte, Telémaco: vete al otro lado de los

mares: deja a Calipso sin consuelo, no pudiendo soportar la vida, ni hallar la muerte: déjala inconsolable, zubierta de oprobio, desesperada, en compañía de tu orgullosa Eucaris.

Así hablaba sola en su gruta; mas de improviso sale impetuosamente: ¿Dónde estais, Mentor? esclama. ¿Así sosteneis á Telémaco contra el vicio que le agobia? Os dormis mientras vela contra vos el amor. Ya no puedo tolerar por mas tiempo esa soez indiferencia que manifestais. ¿Tendréis valor para mirar tranquilo como el hijo de Ulises deshonor á su padre, y olvida el alto destino que le está reservado? ¿Es á vos, ó á mí, á quien sus padres han confiado su conducta? ¡Soy yo quien busca los medios de curar su corazón! y vos, ¿nada haréis? En lo mas espeso de ese bosque se crian robustos chopos buenos para la construcción de navíos: allí fué donde hizo Ulises el que le sirvió para salir de esta isla. Allí mismo ballaréis una profunda caverna, y en ella todo lo necesario para cortar y unir las piezas de una nave.

No bien lo hubo dicho, cuando se arrepintió. Mentor no perdió momento; fué á la cueva, encontro los instrumentos, cortó los árboles, y en solo un día puso una nave en estado de navegar. Es que el poder y la industria de Minerva no necesitan mucho tiempo para llevar á cabo las mas grandes empresas.

Calipso mientras tanto se hallaba en el mas terrible compromiso: por una parte quistera ver si Mentor adelantaba su obra, y por otra no podia resolverse á dejar la cacería en la que Eucaris se hallara en plena libertad con Telémaco. Los zelos no la permitian perder de vista á los dos amantes. Pero procuraba que la caza se dirigiese por aquel lado en que sabía que estaba Mentor construyendo la nave. Oía los golpes del hacha y del martillo: aplicaba el oído; y cada golpe la estremecía. Mas en el mismo instante receleba si Telémaco se habia aprovechado de esta distracción para hacer alguna seña ó echar alguna mirada á la jóven Ninfa.

Entre tanto Eucaris decia á Telémaco en tono de suntuo: ¿No temeis que os riña Mentor, porque habeis

venido sin él á la caza? ¡Oh! cuanta lástima causa veros vivir bajo la direccion de tan severo maestro! Nada basta á templar su austeridad; afecta ser enemigo de los placeres; no permite que disfruteis de ninguno: del mas inocente os reprende como de un crimen. Estaba bien que os dirigiese mientras no estuviéseis en estado de conducirlos por vos solo; pero despues de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debéis permitir que os trate como á un niño.

Estas artificiosas palabras atravesaban el corazón de Telémaco, y le llenaban de despecho contra Mentor, de cuyo yugo deseaba libertarse. Temia volverle á ver, y su turbacion no le dejaba contestar á Eucaris ni una sola palabra. Por fin, al anoecer, habiéndose pasado la caza en medio de una sujecion continua por una y otra parte, regresaron por un lado del bosque cercano al paraje donde Mentor habia estado trabajando todo el dia. Desde lejos alcanzó á ver Calipso acabado el navio: al instante se le cubrieron los ojos de una densa niebla, semejante á la de la muerte. Sus rodillas trémulas no la podian sostener: un sudor frio corrió por todos sus miembros; vióse precisada á apoyarse en las Ninfas que la asistian; y alargando Eucaris la mano para sostenerla, la repelió echando en ella una mirada tremenda.

Cuando vió Telémaco el navio, y no a Mentor, que se retirara luego que le hubo acabado, preguntó á la diosa de quien era, y que destino tenia. Apenas acertaba Calipso á responderle: mas, recobrada un poco, le dijo: Le he mandado construir para que Mentor se retire; con lo cual quedarás libre de ese amigo severo que se opone á tu felicidad, y que te mirara con envidia si te volviéses inmortal.

Mentor me abandona! estoy perdido! exclamó Telémaco. Eucaris, si me deja Mentor, ya no me queda mas que vos. Escapáronsele estas palabras en el arrebato de su pasion: conoció la imprudencia que habia cometido en decir las; pero le habia faltado la libertad necesaria para atinar en el sentido de estas palabras. Eucaris, ruborizada y los ojos bajos, se quedaba atrás,

conturbada, sin atreverse á presentarse. Pero, mientras que el rubor se mostraba en su rostro, el gozo estaba en su corazón. Telémaco no sabia lo que le pasaba, ni como pudo andar tan indiscreto. Lo que habia hecho le parecia un sueño, pero un sueño que le dejaba confuso y turbado.

Calipso, mas furiosa que una leona á quien han robado sus cachorros, corria al traves del bosque sin direccion fija, y sin saber adonde iba.

Hállase por fin á la entrada de su gruta, donde Mentor la estaba esperando. Salid, dijo, de mi isla, ó extranjeros que habeis venido á turbar mi reposo. Fuera de aquí ese insensato jóven. Y vos, imprudente anciano, experimentaréis lo que puede el enojo de una deidad, si no le quitais de aquí al momento. No quiero verle mas; no quiero que le hable ni le mire ninguna de mis Ninfas. Así lo juro por las ondas de la Estigia, juramento que hace temblar á los mismos dioses. Mas sabe, ó Telémaco, que no se han acabado tus trabajos: ingrato! no saldrás de mi isla sino para padecer nuevas desgracias. Yo me veré vengada; tú echarás menos á Calipso, pero en vano. Irritado todavia Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia, é instigado por Venus, á quien despreciaste en Chipre, te prepara nuevas tempestades. Verás á tu padre, que aun vive: sí; pero le verás sin conocerle. Te unirás á él en Itaca, pero será despues de haber experimentado la suerte mas cruel. Vete, yo ruego á las potestades celestiales que me venguen. ¡Ojalá te hallares en medio de los mares, pendiente de las puntas de una roca, herido del rayo, invocando en vano el nombre de Calipso, á quien tu suplicio colmará de gozo!

No bien habia pronunciado estas palabras, ya estaba dispuesta á tomar resoluciones contrarias. El amor renovó en su corazón el deseo de retener á Telémaco. Viva, decia en su interior, y permanezca en mi isla: acaso llegará á conocer cuanto he hecho por él. Eucaris no podria, como yo, darle la inmortalidad. ¡Mas ah! que mi ceguedad me ha precipitado! el juramento que he hecho por las ondas de la Estigia me quita toda esperanza! Nadie oia estas palabras; pero veíase

pintadas en su rostro las furias, y todo el pestífero veneno del negro Cócito parecía que se exhalaba de su corazón.

Estaba Telémaco sobrecogido de horror. Lo que no se le ocultó á Calipso; porque ¿qué no descubre el amor zeloso? y este mismo asombro de Telémaco redobló el furor de la diosa. Parecida á una bacante, que llena los aires con sus alaridos, y hace estremecer los altos montes de la Tracia, corria al traves de los bosques con un dardo en la mano, llamando á todas sus Ninfas, y amenazando á travésar á las que no la siguiesen. Acuden todas temiendo la amenaza; y hasta la misma Eucaris la sigue, bañados los ojos en llanto, y mirando de lejos á Telémaco, á quien ya no se atreve á hablar. Estremécese la diosa al verla cerca de sí; y en lugar de aplacarse con la sumisión de la Ninfa, concibe nuevo furor de ver que la afliccion aumentaba su hermosura.

Telémaco habia quedado solo con Mentor. Abraza sus rodillas, pues no se atrevia á abrazarle de otro modo, ni aun á mirarle; hecho un mar de lágrimas. quiere hablar, mas faltanle la voz y las palabras, no sabe lo que debe hacer, ni lo que hace, ni aun lo que quiere. Por fin esclama: Padre mio! mi verdadero padre! mi Mentor! libradme de tantos males. No puedo dejaros, ni seguiros. Libradme de tantos males, libradme de mí mismo, dadme la muerte.

Abrázale Mentor, le consuela, le anima, le enseña á sufrirse á sí mismo sin lisonjear sus pasiones, y le dice: Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido, y aun eres, de los dioses, sabe que por un efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones, no es todavía sabio, porque ni puede conocerse, ni tener de sí desconfianza. Los dioses te han conducido como por la mano hasta la orilla del abismo, para que veas su espantosa profundidad sin dejarte caer en él. Conoce ahora lo que nunca hubieras conocido si no lo hubieses experimentado. En vano se te hablara de las traiciones del amor que halaga para perder, y

que, bajo la apariencia de la dulzura, oculta las mas crueles amarguras. Vino ese niño lleno de alegría, inspirando risas, convidando con juegos, y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazón, y sentiste placer en que te le robase. Despues buscabas pretextos para desconocer la herida de tu corazón, procurando engañarme, y engañarte á ti mismo; nada temias. Ve los efectos de tu temeridad: tú pides ahora la muerte, y es la única esperanza que te queda. La diosa se parece á una furia infernal; Eucaris se abrasa en un fuego mas cruel que los dolores de la muerte: en una palabra, todas las Ninfas ardiendo en zelos están para despedazarse mutuamente. Esto es lo que hace el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisonjero. Recobra todo tu valor. Reconoce cuanto debes á los dioses, y cuanto te aman, pues te abren tan seguro camino para que huyas del Amor, y vuelvas á tu patria: la misma Calipso se ve precisada á echarte de la isla. El navío está pronto: ¿porqué tardamos en dejar esta isla en la cual no puede habitar la virtud?

Deciendo esto, le tomó de la mano, y se le llevaba hácia la playa: Telémaco le seguia como á pesar suyo, mirando siempre atrás. Contemplaba á Eucaris que se alejaba de él; y ya que no podía verla el rostro, miraba sus hermosos cabellos trenzados, sus vestidos flotantes, y su noble modo de andar: quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponía los pies: no la veia ya, y aun aplicaba el oido, creyendo oír su voz. Aunque ausente, la estaba viendo: representábasela su imaginacion: hasta parecíale que le hablaba, no sabiendo donde se hallaba, y no pudiendo escuchar á Mentor.

En fin volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo á Mentor: Estoy resuelto á seguiros, pero aun no me he despedido de Eucaris; y preferiria la muerte á abandonarla así como un ingrato. Permitidme que la vea por última vez, y que la dé un eterno á dios, ó que pueda á lo menos decirle: Ninfa, los dioses crueles, los

dioses envidiosos de mi dicha, me precisan á que te deje; mas antes me arrancarán la vida que tu nombre de mi memoria. Padre mio, ó dadme este último consuelo que es tan justo, ó la muerte. No creais que quiero permanecer aquí, ni abandonarme al amor: nada menos. Mi corazón le desconoce; es amistad y reconocimiento el que á Eucaris profeso. Bástame decirla á dios, y al momento partimos.

¡Cuánto te compadezco! le respondió Mentor. Es tan furiosa tu pasión, que no la conoces. Ya lo ves, te crees tranquilo, y deseas la muerte: te atreves á lisonjarte de que no conoces al amor, y no tienes valor para dejar á esa ninfa que amas: solo á ella ves, á ella oyes, y para todo lo demás estás sordo y ciego. El calenturiento que delira, dice que no está enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco, estabas dispuesto á renunciar á Penelope que te espera, á no ver ni conocer á Ulises, á olvidar á Itaca tu patria, donde has de reinar; dispuesto estabas á renunciar á la gloria, y al alto destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor; todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris: y dices sin embargo que no es amor el que á ella te aficiona! Si esto no, ¿qué es, pues, lo que te inquieta? ¿porqué apeteces la muerte? ¿porqué tan enajenado hablaste en presencia de la diosa? No te acuso de mala fe, compadezco tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye: en la fuga está la victoria. Contra semejante enemigo el verdadero valor consiste en temer y huir; y no así como quiera, sino en huir sin pararse á deliberar, ni aun á mirar atrás. No creo que hayas olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia, y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que, no hay medio, ó créeme también ahora, ó permíteme que te abandone. ¡Si supieras cuán doloroso me es verte correr a tu precipicio! ¡y cuánto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido á hablarte! no le costó tanto darte á luz á la madre que te dió el ser. He callado, he disimulado mi pena, hasta los suspiros he sofocado á ver si te resolvías por ti mismo á buscarme. ¡Ay, hijo

mi querido hijo! consuela mi corazón, vuélveme lo que mas amo, restituyeme á Telémaco; si, restituyete a ti mismo. Si puede mas contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor á despecho de la sabiduría, Mentor no puede vivir mas tiempo.

Mientras así hablaba, seguía andando hácia el mar, y aunque Telémaco no tenía el valor necesario para seguirle espontáneamente, tenía ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, siempre oculta bajo la figura de Mentor, invisiblemente cubria con su égida á Telémaco, y le comunicó un rayo de luz divina, y con él cierto valor que no habia sentido desde que entró en la isla. Por último llegaron á la ribera; y queriendo ver si el navío que Mentor habia hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó, subieron á una montaña escarpada, ó mas bien á una eminente roca, batida siempre del mar, desde donde vieron el mas triste espectáculo.

Resentido vivamente el Amor, no solo de que un viejo desconocido fuese insensible á sus flechas, sino aun mucho mas de que sustrajese á Telémaco de su dominio, lloraba de despecho, y se fué á ver con Calipso, que andaba vagando por lo mas intrincado de las umbrosas selvas. No pudo la diosa verle sin gemir: á su vista se renovaron las heridas que la habia hecho. ¿Es posible que, siendo vos diosa, le dijo el Amor, os dejeis vencer de un débil mortal, que es además vuestro cautivo! ¿porqué le dejais salir? — Oh pérfido Amor, le respondió Calipso, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos. Tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia dejar partir á Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses con todo su poder no se atreviera á violar tan solemne juramento. Salga, pues, Telémaco de mi isla: y tú, infame rapaz, sal también: mayores males me has causado tú que él.

Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con maliciosa sonrisa. En verdad, Calipso, que es grande ese obs-

láculo: sin embargo dejadlo á mi cuidado, cumplid vuestro juramento, no os opongais á que Telémaco parta; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle salir. Yo les inspirare el designio de incendiar el navio con tanta brevedad construido por Mentor; y si entonces os sorprendió tanto su diligencia, yo os ofrezco que no quedará el menos sorprendido de la prontitud con que yo la inutilice, sin que despues le reste ningun arbitrio para arrebatáros á Telémaco.

Estas lisonjeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro á la márgen de un arroyo recrea con su frescura el fatigado rebaño que con los ardores del estío está ya desmayado y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenósele el rostro, los ojos recobraron su alegría, y los negros cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse é hizo mil caricias al loquillo Amor, pero estas mismas caricias la preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho Amor de haber persuadido á la diosa, partió á persuadir también á las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes como anda un rebaño de ovejas que la rabia de los hambrientos lobos ha hecho huir lejos de su pastor. Congregalas Cupido, y les dice: aun está Telémaco en vuestro poder. No perdais momento en poner fuego á esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevarsele. Inflamadas las ninfas encienden con presteza antorchas, corren furiosas á la playa, dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas Bacantes. Ya suben al cielo las llamas que consumen la nave hecha de maderas secas y embreadas, arrojando torbellinos de humo y fuego hasta las nubes.

Desde la roca en que estaban, Telémaco y Mentor veían el incendio, y oían la algazara de las ninfas. No le faltó mucho á Telémaco para alegrarse también, porque su mal aun no estaba curado, y á Mentor no se le ocultaba que su pasión era como un fuego mal apagado que de cuando en cuando se deja ver entresus cenizas. ¡Vedme dijo Telémaco, otra vez preso en la

mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

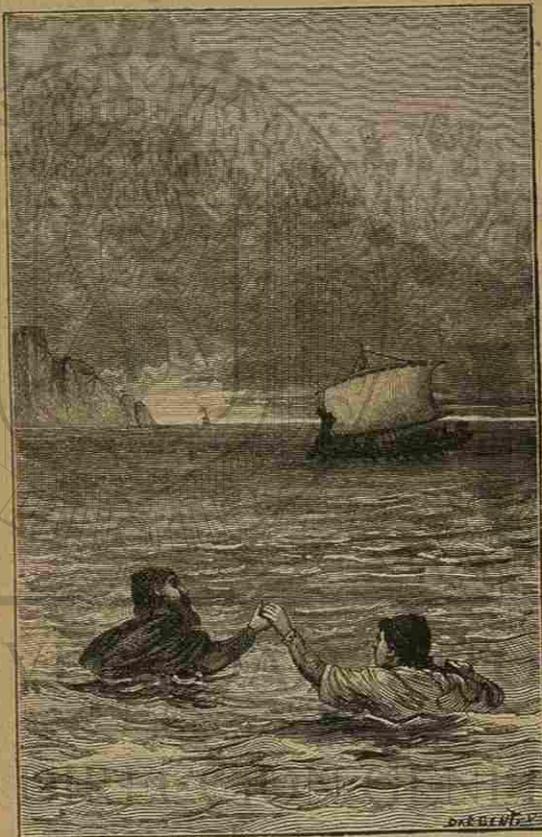
Conoció Mentor su espíritu, y lo expuesto que estaba á reincidir si perdía un momento en evitarlo. Y alcanzando á ver á lo lejos en medio del mar un navío parado que no se atrevía á acercarse á la isla, porque sabían todos los pilotos que era inaccesible á los hombres, empuja á Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar, y se arroja tras él. Queda Telémaco tan aturdido de esta violenta caída, que bebiendo del agua salada, y vino á ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba más que en alejarse de la isla fatal.

Quando las ninfas creían tenerles mas seguros, y vieron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable se volvió á su gruta, ocupando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos; y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires, batiendo las alas, y se huyó al frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su cruel madre; el hijo, aun mas cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que habia causado.

A proporcion que Telémaco se iba alejando de la isla, sentía con placer que iba recobrando el esfuerzo y su amor á la virtud. Ahora conozco, le decía á Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inexperiencia no me dejaba conocer entonces: ahora conozco que no se vence el vicio sino huyendo. Ahora conozco tambien cuanto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando tan justamente merecia que me privasen de ellos y me abandonasen á mí mismo. Ya no temo al mar, ni á los vientos, ni á las tempestades; nada temo ya sino á mis pasiones: el amor por sí solo es mas temible que todos los naufragios.

II.

P. III.



Viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba más que alejarse de la isla fatal.

LIBRO OCTAVO

SUMARIO.

El navio que desde la roca alcanzó á ver Mentor era Tirio, y su capitán un hermano de Nabal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente, y reconociendo á Telemaco, le refirió la trágica muerte de Pigmalion y Astarba y la elevación de Babazar, que á persuasión de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam una comida á Telemaco y Mentor, se llegan al rededor del navio los tritones, las nereidas, y las demás divinidades del mar, atraídas del dulce canto de Aquitoas. Toma Mentor una lira, y le hace muchas ventajas. Despues refiere Adoam las maravillas de la Bética; describe el suave temperamento del aire, y las demás circunstancias recomendables de aquel país, la vida tranquila de sus habitantes, y la suma sencillez de sus costumbres.

El navio que estaba parado, y hácia el cual se dirigian, era fenicio, con rumbo á Epiro. Los Fenicios que en él iban habian visto á Telemaco en su viaje á Egipto; pero no era fácil que entonces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó á distancia de poder ser oido, alzó la cabeza sobre las aguas, y exclamó: Fenicios, protectores de todas las naciones, no negueis la vida á dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si temeis á los dioses, recibidnos en vuestra nave; que nosotros os seguiremos adonde quiera que vayais. El comandante del navio respondió compadecido: tenemos la mayor satisfacción en recibirlos; sabemos respetar la desgracia aun en los de conocidos: y con efecto así lo hizo.

Mas apenas entraron, cuando faltos de fuerzas, y aun de respiracion, se quedaron casi exánimes de resultas de lo mucho que habian nadado, y de los reiterados es-

fuerzas con que resistieron á las olas. Fueronse recobrando poco á poco; les dieron vestidos para que se quitasen los que traian calados y rezumando el agua por todas partes; y cuando estuvieron en estado de hablar, vieron al rededor de sí á toda la tripulacion impaciente por saber sus aventuras. Preguntóles el comandante: cómo habian podido entrar en aquella isla, en la cual era fama reinaba una diosa cruel que jamás permitia que nadie se acercase? Por otra parte son tan escarpadas las rocas que la ciñen, que se burlan de la bravura con que el mar las azota, y no es posible acercarse á ellas sin naufragar.

Por un naufragio fuimos á ellas arrojados, les respondió Mentor: somos Griegos, naturales de Itaca, isla inmediata á Epiro, adonde dirigis vuestro rumbo; pero aun cuando no querais tocar en ella, que se encuentra al paso, bastarianos que nos condujeseis á Epiro, donde hallaremos amigos que nos proporcionen hacer tan corta travesia, y os seremos deudores de la dicha de volver á ver lo que mas estimamos en el mundo.

Así se explicó Mentor; y entretanto guardaba Telemaco silencio, sin atreverse á hablar una palabra, porque las flaquezas en que habia incurrido en la isla de Calipso le hacen mas prudente. Desconfiaba de sí, y conocia la necesidad de seguir en todo los sabios consejos de Mentor; y cuando no podia pedirselos de palabra, procuraba, consultando sus ojos, adivinarle los pensamientos.

Mirando mas despacio á Telemaco el capitán fenicio, queria como hacer memoria de haberle visto antes; pero tan confusamente, que no le era posible asegurarse. Permittedme, le dijo, que os pregunte si os acordais de haberme visto alguna otra vez, así como yo creo acordarme de haberos visto antes de ahora: vuestras facciones no me son desconocidas, y así fué que al instante me llamaron la atención; sin embargo no sé donde os he visto: recorred, si gustais, vuestra memoria, que acaso ayudará á la mia.

Respondióle Telemaco con una admiracion que participaba de alegría: á mi me ha sucedido al veros puntualmente lo mismo: os he visto, me acuerdo; pero

no puedo asegurar si en Egipto ó en Tiro. Con esto el Fenicio, semejante al que al despertar por la mañana se le escapa un grato sueño, y va acordándose poco á poco, y como trayéndole de lejos, exclamó alborozado: vos sois Telemaco, con quien Narbal estrechó amistad á nuestra vuelta de Egipto. Yo soy su hermano, de quien regularmente os hablaría muchas veces; aun me acuerdo que os dejé con él, cuando despues de la expedicion de Egipto tuve que ir á la famosa Bética¹, al otro lado de los mares, cerca de las columnas de Hércules; y esta fue la causa de que os viese tan poco, que no es extraño que me haya costado tanto trabajo reconocerlos al pronto.

Tambien caigo ahora, respondió Telemaco, en que sois Adoam: ya os acordaréis de que entonces apenas os vi; pero os conocí bastante por las noticias que me dió Narbal. ¿Que satisfacción para mí la de saber por vos de tan digno amigo! ¿Sigue en Tiro? ¿No sufre ningún maltrato del suspicaz y bárbaro Pigmalion? Interrumpióle Adoam, diciéndole: Sabed, Telemaco, que la fortuna próspera os entrega en manos de un hombre que os cuidará con todo esmero. Antes de ir á Epiro os dejaré en Itaca: y creed que en el hermano de Narbal tendréis otro amigo que no hará menos por vos que Narbal mismo.

A este tiempo notó que apuntaba el viento que esperaban: hizo levar anclas, desplegar velas, y surcar el mar á fuerza de remo; y apartándose con Mentor y Telemaco, dijo á este:

Ahora satisfaré vuestra curiosidad. Pigmalion ya no existe: los justos dioses libraron de él al mundo. Como desconfiaba de todos, nadie se fiaba de él. Los buenos se contentaban con gemir y librarse de sus crueldades sin intentar hacerle ningún daño; pero los malos no creían tener segura la vida sino quitándole la suya: unos y otros vivían siempre espuestos á ser objeto de

1. La Bética era una parte de España compuesta de las provincias llamadas en el dia Andalucía y Granada.

aus sospechas; y mas que todos, sus guardias, porque como tenían la vida del tirano en sus manos, les temían mas que al resto de los hombres, y á la mas mínima sospecha los sacrificaba á su seguridad. Mas ¿cómo era posible que la hallase quien así la buscaba? Su desconfianza tenía en continuo peligro á los depositarios de su existencia; y estos no tenían otro medio de salir de tan horrible situación, que previniendo con la muerte del tirano sus crueles sospechas.

Ya oirais hablar de la impia Astarbe; ella misma fue quien dió el primer paso para la ruina del rey. Amaba con extremo á un jóven Tirio muy rico, llamado Joazar, y proyectaba elevarle al trono. Para mejor conseguirlo, persuadió al Rey que el mayor de sus dos hijos, llamado Fadael, impaciente por sucederle, conspiraba contra él; y no le faltaron testigos perjuros que probasen la conspiracion. Creyólo el desgraciado rey, é hizo matar á su hijo inocente. Al segundo, llamado Baleazar, le envió á Samos so pretexto de aprender las costumbres y las ciencias de Grecia; pero en la realidad porque Astarbe le sugirió que convenia alejarle para que no entrase en relaciones con los descontentos. Partió con efecto para aquella isla; pero los que le conducían, corrompidos por esta indigna mujer dispusieron por la noche un aparente naufragio del cual todos se salvaron á nado en unas barcas estrangeras que á este fin los esperaban, y al jóven principe le precipitaron al mar.

Entretanto nadie sino Pigmalion ignoraba los amores de Astarbe; tenía la por incapaz de amar á otro, y solo de este modo se puede concebir como un principe que de nadie se fiaba, viviese tan satisfecho de aquella infame mujer: solo el amor pudo cegarle hasta este extremo. Al mismo tiempo buscaba su codicia pretextos para dar muerte á Joazar, de quien Astarbe estaba tan apasionada, y apoderarse de sus riquezas.

Peró mientras Pigmalion estaba poseído de la desconfianza, del amor y de la avaricia, se ocupaba Astarbe en los medios de quitarle prontamente la vida.

porque recelaba si tendria alguna noticia de sus infames amores. Por otra parte sabia que no necesitaba su favorito mas delitos que sus riquezas para que la avaricia del rey ejerciese en él sus crueldades; y de todo concluyó que era necesario aprovechar los momentos para evitarlo, anticipándose. Veia á los principales oficiales de palacio dispuestos á manchar sus manos con la sangre del rey; oia todos los dias tratarse de nuevas conjuraciones; pero no se atrevia á farse de nadie para no ser descubierta; y por último la pareció mas seguro servirse de un veneno.

Regularmente Pigmalion comia solo con Astarbe, y preparaba él mismo los manjares, porque no se fiaba mas que de sus manos: encerrábase en lo interior de palacio para ocultar mejor su desconfianza, y porque nadie le pudiese acechar cuando preparaba la comida; privábase de todos los placeres de la mesa, y de todo cuanto no sabia componer; de modo que no solo las viandas aderezadas por los cocineros, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceite, la leche, ni los demas alimentos ordinarios eran de su uso. En una palabra, solo comia las frutas que cogia en su jardín, ó las legumbres sembradas y cocidas por él mismo, ni bebia mas agua que la de una fuente que tenia cerrada y cuya llave traia siempre consigo. Aunque parecia tan satisfecho de Astarbe, no por eso dejaba de tomar ciertas precauciones, pues la hacia que bebiese y comiese antes de todo lo que él habia de comer y beber para que en caso muriesen ambos envenenados, y para quitarla toda esperanza de sobrevivirle; pero ella supo inutilizar su diligencia con un antidoto que le suministró una vieja aun mas infame que ella, y que era la confidenta de sus amores; y con este preparativo ya no vaciló en envenenar al rey.

Ved de que manera lo consiguió. Al ponerse ambos á comer, se oyó un ruido hácia una puerta. El rey, temeroso siempre de que le fuesen á matar, se sobretaló, y fue á cerciorarse de si estaba bien cerrada. Reárase la vieja que le habia hecho, y era la misma de

quien acabo de hablaros. Permanece el rey indeciso sin saber á que atribuir lo que habia oido, ni atreverse á abrir la puerta para averiguarlo. Procura Astarbe tranquilizarle, le acaricia y le insta á que coma; pero ya le habia envenenado la copa mientras fue á examinar la puerta; y aunque, siguiendo su costumbre, la hizo beber primero; ella lo hizo sin recelo, fiada en el antidoto. Bebió tambien Pigmalion, y á poco tiempo le dió un desmayo.

Astarbe, que conocia que la menor sospecha le sobrara para castrarla, empezó á desgarrar sus vestidos, arrancarse el cabello, y dar lastimosos gritos; abraza el moribundo rey, le estrecha entre sus brazos, y derrama sobre él un torrente de lágrimas, sin que la costase ninguna violencia usar de semejantes artificios. Por último, cuando conoció que ya estaba sin fuerzas, y casi agonizando, pasó de las caricias y de las mas tiernas demostraciones de amistad á la crueldad mas horrorosa: arrojase á él y le ahoga; arrancale del dedo el anillo real, quitale la diadema, manda entrar á Joazar, y le entrega uno y otro con la esperanza de verle proclamado rey. Pero los que la habian sido mas adictos, y en quienes ella tenia puesta toda su confianza, eran unas almas bajas y mercenarias, incapaces por lo mismo de una sincera amistad; faltábales ademas el valor, y temian á los enemigos que Astarbe se habia granjeado; y mas que todo temian la altanería, la simulacion y la crueldad de tan impia mujer; y cada uno por su propia seguridad deseaba que pereciese.

Entretanto era el palacio teatro del mas espantoso tumulto; por todas partes se oye á gritos que el rey ha muerto: unos se asombran, otros corren á las armas, y el temor de las consecuencias anda en todos mezclado con la alegría de la noticia. Hácelo correr la fama de boca en boca por toda la gran ciudad de Tiro, y en toda ella no se encontró ninguno que se doliese de la desgracia del rey: en su muerte estaba la seguridad y el consuelo de todo el reino.

Sorprendióle á Narbal un accidente tan terrible: sintió como hombre de bien la desventura de Pigmalion, que se vendió á sí mismo, entregándose á aquella infame, y que habia preferido ser un monstruoso tirano, que el padre de su pueblo, á lo que como rey estaba obligado. Pero no pudiendo mirar con indiferencia la felicidad de su patria, renne á los hombres de bien para oponerse á Astarbe, en cuyas manos hubiera el cetro sido aun mas duro que en las del mismo Pigmalion.

Sabia Narbal que Baleazar vivia; pues aunque á Astarbe la aseguraron su muerte, y así lo creyeron los que con este fin le precipitaron, lo cierto fue que el príncipe, con el favor de la noche, pudo llegar á nado adonde unos comerciantes cretenses, movidos de compasion, le recibieron en su barco; y no se atrevió á volver á Tiro, sospechando que se habia concertado su muerte en aquel supuesto naufragio, y porque temia tanto los bárbaros celos de Pigmalion, como los artificios de Astarbe. Estuvo mucho tiempo errante y disfrazado en las riberas del mar de Siria, donde le dejaron los comerciantes cretenses, hasta que por fin se vió reducido á adquirir el sustento guardando un rebaño; mas luego que encontró medio, comunicó á Narbal el estado en que se hallaba, no dudando descubrir el secreto y poner la vida en manos de un hombre de tan acrisolada virtud. Con efecto, Narbal, aunque agraviado del su padre debia; y le exhortó para que sufriese con resignacion su adversa fortuna.

Habiéndole prevenido Baleazar que cuando tuviese por oportuno su regreso á Tiro, le enviase un anillo de oro, y con él se daría por avisado. No tuvo Narbal por conducente su vuelta mientras Pigmalion viviese; arriesgara inútilmente la vida del príncipe y la suya propia: tan difícil era precaucionarse contra las rigurosas pesquisas del rey. Pero en el momento en que se verificó su desastrada muerte, digna por cierto de sus crímenes, le envió el anillo. Se puso Baleazar en marcha, y llegó á las puertas de Tiro á tiempo que toda la ciu-

dad estaba en movimiento deseando saber quien sucederia á Pigmalion. Dejose ver su hijo, y fue reconocido sin dificultad por los magnates y por el pueblo. Amábanle todos, no por su padre, á quien mortalmente aborrecian, sino porque con su afabilidad y moderacion se lo habia granjeado, y porque sus mismas desgracias daban nuevo realce á sus prendas, y les disponian en su favor.

Congregó Narbal los magistrados, los ancianos que componian el Consejo, y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia. Todos le saludaron como á su rey; y por tal le proclamaron los heraldos. El pueblo correspondió con mil aclamaciones de júbilo. Ofalo Astarbe desde lo interior de palacio, donde permanecía encerrada con su vil é infame Joazar; abandonaronla todos aquellos pérfidos de quienes se habia servido en vida de Pigmalion; porque los malvados se temen reciprocamente, desconfian unos de otros, y no quisieran ver el poder en manos de ninguno de ellos, porque conocen cuan indignamente usarian de él, y hasta que extremo llevarian sus violencias. Prefieren verle en los buenos, de quienes á lo menos esperan moderacion é indulgencia. Por esta razon la abandonaron todos, menos aquellos cómplices de sus mas horrorosos crímenes, que no esperaban otro premio que un suplicio.

No costó mucho forzar las puertas de palacio, porque aquella vil y ateminada gente mas pensaba en la fuga que en la resistencia. Tambien quiso huir Astarbe disfrazada de esclava, pero conocióla un soldado, la detuvo, y no fue poco librarla del populacho, que furioso queria despedazarla. Ya habían empezado á arrastrarla, cuando Narbal la sacó de entre sus manos. Pide audiencia al nuevo rey, esperando deslumbrarle con sus hechizos, y disponerle en su favor, prometiéndole descubrir secretos importantísimos. Concedesele Baleazar, y ella se le presenta tan bien adornada de modestia su hermosa, que bastaba su presencia á desarmar los mas irritados corazones. Da principio á su defensa por las alabanzas del príncipe, pero insinuando con tanta delicadeza los elogios, que no pudiese darse por ofendida su modestia; hizole presente cuanto la habia

amado su padre; puso por medianeras sus cenizas para moverle á que se apiadase; invocó á los dioses como si los hubiera sinceramente adorado; hecha un mar de lágrimas, se arrojó á sus pies; pero después no perdonó medio por hacerle sospechosos y aborrecibles todos los que le eran mas afectos y le habian mejor servido. Acusó á Narbal de haber tenido parte en una conjuracion tramada contra el rey difunto, y de haber querido sobornar los pueblos para usurparle el trono; y aun añadió que habia tratado de envenenarle. Por fin no hubo Tirio virtuoso á quien no comprendiese la calumnia; sin duda porque creia hallar en este principe la misma disposicion á desconfiar de ~~los que~~ ~~habia~~ encontrado en su padre. Pero, no pudiendo ~~dejar~~ soportar mas la malignidad de tan infame mujer, la interrumpe, y llama á sus guardias. La puso en presa, y se comitió el examen de su conducta á la prudencia de los mas sabios ancianos.

No tardaron estos en descubrir que ella misma habia atosigado y sofocado al infeliz Pigmalion, y que todo el discurso de su vida habia sido una serie no interrumpida de los mas monstruosos crímenes. Ibasela á condenar al fuego lento con que en Fenicia se castigan los delitos atroces; mas luego que conoció que no la quedaba ninguna esperanza, hecha una furia salida del infierno, tomó el veneno que á prevención traía siempre consigo por si se la queria precizar á padecer largos tormentos. Notaron los que la guardaban las ansias violentas que padecía, y quisieron socorrerla; pero ella no quiso responder, ni admitir su socorro, dándoles á entender por señas que no buscaba ningun alivio. Habláronla de los justos dioses, que tan ofendidos tenia; pero lejos de manifestar la sumision y el arrepentimiento que sus culpas exigian, miró al cielo con desprecio y arrogancia, como insultando á los dioses.

La rabia y la impiedad estaban pintadas en su agonizante cara; ningun resto la quedó de aquella hermosura que fue el precipicio de tantos hombres; todas sus gracias desaparecieron: sus ojos moribundos giraban

en horroroso desconcierto al rededor de sus orbitas, un movimiento convulsivo agitaba sus labios; tema tan abierta la boca que causaba espanto, el rostro todo contraído y dislocado hacia los mas horribles gestos; una lívida palidez y un frio mortal se apoderaron de sus miembros. Alguna vez parecia que se reanimaba; pero no era mas que para horrorizar con alaridos, hasta que por fin espiró entre las convulsiones de la desesperacion, dejando sobrecogidos y atemorizados á cuantos la estuvieron viendo. Sus impios manes descenderian sin duda á aquellas tristes estancias donde las crueles Danaides¹ pagan en inútiles afanes é interminables fatigas su perfidia; donde Ixion² da eternas vueltas á su rueda; donde Tántalo³ vivirá, con los labios en el agua, rabiando de eterna sed; donde rueda Sisifo⁴ inútilmente una roca que sin cesar vuelve á despeñarse; y donde Ticio⁵ sentirá eternamente devoradas sus siempre renacientes entrañas por un buytre roedor.

1. Las Danaides eran cincuenta hijas de Danao, rey de Argos, casadas con otros tantos hijos de Egipto sus primos. Mataron á sus maridos la primera noche de sus bodas, excepto Hipermnestra que perdonó al suyo llamado Linceo. Fingen los poetas que en los infiernos se afanan incesantemente en llenar de agua unos cubos sin suelo.

2. Ixion, hijo de Egeias rey de Tesalia, movido de un violento amor por Juno, abrazó una nube que Júpiter habia formado para enganarle, de donde nacieron los Centauros. Luego fue precipitado á los infiernos, donde se finge que da incesantes vueltas á una rueda.

3. Tántalo, hijo de Jupiter y de la ninfa Flora, habiendo dispuesto un convite para los dioses quiso probar su divinidad. Al efecto les presentó un plato lleno de los miembros de su hijo Pelops que habia destrozado. Habiendo Júpiter conocido el delito, derribó con un rayo á Tántalo á los infiernos, donde se finge que padece hambre y sed eternamente.

4. Sisifo, hijo de Eolo, ejercia el oficio de ladrón en el Atica, donde le mató Teseo. La fábula le hace rodar en los infiernos, una pena desde el pie de un monte hasta la cumbre, de donde vuelve á caer sin cesar.

5. Ticio, hijo de Júpiter y de Elara, habiendo osado solicitar á Latona, fue muerto á flechazos por Apolo y precipitado á los infiernos, donde un buytre le roe el corazon que sin cesar renace.

Desembarazado Balezar de tan abominable monstruo, dedicó todo su cuidado á dar gracias á los dioses, y á desagruarles con innumerables sacrificios. Desde luego empezó á dar muestras de una conducta diametralmente opuesta á la de su padre, aplicándose á restablecer el comercio que por instantes iba decayendo. Se aconseja de Narbal en los asuntos de mayor importancia; mas no por eso se deja gobernar de él, pues todo lo ve, y lo examina todo por sí mismo: oye los consejos que le dan, y se declara por el que mejor le parece. Amanle los pueblos, y en su amor posee mas tesoros que los que amontonó la cruel avaricia de su padre: no habrá ni una sola familia, que, si le viera necesitado, no le diera cuanto tuviese; de modo que es mas dueño de lo que les deja, que si se lo quitara. No necesita de tomar precauciones para la seguridad de su persona, porque vela sobre ella el amor de los vasallos, que le custodia mejor que la guardia mas fiel. A todos contrista la idea de perderle, y no habrá vasallo suyo que no arriesgue la vida por conservar la de un rey tan digno de serlo. Es feliz, y sus pueblos con él: teme exigirles mucho, y ellos siempre creen no ofrecerle lo bastante; les deja en la abundancia, y no por eso son indóciles, ni insolentes, porque son laboriosos, amigos del comercio, y constantes en conservar la pureza de sus antiguas leyes. De este modo ha vuelto la Fenicia á subir al mas alto punto de grandeza y de gloria; y toda esta prosperidad se la debe á su jóven rey.

Narbal es su teniente. Ah! ¡cuanta fuera su alegría si ahora os viera para colmaros de presentes! ¡Con que gusto, Telemaco, con cuanta satisfaccion dispusiera restituiros con magnificencia á vuestra patria! ¡Que felicidad la mia en hacer lo que él haria si pudiese! ¡que dicha la de ir á Itaca á poner en el trono de Ulises á su hijo Telemaco, desde donde pueda, como Balezar en Tiro, dictar sabias leyes á sus pueblos!

Satisfecho Telemaco de la puntualidad con que Adoam acababa de referir tan singulares sucesos, y mucho mas por las apreciables demostraciones de cariño con que en medio de sus infortunios alentaba su

esperanza, le abrazó tiernamente. Despues le pregunta Adoam por que acaso habia entrado en la isla de Calipso, y Telemaco le correspondió contándole su historia desde que salió de Tiro; su paso por la isla de Chipre: como volvió á ballar á Mentor; su viaje á Creta; los juegos públicos que en aquella isla se celebraron para la eleccion del nuevo rey despues de la fuga de Idomeneo; la venganza de Venos; su naufragio; la buena acogida que les hizo Calipso; los zelos que consibio esta diosa de una de sus niñas; y la accion de Mentor, que le arrojó al mar luego que vió el navio fenicio.

Acabados estos coloquios dispuso Adoam en puebo de su extraño marino contento dar á sus amigos un esplendido banquete, y proporcionarles en él todos los placeres que la situacion permitia: hizo servir por jóvenes Fenicios vestidos de blanco y coronadas de flores: quemáronse aromas de los mas exquisitos del Oriente. Ocupaban los bancos de los remeros diestros tocadores de flauta, á quienes de cuando en cuando interrumpia Aquiloas con los dulces acentos de su voz y de su lira, dignas por cierto de ser oidas en la mesa de los dioses, y capaces de arrebatár al mismo Apolo. Los tritones, las nereidas, las divinidades todas que reconocen el imperio de Neptuno, hasta los monstruos marinos, atraidos por la melodia, dejaban sus húmedas y profundas grútas, y se atropellaban por llegar al rededor del navio. Un coro de mancebos Fenicios, de rara gentileza, vestidos de finisimo lienzo mas blanco que la nieve, danzaron largo rato al uso de su pais, al de Egipto, y por último al de la Grecia. De cuando en cuando se oia repetido el eco de las trompas, llevado por las olas hasta las mas distantes riberas. El silencio de la noche, la calma del mar, el trémulo resplandor de la luna, que reverberaba en la superficie de las aguas, el apagado azul del cielo matizado de brillantes estrellas, todo contribuía á hacer el festin mas agradable.

Telemaco, dotado de un natural vivo y sensible, gustaba de esta diversion; pero no se atrevia á soltar la rienda á la alegría, porque desde que con tanta vergüenza suya esperimentó en la isla de Calipso cuan dispueta se halla la juventud á inflamarse, los mas inocentes placeres alarmaban su cuidado: todo le era sos-

aregrábase Mentor de verle en esta incertidumbre, y hacia como que no lo notaba, hasta que, movido por fin de la moderacion de Telémaco, le dijo sonriéndose: bien conozco tu temor, y lo digno de alabanza que por él eres; pero no se ha de llevar al extremo. Nadie en el mundo se interesa mas que yo en que disfrutes de los placeres, pero de unos placeres que no te exciten pasiones violentas, ni enerven tu valor. Estos son los que te convienen; porque son los únicos capaces de divertir sin enajenar: placeres sencillos y moderados que no te priven de la razon, ni te transformen en fiera. Ahora es justamente cuando, para alivio de tus penas, y en obsequio de Adoam, debes disfrutar de estos con que su generosidad te convida: sí, Telémaco, alégrate, regocíjate, que la sabiduría nada tiene de austera ni de afectada; antes por el contrario ella es la que ofrece los verdaderos placeres; ella la que los sazona y los hace puros y duraderos; ella la que sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y serias; preparar el placer en el trabajo, y aliviar el trabajo con el placer. La sabiduría no se avergüenza de presentarse festiva cuando es necesario.

En prueba de ello tomó Mentor una lira, y la tocó con tal arte, que envidioso Aquitoas arrojó la suya de despecho; encendiéronse los ojos, mudóse el color, y todos hubieran advertido su resentimiento y confusion, si la lira de Mentor no les tuviera tan suspensos y enajenados, que ni á respirar se atrevían por no interrumpir el silencio, y por no perder el mas mínimo acento de aquella voz celestial: á cada instante temían que lo iba á dejar. No tenia su voz ninguna dulzura afeminada: era sí flexible, robusta, y capaz de mover y hacer sensibles las mas minimas cosas.

Al principio cantó los loores de Júpiter, padre y rey de los dioses y los hombres, que con un movimiento de su cabeza hace estremecer el universo; representó á Minerva que sale de su cabeza, esto es á la sabiduría, engendrada dentro de él mismo, y de él emanada para instruir á los hombres dóciles. Cantó Mentor estas verdades en un tono tan patético y religioso, que todos se creyeron transportados á lo mas alto del Olimpo en

presencia de Júpiter, cuyas miradas son mas penetrantes que sus truenos. Despues cantó la desgracia del joven Narciso¹, que, neciamente enamorado de su misma hermosura, pasaba su vida en admirarla en una cristalina fuente, hasta que, consumido de tristeza, fue convertido en la flor que tiene su nombre. Por último cantó tambien la funesta muerte que un jabali dió al bello Adonis², á quien Vénus no pudo restituir la vida por mas que le amaba, y por mas amargas quejas que por ello dirigió al cielo.

Nadie pudo contener las lágrimas, y todos sentian cierto placer en el llanto. Cuando acabó de cantar, admirados los Fenicios, se miraban unos á otros, y se decian, unos que era Orfeo, porque así es, decian, como con la lira amansaba las fieras, y arrastraba tras sí los montes y las rocas; así como encantó al Cerbero³, y como suspendió los tormentos de Ixion y de las Danaides; y así finalmente como movió al inexorable Pluton á que le dejase sacar de los infiernos á la hermosa Euridice. Otros decian que era Lino; hijo de Apolo; y otros le tuvieron por Apolo mismo. No estaba Telémaco menos admirado que los demas, porque ignoraba que Mentor supiese con tanta perfeccion cantar y tocar la lira.

Aquitoas, que habia tenido todo el tiempo necesario para ocultar sus zelos, empezó á aplaudir á Mentor; pero estaba tan cortado, que no pudo acabar el elogio: no dió lugar Mentor á que se conociese su turbacion, porque tomando la palabra, como si le hubiera interrumpido, procuró consolarle, dándole las justas alabanzas que merecia. Pero no por eso se consoló Aquitoas,

1. Narciso, hijo de Cefiso y de Liriope, era un mozo hermosísimo, que despreció á Eco y otras ninfas prendadas de él. Lo demas de su historia está decrito en esta plaua.

2. Adonis, hijo de Cinira, rey de Cipro, et de Mirra, fue muy amado de Vénus, que le trasformó en una anémoma encarnada despues de muerto.

3. Cerbero, perro con tres cabezas, que nonen los poetas á la entrada de los infiernos.

resentido mas de que Mentor se le aventajase en modestia, que en los encantos de la voz.

Entretanto dijo Telémaco á Adoam: acuerdome que me habiais insinuado que hicisteis no sé que viaje á la Bética despues que salimos de Egipto; y como de ella se cuentan tantas maravillas, que apenas son creíbles, me alegrara saber de vos si es verdad todo lo que se dice. De muy buena gana, respondió Adoam, os haré una exacta descripcion de aquella venturosa tierra digna de vuestra curiosidad, y que excede á todos los encarecimientos de la fama; y luego empezó así:

Atraviesa el rio Betis un pais fértil, bajo un cielo siempre apacible, sereno siempre; y el pais mismo ha tomado el nombre del rio, que desemboca en el Océano, muy cerca de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde, rompiendo sus diques el furioso mar, separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande Africa. En la Bética, pues, parecen haberse conservado las delicias del siglo de oro¹. Los inviernos son allí templados, y los rigurosos aquilones desconocidos. Los ardores del estío se mitigan con los frescos céfiro, que en lo mas caluroso del día vienen á suavizar el aire: de modo que todo el año se compone de solas dos estaciones, que al parecer se están dando la mano, esto es, la primavera y el otoño. Las vegas y los valles producen cada año duplicada cosecha. Los caminos son verdaderas calles de jazmines, laureles, granados, y otros árboles siempre verdes, siempre floridos. Las montañas están cubiertas de rebaños cuyas finísimas lanas son tan buscadas de todas las naciones conocidas. Abunda este pais en minas de oro y plata; pero los habitantes, sencillos, y felices en su sencillez, no se dignan de incluir la plata ni el oro en el número de sus riquezas: solo aprecian lo que verdaderamente sirve á las necesidades del hombre.

1. La Edad de oro se atribuía al reinado de Saturno, porque de su tiempo Jano trajo al mundo aquel siglo afortunado en que la tierra, sin cultivo, producía toda suerte de bienes. Astrea, esto es la justicia, reinaba acá en la tierra, y vivían todos los hombres en común en una amistad perfecta.

Cuando empezamos á comerciar con ellos, vimos, no sin admiracion, que hacian el mismo uso del oro y de la plata que del hierro: empleábanle hasta en las rejas de los arados. Como no hacian ningun comercio exterior, no necesitaban de moneda alguna: casi todos son pastores ó labradores, y muy pocos artesanos, porque no permiten mas artes que las realmente necesarias. Además, aunque la mayor parte de los hombres se dedican á la agricultura, ó á la cria de ganados, no dejan por eso de ejercer las artes necesarias á su vida sencilla y frugal.

Las mujeres hilan aquella bellissima lana, y hacen de ella paños finos de extraordinaria blancura; amasan el pan, y componen la comida; pero esto las es fácil, porque allí mas se vive de frutas y de leches que de carnes. Sirvense de las pieles de los carneros para calzarse á sí, á sus maridos y á sus hijos; empleanse además en hacer tiendas de pieles enceradas y de cortezas de árboles; en hacer y lavar la ropa de la familia, y tener las casas en un orden y con una admirable limpieza. Sus vestidos son fáciles de hacer, porque en un pais tan templado basta para la decencia una tela fina y lijera, que acomodan á su talle en largos pliegues, dándole cada una el corte y forma que mas le agrada.

Las artes que allí se conocen, si se exceptúa la agricultura y la pastoria, quedan reducidas á labrar la madera y el hierro; y aun de este apenas se sirven mas que para hacer los instrumentos indispensables á las labores del campo. Todas las artes que tienen por objeto la arquitectura les son inútiles, porque nunca construyen casa alguna: segun ellos es demasiado apearse á la tierra hacer una habitacion que dure mas que su dueño; y por eso se contentan con la que baste á defenderlos de las intemperies. Las otras artes que tan estimadas son de los Griegos, de los Egipcios, y de las demas naciones cultas, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Cuando se les habla de los pueblos que poseen el arte de construir soberbios edificios, muebles de oro y plata.

telas guarnecidas de bordados y de preciosas pedrerías, esquisitos perfumes, delicados manjares, é instrumentos que encantan con su armonía, contestan así: ¡Harto infelices son en haber empleado tanto trabajo e industria en corromperse! Lo superfluo afemina, embriaga y atormenta á los que lo tienen; provoca á los que de ello carecen á que lo adquieran aunque sea con violencia é injusticia. ¿Y podrá darse el nombre de bienes á una superfluidad que solo produce males? ¿Los habitantes de esos países son por ventura mas sanos y robustos que nosotros? viven mas largo tiempo? están mas unidos entre sí? Tienen una vida mas libre, mas tranquila, ni mas alegre? Antes por el contrario deben estar zelosos unos de otros, corroidos de vil y negra envidia, siempre agitados de la ambicion, del miedo y de la avaricia, incapaces de gozar de los placeres puros é inocentes, viles esclavos de tantas falsas necesidades de las cuales hacen depender su felicidad.

Así hablan, continuó Adoam, esos hombres á quienes ha hecho tan cuerdos el solo estudio de la sencilla naturaleza: miran con horror nuestra civilizacion; y es preciso convenir en que es muy grande la suya en su amable sencillez. Todos viven juntos sin repartir las tierras, y cada familia está gobernada por su jefe, que es de ella verdadero rey. El padre de familias tiene derecho de castigar las malas acciones de sus hijos ó nietos; mas antes de imponer el castigo, toma el dictámen del resto de la familia. Es verdad que allí son muy raros tales castigos, porque la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio habitan en aquella afortunada tierra. No parece sino que Astrea¹, que dicen se retiró al cielo, sin duda porque en ninguna parte se la halla, vive oculta entre aquellos hombres. Ellos no necesitan jueces, porque su propia conciencia los juzga. Todos los bienes son comunes; y las frutas, las legumbres y la leche, son riquezas tan

1. Astrea era hija de Júpiter y de Thémis. Despues que hubo habitado en la tierra durante toda la edad de oro, se volvió al cielo luego que empezaron á corromperse los hombres.

abundantes, que unos pueblos tan sobrios y moderados no necesitan dividirlos. Cuando una familia ha consumido los frutos y los pastos del paraje en que se ha establecido, se muda con sus tiendas á otro: así es como no teniendo interes que sostener unos contra otros, se aman con un amor puro, fraternal, inalterable; y esta paz, esta union, esta libertad se deben á la privacion de las vanas riquezas y de los engañosos placeres: todos son libres, iguales todos.

No se nota entre ellos mas distincion que la procedente de la esperiencia de los sabios ancianos, ó de la extraordinaria sabiduria de algunos jóvenes que se igualan á los ancianos mas consumados en la virtud. En una tierra tan favorecida de los dioses jamas se oye la cruel y pestilente voz del fraude, la violencia, el perjurio, los procesos, ni las guerras; jamas se vió teñida de sangre humana, y muy pocas veces de la de los animales. Cuando se les habla de las sangrientas batallas, de las rápidas conquistas, de las ruinas de los estados que se ven en otras naciones, apenas saben como explicar su admiracion. ¡Qué, dicen absortos, no son por naturaleza bastante perecederos los hombres, sin que los unos anticipen la muerte á los otros!; les parece demasiado larga una vida tan corta, ó viven solo para despedazarse mutuamente, y mutuamente hacerse infelices!

Tampoco comprenden por que se admira tanto á los conquistadores que subyugan los grandes imperios. Que locura!; Hacer consistir su felicidad en gobernar á otros hombres, cuyo gobierno, si ha de ser segun las leyes de la razon y de la justicia, cuesta tantos cuidados y fatigas! Mas ¿quien gusta de gobernarlos á su pesar, cuando es el mayor esfuerzo de la sobiduria y de la virtud de un hombre sujetarse á gobernar un pueblo dócil que los dioses pongan á su cuidado, ó un pueblo que le ruega le sirva de padre y de pastor? Gobernar á los pueblos contra su voluntad, es hacerse miserable por gozar la aparente gloria de tenerlos esclavos. Un conquistador es un hombre que los dioses, irritados contra

el género humano, lanzan en su cólera á la tierra para destruir reinos, difundir por todas partes el espanto, la miseria y la desesperacion, y hacer tantos esclavos como hombres libres hay. El que busca la gloria, ¿no encuentra la más sólida en gobernar dignamente el pueblo que los dioses han puesto á su cuidado? ¿ó cree no ser digno de elogio sino haciéndose violento, injusto, activo, usurpador y tirano de sus vecinos? Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. ¡Dichoso aquel que, no siendo esclavo de nadie, no tiene la necia ambicion de esclavizar á nadie! Esos grandes conquistadores que tan gloriosos nos representan, son semejantes á los ríos que saliendo de madre parecen tan majestuosos, pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debian solo regar.

Encantado Telemaco de las costumbres de la Bética, que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fue la primera, si bebian vino sus habitantes.

Ni lo beben, ni lo han bebido nunca, le respondió Adoam, no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crian más dulces, sino porque se las comen como las demás frutas, temiendo al vino como á un corruptor de los hombres. Este, dicen, es un veneno que pone al hombre furioso, y si bien no le mata le embrutece. Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas; y usando de él, se está muy á pique de arruinar la salud y las buenas costumbres.

Quisiera saber, siguió Telemaco preguntando, que leyes siguen en sus matrimonios. A nadie, le respondió Adoam, se le permite más de una mujer, que se obliga á conservar mientras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mujeres, como en otras naciones depende el honor de las mujeres de ser fieles á sus maridos. Jamás hubo pueblo tan honesto ni tan zeloso de la pureza. Las mujeres son hermosas y agraciadas, pero sencillas, modestas y laboriosas. Los consorcios son pacíficos, secundos, e inmaculados; una alma sola parece que

anima ambos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos; encárgase el marido de los de fuera, y la mujer cuida de los de la casa, alivia á su marido, y parece que solo ha nacido para agradarle; merece su confianza, y le embelesa menos con su hermosura que con su virtud; haciendo que dure tanto el contento de su union como la vida, que siempre es allí larga á beneficio de la sobriedad, la moderacion y las costumbres puras, que les precaven de enfermedades. Vense ancianos de ciento y de ciento y veinte años, que todavía respiran alegría y vigor.

Restame aun saber, añadió Telemaco, de que modo evitan la guerra con sus vecinos.

La naturaleza, respondió Adoam, les ha separado de los otros pueblos, por una parte con el mar, y por la otra con altas montañas. Además, las otras naciones les respetan á causa de su virtud. Muchas veces, cuando ellas no se convienen en sus diferencias, les eligen por árbitros, y les confían las tierras y las ciudades cuya posesion disputan: y, como jamás han hecho violencia á nadie, nadie desconfía de ellos. Riense cuando se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus estados. ¿Temen por ventura, dicen, que falte tierra á los hombres? Siempre tendrán de sobra más de la que puedan cultivar. Mientras hubiese en el mundo tierras libres é incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese á ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, altanería, mala fe, ni codicia en estender su dominio; y por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para que hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Es este un pueblo que abandonaria su país y se entregaria á la muerte antes que rendirse á la esclavitud: tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Concluyó Adoam refiriendo el modo con que hacian los Fenicios su comercio en la Bética. Admiráronse, dijo, estos pueblos al ver no venir de tan lejos atravesando

mares dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades¹: nos recibieron con la mayor bondad, y aun nos dieron generosamente parte de cuanto tenían. Ofreciéronnos además todas las tanas que les sobrasen, después que habrían acopiado las necesarias para su uso; y con efecto nos hicieron de ellas un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar á los extranjeros lo que les sobra.

Sus minas, nos las cedieron sin dificultad, porque á ellos les eran inútiles. Parecíales poco cuerdo que los hombres, por entre tantos trabajos, fuesen desde tan lejos á buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerles felices, ni satisfacer ninguna de sus verdaderas necesidades. No caveis, nos decían, tan profundamente la tierra; contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten; de ella sacareis frutos que valen más que el oro y la plata, pues que el hombre no busca estos metales más que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegación, y llevar algunos jóvenes á Fenicia; pero jamás permitieron que sus hijos aprendiesen á vivir como nosotros. Así fuera, nos decían, como se acostumbrarían á tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias: quisieran adquirirlas; y si no hubiera otro medio de obtenerlas, á despecho de la virtud, se valdrían de la violencia. Vendrían á ser como el que, teniendo buenas las piernas, por no andar ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse á la necesidad de que otro le lleve como á un enfermo. Miran la navegación como un arte admirable por su ingenio; sin embargo le miran como pernicioso. Si estas gentes, dicen, tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué van á buscar en las extrañas? ¿Acaso lo que basta á satisfacer las verdaderas necesidades no les es á ellos suficiente? *Es verdad*

1. Es Cadiz, según se ha dicho ya.

que merecen naufragar los que así esponen la vida al rigor de las borrascas por saciar la codicia de los traficantes, y lisonjear las pasiones de los demás hombres.

Fuera de sí Telémaco del regocijo que le causaba la noticia de que aun hubiese en el mundo una nación que, gobernada por las leyes de la sencilla naturaleza, fuese á un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, exclamó: ¡oh! cuanto se desemejan sus costumbres de las de los pueblos que tenemos por los más sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural. Nosotros miramos las costumbres de ese pueblo como una hermosa fábula, y él debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.

LIBRO NONO.

SUMARIO.

SIEMPRE indignada Vénus contra Telémaco, pide á Júpiter que le pierda; mas, no permitiéndolo los hados, concierta con Neptuno que á lo menos le aleje de Itaca adonde Adoam le conducía. Vátese para ello de una engañosa divinidad que haga entrar á toda vela al piloto Atamas en el puerto de Salento, creyendo arribar á la isla de Itaca. Entran con efecto, y el rey filonueco recibe en su nueva ciudad á Telémaco al tiempo que estaba preparando un sacrificio á Júpiter por el feliz éxito de la guerra que tenía con los Mandurienses. Consultando el sacerdote las entrañas de las víctimas, da al rey las mayores esperanzas, y le dice que será deudor de su felicidad á sus dos nuevos huéspedes.

MIENTRAS Telémaco y Adoam se entretenían en estos discursos, olvidados del sueño, y sin echar de ver que iba ya pasada la mitad de la noche, una deidad enemiga y engañosa les alejaba de Itaca, cuya isla buscaba en vano el piloto Atamas; porque si bien Neptuno protegía á los Fenicios, no podía tolerar por mas tiempo ver á Telémaco libre del naufragio que le arrojó á las rocas de la isla de Calipso. Pero aun estaba mas resentida Vénus de ver que aquel jóven triunfaba á su despecho del amor y de todos sus eneantos; y en un arrebato de su enojo deja á Citerea, deja á Pafos, Idalia y los honores que se le rinde en Chipre: la eran ya insupportables unos sitios que le recordaban el desprecio que en ellos habia hecho Telémaco de su imperio. Sube al resplandeciente Olimpo, donde se habian juntado los dioses cerca del trono de Júpiter. Desde allí ven debajo de sus pies girar á los astros; el globo de la tierra no les parece mayor que un montoncito de lodo, y los

inmensos mares no les parecen sino unas gotas de agua que le humedecen: á sus ojos no son los mas grandes imperios sino un poco de arena que cubre la superficie de aquel lodo; los pueblos numerosos y los mayores ejércitos no son sino como hormigas que se disputan una arista de paja. Riense de los negocios mas serios en que se agitan los hombres, y les parecen juegos de niños; y lo que los hombres llaman grandeza, poder y profunda política, tiénenlo aquellas supremas divinidades por miseria y flaqueza.

En mansion tan encumbrada sobre la tierra colocó Júpiter su inmutable trono, sus ojos penetran hasta el abismo, y ven los mas ocultos secretos de los corazones; sus miradas apacibles y serenas difunden por el orbe entero la calma y la alegría; por el contrario, cuando ceñido nueve su cabellera, se estremecen los cielos y la tierra; los mismos dioses, deslumbrados con los rayos de gloria que le circundan, tiemblan al acercarsele.

En el momento, pues, en que llegó Vénus, asistian á rededor de su trono todas las deidades celestes. Presentóse la diosa con todos los hechizos que nacen en su seno; su airoso ropage brillaba aun mas que todos los colores de que se viste Iris entre la opacidad de las nubes cuando viene á prometer á los amedrentados mortales el fin de la tempestad, y á anunciarles la serenidad: llevábale ceñido con aquel famoso cinto en que se veian retratadas las Gracias¹, y el cabello atado con gracioso desnudo con un cordón de oro. A todos los dioses sorprendió su hermosura, como si nunca la hubiesen visto, y no les deslumbró menos que Febo á los hombres, cuando despues de una larga noche les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse unos á otros con admiracion, y las miradas de todos volvian á fijarse siempre

1. Vénus engendró á las tres Carites ó Gracias que la acompañaban regularmente: lo que ha dado á los poetas la idea de ese cinto misterioso de que se habla aqui.

en la diosa. Repararon que llevaba arrasados los ojos en lágrimas, y pintado en el rostro un amargo dolor.

Ibase acercando la diosa al trono de Júpiter con blando y ligero paso, semejante al ave que con rápido vuelo hiende el inmenso espacio de los aires. Miróla Jove con agrado, sonrióse, y levantándose, le dió un abrazo. Querida hija, la dijo, que es lo que te aflige? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazón: no dudes descubrirme el tuyo, pues sabes mi cariño y deferencia.

¿Es posible, padre de los dioses y de los hombres, le respondió Vénus con voz dulce, aunque interrumpida con suspiros, que á vos, que todo os está presente, se os oculte la causa de mi dolor? No contenta Minerva con haber destruido hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya que yo protegía, y de haberse vengado de París^v, porque prefirió mi hermosura á la suya, conduce por sí misma á todas partes y por todas tierras y mares al hijo de Ulises, del cruel destructor de Troya: ella es la que acompaña á Telémaco, y esta la causa de que hoy no asista aquí, en el lugar que le corresponde entre las demas divinidades; y ella la que para mi ultraje condujo á ese temerario jóven á la isla de Chipre. El se ha burlado de mi poder, no dignándose ni aun de quemar incienso en mis aras; él ha manifestado el mayor horror á las fiestas que en mi honor se celebran, y él por fin se ha negado á todos mis placeres. En vano Neptuno, para castigarle, á mi instancia, sublevó contra él los vientos y las olas, Telémaco, arrojado por un naufragio á la isla de Calipso, en ella triunfó del Amor mismo que envié para que se apoderase de su corazón. Ni su juventud, ni las gracias de la diosa y de sus ninfas, ni las encendidas flechas del Amor, pudieron contrarestar los artificios

v. Habiendo echado la Discordia una manzana de oro en medio de los convidados á las bodas de Peleo y de Tétis, cuya manzana, según el rótulo que llevaba, se debía adjudicar á la mas hermosa, disputáronse la Juno, Palas y Vénus, y tomaron á París por juez de su contienda. Seducido este por los atractivos de Vénus se decidió á su favor, lo que acarreo el odio de las otras dos diosas.

de Minerva: arrancóle de la isla, y así logró dejarme confundida y afrentada; un niño triunfa de mí!

Júpiter, para consolar á Venus la dijo Verdad es, hija mia, que Minerva defiende á ese jóven de las flechas de tu hijo, y que le prepara una gloria que jamás ha merecido jóven alguno. Yo siento que despreciase tus altares; pero no puedo someterle á tu poder. Lo único que me es posible hacer, y haré por tu amor, será traerle todavía vagando por mares y tierras, hacerle vivir lejos de su patria y espuesto á toda suerte de trabajos y peligros; pero que perezca, ni que su virtud sucumba á los placeres con que halagas á los hombres, no lo permiten los hados. Consuélate, pues, hija mia: conténtate con tener bajo tu imperio á tantos otros héroes y á tantos inmortales.

Diciéndola esto, la miró, sonriéndose con la mayor gracia y majestad, y despidió de sus ojos un rayo de luz mas luminoso que el mas encendido relámpago. Dió á Vénus un tierno ósculo, y difundió un olor de ambrosía que embalsamó el Olimpo. No pudo la diosa ser insensible á semejante demostracion de cariño del mas excelso de los dioses: á pesar de sus lágrimas y de su dolor, se vió esparcirse en su rostro la alegría, y se echó el velo para ocultar el rubor que la encendia las mejillas y la confusion en que se hallaba. Toda la asamblea de los dioses aplaudió la determinacion de Júpiter; y Vénus, sin perder momento, fue á concertar con Neptuno los medios de vengarse de Telémaco.

Contóle lo que Júpiter la habia dicho, y Neptuno la respondió: Ya sabia yo la órden inmutable de los hados; mas supuesto que no podemos abismar á Telémaco en las olas del mar, empleemos todos los medios de hacerle infeliz, y de retardar su regreso á Itaca. No consentiré que perezca el navío fenicio en que va embarcado, eso no: amo á los Fenicios; la Fenicia es mi pueblo, y ella es la nacion que mas frecuenta mi imperio; á ella se debe que por medio del mar se asocien todas las naciones del mundo; ella me honra con continuos sacrificios en mis altares: los

Fenicios son justificados, sabios y laboriosos en el comercio, y por medio de él llevan á todas partes la comodidad y la abundancia. Por ningun motivo daré lugar á que naufrague ninguna de sus naves; pero sí haré que el piloto pierda el rumbo, y se aleje de Itaca donde desea ir.

Contenta Vénus con esta oferta, desplegó una risa maligna, y se volvió en su carro volante á los floridos prados de Idalia, en donde las Gracias, los Juegos y las Risas dieron pruebas de la alegría que su vista les causaba, danzando al rededor de la diosa sobre las flores, que llenan de fragancia aquella deliciosa mansion.

Inmediatamente envió Neptuno una divinidad engañosa, semejante á los sueños, con la diferencia que estos engañan solo al dormido, siendo así que esta divinidad hechiza al que está velando. Llegó, pues, la deidad malhechora con una multitud de aladas ficciones que volaban en torno suyo, y derramó un sutil y encantado licor en los ojos del piloto Atamas, el cual examinaba atentamente la claridad de la Luna, el curso de las estrellas, y la playa de Itaca, cuyas escarpadas rocas veía ya bastante cerca.

Desde aquel momento era todo fingido: nada verdadero le representaban los ojos; fingido era el cielo, y fingida la tierra que miraba; las estrellas se le representaban como si hubiesen mudado y retrocedido en su curso; el movimiento del Olimpo parecía seguir nuevas leyes; hasta la tierra estaba mudada. Una supuesta Itaca que le engañaba tenía presente el piloto mientras se alejaba de la verdadera. Cuanto mas se adelantaba hacia la mentida playa, tanto mas ella se retiraba; huía de delante de él, y no sabía á que atribuir la fuga. Alguna vez llegó á creer que ya oía aquel ruido que comunmente hacen en los puertos; y se disponia, segun la órden que se le habia dado, á ir secretamente á desembarcar en una pequeña isla, inmediata á la grande, con el fin de ocultar á los amantes de Penelope, conjurados contra Telémaco, el regreso de este príncipe. Otras temia los escollos que rodean aquella costa, y le

parecía oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellan: luego notaba repentinamente que la tierra aun estaba muy distante, y á esta distancia no eran las montañas mayores á sus ojos que las nubecillas que al ponerse el sol suelen oscurecer el horizonte. Atónito se hallaba Atamas; y la impresion de la engañosa Deidad que embelesaba sus ojos le causaba cierto sobresalto que le habia sido desconocido hasta entonces. Tentado estuvo para creer que dormia, y que se hallaba en las ilusiones de un sueño.

Entretanto mandó Neptuno al viento de oriente que soprase hacia las costas de Hesperia¹; y el viento obedió con tanta violencia, que tardó bien poco en poner el navio en la ribera que Neptuno habia señalado. Ya la aurora anunciaba el día, y las estrellas, que temen los rayos del sol y los envidian, iban á ocultar en el océano su escasa brillantez, cuando gritó el piloto: Ya en fin no me queda duda de que estamos casi tocando á la isla de Itaca! Alegraos, Telémaco, que dentro de una hora podréis ver á Penelope, y acaso hallaréis á Ulises restituído en su trono.

A esta vos despierta Telémaco, que descansaba en brazos del sueño; se levanta, sube al timon, abraza al piloto, y fija los ojos apenas abiertos en la vecina costa; y como en ella no reconoce la de su patria, esclamando un suspiro: Ay de mí! donde estamos! esta no es mi patria querida! os habeis engañado, Atamas: mal conoceis esta costa tan apartada de vuestro país. No me engaño, le respondió Atamas, ni es posible engañarme al considerar las costas de esta isla. ¡Cuántas veces he entrado en vuestro puerto! conozco hasta sus rocas mas pequeñas, tanto que no me son mas familiares las de Tiro; y en prueba de ello, ¿no veis esa montaña que sale, y aquel peñasco que parece una torre? ¿no oís las olas que rompen en estas rocas que parecen

1. La Hesperia es aquí la Italia llamada así por los Griegos, por estar al poniente respecto de ellos.

amenazar al mar con su caída? ¿no veis allí el templo de Minerva, cuya altura se pierde en las nubes? Ved á ese otro lado la fortaleza y el palacio de Ulises vuestro padre.

Os engañais, Atamas, le respondió Telémaco: yo veo por el contrario una costa elevada, pero no quebrada: veo muy bien una ciudad, pero que no es la de Itaca. ¡O dioses, de este modo os burlais de los hombres!

Mientras así se lamentaba, se hizo en los ojos de Atamas una mutacion repentina: rasgóse el velo, deshízose el engaño, y entonces vió la playa tal cual verdaderamente era, y reconoció su error. Lo confieso, Telémaco, dijo: algun Dios enemigo ofuscaba mi vista; creia estar viendo á Itaca, y tenia delante su imágen; pero en este instante desaparece como un sueño, y ya estoy viendo otra ciudad, que sin duda es la de Salento¹, la cual acaba de fundar en la Hesperia Idomeneo fugitivo de Creta. Veo los muros que aun le faltan que concluir, y veo el puerto que aun no está enteramente fortificado.

Mientras que Atamas notaba las diferentes obras nuevamente hechas en aquella ciudad, y Telémaco lloraba su desgracia, el viento que Neptuno hacia soplar les metió á toda vela en una rada donde se hallaron al abrigo y muy inmediatos al puerto.

Mentor, que no ignoraba ni la venganza de Neptuno, ni el cruel artificio de Venus, no habia hecho mas que reirse del error de Atamas; y cuando se hallaron en la rada, le dijo á Telémaco: Jupiter te prueba, pero no quiere tu ruina; antes por el contrario quiere probándote abrirte camino para la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules; ten presentes los de tu padre, y no te olvides de que la falta de sufrimiento prueba falta de magnanimidad. Con la paciencia y el valor debes cansar la cruel fortuna que se complace en perseguirte. Mas quiero verte objeto de la venganza de Neptuno, que

1. Salento, capital del país de los Salentinos, hoy la tierra de Otranto, en la Pulla, reino de Nápoles.

satisfecho con las lisonjeras caricias de la diosa que en su isla te retenia. ¿Que nos detiene? entremos en el puerto, y hallaremos un pueblo amigo, un pueblo griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente se compadecerá de los desgraciados. Inmediatamente entraron en el puerto, donde no hubo dificultad en recibirlos; porque los Fenicios están en paz y buenas relaciones con todos los pueblos del universo.

Miraba Telémaco con admiracion esta naciente ciudad, semejante á una tierna planta que, refrigerada con el rocío de la noche, siente desde la mañana los rayos del sol que vienen á embellecerla; crece, abre sus tiernos capullos, estiende sus verdes hojas, y presenta sus olorosas flores esmaltadas con infinita variedad de colores; y cada vez que se la mira, se la encuentra un nuevo adorno. Así florecia en la playa la nueva ciudad de Idomeneo; por instantes crecia su magnificencia, y mostraba á lo lejos á los extranjeros que estaban sobre el mar nuevos ornatos de arquitectura que se elevaban hasta el cielo. En toda la costa resonaban los gritos y los martillazos de los trabajadores: las piedras estaban suspendidas en el aire, con maromas, por medio de máquinas. Los principales de la ciudad animaban al pueblo á trabajar desde que salia la aurora; y el mismo rey Idomeneo, dando por todas partes sus órdenes, hacia adelantar la obra con increíble presteza.

Luego que arribó el navío fenicio, dieron los Cretenses á Telémaco y á Mentor todas las muestras de una sincera amistad, y fueron al instante á anunciar al rey la llegada del hijo de Ulises. ¡El hijo de Ulises! exclamó Idomeneo, de Ulises, aquel caro amigo, aquel sabio héroe por quien conseguimos por fin arruinar á Troya! Conducidmele aquí para que le dé pruebas de lo que amo á de su padre. Inmediatamente le presentaron á Telémaco, quien, diciéndole su nombre, le pidió la hospitalidad.

Idomeneo le respondió con semblante afable y risueño: Aun cuando no me hubieran dicho quien sois, creo que os hubiera conocido. Estoy viendo al mismo Ulises; veo sus ojos llenos de fuego, y cuyo mirar es tan

tereno; su aire, á primera vista frío y reservado, pero que escondia tanta vivacidad y gracia: reconozco hasta aquella fina sonrisa, la dulzura de sus palabras sencillas y significativas que persuadian sin dejar tiempo para desconfiar. Con efecto, vos sois el hijo de Ulises, y tambien lo séreis mio. O hijo mio! ó mi hijo querido! ¿qué casualidad os conduce á estas riberas? ¿venis acaso buscando á vuestro padre? Mas ah! nada sé de él. Ambos hemos sido perseguidos de la fortuna, él en no poder restituirse á su patria, y yo en haber hallado en la mia irritados contra mí á los dioses.

Mientras que Idomeneo decia esto, miraba fijamente á Mentor como queriendo conocerle, pero sin poderse acordar de su nombre.

Telemaco le respondió bañados en lágrimas los ojos: O rey! perdonad si no puedo disimular el dolor que me aflige, cuando solo debiera manifestar con la alegría el reconocimiento que debo á vuestras bondades. Con el sentimiento que manifestais por la pérdida de Ulises, me enseñais vos mismo á sentir la desgracia de no hallarle. Ya hace mucho tiempo que le ando buscando por todos los mares; pero irritados los dioses no permiten que le halle, ni que sepa si ha naufragado; se oponen á que yo vuelva á Itaca, donde Penelope se consume en deseos de verse libre de sus amantes. Creí hallaros en la isla de Creta: en ella supe vuestro cruel destino, y jamas pensé llegar á ver el nuevo reino que habeis fundado en la Hesperia; pero la fortuna, que se burla de los hombres, y que me trae vagando por el mundo lejos de mi patria, me ha arrojado á vuestras costas. Entre todos los males que me ha causado, me es este el mas soportable, porque si me aleja de mi patria, tambien me da á conocer el mas generoso de los reyes.

Idomeneo le respondió con un estrecho abrazo, y conduciéndole á su palacio, le preguntó: ¿quien es ese venerable anciano que os acompaña? Me parece haberle visto antes de ahora muchas veces. Es Mentor, le respondió Telemaco, Mentor, amigo de Ulises, á quien dejó

confiada mi educacion, y a quien soy deudor de mas de lo que es posible decir.

Inmediatamente se le acercó Idomeneo, le alargó la mano, y le dijo: Nosotros nos hemos visto antes de ahora. ¿Os acordais del viaje que hicisteis á Creta, y de los buenos consejos que me disteis? Mas entonces me arrastraba el ardor de la juventud y la propension á los deleites. Ha sido necesario que mis infortunios me instruyesen, para aprender lo que no queria creer. ¡Pluguiera á los dioses que os hubiese creído! Mas estoy reparando, no sin admiracion, cuan poco se ha alterado vuestro semblante, á pesar de tantos años como desde entonces han discurrido; conservais la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad: solo advertido que habeis encanecido un poco.

Gran rey, le respondió Mentor, si yo fuese adulator, os diria tambien que conservasteis aquellas gracias de la juventud que resplandecian en vuestro rostro antes del sitio de Troya; pero mas quiero desagradaros, que faltar á la verdad: ademas de que, por lo que acabo de oiros, conozco que huiis de la lisonja, y que nada se aventura en hablaros con sinceridad. Vos habeis decaido tanto, que con dificultad os hubiera conocido. Bien claramente se deja inferir ser la causa los trabajos que habeis padecido; pero no habeis ganado poco en tolerarlos, pues os han enseñado á ser prudente. El hombre debe consolarse fácilmente de que las arrugas afeen su rostro, mientras el ánimo se ejercite y fortalezca en la virtud. Ademas, sabed que los reyes se gastan mas que los otros hombres, porque la adversidad, la afliccion del espíritu y las fatigas del cuerpo les envejecen antes de tiempo; y en la prosperidad les aniquilan mas las delicias de una vida afeminada, que los trabajos de la guerra. Nada hay tan malsano como el deleite en que el hombre no puede contenerse. De aquí procede que los reyes, sea en paz ó en guerra, tienen siempre disgustos y placeres que les aceleren la vejez antes que debiese naturalmente venir. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del sabio la fres-

cura de la juventud, que, sin estas precauciones, está siempre dispuesta á huir en las alas del tiempo.

Oíale Idomeneo con la mayor complacencia, y no hubiera querido que cesase, si no le hubieran advertido los suyos que era la hora de hacer el sacrificio que á Júpiter tenia ofrecido. Siguiéronle Telémaco y Mentor entre una multitud de pueblo que atrajo la curiosidad á ver aquellos dos extranjeros: mirábanles detenidamente y con reflexion, y se decian unos á otros: ved aquí dos hombres bien diferentes. El jóven tiene cierta viveza y amabilidad en el semblante, y en todo su aspecto y su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo ni afeminado; y, no obstante sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido en el trabajo. El otro, aunque de mucha mas edad, nada ha perdido de su vigor. a primera vista su aspecto es menos agraciado y airoso; pero mirado despacio, da en su sencillez indicios de sabiduría y de virtud, y de una grandeza que admira. Cuando los dioses descendieron sobre la tierra á comunicar con los mortales, no tiene duda que tomarian semejantes figuras de extranjeros y viajeros.

Llegaron por fin al templo de Júpiter, que Idomeneo, su descendiente, habia adornado con extraordinaria magnificencia. Estaba rodeado de dos órdenes de columnas de mármol jaspeado; eran de plata los chapiteles, y estaba incrustado de mármol, con bajos relieves que representaban á Júpiter transformado en toro llevándose robada á Europa¹, y su paso á la isla de Creta por en medio de las ondas. Véase despues el nacimiento y la juventud de Minos, y, en edad mas avanzada, aquel sabio dando leyes á su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia. Notó allí tambien Telémaco los principales sucesos del asedio de Troya, en que adquirió Idomeneo la reputacion de gran capitán. En los combates representados, buscó á su

1. Europa era hija de Agenor, rey de los Fenicios y hermana de Cadmo. Robóla Jupiter transformado en toro. Ella fue quien dió su nombre á la primera de las cuatro partes del mundo.

padre, y le reconoció con efecto cogiendo los caballos de Reso, á quien Diómedes¹ acababa de matar; en otra parte disputando con Ayax las armas de Aquiles en presencia de todos los jefes del ejército griego; en fin saliendo del fatal caballo para derramar tanta sangre troyana

Le conoció luego Telémaco en aquellas proezas de que muchas veces habia oido hablar, y que Mentor mismo le habia referido. A su vista se le saltaron las lágrimas, mudó de color, y su rostro se mostró lleno de turbacion. Advirtiolo Idomeneo, por mas que hizo Telémaco por ocultarlo, y le dijo: No os avergonceis de parecer sensible á la gloria y á los infortunios de vuestro padre.

Entretanto se iba juntando el pueblo en los vastos pórticos que formaban los dos órdenes de columnas que rodeaban el templo, en el cual habia dos coros de jóvenes de ambos sexos que entonaban himnos en loor del dios que tiene en sus manos el rayo. Estos niños, escogidos entre los de figura mas agradable, estaban vestidos de blanco, el cabello suelto por la espalda, y coronados de rosas. Hacia Idomeneo á Júpiter un sacrificio de cien toros para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos habia emprendido. Véase humear por todas partes la sangre de las víctimas, y correr en grandes vasiias de oro y plata destinadas á este fin.

El anciano Teofanes, amigo de los dioses, y sacerdote del templo, tenia durante el sacrificio cubierta la cabeza con una estremidad de su vestidura de púrpura; despues examinó las entrañas aun palpitantes de las víctimas, y sentándose luego en el sagrado tripode, exclamó: O Dioses! ¿quienes son estos dos extranjeros que el cielo nos envia? ¿que funesta nos fuera sin ellos la guerra! Salento seria arruinada antes que edificada. Yo veo un héroe jóven á quien la sabiduria conduce

1. Diomedes, rey de Etolia, hijo de Tideo, se distinguió mucho en el asedio de Troya, y fue uno de los que se llevaron el Paladion.

por la mano... pero no le es permitido á un mortal decir mas....

Esto diciendo, miraba con fiereza, le entelleaban los ojos, y parecia ver otros objetos que los que tenia presentes, encendierasele el rostro; estaba conmovido como fuera de sí; se le erizaba el cabello, y tenia alzados é inmóviles los brazos, alterada la voz, y mas fuerte que la humana: faltábale el aliento; y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, volvió á esclamar:

O feliz Idomeneo! que es lo que estoy viendo! cuantas desgracias evitadas! que dulce paz en lo interior! y cuantos combates y victorias por fuera! O Telémaco! tus trabajos exceden á los de tu padre: el fiero enemigo gime abatido bajo los golpes de tu espada; las puertas de hierro y las inaccesibles murallas caen á tus pies. O gran diosa, á quien su padre.... O jóven! tú en fin volverás á ver.... Al decir esto, espiran las palabras en sus labios, y queda, como á pesar suyo, sumido en un silencio lleno de admiracion.

Todo el pueblo estaba sobrecogido de temor. Idomeneo asombrado no se atreve á pedirle que acabe: hasta el mismo Telémaco, sorprendido, apenas comprende lo que acaba de oír, apenas cree que haya oído estas altas predicciones. Mentor es el único que el espíritu divino sorprendió. Ya sabeis, le dijo á Idomeneo, los decretos de los dioses. Con cualquiera nacion que tengais que combatir, en vuestras manos tendréis la victoria, y al hijo de vuestro amigo seréis deudor de la prosperidad de vuestras armas. No le envidieis esta dicha: contentaos con lo que los dioses por él os otorgan.

No habiéndose aun recobrado Idomeneo de su asombro, buscaba en vano palabras con que responder: tanto se le habia entorpecido la lengua; pero Telémaco, mas pronto, dijo á Mentor: Nada me interesa toda esa gloria que se me promete: ¿mas á quien harán relacion aquellas últimas palabras: Tú volverás á ver.... Será á mi padre, ó solo á Itaca? Ay de mí! porque no acabó de esplicarse! En mayor incertidumbre he quedado de la en que estaba. O Ulises! padre mio! ¿seréis vos á quien he de volver á ver? será esto verdad? pero yo

me engaño. ¡Cruel oráculo, tú te complaces en burlarte de un desdichado! Con una palabra mas me hubieras hecho el mas afortunado de los hombres.

Respetá, le dijo Mentor, lo que los dioses revelan, y no intentes descubrir lo que quieren ocultar. Una temeraria curiosidad merece que se la confunda. Los dioses, por un efecto de su infinita sabiduría y bondad, ocultan á los débiles mortales su destino en una oscuridad impenetrable. Está bien que el hombre procure saber lo que de él depende para desempeñarlo bien; pero no es menos útil ignorar lo que no depende de nuestro cuidado, y lo que de nosotros quieren hacer los dioses.

Penetrado de estas palabras, se contuvo Telémaco, aunque no sin mucha dificultad.

Mas Idomeneo, recobrado de su asombro, empezó por su parte á dar á Júpiter alabanzas, porque le enviaba al jóven Telémaco y al sabio Mentor para que triunfase de sus enemigos. Despues de un espléndido convite que siguió al sacrificio, hablo así á los dos extranjeros:

Confieso que no conocia aun bastante el arte de reinar, cuando despues del sitio de Troya volví á Creta. Ya sabeis, amigos míos, las desgracias que me privaron de reinar en aquella gran isla, pues habeis estado en ella despues de mi partida. Pero felice yo si los reveses de la mas adversa fortuna han contribuido á enseñarme y hacerme mas moderado! Como un fugitivo perseguido de la venganza de los dioses y de los hombres, he atravesado los mares: toda mi grandeza pasada solo me servia de hacerme mas vergonzosa y menos soportable mi caída. Llegué por fin á poner en salvo mis dioses penates¹ en esta costa desierta, en que no hallé mas que terrenos incultos cubiertos de zarzas y espinas; bosques tan antiguo como la tierra que los cubren, y rocas casi inacc-

1. Los dioses penates, llamados tambien lares y domesticos, eran honrados por los paganos como los protectores de sus casas, y les ofrecian vino é incienso en sacrificio.

sibles, abrigo de fieras bravas. Víme reducido á alegrarme de poseer, con el corto número de soldados y compañeros que quisieron seguirme en la desgracia, esta tierra salvaje, y hacer de ella mi patria, puesto que ya no me era posible volver á aquella afortunada isla en que me hizo el cielo nacer para reinar. ¡Ah, decía en mí mismo, que mudanza! ¡que ejemplo tan terrible debo yo ser para los reyes! ¡cuanto convenría que todos los que en el mundo reinan me viesen, para que en mí escarmentasen! Ellos creen que su elevacion sobre el resto de los hombres nada les deja que temer, siendo su misma elevacion la que debe hacerse temer todo. Yo era temido de mis enemigos, y amado de mis vasallos; mandaba á una nacion poderosa y aguerrida; la fama habia llevado mi nombre á los países mas remotos; reinaba en una isla fértil y deliciosa; cien ciudades me pagaban anualmente un tributo de sus riquezas, y me reconocian por descendiente de Júpiter nacido en su país; me amaban como al nieto del sabio Minos, á cuyas leyes debian su poder y su prosperidad. ¿Que me faltaba para ser feliz mas que saber gozar con moderacion de tanta fortuna? Pero mi orgullo y la lisonja á que di oídos derribaron mi trono. Así caerán tambien los reyes que se gobiernen por sus pasiones y por los consejos de los aduladores.

Durante el día procuraba con rostro alegre y lleno de esperanza alentar á los que me habian seguido. Fundemos, les decía, una nueva ciudad que nos consuele de todas nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que con su ejemplo nos animan á emprenderlo. Bien cerca de nosotros tenemos Tarento, fundada por Falanto con sus Lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia á la gran ciudad que ha fundado en la misma costa. Metaponto es tambien una colonia parecida. ¿Y haremos por ventura menos que todos esos extranjeros errantes como nosotros? La fortuna no nos es por cierto mas adversa.

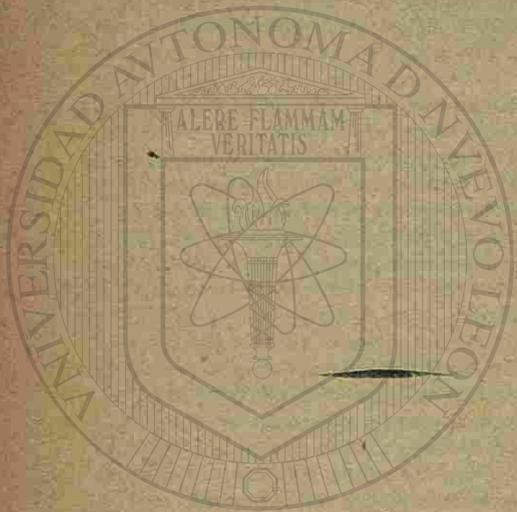
Así procuraba suavizar los trabajos de mis compa-

ñeros, al paso que mi corazón padecía mortales aflicciones. Era para mí un consuelo que se alejase la luz del día, y se apresurasen las tinieblas á envolverme en sus sombras para llorar con libertad mi desventura: mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, desconocian el sueño. Al otro día volvía con nuevo ardor á mis tareas. Esta es, Mentor, la causa de que me veais tan envejecido.

Acabado que hubo Idomeneo de referir sus trabajos, pidió á Telémaco y á Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido. Concluida que sea, les dijo, os restituiré á Itaca. Entretanto recorrerán mis naves las costas mas lejanas para adquirir noticias del paradero de Ulises; y os ofrezco sacarle de cualquier parte del mundo conocido á que le haya arrojado la borrasca ó la cólera de los dioses. Ojalá que aun viva! A vosotros, os enviaré en las mejores naves que se hayan construido en Creta, con maderas del verdadero monte Ida en que nació Júpiter. Este sagrado leño no puede perecer: los vientos y las rocas le temen y respetan: el mismo Neptuno en su mayor cólera no se atreviera á conmovier las olas contra él. Estad ciertos que volveréis felizmente y sin dificultad á Itaca, y que no habrá ninguna enemiga deidad que pueda haceros andar errantes por mas tiempo; la travesía es corta y fácil. Despedí el navío fenicio que aquí os ha conducido: por ahora no penseis mas que en adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo, para reparar por este medio sus pasadas desgracias. Este es, hijo de Ulises, el medio para que seais tenido por digno de vuestro padre; y aun cuando los rigurosos hados le hubiesen hecho descender al tenebroso reino de Pluton, toda la Grecia se regocijará creyendo verle en vos.

Aquí llegaba Idomeneo, cuando le interrumpió Telémaco: Despidamos, dijo, el navío fenicio. ¿Porqué tardamos en tomar las armas y atacar á vuestros enemigos? a lo son nuestros. ¿Si vencimos en Sicilia peleando por Acestes, Troyano y enemigo de los Griegos, ¿No seremos aun mas animosos y mas favorecidos de

los dioses ahora que combatiremos por uno de los héroes griegos que destruyeron la injusta ciudad de Priamo? El oráculo que acabamos de oír no nos permite dudar.



LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO.

Idomeneo informa á Mentor del motivo de la guerra contra los Mandurienses. Cuéntale como aquellos pueblos le cedieran en un principio la costa de la Hesperia donde ha fundado su ciudad; como se retiraran en los montes vecinos, donde algunos de ellos habiendo sido maltratados por una tropa de sus súbditos, aquella nación le diputara dos ancianos, con quienes había arreglado artículos de paz; como, en seguida de una infracción del tratado hecha por algunos de los seyes que lo ignoraban, aquellos pueblos se disponían á hacerle la guerra. Durante esta relación de Idomeneo, los Mandurienses, que se apresuraron á tomar las armas, se presentan á las puertas de Salento. Nestor, Filoctetes y Falanto, á quienes Idomeneo creía neutrales, se hallan contra él en el ejército de los Mandurienses. Mentor sale de Salento, y va solo á proponer á los enemigos condiciones de paz.

Mentor, mirando con ademán afable y sereno á Telemaco, que inflamaba ya un noble ardor para las lides, le habló en estos términos: Alégame, hijo de Ulises, de ver en tí tan bella inclinación á la gloria; mas acuérdate de que tu padre no la adquirió tan grande entre los Griegos, en el sitio de Troya, sino mostrándose el mas sabio y moderado de todos ellos. Aunque invencible Aquiles é invulnerable, y aunque cierto de llevar el terror y la muerte adonde quiera que combatiese, no pudo sin embargo tomar á Troya; antes por el contrario cayó al pie de sus muros, triunfando ella del vencedor de Hector. Pero Ulises, en quien la prudencia guiaba el valor, llevó el fuego y el hierro hasta en medio de los Troyanos, y á él se le debió la caída de aquellas altas y soberbias torres que por espacio de diez años amenazaron á toda la Grecia conjurada. Cuanto Minerva es superior á Marte, tanto un valor dirigido por la pru-

los dioses ahora que combatiremos por uno de los héroes griegos que destruyeron la injusta ciudad de Priamo? El oráculo que acabamos de oír no nos permite dudar.



LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO.

Idomeneo informa á Mentor del motivo de la guerra contra los Mandurienses. Cuéntale como aquellos pueblos le cedieran en un principio la costa de la Hesperia donde ha fundado su ciudad; como se retiraran en los montes vecinos, donde algunos de ellos habiendo sido maltratados por una tropa de sus súbditos, aquella nación le diputara dos ancianos, con quienes había arreglado artículos de paz; como, en seguida de una infracción del tratado hecha por algunos de los seyes que lo ignoraban, aquellos pueblos se disponían á hacerle la guerra. Durante esta relación de Idomeneo, los Mandurienses, que se apresuraron á tomar las armas, se presentan á las puertas de Salento. Nestor, Filoctetes y Falanto, á quienes Idomeneo creía neutrales, se hallan contra él en el ejército de los Mandurienses. Mentor sale de Salento, y va solo á proponer á los enemigos condiciones de paz.

Mentor, mirando con ademán afable y sereno á Telemaco, que inflamaba ya un noble ardor para las lides, le habló en estos términos: Alégame, hijo de Ulises, de ver en tí tan bella inclinación á la gloria; mas acuérdate de que tu padre no la adquirió tan grande entre los Griegos, en el sitio de Troya, sino mostrándose el mas sabio y moderado de todos ellos. Aunque invencible Aquiles é invulnerable, y aunque cierto de llevar el terror y la muerte adonde quiera que combatiere, no pudo sin embargo tomar á Troya; antes por el contrario cayó al pie de sus muros, triunfando ella del vencedor de Hector. Pero Ulises, en quien la prudencia guiaba el valor, llevó el fuego y el hierro hasta en medio de los Troyanos, y á él se le debió la caída de aquellas altas y soberbias torres que por espacio de diez años amenazaron á toda la Grecia conjurada. Cuanto Minerva es superior á Marte, tanto un valor dirigido por la pru-

dencia y la precaucion sobrepuja un esfuerzo impetuoso y feroz. Empecemos, pues, ó Idomeneo, por saber las circunstancias de esta guerra que hemos de sostener. No me niego á ningun peligro; pero creo que debéis instruirnos previamente de la justicia con que la haceis, contra quien la haceis, y de las fuerzas con que contais para esperar un feliz éxit.

Cuando llegamos á esta costa, te respondo toomeneo, hallamos en ella un pueblo salvaje que vagaba por las selvas, viviendo de la caza y de la fruta que espontáneamente producen los árboles. Estos pueblos, llamados Mandurienses¹, asombrados al ver nuestras naves y nuestras armas, se retiraron á los montes; pero, movidos nuestros soldados de la curiosidad de ver el país, se encontraron, persiguiendo unos ciervos, con estos salvajes fugitivos, cuyo jefe les dijo: Nosotros hemos abandonado las apacibles costas del mar, para cedérolas; y solo nos quedan estas montañas casi inaccesibles; parece justo que nos dejéis vivir en ellas en paz y libertad. Ahora os hallamos errantes, dispersos, y tan inferiores en fuerzas á nosotros, que está en nuestra mano no solo quitaros la vida, sino impedir que llegue á vuestros compañeros la noticia de vuestra desgracia; pero no queremos manchar nuestras manos con sangre de nuestros semejantes. Id en paz, acordaos que debéis la vida á nuestros sentimientos de humanidad; y nunca os olvideis que de un pueblo, que vosotros llamais grosero y salvaje, es de quien recibis esta leccion de moderacion y generosidad.

Vueltos al campo los nuestros, contaron lo que les habia acaecido: irritáronse los soldados, y tuvieron á menos que unos Cretenses fuesen deudores de la vida á una caterva de fugitivos, que mas les parecian osos que hombres. Vuelven á la caza en mayor número, preve-

1. Los Mandurienses eran unos pueblos de la Pulla en el reino de Nápoles, que sacaron su nombre del lago Andario, del cual habla Plinio, cuyas aguas saladas nunca menguaban ni crecian.

nidos de todo género de armas, y á muy poco encontraron á los salvajes y los acometieron. El combate fue cruel. Volaban los dardos de una y otra parte como en una tempestad cae granizo en un campo. Viéronse por fin precisados aquellos á refugiarse en sus fragosas montañas, donde no se atrevieron á internarse los nuestros.

A poco tiempo me enviaron á pedir la paz por dos de sus mas sabios ancianos. Trajéronme en presente pieles de las fieras que cazan, y frutas del país; y despues de ofrecérmelas, hablaron de este modo:

Ya ves, ó Rey, que en una mano tenemos la espada, y un ramo de oliva en la otra. (Tenian en efecto uno y otro en sus manos.) He aquí la paz y la guerra; escoge. Nosotros preferiríamos la paz, por conservarla no hemos tenido á menos cederte esta hermosa tierra fertilizada por el sol, que la hace llevar tan delicados frutos, porque nos son mas apreciables los que la paz produce. por ella nos hemos retirado á esas escarpadas montañas, siempre cubiertas de yelos y nieve, y donde nunca se ven las flores de la primavera, ni los sazonados frutos del otoño. A nosotros nos horroriza esa brutalidad, que, disfrazada con los bellos nombres de ambicion y de gloria, corre á devastar las provincias, y á derramar la sangre de los hombres, que son todos hermanos. Si te inflama esa gloria, no te la envidiamos; te compadecemos, y rogamos á los dioses que nos preserven de semejante furor. Si las ciencias que aprenden los Griegos con tanta aplicacion, y la cultura de que hacen tanto alarde, no les inspiran mas que esa detestable injusticia, nosotros nos creemos muy felices en carecer de esas ventajas. Nos gloriaremos de ser ignorantes y bárbaros, pero justos, humanos, fieles, desinteresados, acostumbrados á contentarnos con poco, y á despreciar la liviana delicadeza que hace se necesite de mucho. Lo que estimamos es la salud, la frugalidad, la libertad, la robustez del cuerpo y el vigor del espíritu, el amor á la virtud, el temor de los dioses, el afecto á nuestros parientes, la inclinacion á los amigos, la fidelidad con todos, la moderacion en la pre-

peridad, la constancia en la adversidad, la firmeza para decir siempre osadamente la verdad, y el horror á la lisonja. Tales son los pueblos que te ofrecemos por vecinos y aliados. Si los dioses irritados contra tí te siegan hasta el extremo de que desprecies su amistad, aprenderás, aunque tarde, que los que por moderacion buscan la paz, son los mas temibles en la guerra.

Mientras que así me hablaron, no pude dejar un momento de considerarlos. Tenian larga y descuidada la barba, corto y encanecido el cabello, pobladas las cejas, ojos vivos, un mirar y un aspecto denodado, el modo de hablar grave y lleno de autoridad, y modales sencillos é ingenuos. Iban vestidos de pieles anudadas á la espalda, que les dejaban descubiertos los brazos, mas nervudos y fornidos que los de nuestros atletas. Les respondí que deseaba la paz; y arreglamos en comun, de buena fe, varias condiciones; tomamos á todos los dioses por testigos, y los despedí haciéndoles presentes.

Pero los dioses que me arrojaron del trono de mis mayores, aun po estaban cansados de perseguirme. Nuestros cazadores, que todavía no podian tener noticia de la paz ajustada, encontraron en el mismo día una gran tropa de estos bárbaros que iban acompañando á los enviados á su regreso de nuestro campo: les atacaron con furor, mataron una parte de ellos, y persiguieron la otra hasta los bosques; y ved aquí nuevamente encendida la guerra, creyendo estos bárbaros que ni pueden fiarse ya de nuestras promesas ni de nuestros juramentos.

Para hacerse mas poderosos contra nosotros, llamaron en su auxilio á los Locrienses, Apulienses, Lucanienses, Brucios y á los pueblos de Crotona, Nerita Mesapia y Brindes. Los Lucanienses traen carros armados de cortantes hoces. Entre los Apulienses, cada uno viste la piel de la fiera que ha muerto; llevan una nudosa maza, guarnecida de puntas de hierro; son de estatura agigantada, y sus cuerpos se hacen tan robustos

con los penosos trabajos en que se ejercitan, que solo su vista espanta. Los Locrienses¹, originarios de la Grecia, aun se resienten de su origen, y son mas humanos que los otros; pero á la exacta disciplina de las tropas griegas, juntan el vigor de los bárbaros y el ejercicio de una vida dura, lo cual les hace invencibles. Armanse con escudos lijeros hechos con tejidos de mimbres, cubiertos de pieles; sus espadas son largas. Los Brucios² son tan lijeros en la carrera como los ciervos y los gamos; la hierba no parece hollada bajo sus piés, y apenas dejan en la arena señal de sus pasos; véseles cargar de golpe sobre sus enemigos, y luego desaparecer con igual velocidad. Los pueblos de Crotona³ son muy diestros en disparar flechas: pocos hombres entre los Griegos tendrian la fuerza necesaria para tender un arco como los que se usan comunmente entre los Crotonienses; y si se dedicaran á nuestros juegos, no habria premio que no ganasen. Tienen sus flechas con el jugo de ciertas yerbas ponzoñosas que vienen, segun dicen, de las margenes del Averno, y cuyo veneno es mortifero. En cuanto á los de Nerita⁴, de Mesapia⁵ de Brindes⁶, no poseen mas que la fuerza del cuerpo y un valor sin arte. Los gritos que arrojan hasta el cielo al ver á sus enemigos son horrorosos. Sirvense tal cual bien de la honda, y el granizo de piedras que lanzan anubla el aire; pero pelean sin orden.

1. Los Locrios, eran unos pueblos de la Focida que habitaban las dos vertientes del monte Parnaso.

2. Los Brucios eran unos pueblos de Italia que habitaban una península de la Calabria ulterior que forma el golfo llamado actualmente Gioia, en el desembocadero del rio Meiro ó Metauro.

3. Crotona ó Cortona, es una ciudad del reino de Nápoles, en el golfo de Tarento.

4. Nerita, hoy Nardo, es una pequeña villa de la Calabria, en el reino de Nápoles.

5. Mesapia, comarca de Italia entre Brindes y Tarento, hoy la Calabria.

6. Brindes ó Brindisi, ciudad de Calabria, sobre el mar Adriático.

Ya sabeis, Mentor, lo que deseabais; sabeis el origen que ha tenido la guerra, y sabeis cuales son los enemigos contra quienes hemos de sostenerla.

Dadas estas aclaraciones, le pareció á Telemaco, impaciente ya por pelear, que solo faltaba tomar las armas; pero Mentor le contuvo otra vez, y habló así á Idomeneo:

¿En qué consiste que los Locrienses, originarios de Grecia, se unan á los bárbaros contra los Griegos? ¿En qué consiste que florezcan en esta costa tantas colonias griegas, sin que tengan que sostener iguales guerras que vos? Ay Idomeneo! os quejáis de que los dioses aun no se han cansado de perseguiros, y yo digo que aun no han acabado de enseñaros. Tantos trabajos como habeis padecido no han aun bastado á instruiros de cuanto se ha de hacer para evitar la guerra. Lo que vos mismo decís de la buena fe de esos bárbaros prueba lo fácil que os hubiera sido vivir con ellos en paz; pero la altivez y la soberbia acarrearán las guerras mas peligrosas. Hubierais podido muy bien darles y recibir rehenes; enviar con sus embajadores algunos de vuestros capitanes que los condujesen con seguridad; y aun despues de renovada la guerra, pudisteis y debisteis aplácarlos, dándoles satisfaccion de aquel inopinado é involuntario incidente: debisteis ofrecerles cuantas seguridades hubiesen querido, é imponer las mas rigurosas penas contra cualquiera de vuestros vasallos que violare las leyes de la alianza. Mas decidme, ¿que sucesos han mediado desde que se empezaron las hostilidades?

Creí, respondió Idomeneo, que nos era indecoroso dar satisfaccion á esos bárbaros, los cuales juntaron inmediatamente cuantos se hallaban en edad de pelear, é imploraron el socorro de los pueblos vecinos, haciéndonos á ellos sospechosos y aborrecibles. En tal estado me pareció lo mas seguro ocupar prontamente en las montañas ciertos pasos mal guardados: conseguimoslo sin dificultad, y nos encontramos en posicion de asolar á nuestros enemigos. En las mismas montañas hice levantar unas torres desde donde no solo pueden nuestros soldados abrumar con los dardos á cuantos se aventuren á descender por ellas á

nuestro país, sino asegurar la entrada de los nuestros en el suyo, y saquear cuando quieran sus principales habitaciones. Así es como, aunque con fuerzas desiguales, podemos resistir á esa multitud que nos rodea. Por último, nuestra reconciliacion viene á ser ya muy difícil, porque nosotros no podemos abandonarlas aquellas torres sin esponernos á sus incursiones, y ellos nos miran como ciudadelas de las cuales queremos servirnos para esclavizarlos.

Mentor respondió así á Idomeneo: Vos sois un rey sabio, y como tal quereis que se os diga la verdad sin paliativo alguno. No sois como esos hombres débiles que temen verla, porque les falta valor para corregirse, y solo le tienen para emplear su autoridad en sostener sus desaciertos. Así que no dudaré deciros que ese pueblo bárbaro os dió una admirable leccion cuando vino á pedir la paz. ¿Os la pidió acaso por flaqueza, ó por falta de valor y de medios con que hacer la guerra? Ya veis por el contrario cuan aguerrido se halla, y como le sostienen tantos y tan formidables vecinos. ¡Ojalá hubierais imitado su moderacion! Pero una dañosa vergüenza y una presuncion detestable os atrajeron esta desgracia: temisteis engreirle con vuestra moderacion, y no recelasteis hacerle con vuestra injusta altivez tan poderoso y formidable en vuestro daño. ¿De qué sirven esas torres de que tanto blasonais, sino de ponerles en la alternativa de morir ó mataros para preservarse de una inminente servidumbre? Esas torres levantadas para vuestra seguridad son las que os tienen en el peligro en que os veis.

La mas segura defensa de un estado es la justicia, la moderacion, la buena fe, y la seguridad que debe inspirar á los vecinos de que es incapaz de usurparles sus dominios. Las mas fuertes murallas se arruinan por mil accidentes imprevistos; la fortuna es caprichosa é inconstante en la guerra; pero, ganando con la moderacion é integridad el amor y la confianza de las naciones inmediatas, asegúrase un príncipe de que jamas será de otro vencido, ni casi nunca atacado; pues aun cuando

hubiese alguno tan injusto que lo intentase, todos los otros, interesados á su conservacion, saldrian inmediatamente á su defensa. Un apoyo como el de tantos pueblos que encontrasen sus verdaderos intereses en sostener los vuestros, os hubiera hecho mucho mas poderoso que esas torres que hacen irremediables vuestros males. Si desde el principio hubierais cuidado de no haceros sospechoso, creciera vuestra ciudad á la sombra de una dichosa paz, y seriais el árbitro de todas las naciones de la Hesperia.

¡Eñámonos ahora á examinar los medios de reparar en lo venidero los perjuicios de lo pasado.

Empezasteis por decirme que hay en estas costas algunas colonias griegas; y creo que deberán estar dispuestas á socorrerlos, así porque no habrán olvidado el gran nombre de Minos, hijo de Jupiter, ni vuestras hazañas en el sitio de Troya, donde os señalasteis tantas veces entre los príncipes griegos por la causa comun de toda la Grecia. ¿Porqué, pues, no procurais atraerlas á vuestro partido?

Porque todas, respondió Idomeneo, han resuelto mantenerse neutrales; no porque les falte inclinacion á socorrerme, sino porque el esplendor excesivo que desde su nacimiento tuvo esta ciudad, les asombra, y les hace recelar no menos que á los otros que concebamos designios contra su libertad. Temen que despues de subyugar á los bárbaros de las montañas, llevemos adelante nuestra ambicion. En una palabra, todo está contra nosotros; pues los que no nos hacen una guerra abierta, desean cuando menos vernos abatidos; y el miedo de todos impide que nadie nos ayude.

¡Raro extremo! replicó Mentor; por querer parecer muy poderoso destruis vuestro poder, y mientras son en lo exterior un objeto de temor y de odio para vuestros vecinos, os estais interiormente aniquilando y consumiendo con los esfuerzos que necesitais hacer para sostener esta guerra. ¡O una y mil veces desgraciado Idomeneo, á quien la misma desgracia no ha podido instruir mas que á medias! ¿Necesitaréis acaso una segunda caida para aprender á prever los riesgos que amenazan á los mas poderosos monarcas? De-

jadme obrar, y solo decidme circunstanciadamente cuáles son esas ciudades griegas que renuncian vuestra alianza.

La principal, le respondió Idomeneo, es Tarento¹, fundada tres años hace por Falanto con un gran número de jóvenes que juntó en Laconia², nacidos de las mujeres que olvidaron á sus maridos ausentes durante el sitio de Troya. A la vuelta de los maridos, esas mujeres no pensaron sino en aplacarlos, y en desentenderse de sus faltas. Esta multitud de jóvenes, nacidos fuera de matrimonio, no conociendo ya ni padre ni madre, vivian con el mayor desenfreno. Contúvoles la severidad de las leyes. Reuniéronse al mando de Falanto, caudillo osado, intrépido, ambicioso, y diestro en ganar voluntades. Vino á esta costa, donde con ellos ha hecho de Tarento una segunda Lacedemonia. Por otra parte, Filoctetes³, que ganó en el sitio de Troya tanta reputacion con las flechas de Hércules, ha levantado no lejos de aquí los muros de Petilia⁴, menos poderosa, pero mejor gobernada que Tarento. Finalmente tenemos á poca distancia la ciudad de Metaponto⁵, fundada por el sabio Nestor con sus Pilios.

¡Como, replicó Mentor, teneis á Nestor en la Hesperia, y no habeis sabido interesarle en vuestra defensa, el gran Nestor, que tantas veces os vió pelear en el sitio de Troya, y que con vos tenia tan estrecha amistad! La he perdido, respondió Idomeneo, por el artificio de esos pueblos, que no tienen de bárbaro mas que el nombre: tan sagaces son que han logrado persuadirle que yo proyectaba tiranizar la Hesperia.

1. Tarento, ciudad de los Salentinos en la provincia de Mesapia, hoy ciudad arzobispal de la tierra de Otranto, en la costa meridional, en el reino de Nápoles.

2. La Laconia era una provincia del Peloponeso; hoy es Zaconia, ó Brazo-di-Maina, en la Morea.

3. Filoctetes, amigo y compañero de Hércules, á quien hizo jurar que á nadie descubriria el lugar de su sepultura, y á quien regaló sus flechas teñidas en la sangre del hidra.

4. Petilia, hoy Petilano, en la Toscana.

5. Metaponto, en el golfo de Tarento.

Nosotros le desengañaremos, dijo Mentor. Telémaco le vió en Pilos antes que venese á fundar esta colonia, y antes que emprendiésemos nuestros largos viajes para buscar á Ulises; y no creo que haya olvidado á este héroe, ni las demostraciones de cariño que hizo á su hijo. Pero lo que importa es desvanecer sus sospechas: y pues las que habéis hecho concebir á todos han encendido la guerra, disimuladas podremos apagarla. Vuelvo á deciros que los neceso á mi cuidado.

Al oír esto, Idomeneo, abrazando á Mentor, se enterneció, y no pudo hablar. Por fin pronunció estas pocas palabras: ¡O sabio anciano, enviado por los dioses para enmendar mis desaciertos! confieso que me hubiera irritado contra cualquier otro que me hablara con tanta libertad, y también confieso que solo vos pudierais reducirme á pedir la paz. Resuelto estaba á morir ó vencer; pero la razón exige que prefiera vuestros sabios consejos á mi pasión. ¡Feliz de vos, Telémaco, que no podréis con semejante guía desviaros como yo de la senda de la justicia! Mentor, vos sois el árbitro, en vos está toda la sabiduría de los dioses; la misma Minerva no daría mas saludables consejos. Id, prometed, estipulad, dad todo lo mio; Idomeneo aprobará cuanto juzgueis oportuno hacer.

Mientras así razonaban, oyóse de improviso el confuso crujir de los carros, el relinchar de los caballos, la espantosa gritería de los soldados, y el ronco son de las trompas que llenaban el aire de belicoso estruendo. Ahí están los enemigos, gritan, que por medio de un rodeo han evitado los pasos guardados! Ya vienen á sitiarse á Salento! Consternados los ancianos y las mujeres, exclamaban: ¡Infelices de nosotros, que dejamos nuestra cara patria, la fértil Creta, y seguimos á un desgraciado rey atravesando los mares para fundar una ciudad que, cual otra Troya, se convertirá en cenizas. Desde las murallas nuevamente construidas se veían en la vasta campaña los cascos, las corazas y broqueles de los enemigos que brillaban al sol, ofuscando la vista. Veíanse también las picas levantadas que cubrían la

tierra, así como en el estío la cubre una abundante cosecha con que en los campos de Enna en Sicilia recompensa Ceres las fatigas del labrador. Por último se descubrieron los carros armados de cortantes hoces, y se distinguían fácilmente cada uno de los pueblos que concurrían á esta guerra.

Para reconocerlos mejor sube Mentor á una alta torre, y le siguen Idomeneo y Telémaco. Apenas llega, cuando descubre á un lado á Filoctetes, y á otro á Nestor¹, con su hijo Pisístrato. Fácil era conocer á Nestor por su venerable ancianidad. ¡Qué es lo que veo! exclamó Mentor: vos, Idomeneo, habíais creído que Filoctetes y Nestor se contentaban con no ayudaros; mas vedlos allí que han tomado contra vos las armas, y si no me engaño, esas otras tropas que marchan tan despacio y en tan buen orden, son tropas lacedemonias, mandadas por Falanto. Todos están contra vos: no hay ningún pueblo en toda la costa de quien sin querer no os hayais hecho un enemigo.

Diciendo esto, descendié presurosamente, y se dirige á la puerta de la ciudad, hácia donde avanzaba el enemigo: mándasela abrir; y queda tan absorto Idomeneo de la majestad con que obra, que ni aun se atreve á preguntarle el fin que se propone. Hace Mentor seña de que nadie piense en seguirle. Acércase á los enemigos, sorprendidos al ver un hombre solo que se les presenta. Enseñales desde lejos un ramo de oliva en señal de paz; y cuando llegó á distancia que pudiesen oírle, les pidió que juntasen todos los cabos del ejército. Juntáronse todos luego, y les habló en estos términos:

Generosos varones, reunidos de tantas naciones como florecen en la rica Hesperia, ya sé que solo venisteis aquí por el interés común de la libertad. Alabo tan digno zelo; mas permitidme que os haga presente un medio fácil de conservarla con gloria de vuestros

1. Nestor, hijo de Neleo, rey de Pilos, ciudad de Mesenia, hoy la Morea, célebre por su cordura, elocuencia y larga vida, que dicen haber durado trecientos años.

pueblos, sin derramar sangre humana. Nestor, sabio Nestor, á quien veo en esa asamblea, no ignorais cuan funesta es la guerra á los mismos que la emprenden con justicia y bajo la proteccion de los dioses; la guerra es el mayor mal con que afligen á los hombres. Jamas podré olvidar lo que por espacio de diez años sufrieron los Griegos ante la infeliz Troya. ¡Que divisiones entre los capitanes! que caprichos de la fortuna! que destrozo de Griegos por mano de Hector! que desgracias no causó la guerra en las ciudades mas opulentas durante la larga ausencia de sus reyes! A su vuelta naufragaron unos en el promontorio de Cafarea¹, y otros encontraron una lastimosa muerte en el seno de sus mismas esposas. ¡O dioses, en vuestro enojo fué cuando armasteis á los Griegos para aquella famosa expedicion! Pueblos de la Hesperia, ruego á los dioses no os concedan jamas tan funesta victoria. Yace Troya en cenizas, verdad es; pero mejor les fuera á los que á tanta costa la incendiaron que se conservase en todo su esplendor, y que el afeminado Paris gozase con Elena de sus infames amores. Filoctetes, por tanto tiempo infeliz y abandonado en la isla de Lemnos², ¿no temeis que en semejante guerra os sucedan desgracias semejantes? No ignoro que los pueblos de la Laconia padecieron tambien los disturbios originados por la dilatada ausencia de sus príncipes, capitanes y soldados. ¡O Griegos que venisteis á Hesperia, todos venisteis únicamente de resultas de las desgracias que causó la guerra de Troya!

Despues de haber discurrido así, se adelantó hácia los Pilienses; y Nestor, que ya le habia conocido, vino á su encuentro para saludarle, y le dijo: Vuelvo á veros con gusto, sabio Mentor. Muchos años hace que os ví por primera vez en la Focida³, cuando solo teniais quince

1. Cafarea es el cabo mas occidental de la isla de Negroponte hoy Cabo Figuera ó del Oro.

2. Lemnos, isla del mar Egeo, hoy Estalimeno.

3. La Focida era un pais del Acaia en Grecia; es hoy una parte

años, y desde entonces previ serais tan sabio como habeis llegado á serlo. Pero, ¿que casualidad os ha conducido aqui? ¿Cuáles son los medios que teneis de terminar esta guerra? Idomeneo nos ha precisado á acometerle. No deseariamos mas que la paz; cada cual de nosotros tenia en apeteecerla un interes urgente: pero con él no podíamos ya tener ninguna seguridad. Ha violado cuantas promesas ha hecho á sus mas inmediatos vecinos, y debemos recelar que ahora solo desee la paz para desunir y desarmar la liga que es nuestra única defensa. Ha manifestado á los demas pueblos el designio ambicioso de reducirlos á la servidumbre, y no nos ha dejado otro medio de conservar la libertad que procurando destruir su nuevo reino. Su mala fe nos puesto en el compromiso de aniquilarle, ó de sufrir el yugo de la esclavitud con que nos amenaza. Si encontras algun recurso para que sea posible fuese de él, y asegurar una buena paz, todos los pueblos que aqui veis depondrán gustosos las armas, y todos confesaremos con júbilo que nos aventajais en sabiduría.

Mentor le respondió: Ya sabeis que Ulises no a mi cuidado á su hijo Telémaco. Impaciente este jóven por averiguar la suerte de su padre, pasó á veros á Pilos, donde le recibisteis con toda la consideracion que podia esperar de un fiel amigo de su padre, dándole á vuestro propio hijo para que le acompañase. Desde entonces hizo largos viajes por mar: ha estado en Sicilia, en Egipto, en la isla de Chipre y en la de Creta; y ahora que creia volver á su patria, le han arrojado los vientos, ó, por decirlo mejor, los dioses, á esta costa. Llegamos aqui muy á propósito para evitaros los horrores de una guerra cruel. Ya no es Idomeneo, sino el hijo de prudente Ulises, sino yo mismo que os respondo de cuanto se os prometa.

Estaban Idomeneo y Telémaco con el ejército Cre-

de la Livadia y Siramulipa, ó el Acaia moderna, dependiente de la Turquía de Europa.

tense viendo desde los muros de Salento como Mentor en medio de las tropas confederadas hablaba con el venerable Nestor, y desde allí procuraban percibir á lo menos de que modo eran recibidas las ofertas de su mediador, ya que no podían, como deseaban, oír los discursos de dos tan sábios ancianos. Nestor fuera siempre tenido por el mas experimentado y elocuente de los reyes de Grecia. El era quien en el sitio de Troya templaba la fogosa saña de Aquiles, el orgullo de Agamenon¹, la fiereza de Ajax², y el impetuoso valor de Diomedes. Corria de sus labios cual arroyo de miel la dulce persuasion: sola su voz era oída de todos aquellos héroes; solo él merecía que cuando hablaba guardasen silencio; y él por fin era el único que sabia ahuyentar del campo la feroz discordia. Y sin embargo de que ya empezaba á sentir las injurias de la fria senectud, todavía eran sus palabras llenas de dulzura y energía: contaba las cosas pasadas para instruir con su experiencia á los jóvenes; y aunque con alguna lentitud, lo hacia con suma gracia.

Pero este mismo anciano, tan admirado de la Grecia entera, pareció haber perdido toda su elocuencia y toda su majestad desde que Mentor se dejó ver á su lado. Su ancianidad era lánguida y abatida comparada con la de este, en quien los años respetaran la fuerza y el vigor del temperamento. Las palabras del uno, aunque graves y sencillas, tenían un vigor y autoridad que empezaba á echarse menos en las del otro. Sus discursos eran breves, precisos y nerviosos. Nunca repetía lo que habia dicho, y nunca hablaba sino de lo necesario para el negocio de que se trataba. Si alguna vez se hallaba precisado á volver al mismo asunto para inculcarle, ó para llegar á persuadir, hacía siempre con cierta novedad,

1. Agamenon, rey de Micenas, fué elegido general del ejército de los Griegos en el asedio de Troya.

2. Ajax, hijo de Oileo, rey de los Locreses, deshonoró á Casandra en el templo de Palas despues de la toma de Troya; pero fué en castigo herido de un rayo.

variendose de comparaciones sensibles. Tenia un no sé qué de complaciente y festivo cuando queria acomodar á los alcances de los demas é insinuarles alguna verdad. Estos dos hombres tan venerables fueron un interesante espectáculo para todos aquellos pueblos reunidos.

Mientras todos los aliados enemigos de Salento se echaban unos sobre otros por verlos mas de cerca, procurar oír sus sabios discursos, Idomeneo y todos los auyos se esforzaban en descubrir, con sus miradas solícitas y ansiosas, el significado de su ademan y gesto.

LIBRO ONCE.

SUMARIO.

VIENDO Telemaco á Mentor en el campo de los aliados, quiere saber lo que entre ellos pasa. Se hace abrir las puertas de Salento, vase á juntar con él, y su presencia contribuye á que se acepten las condiciones de paz que aquel les habia propuesto en nombre de Idomeneo. Entran los reyes como amigos en Salento. Acepta Idomeneo cuanto ha sido convenido. Se dan reciprocos rehenes, y hacen sacrificios en comun entre la ciudad y el campo, en confirmacion de la alianza.

Impaciente Telemaco, se separa de la multitud que le rodea; corre hácia la puerta por donde Mentor habia salido, y manda con autoridad que se la abran. Luego, Idomeneo, que creia tenerle á su lado, se queda admirado viéndole que corre por en medio del campo, y que ya está cerca de Nestor. Este, conociéndole, se adelanta á recibirle, acelerando lo posible sus pesados y lentos pasos. Arroja Telemaco hácia él, y le estrecha en sus brazos sin hablar. Por fin esclama: ¡Padre mio! no dudo llamaros así, porque la desgracia de no hallar al que verdaderamente lo es, y las bondades con que me habeis favorecido, me autorizan á servirme de tan cariñoso nombre: ¡padre mio, padre mio querido, vuelvo á veros! así volviera á ver á Ulises! Si alguna cosa pedia consolarme de haberle perdido, sería el encontrar en vos á otro él mismo.

No pudo Nestor, al oír tales palabras contener sus lágrimas, y sintió un gozo interior, viendo lar que corrían con maravillosa gracia por las mejillas de Telemaco. La hermosura, la estabilidad y la noble con-

fianza con que este desconocido jóven atravesaba sin precaucion por medio de tantas tropas enemigas, llenó de sorpresa á todos los confederados. ¡Será, decian, el hijo de este anciano que ha venido á hablar á Nestor! Sin duda, será la misma sabiduría en las dos mas opuestas edades de la vida. En el uno solo florece ahora, y en el otro rinde con abundancia los mas sazonados frutos.

Mentor, que viera con gusto el cariño con que Nestor acababa de recibir á Telemaco, se aprovechó de tan feliz disposicion para decirle: Ved ahí al hijo de Ulises tan querido de toda la Grecia, y tan amado de vos mismo, ¡ó sabio Nestor! Ahí le teneis, os le entrego en rehenes, y como la prenda mas segura que se os puede dar de la fidelidad de las promesas de Idomeneo. Bien conoceis que no querria yo que á la pérdida del padre se siguiese la del hijo, ni que la desgraciada Penélope reconviniese justamente á Mentor por haber sacrificado su hijo á la ambicion del nuevo rey de Salento. Con esta prenda, que por sí mismo se os ha venido á ofrecer, y que os envian los dioses amantes de la paz, empiezo, ó pueblos reunidos de tantas naciones, á hacer os proposiciones para establecer una paz sólida y permanente.

Al nombre de paz, se oyó un confuso rumor de disgusto que se propagó de fila en fila. Todas aquellas varias naciones ardian en ira, y miraban como perdido el tiempo en que se diferia el combate, sospechando que estas pláticas no tenian otro objeto que aplacar su furor y quitarles su presa. Particularmente los Mandurienses se irritaban mas y mas de que con aquel pretexto esperase Idomeneo volver á engañarlos; y para evitarlo, quisieron mas de una vez interrumpir á Mentor, temiendo que con la sabiduría de sus discursos persuadiese á sus aliados á que se separasen de ellos. Ya empezaban á desconfiar de todos los Griegos que estaban en la asamblea. Conociéndolo Mentor procuró avivar esta desconfianza, para sembrar la division en los ánimos de todos aquellos pueblos.

Confieso, dijo, que los Mandurienses tienen motivos para quejarse y pedir satisfaccion de los daños que se

les han causado; pero tampoco es justo que los Griegos que han venido á establecer aquí sus colonias sean sospechosos y odiosos á las antiguas naciones del país. Antes por el contrario deben, uniéndose, hacerse respetar de ellas: es menester solamente que sean moderados, y que se abstengan de usurpar las tierras de sus vecinos. Sé que Idomeneo ha tenido la desgracia de hacerse sospechoso; pero es muy fácil desvanecer vuestras desconfianzas. Aquí nos teneis á Telémaco y á mí, que, en prueba de su buena fe, nos ofrecemos á permanecer en vuestro poder, interin que fielmente se cumpla cuanto en su nombre se os prometa. Lo que os irrita, ó Mandurienses, exclamó, es que las tropas Cretenses hayan ocupado por sorpresa los desfiladeros de vuestras montañas, hallándose por este medio en estado de entrar á vuestro pesar cuantas veces quieran en el país á que os retirasteis para dejarles el terreno llano que está á orillas del mar. Estos pasos, que los Cretenses han fortificado con altas torres guarnecidas de tropas, son pues el verdadero motivo de la guerra. Respondedme, ¿hay algun otro acón?

Acercóse entonces el jefe de los Mandurienses, y habló así: ¡Cuanto no hemos hecho por evitar esta guerra! Los dioses nos son testigos de que no hemos renunciado á la paz sino cuando la paz se perdió sin recurso por la desordenada ambicion de los Cretenses, y por la imposibilidad en que nos pusieron de fiarnos de sus juramentos. ¡Nacion insensata! que nos ha reducido, á pesar nuestro, á la horrorosa necesidad de tomar contra ella un partido desesperado, y de no poder ya buscar nuestra seguridad sino en su destruccion! Mientras sean dueños del paso de las montañas, viviremos con la desconfianza de que aspirarán á usurpar nuestras tierras y reducirnos á la esclavitud. Si no desearan mas que vivir en paz con sus vecinos, se contentarian con lo que voluntariamente les cedimos, y no pondrian tanto empeño en conservar las entradas en un país contra él cual no formarian ningun designio ambicioso. Pero, ¡ó sabio anciano! vos no los conoceis. Una gran desgracia fué que nosotros llegásemos á conocerlos. No os empeñeis, hombre favorecido de los

dioses, en retardar una guerra justa y necesaria, sin la cual jamas podrá la Hesperia esperar una paz constante.

O nacion ingrata, falsa y cruel, enviada aquí por los dioses irritados para alterar la paz que disfrutábamos, y castigar nuestras culpas! Mas, despues de habernos castigado, ó dioses, nos vengaréis: no seréis menos justos contra nuestros enemigos que contra nosotros.

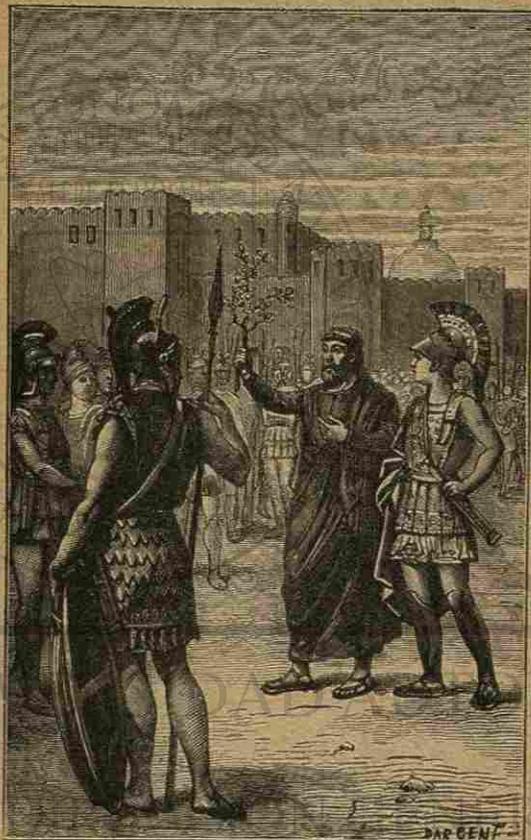
A toda la asamblea conmovió este discurso: no parecia sino que Marte y Belona iban excitando de fila en fila el furor bélico que Mentor trataba de aplacar. Habló de nuevo en estos términos:

Si no tuviese otra cosa que ofreceros sino promesas, estaba bien que desconfiaseis de ellas: pero lo que os ofrezco son cosas reales y presentes. Si no os basta tenernos á Telémaco y á mí en rehenes, haré que se os entreguen doce de los mas nobles y valerosos Cretenses. Pero la razon exige que vosotros por vuestra parte deis tambien á Idomeneo las correspondientes seguridades; porque Idomeneo, que desea sinceramente la paz, la desea sin miedo y sin bajeza. Desea la paz, como vosotros decís que la habeis deseado, por prudencia y moderacion, y no por apego á una vida muelle, ó por flaqueza al ver los peligros con que la guerra amenaza á los hombres. Idomeneo está dispuesto á morir ó vencer; pero antepone la paz á la mas completa victoria. Se avergonzaria de temer ser vencido; pero teme ser injusto, y no se avergüenza de reconocer sus yerros y procurar repararlos. Con las armas en la mano, os ofrece la paz: no trata de imponeros las condiciones altanaramente, porque no aprecia una paz forzada. Quiérela si de modo que á todos satisfaga, que ponga fin á los recelos, destierre todo resentimiento, y quite todo motivo de desconfianza. En una palabra, las intenciones de Idomeneo son las que vosotros mismos deseariais que fuesen. No será difícil convenceros de ello, si me quereis oír con calma y sin preocupacion.

Escuchadme, pues, naciones valerosas, y vosotros caudillos tan sabios y tan estrechamente unidos, oíd lo

que en nombre de Idomeneo os ofrezco. No es justo que el pueda entrar en las tierras de sus vecinos; no lo es tampoco que estos puedan entrar en las suyas. Para evitarlo, desde luego consiento en que los pasos que se han fortificado con altas torres sean guardados por tropas neutrales. Vosotros, Nestor y Filoctetes, aunque Griegos de origen, no podeis ser sospechosos de inclinados á Idomeneo; declarándoos contra él habeis dado la mayor prueba de que solo os mueve el interes comun de la paz y de la libertad de la Hesperia. Sed vosotros mismos los depositarios y custodios de esos pasos que promueven la guerra. No teneis menos interes en evitar que las antiguas naciones de la Hesperia destruyan á Salento, nueva colonia de los Griegos igual á las que habeis fundado, que en impedir el que Idomeneo usurpe los estados de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre unos y otros; y en lugar de llevar el hierro y el fuego en una nacion que debeis amar, reservaos la gloria de ser los jueces y medianeros. Acaso diréis que estas condiciones os parecerian magnificas si pudieseis tener la certeza de que Idomeneo cumpliria con ellas de buena fe; mas voy á satisfaceros.

Para reciproca seguridad hasta que se hayan depositado en vuestras manos los pasos fortificados, habra los rehenes de que os hablé. Cuando esté así á vuestra merced la salud de toda la Hesperia, la de la misma Salento y de Idomeneo, ¿estareis satisfechos? ¿De quién podreis desconfiar de allí adelante? ¿Será de vosotros mismos? No os atreveis á fiaros de Idomeneo, y es Idomeneo tan incapaz de engañaros, que no duda fiarse de vosotros. Sí, quiere confiaros la tranquilidad, la vida y la libertad de todo su pueblo, y aun la suya propia. Si es cierto que solo os mueve el deseo de una paz justa, ya se os ofrece, y tal, que no os deja pretexto para desentenderos. Y vuelvo á repetirlo, no creais sea el miedo que reduce á Idomeneo á haceros estas proposiciones; la prudencia y la justicia son las que le mueven á tomar este partido, cuidando poco de si atribuireis á flaqueza lo que es efecto de virtud. Conoce que en los principios cometió yerros, y ahora pone su gloria en **reconocerlos**, anticipándose á hacer-



Mentor levantó el brazo para mostrar á tantos pueblos el ramo de oliva.

os las ofertas que os hace; porque está bien convencido de que el querer ocultar y sostener con teson y orgullo sus yerros, es debilidad, vanidad, es grosera ignorancia de sus propios intereses. El que confiesa sus yerros á su enemigo, y le ofrece repararlos, en eso mismo prueba que es incapaz de incurrir en otros, y que el enemigo tiene mucho que temer de quien manifiesta una conducta tan sabia y virtuosa, á no ser que acepte la paz. Guárdaos de dar lugar á que esté el tuerto de vuestra parte. Si rehusais admitir la paz y la justicia que se os presentan, la justicia y la paz serán venganzas; y el que debía temer hallar irritados contra sí á los dioses, los pondrá para sí contra vosotros. Telémaco y yo defenderemos la buena causa; y pongo por testigos á los dioses del cielo y de los infiernos de las proposiciones que acabo de haceros.

Al acabar de decir estas palabras, levantó el brazo para mostrar á tantos pueblos el ramo de oliva que era en su mano la señal de la paz. Los cabos que le miraban de cerca quedaron pasmados y deslumbrados del fuego divino que brillaba en sus ojos. Pareció con una majestad y grandeza superior á cuanto se ve en los mas grandes de entre los mortales. Arrebataba los corazones el encanto de sus palabras insinuantes y enérgicas; eran semejantes á aquellas palabras encantadas que en el profundo silencio de la noche suspenden repentinamente el curso de la luna y de las estrellas, calman el mar irritado, amansan los vientos y las olas, y detienen la corriente de los mas rápidos rios.

Estaba Mentor, en medio de aquellos enfurecidos pueblos, como Baco rodeado de tigres que, depuesta su ferocidad, venian al encanto de su dulce voz á lamerle los pies, sometiéndosele con halagos. Al principio todo el ejército guardó profundo silencio, y sus jefes se miraban unos á otros, sin tener que oponer á este hombre, ni comprender quien fuese; inmóviles las tropas, tenían fijos en él los ojos. Nadie se atrevia á hablar, temiendo impedir que se le oyese si aun tenia algo que decir; y aunque todos conocian que nada se podía añadir á lo que habia dicho, desearan que hablara por mas tiempo. Cuanto habia dicho, quedaba

como gratado en todos los corazones. Hablando, se atraía el amor y el asenso de los que le oían; y todos estaban ansiosos y como suspensos para no perder ni aun la mas mínima palabra que saliese de su boca.

Por último, despues de un silencio bastante largo, se oyó un sordo rumor que fué estendiéndose poco á poco. No era ya aquel ruido de los pueblos que se estremecen en su indignacion; era por el contrario un susurro suave y favorable. Descubriase en los semblantes cierta serenidad y sosiego; hasta los irritados Mandurienses sentían caerles las armas de las manos. El feroz Falanto con sus Lacedemonios se admiraron al sentir su corazon conmovido, y los demas empezaron á suspirar por esa paz feliz que se les acababa de ofrecer. Filoctetes, mas sensible que ningun otro, por la esperiencia de sus pasadas desgracias, no pudo contener las lágrimas; Nestor, no siéndole posible hablar por la emocion que le causó el discurso de Mentor, abrazóle tiernamente, y todas las naciones á la vez, cual si esto hubiese sido una señal, esclamaron alborozadas: ¡O sabio anciano, tu nos desarmas! ¡La paz! la paz!

Un momento despues, quiso Nestor empezar un discurso; pero impacientes todas las tropas, y temiendo quisiere oponer alguna dificultad, volvieron á clamar: ¡La paz! la paz! No fué posible imponerles silencio hasta que todos los jefes del ejército hubieron clamado con ellas: ¡La paz! la paz!

Conociendo Nestor que no le era posible hacer un discurso seguido, se contentó con decir: Ya veis, ó Mentor, cuanto poder tiene la palabra de un hombre de bien. Cuando hablan la virtud y la prudencia, amansan todas las pasiones. Nuestros justos resentimientos se trocan en amistad y en deseos de una paz sólida. Nosotros aceptamos la que nos ofreceis. Al mismo tiempo alzaron la mano todos los jefes en señal de aprobacion.

Corre Mentor hácia la puerta de Salento para hacerla abrir, y mandar decir á Idomeneo que salga de la ciudad sin precaucion. Entre tanto abrazaba Nestor á Telémaco, diciendo: ¡O amable hijo del mas sabio de todos

los Griegos! plegue á los dioses que seais tan sabio y mas feliz que él! ¿No habeis descubierto nada acerca de su destino? La memoria de vuestro padre, á quien tanto os asemejais, ha contribuido á sofocar nuestra indignacion.

Falanto, aunque duro y selvático, y á pesar de que no habia visto jamás á Ulises, no pudo ser insensible á sus desgracias ni á las de su hijo. Ya se le instaba á que refiriese sus aventuras, cuando volvió Mentor con Idomeneo, á quien seguia toda la juventud cretense.

Al verle se volvió á encender el enojo de los aliados; pero las palabras de Mentor estinguieron este fuego pronto á estallar. ¿Qué tardamos, les dijo, en concluir esta santa alianza, de la cual serán los dioses testigos y defensores? ¡Vénguela si jamas algun impio se atreve á violarla, caigan sobre la cabeza perjura y execrable del ambicioso que hollare los derechos sagrados de esta alianza los horribles males de la guerra, lejos de oprimir á los pueblos fieles é inocentes; sea abominado de los dioses y de los hombres; no goce jamás del fruto de su perfidia; vengan á excitar su rabia y desesperacion las furias infernales, bajo las mas asquerosas figuras; muera sin esperanza alguna de sepultura; sirva su cadáver de pasto á los perros y á los buitres; véase en los infiernos, sumido en los mas profundos abismos del Tártaro, atormentado para siempre mas cruelmente que Tántalo, Ixion y las Danaides! ¡Mas antes bien, esta paz sea inalterable como las rocas de Atlas¹ que sostienen el cielo; respetenla todos los pueblos, y gocen sus frutos de generacion en generacion; sean oidos con amor y veneracion de nuestra última descendencia los nombres de los que la juraran; y esta paz, establecida segun las leyes de la justicia y de la buena fe, sirva de modelo á todas las naciones del mundo, y que

¹. Atlas, rey de Mauritania, grande astrólogo, á quien trasformo la fábula en un peñaseo elevado hasta el cielo, el cual se ha fingido que sustentaba con sus hombros.

todos los pueblos que quieran hacerse felices reuniéndose, imiten á los pueblos de la Hesperia!

Dichas estas palabras, juraron la paz bajo las condiciones ajustadas Idomeneo y los otros reyes. Diéronse mutuamente doce rehenes. Telémaco quiere ser del número de los que da Idomeneo; pero no pueden consentir que lo sea también Mentor, porque quieren los aliados permanezca al lado de Idomeneo para que responda de su conducta y de la de sus consejeros, hasta la total ejecución de lo pactado. Inmoláronse, entre la ciudad y el ejército, cien terperas blancas como la nieve, y cien toros del mismo color, con las astas doradas y guarnecidas de flores. Oíase resonar hasta en los montes vecinos el espantoso mugido de las víctimas que caían al golpe del sagrado cuchillo; por todas partes humeaba la sangre, y para las libaciones¹ corría en abundancia el mas exquisito vino. Consultaban los arúspices² las entrañas aun palpitantes, mientras los sacrificadores quemaban en las aras un incienso que formaba una densa nube, y cuya fragancia perfumaba toda la campiña.

Mientras tanto, no miráronse ya los soldados de ambos partidos como enemigos, empezaban á contarse sus aventuras, descansando así de sus fatigas, y gustando anticipadamente las delicias de la paz. Muchos de los que acompañaron á Idomeneo al sitio de Troya reconocían á los que con Nestor sirvieron en la misma guerra. Abrazábanse tiernamente, y se contaban lo que les había sucedido después que arruinaron aquella opulenta ciudad, que era el ornamento de toda el Asia. Ya se tendían por la blanda yerba, se coronaban de flores.

1. Las libaciones eran unas efusiones de vino, ú de otro licor cualquiera, hechas en honor de las falsas divinidades.

2. Los arúspices eran unos adivinos que interpretaban los prodigios, y predecían lo venidero por la inspección de las entrañas de las víctimas degolladas.

y bebían juntos el vino que en abundancia se les traía de Salento para que celebrasen tan feliz jornada.

Repentinamente dice Mentor á los reyes y capitanes reunidos: De hoy en adelante, bajo diversos nombres y raudillos, no compondréis mas que un solo pueblo. Así es como los justos dioses, amantes de los hombres sus criaturas, quieren ser el vínculo eterno de su perfecta unión. Todo el género humano no es mas que una sola familia dispersa sobre la faz de la tierra. Todos los pueblos son hermanos, y como tales deben amarse. ¡Ay de los impíos que buscan una gloria cruel en la sangre de sus hermanos, que es su propia sangre!

Necesaria es la guerra algunas veces, no hay duda; pero es un oprobio del género humano que sea inevitable en ciertas ocasiones. ¡O reyes! no digais que debe desearse para adquirir gloria; porque esta, si es verdadera, no puede hallarse fuera de la humanidad. El que prefiera la suya á los sentimientos de humanidad, es un monstruo de orgullo, y no un hombre. No alcanzará jamás sino una falsa gloria; pues la verdadera no se halla sino en la moderación y la bondad. Podrán lisonjearle para satisfacer su loca vanidad; sin embargo, cuando hablen de él en secreto, y quieran hacerlo con sinceridad, dirán: Tan indigno es de la gloria cuanto la ha deseado injustamente. No merece la estimación de los hombres, pues los ha estimado tan poco, y ha prodigado su sangre por una vanidad brutal. Feliz el monarca que ama á sus vasallos y es amado de ellos; que se fia de sus vecinos é inspira á estos confianza; que en vez de hostilizarles impide se hostilicen, y que hace envidien todas las naciones extranjeras la fortuna que gozan sus vasallos en tenerle por rey.

Pensad en reunirlos de tiempo en tiempo, vosotros que gobernais las poderosas ciudades de Hesperia. Celebrad de tres en tres años un congreso general, en donde, reunidos cuantos reyes os hallais presentes, sea renovada la alianza con nuevo juramento para consolidar la amistad prometida y deliberar sobre los comunes intereses. Mientras vivais unidos tendréis dentro

de este delicioso pais la paz, la gloria y la abundancia y fuera seréis invencibles; porque unicamente la discordia, escapada del infierno para atormentar á los hombres, podrá turbar la dicha que os preparan los dioses.

Nestor le respondió: La facilidad con que aceptamos la paz, debe convenceros de cuan distantes nos hallamos de apetecer la guerra por vanagloria ó injusta codicia de engrandecernos en perjuicio de nuestros vecinos. Mas ¿qué puede hacerse viviendo cerca de un príncipe violento que no conoce otra ley que su interés, y que no desperdicia ocasion alguna para invadir los demas estados? No penseis que hablo de Idomeneo: no, no pienso ya así de él; hablo de Adrasto, rey de los Daunios, que á todos nos inspira temor. Desprecia á los dioses, y juzga que todos los hombres que existen sobre la tierra han nacido solo para servir á su gloria con su esclavitud. No quiere súbditos para ser su rey y su padre, solo quiere esclavos y adoradores, y se hace tributar homenajes propios de la divinidad. La ciega fortuna ha protegido hasta el día sus mas injustas empresas. Nos apresuramos á atacar á Salento para deshacernos del enemigo mas débil que comenzaba no mas á establecerse en esta costa, á fin de dirigir en seguida nuestras armas contra el mas poderoso, que ha ocupado ya varias ciudades de nuestros aliados, y vencido en algunas batallas á los de Crotona. Se sirve de todos los medios para satisfacer su ambicion: la violencia y el artificio, todo le es igual, con tal que destruya á sus enemigos. Ha logrado acumular grandes tesoros; estan disciplinadas y aguerridas sus tropas; son experimentados sus capitanes; le sirven todos bien; y vela por sí mismo sin cesar sobre todos los que obran en virtud de sus órdenes: castiga severo las menores faltas, y recompensa con liberalidad los servicios que se le hacen. Su valor ayuda y alienta el de sus tropas. Seria un rey cumplida si la justicia y la buena fe sirviesen de regla á su conducta; mas no teme á los dioses, ni teme los reproches de su conciencia. No hace caso de la reputacion, mirándola cual un vano fantasma que solo debe contener á las almas débiles. Solo considera como bienes sólidos y reales poseer grandes riquezas, inspirar temor, y hollar

á todo el género humano. En breve se presentará su ejército en nuestros dominios, y si la union de tantos pueblos no nos pone en estado de resistirle, desaparecerá toda esperanza de libertad. Interesa á Idomeneo tanto como á nosotros oponerse á un rey que no puede tolerar viva independiente ningun pueblo vecino; porque si fuésemos vencidos, amenazaria igual desgracia á Salento: apresurémonos pues todos juntos á prevenirle.

Hablando así Nestor, se iban acercando á la ciudad, pues habia rogado Idomeneo á los reyes y caudillos principales entrasen en ella para pasar aquella noche.

LIBRO DOCE.

SUMARIO.

NESTOR, en nombre de los aliados, pide auxilio á Idomeneo contra los Daunios sus enemigos. Mentor, que quiere civilizar la ciudad de Salento, procura que se contenten con Telémaco á la cabaza de cien nobles Cretenses. Salido Telémaco, hace Mentor revista exacta en la ciudad y el puerto, toma informe de todo, hace que Idomeneo promulgue nuevos reglamentos para el comercio y la policía, y que separe el pueblo en siete clases, cuyo rango y nacimiento se distinguan por la diversidad de trajes, le hace suprimir el lujo y los artes inútiles, para que los artesanos se dediquen á la labranza, la cual pone en honra.

EL ejército confederado armaba las tiendas, y estaba cubierta la campiña de ricos pabellones de toda clase de colores, donde estaban aguardando el sueño los fatigados Hesperios. Cuando entraron los reyes en la ciudad con su comitiva, se admiraron de que en tan corto tiempo se hubieran podido levantar tantos edificios magníficos, y de que los cuidados de una tan grande guerra no hubiese impedido se embelleciese y creciese de repente aquella ciudad naciente.

Escitó su admiracion la sabiduria y vigilancia de Idomeneo, que habia fundado tan bello reino, y de ello deducian todos que, ajustada la paz con él, serian muy poderosos los aliados si entrase en la liga contra los Daunios. Propusieron á Idomeneo entrar en ella; no pudo desechar tan justa proposicion, y ofreció tropas. Pero como no ignoraba Mentor cosa alguna de las que son necesarias para que florezca un estado, comprendió no podian ser las fuerzas de Idomeneo tan grandes como parecian; apartóse con él y le dijo á solas:

Ya veis no os han sido inútiles mis cuidados. Salento está libre de las desgracias que la amenazaban. En vuestras manos está el poder elevar su gloria hasta los cielos, é igualar en el gobierno de vuestro pueblo la abiduria de Minos vuestro abuelo. Seguiré hablándoos con libertad, pues supongo lo quereis así, y que detestais la lisonja. Mientras que estos reyes ensalzaban vuestra magnificencia, yo pensaba en mí mismo en la temeridad de vuestra conducta.

Al oír Idomeneo la palabra temeridad, mudó de semblante, se le turbó la vista, sonrojose, y por poco interrumpia á Mentor manifestándole su resentimiento. Mas este le dijo con tono modesto y respetoso, pero franco y atrevido. Bien conozco que la palabra temeridad os causa estrañeza; otro que yo hubiera hecho mal en servirse de ella, porque es preciso respetar á los reyes y atender á su delicadez, aun cuando se les reprende. La verdad por sí misma los hiere bastante, sin añadir á ella palabras fuertes; pero he creído tolerariais que os hablase sin contemplacion para haceros conocer vuestro error. Mi objeto ha sido habituaros á oír dar á las cosas su verdadero nombre, y á comprender que cuando los demas os den consejos acerca de vuestra conducta, jamas se atreverán á deciros lo que pensaren. Si quereis no ser engañado, sera menester que comprendais siempre mas de lo que os digan sobre aquello que no os sea ventajoso. En cuanto á mi estoy pronto á templar las palabras segun vuestra necesidad; pero os es útil que un hombre sin interés ni consecuencia os hable con dureza en secreto. Ningun otro se atreverá á ello; y envuelta en bellos disfraces la verdad, no la veréis sino á medias.

Al oír estas palabras, Idomeneo, ya vuelto en sí de su primer impulso, se avergonzó de su nimiedad. Ya veis, dijo á Mentor, lo que puede la costumbre de ser adulado. Os debo la salud de mi nuevo reino, y no hay verdad alguna que no me complazca en oír de vuestra boca: pero compadeceos de un rey emponzoñado por la lisonja, y que ni aun en la desgracia ha podido en-

contrar hombres generosos que le digan la verdad. No iamas encontré quien me amase lo bastante para querer desagradarme diciéndome la verdad desnuda.

Al decir estas palabras, brotaron las lágrimas en sus ojos, y abrazó afectuosamente á Mentor. Entonces el sabio anciano le dijo: Me veo obligado con dolor á decir os cosas duras; mas ¿puedo engañaros ocultándoos la verdad? Poneos en mi lugar. Si fuisteis engañado hasta ahora, es porque habeis querido serlo, es porque temisteis á los consejeros demasiado sinceros. ¿Habeis buscado acaso á los hombres mas desinteresados y mas aptos para contradeciros? ¿Cuidasteis de oír á los menos solícitos de agradaros, á los mas imparciales en su conducta, á los mas capaces en fin de condenar vuestras pasiones é injustos sentimientos? Cuando hallasteis al lisonjero, ¿le habeis huido? ¿habeis desconfiado de él? No, no; sin duda no habeis hecho lo que aquellos que aman la verdad y son dignos de conocerla. Veamos ahora qué hareis al veros humillado por la verdad que os condena.

Decia pues que lo que tanto elogian en vos solo merece ser vituperado; porque, mientras tenais tantos enemigos exteriores que amenazaban vuestro reino, apenas empezado á fundar, solo os ocupabais de lo interior de la nueva ciudad elevando edificios magníficos. Esto es lo que os ha costado tantas vigilias como habeis confesado vos mismo. Habeis agotado vuestras riquezas sin cuidar del aumento de la poblacion y cultivo de las tierras fértiles de esta costa. ¿No era preciso considerar como los dos fundamentos esenciales de vuestra pujanza el tener muchos hombres buenos, y tierras bien cultivadas para alimentarlos? Requeriase para ello una larga paz á los principios para favorecer la multiplicacion de brazos: debíais ceñiros al fomento de la agricultura y establecimiento de sabias leyes; pero la ambicion os ha arrastrado hasta el borde del precipicio, y esforzándoos para parecer grande, habeis arriesgado vuestra verdadera grandeza. Apresuraos á enmendar los yerros; suspended todas esas grandes obras; renunciad al lujo

que arruinará á esta nueva ciudad; dejad que respire en la paz vuestro pueblo; dedicaos á proporcionar la abundancia para facilitar los matrimonios. Sabed que en tanto seréis rey, en cuanto tengais pueblos que gobernar, y que vuestro poder debe medirse no por la estension de las tierras que ocupeis, sino por el número de hombres que las habiten y esten obligados á obedeceros. Poseed un pais bueno aunque de mediana estension: pobladlo con brazos innumerables, laboriosos é instruidos; procurad que os amen; y por tales medios seréis mas poderoso, mas feliz, y será mayor vuestra gloria que la de todos los conquistadores que asolan tantos reinos y provincias.

¿Qué haré pues con estos reyes? contestó Idomeneo: ¿les confesaré mi debilidad? Cierto es que he descuidado la agricultura, y aun el comercio tan fácil en esta costa, ocupado únicamente en edificar una ciudad opulenta. ¿Será preciso, mi querido Mentor, llenarme de oprobio haciendo ver mi imprudencia á tantos monarcas reunidos? Si es preciso, quiero hacerlo: lo haré sin ludar por mas que pueda serme sensible; porque me habeis hecho ver que el buen rey que se consagra al bien de sus pueblos, debe preferir la salud del reino á su propia fama.

Dignos son esos sentimientos de un monarca padre de su pueblo, replicó Mentor: en esa bondad, no en la magnificencia vana de Salento, reconozco en vuestro corazon el de un verdadero rey; mas preciso es atender á vuestro honor por el interes del reino. Dejadme obrar: yo haré entender á estos monarcas que os hallais empeñado en restablecer á Ulises, si aun existe, ó al ménos á su hijo en el trono de Itaca, y que pretendéis arrojar por fuerza de aquella isla á los amantes de Penelope. Comprenderán sin dificultad que esta empresa exige tropas numerosas, y consentirán en que les des un corto auxilio contra los Daunios.

Al oír Idomeneo estas palabras, se dejó ver como un hombre á quien se le alivia de un peso que le oprime. Salvais, caro amigo, mi honor y la reputacion de esta

UNIVERSIDAD

UNIV

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LEON
ALFONSO
1925

ciudad naciente, cuya debilidad ocultareis á todos mis vecinos, replicó Idomeneo. Pero ¿qué apariencia de verdad puede tener el decir que quiero enviar mis tropas á Itaca para restablecer en el trono á Ulises ó á su hijo Telémaco, mientras que este se compromete á ir con ellos á la guerra contra los Daunios?

Nada os inquiete, replicó Mentor: solo diré lo que sea cierto. Los bajeles que enviéis para establecer vuestro comercio irán á las costas del Epiro, y harán dos cosas á un tiempo: llamar á las vuestras á los mercaderes extranjeros á quienes alejan de Salento excesivos impuestos, y procurar nuevas de Ulises. Si existe, no debe distar mucho de estos mares que separan la Grecia de la Italia, pues aseguran haberle visto en Feacia. Y aun cuando ninguna esperanza nos quedase de hallarle, harán vuestros bajeles á su hijo un señalado servicio, pues esparcirán en Itaca y en todos los países vecinos el terror del nombre del jóven Telémaco, á quien creen muerto como á Ulises. Los amantes de Penelope se llenarán de sorpresa cuando sepan que puede regresar Telémaco sin dilacion con el auxilio de un aliado poderoso; recibirá consuelo aquella, y se negará á elegir nuevo esposo; los de Itaca no se atreverán á sacudir el yugo de su actual dominacion; y de esta manera os ocupareis en beneficio de Telémaco, mientras lo está él con los aliados en la guerra contra los Daunios.

¡Feliz el monarca que encuentra el auxilio de prudentes consejos! esclamó Idomeneo. El amigo sabio y leal presta mayores utilidades á un rey que los ejércitos victoriosos. ¡Pero mas feliz todavía el que conoce su dicha, y sabe aprovecharse de ella haciendo buen uso de los consejos acertados! porque ocurre muchas veces que alejan de su confianza á los hombres sabios y virtuosos, cuyo mérito les inspira temor, para dar oídos á los lisonjeros cuya traicion no temen. Yo cometí este error, y os referiré todas las desgracias que he sufrido por un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que protegiese las suyas.

Fácilmente persuadió Mentor á los reyes confede-

rados debía cuidar Idomeneo de restablecer á Telémaco en Itaca, mientras que este les acompañaba; y se contentaron con llevarle en su ejército á la cabeza de cien jóvenes Cretenses, que era la flor de la nobleza venida con este rey desde Creta. Habíalo aconsejado así Mentor á Idomeneo, diciéndole: Durante la paz debe cuidarse de multiplicar la poblacion; pero enviarse á las guerras extranjeras á los jóvenes nobles para evitar que la nacion se afemine y llegue á ignorar el arte de la guerra. Esto basta para mantener toda ella en cierta emulacion de gloria, en la inclinacion á las armas, desprecio de las fatigas y aun de la muerte, y por último, en la esperiencia del arte militar.

Partieron de Salento los reyes confederados satisfechos de Idomeneo, encantados de la sabiduría de Mentor, y llenos de gozo por llevar en su compañía al jóven Telémaco, que no pudo sofocar los efectos de su dolor al separarse de su amigo. Mientras que aquellos se despedían de Idomeneo y le juraban una eterna alianza, abrazaba Mentor á Telémaco anegado en lágrimas. Soy insensible, decia este, al júbilo que debía inspirarme el correr á la gloria; solo experimento el dolor de dejaros. Parece que vuelvo á padecer el infortunio que me hicieron sufrir los Egipcios, arrebatándome de vuestros brazos, y privándome hasta de la esperanza de volveros á ver.

Bien diferente es esta separacion, replicó Mentor con afabilidad para consolar á Telémaco, porque es voluntaria, será de corta duracion, y correis á la victoria. Vuestro amor hácia mí debe ser mas animoso y ménos tierno: acostumbraos á la ausencia, hijo querido; no siempre viviré con vos, y es preciso que la prudencia y la virtud os conduzcan mas bien que mi presencia.

Al decir estas palabras la diosa, que se ocultaba bajo la figura de Mentor, cubrió á Telémaco con su egida, y derramó sobre él el espíritu de sabiduría y de prevision, el valor intrépido y la moderacion, que rara vez se hallan reunidos.

Corred, le decia, á los mayores peligros, siempre que sea útil arrostrarlos; porque mas deshonra á un príncipe evitarlos en los combates que no ir jamas á la guerra, y no debe ser dudoso al soldado el valor de su caudillo. Si es necesario á un pueblo conservar los dias del monarca, lo es todavía mucho mas que nunca sea dudosa la reputacion del valor de este. Acordaos de que el que manda debe dar ejemplo á los que obedezcan, para animar á todo el ejército. No temais ningun peligro, y pereced en la lid antes de que se dude de vuestro valor; porque los aduladores que mas se esfuerzan á alejaros del riesgo serán los primeros que dirán en secreto que sois flaco de corazon, si lo logran con facilidad.

Mas no busqueis los peligros sin utilidad; porque el valor no es virtud cuando no le dirige la prudencia, sino desprecio insensato de la vida y ardor brutal: el valor arrebatado nada tiene de seguro. El que no se domina en las ocasiones de peligro es mas fogoso que valiente; debe estar fuera de sí para ser superior al temor, porque no puede vencerle cuando su corazon se halla en el estado natural. En esta situacion, si no se huye, se sobresalta al menos: pierde la libertad de ánimo que necesitaria para dictar órdenes acertadas, aprovechar las ocasiones, destruir á sus enemigos y servir á la patria. Posee el ardor de un guerrero, pero no el discernimiento de un caudillo; y aun le falta el verdadero valor del simple soldado, porque este debe conservar en la pelea la serenidad y moderacion necesarias para obedecer. El que se espone temerariamente turba el orden y disciplina militar, presentando un ejemplo de temeridad que espone muchas veces á grandes desgracias todo un ejército; y los que prefiere la vana ambicion al interes de la causa comun merecen castigos en vez de recompensas.

Guardaos bien, hijo querido, de buscar con impaciencia la gloria porque el verdadero medio de hallarla es aguardar tranquilamente la ocasion de alcanzarla. La virtud se hace mas digna de respeto cuando es mas

sencilla, mas modesta y mas enemiga del fausto; y á medida que crece la necesidad de arrostrar el peligro, deben aumentar siempre los auxilios de la prevision y del valor. Por lo demas, acordaos de que es preciso no escitar la envidia, y no seais por vuestra parte rival de la prosperidad de ninguno: load siempre al que merezca elogio; pero con discernimiento, diciendo lo bueno complacido, y ocultando lo malo condoliendoos de ello.

Nunca decidais en presencia de esos caudillos ancianos y llenos de una esperiencia que os falta: escuchadlos con deferencia; consultad con ellos; rogad á los mas consumados que os instruyan, y no os avergonceis de atribuir á sus instrucciones vuestros mejores hechos. Por último, jamas deis oídos á los que intenten escitar vuestra desconfianza y rivalidad: habladles con ingenuidad y confianza, y si creéis que os han faltado, descubridles vuestro corazon. Si son capaces de conocer la nobleza de semejante conducta, obtendréis su estimacion y lograréis lo que deseareis; y si, por el contrario, desconociesen vuestros sentimientos, penetraréis por vos mismo la injusticia que debeis soportar, adoptaréis medidas prudentes para no comprometeros mientras dure la guerra, y de nada tendréis que arrepentiros. Pero sobre todo nunca digais los motivos de queja que creais tener contra los caudillos del ejército á aquellos aduladores que se ocupan en sembrar la discordia entre los que obedecen.

Yo permaneceré aquí para auxiliar á Idomeneo en la necesidad en que se halla de ocuparse en beneficio de su pueblo, y para hacerle enmendar los yerros á que le ha arrastrado el mal consejo de la adulacion al establecer su nuevo reino.

Entonces no pudo dejar Telemaco de manifestar su sorpresa y aun su desprecio acerca de la conducta de Idomeneo. Mas replicóle Mentor con severidad: ¿Os maravillais, le dijo, de que obren como hombres los mas dignos de estimacion, y aun de que manifiesten debilidades propias de la humanidad en medio de los escollos

innumerables, é inseparables de la dignidad real? Ciertamente es que Idomeneo ha sido criado en ideas de fausto y alvivez; pero ¿qué filósofo podría encontrar defensa contra la adulacion, si hubiese ocupado su lugar? Sin duda se ha dejado prevenir por los que obtuvieron su confianza; pero los reyes mas sabios son engañados muchas veces, por mas precauciones que tomen para evitarlo, porque un monarca no puede pasar sin ministros que le alivien y de quienes se fie, pues le es imposible hacerlo todo por sí. Ademas los reyes conocen con mayor dificultad que los demas hombres á aquellos que les rodean, porque en su presencia estan siempre enmascarados, y emplean toda clase de artificios para engañarles. ¡Ah! ¡demasiado lo experimentaréis, Telémaco! No se encuentra en los hombres ni las virtudes ni los talentos que en ellos se busca. Por mas que se les estudie y escudriñe, uno queda burlado todos los días. Jamás se consigue hacer de los mejores hombres lo que se necesitaria hacer de ellos para el público. Ellos tienen sus terquedades, sus incompatibilidades, sus competencias; y muy poco se logra persuadirlos y corregirlos.

Cuanto mayor es el número de pueblos que hay que gobernar, tanto debe serlo el de los ministros que hagan lo que uno no puede hacer por sí mismo; y cuanto mas necesita uno de hombres á quienes deba confiar la autoridad, tanto mas expuesto se halla á equivocarse en tales elecciones. Critica hoy sin piedad á los reyes quien gobernaría mañana peor que ellos, y cometeria los mismos yerros, con otros infinitamente mayores, si se le confiase el mismo poder. La condicion privada, cuando con ella se junta alguna habilidad para hablar bien, encubre todos los defectos naturales, realza talentos que alucian, y hace parecer á un hombre digno de todos los puestos de que está distante. La autoridad empero es la que pone todos los talentos á una cruda prueba, y la que descubre grandes imperfecciones.

Un alto rango es como ciertos vidrios que abultan todos los objetos. Todos los defectos parece que crecen en los puestos elevados, donde tienen las mas mínimas cosas grandes consecuencias, y donde las faltas mas leves tienen violentas reacciones. El mundo entero está

ocupado en observar incesantemente á un solo hombre y en juzgarle con el mayor rigor. Los que le juzgan no tienen esperiencia ninguna del estado en que se halla; no conocen sus dificultades, y no quieren ya que sea hombre, tantas son las perfecciones que de él exigen. Por bueno y sabio que sea un rey, al fin es hombre: su talento tiene límites, y su virtud las tiene igualmente. Tiene sus hábitos, su genio, sus pasiones de las que no es del todo dueño. Está sitiado por gentes interesadas y artificiosas, y no encuentra los auxilios que busca. Cada día incurre en algun error, á impulso, ora de sus pasiones, ora de las de sus ministros. No bien ha enmendado un yerro, luego vuelve á incidir en otro. Tal es la condicion de los reyes mas ilustrados y virtuosos.

Los reinados mejores y de mayor duracion son demasiado cortos é imperfectos para enmendar en su último período aquello que involuntariamente se menoscabó al principio. Acompañan á la soberania todas estas miserias, y la impotencia humana sucumbe bajo un peso tan abrumador. Es preciso compadecer y disculpar á los reyes. ¿No son dignos de compasion por tener que gobernar á tantos hombres cuyas necesidades son infinitas, y que dan tantos sinsabores á los que anhelan gobernarles bien? Hablando francamente, los hombres merecen compasion por tener que ser gobernados por un rey que es semejante á ellos; pues para enderezarlos seria preciso un dios. Pero no son menos dignos de lástima los reyes, no siendo sino hombres, es decir débiles é imperfectos, por tener que gobernar á esa innumerable multitud de hombres corrompidos y engañados.

Idomeneo perdió por culpa suya el reino de sus mayores en Creta, respondió con viveza Telémaco; y sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento.

Confieso, replicó Mentor, que ha incurrido en graves yerros, pero buscad en Grecia y en los países mas civilizados un rey que no los haya cometido indisculpables. Los hombres mas grandes tienen en su temperamento y en el carácter de su genio defectos que les arrastran, y los mas dignos de elogio son aquellos que poseen

bastante valor para conocer y reparar sus extravíos. ¿Pensais que Ulises, el grande Ulises vuestro padre, que es el modelo de los reyes de Grecia, no tiene tambien sus debilidades y defectos? ¡Cuántas veces hubiera sucumbido á los peligros y dificultades con los que le burló la fortuna si no le hubiese conducido Minerva paso á paso! ¡Qué de veces le ha detenido ó enderezado para conducirle siempre á la gloria por el camino de la virtud! No esperéis aun hallarle sin imperfecciones quando le veáis reinar con tanta gloria en Itaca: algunas advertiréis en él sin duda. La Grecia, el Asia y todas las islas le han admirado á pesar de sus defectos, que mil calidades maravillosas hacen se le disimule. Demasiado feliz seréis en poderle admirar tambien y estudiarle sin cesar como vuestro modelo.

Telémaco, acostumbrado á no esperar de los hombres mas grandes otra cosa que lo que puede hacer la humanidad. La inesperta juventud se entrega á una crítica presuntuosa que le hace ver con disgusto los modelos que le es preciso seguir, y que la conduce á una indolencia incurable. No solamente debéis amar, respetar, imitar á Ulises aunque no sea perfecto, sino que debéis estimar en mucho á Idomeneo, sin embargo de lo que he reprendido en él. Él es naturalmente sincero, recto, equitativo, liberal, benéfico; es perfecto su valor; detesta el fraude quando le conoce y sigue libremente las verdaderas inclinaciones de su corazón. Sus prendas exteriores son grandes y proporcionadas al puesto que ocupa. La ingenuidad con que confiesa sus faltas, su mansedumbre, su sufrimiento para permitir le diga las cosas mas desagradables, el valor con que enmienda públicamente sus yerros y se hace superior á la crítica humana, manifiestan una alma verdaderamente grande. La fortuna ó el consejo de otro pueden preservar de ciertos errores al hombre de muy poca capacidad; mas solo una virtud extraordinaria puede empeñar á un rey largo tiempo seducido por la adulacion á que repare sus desaciertos: y es mucho mas glorioso levantarse de este modo, que no haber caído jamas.

Ha incurrido Idomeneo en todos los yerros en que caen casi todos los reyes: pero casi ningun rey hace

para corregirse lo que él acaba de hacer. En cuanto á mí, le estaba admirando mas y mas al mismo instante en que me permitia contradecirle. Admiradle vos tambien, querido Telémaco: por utilidad vuestra mas bien que por su reputacion os doy este consejo.

Con estas palabras hizo conocer Mentor á Telémaco el peligro de ser injusto dejándose llevar á una crítica rigurosa contra los demas hombres, y sobre todo contra aquellos que tienen á su cargo los trabajos y las dificultades del gobierno. En seguida le dijo. Tiempo es ya de que parlais: á dios. Yo os aguardaré caro Telémaco. No olvideis que el que teme á los dios nada tiene que temer de los hombres. Os veréis en los mayores peligros; pero sabed que Minerva no os abandonará.

Al oír Telémaco estas palabras, creyó que sentia la presencia de la diosa; y aun hubiera conocido ser ella quien las decia para llenarle de confianza, si la diosa no le hubiese recordado la idea de Mentor, añadiendo: No olvideis, hijo mio, la solicitud con que os he cuidado durante la infancia para haceros sabio y valeroso como Ulises. Nada hagais que no sea digno de estos grandes ejemplos y de las máximas de virtud que he procurado inspiraros.

Ya el sol comenzaba á elevarse y doraba las altas cimas de las montañas, quando salieron de Salento los reyes confederados para reunirse con sus tropas. Acampadas estas al rededor de la ciudad, se pusieron en marcha bajo el mando de sus caudillos. Relucia por todas partes el hierro de las agudas picas; ofuscaba la vista el brillo de los escudos, y se elevaba hasta las nubes un torbellino de polvo. Idomeneo y Mentor acompañaron en el campo á los reyes aliados que se alejaban de los muros de la ciudad. Por último, se separaron despues de haberse dado mutuas pruebas de verdadera amistad; y no dudaron ya los aliados seria durable la paz, luego que conocieron el bondadoso corazón de Idomeneo, que les habian pintado muy diferente de lo que era: porque juzgaban de él, no por sus naturales sentimientos, sino por los consejos lisonjeros é injustos á que habia dado oídos.

Después que hubo partido el ejército, Idomeneo condujo á Mentor por todos los barrios de la ciudad. Veamos, decía este, cuantos varones teneis en la ciudad y en el campo; hagamos el censo de ellos. Examinemos cuantos labradores teneis entre esos varones. Veamos cuanto llevan vuestras tierras, en los años medianos, de trigo, vino, aceite y demas cosas útiles. Con ello sabremos si la tierra da lo necesario para el sustento de todos sus moradores, y si produce de que hacer un comercio útil de lo sobrante con los países extranjeros. Examinemos tambien cuantos buques teneis y cuantos marineros, que ahí es por donde se ha de juzgar de vuestro poderio. Fué á visitar el puerto, y entró en cada nave. Informóse de los países adonde iba cada una para el comercio, inquiriendo cuales géneros llevaba allí, y cuales traía á su regreso; cual era el gasto del buque durante la navegacion, los préstamos que se hacian unos á otros los comerciantes, y las asociaciones que entre sí formaban, á fin de saber si eran equitativas y fielmente observadas; en fin, los azares del naufragio y las demas desgracias del comercio, para prevenir la ruina de los comerciantes, quienes, por la codicia del lucro, emprenden muy á menudo mas allá de sus facultades.

Quiso que fuesen castigadas severamente todas las quiebras, porque las que estan exentas de mala fe, casi nunca lo estan de temeridad. Al propio tiempo puso reglas para lograr el que fuese fácil no quebrar jamas. Instituyó magistrados á quienes daban cuenta los comerciantes de sus haberes, de sus ganancias, de sus gastos y de sus empresas. Nunca se les permitia arriesgar el caudal ajeno, y ni aun podian aventurar mas de la mitad del propio. Además, hacian en sociedad las especulaciones que no podian emprender por sí solos; y el buen orden de esas sociedades era inviolable, por el rigor de las penas impuestas á los que las quebrantarian. Por lo demas era absoluta la libertad del comercio, y lejos de que se le incomodase con subsidios, se ofrecian recompensas á todos los comerciantes que lograrían atraer á Salento el comercio de alguna nueva nacion.

¡ fué que los pueblos acudieron allí luego en gran número desde todos los puntos. El comercio de aquella ciudad era semejante al flujo y reflujo del mar. Las riquezas entraban en ella como vienen las olas por cima unas de otras. Todo se llevaba allí y salia libremente. Todo cuanto entraba era útil, y todo lo que salia dejaba saliendo otras riquezas en su lugar. La severa justicia presidia en el puerto en medio de tantas naciones. La franqueza, la buena fé, el candor parecia que llamaban, desde lo alto de aquellas soberbias torres, á los mercaderes de las tierras mas lejanas; y cada uno de esos mercaderes, ora viniese de las playas orientales donde cada dia sale el sol del seno de las ondas, ora partiera de aquel vasto mar donde el sol, cansado de su carrera, va á apagar sus fuegos, vivia quieto y con toda seguridad en Salento lo mismo que en su patria.

En cuanto á lo interior de la ciudad, Mentor visitó los almacenes, tiendas de artesanos y todas las plazas públicas. Prohibió todas las mercaderias de los países extranjeros que pudieran introducir el lujo y la molicie. Ordenó los trajes, comidas, muebles, y la capacidad y adorno de las casas para las diversas condiciones. Desterró todo adorno de oro y plata; y dijo á Idomeneo: Solo hallo un medio para que sea este pueblo moderado en sus gastos, y es que vos mismo te deis el ejemplo. Es necesario que tengais cierta majestad en lo exterior; mas vuestra autoridad se señalará bastantemente por las guardias y ministros principales que os acompañen. Contentaos con un traje de lana muy fina teñida de púrpura: vistan igual teia los primeros personajes del estado, sin otra diferencia que en el color y una lijera bordadura de oro que llevaréis al extremo del vuestro. La variedad de colores servirá para distinguir las diferentes condiciones sin necesidad de oro, plata ni pedrerias.

Arreglad las condiciones por el nacimiento. Colocad en la primera á aquellos cuya nobleza sea mas antigua y esclarecida. Los que tengan el mérito y la autoridad de los empleos se hallarán bastante satisfechos con venir después de aquellas antiguas é ilustres familias que

viven en la dilatada posesion de los primeros honores. Los que no les igualen en nobleza cederán sin dificultad, con tal que no les habitueis á desconocerse en una fortuna elevada en demasía, y dispenseis elogios á la moderacion de los que sean modestos en la prosperidad. La distincion menos espuesta á los tiros de la envidia es aquella que proviene de una serie dilatada de ascendientes.

En cuanto á la virtud, ya será estimulada bastante, y no faltará celo para servir al estado, con tal que concedais coronas y estatuas á las buenas acciones, y señaleis estas como un principio de nobleza para los hijos de aquellos que las habrán hecho.

Las personas de mayor jerarquía despues de vos, vestirán de blanco con una franja de oro en la parte inferior de su vestido. Llevarán al dedo un anillo de oro, y al cuello una medalla de oro con vuestra efigie. Los de la jerarquía inmediata vestirán de azul con la franja de plata y el anillo, pero sin la medalla; los de la tercera, de verde, sin franja ni anillo, pero con la medalla de plata; los de la cuarta de amarillo narajado; de color de rosa los de la quinta; de color pardo claro los de la sesta; y los de la sétima, que serán los últimos del pueblo, de blanco amarillento.

Aquí teneis los trajes de las siete condiciones diferentes, respecto de los hombres libres. Todos los esclavos vestirán de pardo oscuro. De esta manera, sin gasto ninguno, quedará distinguido cada uno segun su condicion respectiva, desterrándose de Salento las artes todas que se dirigen á mantener el fausto. Los que hoy se emplean en estas artes perniciosas se dedicarán á las necesarias, que son en corto número, á la agricultura ó al comercio. No se permitirá jamas ninguna alteracion en la clase de telas ni en la hechura de los vestidos; porque es indigno que los hombres destinados á una vida seria y noble se entretengan en inventar adornos afectados, ni que permitan que sus esposas, á quienes serian menos vergonzosos tales entretenimientos, incurran jamas en semejantes excesos.

Parecido Mentor al diestro jardinero que corta de los árboles frutales las ramas inútiles, procuraba así cortar el fausto que corrompia las costumbres, y reducía todo á una noble y frugal sencillez. Arregló al mismo tiempo los alimentos de los ciudadanos y esclavos. ¡Qué vergüenza, decia, hagan consistir su grandeza los hombres de mas elevada clase en los manjares que debilitan su alma y arruinan insensiblemente la salud de su cuerpo! Deben cifrar su dicha en su moderacion, en su autoridad para hacer bien á los demas hombres, y en la reputacion que sus buenas acciones deben merecerles. La sobriedad halla sabrosos los alimentos mas simples. Ella es la que, además de la salud mas robusta, da los placeres mas puros y constantes. Es necesario, pues, limiteis vuestra comida á las mejores carnes, pero preparadas sin ningun aderezo; porque es un arte para emponzoñar á los hombres el de excitar su apetito mas allá de la verdadera necesidad.

Conoció Idomeneo que habia obrado mal con permitir que los habitantes de su nueva ciudad relajasen y corrompiesen sus costumbres violando las leyes de Minos acerca de la sobriedad; pero le hizo advertir Mentor que hasta las leyes, aunque renovadas, serian inútiles si el ejemplo del rey no les daba una autoridad que no podian adquirir de otra parte. Reformó Idomeneo su mesa sin dilacion, admitiendo solo en ella pan esquisito, vino del país, que es muy agradable, pero en corta cantidad, y algunas carnes sencillas, como las comian los demas Griegos durante el sitio de Troya. Nadie osó quejarse de una ley que el monarca se imponia á sí mismo; y cada uno se corrigió de la profusion y delicadeza en que comenzaban á abundarse en las comidas.

Proscribió en seguida Mentor la música muelle y afeeminada, que corrompia toda la juventud. No condenó con menos severidad la música báquica que embriaga no menos que el vino, y que engendra unas costumbres llenas de impudencia y de desenfreno. Redujo toda la música á las festividades en los templos para cantar

las alabanzas de los dioses, y de los héroes que dieran ejemplos de las mas señaladas virtudes. Tampoco permitió sino en los templos los grandes ornamentos de arquitectura, como las columnas, frontispicios, pórticos; suministró modelos de una arquitectura sencilla y elegante para edificar en corto espacio una casa cómoda y alegre para una numerosa familia; de suerte que su situación fuese sana, los cuartos separados unos de otros, y que el orden y el aseo se mantuviesen fácilmente, y cuya manutención fuese de poco coste.

Quiso que todas las casas de alguna consideración tuviesen un salón y un pequeño peristilo¹, con aposentos reducidos para todas las personas libres; mas prohibió severamente la multitud superflua y la magnificencia de los cuartos. Estos diferentes modelos de casas, proporcionadas al número de cada familia, sirvieron para hermostear una parte de la ciudad, y para darle regularidad sin crecidas espensas; mientras que la otra parte, edificada según el capricho y fausto de los particulares, era menos agradable y cómoda, á pesar de su magnificencia. Aquella parte de la ciudad fué acabada en poco tiempo, porque la costa inmediata de la Grecia suministró buenos arquitectos, y se trajeron del Epiro y de otros países gran número de operarios, con la condicion de que despues de acabar su trabajo se establecerian en las inmediaciones de Salento, y se les adjudicarian terrenos para ponerlos en cultivo y poblar la campiña.

Parecieronle á Mentor la pintura y la escultura artes que no debian abandonarse; pero sin permitir se dedicasen muchos á ellas en Salento. Estableció una escuela donde presidian profesores de gusto esquisito, que examinaban á los alumnos. Nada inferior ni mediano, decia, debe permitirse en estas artes que no son absolutamente necesarias. Por tanto no se han de admitir

1. El peristilo es un edificio circuido de columnas en su interior como los claustros.

en ellas sino jóvenes cuyo genio prometa mucho, y que tienda á la perfeccion. Los demas han nacido para las artes menos nobles, y han de ser empleados con mayor utilidad en las necesidades ordinarias de la república. No se debe emplear á los escultores y pintores sino para conservar la memoria de los hombres grandes y de los hechos heroicos. En los edificios públicos ó en los sepulcros es donde debe conservarse el recuerdo de lo que se obró con una virtud extraordinaria para utilidad de la patria.

Pero la moderacion y frugalidad de Mentor no impidieron autorizase los grandes edificios destinados á las carreras de caballos y carros, á los combates de luchadores, á los del cesto, y á todos los que ejercitan el cuerpo y le hacen mas ágil y vigoroso.

Espelió un sinnúmero de mercaderes que vendian varias telas labradas de países lejanos, bordaduras de alto precio, vasijas de oro y plata con efigies de dioses, de hombres y de animales, y por último licores y perfumes. Quiso así mismo que los muebles de cada casa fuesen sencillos y contruidos de manera que durasen largo tiempo. De modo que los Salentinos, que se lamentaban de su pobreza, comenzaron á experimentar las muchas riquezas supérfluas que poseian; pero eran riquezas engañosas que los empobrecian, y se hacian efectivamente ricos á proporcion que tenian valor para desprenderse de ellas. Es enriquecerse, decian ellos mismos, el despreciar unas riquezas que consumen al estado, y el disminuir sus menesteres reduciéndolos á las verdaderas necesidades de la naturaleza.

Reconoció sin dilacion los arsenales y almacenes para cerciorarse de si se hallaban en buen estado las armas y demas pertrechos necesarios para la guerra: porque siempre, decia, se debe estar en disposicion de emprenderla, para no verse nunca reducido á la desgracia de hacerla. Halló faltaban muchas cosas, y al momento se reunió á los operarios para que labrasen el hierro, acero y alambre. Veíanse fraguas encendidas, y tor-

bellinos de humo y de llamas semejantes al fuego subterráneo que vomita el monte Etna. Resonaba el martillo sobre el yunque, que se estremecía á los repetidos golpes. Los vecinos montes y las playas del mar retumbaban al ruido : de modo que uno creyera estar en aquella isla en donde Vulcano, animando á los Cíclopes, forja rayos para el padre de los dioses : y por una sabia prevision, en el seno de la paz profunda se veian los preparativos de la guerra.

En seguida salió Mentor de la ciudad con Idomeneo, y halló inculta una gran porcion de tierras fértiles; otras no eran cultivadas sino á medias por el descuido y miseria de los labradores, los cuales, careciendo de brazos y de bueyes, carecian tambien de valor y facultades para perfeccionar la agricultura. Viendo Mentor desolada aquella campiña, dijo al rey, Aquí la tierra no pide sino por enriquecer á sus habitantes; pero los habitantes faltan á la tierra. Hagamos que cultiven estas llanuras y colinas los muchos artesanos que existen en la ciudad, y cuya industria sirve únicamente para corromper las costumbres. Verdaderamente es una desgracia que estos hombres dedicados á las artes que requieren una vida sedentaria no esten ejercitados en el trabajo; pero hé aquí los medios de remediarlo. Dividiremos entre ellos los terrenos incultos, y llamaremos en su auxilio á los pueblos vecinos, que bajo su direccion harán los mas penosos trabajos. Estos pueblos lo harán con tal que se les ofrezca recompensas proporcionadas en frutos de las mismas tierras que metan en cultivo: podrán mas tarde poseer parte de ellas, y ser incorporados por este medio á vuestro pueblo, que todavía no es bastante numeroso. Con tal que sean laboriosos y dóciles á las leyes, no tendréis mejores vasallos, y acrecentarán vuestro poder. Vuestros artesanos de la ciudad, trasplantados al campo, criarán á sus hijos en el trabajo y en el amor á la vida campestre. Además, todos los albañiles extranjeros que trabajan en edificar la ciudad se obligaron á desmontar cierta porcion de tierra, y tambien á cultivarla: agregadlos á vuestro

pueblo luego que hayan acabado su trabajo. Estos operarios se complacerán en pasar su vida bajo una dominacion que hoy es tan suave. Siendo robustos y laboriosos, servirá su ejemplo para escitar al trabajo á los artesanos trasplantados de la ciudad, con quienes se mezclarán. En lo sucesivo, estará poblado todo el pais de familias robustas y dedicadas á la labranza.

Por lo demas, no tengais cuidado respecto al aumento de la poblacion: en breve será innumerable, con tal que faciliteis los matrimonios. El modo de facilitarlos es muy obvio: casi todos los hombres tienen inclinacion para casarse, y solo la miseria les impide realizarlo. Si no los cargais de impuestos, vivirán sin grande trabajo con sus hijos y esposas; pues nunca es ingrata la tierra: alimenta siempre con sus frutos á los que la cultivan cuidadosamente; solo niega sus beneficios á aquellos que son perezosos en darle su trabajo. Cuantos mas hijos tienen los labradores, tanto mas ricos son, si el príncipe no los empobrece; porque desde la infancia comienzan sus hijos á serles útiles. Apacenta el menor los carneros; los de mas edad conducen ya los rebaños, y los mayores labran la tierra con su padre. Entre tanto prepara la madre de toda la familia una comida sencilla para el esposo y los queridos hijos que han de regresar fatigados del trabajo del dia; cuida de ordeñar las vacas y ovejas, y se ven correr arroyos de leche; enciende una gran lumbre, á cuyo derredor se entretiene en cantar durante la noche toda la familia inocente y pacífica mientras llega la hora de entregarse al sueño; prepara quesos, castañas y las frutas conservadas tan frescas como si se acabasen de cogerse.

Regresa el pastor con su gaita y canta á la familia reunida las canciones nuevas que han aprendido en las aldeas vecinas. Entra el labrador con el arado, cuyos cansados bueyes andan inclinada la cabeza con pasos tardos y lentos á pesar del aguijon que les hostiga. Todas las penas del trabajo acaban con el dia. Las admiradas que por disposicion de los dioses esparce el

Sueño sobre la tierra, amansan con sus encantos las negras pesadumbres, y tienen toda la naturaleza en un dulce encanto: todos duermen sin prever los trabajos del día siguiente.

¡Felices esos hombres exentos de ambición, desconfianza y artificio, si les dan los dioses un buen rey que no turbe su inocente júbilo! Pero ¡qué horrible inhumanidad arrebatarnos por miras de ambición y de fausto los dulces frutos de la tierra, que deben únicamente á la liberal naturaleza y al sudor de su frente! La naturaleza por sí sola arrojará de sus entrañas fecundas lo que baste á un infinito número de hombres moderados y laboriosos; pero el orgullo y la molición de algunos son los que sumen tantos otros en una espantosa pobreza.

¿Qué haré, replicó Idomeneo, si descuidan el cultivo los que diseminan en estas fértiles campiñas?

Haced, respondió Mentor, lo contrario de lo que se hace comunmente. Los príncipes codiciosos y faltos de prevision cuidan únicamente de cargar con impuestos á los vasallos mas vigilantes é industriosos en hacer fructificar sus haciendas, porque se prometen ser pagados mas fácilmente; y al mismo tiempo cargan menos á aquellos á quienes la pereza hace mas miserables. Desterrad este mal orden que agobia á los buenos, recompensa al vicio, é introduce una negligencia tan funesta al monarca como al estado. Poned tasas, estableced multas y, si es preciso, otras penas rigurosas contra aquellos que descuiden sus campos, así como castigaríais al soldado que abandonase su puesto en la guerra; y por el contrario, dad gracias y conceded exenciones á las familias que, multiplicándose, aumenten á proporcion el cultivo de sus tierras. En breve se multiplicarán las familias y se animarán todos al trabajo, el cual llegará á ser honroso. Dejará de ser menospreciada la profesion de labrador, luego que no esté agobiada con tantos males. Volverá á honrarse el arado manejándole la mano victoriosa que haya defendido á la patria. No será menos bien visto el cultivar durante una di-

chosa paz el patrimonio de sus ascendientes, que haberlo defendido con valor durante las turbulencias de la guerra. Florecerán los campos: se coronará Ceres con doradas espigas; hollando Baco con su planta la uva, hará correr de las faldas de los montes raudales de vino mas dulce que el néctar; resonarán los hondos valles al concierto de los pastores, que unirán sus voces con sus instrumentos, á orillas de cristalinos arroyos, en tanto que los ganados se apacentarán sobre la yerba, entre las flores, sin temor de los lobos.

¿No seréis demasiado feliz, ó Idomeneo, con ser el manantial de tantos bienes, y haciendo vivir en tan amable sosiego á tantos pueblos á la sombra de vuestro nombre? Esta gloria ¿no es mas halagüeña que la de asolar la tierra, de esparcir por todas partes, y casi igualmente en el propio suelo, en medio aun de las victorias, que en el suelo de los extranjeros vencidos, la turbacion, el horror, el desfallecimiento, la consternacion, el hambre y la desesperacion?

¡Feliz el monarca tan favorecido de los dioses y dotado de un corazón tan grande, que quiera emprender ser así las delicias de su pueblo, y mostrar á todos los siglos cuadro tan risueño! Toda la tierra, lejos de resistirle combatiendo, vendría á sus plantas para suplicarle se digne reinar sobre ella.

Pero cuando los pueblos se vean en la abundancia y en la paz, respondió Idomeneo, los corromperán las delicias, y empobrecerán contra mí las fuerzas que les baya dado.

Nada temais, dijo Mentor: ese es un pretexto de que se valen siempre para lisonjear á los príncipes pródigos que quieren agobiar con impuestos á sus pueblos. El remedio es fácil. Las leyes que acabamos de establecer para la agricultura harán su vida laboriosa; y en medio de la abundancia solo tendrán lo necesario, porque hemos proscrito las artes que suministran lo superfluo. Esta misma abundancia será disminuida por la facilidad de los matrimonios y por la multiplicacion de las familias. Siendo cada familia numerosa, y poseyendo un terreno corto, tendrá precision de cultivarlo con un trabajo asiduo. La ociosidad y la molición son las que

hacen á los pueblos rebeldes é insolentes. Verdaderamente ellos tendrán pan, y con abundancia; pero tendrán solo pan y frutos de su propio suelo adquiridos con el sudor de su rostro.

A fin de mantener vuestro pueblo en esta moderacion, ha de fijarse desde ahora la porcion de terreno que pueda poseer cada familia. Ya sabeis que hemos dividido todo vuestro pueblo en siete clases segun las diferentes condiciones; no se ha de permitir que cada familia, en cada clase, pueda poseer mas que la porcion de terreno absolutamente necesaria para la subsistencia del número de personas de que conste. Siendo invariable esta regla, no podrán hacer los nobles adquisiciones sobre los pobres: todos tendrán terreno, pero cada uno no tendrá sino muy poco, y será escitado con esto á cultivarlo bien. Si despues de una larga serie de tiempo faltasen aquí las tierras, se fundarian colonias que acrecerian el poder de este estado.

Creo ademas que debéis poner cuidado en que no se haga demasiado comun el uso del vino. Si se han plantado viñas en exceso, es preciso arrancarlas: porque el vino es el origen de los mayores males entre los pueblos; causa las enfermedades, riñas, sediciones, la ociosidad, el tedio al trabajo y los desórdenes domésticos. Resérvese pues el vino como un remedio ó cual raro licor que solo se emplea para los sacrificios y las festividades extraordinarias. Pero no esperéis que esta importante regla sea observada si vos mismo no dais el ejemplo.

Deben guardarse ademas inviolablemente las leyes de Minos para la educacion de la infancia. Es menester se establezcan escuelas públicas en donde se enseñe el temor á los dioses, el amor á la patria, el respeto á las leyes, y la preferencia del honor sobre los placeres y aun sobre la misma vida.

Es necesario que haya magistrados que vigilen sobre las familias y sobre las costumbres de los particulares. Velad vos mismo, vos que no sois rey, es decir, pastor del pueblo, sino para velar noche y dia sobre vuestro rebaño; de este modo prevendréis gran número de es-

cesos y crímenes: los que no podais prevenir castigadlos severamente al principio. Es una clemencia, hacer desde luego ejemplares que contengan el curso de la iniquidad. Con un poco de sangre derramada oportunamente se ahorra mucha, y uno se pone en estado de ser temido sin usar con frecuencia del rigor.

Pero ¿qué máxima tan detestable la de creer que solo puede hallarse la seguridad en la opresion de los vasallos! No facilitarles la instruccion, no encaminarlos á la virtud, no hacerse nunca amar, estrecharlos con el terror hasta la desesperacion, ponerlos en la horrosa necesidad ó de no poder jamas respirar libremente, ó de sacudir el yugo de vuestra dominacion tiránica, ¿es acaso el medio seguro de reinar sin inquietud? ¿es el verdadero camino que conduce á la gloria?

Acordaos de que los paises donde la dominacion del soberano es mas absoluta, son aquellos donde los soberanos son menos poderosos. Toman, arruinan todo: ellos poseen solos todo el estado, pero tambien todo el estado desfallece: vense incultos y casi desiertos los campos: cercénanse las ciudades de dia en dia, y agótase el comercio.

El rey, que no puede ser solo, y que no es grande sino por sus pueblos, se aniquila él mismo poco á poco por el aniquilamiento insensible de los pueblos de quienes provienen su poder y sus riquezas. Ve su estado exhausto de dinero y de hombres; esta última pérdida es la mayor y mas irreparable. Su poder absoluto hace tantos esclavos cuantos vasallos tiene. Le adulan, tiemblan a sus miradas: pero aguardad la mas leve revolucion; este poder monstruoso, llevado hasta un extremo harto violento, no puede ser duradero; él no tiene recurso ninguno en el corazon de los pueblos; él ha cansado é irritado á todas las clases del estado; él ha precisado todos los individuos de ellas á suspirar por un cambio que mejore su suerte. Derrocado el ídolo al primer golpe, se quiebra y son pisados sus pedazos. El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, en una palabra, las pasiones todas, se arman contra autoridad tan aborrecida.

El rey, que, en su vana prosperidad, no encuentra

uno solo bastante atrevido para decirle la verdad, no encontrará en su desgracia ningún hombre que se digna ni de disculparle, ni de defenderle contra sus enemigos.

Después de este discurso, Idomeneo, persuadido por Mentor, repartió sin tardanza los terrenos baldíos, llenándolos con todos los artesanos inútiles, y ejecutó cuanto había sido resuelto. Solamente reservo para los albañiles las tierras que les tenía destinadas, y que no podían estos cultivar sino después de concluidas sus obras en la ciudad.

FIN DEL LIBRO DOCE, Y DEL TOMO PRIMERO.

LAS AVENTURAS

DE

TELÉMACO.

TOMO SEGUNDO.

LIBRO XIII.

Idomeneo refiere á Mentor como tenía puesta su confianza en Protésilas, y los artificios de este privado, que estaba de acuerdo con Timócrates para hacer que pereciera Filocles, y llevar hasta él mismo su traición. Le confiesa que, previendo contra Filocles por ambos, había encargado á Timócrates el ir á matarle en una expedición en que mandaba su flota; que habiendo este errado el golpe, Filocles le había perdonado y se había retirado á la isla de Samos, después de haber entregado el mando de la escuadra á Polimenes, á quien el mismo Idomeneo había nombrado en su orden escrita; que, á pesar de la perfidia de Protésilas, no le ha podido resolverse á deshacerse de él.

La fama del gobierno dulce y templado de Idomeneo atraía ya por todas partes pueblos que se agolpan para incorporarse con el suyo, y buscar la felicidad bajo tan amable dominación. Ya esos campos tanto tiempo cubiertos d

uno solo bastante atrevido para decirle la verdad, no encontrará en su desgracia ningún hombre que se digna ni de disculparle, ni de defenderle contra sus enemigos.

Después de este discurso, Idomeneo, persuadido por Mentor, repartió sin tardanza los terrenos baldíos, llenándolos con todos los artesanos inútiles, y ejecutó cuanto había sido resuelto. Solamente reservo para los albañiles las tierras que les tenía destinadas, y que no podían estos cultivar sino después de concluidas sus obras en la ciudad.

FIN DEL LIBRO DOCE, Y DEL TOMO PRIMERO.

LAS AVENTURAS

DE

TELÉMACO.

TOMO SEGUNDO.

LIBRO XIII.

Idomeneo refiere á Mentor como tenía puesta su confianza en Protésilas, y los artificios de este privado, que estaba de acuerdo con Timócrates para hacer que pereciera Filocles, y llevar hasta él mismo su traición. Le confiesa que, previendo contra Filocles por ambos, había encargado á Timócrates el ir á matarle en una expedición en que mandaba su flota; que habiendo este errado el golpe, Filocles le había perdonado y se había retirado á la isla de Samos, después de haber entregado el mando de la escuadra á Polimenes, á quien el mismo Idomeneo había nombrado en su orden escrita; que, á pesar de la perfidia de Protésilas, no le ha podido resolverse á deshacerse de él.

La fama del gobierno dulce y templado de Idomeneo atraía ya por todas partes pueblos que se agolpan para incorporarse con el suyo, y buscar la felicidad bajo tan amable dominación. Ya esos campos tanto tiempo cubiertos d

abrojos y de espinas prometen abundantes milses y frutos ántes desconocidos. La tierra abre su seno al filo del arado, y prepara sus tesoros para remunerar al labrador: la esperanza brilla donde quiera. En los valles como en las colinas se ven los rebaños de carneros que retozan sobre la yerba, y las grandes manadas de bueyes y becerras que hacen resonar con sus mugidos las altas montañas: estos ganados abonan los campos. Su adquisicion se ha debido á Mentor. Por su consejo cambió Idomeneo con los Peucetes⁴, pueblos comarcanos, todas las cosas superfluas que ya no se querian en Salento. Por esos ganados de que los Saientinos carecian.

Rebosaban á la sazón la ciudad y los lugares del contorno de una juventud hermosa, que habia sufrido mucho tiempo en la miseria, sin atreverse á casarse por el miedo de aumentar sus padecimientos. Cuando vieron que Idomeneo se daba á sentimientos de humanidad, y que deseaba ser su padre, no temieron el hambre ni las demas calamidades con que el cielo aflige la tierra. Ya no se oian sino gritos de júbilo, cantilenas de pastores y labriegos que festejaban sus bodas. Hubiérase creído allí al dios Pan⁵ seguido de una turba de sátiros y faunos revueltos con los ninfas, y bailando al son de la flauta en la sombra de las selvas. En todo reinaban la paz y la alegría; pero el gozo era moderado, y esos placeres que solo servian de solaz en las continuas tareas, se mantenian así mas sabrosos é inocentes.

Los ancianos, atónitos al presenciar lo que no hubieran podido imaginarse posible en el curso de una edad tan avanzada, lloraban de contento, y alzaban al cielo sus trémulas manos. O gran Júpiter, decian, bendecid al rey que se os asemeja, y que es el mayor de los dones que nos habeis concedido. Ha nacido para bien de los hombres, remuneradle todos los que de él recibimos. Nuestros nietos,

⁴ Pueblos vecinos de los Dauntos, que habitaban la parte de Itali que hoy llaman Bari, en el reino de Nápoles.

⁵ Dios de la naturaleza, á quien daban culto especial los pastores. Enamorado de la ninfa Sirince, la transformó en caña y de ella hizo una flauta.

frutos de estos casamientos que él fomenta, le deberán hasta el haber nacido, y será verdaderamente el padre de todos sus súbditos. Los mancebos y las doncellas que se desposaban, no prorumpian en demostraciones de alborozo sino cantando las alabanzas de aquel á quien debian tanta ventura. Su nombre llenaba continuamente los labios y mas aun los corazones. Temíase á dicha poderle ver, se temia perderle: tamaña pérdida hubiera sido el desconsuelo de cada una de las familias.

Entónces Idomeneo confesó á Mentor que jamas habia sentido placer tan tierno como el de ser amado, y de labrar a felicidad de tantas gentes. Nunca lo hubiera creído, decia: se me antojaba que toda la grandeza de los príncipes consistia en hacerse temer, que para ellos habian nacido los demas hombres, y me parecia mera fábula cuanto yo habia oido decir de los reyes que habian sido el amor y las delicias de sus pueblos, cuya verdad reconozco ahora. Pero es menester que os cuente como habian emponzoñado mi corazon desde la niñez con las falsas ideas de la autoridad de los reyes. Hé ahí lo que ha causado todas las desgracias de mi vida. Idomeneo pues comenzó esta narracion:

Protésilas, que es poco mayor que yo, fué el que entre todos los jóvenes que yo amaba, me ganó mas la voluntad. Su carácter vivo y resuelto era muy de mi gusto: compartió mis placeres, halagó mis inclinaciones, y me inspiró desconfianza de otro joven llamado Filocles, á quien yo amaba tambien. Temia este á los dioses, y era de ánimo grande, aunque modesto, poniendo la grandeza, no en encumbrarse, sino en vencerse á sí mismo, y en no caer en vileza alguna. Me hablaba de mis defectos sin rodeos; y cuando no se determinaba á hablarme, su silencio y la tristeza del semblante me daban á entender bien claramente lo que me queria reprender.

Al principio me agradaba su sinceridad, y muchas veces le prometia que lo escucharia toda mi vida con igual confianza á fin de preservarme de los aduladores. Decíame él todo lo que yo debia de hacer para seguir las huellas de mi abuelo Minos, y para procurar la felicidad á mi reino. Su sabiduría no llegaba á la vuestra, Mentor; pero sus máximas eran buenas: ahora lo conozco. Protésilas, que era envidioso y estaba lleno de ambicion, logró con sus artificios irme

causando poco á poco de Filocles. Este no tenia afán de entrometerse, y dejaba prevalecer al otro: se contentaba con decirme la verdad siempre que yo la quería escuchar. Atento estaba á mi bien, no á su fortuna.

Protésilas me persuadió insensiblemente de que era un hombre de genio discolo y soberbio, que motejaba todas mis acciones, que nada me pedia, porque en su altivez nada quería recibir de mí, aspirando á la reputacion de quien es superior á los honores: añadió que aquel jóven que tan libremente me hablaba á mi de mis fallas, hablaba de ellas á los otros con el mismo desenfado; que daba á entender bien claramente que no me apreciaba en cosa alguna; y que menoscabando así mi estimacion, intentaba, con el esplendor de una virtud austera, prepararse el camino del trono.

Desde luego me fué imposible creer que Filocles quisiera destronarme: hay en la verdadera virtud cierto candor, cierta ingenuidad que nada alcanza á remedar, y en que no cabe engaño, si se pone bien cuidado. Pero la entereza de Filocles con mis debilidades me empezaba á fatigar. Las condescendencias de Protésilas, y su magotable ingenio para inventarme nuevos placeres, aumentaban mas aun la impaciencia con que sufría la austeridad del otro.

Protésilas entre tanto, no pudiendo avenirse con que yo no creyera todo lo que contra su enemigo me decía, se resolvió á callar, y á convencerme con alguna prueba mas eficaz que las palabras. Hé aqui como me acabó de engañar: me aconsejó que enviara á Filocles á mandar las naves que debian atacar á las de Carpacia⁴, y para determinarle á hacerlo, me añadió: Bien sabeis que en los elogios que de él hago, no se me tachará de parcialidad: confieso que tiene valor y pericia para la guerra: os servirá mejor que cualquiera otro, y yo prefiero el interes de vuestro servicio á todos mis resentimientos personales.

Regocijéme al hallar tanta rectitud, tanta equidad en el corazon de Protésilas, á quien habia encomendado la administracion de mis negocios mas importantes. En el arrebató de mi alegría le abracé, y me estimé muy dichoso de haber

⁴ Isla del mar Mediterráneo, situada á la entrada del Archipiélago, entre Candia y Rodas: hoy se llama Escarpeno.

puesto mi entera confianza en hombre tan superior en mi juicio á toda passion é interes. Pero ¡ay! ¡cuán dignos de lástima son los principes! Aquel hombre me conocia mejor que yo mismo: sabia que los reyes son por lo comun recelosos y desaplicados: recelosos, por la continua experiencia que tienen del artificio de los hombres corrompidos que los cercan; desaplicados, porque, arrastrados por los placeres, se acostumbran á tener quien piense por ellos, sin tomarse ese trabajo por sí mismos. Previo pues que no le seria difícil suscitar en mí desconfianza y envidia de un hombre que no dejaria de ilustrarse con grandes hazañas, sobre todo facilitándole su ausencia ocasiones para tenderle asechanzas.

Filocles, al partir, conoció lo que iba á sucederle. Acordaos, me dijo, de que no podré defenderme, que no vais á escuchar mas que á mi enemigo, y que mientras os estaré sirviendo con peligro de mi vida, correré el riesgo de no tener por recompensa sino vuestro enojo. — Os engaños, le respondí: Protésilas no habla de vos como vos habláis de él: os ataba, os estima, os juzga digno de los empleos mas importantes: si contra vos probara á hablarme, perderia mi confianza. Nada temais, id, y no penseis sino en servirme bien. Filocles partió y me dejó en una estraña situacion.

Debo confesarlo, Mentor: yo bien veia cuan necesario me era contar con varios hombres de consejo, y cuanto podia perjudicar á mi nombre y al acertado desempeño de los negocios el fiarme de uno solo. Habia experimentado la eficacia de las prudentes sugerencias de Filocles, que me habian libertado de muchas faltas peligrosas en que la altivez de Protésilas habia estado para precipitarme. Pero le habia dejado á este apropiarse cierto ascendiente, que me era muy difícil soportar. Me sentia fatigado de encontrarme entre dos hombres que no podia avenir, y en tal estado de situacion preferia por debilidad correr algún peligro en mis asuntos y respirar con desahogo. De vergüenza no me atreva yo mismo á pensar en el motivo de la resolucion que debia tomar; pero esas torpes razones que no me

atrevia á examinar, no dejaban de influir secretamente en lo íntimo de mi corazón, siendo el móvil verdadero de toda mi conducta.

Filocles sorprendió á los enemigos, alcanzó una victoria cumplida, y se apresuraba á volver, para desbaratar las malas artes que debía temer, cuando Protésilas, que no había tenido bastante tiempo para engañarme, le escribió que yo deseaba que practicara un desembarco en la Isla de Carpacia, para coger el fruto de la victoria. En efecto, me había persuadido de que la conquista de aquella isla me sería fácil; pero lo dispuso de manera que le fallaron á Filocles muchas cosas necesarias, y lo sujetó á ciertas órdenes que, produciendo diversos contratiempos, impidieron llevar á cabo la empresa.

Entre tanto se valió de un criado muy perverso que yo tenía cerca de mí persona, y que acechaba las cosas más leves para darle cuenta de todo, aunque uno y otro aparentaban no verse y no estar conformes en cosa alguna.

Este criado, llamado Timócrates, vino un día con gran secreto á decirme que había descubierto una trama muy peligrosa. Filocles, me dijo, se quiere servir de vuestra escuadra para proclamarse rey de Carpacia: cuenta con los caudillos de las tropas: los soldados están corrompidos con sus liberalidades, y más aun con la licencia perniciosa en que les consiente vivir: está engreído con su victoria. Aquí teneis una carta que ha escrito á uno de sus amigos acerca del proyecto de hacerse rey: con tan evidente prueba, no es ya posible dudarlo.

Leí la carta, y me pareció escrita por Filocles. Su letra estaba imitada perfectamente, pero Protésilas era quien con Timócrates la había forjado. La tal carta me sumió en una singular sorpresa: leíla muchas veces de seguida, y no podía creer que fuera de Filocles, revolviendo en mi mente turbada cuántas pruebas afectuosas me había dado de su honradez y lealtad. Pero ¿qué podía yo hacer? ¿Cómo negarme a la evidencia de una carta, en la cual creía yo reconocer con toda certeza su letra?

Cuando Timócrates vió que yo no podía resistir á su artificio, lo llevó adelante. ¿Podré, me dijo con perplejidad, señalar á vuestra atención una palabra que hay en esta carta? Filocles dice á su amigo que puede hablar asegura-

damente con Protésilas sobre una cosa que le indica con una cifra: sin duda Protésilas ha entrado en el designio de Filocles, y se han compuesto á vuestras espensas. Ya sabeis que Protésilas es quien os ha hostigado para que enviarais á Filocles contra los Carpacios. De algun tiempo á esta parte ha dejado de hablaros mal de él, como acostumbraba á hacerlo antes con frecuencia. Al contrario, ahora le alaba, le disculpa siempre: ya hacia algun tiempo que se trataban con bastante miramiento. No cabe duda en que Protésilas y Filocles han tomado medidas para repartirse la conquista de Carpacia. Debeis notar que aquel se ha empeñado en que se acometiera hasta contra toda regla, y que espone vuestra escuadra al riesgo de perderse por saciar su ambicion. ¿Creis que favoreceria así la de Filocles, si estuvieran aun enemistados? No, no, ya no puede negarse que esos dos hombres se han coligado para alzarse juntos con un gran poder, y acaso para derribar el trono que reináis. Al hablaros así, conozco el peligro á que me espongo, atrayéndome su resentimiento, si á pesar de mis avisos, seguís dejando vuestra autoridad en sus manos; pero ¿qué importa, con tal que os diga la verdad?

Las últimas palabras de Timócrates hicieron honda impresion en mi ánimo: tuve por cierta la traicion de Filocles, y desconfié de Protésilas como de amigo suyo. Al mismo tiempo Timócrates me repetía de continuo: Si aguardáis á que Filocles se apodere de la isla de Carpacia, no será tiempo de atajar sus designios: daos prisa, que ahora podeis aseguraros. Me causaba horror el profundo disimulo de los hombres; ya no sabia de quien fiarme. Descubierta la traicion de Filocles, no había hombre en el mundo en cuya virtud me fuese posible creer. Estaba resuelto á que cuanto antes muriera aquel pérfido; pero tenía á Protésilas, y no sabia como tratarle. Temia encontrarle culpado, y temia fiarme de él.

Por último no pude ménos de decirle, en semejante confusion, que recelaba de Filocles. Aparentó quedarse sorprendido; me representó la rectitud y moderacion de su conducta; me ponderó sus servicios; en una palabra, hizo cuanto había que hacer para persuadirme de que estaba harto bien con él. Por otra parte, Timócrates no perdió ocasion de señalarme esta trama, y de obligarme á casti-

gar á Filocles, mientras lo tenia al alcance de mi poder. Ved, mi querido Mentor, cuán desgraciados son los reyes, y qué espuestos estan á ser el ludibrio de los demas hombres, aun cuando los demas hombres parece que tiemblan á sus pies!

Yo creí dar un golpe de profunda política y desconcertar á Protésilas, enviando secretamente á Timócrates á la escuadra para matar á Filocles. Protésilas llevó al estremo el disimulo, y me engañó tanto mas cuanto que se mostraba naturalmente como un hombre que se dejaba engañar. Partió pues Timócrates, y halló á Filocles bastante embarazado con su desembarco: porque Protésilas, no sabiendo si la supuesta carta de su enemigo bastaria para perderle, queria tener á mano otros medios, tales como el mal éxito de una empresa en que me habia hecho fundar tantas esperanzas, y que malograda no dejaria de irritarme contra Filocles. Este sostenia aquella difícil guerra con su valor, su pericia y el amor de las tropas. Aunque el ejército entero calificaba aquel desembarco de temerario y funesto á los Cretenses, cada cual se esmeraba en contribuir á su buen éxito, como si en él se hubieran cifrado su vida y su felicidad. Cada cual arrostraba contento la muerte á todas horas con un caudillo tan prudente y tan solícito en ganarse las voluntades.

Aseguróse Timócrates de dos capitanes que siempre estaban al lado de Filocles, prometiéndoles en mi nombre grandes recompensas, y en seguida le dijo: que habia ido con orden mia para comunicarle cosas reservadas que solo le debia confiar en presencia de aquellos dos capitanes. Filocles se encerró con ellos. Entonces Timócrates le dió una puñalada. El arma se escurrió y no encarnó. Filocles, sin sobrecogerse, le arrancó el puñal y con él se defendió de los tres, gritando al mismo tiempo. Acudieron, forzaron la puerta y le sacaron de las manos de aquellos tres hombres, que con la turbacion habian andado muy flojos en su embestida. Prendieronlos, y tanta fué la indignacion del ejército que, á no haberle contenido Filocles, los hubieran

hecho pedazos. En seguida habló á parte con Timócrates, y le preguntó con afabilidad qué era lo que le habia impelido á cometer una accion tan negra. Timócrates, que temia que le quitaran la vida, se dió prisa á manifestar la orden de matarle que yo habia escrito; y como los traidores son siempre cobardes, trató de salvarse descubriéndole toda la traicion de Protésilas.

Filocles, espantado de ver tanta malicia en los hombres, se resolvió á seguir una conducta de ejemplar moderacion: declaró á todo el ejército que Timócrates era inocente, le puso en salvo, y le envió á Creta: entregó el mando de la escuadra á Polimenes, á quien en la orden escrita de mi puño, le destinaba yo, cuando hubieran muerto á Filocles. En fin, exhortó á las tropas á la fidelidad que me debian, y por la noche se fué en una lijera barca, que le condujo á Samos, en donde vive tranquilamente en pobreza y soledad, trabajando de estatuario para ganar la vida, sin querer oír hablar de los hombres falaces é injustos, y mucho ménos de los reyes, á quienes cree los mas desventurados y ciegos de todos.

Aquí detuvo Mentor á Idomeneo. Pero ¿tardasteis mucho en descubrir la verdad? le preguntó. No, dijo Idomeneo: poco á poco fuí enterándome de los amaños de Protésilas y Timócrates, que al fin se enemistaron; porque á los perversos les cuesta mucho mantenerse unidos. Su discordia me acabó de mostrar el hondo abismo en que me habian echado. ¿Y no tomasteis medidas, volvió Mentor á preguntar, para desembarazaros de uno y otra? ¡Ay de mí! exclamó Idomeneo, ¿qué? ¿no conocéis la flaqueza y perplejidades de los príncipes? Cuando se entregan á hombres que saben hacerse necesarios, ya ni esperanza de libertad debe quedarles. Los que mas desprecian son los que mejor tratan, y á quienes colman de beneficios. Protésilas me causaba horror, y yo le dejaba toda la autoridad. ¡Singular ilusion! me alegraba en el alma de conocerle, y me fallaba

fuerza para recobrar el poder que le habia abandonado. Por otra parte, me acomodaba, me complacia, sabia adular mis pasiones, y manejaba con actividad mis intereses. Últimamente, la razon con que á mí mismo me disculpaba de esa debilidad, era que no conocia yo verdadera virtud: viendo mi propia falta el no haber sabido elegir hombres tan bien para que administraran mis cosas, me imaginaba que no los habia en el mundo, y que la probidad era una hermosa fantasma. ¿Qué se adelanta, me decia, con dar un escándalo para salir de las manos de un malvado, si se ha de caer en las de otro que no será mas desinteresado ni mas sincero que él?

En esto regresó la escuadra mandada por Polimenes. Yo no volví á pensar en la conquista de Carpacia, y Protésilas no pudo disimular tan bien, que no le conociese cuanto le pesaba que Filocles viviera seguro en Samos.

Mentor interrumpió otra vez á Idomeneo para preguntarle si despues de tan infame traicion habia seguido confiándole á Protésilas todos sus asuntos.

Me repugnaban demasiado los negocios, respondió Idomeneo, y era yo muy desaplicado para poder sacarlos de sus manos: hubiera sido menester trastornar el orden que yo habia establecido para mi comodidad, é instruir á otro, cosa que nunca tuve valor de emprender. Preferia cerrar los ojos por no ver las malas artes de Protésilas. Solo me desahogaba, dando á entender á algunas personas de confianza que no me era desconocida su perfidia. Así me figuraba que el engaño era á medias, pues sabia que me engañaban. Tambien le hacia sentir de cuando en cuando que su yugo me incomodaba. Solia á menudo complacerme en contradecirle, en vituperar públicamente cualquiera de las cosas que hacia, y en decidir contra su dictamen; pero como el conocia mi morosidad y pereza, se inquietaba muy poco de todos mis enfados. Volvia á su empeño con ahinco, ya empleando la insistencia, ya la maña y la insinuacion; sobre todo cuando notaba que me tenia enojado, ponía mayor esmero en procurarme nuevas diversiones propias á hundirme mas en la molicie, ó en meterme en algun empeño donde tuviera ocasion de hacerse necesario y de acreditararse de celoso de mi fama.

Aunque yo desconfiaba de él, siempre me arrastraba con la maña que tenia para lisonjear mis pasiones: él sabia mis secretos, me sacaba de apuros, y hacia que todos temblaran de mi autoridad. Por último no pude resolverme á perderle. Y manteniéndole en su puesto, imposibilité á todas las personas honradas de instruirme acerca de mis verdaderos intereses: desde entónces no se volvió á oír una voz libre en mis consejos: la verdad se atejó de mí: el error que prepara la caída de los reyes, me castigó por haber sacrificado á Filocles á la cruel ambicion de Protésilas: hasta los que mas celo tenian por el estado y por mi persona, se juzgaron sin obligacion de desengañarme con tan terrible ejemplo. Yo mismo, querido Mentor, yo mismo temia que la verdad rasgase la nube, y que llegara á mí á pesar de los aduladores, porque no teniendo valor para seguirla, su luz me importunaba. La conciencia me hacia temer los cruetes remordimientos que me causaria, sin poder salir de tan funesto trance. Mi indolencia y el ascendiente que sin sentir habia ido ganando sobre mí Protésilas, me obligaban á casi renunciar con despecho á la esperanza de recobrar la libertad. Yo no queria ver tanta ignominia ni que la vieran los demas. Sabeis, querido Mentor, con que necia altivez y vana gloria se crían los reyes: nunca convienen en que yerran. Para encubrir una falta, hacen cometer ciento. Mas bien que confesar un error y tomarse el trabajo de enmendarle, se dejarán engañar toda la vida. Tal es el estado de los principes débiles y desaplicados: tal era exactamente el mio, cuando me fué preciso marchar al sitio de Troya.

A mi salida dejé á Protésilas dueño del gobierno, que manejó en mi ausencia con arrogancia é inhumanidad. Tode el reino de Creta gemia bajo el peso de su despotismo, pero nadie se atrevia á notificarme la opresion de mis pueblos: sabian que la verdad me asustaba, y que abandonaba la crueldad de Protésilas á cuantos intentaban habiarme contra él. Pero cuanto ménos se atrevian á quejarse, tanto mas violento era el mal. Hasta llegó á obligarme á echar á valeroso Merion, que con tanta gloria me habia seguido al sitio de Troya. Habia entrado en celos de él como de todos los que yo amaba y que daban algunas señales de virtud.

Debeis saber, mi querido Mentor, que todas mis desgracias han provenido de ahí. La muerte de mi hijo no fué la causa principal de la rebelion de los Cretenses, sino la venganza de los dioses irritados por mis flaquezas, y el odio que Protésilas habia escitado contra mí en los pueblos. Cuando yo derramé la sangre de mi hijo, los Cretenses, cansados de un gobierno tan riguroso, habian apurado toda su paciencia: el horror de esta última accion no hizo mas que dar snelta á lo que existia desde mucho ántes en lo interior de los corazones.

Timócrates fué conmigo al sitio de Troya, y por cartas daba noticia secretamente á Protésilas de cuanto podia averiguar. Bien conocia yo que estaba cautivo; pero trataba de no recordarlo, por no tener esperanzas de remedio. Cuando, á mi llegada, se rebelaron los Cretenses, Protésilas y Timócrates fueron los primeros que huyeron. Sin duda me hubieran abandonado, á no haber tenido yo que huir casi tan pronto como ellos. Advertid, mi querido Mentor, que los hombres insolentes en la prosperidad son débiles y cobardes en el infortunio. Cuando se les escapa el poder absoluto, se les trastorna la cabeza. Tan abyectos se les ve entónces como ántes eran soberbios, y en un momento pasan de un exceso á otro.

Pero ¿de qué proviene, dijo Mentor á Idomeneo, que conociendo el alma de esos dos malvados, todavía los tengais á vuestro lado como los veo? Yo no extraño que os hayan seguido, no quedándoles mejor camino para medrar: entiendo asimismo que hayais tenido la generosidad de concederles asilo en vuestro nuevo establecimiento; pero ¿cómo os entregais á ellos despues de tan crueles esperiencias?

No sabeis, respondió Idomeneo, cuan inútiles son todas las esperiencias para los príncipes enervados é indolentes que viven sin reflexion. De nada estan contentos, y no tienen valor para enmiendar cosa alguna. Tantos años de costumbre eran cadenas que me sujetaban á esos dos hombres, que me obsediaban continuamente. Desde que estoy aquí, me han metido en los gastos excesivos que habeis visto, han agotado este estado nascente; me han acarreado la guerra, que sin vuestro auxilio hubiera sido mi ruina. Poco habria tardado en experimentar en Salento las mismas des-

gracias que en Creta; pero al fin me habeis abierto los ojos y dado el valor que necesitaba para salir de la esclavitud. Yo no sé lo que me habeis hecho; mas desde que estais aquí, siento que soy otro hombre.

Mentor preguntó á Idomeneo, cual era la conducta de Protésilas en aquella mudanza de cosas. Nada mas artificioso que su modo de comportarse desde vuestra llegada respondió Idomeneo. Al principio no perdonó medio de escitar en mi ánimo, aunque indirectamente, cierta desconfianza. Él no decia cosa alguna contra vos; pero yo veis venir varias personas á advertirme que los dos extranjeros eran muy de temer. El uno, me decian, es hijo del falaz Ulises; el otro es un hombre misterioso y de profundo ingenio: estan acostumbrados á vagar de reino en reino. ¿quién sabe si sobre este tendrán algun designio esos aventureros? Ellos mismos cuentan que han causado grandes trastornos en todos los paises por donde han pasado: hé aquí un estado nascente y muy asegurado; la mas lijera commocion podria destruirle.

Protésilas callaba, si bien procuraba hacerme vislumbrar el peligro y demasia de todas las reformas que me induciais á plantear. Cogíame por el lado de mi propio interes. Si procurais á los pueblos la abundancia, me decia, no trabajarán mas: se harán altivos, discolos, y estarán siempre prontos á rebelarse: la debilidad y la miseria son los únicos medios de que se mantengan sumisos, y de impedir que resistan á la autoridad. A veces intentaba recobrar su antiguo dominio para arrastrarme, y se cubria con el pretesto del celo por mi servicio. Por querer aliviar á los pueblos, me decia, menoscabais la potestad real, y así les causais á ellos mismos un daño irreparable, porque el pueblo ha de estar debajo para su propio sosiego.

A todo eso le contestaba yo: que sabia mantener á los pueblos en la obediencia captándome su amor; no relajando mi autoridad, aunque los aliviara; castigando con firmeza á todos los culpados; dando á la infancia una buena educacion, y sujetando á todo el pueblo á una disciplina severa que conservase intactas la sencillez, la sobriedad y la aficion al trabajo. ¿Pues qué! le decia yo, ¿no puede gobernarse sin matarle de hambre? ¿Qué inhumanidad! ¿Qué brutal política! ¿Cuántas naciones no vemos tratadas con

dulzura, y muy fieles á sus soberanos? Lo que engendra las revueltas es la ambicion, la turbulencia de los grandes de un estado, cuando no se sabe tenerlos á raya, y se ha dejado á sus pasiones romper todo dique; esto la licencia de las demas clases, si se ha descurrido el reprimirlas; esto la multitud de grandes y pequeños que viven en la moliente, en el lujo y en la ociosidad; esto el número excesivo de hombres que se desfrían á la guerra, y desdeñan las ocupaciones útiles en tiempo de paz; esto en fin, la desesperacion de los pueblos maltratados, la soberbia y flojez de los reyes que los hacen incapaces de velar sobre todos los miembros del estado, para evitar los desórdenes. Esa es la causa de las revueltas, y no el pan que se deja comer en paz al labrador, despues que le ha ganado con el sudor de su frente.

Quando Protésilas ha visto que yo era inflexible en estas máximas, ha tomado un rumbo opuesto á su anterior conducta, y ha empezado siguiendo los principios que no le podido destruir: ha aparentado que los aprueba, que le han convencido, y que me está agradecido por haberle ilustrado con ellos. Se adelanta á cuanto yo podria desear para socorrer á los pobres, es el primero que me informa de sus necesidades, y que grita contra los gastos excesivos. Bien sabeis que os alaba, y se manifiesta confianza, y que nada olvida de lo que os puede complacer. En quanto á Timócrates, ya este empieza á entibiarse con Protésilas, y trata de hacerse independiente: Protésilas le tiene envidia, y por esas disensiones he descubierto yo en parte su alevosía.

Mentor sonriéndose respondió así á Idomeneo: ¡Pues qué! ¿ha llegado vuestra debilidad hasta el punto de dejaros tyranizar tantos años por dos traidores cuya traicion conociais? ¡Ah! replicó Idomeneo, no sabeis el poder que ejercen los hombres artificiosos sobre un rey débil é indolente que se ha entregado á ellos para todo su gobierno. Ademas ya os he dicho que Protésilas entra ahora en todas vuestras miras de bien público.

Mentor continuó así su discurso con aire grave: Demasiado veo quanto aventajan los malvados á los buenos para prevalecer con los reyes: de ello sois vos mismo terrible ejemplo. Decís que os abrió la boca sobre Protésilas

quando los teneis cerrados para dejar vuestro gobierno confiado á ese hombre indigno de vivir. Sabed que los perversos no son incapaces de obrar bien: obran así con la misma indiferencia que obran mal. Nada cuesta el hacer mal porque ningún sentimiento de vergüenza, ningún principio de virtud los contiene; pero tambien hacen bien sin violencia, porque su corrupcion los induce á hacerlo para parecer buenos y engañar á los demas hombres. Hablando con propiedad, los malos no son capaces de virtud, aunque aparenten practicarla; son sí capaces de añadir á sus demas vicios el mas horrible de todos: la hipocresía. Mientras queráis vos obrar bien, Protésilas estará dispuesto á imitaros para conservar la autoridad; mas por poco que os sienta flaquear, no perdonará medio para precipitaros en vuestros antiguos estravíos, y para volver él con toda libertad á su natural engañoso y feroz.

¿Podeis vivir con honra y tranquilidad acusado á todas horas por semejante hombre, mientras sabeis que el prudente y leal Filocles vive pobre y deshonrado en la isla de Samos?

Bien debeis conocer, ó Idomeneo, que los hombres falaces y alrevidos que están presentes arrastran á los príncipes débiles; mas podeis añadir que los príncipes tienen otra desgracia que no es menor: la de olvidar facilmente la virtud y los servicios de un hombre ausente. El gentío numeroso que rodea á los príncipes es causa de que nadie haga en ellos una impresion duradera: solo llama su atención lo que está presente; lo que les lisonjea: lo demas se horra pronto. La virtud sobre todo les mueve poco, porque la virtud, lejos de adularles, contradice y condena sus debilidades. ¿Es de estrañar que sean tan poco amados, cuando ellos no aman mas que su grandeza y sus placeres?

LIBRO XIV

Mentor obliga á Idomeneo á que mande á llevar Protésilas y Timócrates á la isla de Samos, y llamar á Filocles volviéndole en privenza. Hegesipo, encargado de esta orden, la cumple con alegrías, llega con los dos á Samos, en donde vuelve á ver á su amigos, que pobre y solitario pasa la vida contento. Cuéntale mucho consentir en regresar al seno de los suyos; pero, conociendo que así le quieren los dioses, se embarca con Hegesipo, y llega á Salento, en donde Idomeneo, que ya no es el que antes era, le recibe con amistad.

Sentadas esas razones, persuadió Mentor á Idomeneo de que era menester echar fuera cuanto ántes á Protésilas y Timócrates, y llamar á Filocles. El único inconveniente que le detenía al rey, era el temor de la severidad de este príncipe, decía, que, sin poderlo remediar, casi temo su rigor, aunque le amo y le aprecio. Yo estoy acostumbrado desde mi temprana juventud á encomios, obsequios y reverencias que me es imposible esperar de ese hombre. En cuanto hacia yo algo que él no aprobaba, su semblante triste me daba á entender sobradamente que me condenaba. Cuando estaba conmigo, sus modales eran comedidos y mesurados, pero secos.

¿No veis, le replicó Mentor, que los príncipes Aciaidos en la lisonja toman por seco y austero lo que es libre y franco? Hasta se imaginan á veces que no se les sirve con franqueza, y que no se lleva con gusto su autoridad, porque no tienen un corazón servil, y no se les adula cuando abusan continuamente de su poder. Cualquiera palabra llana y generosa les parece soberbia, mordaz y sediciosa. Se hacen tan delicados, que todo lo que no es adulación les lastima y enoja. Pero venid adelante. Yo supongo que Filocles es efectivamente franco y austero, ¿no vale mas su franqueza que la perni-

ciosa adulación de vuestros consejeros? ¿En dónde hallaréis un hombre sin defectos? Y el de deciros la verdad ¿no es el que ménos debéis temer? ¿Qué digo? ¿no es un defecto necesario para corregir los vuestros, y para vencer esa repugnancia á la verdad, en que os ha sumido la adulación? Necesitais de un hombre que no ame sino la verdad, que os ame á vos mas que no os amais vos mismo, que os la diga á pesar vuestro, que fuerce todas vuestras trincheras, y ese hombre es Filocles. Tened presente que es muy afortunado el príncipe, bajo cuyo reinado nace un solo hombre dotado de esa generosidad, que es el mas rico tesoro del estado; y que el mayor castigo que debe temer de los dioses, es el perder á ese hombre, si de él se hace indigno por no saber emplearle.

En cuanto á las imperfecciones de los hombres de bien, es menester saber conocerlas, sin dejar de servirse de ellos. Enmendadlos: no os entreguéis jamas ciegamente á su celo indiscreto; pero escuchadlos propicio, honrad su virtud, mostrad á las gentes que sabéis estimarla, y sobre todo, guardaos bien de ser mas tiempo lo que basta aquí habeis sido. Los príncipes engreídos, como lo estabais vos, satisfechos con menospreciar á los perversos, no dejan de emplearlos con toda confianza, y de colmarlos de beneficios: por otra parte, se precian de conocer tambien á los hombres virtuosos, pero no hacen mas que alabarlos estérilmente, no atreviéndose á confiarles puesto alguno, ni á recibirlos en su trato familiar, ni á derramar sus dones sobre ellos.

Dijole entónces Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en rescatar la inocencia oprimida, y en castigar á los que le habian engañado. Sin la mas leve dificultad decidió Mentor al rey á deshacerse de su valido: porque en cuanto se logra que los privados sean sospechosos é importunos á sus soberanos, los príncipes, cansados y sin saber que hacer, no desean mas que desprenderse de ellos: la amistad se desvanece, los servicios se olvidan: la caída de los favoritos no les hace mella, con tal que no los vuelvan á ver.

Al instante mandó el rey secretamente á Hegesipo, que era uno de los primeros oficiales de su casa, prender á Protésilas y Timócrates, llevarlos con buena custodia á la

la de Samos¹, dejarlos allí, y traer á Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendido con semejantes órdenes, no pudo Hegesipo contener el llanto de alegría. Ahora si que vais á contentar á vuestros súbditos, dijo al rey. Eos dos hombres han causado todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos: veinte años ha que hacen gemir á todos los hombres de bien, si alguien se atreve ni siquiera á gemir bajo tan cruel tiranía: su opresion abruma á cuantos ententan llegar á vos por otro conducto que el suyo.

Prosiguió Hegesipo descubriendo al rey muchas de las revostas y atrocidades cometidas por aquellos hombres, de las cuales jamas habia oido hablar, porque nadie se habia atrevido á acusarlos. Contóle tambien lo que habia averiguado de cierta trama secreta para asesinar á Mentor. El rey se horrorizó de lo que escuchaba.

Hegesipo fué en seguida á prender á Protésilas, que estaba en su casa. Era esta ménos espaciosa, pero mas cómoda y alegre que la del rey, y de una arquitectura de mejor gusto: Protésilas la habia alhajado á costa de la sangre de los infelices. Hallábase á la sazón en una sala de mármel, tendido perezosamente junto al baño en un lecho de púrpura recamado de oro: parecia rendido y acabado por sus trabajos: notábase en sus ojos y en sus cejas como un velo misterioso de agitacion, de zozobra, de ferocidad. Los primeros grandes del estado estaban haciéndole cerco sentados en alfombras, acomodando su semblante al de Protésilas, á quien observaban hasta en el movimiento de las párpados. Apénas entreabria la boca, cuando todo el mundo se preparaba á maravillarse de lo que iba á decir. Uno de los principales de la banda le referia á él mismo con ponderaciones ridiculas lo que habia hecho por el rey. Otro le afirmaba que Júpiter, engañando á su madre, le habia dado el ser, y que era hijo del padre de los dioses. Un poeta le venia á cantar versos, en que decia que Protésilas, doctriñado por las musas, habia igualado á Apolo en todas las obras del ingenio. Otro versificador mas vil y descaudado le llamaba en los suyos inventor de las bellas artes y

¹ Isla del Archipiélago cerca de la costa de la Nafolia, como á dos leguas de Efeso. En Samos se inventó la alfarería ó fabricacion de las vasijas de barro.

padre de los pueblos que colmaba de felicidad, y le picaba con el cuerno de la abundancia en la mano.

Protésilas escuchaba todas esas alabanzas con aire seco, distraido y desdenoso, como quien está persuadido de merecerlas mayores, y harto favor dispensa con dejarse alabar. Hubo un adulator que se tomó la libertad de hablarle al oido para decirle alguna gracia contra la policia que Mentor trataba de establecer. Sonrióse Protésilas: al punto soltó la carcajada toda la reunion, aunque los mas no podían saber aun lo que se habia dicho. Pero Protésilas volvió á poner su gesto severo y dominante, y cada cual se encerró en el temor y el silencio. Muchos nobles accechaban el momento en que se podria inclinar hácia ellos y escucharlos: parecían cortados y remisos, porque iban á pedirle gracias: sus posturas suplicantes hablaban por ellos: su humildad los asemejaba á una madre cuando, postrada al pié de los altares, pide á los dioses la salud de su hijo único. Todos se mostraban contentos, enternecidos, llenos de admiracion de Protésilas, aunque todos alimentaban en el corazon una implacable rabia contra él.

En este momento entra Hegesipo, coge la espada de Protésilas, y le comunica de parte del rey, que va á conducirle á Samos. Al oír tales palabras, toda la arrogancia del valido cae como la roca que se desgaja de la cima de una montaña escarpada. Hélo trémulo y despavorido á los pies de Hegesipo: llora, vacila, tartamudea, tiembla, abraza las rodillas de ese hombre, á quien una hora ántes no se dignaba honrar con una mirada. Todos los que ántes le incensaban, al verle perdido para siempre, mudaron sus lisonjas en desapiadadas injurias.

Hegesipo no quiso darle tiempo ni para despedirse de su familia, ni para tomar ciertos escritos reservados. Todo fué confiscado y llevado al rey. Timócrates sufra igual suerte al mismo tiempo, siendo su sorpresa estremada, porque creia que su enemistad con Protésilas le libraria de verse envuelto en su ruina. Parten ambos en una nave que habia aparejado: llegan á Samos. Hegesipo deja á aquellos miserables, y para colmo de su desgracia, los deja juntos. Allí se echan en cara uno á otro con furor los crímenes que han

cometido y que les han acarreado su caída: se ven sin esperanza de volver jamás á Salento, y condenados á vivir lejos de sus mujeres y de sus hijos; no diré de sus amigos, porque no los tenían. Los que habian pasado tantos años en el fausto y los deleites, quedaban en una tierra desconocida, sin mas recurso para vivir que su propio trabajo. Semejantes á dos fieras rabiosas, siempre estaban dispuestos á despedazarse uno á otro.

Entre tanto Hegesipo inquirió en que parte de la isla moraba Filocles. Dijéronle que vivía bastante lejos de la poblacion, hácia la cumbre de una montaña, en donde una gruta le servía de casa. Todo el mundo le habló del extranjero con admiracion. Desde su llegada á la isla, le decían, á nadie le faltalo: no hay quien no se le haya aficionado por su paciencia, laboriosidad y sosiego: aunque nada tiene, siempre parece contento. Lejos como está aquí de los negocios, sin bienes y sin autoridad, no por eso deja de favorecer á los que lo merecen, y tiene mil recursos para complacer á sus vecinos.

Hegesipo se encamina hácia la gruta, que encuentra sola y abierta, porque la pobreza y la sencillez de las costumbres de Filocles le evitaban la necesidad de cerrar la puerta, cuando salía. Una estera de junco grosera le servía de cama. Rara vez encendía lumbre, porque no comía cosa alguna cocida: durante el verano se alimentaba con frutas recién cogidas, y en el invierno con dátiles é higos secos. Una fuente clara, que formaba cascada al despeñarse de la roca, le bastaba para aplacar su sed. No tenía en la gruta mas que los instrumentos necesarios para la escultura, y algunos libros en que solía leer á ciertas horas, no para engalanar el ingenio ni satisfacer la curiosidad, sino para instruirse, mientras descansaba de sus tareas, y aprender á ser bueno. En cuanto á la escultura, solo se aplicaba á ella por ejercitar las fuerzas corporales, huir la ociosidad, y ganar la vida con una absoluta independencia.

Al entrar en la gruta, se detuvo con admiracion Hegesipo en las obras que tenia empezadas. Reparó en un Júpiter, cuyo rostro sereno reflejaba tanta majestad, que en él se reconocia fácilmente al padre de los dioses y los hombres. En otra parte se veía á Marte con cierta allivez áspera

y amenazante. Pero lo que mas interesaba, era una Minerva animando á las artes: tenía el semblante noble y dulce, la estatura elevada y esvelta; estaba en actitud tan viva, que parecia que iba á andar.

Hegesipo, habiéndose deleitado en contemplar aquellas estatuas, salió de la gruta, y divisó á lo lejos á Filocles que á la sombra de un árbol corpulento leía recostado en el césped: vase hácia él, y Filocles, que le ve, no sabe que pensar. ¿No es aquel Hegesipo con quien yo he vivido tan tiempo en Creta? se dijo á sí mismo. Pero ¿á qué ni cómo habia de venir á una isla tan lejana? ¿No será su sombra que viene despues de muerto de las orillas de la Estigia?

En estas dudas, se acercó Hegesipo tanto, que no pudo ménos de asegurarse de que era él y abrazarle. ¿Sois vos de veras, le dijo, mi querido y antiguo amigo? ¿Qué acaso, que tempestad os ha arrojado á estas playas? ¿Porque habeis abandonado á Creta? ¿Os arranca de nuestra patria alguna desgracia como la mia?

Hegesipo le respondió: No me trae la desgracia, tráeme al contrario el favor de los dioses. Refirióle en seguida la larga tirania de Protésilas, sus confabulaciones con Timócrates, las calamidades en que habia precipitado á Homeneo, la caída de este príncipe, su fuga á las costas de Hesperia, la fundacion de Salento, la llegada de Mentor y Telémaco, las sabias máximas en que Mentor habia inbuido el ánimo del rey, y la desgracia de los dos traidores, añadiendo que los habia llevado á Samos para que allí padecieran el destierro que habian hecho ellos padecer á Filocles; y acabó comunicándole la orden que tenia de conducirle á Salento, en donde el rey, convencido de su inocencia, queria confiarle el gobierno y colmarle de beneficios.

¿Veis, le respondió Filocles, esa gruta mas propia á dar guarida á fieras que á ser habitacion de hombres? ahí le disfrutado hace tantos años mas placeres y mas tranquilidad que en los dorados palacios de Creta. Ya no me engañan los hombres, porque no los trato, no oigo sus palabras lisonjeras y venenosas: ya no los necesito; mis manos endurecidas en el trabajo me procuran fácilmente el simple sustento que me es necesario: me basta, como veis, particularmente esta librea tela. No le prendo á los pies, gozando de

esta profunda calma, y de una dulce libertad, de que la sabiduría de mis libros me enseña á hacer buen uso, ¿qué haría yo á buscar entre los hombres envidiosos, falaces é inconstantes? No, no, mi querido Hegesipo, no mires con malos ojos mi felicidad. Protésilas se ha hecho traición á sí mismo, queriendo hacérsela al rey, y perderme. Pero me ha proporcionado el mayor de los bienes, léjos de ocasionarme á alguno, pues me ha libertado del tumulto y esclavitud de los negocios: le soy deudor de mi amada soledad y de todas las delicias inocentes que gozo en ella.

Volved, Hegesipo, volved con el rey: ayudadle á soportar las miserias de su grandeza, y haced á su lado lo que quisierais que hiciese yo. Supuesto que ese sabio que llamaís Mentor, le ha abierto al fin los ojos tanto tiempo cerrados á la verdad, que le conserve junto á sí. A mí despues de mi naufragio, no me conviene dejar el puerto adonde por fortuna me arrojó la tempestad, para volver á confiarme á la merced de las olas. ¡O cuán de compadecer son los reyes! ¡Cuán dignos son de lástima los que les sirven! Si son malos; cuánto no hacen sufrir á los hombres! ¡y qué tormentos les están preparados en el tenebroso farrago! Si son buenos; qué de dificultades tienen que vencer! ¡qué de lazos que evitar! ¡qué de males que sufrir! Os lo ruego otra vez, Hegesipo, dejadme en mi feliz pobreza.

Mientras Filocles hablaba así con grande vehemencia, Hegesipo le contemplaba atónito. Le había visto en Creta, durante el tiempo que tuvo á su cargo los mas graves negocios, flaco, abatido, estenuado; y era que su índole austera le consumía en el trabajo, porque no podia ver sin indignación la impunidad del vicio; queria en el despacho una exactitud que jamas se encuentra: así los puestos que desempeñaba, acababan con su delicada salud. Pero en Samos le hallaba Hegesipo grueso y robusto: á pesar de los años, había vuelto á su rostro la florida juventud; una vida sobria, tranquila y laboriosa le había formado casi otro temperamento.

Os sorprende el encontrarme tan mudado, le dijo entonces Filocles sonriéndose; pues mi soledad es lo que me ha procurado esta lozanía, esta salud completa: mis enemigos me han dado lo que en la mayor fortuna me hubiera sido

imposible adquirir. ¿Quereis que pierda bienes tan verdaderos por seguir otros mentidos, y para volver á sumirme en mis antiguas miserias? No seais mas cruel que Protésilas: á lo ménos, que no os duela de la felicidad que él me ha dado.

Entonces le representó Hegesipo, aunque en vano, cuanto creyó capaz de conmovérle. ¿Sois, le decia, insensible al placer de volver á ver á vuestros parientes y amigos, que suspiran por vuestro regreso, llenándolos de alegría la sola esperanza de abrazaros? Y vos, que temeis á los dioses y que amais vuestras obligaciones, ¿teneis en nada el servicio de vuestro rey, el ayudarle á realizar el bien que desea hacer, colmando de felicidad á tantos pueblos? ¿Es lícito enzerrarse en una filosofía salvaje, preferirse á todo el género humano, y sacrificar al propio descanso el bienestar de sus conciudadanos? Además, se atribuirá á resentimiento el que no queráis ver al rey. Si ha contribuido á hacerlos mal, es porque no os conocia: no quiso él que pereciera el verdadero, el bueno, el justo Filocles; pensó castigar á otro hombre diferente. Pero ahora que os conoce y que no os toma por otro, siente renacer en su corazón todo su antiguo afecto: os aguarda: ya os tiende los brazos: cuenta los dias en su impaciencia, las horas. ¿Tendréis corazón para permanecer inexorable con vuestro rey, y con vuestros mas cariñosos amigos?

Filocles, que á la vista de Hegesipo se había enternecido, recobró su semblante austero al escuchar aquel razonamiento. Permanecía inmóvil semejante á una roca, contra la cual combaten los vientos en vano, y adonde las olas van á estrellarse gimiendo: ni los ruegos ni las razones hallaban entrada en su corazón. Ya estaba Hegesipo á punto de renunciar á la esperanza de vencerle, cuando Filocles, consultando á los dioses, descubrió por el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas y otros varios agüeros que debía seguir á Hegesipo.

No resistió mas, y se dispuso á partir, pero no sin pesadumbre de alejarse del desierto en que había pasado tantos años. ¡Ay! e clamaba; te he de dejar, amada gruta, en donde todas las noches venía el sueño apacible trayéndome el descanso de los trabajos del dia! Aquí, en medio de

mi pobreza, me hilaban las pareas⁴ días de oro y seda. Prosternóse llorando y adoró á la návade que tanto tiempo habia apagado su sed con aquella clara corriente, y á las niufas que habitaban en todas las montañas del contorno. Eco oyó los tristes acentos, y con voz lastimera los repitió á todas las divinidades campestres.

Filocles bajó á la ciudad con Hegesipo para embarcarse. Creyó que el desgraciado Protésilas, lleno de vergüenza y resentimiento, no queria verle: pero se engañaba; porque los perversos no tienen pudor alguno, y estan dispuestos siempre á toda especie de bajeza. Filocles se ocultaba modestamente porque no le viera aquel miserable, temiendo aumentar su infortunio con el aspecto de la prosperidad de un enemigo que iba á elevarse sobre sus ruinas. Pero Protésilas buscaba con empeño á Filocles; queria inspirarle conmiseración, y alcanzar de él que pidiera al rey su vuelta á Salento. Filocles era demasiado sincero para prometerle que haria por conseguirlo, porque sabia mejor que nadie cuán pernicioso habia de ser semejante regreso; pero le habló con afabilidad, le mostró compasion, procuró consolarle, y le exhortó á que aplacara á los dioses con costumbres puras y grande resignación en los trabajos. Como habia sabido que el rey habia desposeido á Protésilas de todos sus bienes malamente adquiridos, le prometió dos cosas, que despues le cumplió fielmente: una, cuidar de su mujer y de sus hijos que habian quedado en Salento en la mas espantosa indigencia y espuestos á la indignacion popular; otra, enviarle algunos auxilios, para socorrer su miseria en aquella isla apartada.

En esto se echan las velas con viento favorable. Hegesipo impaciente procura acelerar la partida de Filocles. Protésilas los ve embarcarse: sus ojos se clavan inmóviles en la orilla del mar; siguen el bajel que corta las olas y que

⁴ Los poetas fingien que hay tres pareas, Cloto, Láquesis y Atropos, hijas del Erebo y la Noche, las cuales presiden al destino y á la muerte. Cloto prepara la rueca, Láquesis hila, y Atropos corta el hilo: es decir, que la primera preside al nacimiento, la segunda á la duracion de la vida, y la tercera á la muerte.

el viento aleja. Aun cuando no alcanza á verle, se le retrata en la mente. Al cabo turbado, furioso, arrastrado por la desesperacion, se arranca los cabellos, se revuelca en la arena, reconviene á los dioses de su rigor, llama en vano á su socorro la muerte cruel, que, sorda á sus ruegos, no se digna libertarle de tantos males, cuando él mismo no se atreve á dársela.

La nave, favorecida por Neptuno y los vientos, no tardó en llegar á Salento. Fueron á avisar al rey que ya entraba en el puerto: al punto corrió con Mentor al encuentro de Filocles: abrazóle tiernamente, y le manifestó gran pesar de haberle perseguido con tanta injusticia. Esta confesion, léjos de parecer flaqueza en un rey, se consideró por todos los Salentinos como un esfuerzo de magnanimidad de quien se eleva sobre sus propias faltas, confesándolas con valor para repararlas. Todos lloraban de alegría de volver á ver á aquel hombre honrado que siempre habia sido amante del pueblo, y de oír al rey hablar con tanta sabiduria y bondad.

Filocles recibia los halagos del rey con aire respetuoso y modesto, y deseaba con impaciencia sustraerse á las aclamaciones del pueblo; pero tuvo que seguir al rey al palacio. Mentor y él no tardaron en inspirarse la misma confianza que si hubieran vivido juntos toda la vida, aunque jamas se habian visto: eso consiste en que los dioses, que han negado á los malvados ojos para conocer á los buenos, se los han dado á los buenos para que unos á otros se conozcan. Los que son aficionados á la virtud, no pueden juntarse sin quedar unidos por la misma virtud que aman.

Pronto pidió Filocles al rey que le permitiese retirarse á un desierto cerca de Salento, en donde siguió viviendo pobremente como habia vivido en Samos. Ibale á ver el rey con Mentor los mas de los dias á su soledad. Allí se examinaban los medios de consolidar las leyes, y dar una forma estable al gobierno por medio de la felicidad del pueblo.

Las dos cosas principales que se examinaron, fueron la educacion de los niños, y la manera de vivir en tiempo de paz.

Mentor decia que los niños pertenecian ménos á sus padres que á la república: porque son hijos del pueblo, y constituyen su esperanza y su fuerza: cuando se han pervertido, ya no es tiempo de corregirlos. No basta esclurlos

de empleos, en viendo que se hacen indignos de ellos; mejor es prevenir el mal que tener que castigarlo. El rey, añadía, que es padre de todo su pueblo, lo es más particularmente de la juventud, que es la flor de la nación. En la flor se ha de preparar el fruto: que no se desdénie pues el rey de velar y de procurar que velen sobre la crianza que se da á los niños: que cuide con esmero de hacer guardar las leyes de Minos, que mandan educar á los niños en el desprecio del dolor y de la muerte. Que pongan la honra en huir de los placeres y las riquezas: que la injusticia, la mentira, la ingratitud y la molicie se tengan por vicios infames. Que se les enseñe desde la tierna infancia á cantar las alabanzas de los héroes que han sido amados de los dioses, que han acabado hazañas generosas por su patria, y que han mostrado su valor en los combates: que el encanto de la música se apodere de sus almas para endulzar y purificar sus costumbres. Que aprendan á ser afectuosos con sus amigos, fieles con sus aliados, justos con todos los hombres, hasta con sus más crueles enemigos: que teman ménos la muerte y los tormentos que el más leve remordimiento de su conciencia. Si se inculcan temprano esas grandes máximas en el corazón de los niños, facilitándoles la entrada en él por medio de la dulzura del canto, pocos habrá que no se inflamen con el amor de la gloria y la virtud.

Mentor añadía que era esencial establecer escuelas públicas para acostumar la juventud á los ejercicios más rudos del cuerpo, y para evitar la molicie y la holganza, que corrompen las mejores índoles: quería una variedad grande de juegos y espectáculos que animaran á todo el pueblo, y que ejercitaran principalmente los cuerpos, á fin de hacerlos diestros, flexibles y vigorosos: además proponía premios para escitar una noble emulación. Sin embargo, lo que más apetecía para las buenas costumbres era que los jóvenes se casaran temprano; y que los padres, sin mira alguna de interés, les dejaran elegir mujeres de formas é ingenio capaces de ganarles el corazón con sus gracias.

Pero, mientras se preparaban así los medios de mantener á la juventud pura, inocente, laboriosa, dócil y amante de la gloria, Filocles, que era aficionado a la guerra, decía á

Mentor: En vano tendréis la juventud ocupada con todos esos ejercicios, si la dejais consumirse en una paz continua, en que ninguna idea podrá adquirir de la guerra, ni hallar ocasion de probar su valor. De ese modo enflaqueceréis insensiblemente la nación, los ánimos se afeminarán, las delicias estragarán los costumbres. Otros pueblos belicosos la vencerán sin dificultad, y por haber querido evitar los males que la guerra arrastra en pos de sí, caerá en una espantosa esclavitud.

Mentor le respondió: Los males de la guerra son más horribles de lo que pensais. La guerra aniquila el estado, y le pone siempre en peligro de perecer, aun cuando logre señaladas victorias. Sean cualesquiera las ventajas con que se comienza, nunca se puede tener seguridad de concluiría, sin esponerse á los más trágicos trastornos de la fortuna. Sea cualquiera la superioridad de la fuerza con que se empeña un combate, el error más leve, un terror pánico, una nada, os arrebató el triunfo que teniais ya en vuestras manos, y se le da al enemigo. Aun cuando se tuviera como encadenada la victoria en el propio campo, destruyendo al enemigo se destruye uno á sí mismo: se despuebla el país: se dejan las tierras casi incultas: se olvida el comercio: y lo que es peor, se relajan las mejores leyes, y se pervierten las costumbres: la juventud no se entrega sino á vicios: la necesidad imperiosa obliga á consentir una licencia funesta en las tropas: la justicia, la policía, todo se resiente de tamaño desorden. Un rey que derrama la sangre de tantos hombres, y que acarrea tantas desgracias por adquirir un poco de gloria ó ensanchar los límites de su reino, es indigno de la fama que busca, y merece perder lo que posee por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

Pero hé aquí cómo se ejercitará el valor de una nación en tiempo de paz. Ya habeis visto los ejercicios corporales que establecemos, los premios que escitarán la emulación, las máximas de gloria y virtud con que se nutrirán casi desde la cuna las almas de los niños, cantando las hazañas de los héroes: añadid á esos medios el de una vida sobria y laboriosa. Pero todavía no basta: luego que un pueblo aliado de vuestra nación tenga una guerra, será menester enviarle la flor de vuestra juventud, sobre todo los que se

nolen con disposicion para las armas, y que parezcan mas capaces de aprovechar la esperiencia. Así conservaréis entre vuestros aliados una reputacion elevada, solicitarán vuestra alianza, temerán perderla, y sin tener la guerra en vuestra casa ni á vuestra costa, podréis contar siempre con una juventud aguerrida é intrépida. Aunque esteis en paz, nunca dejaréis de honrar mucho á los que se distinguen por su capacidad militar; porque el mejor modo de alejar la guerra y de mantener una larga paz es favorecer la profesion de las armas, distinguiendo á los que sobresalen en ella; tener quienes la hayan ejercitado en los paises extranjeros, y conozcan las fuerzas, la disciplina militar y las maneras de guerrear de los pueblos vecinos; no ser capaz de acometer por ambicion ni de ceder por flojedad. Cuando así se está siempre pronto á hacer la guerra, se consigue el que casi jamas haya que hacerla.

En cuanto á vuestros aliados, si se disponen á romper unos con otros, os toca á vos intervenir como mediador. Con eso lograis mas sólida y segura fama que la de los conquistadores: ganais el amor y respeto de los extranjeros, los cuates os necesitan, y reináis en sus estados por la confianza, como reináis en el vuestro por la autoridad: venís á ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones: vuestra reputacion vuela hasta los paises mas remotos: vuestro nombre es como una fragancia deliciosa que se exhala de region en region hasta los pueblos mas lejanos. En tal situacion, si una nacion vecina os acomete contra las reglas de la justicia, os encuentra aguerrido, preparado; y, lo que es de mayor fuerza, os encuentra amado y socorrido; todos vuestros vecinos se arman en vuestro favor, persuadidos de que vuestra conservacion forma la seguridad pública. Hé ahí una barrera mas firme que todas las murallas de las ciudades y todas las plazas mejor fortificadas: hé ahí la verdadera gloria. Pero ¡cuán pocos reyes hay que la sepan buscar, y no se alejen de ella! Los mas corren en pos de una sombra engañosa, y dejan detras de sí el honor verdadero, por falta de conocerle.

Despues que Mentor se hubo explicado así, Filocles le miraba lleno admiracion; de él volvía la vista al rey, y se regocijaba de ver con que ardeza recogia Idomeneo en el

fondo de su corazon cuantas palabras salian como un rio de sabiduria de la boca de aquel extranjero.

De ese modo Minerva, bajo la figura de Mentor, establecia en Salento todas las leyes mejores, y los principios mas útiles de gobierno, ménos para que floreciera el reino de Idomeneo, que para señalar á Telémaco, cuando volviese, un ejemplo sensible de lo que un gobierno sabio puede hacer, para labrar la felicidad de los pueblos y dar á un buen rey gloria duradera.

LIBRO XV.

Telemaco en el campo de los aliados se gana la inclinacion de Filocletes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filocletes le refiere sus aventuras, en que menciona las particularidades de la muerte de Hércules, causada por la túnica envenenada que el centauro Neso habia dado á Deyanira. Explicale cómo obtuvo de aquel héroe las fatales flechas, sin las cuales hubiera sido imposible tomar la ciudad de Troya; cómo fué castigado por haber faltado al secreto con todos los males que padeció en la isla de Lemnos; cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle á ir al sitio de Troya, en donde le curaron sus heridas: los hijos de Esculapio.

Entre tanto Telémaco mostraba su valor en los peligros de la guerra. Desde su salida de Salento procuró granjearse el afecto de aquellos viejos capitanes cuya reputacion y esperiencia habian itegado á lo mas alto: Nestor, que le habia visto ya en Pilos, y que habia querido siempre á Ulises, le trataba como si fuera su propio hijo. Instruiale, apoyando sus lecciones en diversos ejemplos; le contaba todas las aventuras de su mocedad, y todo lo que habia visto hacer de mas notable á los héroes de la edad pasada. La memoria de este sabio anciano, que habia vivido tres edades de hombre, era como una historia de los tiempos antiguos grabada en mármol y bronce.

Filocles no tuvo desde luego la misma inclinacion á Telémaco que Nestor: el odio que habia alimentado en su corazon contra Ulises, le alejaba del hijo, y le era imposible ver sin amargura todo lo que al parecer preparaban los dios

nolen con disposicion para las armas, y que parezcan mas capaces de aprovechar la esperiencia. Así conservaréis entre vuestros aliados una reputacion elevada, solicitarán vuestra alianza, temerán perderla, y sin tener la guerra en vuestra casa ni á vuestra costa, podréis contar siempre con una juventud aguerrida é intrépida. Aunque esteis en paz, nunca dejaréis de honrar mucho á los que se distinguen por su capacidad militar; porque el mejor modo de alejar la guerra y de mantener una larga paz es favorecer la profesion de las armas, distinguiendo á los que sobresalen en ella; tener quienes la hayan ejercitado en los paises extranjeros, y conozcan las fuerzas, la disciplina militar y las maneras de guerrear de los pueblos vecinos; no ser capaz de acometer por ambicion ni de ceder por flojedad. Cuando así se está siempre pronto á hacer la guerra, se consigue el que casi jamas haya que hacerla.

En cuanto á vuestros aliados, si se disponen á romper unos con otros, os toca á vos intervenir como mediador. Con eso lograis mas sólida y segura fama que la de los conquistadores: ganais el amor y respeto de los extranjeros, los cuates os necesitan, y reináis en sus estados por la confianza, como reináis en el vuestro por la autoridad: venís á ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones: vuestra reputacion vuela hasta los paises mas remotos: vuestro nombre es como una fragancia deliciosa que se exhala de region en region hasta los pueblos mas lejanos. En tal situacion, si una nacion vecina os acomete contra las reglas de la justicia, os encuentra aguerrido, preparado; y, lo que es de mayor fuerza, os encuentra amado y socorrido; todos vuestros vecinos se arman en vuestro favor, persuadidos de que vuestra conservacion forma la seguridad pública. Hé ahí una barrera mas firme que todas las murallas de las ciudades y todas las plazas mejor fortificadas: hé ahí la verdadera gloria. Pero ¡cuán pocos reyes hay que la sepan buscar, y no se alejen de ella! Los mas corren en pos de una sombra engañosa, y dejan detras de sí el honor verdadero, por falta de conocerle.

Despues que Mentor se hubo explicado así, Filocles le miraba lleno admiracion; de él volvía la vista al rey, y se regocijaba de ver con que ardeza recogia Idomeneo en el

fondo de su corazon cuantas palabras salian como un rio de sabiduria de la boca de aquel extranjero.

De ese modo Minerva, bajo la figura de Mentor, establecia en Salento todas las leyes mejores, y los principios mas útiles de gobierno, ménos para que floreciera el reino de Idomeneo, que para señalar á Telémaco, cuando volviese, un ejemplo sensible de lo que un gobierno sabio puede hacer, para labrar la felicidad de los pueblos y dar á un buen rey gloria duradera.

LIBRO XV.

Telemaco en el campo de los aliados se gana la inclinacion de Filocletes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filocletes le refiere sus aventuras, en que menciona las particularidades de la muerte de Hércules, causada por la túnica envenenada que el centauro Neso habia dado á Deyanira. Explicale cómo obtuvo de aquel héroe las fatales flechas, sin las cuales hubiera sido imposible tomar la ciudad de Troya; cómo fué castigado por haber faltado al secreto con todos los males que padeció en la isla de Lemnos; cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle á ir al sitio de Troya, en donde le curaron sus heridas: los hijos de Esculapio.

Entre tanto Telémaco mostraba su valor en los peligros de la guerra. Desde su salida de Salento procuró granjearse el afecto de aquellos viejos capitanes cuya reputacion y esperiencia habian itegado á lo mas alto: Nestor, que le habia visto ya en Pilos, y que habia querido siempre á Ulises, le trataba como si fuera su propio hijo. Instruiale, apoyando sus lecciones en diversos ejemplos; le contaba todas las aventuras de su mocedad, y todo lo que habia visto hacer de mas notable á los héroes de la edad pasada. La memoria de este sabio anciano, que habia vivido tres edades de hombre, era como una historia de los tiempos antiguos grabada en mármol y bronce.

Filocles no tuvo desde luego la misma inclinacion á Telémaco que Nestor: el odio que habia alimentado en su corazon contra Ulises, le alejaba del hijo, y le era imposible ver sin amargura todo lo que al parecer preparaban los dios

nes á aquel jóven, para igualarle con los héroes que habian destruido la ciudad de Troya. Mas al cabo venció la moderacion de Telémaco todos los resentimientos de Filoctetes, que no pudo ménos de aficionarse á su sencilla y modesta virtud. Muchas veces le buscaba, y le decía: Hijo mio (que yo no temo llamaros así), vuestro padre y yo, lo confieso, hemos sido mucho tiempo enemigos: tambien confieso que, aun despues que hicimos caer la soberbia ciudad de Troya, todavía no estaba aplacado mi corazón, y cuando os he visto, me ha costado mucho trabajo amar la virtud en el hijo de Ulises. Me lo he reprendido muchas veces. Pero al fin la virtud, siendo dulce, sencilla, cándida y modesta, todo lo supera. De aquí se fué engolfando insensiblemente Filoctetes en contarle lo que habia encendido en su corazón tanto aborrecimiento á Ulises.

Es menester, le dijo, tomar mi historia desde mas alto. Yo he acompañado por todas partes al grande Hercules, que ha purgado la tierra de tantos monstruos, y en cuya presencia no eran los demas héroes sino como débiles cañas junto á un roble, ó como pequeños pajarillos delante del águila. Sus desgracias y las mias vinieron de una pasión que causa los desastres mas espantosos, del amor. Hércules, que habia vencido tantos monstruos, no podia vencer esa vergonzosa pasión, y el rapaz Cupido se mofaba de él. Le era imposible recordar sin ruborizarse que habia olvidado su gloria en otra ocasión, hasta el punto de hilar junto á Onfala⁴, reina de Lidia, como el mas vil y afeminado de todos los hombres: tanto le habia arrastrado un amor ciego. Bien veces me confesó que esta parte de su vida habia empañado su virtud, y casi borrado la gloria de sus trabajos.

Pero ¡ó dioses! tal es la debilidad é inconstancia de los hombres; que todo lo esperan de sí mismos y á nada resisten. ¡Ah! el grande Hércules volvió á caer en los lazos del

⁴ Hércules, despues de tantas hazañas gloriosas, se enamoró tan apasionadamente de Onfala, que se vistió de mujer, é hiló á su lado para agradar.

amor que solia detestar, y amó á Deyanira⁴, harto dichoso, si hubiera sido constante en la pasión de una mujer que fué su esposa. Pero la juventud de Yoia, en cuyo rostro se retrataron las gracias, no tardó en arrebatarle el corazón. Deyanira se encendió en celos: se acordó de aquella túnica fatal que el centauro Neso le habia dejado al morir, como remedio seguro para reanimar el amor de Hércules, siempre que pareciera entibiarse por amar á otra. ¡Ay! aquella túnica, empapada en la sangre venenosa del centauro, con tenia la ponzoña de las flechas con que el monstruo habia sido atravesado. Bien sabeis que las flechas de Hércules, que mató al pérfido centauro, estaban mojadas en la sangre de la hidra de Lerna⁵, y que aquella sangre las envenenó de modo que todas las heridas que hacian, eran incurables.

Apénas se puso Hércules la túnica, cuando sintió el fuego voraz que le penetraba hasta la médula de los huesos: daba gritos horribles, que resonaban en el monte Oeta y hacian vibrar los profundos valles: hasta el mar parecia conmovido: los toros mas furiosos, peleándose con mugidos de rabia, no hubieran producido tan horrible estruendo. El desdichado Licas, que le habia llevado la túnica de parte de Deyanira, se atrevió á acercarse, y Hércules, arrebatado de su dolor, le asió y le hizo voltear como la honda hace girar la piedra, cuando el hondero quiere tirarla lejos. Así Licas, arrojado desde lo alto de la montaña por la poderosa mano de Hércules, cayó en medio de las aguas del mar, en donde fué transformado repentinamente en una roca que todavía conserva figura humana, y que, siempre combatida por las olas irritadas, amedrenta desde muy lejos á los prudentes pilotos.

Con la desgracia de Licas, me pareció que no me podía fiar de Hércules, y traté de ocultarme en las mas hondas

⁴ Deyanira, hija de Eneo, rey de Etolia, por la cual mató Hércules al centauro Neso con una de las flechas mojadas en la sangre de la hidra. Neso, viéndose cercano á la muerte, dió su vestido ensangrentado á Deyanira, y esta mujer se le envió á Hércules, que, habiéndosele puesto, se volvió furioso y murió abrasado. Deyanira se mató en seguida con la clava de su esposo.

⁵ Lerna, pantano del territorio de Argos, célebre á causa de la hidra ó serpiente con siete cabezas que Hércules venció.

cavernas. Yo le veía arrancar sin dificultad con una mano las altas sabinas y los robles que habían resistido á tantos vientos y tempestades. Con la otra mano procuraba inútilmente quitarse de encima la túnica fatal, que se le había pegado al cútis y casi incorporado con los miembros. Conforme la despedazaba, se despedazaba también la piel y la carne; la sangre le corría y empapaba la tierra. Por último, superado el dolor por su virtud, exclamó: Tú ves, ó mi querido Filoctetes, los males que los dioses me hacen padecer: ellos son justos, yo soy quien los ha ofendido: he violado el amor conyugal. Después de haber vencido á tantos enemigos, me he dejado vencer cobardemente por el amor de una hermosura extranjera: yo me muero, y me alegro de morir para aplacar á los dioses. Pero ¡ay! querido amigo, ¿adónde hoyes? El exceso del dolor me ha hecho cometer, es cierto, con ese miserable Licas una crueldad que me reprendo: él no sabía el veneno que me presentaba, y no merecía el castigo que le he dado. Pero ¿crees tú que yo pueda olvidarme de la amistad que te debo, y atentar contra tu vida? No, no, yo nunca dejaré de amar á Filoctetes. Filoctetes recibirá en su seno el alma mía pronta á exhalar: él será quien recoja mis cenizas. ¿Dónde estás pues, ó mi amado Filoctetes? ¡Filoctetes, la única esperanza que me queda en el mundo!

A estas palabras me apresuro á correr á él, él me tiende los brazos y quiere estrecharme en ellos; pero se contiene por temor de encender en mi pecho el fuego cruel que abrasa el suyo. ¡Ay de mí! exclamó, no me atrevo á abrazarte, ni aun ese consuelo me es permitido! Hablando así, junta todos los árboles que acaba de derribar, y hace una hoguera en la cumbre de la montaña; sube tranquilamente encima; estiendo la piel del león de Nemea⁴, que le había servido de manto tanto tiempo, cuando iba de uno á otro extremo de la tierra para esterminar los monstruos y liberar á los desgraciados; se apoya en su clava, y me ordena encender el fuego de la pira.

Mis manos trémulas y entorpecidas con el horror, no le audieron negar ese cruel obsequio, porque ya no era la vida

⁴ Bosque de Acaya, en el cual Hércules mató un prodigioso león, de cuya piel se hizo el manto con que se cubría.

UNIVERSIDAD

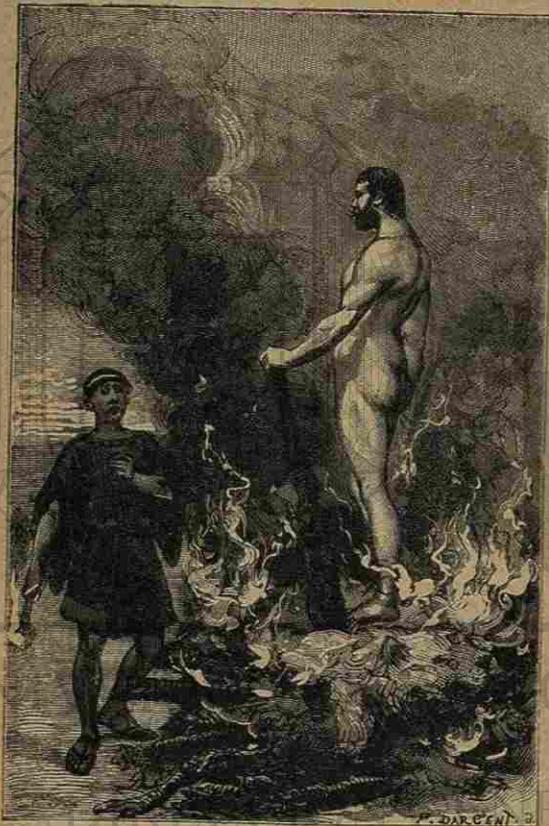
JUAN

UN

DOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROSALES"
1966. 1969 MONTERREY, MEXICO



Mis manos trémulas y entorpecidas con el horror, no le pudieron negar ese cruel obsequio.

para él un don de los dioses, atormentándole tanto: hasta llegué á temer que, arrebatado del exceso de sus dolores, se dejara arrastrar á cualquier acción indigna de la virtud que había llenado de admiración al universo. Apenas vió que la llama empezaba á prender en la hoguera, exclamó: Ahora sí que conozco tu verdadera amistad, mi amado Filoctetes, porque prefieres mi honor á mi vida. ¡Los dioses te lo premien! Yo te digo lo que en la tierra tengo de más precioso, estas flechas templadas con la sangre de la hidra de Lerma. Tú sabes que las heridas que hacen son incurables: con ellas serás invencible, como lo he sido yo, y mortal ninguno se atreverá á pelear contigo. Acuérdate que muero fiel á nuestra amistad, y nunca olvides cuanto te he querido. Pero si es cierto que tanta parte tomas en mis males, aun puedes darme un consuelo y será el último. prométeme no revelar jamás á mortal alguno ni mi muerte ni el lugar en donde escondas mis cenizas. Yo se lo prometí, ¡ay de mí! hasta lo juré regando la hoguera con mis lágrimas. Un destello de alegría se asomó á sus ojos; pero de pronto le ahogó la voz un torrente de llamas que le envolvió y casi le arrebató á mi vista. Sin embargo todavía le alcanzaba á ver por entre las llamas; estaba con un rostro tan sereno como habría podido estar coronado de flores y lleno de fragancias en un festín delicioso, rodeado de todos sus amigos.

El fuego consumió muy pronto lo que de mortal y terrestre había en él. Muy pronto le despojó de todo lo que al nacer había recibido de Alcmena su madre; pero conservó por la voluntad de Júpiter esa naturaleza sutil é inmortal, esa llama celeste que es el verdadero principio de la vida, la cual había recibido del padre de los dioses. Así se fué con ellos á beber el néctar bajo las bóvedas doradas del resplandeciente Olimpo, en donde le dieron por esposa á la amable Hebe¹, diosa de la juventud, que echaba el néctar en la copa del gran Júpiter, ántes que Ganimedes hubiese recibido ese honroso encargo.

En cuanto á mí, aquellas flechas que me había dado,

¹ Hebe era hija de Juno, y no tenía padre. Echando de beber á Júpiter se dejó caer, y Ganimedes le sucedió para servir la copa al padre de los dioses.

para que yo fuera superior á todos los demas héroes, se me convirtieron en un manantial inagotable de tormentos. Poco tiempo despues se aprestaron los reyes coligados á vengar á Menelao del infame París, que le habia robado á Elena, á destruir el imperio de Priamo. El oráculo de Apolo les hizo saber que no debian esperar concluir felizmente aquella guerra, á ménos que no tuviesen las flechas de Hércules.

Ulises, vuestro padre, que en todos los consejos era siempre el mas sagaz y fecundo, tomó á su cargo el persuadirme á ir con ellos al sitio de Troya, y á llevar las flechas que él creia estaban en mi poder. Ya habia mucho tiempo que Hércules no se veia en parte alguna: no se oia contar hazaña nueva de aquel héroe: los monstruos y los malvados volvian á aparecer impunemente. Los Griegos no sabian lo que pensar de él: unos le daban por muerto: otros decian que habia ido hasta el estremo helado del Norte á domar á los Escitas. Pero Ulises sostuvo que habia muerto, y se propuso el hacérmelo confesar: cuando me fué á buscar, todavía me era imposible consolarme de haber perdido al grande Alcides. Le costó mucho acrecarse á mí, porque huia de ver á los hombres, y no podia soportar la idea de apartarme de aquellos desiertos del monte Oeta¹, en donde habia visto perecer á mi amigo: yo no pensaba mas que en reproducirme la imágen del héroe y en llorar á la vista de tan tristes lugares. Pero la dulce é irresistible persuasión movia los labios de vuestro padre; mostróse casi tan afligido como yo; derramó lágrimas conmigo; supo ganarme insensiblemente el corazon, apoderarse de mi confianza, y me inclinó á favor de los reyes griegos que iban á pelear por tan justa causa, y no podian triunfar sin mí. Jamas empero logró arrancarme el secreto de la muerte de Hércules, que habia jurado no revelar en mi vida; si bien no dudaba él que hubiera muerto, pues me instaba á que le descubriese el sitio en donde yo habia guardado sus cenizas.

¡Ah! yo que me estremecía con el temor de un perjurio, descubriendo el secreto que habia prometido á los dioses no revelar jamas, tuve la flaqueza de eludir mi juramento, no atreviéndome á violarle; los dioses me han castigado:

¹ Monte de Tesalia entre el Parnaso y el Pindo. El Oeta era famoso por el sepulcro de Hércules.

di con el pié en la tierra sobre el lugar en que habia depositado las cenizas de Hércules. Partí en seguida á unirme con los reyes confederados, que me recibieron con el mismo júbilo con que habrian recibido al mismo Hércules. Pasando por la isla de Lemnos, quise mostrar á los Griegos todo el poder de mis flechas; al prepararme para tirarle á un gamo que se lanzaba al bosque, dejé caer del arco por descuido la flecha, y me hizo en el pié una herida de que todavía me resiento. Al punto espermenté los mismos dolores que Hércules habia padecido; dia y noche hacia resonar toda la isla con mis gritos; la sangre negra y corrompida que manaba de mi herida, infectaba el aire y espacia por el campo de los Griegos un hedor capaz de sofocar á los hombres mas vigorosos. Todo el ejército se horrorizaba de verme en semejante estremidad, persuadiéndose todos de que era un suplicio que me habia sido enviado por los justos dioses.

Ulises, que me habia empeñado en aquella guerra, fué el primero que me abandonó. Despues he conocido que lo habia hecho, porque preferia el interes comun de la Grecia y la victoria á cualesquiera otras razones de amistad ó de respeto particular. Tanto molestaban al ejército entero el horror de mi herida, su infeccion y la violencia de mis gritos, que no se podia sacrificar en el campamento. Pero por entonces, cuando me vi abandonado de los Griegos por consejo de Ulises, su política me pareció de la mas horrible inhumanidad y negra alevosía. ¡Ay! que estaba ciego, y no alcanzaba á ver cuan justo era que los mas sabios entre los hombres estuvieran contra mí como los dioses, á quienes tenia irritados.

Casi todo el tiempo que duró el asedio de Troya, permanecí solo, sin socorro alguno, sin esperanza, sin consuelo, atormentado de dolores horribles, en aquella isla desierta y montaraz, en donde no oia sino el estruendo de las olas del mar que se estrellaban contra las rocas. Descubrí, en medio de aquella soledad, una caverna abierta en un peñasco que alzaba al cielo dos puntas semejantes á dos cabezas: de este peñasco salia una clara fuente. La caverna era guarida de alimañas feroces, á cuya rabia estaba espuesto de noche y de dia. Para acostarme junté algunas hojas. Todos los bienes que me quedaron, se reducian á una

vasija de madera groseramente trabajada, y unos vestidos hechos pedazos, con que me vendaba la herida para contener la sangre, y de que me servia para limpiarla. Allí, abandonado de los hombres y perseguido por la cólera de los dioses, pasaba el tiempo en matar con mis flechas palomas y otras aves de las que volaban alrededor de la roca. Cuando mataba alguna para alimentarme, era menester que me arrastrara por el suelo con dolor para ir á recogerla así me preparaban mis manos el sustento.

Verdad es que los Griegos al partir me dejaron algunas provisiones; pero me duraron poco. Encendia fuego con pedernales. Semejante vida, aunque tan espantos, me hubiera parecido dulce lejos de los hombres ingratos y falaces, si mi dolor no hubiese sido tanto, y si no me hubiese perseguido constantemente el pensamiento de mi triste aventura. ¡Qué! decía yo, sacar á un hombre de su patria como el único que puede vengar la Grecia, y luego abandonarle en esta isla desierta durante su sueño! porque los Griegos se fueron mientras yo dormía. Juzgad cual seria mi sorpresa, y cuantas lágrimas derramaria, cuando al despertarme vi las naves surcar las olas. ¡Ah! buscando por todas partes en aquella isla inculta y horrorosa, no hallé sino dolor.

En efecto allí no hay puerto, ni comercio, ni hospitalidad, ni hombre que á ella arribe por su voluntad. No se ven sino los desdichados á quienes arrojan las tempestades, no pudiendo esperarse mas sociedad que la proporcionada por algun naufragio: aun los que llegaban á aquel paraje, se negaban á tomarme á bordo para volverme á mi patria, temiendo la cólera de los dioses y la de los Griegos. Hacia diez años que estaba padeciendo de vergüenza, de dolor y de hambre, con una herida que me devoraba, y hasta la esperanza se había estinguido en mi corazón. De repente, volviendo de buscar plantas medicinales para mi llaga, divisé en mi caverna á un joven hermoso, agraciado, pero altivo, y de una estatura de héroes. Parecióme que veía á Aquiles, tan suyas eran las facciones, las miradas y el paso; su edad sin embargo me hizo conocer que no podia ser él. Noté en su rostro la compasion y el embarazo juntos; le dió lástima ver con el trabajo y lentitud que me iba arrastrando: los penetrantes y dolorosos gritos que me arrancaba el dolor y repetian los ecos de la playa, enternecieron su corazón.

O extranjero, le dije desde bastante lejos, ¿qué desgracia te ha conducido á esta isla inhabitada? Reconozco el vestido griego, ese traje tan querido todavía de mí. ¡Oh! con qué impaciencia deseo escuchar tu voz, y oír en tus labios la lengua que he aprendido desde mi infancia, y que hace tanto tiempo que con nadie puedo hablar en esta soledad. No te arredres al ver á un hombre tan desventurado; debes tenerle compasion.

Apénas me dijo Neoptolemo, yo soy Griego, exclamé: ¡O dulces palabras al cabo de tantos años de silencio y de dolor desconsolado! ¡O hijo mio! ¿qué desgracia ¿qué tormenta, ó mas bien, ¿qué viento favorable te ha traído para poner término á mis males? Soy de Esciro¹, respondió, vuelva á mi patria: dicente hijo de Aquiles: todo lo sabes.

Tan breves palabras no dejaban satisfecha mi curiosidad; dijele: O hijo de un padre que he amado tanto, y con tanto cariño confiado para su crianza á Licomedes², ¿cómo vienes aquí? ¿de dónde vienes? Respondióme que volvía del sitio de Troya. Tú no eras de la primera expedicion, le dije yo. Y tú, me replicó él, eras tú de ella? Entonces le contesté: Tú no sabes, bien lo veo, ni el nombre de Filoctetes ni sus desgracias. ¡Ay! ¿cuán desventurado soy! mis perseguidores me insultan en mi infortunio: la Grecia ignora como padezco, y eso aumenta mi dolor. Los Atridas³ me han puesto en este estado: ¿que los dioses se lo paguen!

En seguida le conté de que modo me habian abandonado los Griegos. Luego que oyó mis quejas, me refirió las suyas. Despues de la muerte de Aquiles, me dijo... Con ese principio no pude dejar de interrumpirle, diciéndole: ¿Qué! ¿Aquiles ha muerto! Perdona, hijo mio, que turbé tu relacion con el llanto que debo á tu padre. Neoptolemo me respondió: Me consolais interrumpiéndome: ¿cuán dulce es para mí ver que Filoctetes llora á mi padre!

¹ Esciro, una de las islas del Archipiélago á la entrada del golfo de Zeton, distante trece leguas de Negroponto hácia el Norte.

² La madre de Aquiles, queriendo que su hijo no fuera al sitio de Troya, le disfracó de mujer y le envió á la corte del rey Licomedes, en donde se enamoró de Deidamia, de la cual tuvo á Pirro ó Neoptolemo.

³ Los hijos de Atreo, es decir, Agamenon y Menelao.

Neoptolemo, volviendo á tomar su discurso, me dijo: Despues de la muerte de Aquiles, fueron á buscarme Ulises y Fenix, asegurando que sin mi no podia destruirse la ciudad de Troya. Nada les costó el llevarme, porque mi dolor por la muerte de Aquiles, y el deseo de heredar su gloria en tan famosa guerra, me servian de bastante estímulo para seguirlos. Llegó á Sigea¹: el ejército se agolpa al rededor de mí; todos juran que vuelven á ver á Aquiles; pero ¡ay! Aquiles ya no existia. Parecióme en mi juventud é inesperienza que podia contar para todo con los que me daban tantas alabanzas. Empiezo pidiendo á los Atridas las armas de mi padre: Tendrás lo demás que le pertenece fué su cruel respuesta; pero sus armas estan destinadas á Ulises.

Yo me trastorno, lloro, me enfurezco; mas Ulises me decia sin conmovirse: Joven, tú no has estado con nosotros en los peligros de este largo asedio: todavía no mereces tales armas, y ya hablas con sobrada arrogancia: nunca las lograrás. Despojado por Ulises injustamente, me vuelvo á Esciro, ménos indignado con él que con los Atridas. ¡Que á cualquiera que sea su enemigo, le sean propicios los dioses! O Filoctetes, os lo he dicho todo.

Entónces pregunté á Neoptolemo cómo no se habia opuesto á tamanía injusticia Ajax Telamonio. Ha muerto, me respondió. ¿Ha muerto? esclamé, ¡y Ulises no muere! al contrario, prospera en el ejército. En seguida le pregunté por Antiloco, hijo del prudente Nestor, y por Patroclo tan amado de Aquiles. Han muerto tambien, me dijo. Y yo volví á esclamar: ¡Qué! ¡han muerto! ¡Ay de mí! ¿qué me dices? ¿Con que la cruel guerra siega á los buenos y deja á los malvados? ¿Ulises vive? ¿Sin duda tambien vive Tersites? ¡Hé ahí la obra de los dioses, y todavía los alabaremos!

¹ Hoy el cabo de los Genizaros, en la Natolia. Á la entrada de golfe de Gallipoli, en frente de la punta de la Romania.

² Uno de los hombres mas contrahechos y cobardes del ejército de los Griegos, y tan propenso á contradecir á los mas prudentes y capaces, que Aquiles, indignado de su proceder, le mandó á una puñada.

Mientras yo estaba tan enfurecido contra vuestro padre, Neoptolemo seguia engañandome. Hé aquí las tristes palabras con que terminó: Voy á la isla de Esciro á vivir contento en sus asperezas, léjos del ejército griego, en donde a maldad prevalece en perjuicio de los buenos. A Dios, me marchó; ¡qué los dioses os curen!

Al punto le dije: ¡O hijo mio! yo te ruego por los manes de tu padre, por tu madre, por lo que tú mas ames en el mundo, que no me dejes solo en la situacion dolorosa en que me ves. No ignoro cuan penosa carga debo ser para tí: mas seria una vergüenza que me abandonaras: échame en la proa, en la popa, aunque sea en la sentina, en donde ménos te incomode. Solo saben cuanto gloria cabe en ser bueno los que tienen un corazón magnánimo. No me dejes en un desierto en donde no hay ni vestigio de hombres: lévame á tu patria ó á Eubea¹, que no está léjos del monte Oeta, de Traquino, y de las agradables márgenes del rio Esperquino: vuéltveme á mi padre. ¡Ay! ¡temo que haya muerto! le he mandado á decir que me enviara una nave: ó ha muerto, ó los que me han prometido informarle de mi infortunio, no lo han hecho. Ahora recurro á tí, hijo mio. Acuérdate de la fragilidad de las cosas humanas. El que se halla en la prosperidad debe temer abusar de ella, como debe socorrer á los desgraciados.

Así me hacia hablar á Neoptolemo el exceso del dolor, y él me ofreció llevarme. Entónces esclamé de nuevo: ¡O fausto día! ¡O amable Neoptolemo, digno de la gloria de su padre! compañero querido de este viaje, permitidme que me despida de esta triste morada. Ved donde he vivido; juzgad lo que he padecido: ningun otro lo hubiera podido resistir; pero la necesidad me habia enseñado, y de ella aprenden los hombres lo que jamas podrian saber de otra manera. Los que nunca han padecido, nada saben; no conocen lo bueno ni lo malo; no conocen á los hombres; no se conocen á si mismos. Despues de hablar así, tomé mi arco y mis flechas. Neoptolemo me suplicó que le permitiera besar unas armas tan célebres, y consagradas por el invencible Hércules. Yo le dije: Haz cuanto quieras; tú

¹ Isla del mar Egeo, hoy Negroponio.

eres, hijo mio, quien hoy me vuelves la luz, mi patria, mi padre agobido por la vejez, mis amigos, y hasta mi mismo tu puedes tocar estas armas, y gloriarte de ser el único entre los Griegos que haya merecido tocarlas. Inmediatamente entra Neoptolemo en mi gruta para admirarlas. En esto me asalta un dolor cruel que me trastorna, no sé lo que hago; pido unaes pada para cortarme el pié; esclamo agritos. ¡O muerte tan deseada! ¿porqué no vienes? ¡O jóven! quemane al punto, cómo yo he quemadoa al hijo del gran Júpiter. ¡O tierra! ¡O tierra! recibe á un moribundo que ya no puede levantarse. De aquel arrebato caisrepentinamente, segun mi costumbre, en un letargo profundo; empezó á calmarme un sudor copioso; de la herida corrió una sangre negra y corrompida. Fácil hubiera sido á Neoptolemo quitarme las armas, durante mi sueño, y partir con ellas; pero era huó de Aquiles, y nos habia nacido para engañar.

Al despertarme, conocí su turbacion; suspiraba como un hombre que no sabe fingir, y obra contra su conciencia. ¿Me quieres sorprender? le dije; ¿qué hay? Es menester, me respondió, que vengais conmigo al sitio de Troya. Yo repliqué al punto: ¡Ah! ¿qué has dicho, hijo mio? Vuélveme ese arco; ¡estoy vendido! no me arranques la vida. ¡Ay de mí! nada me responde; me mira tranquilamente, nada le conmueve. ¡O márgenes, ó promontorios de esta isla! ¡ó fieras alimañas! ¡ó rocas escarpadas! á vosotras me quejo, porque no quiero quejarme sino á vosotras, que estais acostumbradas á mis gemidos. ¿Y ha de ser el hijo de Aquiles quien me haga semejante traicion? me roba el arco sagrado de Hércules; quiere arrastrarme al campo de los Griegos para triunfar de mí: no advierte que es traifar de un cadáver, de una sombra, de una apariencia van; ¡Oh! si me hubiera provocado cuando yo podia....! y aun ahora se vale de la sorpresa. ¿Qué he de hacer yo? Vuelve, hijo mio, vuelve: obra como tu padre, obra como quien eres. ¿Qué dices?... Tú no respondes. ¡O agreste roca! me vuelvo á ti, desnudo, miserable, abandonado, sin alimento: aquí en esta caverna moriré solo: no teniendo ya mi arco para defenderme de las fieras, las fieras me devorarán; no importa. Pero, hijo mio, tú no pareces malvado, ajena persuasion te arrastra: vuélveme mis armas, y véte.

Neoptolemo con los ojos arrasados en lágrimas decia en voz baja: ¡Pluguiera á los dioses que nunca hubiese yo salido de Esciro! En esto esclamo: ¡Ah! ¿qué veo? ¿no es Ulises? Al momento oigo que me responde: Sí, yo soy. Si el lóbrego reino de Pluton se hubiera abierto, y yo hubiese visto el negro Tártaro que los mismos dioses temen ver, no se hubiera apoderado de mí, lo confieso, un horror grande. Yo volvi á esclamar: ¡O tierra de Lemnos, invocu testimonio! ¡O sol! ¿tú lo ves y lo sufres? Ulises me respondió sin inmutarse: Júpiter lo quiere, y yo lo ejecuto. ¿Te atreves tú, le dije, á nombrar á Júpiter? ¿Ves tú á ese manco que no ha nacido para el fraude, y que padece al ejecutar lo que tú le obligas á hacer? No es nuestro ánimo engañaros; me dijo Ulises, ni haceros mal; venimos á redimiros, á curaros, á daros la gloria de destruir á Troya, y á volveros á vuestra patria. Vos mismo sois, no Ulises, el enemigo de Filoctetes.

Entonces dije á vuestro padre cuanto el furor me podia sugerir. Ya que me abandonaste, le dije, en estas playas, ¿porqué no me dejas en paz aquí? Vé á buscar la gloria de los combates y de todos los deleites; goza de tu felicidad con los Atridas: déjame mi inseria y mi dolor. ¿A qué llevarme? Nada soy ya, estoy ya muerto. ¿Porqué no crees todavía hoy, como en otro tiempo lo creias, que yo no podré partir, que mis gritos y la infeccion de mi herida turbarán los sacrificios? O Ulises, autor de mis males, que los dioses te.... Mas los dioses no me escuchan; al contrario, escitan mi enemigo. ¡O tierra de mi patria, que no volveré á ver!... O dioses, si aun queda entre vosotros alguno bastante justo para tener piedad de mí, castigad, castigad á Ulises; entonces me creeré curado.

Mientras yo hablaba así, vuestro padre me miraba tranquilo con semblante de compasion, como quien, léjos de enojarse, tolera y disculpa el trastorno de un infeliz que la fortuna ha exasperado. Parecíame una roca encima de la cumbre de una montaña, cuando se burla del furor de los vientos, y dejándoles apurar su rabia permanece inmóvil. Así vuestro padre aguardaba en silencio que se defogase mi cólera; porque sabia que es menester no combatir las pasiones de los hombres, para traerles á la razon, sino cuan-

do se empiezan á debilitar ellas mismas por cierta especie de lasitud. En seguida me dijo estas palabras: O Filoctetes, qué habeis hecho de vuestro juicio y de vuestro ánimo? Hé aquí la ocasión de aprovecharlos. Si os negais á seguirnos para cumplir con los altos designios que sobre vos tiene Júpiter, á Dios: sois indigno de ser el libertador de la Grecia y el destructor de Troya. Quedaos en Lemnos; estas armas, que yo me llevo, me darán una gloria que os estaba destinada. Neoptolemo, partamos; es inútil hablarle: por la compasión de un hombre solo no hemos de sacrificar la salud de la Grecia entera.

Sentíme entonces como una leona á quien acaban de arrebatar los hijuelos, que aturde las selvas con sus rugidos; ¡O caverna, gritaba yo, nunca te dejaré, vas á ser mi sepulcro! ¡Mansion de mi dolor! ¡Ya no mas alimento, ya no mas esperanza! ¡Quién me dará una espada para atravesarme? ¡Oh! si á lo ménos me pudieran llevar las aves de rapiña!... ¡Ya no las mataré con mis flechas! ¡O arco precioso, consagrado por las manos del hijo de Júpiter! ¡O amado Hércules, si aun conservas algún sentimiento! ¿cómo no te indignas? Ese arco no está ya en las manos de tu amigo fiel; está en las manos impuras y engañosas de Ulises. Aves de rapiña, fieras indomables, no huyais de esta caverna; mis manos ya no tienen flechas. Miserable, no puedo haceros mal, venid á devorarme, ó mas bien ¡que el rayo del inexorable Júpiter me confunda!

Vuestro padre, despues de haber probado á persuadirme por todos los demas medios, pensó al cabo que lo mejor era restituirme las armas: hizo señas á Neoptolemo, que al punto me las volvió. Entonces le dije: Digno hijo de Aquiles, bien muestras que lo eres; pero déjame atravesar á mi enemigo. En efecto quise disparar una flecha á vuestro padre; mas Neoptolemo me deluvo, diciéndome: La cólera os ciega, y os quita el ver lo indigno de la accion que queréis cometer.

En cuanto á Ulises, parecia que tan poco le movian mis flechas como mis injurias. Aquella intrepidez, aquella paciencia me hicieron sensacion. Avergoncéme de haber querido servirme de mis armas, en el primer ímpetu, para matar al que me las habia hecho volver; pero como no se habia aplacado aun mi resentimiento, estaba inconsolable

por tener que debérselas á un hombre que aborrecia tanto. Al mismo tiempo me decia Neoptolemo: Salud que el divino Heleno, hijo, de Príamo, habiendo saúdo de la ciudad de Troya por mandado é inspiración de los dioses, nos ha revelado lo futuro. La malhadada Troya caerá, ha dicho; mas no puede caer hasta que hayasido embestida por el que posee las flechas de Hércules. Ese hombre no se puede curar sino cuando esté en frente de los muros de Troya: los hijos de Esculapio⁴ le curarán.

En aquel instante sentí mi corazón dividido: me inclinaban el candor de Neoptolemo, y la sencillez con que me habia vuelto mi arco; pero no podia resolverme ni á vivir, si era menester que cediese á Ulises; y esa mala vergüenza me tenía suspenso. ¿Me habrán de ver, decia yo para mí, con Ulises y con los Atridas? ¿Qué se pensará de mí? En esta incertidumbre, oigo de repente una voz sobrehumana, y veo á Hércules en una nube resplandeciente: estaba rodeado de rayos de gloria. Fácilmente reconocí sus facciones algo rudas, su cuerpo robusto y su ademan sencillo; pero su estatura y majestad eran mucho mayores de lo que me habian parecido cuando domaba los monstruos. Díjome:

Tú oyes, tú ves á Hércules. He dejado el alto Olimpo para anunciarte la voluntad de Júpiter. Bien sabes por medio de que trabajos he ganado la inmortalidad: es menester que vayas con el hijo de Aquiles, para seguir mis huellas en el camino de la gloria. Tú sanarás; matarás con mis flechas á París, autor de tantas calamidades. Despues de la toma de Troya, mandarás á Pean, tu padre, al monte Oeta ricos despojos; esos despojos se pondrán sobre mi tumba como monumento de la victoria debida á mis flechas. ¡Y tú, ó hijo de Aquiles! yo te declaro que no puedes vencer sin Filoctetes, ni Filoctetes sin tí. Id pues como dos leones que buscan juntos su presa. Yo enviaré á Esculapio á Troya para curar á Filoctetes. Sobre todo, ó Griegos, amad y guardad la religion: lo demas muere; ella jamas.

Oidas estas palabras, esclamé: ¡O día feliz, luz apacible, tú te me apareces al fin despues de tantos años! Te obe-

⁴ Esculapio, hijo de Apolo y de la ninfa Coronis, era tan sabio en la medicina, que los paganos le hicieron dios, adorándole bajo la forma de una serpiente, particularmente en Epidauró ó Pérgamo.

Nezeo, parlo en cuanto salude estos lugares. A Dios, caver-
la amada. A Dios, ninfas de estas húmedas praderas; ya no
oiré el sordo rumor de las olas de esta mar. A Dios, plays
en que tantas veces he sufrido las injurias del aire. A Dios,
riscos en donde tantas veces repitió Eco mis gemidos. A Dios,
dulces fuentes que tan amargas me fuisteis. A Dios, ó tierra
de Lemnos; déjame partir con felicidad, pues voy adond
me llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Así partimos; llegamos al sitio de Troya. Macaon y Po-
daliro me curaron por la ciencia divina de su padre Escula-
pio, ó á lo ménos me pusieron en el estado en que me
veis. Ya no sufro; he recobrado mis fuerzas, pero cojeo un
poco. Hice caer á París como un tímido cervatillo que der-
riba el tiro del cazador. Ilión quedó reducida á cenizas: lo
demás lo sabeis. Sin embargo, todavía conservaba no sé
qué de aversión al prudente Ulises por el recuerdo de mis
males: su virtud no alcanzaba á mitigar aquel resentimien-
to; mas la vista de un hijo que se le parece, y al cual
me es imposible dejar de amar, me entenece el corazón
hasta para el mismo padre.

LIBRO XVI.

Telémaco entra en altercados con Falante por unos prisioneros que
se disputan: combate y vence á Hipias, que, despreciando su
juventud, toma á los prisioneros de su propia autoridad para su
hermano Falante; pero, quedando poco satisfecho de su triunfo,
se lamenta interiormente de su temeridad, y desea reparar su
falta. Al mismo tiempo Adrasto, rey de los Danienses, informado
de que los reyes confederados no se ocupan mas que en allanar
la desavenencia de Telémaco é Hipias, va á sorprenderlos. Des-
pues de apoderarse de cien bajeles del enemigo para transportar
sus tropas al campo contrario, le pone fuego, y embiste por el
cuartel de Falante, mata á su hermano Hipias, y á él le deja
cubierto de heridas.

Mientras Filoctetes había contado así sus aventuras, Te-
lémaco había permanecido como suspenso é inmóvil. Sus
ojos estaban clavados en el héroe que hablaba. Todas las
varias pasiones que habían agitado á Hércules, á Filoctetes,
á Ulises, á Neoptolemo, se habían ido pintando sucesiva-

mente en el rostro candoroso de Telémaco, al paso que se
representaban en aquella narración. A veces, sin poder
contenerse, interrumpía á Filoctetes con exclamaciones:
á veces parecía pensativo, como quien medita profunda-
mente sobre las consecuencias de los negocios. Cuando Fi-
loctetes pintó la turbación de Neoptolemo, que no sabía
disimular, Telémaco parecía sentir la misma turbación, y
en aquel momento se le habría tenido por Neoptolemo.

Entre tanto el ejército de los aliados marchaba en buen
orden contra Adrasto, rey de los Danienses, que desprecia-
ba á los dioses, y no trataba sino de engañar á los hom-
bres. Con muchas dificultades encontró Telémaco para ave-
nirse con tantos reyes celosos entre sí. Necesitábase no
inspirar desconfianza á alguno, y ganarse la voluntad de
todos. Su índole era buena y veraz, pero poco afectuosa:
apenas se cuidaba él de lo que podía complacer á los de-
más: no era apegado á las riquezas, mas no sabía dar. Así,
con un corazón noble é inclinado á lo bueno, no parecía ob-
sequioso, ni sensible á la amistad, ni liberal, ni agradecido
á los desvelos que por él se tomaban, ni atento para distin-
guir el mérito. Hacía su gusto sin reflexión. Su madre Pe-
nelope le había criado á despecho de Mentor con una alta-
nería y un orgullo que empañaban cuanto de más amable
había en él. Considerábase como de otra naturaleza que los
demás hombres, á quienes creía que los dioses no habían
puesto en el mundo sino para complacerle, servirle, anti-
cipar sus deseos, y consagrarsele enteramente como á una
divinidad. La dicha de servirle era en su juicio sobrada
recompensa para los que le servían. Jamás debía encon-
trarse cosa imposible cuando se trataba de satisfacerle: la
menor tardanza irritaba su carácter ardiente.

Los que por esos indicios hubieran juzgado de su índole,
e habrían tenido por incapaz de amar otra cosa que á sí
mismo, por hombre á quien nada movía sino su gloria ó su
placer; pero aquella indiferencia con los demás, y tanto
cuidado de sí propio, no provenían mas que de la exaltación
continua á que le arrastraba la violencia de sus pasiones.
Habíale engreído su madre desde la cuna, y era un dechado
ejemplar de la desgracia de los que nacen en la grandeza.
Los reveses de la fortuna - que experimentó desde la mas

Nezeo, parlo en cuanto salude estos lugares. A Dios, caver-
la amada. A Dios, ninfas de estas húmedas praderas; ya no
oiré el sordo rumor de las olas de esta mar. A Dios, plays
en que tantas veces he sufrido las injurias del aire. A Dios,
riscos en donde tantas veces repitió Eco mis gemidos. A Dios,
dulces fuentes que tan amargas me fuisteis. A Dios, ó tierra
de Lemnos; déjame partir con felicidad, pues voy adond
me llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Así partimos; llegamos al sitio de Troya. Macaon y Po-
daliro me curaron por la ciencia divina de su padre Escula-
pio, ó á lo ménos me pusieron en el estado en que me
veis. Ya no sufro; he recobrado mis fuerzas, pero cojeo un
poco. Hice caer á París como un tímido cervatillo que der-
riba el tiro del cazador. Ilion quedó reducida á cenizas: lo
demas lo sabeis. Sin embargo, todavía conservaba no sé
qué de aversion al prudente Ulises por el recuerdo de mis
males: su virtud no alcanzaba á mitigar aquel resentimi-
ento; mas la vista de un hijo que se le parece, y al cual
me es imposible dejar de amar, me entenece el corazon
hasta para el mismo padre.

LIBRO XVI.

Telémaco entra en altercados con Falante por unos prisioneros que
se disputan: combate y vence á Hipias, que, despreciando su
juventud, toma á los prisioneros de su propia autoridad para su
hermano Falante; pero, quedando poco satisfecho de su triunfo,
se lamenta interiormente de su temeridad, y desea reparar su
falta. Al mismo tiempo Adrasto, rey de los Danienses, informado
de que los reyes confederados no se ocupan mas que en allanar
la desavenencia de Telémaco é Hipias, va á sorprenderlos. Des-
pues de apoderarse de cien bajeles del enemigo para transportar
sus tropas al campo contrario, le pone fuego, y embiste por el
cuartel de Falante, mata á su hermano Hipias, y á él le deja
cubierto de heridas.

Miéntas Filoctetes habia contado así sus aventuras, Te-
émaco habia permanecido como suspenso é inmóvil. Sus
ojos estaban clavados en el héroe que hablaba. Todas las
varias pasiones que habian agitado á Hércules, á Filoctetes,
á Ulises, á Neoptolemo, se habian ido pintando sucesiva-

mente en el rostro candoroso de Telémaco, al paso que se
representaban en aquella narracion. A veces, sin poder
contenerse, interrumpia á Filoctetes con exclamaciones:
á veces parecia pensativo, como quien medita profunda-
mente sobre las consecuencias de los negocios. Cuando Fi-
loctetes pintó la turbacion de Neoptolemo, que no sabia
disimular, Telémaco parecia sentir la misma turbacion, y
en aquel momento se le habria tenido por Neoptolemo.

Entre tanto el ejército de los aliados marchaba en buen
orden contra Adrasto, rey de los Danienses, que despre-
riaba á los dioses, y no trataba sino de engañar á los hom-
bres. Con muchas dificultades encontró Telémaco para ave-
nirse con tantos reyes celosos entre sí. Necesitábase no
inspirar desconfianza á alguno, y ganarse la voluntad de
todos. Su índole era buena y veraz, pero poco afectuosa:
apénas se cuidaba él de lo que podia complacer á los de-
mas: no era apegado á las riquezas, mas no sabia dar. Así,
con un corazon noble é inclinado á lo bueno, no parecia ob-
sequioso, ni sensible á la amistad, ni liberal, ni agradecido
á los desvelos que por él se tomaban, ni atento para distin-
guir el mérito. Hacía su gusto sin reflexion. Su madre Pe-
nélope le habia criado á despecho de Mentor con una alta-
nería y un orgullo que empañaban cuanto de mas amable
habia en él. Considerábase como de otra naturaleza que los
demas hombres, á quienes creia que los dioses no habian
puesto en el mundo sino para complacerle, servirle, anti-
cipar sus deseos, y consagrársele enteramente como á una
divinidad. La dicha de servirle era en su juicio sobrada
recompensa para los que le servian. Jamas debia encon-
trarse cosa imposible cuando se trataba de satisfacerle: la
menor tardanza irritaba su carácter ardiente.

Los que por esos indicios hubieran juzgado de su índole,
e habrian tenido por incapaz de amar otra cosa que á sí
mismo, por hombre á quien nada movia sino su gloria ó su
placer; pero aquella indiferencia con los demas, y tanto
cuidado de sí propio, no provenian mas que de la exaltacion
continua á que le arrastraba la violencia de sus pasiones.
Habíate engreído su madre desde la cuna, y era un dechado
ejemplar de la desgracia de los que nacen en la grandeza.
Los reveses de la fortuna - que experimentó desde la mas

temprana juventud, no habían podido mitigar su impetuosidad y altanería. Aunque despojado de todo, abandonado, espuesto á tantas calamidades, nada abatía su orgullo. Alzábase este siempre, como se levanta sin cesar la palma naxos, por mas esfuerzos que se hagan para doblarla.

Mientras Telémaco estaba al lado de Mentor, desaparecían sus defectos, y aun de dia en dia se aminoraban. Semejante á un corcel fogoso que retósa en las vastas dehesas, sin detenerse en riscos tajados, precipicios, torrentes, y que no conoce mas que la voz y la mano de un hombre solo capaz de domarle, Telémaco, lleno de noble adon, no podia sujetarse sino á la vista de Mentor. Pero tambien una mirada de este le paraba de repente en su mayor impetuosidad; porque desde luego entendia lo que tal mirada queria decir, y al punto volvia á llamar á su corazon todos los sentimientos virtuosos. La sabiduría de Mentor restituia en un momento á su rostro la duzura y la serenidad. Neptuno, cuando levanta el tridente, y amenaza á las olas revueltas, no calma tan pronto las negras tempestades.

Cuando Telémaco se halló solo, todas sus pasiones, contenida como un torrente atajado por un fuerte dique, volvieron á soltarse: fúele imposible soportar la arrogancia de los Lacedemonios, y de Falante, que estaba á su cabeza. Esta colonia, fundadora de Tarento, se componia de gente moza, nacida durante el sitio de Troya y sin educacion alguna: la ilegitimidad de su nacimiento, la disolucion de sus madres, la licencia con que se habian criado, les daban no sé qué de bárbaro y feroz. Parecian mas bien una banda de forajidos que una colonia griega.

Falante se habia propuesto contradecir á Telémaco en todas ocasiones: en las asambleas le interrumpia á cada momento, menospreciando su parecer como el de un jóven desperto: mofábase, tratándole de débil y afeminado: habia notar á los caudillos del ejército sus mas leves faltas. Procuraba sembrar por todas partes recelos, y hacer odios el orgullo de Telémaco á todos los aliados.

Un dia, habiendo hecho Telémaco varios prisioneros á los Danienses, Falante pretendió que los cautivos le debian pertenecer, porque él era, decia, quien al frente de sus Lacedemonios habia derrotado aquella fuerza enemiga, y porque Telémaco, vencidos ya los Danienses y puestos en fuga,

no habia maído mas trabajo que el de salvarles la vida y conducirlos al campamento. Telémaco sostenia que al contrario él habia evitado que Falante fuera vencido, y que la victoria conseguida era suya. Ambos fueron á defender su causa á la asamblea de los reyes confederados. Telémaco se arrebató de tal manera, que amenazó á Falante, y se hubieran embestido allí mismo, si no los hubiesen contenido.

Falante tenia un hermano llamado Hipias, famoso en todo el ejército por su valor, fuerza y destreza. Polux⁴, decian los Tarentinos, no le era superior en el combate del cesto: Castor no le hubiera ganado á manejar un caballo: tenia la estatura y la fuerza de Hércules. Todo el ejército le temia; porque aun era mas pendenciero y brutal que forzado y denodado.

Hipias, habiendo visto la arrogancia con que Telémaco habia amenazado á su hermano, va precipitadamente á tomar los prisioneros para llevárselos á Tarento sin aguardar la decision de la asamblea. Telémaco, á quien lo advirtieron secretamente, salió furioso. Del mismo modo que un jabali lleno de espuma busca al cazador que le ha herido, así se le veia correr por el campo buscando con los ojos á su enemigo, y blandiendo el dardo con que le queria atravesar por fin le encuentra, y al verle se aumenta su rabia. Aquel Telémaco no era el prudente mancebo adoctrinado por Minerva bajo la forma de Mentor; era un frenético, un leon enfurecido.

Al instante grita á Hipias: Detente; ¡ó el mas vil de los hombres! detente; vamos á ver si te es fácil arrebatarme los despojos que yo he ganado. No te los llevarás á Tarento; vé, baja ahora mismo á las tenebrosas márgenes de la Estigia. Dijo, y le arrojó el dardo; pero se le arrojó con tanta ira que no pudo medir bien el tiro, y el dardo no tocó á Hipias. Saca luego la espada, cuya guarnicion era de oro, regalo que, al partir de Itaca, le habia hecho Laertes, como prenda de cariño. Laertes se habia servido de ella con mucha gloria cuando era mozo, y estaba teñida con la

⁴ Polux, hijo de Júpiter y de Leda, mujer de Tindaro, partió la inmortalidad con Castor, pasando alternativamente un año en el Cielo y un año en los Campos Eliseos.

sangre de varios caudillos famosos de los Epirotas en una guerra de que salió vencedor.

Apénas había desenvainado Telémaco esa espada, cuando Hípías, que se propuso valerse de la ventaja de su fuerza, se echó encima para quitársela de las manos al mancebo. La espada se rompe en las de ambos: se cogen, se agarran uno á otro. Allí luchan como dos fieras implacables que procuran despedazarse; les salta fuego de los ojos; se embeben, se alargan, se bajan, se empujan, se embisten, tienen sed le sangre. Hélos asidos, pies con pies, manos con manos, y los dos cuerpos entazados parecen uno solo. Pero Hípías, siendo de edad mas adelantada, debía al parecer abrumar á Telémaco, que por su juventud era ménos membrudo. Ya Telémaco, sin aliento, sentia que le flaqueaban las rodillas. Hípías, viéndole vacilar, hacia mayores esfuerzos. El hijo de Ulises iba á acabar, y hubiera sufrido la pena de su temeridad y arrebatos, si Minerva, que desde léjos velaba sobre él, y no le dejaba en tal estremidad de peligro sino para instruirle, no hubiese inclinado la victoria á su favor.

No salió la diosa del palacio de Salento, pero envió á Iris⁴, que es la veloz mensajera de los dioses. Esta, volando con ligeras alas, corta los inmensos espacios de los aires, dejando en pos de sí un largo rastro de luz que pintaba una nube de mil varios colores; no descansó hasta llegar á la orilla del mar en donde estaba acampado el numeroso ejército de los aliados: ve de léjos la contienda, el ardor y los esfuerzos de los dos combatientes: se estremece á vista del peligro en que está el jóven Telémaco; y se acerca, envuelta en una clara nube que habia formado de vapores sutiles. En el momento en que Hípías, sintiendo toda su punanza, se creyó vencedor, cubrió Iris al jóven alumno de Minerva con la égida que la sabia diosa le habia confiado. Telémaco, á quien se le habian apurado las fuerzas, empieza á reanimarse. Al paso que se reanima él, Hípías se turba, sintiendo no sé qué de divino que le aturde y que le confunde. Telémaco le acusa y cierra con él, ya en una situacion ya en otra; le hace perder el equilibrio, no le deja un momento para afirmarse; en fin, le arroja al suelo y se

⁴ Iris, hija de Taumas y de Electra, era la mensajera de Juno, que era diosa de la lluvia.

le echa encima. Una corpulenta encina del monte Ida, cortada por el hacha á fuerza de mil golpes que han resonado en todo el bosque, no hace tan horroroso estruendo al caer; la tierra gime; cuanto la rodea, vacila.

Telémaco habia recobrado con la fuerza la prudencia. Apénas cayó Hípías, comprendió el hijo de Ulises la falta que habia cometido en luchar así con el hermano de uno de los reyes que habia ido á socorrer: revolvió en su memoria lleno de confusion los sabios consejos de Mentor: dióle vergüenza de su victoria, y conoció que merecia el haber quedado vencido. Entre tanto Falante, arrebatado de furor, acudia á favorecer á su hermano: hubiera pasado con el dardo que llevaba á Telémaco, si no hubiese temido pasar también á Hípías, que estaba en el suelo debajo de Telémaco. Fácil habria sido al hijo de Ulises quitar la vida á su enemigo; pero se le habia aplacado el enojo, y no pensaba sino en reparar su falta mostrando moderacion. Levantóse diciendo: Hípías, me basta haberos enseñado á no menospreciar mi juventud; vivid; yo admiro vuestra fuerza y vuestro denuedo. Los dioses me han protegido, someteos á su poder: no pensemos mas que en pelear juntos contra los Danienses.

Mientras Telémaco hablaba así, se levantaba Hípías cubierto de polvo y sangre, corrido y furioso. Falante no se atrevia á quitarle la vida á quien acababa de dársela tan generosamente á su hermano; estaba suspenso y fuera de sí. Todos los reyes aliados acuden, y se llevan á un lado á Telémaco, y á otro á Falante y á Hípías, que, habiendo perdido su altivez, no osa levantar los ojos. El ejército entero se asombraba cada vez mas de que Telémaco en tan tierna edad, en que los hombres no han adquirido aun toda su fuerza, hubiese podido derribar á Hípías, que parecia por su fuerza y su estatura uno de aquellos gigantes, hijos de la tierra, que en otro tiempo intentaron arrojar del Olimpo á los inmortales.

Peró el hijo de Ulises estaba muy distante de alegrarse de tal victoria. Mientras los demas no se cansaban de admirarle, retirado él en su tienda se ruborizaba de su falta, y no pudiendo sufrirse á sí mismo, se lamentaba de su precipitacion. Como en un injusto y desacordado era en sus

arrebatos, y encontraba algo de vano, débil y bajo en su desmedida altanería. Pensaba que la verdadera grandeza consiste en la moderación, la justicia, la modestia y la humanidad; lo veía; pero, después de tantas recaídas, desconfiaba de poderse enmendar; así estaba luchando consigo mismo, y se le oía rugir como un león furioso.

Permaneció dos días encerrado solo en su tienda, sin poder resolverse á buscar sociedad alguna, y castigándose á sí propio. ¡Ay de mí! decía, ¿me atreveré á volver á la presencia de Mentor? ¿Soy yo hijo de Ulises, del más sabio y sufrido de los hombres? ¿He venido á traer la discordia y el desorden al ejército de los aliados? ¿Es su sangre, ó la de los Danienses sus enemigos, la que yo debo derramar. He sido un temerario; ni aun he sabido lanzar mi dardo, me he espuesto con fuerzas desiguales á la superioridad de Hípías, de quien debía esperar la muerte con la afrenta de ser vencido. ¿Y qué mal hubiera? Ya no sería, no, ya no sería el temerario Telémaco, el joven insensato que con nada se enmienda: al acabar con la vida, habría acabado con mi vergüenza. ¡Ah! ¡si á lo ménos tuviera esperanzas de no volver á hacer lo que me aflige tanto haber hecho! ¡qué felicidad! ¡qué felicidad! Pero quizás ántes que pasé el día, incurriré y haré por incurrir en las mismas faltas de que ahora tengo tanta vergüenza y horror. ¡O funesta victoria! ¡O alabanzas que no puedo sufrir, verdaderas y crueles reconvenciones á mi locura!

En aquella soledad y desconsuelo, fueron á verle Nestor y Filoctetes. Nestor quiso hacerle conocer su desmán; pero viéndole al entrar tan afligido, el prudente anciano cambió sus graves amonestaciones en palabras de cariño para templar su desesperación.

Los príncipes aliados estaban detenidos por aquella desavenencia, y no podían marchar contra los enemigos sino después de reconciliar á Telémaco con Falante, con Hípías. A cada instante se temía que las tropas de Tarento acometieran á los cien jóvenes Cretenses que habían ido con Telémaco á aquella guerra: todo andaba revuelto por culpa de Telémaco solo; y Telémaco, que se reconocía autor de tantos males presentes y peligros futuros como veía, se abandonaba á un amargo dolor. Todos los príncipes se hallaban en el mayor abrieto: no se atrevían á mover el ejército,

temiendo que en la marcha los Cretenses de Telémaco y los Tarentinos de Falante trabaran la contienda. Costaba mucho tenerlos dentro del campo, donde se les guardaba con grande vigilancia. Nestor y Filoctetes iban y venían continuamente de la tienda de Telémaco á la del implacable Falante, que no respiraba más que venganza. La dulce elocuencia de Nestor y la autoridad de Filoctetes no podían ablandar aquel corazón feroz, que los rabiosos discursos de su hermano Hípías irritaban cada vez más y más. Telémaco era mucho más dócil; pero estaban abatido, que nada le podía consolar.

Mientras los príncipes estaban agitados de aquel modo, todas las tropas se hallaban consternadas: parecía el campo una casa desconsolada que acaba de perder al padre de la familia, apoyo de todos los parientes y última esperanza de sus tiernos hijos.

En tal desorden y consternación, se oye de repente un estruendo horrible de carros, armas, relinchos de caballos, gritos de hombres, vencedores unos y animados á la matanza, fugitivos otros, ó moribundos, ó heridos. Un torbellino de polvo forma una densa nube que cubre el cielo y envuelve todo el campamento. No tarda en juntarse con el polvo un humo espeso que embarga el aire y quita la respiración. Oíase un rumor sordo semejante al de las llamas que el monte Etna vomita de sus entrañas abrasadas, cuando Vulcano con los ciclopes forja rayos para el padre de los dioses. El espanto se apodera de los ánimos.

El vigilante é infatigable Adrasto había sorprendido á los aliados, habiéndoles ocultado su marcha y sabiendo la de ellos. Con increíble rapidez había dado la vuelta á una montaña casi inaccesible, de la cual tenían tomados los pasos los aliados, que, dueños de aquellos desfiladeros, se creían seguros, y aun pretendían poder caer por allí sobre el enemigo detrás de la montaña, luego que llegaran las tropas que aguardaban. Adrasto, que para saber los secretos de sus enemigos derramaba el dinero á manos llenas, había sabido su resolución; porque Nestor y Filoctetes, capitanes por otra parte tan sabios y experimentados, no eran bastante secretos en sus empresas. Nestor, en la decadencia de su vejez, se complacía demasiado en contar

lo que podía granjearle alguna alabanza. Filocte es hablaba ménos de suyo; pero era pronto, y por poco que se estimulara su vivacidad, se le hacia decir lo que él se habia propuesto callar. Las personas astutas habian encontrado la llave de su corazon para sacarle los secretos mas importantes. Bastaba irritarle: entónces rompía en amenazas impetuoso y fuera de sí, y se jactaba de tener medios seguros de llevar á cabo lo que deseaba. Por poco que se dudara de esos medios, se apresuraba á esplicarlos inconsideradamente; y el secreto mas íntimo se le escapaba de lo profundo del corazon. El alma de aquel gran capitán no podia guardar cosa alguna, pareciéndose á un vaso precioso, pero rajado, de donde se salen todos los licores mas deliciosos.

Los traidores, sobornados por Adraslo, no perdían la ocasion que les proporcionaba la flaqueza de ambos reyes. Lisonjeaban sin cesar á Nestor con vanas alabanzas; le recordaban sus victorias antiguas, admiraban su prevision, y nunca se cansaban de aplaudirle. Por otra parte le tendian al carácter impaciente de Filoctetes continuos lazos, no hablándole mas que de dificultades, contratiempos, peligros y faltas irremediables. Al momento su natural pronto se inflamaba, abandonábale la prudencia, y ya no era el mismo hombre.

Telémaco, á pesar de los defectos que hemos visto, era mas prudente para guardar un secreto: se habia acostumbrado á él por sus desgracias, y por la necesidad en que habia estado desde la infancia de ocultarse á los amantes de Penélope. Sabia callar un secreto sin decir mentira, no teniendo ni aun ese aire reservado y misterioso que suelen tener las personas secretas, y no apareciendo como abrumado por el peso del secreto que debia guardar; siempre se le veia libre, natural, abierto como quien lleva el corazon en los labios. Mas diciendo cuanto se podia decir sin riesgo, sabia contenerse á punto y sin afectacion en lo que podia dar que sospechar y hacer presumir su secreto: así era su corazon impenetrable é inaccesible. Hasta sus mayores amigos no sabian mas que lo que él creia útil descubrirles para aprovecharse de sus buenos consejos, y no habia mas que Mentor con quien no tuviera reserva alguna. A los demas

se confiaba, pero en diversos grados, y á proporcion de las pruebas que le habian dado de amistad y de sabiduria.

Telémaco habia notado con frecuencia que las resoluciones del consejo se divulgaban demasiado por el campo, y lo habia advertido á Nestor y Filoctetes. Pero estos dos hombres tan experimentados habian oido con ménos atencion que la que merecia un aviso tan saludable: la vejez es indócil, la costumbre la tiene como encadenada; no hay remedio contra sus vicios. A cierta edad los hombres, semejantes á los árboles cuyo tronco rudo y nudoso se ha endurecido con los años y no se puede enderezar, se hacen inflexibles y casi no aciertan á levantarse, doblados como estan por el peso de ciertos hábitos que han envejecido con ellos, y han penetrado hasta la médula de sus huesos. Muchas veces los conocen, pero demasiado tarde, y se duelen en vano: la tierna juventud es la única edad en que el hombre tiene sobre sí cabal poderio para enmendarse.

Habia en el ejército un Dólope⁴, llamado Eurimaco, adulador entrometido, que sabia acomodarse al gusto é inclinaciones de los príncipes, fecundo y diestro en hallar nuevos medios de agradarles. A creer en sus palabras, jamas era difícil cosa alguna. Si se le pedia parecer, siempre daba el mas agradable. Era chistoso, burlon con los débiles, condescendiente con los que temia, hábil para sazonar un elogio delicado que pudieran aceptar los hombres mas modestos. Grave con los graves, festivo con los de humor alegre, nada le costaba tomar cualquiera forma. Los hombres sinceros y virtuosos, que siempre estan lo mismo, y que se sujetan á las reglas de la virtud, jamas gustaran tanto á los príncipes como los que halagan sus pasiones dominantes. Eurimaco sabia el arte de la guerra; tenia capacidad para desempeñar cargos de gobierno; era un aventurero que se habia agregado á Nestor, y le habia ganado la confianza; así le sacaba á Nestor, algo vanidoso y aficionado á elogios, cuanto le convenia saber.

Aunque Filoctetes no se franqueaba con él, la cólera y la impaciencia producian en su carácter el mismo efecto que la confianza en el de Nestor. No tenia Eurimaco mas

⁴ Eran los Dólopes unos pueblos de Tesalia, que su rey Peleo envió al sitio de Troya bajo el mando de Feais.

que contradecirle; con irritarle, todo lo descubría. Este hombre había recibido grandes sumas de Adrasto, para que le informase de todos los designios de los aliados. El rey de los Danienses había enviado al campo de los aliados cierto número de desertores, que debían irse escapando uno despues de otro y volver al suyo. Cada vez que Eurimaco tenía alguna importante noticia que comunicar á Adrasto, despachaba á uno de aquellos tráfugas. El engaño no se podía descubrir fácilmente, porque estos desertores no llevaban cartas. Aunque los cogieran, no les encontraban nada que pudiese infundir sospechas contra Eurimaco.

De ese modo desbarataba Adrasto los planes de los aliados. Apenas se tomaba una resolución en el consejo, cuando los Danienses hacían precisamente lo necesario para frustrarla. Telémaco averiguaba con celo infatigable la causa, y escitaba á la desconfianza á Nestor y Filoctetes; pero su empeño era inútil; estaban ciegos.

Se había resuelto en el consejo aguardar las numerosas tropas que estaban para llegar, y durante la noche se habían avanzado secretamente cien naves para conducir mas pronto dichas tropas desde el punto de la rudísima costa adonde debían arribar, al paraje en que el ejército estaba acampado. Contábase entre tanto con la seguridad mas completa, porque se tenían tomadas con tropas las gargantas de la montaña vecina, que es una costa casi inaccesible del Apenino. El ejército estaba acampado á las orillas del río Galeso⁴, bastante cerca de la mar. Aquella deliciosa yega es abundante en pastos y en cuantos frutos se necesitan para la subsistencia de un ejército. Adrasto estaba á las espaldas de la montaña, y se calculaba que le era imposible pasar; pero como supo que los aliados eran todavía débiles, que les iba un grande refuerzo, que las naves esperaban las tropas que debían llegar, y que el ejército se había dividido por la disputa de Telémaco con Falante, se apresuró á dar una larga vuelta. Anduvo día y noche con la mayor velocidad para ganar la orilla de la mar, y pasó por los

⁴ El Galeso es un río del reino de Nápoles, que nace cerca de Orta en la tierra de Utranto, y que despues de haber corrido hácia el poniente entra en el golfo de Tarento.

caminos que se habían tenido siempre por intransitables. Así el arrojo y el trabajo obstinado superan los mayores obstáculos; así para los que saben osar y sufrir, apenas hay cosa imposible; así los que se duermen, porque toman lo difícil por imposible, merecen ser sorprendidos y acosados.

Adrasto sorprendió al amanecer las cien naves de los aliados. Como estaban mal guardadas, y sin recelo de peligro, se apoderó de ellas sin resistencia, empleándolas en transportar sus tropas con increíble celeridad á la embocadura del Galeso, cuyas orillas subió prontísimamente. Los que estaban en los puestos avanzados al rededor del campamento por la parte del río, creyeron que aquellas naves les traían las tropas que se aguardaban, y lanzaron al principio gritos de júbilo. Adrasto y sus soldados desembarcaron ántes que los reconocieran, cayeron sobre los aliados, que no tenían la menor desconfianza, y los encontraron en un campo abierto, sin orden, sin jefe, sin armas.

La primera embestida dada al campamento, fué por la parte que ocupaban los Tarentinos mandados por Falante. Entraron los Danienses con tanta pujanza, que, sorprendida la juventud lacedemonia, no pudo resistir. Mientras buscaban sus armas, y se atropellaban unos á otros en aquella confusion, Adrasto hizo poner fuego á las tiendas. Al instante sube la llama de los pabellones y llega á las nubes: el ruido del incendio es como el de un torrente que inunda toda la llanura, y que arrebatá con su impetu las grandes encinas arrancadas de raíz, las mieses, las granjas, los eslablos y los ganados. El viento empuja violentamente la llama de tienda en tienda, y no tarda en parecer todo el campo un bosque secular que una centella ha abrasado.

Falante, que ántes que los demas ve el peligro, no puede contener el estrago. Conoce que todos los suyos van á perecer en el incendio, si no se dan prisa á dejar el campo; pero tambien conoce cuan de temer es en frente de un enemigo victorioso el desorden de semejante retirada, y hace salir al encuentro su juventud lacedemonia aun medio desarmada. Mas Adrasto no le deja respirar: por una parte una fuerza de arqueros diestros hiere con innumerables flechas á los soldados de Falante; por otra los honderos arrojan una

recía granizada de piedras. Adrasto mismo con la espada en la mano, marchando á la cabeza de los escogidos entre sus mas intrépidos Danienses, persigue, al resplandor del incendio, las tropas que huyen. Derriba con el cortante acero lo que se ha libertado del fuego; nada en sangre; no puede aplacar su sed de matanza: los leones y los tigres no igualan su furia cuando despedazan á los pastores y sus ganados. Las tropas de Falante sucumben, y el valor las abandona: la pálida Muerte, guiada por una furia infernal con la cabeza erizada de serpientes, hiela en sus venas la sangre; sus miembros entumecidos se quedan yertos, y las rodillas les flaquean, quitándoles hasta la esperanza de la fuga.

Falante, á quien la vergüenza y la desesperacion dan todavía alguna fuerza y vigor, alza las manos y los ojos al cielo; ve caer á sus piés á su hermano Hippias, que cede á los golpes de la mano fulminante de Adrasto. Hippias, tendido en el suelo, se revuelca; una sangre negra é hirviendo sale como un río de la profunda herida que le atraviesa el costado; sus ojos se oscurecen, su alma furiosa huye con toda su sangre. El mismo Falante, bañado con la sangre de su hermano y sin poderle favorecer, se ve envuelto por una nube de enemigos que se empeñan en derribarle; mil golpes le han atravesado el escudo, tiene el cuerpo cubierto de heridas, no puede rehacer sus tropas fugitivas: los dioses le ven, y no se apiadan de él.

LIBRO XVII.

Telémaco, habiéndose revestido de sus armas divinas, acude al socorro de Falante, derriba á Ificles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso; y hubiera alcanzado una victoria completa, si no hubiese sobrevenido una tempestad que puso fin al combate. En seguida manda Telémaco recoger los heridos, cuida de ellos y principalmente de Falante. Preside á las exequias de Hippias, su hermano, y le presenta sus cenizas recogidas por él mismo en una urna de oro.

Júpiter en medio de todas las divinidades celestes miraba desde la cumbre del Olimpo la mortandad de los aliados. Al mismo tiempo consultaba los inmutables destinos, y veía todos los caudillos cuyas vidas debia cortar aquel día la tijera de la pareá. Estaba clavada en su rostro la vista atenta de cada uno de los dioses, para descubrir cual sería su voluntad. Pero el padre de los dioses y los hombres les dijo con voz dulce y majestuosa: Veis el extremo á que estan reducidos los aliados; veis á Adrasto, que arrolla á todos sus enemigos; pues ese espectáculo es muy engañoso; la gloria y prosperidad de los malvados duran poco; el impío y fementido Adrasto no logrará completar su victoria. Este reves no sucede á los aliados sino para enseñarlos á corregirse y á guardar mejor el secreto de sus empresas. La sabia Minerva tiene dispuesta en eso una nueva gloria para el jóven Telémaco, en quien cifra sus delicias. Aquí Júpiter cesó de hablar. Todos los dioses continuaban silenciosos mirando el combate.

En tanto llegó á Nestor y Filoctetes la noticia de que una parte del campamento estaba ya quemada; que la llama, impelida del viento, iba cundiendo; que sus tropas se hallaban desordenadas, y que Falante no podia resistir por mas tiempo á los esfuerzos del enemigo. Apenas hieren sus oidos esas funestas palabras, corren ambos á las armas, juntan los capitanes, y mandan que á toda priesa salga la gente del campamento para preservarla del incendio.

Telémaco, que estaba sumido en el abatimiento y el desconsuelo, se olvida de su dolor: toma las armas, don ore-

recía granizada de piedras. Adrasto mismo con la espada en la mano, marchando á la cabeza de los escogidos entre sus mas intrépidos Danienses, persigue, al resplandor del incendio, las tropas que huyen. Derriba con el cortante acero lo que se ha libertado del fuego; nada en sangre; no puede aplacar su sed de matanza: los leones y los tigres no igualan su furia cuando despedazan á los pastores y sus ganados. Las tropas de Falante sucumben, y el valor las abandona: la pálida Muerte, guiada por una furia infernal con la cabeza erizada de serpientes, hiela en sus venas la sangre; sus miembros entumecidos se quedan yertos, y las rodillas les flaquean, quitándoles hasta la esperanza de la fuga.

Falante, á quien la vergüenza y la desesperacion dan todavía alguna fuerza y vigor, alza las manos y los ojos al cielo; ve caer á sus piés á su hermano Hippias, que cede á los golpes de la mano fulminante de Adrasto. Hippias, tendido en el suelo, se revuelca; una sangre negra é hirviendo sale como un río de la profunda herida que le atraviesa el costado; sus ojos se oscurecen, su alma furiosa huye con toda su sangre. El mismo Falante, bañado con la sangre de su hermano y sin poderle favorecer, se ve envuelto por una nube de enemigos que se empeñan en derribarle; mil golpes le han atravesado el escudo, tiene el cuerpo cubierto de heridas, no puede rehacer sus tropas fugitivas: los dioses le ven, y no se apiadan de él.

LIBRO XVII.

Telémaco, habiéndose revestido de sus armas divinas, acude al socorro de Falante, derriba á Ificles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso, y hubiera alcanzado una victoria completa, si no hubiese sobrevenido una tempestad que puso fin al combate. En seguida manda Telémaco recoger los heridos, cuida de ellos y principalmente de Falante. Preside á las exequias de Hippias, su hermano, y le presenta sus cenizas recogidas por él mismo en una urna de oro.

Júpiter en medio de todas las divinidades celestes miraba desde la cumbre del Olimpo la mortandad de los aliados. Al mismo tiempo consultaba los inmutables destinos, y veía todos los caudillos cuyas vidas debia cortar aquel día la tijera de la pareá. Estaba clavada en su rostro la vista atenta de cada uno de los dioses, para descubrir cual sería su voluntad. Pero el padre de los dioses y los hombres les dijo con voz dulce y majestuosa: Veis el extremo á que estan reducidos los aliados; veis á Adrasto, que arrolla á todos sus enemigos; pues ese espectáculo es muy engañoso; la gloria y prosperidad de los malvados duran poco; el impío y fementido Adrasto no logrará completar su victoria. Este reves no sucede á los aliados sino para enseñarlos á corregirse y á guardar mejor el secreto de sus empresas. La sabia Minerva tiene dispuesta en eso una nueva gloria para el jóven Telémaco, en quien cifra sus delicias. Aquí Júpiter cesó de hablar. Todos los dioses continuaban silenciosos mirando el combate.

En tanto llegó á Nestor y Filoctetes la noticia de que una parte del campamento estaba ya quemada; que la llama, impelida del viento, iba cundiendo; que sus tropas se hallaban desordenadas, y que Falante no podia resistir por mas tiempo á los esfuerzos del enemigo. Apenas hieren sus oidos esas funestas palabras, corren ambos á las armas, juntan los capitanes, y mandan que á toda priesa salga la gente del campamento para preservarla del incendio.

Telémaco, que estaba sumido en el abatimiento y el desconsuelo, se olvida de su dolor: toma las armas, don ore-

cioso de la sabia Minerva, que apareciéndosele con la figura de Mentor, aparentó que las había recibido de un excelente artífice de Salento, si bien las había hecho fabricar á Vulcano en las humeantes cavernas del Etna.

Eran tersas como un espejo, y brillantes como los rayos del sol. Veíase en ellas á Neptuno y Palas disputándose la gloria de cual pondría su nombre á una ciudad naciente. Neptuno daba en la tierra con su cetro, y se veía salir de ella un caballo impetuoso; saltábale fuego de los ojos, y la boca le arrojaba espuma; las crines flotaban á la merced del viento; las piernas flexibles y nerviosas se recogían con vigor y lijereza. No andaba, saltaba á fuerza de ijares, y con tanta velocidad que no dejaba señales de su huella: se creía oírle relinchar.

En otro lado estaba Minerva dando á los habitantes de su nueva ciudad la oliva, fruto del árbol que había plantado: la rama de que el fruto pendía representaba la dulce paz con la abundancia, preferible á los trastornos de la guerra, cuya imagen era el caballo. La diosa quedaba triunfante con sus simples y provechosos dones, y la soberbia Atenas recibía su nombre.

También se veía á Minerva juntando al rededor de sí todas las bellas artes, representadas por tiernos niños con alas; refugiábanse estos en torno de ella, asustados de los furioses bárbaros de Marte que todo lo destruye, como los corderillos baladores se refugian al rededor de su madre al ver al lobo hambriento, que, con la boca abierta y encendida, se abalanza á ellos para devorarlos. Minerva con rostro airado y desdenoso confundía por la superioridad de sus obras la loca temeridad de Araene¹, que se había atrevido á disputarle la perfección en el tejido de los tapices. Se veía á esa desdichada, cuyos miembros extenuados se iban desfigurando y transformándola en araña.

Allí cerca volvía á representarse á Minerva cuando, en la guerra de los gigantes, servía al mismo Jupiter de consejera, y sostenía á los demás dioses admirados. También

¹ Araene ó Arácnée, hija de Idomon, de Lidia, fué transformada en araña por Minerva, á causa de creerse que trabajaba mejor de tapicería que esta diosa, á quien se atribuye la invención.

estaba como en las orillas del Xanto⁴ y del Simois⁵, con lanza y egida, llevando de la mano á Ulises, reanimando á las tropas fugitivas de los Griegos, sosteniendo los esfuerzos de los mas valientes caudillos troyanos y hasta del temible Hector, y por último introduciendo á Ulises en la máquina fatal que debía en una sola noche derribar el imperio de Priamo.

Por otra parte, representaba el escudo á Ceres en las fértiles campiñas de Ena situadas en el centro de Sicilia. Estaba en actitud de reunir los pueblos dispersos que buscaban la subsistencia cazando, ó recogiendo las frutas silvestres que se caían de los árboles. Enseñábales á aquellos hombres groseros el arte de ablandar la tierra y sacar de su fecundo seno el alimento. Presentábales un arado, al cual hacía uncir bueyes. Se veía la tierra abriéndose en surcos por la reja del arado; luego se distinguían las doradas mieses que cubrían aquellos fértiles campos: el segador cortaba con la hoz los dulces frutos de la tierra, y recogía la recompensa de todas sus faenas. El hierro, destinado en otras partes á destruirlo todo, allí parecía que no se empleaba sino para facilitar la abundancia y reunir todos los placeres.

Las ninfas, coronadas de flores, bailaban unas con otras en la pradera de la margen de un rio junto á una espesura: Pan tocaba la flauta, y los faunos y sátiros traviesos saltaban en una esquina. Allí aparecía Baco también, coronado de hiedra y apoyado con una mano en su tirso, teniendo en la otra una vid cubierta de pámpanos y racimos de uvas: belleza afeminada con no sé qué de noble, apasionado y lánguido. Estaba representado como cuando encontró á la infeliz Ariadna⁶ sola, abandonado y llena de congoja en una playa desconocida.

⁴ Xanto ó Escamandro, rio del antiguo reino de Troya, que entra en el mar Egeo.

⁵ Rio de la misma region, que junta sus aguas con las del Escamandro, y va con él á desembocar en el mar Egeo.

⁶ Ariadna, hija de Minos y Pasifae, dió á Teseo un hilo para guiarse en el laberinto sin perderse, y le siguió hasta la isla de Naxos, en donde aquel ingrato la dejó abandonada al furor de las fieras. Allí la vió Baco y se enamoró de ella.

Por último, en donde quiera se veía un numeroso pueblo, ancianos que llevaban á los templos las primicias de sus frutos, jóvenes que volvían á sus esposas, cansados de trabajo del día, y á cuyo encuentro salían las mujeres con sus hijos pequeños que llevaban de la mano haciéndoles caricias. Veíanse también pastores que parecía que cantaban, bailando algunos al son del caramillo. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias: todo parecía risueño y venturoso. Hasta se veía en los prados reloxar los lobos en medio de los carneros: el león y el tigre, depuesta su ferocidad, pastaban con los recentales: un zagal muy joven los guiaba juntos y obedientes á su cayado, recordando aquella amable pintura todos los encantos de la edad de oro.

Telémaco, revestido ya de sus armas divinas, por tomar el escudo suyo, tomó la égida terrible que Minerva le había mandado, por medio de Iris, pronta mensajera de los dioses. Sin que él lo notase, Iris le había quitado su escudo, y le había dado en su lugar aquella égida formidable aun para los dioses mismos. En tal estado, sale del campamento para evitar el incendio; llama á su lado con voz fuerte á todos los caudillos del ejército, y su voz basta para reanimar á todos los aliados aturdidos. Los ojos del joven guerrero centellean con un fuego divino. Se muestra siempre afable, siempre desembarazado y sereno, siempre atento á dar órdenes, como lo podría hacer un prudente anciano ocupado en arreglar su familia ó instruir á sus hijos. Pero ejecuta con prontitud y celeridad; semejante á un río impetuoso, que no solamente hace rodar con precipitación sus espumosas ondas, sino que también arrastra en su corriente las naves más pesadas que le cargan.

Filoteetes, Nestor, los caudillos de los Mandurianos y los de las otras naciones reconocen en el hijo de Ulises cierta autoridad, á la cual es menester que todo se someta: átalas la experiencia de los ancianos, todos los jefes han perdido el consejo y la sabiduría; hasta la envidia, tan natural en el hombre, se apaga en el corazón; todos callan; todos admiran á Telémaco; todos se disponen á obedecerle, sin pensarlo, y como si lo hubieran tenido por costumbre. Adelantase él, y sube á una colina, desde donde observa el orden de los enemigos: al momento juzga que se necesita

sorprenderlos de repente en el desorden en que se hallan por quemar el campamento de los aliados. Apresúrase á dar la vuelta, seguido de todos los capitanes más experimentados. Acomete á los Danienses por la espalda, cuando ellos creían al ejército de los aliados envuelto por las llamas del incendio. Esta sorpresa los desconcierta; caen al impetu del brazo de Telémaco, como las hojas en los últimos días del otoño caen de las selvas, cuando un fiero aguilon que trae al invierno, hace gemir el tronco de los árboles seculares y agita sus ramas. La tierra está cubierta de los hombres que Telémaco derriba. Su dardo le pasa el corazón á Ificles, que era el menor de los hijos de Adrasto, y que se había atrevido á presentarle el combate para salvar la vida de su padre, á quien por poco no sorprende Telémaco. El hijo de Ulises é Ificles eran ambos hermosos, esforzados, diestros y valientes, de igual estatura, de igual agrado, de igual edad ambos, y ambos queridos de sus padres; pero Ificles era como una flor que se abre en el campo, y debe ser cortada por la hoz del segador. En seguida Telémaco derriba á Euforion, el más famoso de los Lidios que pasaron á Etruria. Por último, su espada hiere á Cleómenes, recién casado, que había prometido á su esposa llevarle los ricos despojos de los enemigos, pero que no debía volver á verla.

Adrasto se estremeció de rabia al ver á su hijo muerto, y á otros muchos capitanes, y que la victoria se le escapaba de las manos. Falante, casi abatido á sus piés, parece una víctima medio degollada que se su-trae al cuchillo sagrado y huye lejos del altar. Faltábale un momento á Adrasto para dar fin del Lacedemonio. Falante, anegado en la sangre suya y de sus soldados que peleaban por él, oye los gritos de Telémaco que viene á su socorro. Vuélvele la vida en ese instante; la nube que ya velaba sus ojos, se disipa. Los Danienses, á tan imprevista arremetida, dejan á Falante para acudir á enemigo más peligroso. Adrasto está como un tigre á quien los pastores reunidos arrebatan la presa que iba á devorar. Telémaco le busca en la refriega resuelto á acabar de una vez la guerra, librando á los aliados de su más implacable enemigo. Pero Júpiter no quería dar al hijo de Ulises una victoria tan pronta ni tan fácil: Minerva

nisma quería que pasara por trabajos mas largos, para que aprendiese mejor á gobernar á los hombres. El impio Adrasto fué conservado por el padre de los dioses, á fin de que Telemaco tuviera tiempo para adquirir mas gloria y mas virtud. Salvó á los Danienses una densa nube que Júpiter formó en los aires; un espantoso trueno declaró la voluntad de los dioses: se hubiera creído que las eternas bóvedas del alto Olimpo iban á desplomarse sobre los débiles mortales: del uno al otro polo cruzaban los relámpagos desgarrando la nube; y apenas deslumbraban los ojos con sus penetrantes destellos, se caía en las horribles tinieblas de la noche. La copiosa lluvia que cayó al mismo tiempo sirvió tambien á separar á los dos ejércitos.

Adrasto se aprovechó del socorro de los dioses, sin que le moviera su padre, y por semejante ingratitud mereció que le reservaran venganza mas cruel. Dióse prisa á pasar sus tropas por entre el campamento medio quemado y un pantano que se extendia hasta el río: tanta fué la pericia y celeridad con que lo ejecutó, que su retirada manifestó cuan a capacidad y presencia de ánimo tenia. Los aliados, animados por Telemaco, querian darle alcance; pero se les escapó á favor de aquella tormenta, como un pajarillo con ligeras alas se escapa de las redes del cazador.

No pensaron ya los aliados sino en volver al campamento y reparar su pérdida. Al entrar en él se ofreció á sus ojos el espectáculo mas lamentable que tiene la guerra: los enfermos y los heridos, faltos de fuerzas para salir de las tiendas, no habian podido defenderse del fuego, y estaban á medio quemar, dando al cielo con voz lastimera y moribunda gritos dolorosos. El corazón se le paró á Telemaco, que no pudo contener las lágrimas: muchas veces apartó la vista penetrado de horror y de compasion: érale imposible ver sin estremecerse aquellos cuerpos vivos y condenados á una muerte lenta y cruel: parecian como la carne de las victimas quemadas en las aras, y cuyo olor se esparcía por todos lados.

¡Ah! exclamaba Telemaco, ¡hé ahí los males que la guerra trae consigo! ¡Qué ciego furor arrastra á los miserables mortales! Teniendo tan pocos dias que vivir sobre la tierra, y esos pocos siendo tan desdichados, ¿a qué precipitar una muerte ya tan cercana? ¿a qué añadir tantas

aflicciones horribles á la amargura de que los dioses han llenado esta vida tan corta? Los hombres son hermanos, y se despedazan unos á otros; ménos crueles son las fieras. Los leones no hacen la guerra á los leones, ni los tigres á los tigres; esos animales no acometen sino á los de especie diferente: solo el hombre, á pesar de su razon, hace lo que no hicieron jamas los animales privados de ella. Además ¿porqué semejantes guerras? ¿No hay en el universo tierras sobradas para dar á todos los hombres mas que pueden cultivar? ¿Cuántas tierras no hay desiertas? Al género humano le seria imposible poblarlas todas. ¡Con que una gloria falsa, un vano titulo de conquistador que le plugo á un príncipe adquirir, han de bastar para encender la guerra en inmensos países! Así un hombre solo, venido al mundo por la ira de los dioses, sacrifica tantos otros á su vanidad. ¡Es menester que todo perezca, que todo se anegue en sangre, que todo sea pasto de las llamas, que lo que se salve del hierro y del fuego no se pueda salvar del hambre todavia mas cruel, para que un hombre solo, que se burla de la humanidad entera, halle en esta general devastacion su placer y su gloria! ¡Qué monstruosa gloria! ¿Hay aborrecimiento que baste ni desprecio que sobre para quien así se olvida de la humanidad? No, no, lejos de ser semidioses, ni aun hombres son, y merecen sufrir la execracion de todos los siglos de que han creído que iban á ser admirados. ¡Oh enán circunspectos deben ser los reyes en sus empeños de guerra! Han de ser estas justas; y no basta, es menester que sean necesarias para el público bien. La sangre del pueblo no debe derramarse sino para salvar á ese mismo pueblo en estrema necesidad. Pero los consejos de la adulacion, las ideas erradas de gloria, las vanas rivalidades, la injusta avaricia que se encubre con honrosos pretestos, en fin los compromisos insensiblemente contridos, arrastran casi siempre á los reyes á guerras en que encuentran la desgracia, en que sin necesidad lo arriesgan todo, y en que hacen tanto mal á sus súbditos como á sus enemigos. Así discurría Telemaco.

No se contentaba empero con deplorar los males de la guerra, sino que procuraba aliviarlos. Se le veia ir por las tiendas á socorrer por sí mismo á los enfermos y moribundos; dábales dinero y remedios; los consolaba y los animaba

con palabras afectuosas, y enviaba á quien visitara los que él no podía visitar.

Habia entre los Cretenses que habian ido con él dos ancianos, de los cuales se llamaba uno Traumaflo y otro Nosófugo.

Traumaflo habia estado en el sitio de Troya con Idomeneo, y habia aprendido de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las llagas. Derramaba en las heridas mas hondas y enconadas cierto licor odorifero que consumia las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de hacer incision alguna, y formaba prontamente otras nuevas mas sanas y hermosas que las primeras.

En cuanto á Nosófugo, si bien no habia conocido á los hijos de Esculapio, habia adquirido por medio de Merion¹ un libro sagrado y misterioso que Esculapio les habia dado. Ademas Nosófugo era amante de los dioses, habia compuesto himnos en loor de los hijos de Latona², y todos los dias sacrificaba una cordera blanca sin mancha á Apolo, de quien muchas veces se sentia inspirado. Apenas veia á un enfermo, le conocia en los ojos, en el color de su complexion, en la configuracion del cuerpo y en la respiracion, la causa de la enfermedad. Unas veces daba remedios que hacian sudar, demostrando por el buen éxito de los sudores como la transpiracion, disminuida ó facilitada, descompone ó restablece toda la máquina del cuerpo: otras daba para los sintomas de consuncion ciertos brevajes que fortificaban poco á poco las partes nobles, y rejuvenecian á los hombres dulcificando su sangre. Sin embargo aseguraba que la falta de virtud y valor es la causa de que tan á menudo se necesite de la medicina. Es vergüenza, decia, q e haya tantas enfermedades, porque las buenas costumbres mantienen la salud. La destemplanza, decia ademas, convierte en mortifero veneno los alimentos destinados á conservar la vida. Los placeres inmoderados acortan los dias del hombre mas que se los pueden alargar los medicamentos. Los

¹ Merion era el que guiaba el carro de Idomeneo, y el jefe de las fuerzas navales que llevó á Troya. Era un capitán muy bizarro y experimentado.

² Hija de Ceo: tuvo de Júpiter á Apolo y Diana en la isla de Asteria.

pobres padecen ménos enfermedades por falta de alimentos que los ricos por sobra de él. Los manjares que halagan demasiado el paladar, y que hacen comer mas de lo necesario, envenenan en lugar de sustentar. Los mismos remedios con verdaderos males cuando estendian la naturaleza, y no se deben usar en los casos urgentes. El principal remedio, que siempre es inocente y siempre útil, es la sobriedad, la templanza en los placeres, la tranquilidad de ánimo, el ejercicio del cuerpo. Por ese medio se cria una sangre pura y benigna, y se disipan los humores superfluos. Así era el sabio Nosófugo ménos admirable por sus medicamentos, que por el régimen que recomendaba, para preservarse de los males y hacer innecesarios los remedios.

Esos dos hombres fueron los que Telémaco envió á visitar á los enfermos del ejército. A muchos curaron con sus remedios; pero á mas curaron todavia con el cuidado de hacérselos administrar á tiempo, procurando que se les tuviera con aseo, impidiendo con la limpieza que el aire se corrompiera, y haciéndoles guardar un régimen de rigorosa sobriedad durante la convalecencia.

Los soldados, todos agradecidos á tanto esmero, daban gracias á los dioses de que hubieran enviado á Telémaco al ejército de los aliados. No es este un hombre, decian, es sin duda alguna divinidad benéfica en figura humana. A lo ménos, si es un hombre, mucho mas que á los demas hombres se asemeja á los dioses; no está en la tierra sino para hacer bien, y aun es mas estimable por su afabilidad y virtud que por su valor. ¡Oh!; si pudiéramos tenerle por rey! pero los dioses le destinan para algun pueblo que aman y en el cual quieren renovar el siglo de oro.

Telémaco, mientras por la noche hacia la ronda en los cuarteles del campamento para evitar los ardidés de Adrasto con esta precaucion, oia los elogios que de él hacian, y que no eran sospechosos de lisonja como los que suelen darse á los príncipes en su presencia, suponiendo que no tienen modestia ni delicadeza, y que basta con alabarlos sin miramiento para granjearse su favor. Al hijo de Ulises no le podia agradar sino la verdad, ni podia consentir otras alabanzas que las que le daban en secreto y léjos de él, des-

pues de haberlas merecido. Su corazón no era insensible á estas; sentía él ese deleite puro y suave que los dioses han puesto en la virtud, y que los perversos, no habiéndole experimentado, ni pueden imaginarse ni creer; pero no se entregaba á ese placer, porque de repente le venían de tropel á la memoria cuantas faltas había cometido: no olvidaba su natural altivez y su indiferencia hácia la humanidad, avergonzándose interiormente de ser tan duro y parecer tan humano. Así volvía á la sabia Minerva toda la gloria que le daban y que no creía merecer.

Vos sois, ó gran diosa, decía, quien me habeis dado á Nestor para instruirme y corregir mi mala índole; vos sois quien me dais la sabiduría para aprovecharme de mis faltas desconfiando de mí; vos sois quien conteneis mis pasiones impetuosas; vos sois quien me haceis gozar del placer de aliviar á los desgraciados: sin vos me vería aborrecido y sería digno de serlo; sin vos cometería faltas irreparables, sería como un niño que, no conociendo su flaqueza, dejó á su madre y cae al primer paso.

Nestor y Filoctetes estaban maravillados de ver cuan afable y deseoso de captarse la voluntad, cuan obsequioso, cuan pronto para socorrer, cuan dispuesto á adelantarse á todas las necesidades, se había vuelto Telémaco; no sabían qué pensar, y reconocían que era otro hombre. Lo que mas les sorprendía, era el esmero con que se había ocupado de los funerales de Hípías. Él mismo había ido á sacar su cuerpo sangriento y desfigurado del monton de cadáveres donde estaba debajo; derramó sobre él piadoso llanto, y dijo: ¡Oh sombra escelsa, ahora sabes cuanto he estimado tu valor! Verdad es que tu altivez me había irritado; pero tus defectos procedían de una juventud fogosa: bien sé yo cuanta indulgencia necesita esa edad: nosotros hubiéramos sido al fin sinceros amigos; por mi parte no tenía razón. ¡Oh dioses! ¿porqué me le habeis arrebatado antes de que le hubiera obligado á amarme?

En seguida hizo Telémaco lavar el cuerpo con licores odoríferos; se preparó despues de orden suya una hoguera. Los corpulentos pinos crujían al golpe de las hachas, y caían rodando desde la cima de la montaña. Las encinas, esas hijas seculares de la tierra que parecían amenazar al cielo, los altos álamos, los olmos, cuyas copas son tan verdes

y frondosas, las hayas que son la honra de la selva, vienen á caer á la orilla del río Galeo: allí se levanta con simetría una pira que parece un edificio regular: la llama comienza á mostrarse, y un torbellino de humo sube al cielo.

Los Lacedemonios se adelantan con paso lento y lúgubre, con las picas vueltas y la vista baja: en sus rostros adustos se retrata el dolor mas amargo, y las lágrimas corren abundantemente de sus ojos. Seguíanlos Ferécides, á quien mas que el peso de los muchos años agobiaba la pena de sobrevivir á Hípías, criado por él desde la infancia. Levantaba al cielo las manos y los ojos anegados en llanto. Desde la muerte de Hípías no había consentido en tomar alimento alguno: el dulce sueño no había podido cerrar sus párpados ni suspender un instante su agudo pesar: iba con pasos trémulos siguiendo al acompañamiento, sin saber adonde se encaminaba. No salía una palabra de su boca, porque su corazón estaba demasiado oprimido, y aquel silencio era el de la desesperacion y abatimiento; pero cuando vió la hoguera encendida, se enfureció de repente y exclamó: ¡Oh Hípías, Hípías, ya no volveré á verte! ¡Hípías no existe, y yo vivo todavía! Oh mi querido Hípías, yo he sido el cruel, yo el feroz que te ha enseñado á despreciar la muerte; yo creía que tus manos cerrarian mis ojos, y que tu recibirias mi último suspiro. ¡Oh dioses crueles, habeis prolongado mi vida para que viera el fin de la de Hípías! ¡Oh hijo querido que yo he criado, y que me has costado tantos afanes, ya no te veré mas! pero veré á tu madre que morirá de tristeza echándose en rostro tu muerte; veré á tu tierna esposa maltratándose el pecho y rreñándose los cabellos, ¡y yo habré sido la causa! ¡Oh sombra amada, llámame á las orillas de la Estigia; la luz me es odiosa: tú solo, mi querido Hípías, eres á quien yo quiero ver. ¡Hípías! ¡Hípías! ¡Hípías mio! yo no vivo sino para cumplir con el último deber que me imponen tus cenizas.

Entre tanto veíase el cadáver del jóven Hípías tendido en un féretro adornado de púrpura, oro y plata, en donde le conducían. La muerte había apagado sus ojos, pero no había podido borrar toda su hermosura, y aun en su rostro pálido se distinguían las gracias; se veía flotar al rededor le un cuello mas blanco que la nieve, aunque inclinado so-

bre el hombro, la larga cabellera negra, mas hermosa que la de Atis¹ ó Ganimedes, que se iba á convertir en ceniza en el lado se descubria la profunda herida por donde habia perdido toda la sangre, y que le habia hecho bajar al tenebroso reino de Pluton.

Telémaco iba triste y abatido detras del cuerpo, echándole flores. Cuando llegaron á la pira, el hijo de Ulises no pudo ver que la llama penetrase en las ropas que envolvian el cadáver, sin derramar lágrimas de nuevo. ¡A Dios, dijo, magnánimo Hípías! ya que no me atrevo á llamarte amigo: aplácate, ó sombra que tanta gloria has merecido. Si no te amara, envidiaría tu felicidad: tú te has libertado de las miserias que todavía nos abruman á nosotros, y has salido de ellas por el camino mas glorioso. ¡Ojalá me sea dado acabar como tú! ¡Que la Estigia no detenga tu sombra! ¡que los Campos Eliseos te se abran! ¡que la fama conserve tu nombre por todos los siglos, y que tus cenizas descansan en paz!

Apénas hubo oído esas palabras cortadas por sollozos, cuando el ejército entero lanzó un grito: mucha aflicción escitaba Hípías, cuyas grandes hazañas se referian, no recordando, con el dolor de su muerte, sino sus buenas prendas, y olvidando los defectos que le habian hecho contraer el impetu de su juventud y una mala educacion. Pero aun conmovian á todos mas los tiernos sentimientos de Telémaco. ¿Es ese, decian, aquel jóven Griego tan altivo, tan imperioso, tan menospreciador, tan intratable? ¡Qué dulce se ha vuelto, qué humano, qué afable! Sin duda Minerva, que ha amado tanto á su padre, le ama tambien á él; sin duda le ha colmado de los mas preciosos dones, dándole con la sabiduría un corazon sensible á la amistad.

Ya estaba el cuerpo consumido por las llamas. El mismo Telémaco regó sus cenizas todavía humeantes con agua de olor; púsolas luego en una urna de oro que coronó de flores, y la llevó á Falante. Estaba este acostado, cubierte

¹ Mancho de Frigia, muy amado de Cibetes, el cual presidia á los sacrificios con la condicion de guardar su pureza; pero habiendo violado su voto, se arrebató de tal modo contra sí mismo, que se hizo eunuco. Cibetes le transformó en pino.

de heridas, y en su extremada debilidad se veia en el tenebroso umbral de los infiernos.

Habíanle suministrado sin embargo Tranmafilo y Nosofugo, enviados por Telémaco, todos los socorros de su arte: iban poco á poco recobrándole el alma pronta á fugarse; le reanimaban nuevas fuerzas insensiblemente; un vigor suave y penetrante, bálsamo de vida, se deslizaba por sus venas hasta el corazon, y le arrancaba á las manos heladas de la muerte un calor agradable. En aquel momento, habiendo cesado el desmayo, y seguidole el dolor, comenzó á sentir la pérdida de su hermano, que hasta entónces no habia estado en situacion de sentir. ¡Ay de mí! decia, ¿á qué se esmeran con tanto afan en hacerme vivir? ¿no valdria mas para mí morir y acompañar á mi querido Hípías? Yo le he visto perecer junto á mí. ¡O Hípías, delicias de mi vida, hermano mio, mi querido hermano, tú no existes! ¡Y no podré ya verte, ni oírte, ni abrazarte, ni contarte mis penas, ni consolarte en las tuyas! ¡O dioses enemigos de los hombres! ¿no hay para mí mas Hípías! ¿es posible? ¡Qué! ¿no es un sueño? No, no es sino muy verdad. O Hípías, te he perdido, yo te he visto morir, y es menester que yo viva tanto por lo ménos cuanto sea necesario para vengarte: quiero inmolar á tus manes al cruel Adrasto teñido con tu sangre.

Miéntas hablaba Falante en esos términos, procuraban mitigar su dolor los dos hombres divinos, temiendo que el mal se acrecentara y se frustrase el efecto de los remedios. En esto ve á Telémaco que se presenta delante de él. El primer impetu de su corazon se dividió en dos pasiones contrarias: conservaba cierto resentimiento de lo que habia pasado entre Telémaco é Hípías, y el dolor de la pérdida de Hípías le enconaba todavía mas: por otra parte, no podia ignorar que le debia la vida á Telémaco, el cual le habia sacado sangriento y medio muerto de las manos de Adrasto. Pero cuando reparó en la urna de oro en que estaban encerradas las cenizas tan queridas de Hípías, rompió en un torrente de lágrimas, y al instante abrazó á Telémaco sin poder hablarle, hasta que al cabo le dijo, con voz lánuida é interrumpida con sollozos:

Digno hijo de Ulises, vuestra virtud me obliga á amaros: os debo este resto de vida que va á extinguirse; pero aun os debo algo que me es mucho mas caro. Sin vos, el cuerpo

de mi hermano habria sido pasto de los buitres; sin vos, ~~se~~ sembra, privada de sepultura, erraria desgraciadamente por las orillas de la Estigia, siempre repelida por el inexorable Caron¹. ¿He de deberle tanto á quien tanto he aborrecido? O dioses, premiadle, y libradme á mí de una vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, para que nada falte á vuestra gloria, haced mis exequias como habeis hecho las de mi hermano.

Quedó Falante, al acabar, estenuado y abatido por el exceso del dolor. Telémaco se mantuvo junto á él sin atreverse á hablar, y aguardando á que recobrará sus fuerzas. No tardó en volver de su desmayo, y entónces tomando la urna de las manos de Telémaco, la besó muchas veces, la inundó de lágrimas, y dijo: O queridas, ó preciosas cenizas, ¿cuándo se encerrarán aquí con vosotras las mías? Hipias, yo te sigo á los infiernos: Telémaco nos vengará á los dos.

Entre tanto el mal de Falante disminuía diariamente con los cuidados de los dos hombres que poseian la ciencia de Esculapio. Telémaco no los dejaba, estando casi siempre al lado del enfermo, á fin de estimularlos y adelantar la cura; y todo el ejército admiraba mas la bondad con que asistía á su mayor enemigo, que el valor y prudencia que habia mostrado en la batalla salvando á los aliados.

Al mismo tiempo Telémaco se mostraba infatigable en los trabajos mas rudos de la guerra: dormía poco, y le interrumpían el sueño frecuentemente ó las noticias que á todas las horas del día y de la noche recibía, ó la ronda de los cuarteles del campamento, que jamás hacia á las mismas horas dos veces seguidas, á fin de sorprender mejor á los poco vigilantes. Solía volver á su tienda cubierto de sudor y de polvo: su alimento era simple, porque vivía como los soldados, para darles el ejemplo de la sobriedad y de la paciencia. Temiendo el ejército en el campamento pocos viveres, juzgó necesario cortar las murmuraciones de la tropa, tomando voluntariamente parte en sus privaciones é incomodidades. Con tan penosa vida, lejos de debilitarse, se

¹ Hijo de Erebo y de la Noche, barquero del infierno, que ~~para~~ las almas en su barca por la Estigia y por los rios del Tartaro.

robustecía mas y mas su cuerpo: empezaba á perder las gracias delicadas que son como la flor de la primera juventud, la tez se le ponía mas morena y ménos suave, y sus miembros perdían en blandura y ganaban en vigor.

LIBRO XVIII.

Telémaco, á quien diversos sueños persuaden de que su padre Ulises no está ya en el mundo, lleva á cabo el designio de irle á buscar á los infiernos: se ausenta del campo, va con dos Cretenses hasta un templo vecino de la famosa caverna de Aqueronia, se interna por entre las tinieblas, llega á las orillas de la Estigia, y Caron le recibe en su barca: preséntase á Pluton, al cual halla dispuesto á permitirle que busque á su padre: atraviesa el Tartaro, en donde ve los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y sobre todo los malos reyes.

Adrasto, cuyas tropas se habian debilitado considerablemente en el combate, se habia retirado detras de la montaña de Aulon¹ para aguardar varios refuerzos, y volver á tentar de nuevo la sorpresa de los aliados: semejante á un leon hambriento que, ahuyentado de una majada, se recoge en las oscuras selvas y gana su caverna, en donde afila los dientes y las garras, aeechando el momento favorable para despedazar los rebaños.

Telémaco, habiendo cuidado de establecer una disciplina severa en todo el campo, no se ocupó mas que de un pensamiento que habia concebido y que ocultó á todos los caudillos del ejército. Había mucho tiempo que se sentía agitado todas las noches de ensueños que le representaban á su padre Ulises. Su imágen querida se le aparecía siempre hácia el fin de la noche, ántes que la aurora saliera á despedir del cielo, con sus nacientes destellos, las inconstantes estrellas, y de la faz de la tierra el dulce sueño con sus vagarosas visiones. Ora creía ver á Ulises desnudo, en una isla afortunada, á orillas de un rio, en una pradera esmaltada de flo-

¹ Aulon, hoy Caulo, es una montaña de la Calabria ulterior hácia el cabo Estilo, sobre la cual hay un pueblo del mismo nombre, en otro tiempo villa episcopal y sufragánea de Reggio.

de mi hermano habria sido pasto de los buitres; sin vos, ~~se~~ sembra, privada de sepultura, erraria desgraciadamente por las orillas de la Estigia, siempre repelida por el inexorable Caron¹. ¿He de deberle tanto á quien tanto he aborrecido? O dioses, premiadle, y libradme á mí de una vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, para que nada falte á vuestra gloria, haced mis exequias como habeis hecho las de mi hermano.

Quedó Falante, al acabar, estenuado y abatido por el exceso del dolor. Telémaco se mantuvo junto á él sin atreverse á hablar, y aguardando á que recobrará sus fuerzas. No tardó en volver de su desmayo, y entónces tomando la urna de las manos de Telémaco, la besó muchas veces, la inundó de lágrimas, y dijo: O queridas, ó preciosas cenizas, ¿cuándo se encerrarán aquí con vosotras las mías? Hipias, yo te sigo á los infiernos: Telémaco nos vengará á los dos.

Entre tanto el mal de Falante disminuía diariamente con los cuidados de los dos hombres que poseian la ciencia de Esculapio. Telémaco no los dejaba, estando casi siempre al lado del enfermo, á fin de estimularlos y adelantar la cura; y todo el ejército admiraba mas la bondad con que asistía á su mayor enemigo, que el valor y prudencia que habia mostrado en la batalla salvando á los aliados.

Al mismo tiempo Telémaco se mostraba infatigable en los trabajos mas rudos de la guerra: dormía poco, y le interrumpían el sueño frecuentemente ó las noticias que á todas las horas del día y de la noche recibía, ó la ronda de los cuarteles del campamento, que jamás hacia á las mismas horas dos veces seguidas, á fin de sorprender mejor á los poco vigilantes. Solía volver á su tienda cubierto de sudor y de polvo: su alimento era simple, porque vivía como los soldados, para darles el ejemplo de la sobriedad y de la paciencia. Temiendo el ejército en el campamento pocos viveres, juzgó necesario cortar las murmuraciones de la tropa, tomando voluntariamente parte en sus privaciones é incomodidades. Con tan penosa vida, lejos de debilitarse, se

¹ Hijo de Erebo y de la Noche, barquero del infierno, que ~~para~~ las almas en su barca por la Estigia y por los rios del Tartaro.

robustecía mas y mas su cuerpo: empezaba á perder las gracias delicadas que son como la flor de la primera juventud, la tez se le ponía mas morena y ménos suave, y sus miembros perdían en blandura y ganaban en vigor.

LIBRO XVIII.

Telémaco, á quien diversos sueños persuaden de que su padre Ulises no está ya en el mundo, lleva á cabo el designio de irle á buscar á los infiernos: se ausenta del campo, va con dos Cretenses hasta un templo vecino de la famosa caverna de Aqueronia, se interna por entre las tinieblas, llega á las orillas de la Estigia, y Caron le recibe en su barca: preséntase á Pluton, al cual halla dispuesto á permitirle que busque á su padre: atraviesa el Tartaro, en donde ve los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y sobre todo los malos reyes.

Adrasto, cuyas tropas se habian debilitado considerablemente en el combate, se habia retirado detras de la montaña de Aulon¹ para aguardar varios refuerzos, y volver á tentar de nuevo la sorpresa de los aliados: semejante á un leon hambriento que, ahuyentado de una majada, se recoge en las oscuras selvas y gana su caverna, en donde afila los dientes y las garras, aeechando el momento favorable para despedazar los rebaños.

Telémaco, habiendo cuidado de establecer una disciplina severa en todo el campo, no se ocupó mas que de un pensamiento que habia concebido y que ocultó á todos los caudillos del ejército. Había mucho tiempo que se sentía agitado todas las noches de ensueños que le representaban á su padre Ulises. Su imágen querida se le aparecía siempre hácia el fin de la noche, ántes que la aurora saliera á despedir del cielo, con sus nacientes destellos, las inconstantes estrellas, y de la faz de la tierra el dulce sueño con sus vagarosas visiones. Ora creía ver á Ulises desnudo, en una isla afortunada, á orillas de un rio, en una pradera esmaltada de flo-

¹ Aulon, hoy Caulo, es una montaña de la Calabria ulterior hácia el cabo Estilo, sobre la cual hay un pueblo del mismo nombre, en otro tiempo villa episcopal y sufragánea de Reggio.

res, y rodeado de ninfas que le echaban ropas para que se cubriera: ora se imaginaba oírle hablar en un palacio resplandeciente de oro y marfil, en donde le estaban escuchando con deleite y admiración hombres coronados de flores. Otras veces solía aparecersele de repente en festines donde el júbilo brillaba en medio de las delicias, y en donde se oían tiernos acentos acompañados de una lira mas dulce que la lira de Apolo y las voces de todas las musas.

Telémaco, al despertarse, no podia dejar de entristecerse de aquellos tan agradables ensueños. ¡O padre mio! esclamaba ¡ó mi amado padre Ulises! otros sueños espantosos me serían mas dulces. Esas imágenes de felicidad me dan á entender que habeis bajado ya á la mansion de las almas bienaventuradas que los dioses remuneran de sus virtudes con una tranquilidad eterna. Me parece que veo los Campos Eliseos. ¡Oh! ¡qué cruel es no tener esperanza! ¡Qué! ¡nunca he de volver á veros, ó mi querido padre! ¡nunca he de volver á abrazar á quien tanto me amaba, y á quien con tantos trabajos he buscado! ¡nunca volveré á oír hablar aquella boca de donde manaba la sabiduría! ¡nunca mas besaré aquellas manos, aquellas manos queridas, aquellas manos victoriosas que han derribado á tantos enemigos! ¡ya no castigarán á los insensatos pretendientes de Penélope, y nunca se levantará Itaca de su ruina! O dioses enemigos de mi padre, vosotros me enviáis estos siniestros sueños para arrebatarme á mi corazón toda esperanza: eso es arrancarme la vida. No, no puedo vivir en semejante incertidumbre. ¡Qué digo? ¡ay de mí! harto seguro estoy de que mi padre no existe. Voy á buscar su sombra hasta los infiernos. Teseo¹ ha podido bajar, Teseo, el impío que iba á ultrajar las divinidades infernales, y yo voy guiado de la piedad. Hércules ha descendido también: yo no soy Hércules; pero es bello atreverse á imitarle. Orfeo² ha conseguido conmover con la relacion de sus

¹ Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, bajó á los infiernos con Piritoo para robar á Proserpina. Pluton le hizo encadenar, y así estuvo hasta que Hércules le libertó.

² Orfeo descendió á los infiernos para sacar á su mujer Euridice; y la hubiera redimido, si no hubiese vuelto á mirarla demasiado pronto, contra el mandamiento de Proserpina.

desgracias el corazón de ese dios que piñtan como inexorable, alcanzando que le devolviese á Euridice para traeria de nuevo á la vida. Yo soy mas digno de compasion que Orfeo, porque mi pérdida es mayor. ¿Quién podrá comparar una jóven semejante á todas las demas con el sabio Ulises admirado de la Grecia entera? Vamos; muramos, si es menester. ¿Porqué se ha de temer la cuando se padece tanto en la vida? O Pluton, ó Proserpina, presto sabré y sois tan desapiadados como se dice. O padre mio, despues de haber recorrido en vano los mares y la tierra en buscar vuestra, quiero ver si estais en las lóbregas moradas de los muertos. Si los dioses me niegan poseeros en la tierra y de la luz del sol, quizás no me negarán ver á lo ménos vuestra sombra en el reino de la noche.

Hablando así, Telémaco regaba el lecho con su llanto: al momento se levantaba procurando con la luz mitigar el punzante dolor que tales sueños le causaban; pero era una flecha clavada en el corazón, y la llevaba por todas partes consigo.

En ese estado de pena emprendió la bajada á los infiernos por un sitio famoso, que no estaba muy distante del campo. llamábase Aquerontia¹, á causa de la espantosa caverna que allí habia, por la cual se bajaba á la orilla del Aqueronte, que los mismos dioses temen invocar en sus juramentos. La poblacion estaba sobre una roca, edificada como un nido puesto encima de un árbol: la caverna se encontraba al pié de la roca, y los tímidos mortales no se atrevían á llegar, cuidando los pastores de apartar de allí los ganados. El vapor azufrado de la laguna Estigia que exhalaba continuamente aquella abertura, infestaba el aire. Al rededor no crecían flores ni yerba; no se sentían los dulces céfiros, ni las gracias tempranas de la primavera, ni los opimos dones del otoño: la tierra, árida siempre allí, desfallecia; solo se encontraban algunos arbustos deshojados y tal cual funebre ciprés. Aun á lo léjos, en todo el

¹ Aquerontia era una poblacion de la Apulia, situada en una montaña al extremo de Italia. Al pié de esa montaña hay una caverna en donde el rio Aqueronte se precipita con tanto impetu, que los poetas han llamado dicho sitio una entrada del infierno. Por ella atró Hércules y sacó á Cerbero.

contorno, negaba Ceres sus doradas mieses al labrador. Baco parecía que olvidaba las vanas promesas de sus dulces frutos: los racimos de uvas se secaban en vez de madurar. Las tristes náyades no hacían correr un raudal puro; sus ondas eran siempre amargas y turbias. Las aves no cantaban jamás en aquella tierra cubierta de abrojos y espinas, y sin una enramada adonde pudieran retirarse, é iban á cantar sus amores bajo un cielo mas benigno. Allí no se oía mas que el graznido del cuervo, y la voz lúgubre de los buhos: hasta la yerba era amarga, y los rebaños que la pacían, no experimentaban la dulce alegría que les hace relozar. El toro huía de la becerra, y el pastor sumido en la melancolía olvidaba la zampoña y la flauta.

De aquella caverna salía de tiempo en tiempo un humo negro que formaba una especie de noche en mitad del día. Entonces los pueblos comarcanos aumentaban sus sacrificios para aplacar á las divinidades infernales; pero las únicas víctimas que esas crueles divinidades se complacían en inmolar por medio de un funesto contagio, eran por lo común hombres en la flor de la edad ó en su mas temprana juventud. Allí fué donde Telémaco se propuso descubrir el camino de la morada oscura de Pluton. Minerva, que velaba por él constantemente y le protegía con su égida, le habia procurado el favor de este dios. El mismo Júpiter á ruegos de Minerva, y por conducto de Mercurio, que todos los días baja á los infiernos á entregar á Caron cierto número de muertos, habia mandado decir al rey de las sombras que dejara entrar en su imperio al hijo de Ulises.

Telémaco se sustrae del campo durante la noche, camina con la claridad de la luna é invoca esta poderosa deidad, que, siendo en el cielo el astro resplandeciente de la noche, y en la tierra la casta Diana, es en los infiernos la formidable Hécate. Acogió propicia esta divinidad sus votos, porque su corazón era puro, y le llevaba el amor piadoso que debe un hijo á su padre. Apenas se acercó á la entrada de la caverna, sintió mugir el imperio subterráneo. Temblaba la tierra bajo sus piés; el cielo se armó de rayos y centellas que parecía que caían sobre la tierra. El hijo de Ulises se conmovió; cubriósele todo el cuerpo de helado sudor; pero su valor le sostuvo: alzó los ojos y las manos al cielo, y exclamó: Escelsos dioses, yo acepto estos presen-

gios que tengo por felices; acabad vuestra obra. Dijo, y acelerando el paso, se presenta con denuedo.

Al punto se disipó el humo espeso que hacía tan funesta para todos los animales la entrada de la caverna: el olo pestilente cesó un rato. Telémaco entró solo; porque ¿qué mortal se hubiera atrevido á seguirle? Dos Cretenses que le habian acompañado hasta cierta distancia de la caverna, y á los cuales habia confiado su designio, se quedaron temblando y medio muertos en un templo harto léjos, haciendo votos al cielo, sin esperar volver á ver á Telémaco.

En tanto el hijo de Ulises, con la espada en la mano, penetra por aquellas horrorosas tinieblas. No tarda en distinguir un reflejo débil y siniestro, como el que se ve durante la noche en la tierra: divisa las ligeras sombras que vuelan al rededor suyo, y las aparta con la espada: luego descubre las tristes márgenes del pantanoso rio, cuyas aguas ennegradas y muertas no hacen mas que revolverse. En la orilla encuentra á una multitud innumerable de muertos privados de sepultura, que se presentan en vano al desapiadado Caron. Este dios, cuya vejez eterna es siempre melancólica y enojosa, si bien vigorosísima, las amenaza, las repele, y recibe en su barca sin demora al jóven Griego. Al entrar, Telémaco oye los gemidos de una sombra que no tenia consuelo.

¿Cuál es, le dijo, vuestra desgracia? ¿quién erais en la tierra? La sombra le respondió: Yo era Nabofarzanes, rey de la soberbia Babilonia: todos los pueblos de Oriente temblaban al ruido solo de mi nombre: hacia que me adorasen los Babilonios en un templo de mármol en donde estaba representado por una estatua de oro, ante la cual quemaban dia y noche los mas ricos perfumes de Etiopia: nadie se atrevió jamás á contradecirme sin ser al punto castigado: se inventaban todos los dias nuevos placeres para hacerme la vida mas deliciosa. Todavía era yo jóven y robusto; ¡ay de mí!; cuánta prosperidad no me quedaba que disfrutar aun en el trono! pero una mujer á quien amaba, sin ser amado de ella, me ha hecho conocer que yo no era dios: me ha envenenado, y ya nada soy. Ayer se depositaron con pompa mis cenizas en una urna de oro; hubí llanto; se mesaron los cabellos; se aparentó quererse arrojar á las llamas de mi hoguera para morir conmigo; todavía

van a gemir al pié del soberbio sepulcro en donde yacen mis cenizas; pero nadie siente mi muerte, mi memoria es aborrecida hasta de mi misma familia, y aquí abajo padezco desde ahora tratamientos horribles.

Telémaco, enternecido con aquel espectáculo, le dijo: ¿Erais verdaderamente feliz durante vuestro reinado? gozábais de esa dulce paz sin la cual se queda oprimido y lánguido el corazón en medio de los deleites? No, respondió el Babilonio; ni aun entiendo lo que queréis decir. Los sabios ponderan esa paz como el único bien; por mi parte, nunca la he sentido: mi corazón estaba agitado continuamente por nuevos deseos, por el temor y la esperanza. Procuraba aturdirme á mi mismo con el trastorno de mis pasiones: cuidábame mucho de alimentar aquella embriaguez para que jamás se acabara, porque el intervalo mas corto de razon tranquila me habria sido demasiado amargo. Hé ahí la paz de que yo he gozado; cualquiera otra se me antoja fábula y ensueño: hé ahí los bienes cuya pérdida me affige.

Lloraba el Babilonio, hablando así, como un cobarde estragado por la prosperidad, y que no ha tenido costumbre de soportar el infortunio. A su lado tenia varios esclavos que habian sido sacrificados para aumentar la pompa de sus exequias. Mercurio se los habia entregado á Caron con su rey, dándoles á ellos un poder absoluto sobre aquel mismo rey á quien habian servido en la tierra. Sus sombras no temian á la sombra de Nabofarzanes; sujetábanla con cadenas, y le hacian las mas crueles indignidades. Una le decia: ¿No éramos nosotros hombres como tú? ¿Cómo llevabas la insensatez hasta creerte un dios? ¿y no te debias haber acordado de que eras de la especie de los demas hombres? Otro decia para insultarle: Razon tenias de no querer que te miraran como á hombre, porque eras un monstruo sin humanidad. Deciale otro: Y pues ¿en dónde estan ahora tus adúladores? Ya no tienes qué dar; miserable! ya no puedes hacer daño: héte aquí convertido en esclavo de tus esclavos mismos: los dioses tardan en castigar, pero al fin castigan.

A tan duras palabras, Nabofarzanes se arrojaba de cara al suelo, arrancándose los cabellos en un acceso de rabia y desesperacion. Mas Caron decia á los esclavos: Tiradle

de la cadena; levantadle á su despecho: no ha de tener si quiera el consuelo de ocultar su vergüenza; es menester que la vean las sombras todas de la Estigia, para que aparezca la justicia de los dioses, que han permitido tanto tiempo que ese impío reinara en el mundo. Esto aun no es, ó Babilonio, sino el principio de tus tormentos; prepárate á ser juzgado por el inflexible Minos, juez de los infiernos.

Con el discurso del terrible Caron, estaba ya la barca tocando á la orilla del imperio de Pluton: todas las sombras corrian á ver al mortal que en la barca aparecia vivo entre los muertos; pero en cuanto Telémaco pisó la ribera, huyeron todas, como las tinieblas de la noche que los primeros crepúsculos ahuyentan. Caron, poniendo al jóven Griego una frente menos ceñuda y ojos menos torvos de lo que muestra habitualmente, le dijo: Mortal amado de los dioses, pues te es dado entrar en el remo de la noche, inaccesible á los demas vivientes, apresúrate á ir adonde los hados te llaman: vé por ese oscuro camino al palacio de Pluton, que hallarás en su trono, y te permitirá que entres en los lugares cuyo secreto me está vedado revelarte.

Al instante Telémaco se adelanta con pasos presurosos: ve por todas partes volar las sombras, mas numerosas que los granos de arena que cubren las orillas del mar, y en medio de la agitacion de aquella multitud infinita, se siente penetrado de un horror santo, al notar el silencio profundo de tan vastas regiones. El cabello se le eriza cuando llega á la negra morada del desapiadado Pluton; siente que le flaquean las rodillas; le falta la voz, y apenas puede pronunciar estas palabras dirigidas al dios: Estais viendo, ó terrible divinidad, al hijo del malhadado Ulises—vengo á preguntaros si mi padre ha descendido á vuestra imperio, ó si todavia está errante sobre la tierra.

Pluton estaba en un trono de ébano: su rostro era pálido y severo, sus ojos hundidos y centellantes, su frente ceñuda y amenazadora. Érale odiosa la vista de un hombre vivo, del mismo modo que es ofensiva la luz para los ojos de los mimales que no acostumbran á salir de sus guaridas sino jurante la noche. A su lado tenia su asiento Proserpina, que era la que únicamente atraia sus miradas, y al parecer dulcificaba un poco su corazón: gozaba la diosa de una juventud siempre florida; pero parecia que á sus gracias di-

vinas se le había pegado algo de la dureza y crueldad de su esposo.

Al pié del trono yacía la Muerte amarilla y voraz con su cortante guadaña, que no paraba de afilar. Rodeábanla los negros Cuidados; las Desconfianzas crueles; las Venganzas, destilando sangre y cubiertas de heridas; los Odios injustos, la Avaricia, que se roe á sí misma; la Desesperacion despedazándose con sus propias manos; la furiosa Ambicion, que todo lo trastorna; la Traicion, que quiere alimentarse de sangre, sin poder gozar de los males que causa; la Envidia, que vierte su mortal veneno al rededor de sí, y que se convierte en rabia, cuando no puede hacer daño; la Impiedad, que se abre el insondable abismo en donde se precipita sin esperanza; los espectros horribles, las fantasmas que representan á los muertos para asustar á los vivos; los sueños espantosos; los insomnios tan crueles como los sueños tristes: todas esas imágenes funestas cercaban al soberbio Pluton, y llenaban el alcázar que habita.

Respondió á Telémaco en voz baja, gimiendo las hondas entrañas del Erebo ¹ á su voz: Joven mortal, los hados te han hecho violar este sagrado asilo de las sombras: sigue tu alto destino: yo no te diré en donde está tu padre; basta que puedas buscarle. Supuesto que ha sido rey en la tierra, no tienes mas que recorrer por un lado el negro Tártaro, en donde los malos reyes son castigados, y por otro los Campos Eliseos, en donde los buenos son recompensados. Pero no puedes ir desde aquí á los Campos Eliseos sino pasando por el Tártaro: apresúrate á ir allá, y á salir de mi imperio.

Telémaco parece que vuella al instante en aquellos espacios vacios é inmensos: tan tarde se le hacia el ver á su padre, y alejarse de la horrorosa presencia del tirano temido de los vivos y los muertos. Pronto ve cerca el negro Tártaro ², de donde salía un humo negro y espeso cuyo hedor pestilente mataria á los vivientes, si se percibiera en su

¹ Dios del infierno, padre de la Noche, engendrado por el caos y la oscuridad, y tomado á menudo por los poetas para significar el mismo infierno: en este ultimo sentido se ha de entender aquí.

² El Tártaro es el lugar en que los malos son atormentados en los infiernos.

morada: el humo cubria un rio de fuego y torbellinos de llamas, cuyo estruendo, semejante al de los mas impetuosos torrentes cuando se despeñan desde las altas rocas al fondo de los abismos, hacia que no se distinguiera lo que se oia en aquellos tristes lugares.

Telémaco, animado interiormente por Minerva, entra sin temor en el volcan. Lo que primero ve es una multitud de hombres que habian vivido en las mas humildes condiciones, y que eran castigados por haber buscado las riquezas con fraudes, alevosias y crueldades. Allí distinguió á muchos hipócritas impios, que, con la máscara de amor á la religion, se habian servido de ella como de un buen pretexto para satisfacer su ambicion, burlándose de los crédulos: los que así habian abusado de la virtud misma, si bien es el mayor don de los dioses, eran castigados como los mas perversos de todos los hombres. Los hijos que habian degollado á sus padres, las esposas que se habian teñido las manos con la sangre de sus esposos, los traidores que habian entregado su patria al enemigo, violando todos los juramentos, padecian penas ménos crueles que aquellos hipócritas. Los tres jueces de los infiernos lo habian dispuesto de esa manera, y hé aquí sus razones: porque semejantes hipócritas no se contentan con ser malos como los demas impios, sino que ademas quieren pasar por buenos, y con su mentida virtud son causa de que los hombres no se atrevan á fiarse de la verdadera. Los dioses, de quienes se han burlado, y á quienes han atraído el desprecio de los hombres, se complacen en emplear todo su poder para vengarse de tal insulto.

Cerca de esos habia otros hombres no tenidos del vulgo por culpados, y perseguidos sin piedad por la divina venganza, á saber: los ingratos, los mentirosos, los aduladores que han alabado el vicio, los criticos malignos que han procurado mancillar la virtud mas pura; en fin, los que han juzgado temerariamente de las cosas por las apariencias, y han perjudicado de ese modo á la reputacion de los inocentes.

Pero de todas las ingratitudes la castigada como la mas negra era la que se comete con los dioses. ; Pues qué! decia Minos; pasa por un monstruo quien niega el agradecimiento á un padre ó á un amigo que le ha hecho algunos

beneficios, y se tiene á gloria el ser ingrato con los dioses, de quienes se recibe la vita y cuantos bienes encierra! ¿No se les debe el nacimiento mas que al padre y á la madre de quien se nace? Cuanto mas fácilmente se quedan impunes ó se disculpan los crímenes en la tierra, tanto mas implacable es los infiernos la venganza de que son objeto y de que nada se escapa.

Al ver Telémaco á los tres jueces sentados y condenando á un hombre, se atrevió á preguntar cuales eran sus crímenes. Tomando inmediatamente la palabra el condenado, exclamó: Yo nunca he hecho mal, antes he puesto mi delicia en hacer bien; he sido espléndido, liberal, justo, compasivo; ¿de qué se me puede reconvienir? A eso le respondió Minos: De nada se te reconviene con respecto á los hombres; pero con respecto á los dioses, ¿no debias tú menos á los hombres que á ellos? ¿Qué justicia es esa de que te jactas? No has faltado á deber alguno hácia los hombres, que nada son; has sido virtuoso; pero las referido á tí mismo toda tu virtud, y no á los dioses, que te la habian dado; porque te querias gozar en tu propia virtud, y encerrarte en tí solo: tú has sido tu divinidad. Mas los dioses, que lo han hecho todo, y nada han hecho sino para sí mismos, no pueden renunciar sus derechos: tú los has olvidado, ellos te olvidarán; te abandonarán á tí mismo, supuesto que has querido ser tuyo y no suyo. Busca ahora, si te es posible, consuelo en tu corazón. Héte para siempre apartado de los hombres, á quienes te has afanado en agradar: héte á solas contigo que eras tu ídolo: sabe que no hay verdadera virtud sin la veneracion y el amor de los dioses, á quienes todo es debido. Tu falsa virtud, que ha deslunbrado por tanto tiempo á los hombres fáciles de engañar, va á ser confundida. Los hombres, no juzgando los vicios y las virtudes sino por lo que les llama la atencion ó les acomoda, son ciegos para lo bueno como para lo malo: aquí se trastornan sus livianos juicios á la luz de la divinidad, que suele condenar lo que ellos admiran, y aprobar lo que condenan.

A esas palabras, el filósofo, como herido del rayo, sintió que no se podia sufrir á sí mismo. La complacencia con que en otro tiempo habia contemplado su moderacion, valor é inclinaciones generosas, se convierte en despecho. La vista de su propio corazón, enemigo de los dioses, se le vuelve

un suplicio; se ve y no puede cesar de verse: ve la vanidad de los juicios humanos, no habiendo querido jamas sino agradar á los hombres: todo su interior se cambia como si le hubieran revuelto las entrañas; no se encuentra á sí mismo: le falta en el ánimo todo apoyo; la conciencia, cuyo testimonio le habia sido tan dulce, se alza contra él y le acusa amargamente del estravío é ilusion de todas sus virtudes, que no habian tenido á la divinidad por principio y fin: está turbado, consternado, lleno de vergüenza, de remordimientos y de desesperacion. Las furias no le atormentan, porque les basta el haberle entregado á sí propio, y que su mismo corazón venga á los dioses menospreciados. Busca los lugares mas lóbregos para ocultarse á los otros muertos, ya que no se puede ocultar á sí mismo: busca las tinieblas, y no las puede hallar; una luz importuna le persigue en todas partes; en donde quiera van los rayos penetrantes de la verdad á vengar la verdad que él no se habia cuidado de seguir. Este odioso cuanto habia amado, como fuente de los males que padece y no pueden acabarse jamas. Dice entre sí: ¡O insensato! ¡con que yo no he conocido á los dioses, ni á los hombres, ni á mí! no, nada he conocido, pues nunca he amado el bien único y verdadero: mis pasos todos han sido estravíos; mi sabiduría no era mas que demencia; mi virtud no era sino impío y ciego orgullo: yo mismo era mi ídolo.

En fin, Telémaco diviso á los reyes que estaban condenados por haber abusado de su poder. Por una parte una furia vengadora les ponía delante un espejo que les mostraba la deformidad de sus vicios: allí veían sin poder evitarlo, su vanidad grosera y ansiosa de los mas ridículos encomios, su dureza con los hombres á quienes debieron haber hecho felices, su insensibilidad para la virtud, su temor de oír la verdad, su inclinacion á los hombres viles y aduladores, su falta de aplicacion, su molicie, su indolencia, su desconfianza desacertada, su fausto y desmesurada magnificencia á espensas de la ruina de los pueblos, su ambicion de comprar con la sangre de sus súbditos un poco de vanagloria, por último su crueldad que busca diariamente nuevas delicias entre las lágrimas y la desesperacion de tantos desdichados. En ese espejo se veían continuamente, y se parecían mas horribles y monstruosos que

la Quimera ¹ vencida por Belerofonte ², la hidra de Lerna muerta por Hércules, y aun mas que el mismo Cerbero vomitando por sus tres bocas siempre abiertas una sangre negra y ponzoñosa capaz de infectar á todos los mortales que viven sobre la tierra.

Al mismo tiempo, estaba al lado opuesto otra furia, repitiéndoles con mofa todas las alabanzas que durante su vida les habian dado los aduladores, y les presentaba otro espejo, en donde se veian como los habia pintado la lisonja: el contraste de esas dos pinturas tan opuestas era el suplicio de su vanidad. Notábase que los mas perversos de aquellos reyes eran los que habian recibido los elogios mas pomposos durante su vida, porque los malvados son mas temidos que los buenos, y requieren sin pudor las bajas adulaciones de los poetas y oradores de su tiempo.

En aquellas profundas tinieblas, en donde no pueden ver sino los insultos y escarnios que tienen que sufrir, se les oye lamentarse: nada hay á su alrededor que no los repele, que no les contradiga, que no los confunda. Del mismo modo que en la tierra se burlaban de la vida de los hombres, y pretendian que todo habia sido creado para servirles, en el Tártaro estan sujetos á todos los caprichos de ciertos esclavos que á su vez les hacen sentir una servidumbre cruel: sirven con dolor, y sin esperanza alguna de que jamas se pueda mitigar su cautiverio: estan condenados á recibir los golpes de esos esclavos convertidos en sus desapiadados tiranos, como un yunque recibe los golpes de

¹ La Quimera era un monte de la Licia. En la cumbre habia un volcan, al rededor del cual se veian leones; en medio de la subida pastaban cabras; y al pié habia pantanos infestados de serpientes: de donde vino la fabula de que era un monstruo con cabeza de leon, cuerpo de cabra y cola de dragon, vomitándole llamas la boca siempre abierta.

² Belerofonte, hijo de Glauco, rey de Corinto, fué acusado por Estenobeá de haberla querido deshonorar, si bien fué ella la que lo habia solicitado. Preto, rey de Argos, marido de aquella mujer, dando fe con sobrada lijereza á su acusacion, envió á Belerofonte á Jobates, rey de Licia, para echarle á la mar; este le hizo pelear con la Quimera, que venció montado en el caballo Pegaso.

los martillos de los ciclopes, cuando Vulcano les da priesa á trabajar en las fraguas del monte Etna.

Allí vió Telémaco semblantes pálidos, espantosos y consternados. Una negra melancolia devora á esos criminales, que se causan á sí mismos horror, siéndoles tan imposible el sacudirle como el desprenderse de su propia naturaleza. Para castigo de sus faltas no necesitan mas que esas mismas faltas: venas de continuo con toda su enormidad; preséntanseles como espectros horribles, y los persiguen. Para redimirse de ellas, buscan una muerte mas poderosa que la que los ha separado de sus cuerpos. En la desesperacion en que se encuentran, invocan otra muerte que pueda extinguir todo sentimiento, toda razon: piden á los abismos que los traguen para sustraerse á los rayos vengadores de la verdad que los acosa; pero estan destinados á la venganza que ha de caer sobre ellos gota á gota, y que no se acabará jamas. La verdad que temian ver, es su suplicio; la ven, y no tienen ojos sino para verla levantarse contra ellos; su vista los atraviesa, los desgarrá, los arranca de sí propios: semejante al rayo, sin destruir cosa alguna por fuera, penetra hasta lo mas hondo de las entrañas. Como el metal en la ardiente fragua, así se funde el alma con este fuego vengador, que no deja consistencia alguna y nada consume: disuelve hasta los principios de la vida, y no es posible morir. Se siente uno arraucar de sí mismo, y no se encuentra un instante solo de apoyo ni descanso, viviendo únicamente por la rabia que se tiene contra sí, y por la pérdida de toda esperanza que hace delirar.

Entre aquellos objetos, que le hacian erizársele los cabellos, vió Telémaco á muchos de los antiguos reyes de Lidia, que estaban condenados por haber preferido las delicias de una vida de molicie á la laboriosidad que debe ser inseparable de la corona para alivio de los pueblos. Echábanse en cara unos á otros su ceguedad. Tal decia al que habia sido su hijo: ¿No os habia encomendado yo muchas veces en mi vejez y ántes de mi muerte la reparacion de los males que con mi negligencia habia causado? El hijo respondia: ¡O padre desdichado! ¡vos sois quien me ha perdido! ¡vuestro ejemplo lo que me ha arrastrado al austo, á la soberbia, á la voluptuosidad, á la dureza con

los hombres! Viéndoos reinar con tanta indolencia, y rodeado de viles aduladores, me fui acostumbrando á la adulacion y al deleite. Yo creia que los demas hombres con respecto á los reyes eran lo que son los caballos y las acémilas con respecto á los hombres, es decir, animales de que no se hace caso sino cuando se necesitan ó sirven de comodidad. Créalo yo; vos sois quien me lo habia hecho creer, y ahora padezco tantos tormentos por haberos imitado. A esos cargos añadian las maldiciones mas horribles, y tal era la exaltacion de su rabia que parecia que se iban á despedazar.

En torno de aquellos reyes andaban revoloteando ademas, como buhos por la noche, las crueles sospechas, los sustos infundados, las desconfianzas que vengan á los pueblos de la dureza de sus reyes, la insaciable voracidad de riquezas, la falsa gloria siempre tiránica, y la floja indolencia que acrecienta todos los males que se padecen, sin proporcionar jamas placeres duraderos.

Véase á muchos de esos reyes severamente castigados, no por haber hecho mal, sino por no haber hecho todo el bien que habrian debido hacer. Todos los crímenes de los pueblos que vienen de la negligencia en obligarlos á observar las leyes, se imputaban á los reyes, que no deben reinar mas que para que reinen las leyes por su ministerio. Imputábaseles tambien cuantos desórdenes nacen del fausto, del lujo y de todos los demas excesos que ponen á los hombres en un estado violento y en la tentacion de hallar las leyes para medrar. Sobre todo los reyes que con mas rigor se veian tratados, eran los que en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, no habian pensado sino en destrozar el rebaño como voraces lobos.

Pero lo que mas consternó á Telémaco fué el descubrir en aquel abismo de tinieblas y tormentos á un crecido número de reyes, que en el mundo habian pasado por bastante buenos: estos habian sido condenados á las penas de Tártaro, por haberse dejado gobernar por hombres perversos y artificiosos. Castigábase en ellos el mal que habian permitido hacer á nombre de su autoridad. La mayor parte de tales reyes no habian sido malos ni buenos, tanta era su debilidad: nunca habian temido no conocer la verdad, ni tenido inclinacion á la virtud, ni puesto su deleite en hacer bien.

LIBRO XIX.

Telémaco entra en los Campos Eliseos, en donde le reconoce Arcesio, su bisabuelo, que le asegura que Ulises vive, que le verá en Itaca y que le sucederá en el reino. Arcesio le pinta la bienaventuranza de que gozan los justos, sobre todo los buenos reyes que durante su vida sirvieron á los dioses é hicieron felices á sus pueblos, le llama la atencion, para que advierta como estan en lugar separado y son ménos dichosos los héroes que solo descollaron en la guerra, y le da consejos: despues de lo cual Telémaco se retira, apresurándose á ganar el campamento de los aliados.

Apénas hubo salido Telémaco de aquellos lugares, sintió que se le alijeraba el corazon, como si le hubieran quita lo de encima una montaña, y conoció por su mismo consuelo todo el horror de los tormentos de los que allí estaban encerrados sin esperanza de salir jamas. Habiale espantado el ver con cuanto mas rigor eran castigados los reyes que los demas criminales. ¡Pues qué! decia, ¡tantas obligaciones, tantos peligros, tantas asechanzas, tantas dificultades para conocer la verdad y defenderse de los otros y de sí mismo, y al cabo tantos tormentos horribles en los infiernos, despues de una vida corta y tan llena de turbacion, de envidia, de contradicciones! ¡O insensato quien apetece reinar! ¡Dichoso el que se reduce á una condicion privada y apacible, en la cual le es ménos difícil la virtud!

Con tales reflexiones estaba perturbado en su interior: se estremeció, y cayó en un estado de abatimiento que le hizo experimentar algo de la desesperacion de los desventurados que acababa de contemplar. Mas conforme se alejaba de la triste mansion de las tinieblas, del horror y de la desesperacion, iba recobrando poco á poco su valor: respiraba, y ya columbraba á lo léjos la dulce y pura luz de la morada de los héroes.

En aquel lugar habitaban todos los buenos reyes que hasta entónces habian gobernado á los hombres sabiamente; estaban separados de los demas justos. Como los malos príncipes padecian en el Tártaro suplicios mas rigurosos que los otros condenados de condicion privada, así los

los hombres! Viéndoos reinar con tanta indolencia, y rodeado de viles aduladores, me fui acostumbrando á la adulacion y al deleite. Yo creia que los demas hombres con respecto á los reyes eran lo que son los caballos y las acémilas con respecto á los hombres, es decir, animales de que no se hace caso sino cuando se necesitan ó sirven de comodidad. Créalo yo; vos sois quien me lo habia hecho creer, y ahora padezco tantos tormentos por haberos imitado. A esos cargos añadian las maldiciones mas horribles, y tal era la exaltacion de su rabia que parecia que se iban á despedazar.

En torno de aquellos reyes andaban revoloteando ademas, como buhos por la noche, las crueles sospechas, los sustos infundados, las desconfianzas que vengan á los pueblos de la dureza de sus reyes, la insaciable voracidad de riquezas, la falsa gloria siempre tiránica, y la floja indolencia que acrecienta todos los males que se padecen, sin proporcionar jamas placeres duraderos.

Véase á muchos de esos reyes severamente castigados, no por haber hecho mal, sino por no haber hecho todo el bien que habrian debido hacer. Todos los crímenes de los pueblos que vienen de la negligencia en obligarlos á observar las leyes, se imputaban á los reyes, que no deben reinar mas que para que reinen las leyes por su ministerio. Imputábaseles tambien cuantos desórdenes nacen del fausto, del lujo y de todos los demas excesos que ponen á los hombres en un estado violento y en la tentacion de hallar las leyes para medrar. Sobre todo los reyes que con mas rigor se veian tratados, eran los que en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, no habian pensado sino en destrozar el rebaño como voraces lobos.

Pero lo que mas consternó á Telémaco fué el descubrir en aquel abismo de tinieblas y tormentos á un crecido número de reyes, que en el mundo habian pasado por bastante buenos: estos habian sido condenados á las penas de Tártaro, por haberse dejado gobernar por hombres perversos y artificiosos. Castigábase en ellos el mal que habian permitido hacer á nombre de su autoridad. La mayor parte de tales reyes no habian sido malos ni buenos, tanta era su debilidad: nunca habian temido no conocer la verdad, ni tenido inclinacion á la virtud, ni puesto su deleite en hacer bien.

LIBRO XIX.

Telémaco entra en los Campos Eliseos, en donde le reconoce Arcesio, su bisabuelo, que le asegura que Ulises vive, que le verá en Itaca y que le sucederá en el reino. Arcesio le pinta la bienaventuranza de que gozan los justos, sobre todo los buenos reyes que durante su vida sirvieron á los dioses é hicieron felices á sus pueblos, le llama la atencion, para que advierta como estan en lugar separado y son ménos dichosos los héroes que solo descollaron en la guerra, y le da consejos: despues de lo cual Telémaco se retira, apresurándose á ganar el campamento de los aliados.

Apénas hubo salido Telémaco de aquellos lugares, sintió que se le alijeraba el corazon, como si le hubieran quita lo de encima una montaña, y conoció por su mismo consuelo todo el horror de los tormentos de los que allí estaban encerrados sin esperanza de salir jamas. Habiale espantado el ver con cuanto mas rigor eran castigados los reyes que los demas criminales. ¡Pues qué! decia, ¡tantas obligaciones, tantos peligros, tantas asechanzas, tantas dificultades para conocer la verdad y defenderse de los otros y de sí mismo, y al cabo tantos tormentos horribles en los infiernos, despues de una vida corta y tan llena de turbacion, de envidia, de contradicciones! ¡O insensato quien apetece reinar! ¡Dichoso el que se reduce á una condicion privada y apacible, en la cual le es ménos difícil la virtud!

Con tales reflexiones estaba perturbado en su interior: se estremeció, y cayó en un estado de abatimiento que le hizo experimentar algo de la desesperacion de los desventurados que acababa de contemplar. Mas conforme se alejaba de la triste mansion de las tinieblas, del horror y de la desesperacion, iba recobrando poco á poco su valor: respiraba, y ya columbraba á lo léjos la dulce y pura luz de la morada de los héroes.

En aquel lugar habitaban todos los buenos reyes que hasta entónces habian gobernado á los hombres sabiamente; estaban separados de los demas justos. Como los malos príncipes padecian en el Tártaro suplicios mas rigurosos que los otros condenados de condicion privada, así los

buenos reyes gozaban en los Campos Eliseos de mayor bienaventuranza que los demás hombres que habían amado la virtud sobre la tierra.

Telemaco se adelantó hacia esos reyes, que estaban en bosqueillos fragantes alfombrados de céspedes siempre frescos y floridos: regaba tan amenos sitios el raudal cristalino de mil arroyuelos que esparcían una frescura deliciosa; y numerables avencillas hacían resonar aquellas enramadas con sus cantos suaves. Se veían las flores de la primavera que nacían de las huellas mismas, juntas con los más opimos frutos del otoño que colgaban de los árboles. Allí nunca se sintieron los ardores de la furiosa canícula⁴; allí nunca osaron soplar ni hacer sentir el rigoroso invierno los negros aquilones. Ni la Guerra sedienta de sangre, ni la Envidia cruel que muere con diente venenoso y lleva víboras enroscadas en el seno y los brazos, ni los celos, ni el Temor, ni los vanos deseos, se acercan jamás á aquella venturosa morada de la paz. En ella nunca se acaba el día, y es desconocida la noche con su lóbrego velo: la luz mas dulce y pura inunda el cuerpo de aquellos justos, y los rodea como si los vistiera de sus rayos. Esa luz no se asemeja á la luz opaca que alumbra los ojos de los miseros mortales, y que no es sino tinieblas; mas que luz es gloria celestial: penetra con mayor sutileza los cuerpos mas espesos que los rayos del sol el mas puro cristal: no deslumbra, antes bien fortifica los ojos, y derrama en lo interior del alma cierta serenidad. de ella sola se alimentan los bienaventurados: sale de ellos y en ellos entra, penetrándolos y fundiéndose en su esencia como los alimentos se asimilan con nosotros. Ellos la ven, la sienten, la respiran, siéndoles un manantial inagotable de paz y de contento, y hallándose sumergidos en ese piélago de delicias como los peces en el mar: nada quieren; poseénlo todo sin tener cosa alguna, porque ese gozo de luz pura satisface el anhelo del corazón: todos sus deseos están cumplidos, y su plenitud los eleva sobre cuanto los hombres ávidos y hambrientos codician en la

⁴ La canícula es una constelación que sube el seis de julio, y hace su revolución en seis semanas, cuyos días se llaman caniculares.

tierra: de nada les sirven todos los deleites que los cercan porque el colmo de su felicidad, que viene de lo interior, no les deja sentimiento alguno para lo que de delicioso ven fuera de sí: están como los dioses, que, hartos de néctar y ambrosía, no se dignarían alimentarse con los groseros manjares que se les presentaran en la mesa mas esquisita de los mortales. Todos los males huyen lejos de aquellos sitios tranquilos: la muerte, las enfermedades, la pobreza el dolor, los pesares, los remordimientos, los temores, hasta las esperanzas que á veces cuestan tantas penas como los temores, las discordias, los disgustos, los enojos, no pueden tener allí entrada.

Aunque las altas montañas de Tracia, cuyas cimas cubiertas de nieves y hielos desde el principio del mundo, rasgan las nubes, fueran arrancadas de sus cimientos asidos al centro de la tierra, ni aun se conmovería el corazón de aquellos justos: solo se compadecen de las miserias que agobian á los hombres mientras viven en el mundo; pero esa compasión es dulce y apacible, y en nada menoscaba su inalterable felicidad. Juventud eterna, felicidad sin fin, gloria enteramente divina, hé ahí lo que se pinta en sus semblantes; pero su alegría está exenta de toda liviandad é indecencia; es una alegría dulce, noble, llena de majestad; es un gusto sublime de la verdad y de la virtud, que los enajena: todos los instantes sin interrupción los pasan en el mismo arrobamiento de corazón en que está una madre al volver á ver al hijo querido que habia creído muerto; y esa alegría, que no tarda en disiparse para la madre, jamás huye del corazón de aquellos hombres; jamás se amortigua un momento; para ellos siempre es nueva, disfrutando, como disfrutaban, de todo el alborozo de la embriaguez, sin participar de su trastorno y ofuscamiento.

Es su entretenimiento naonar entre sí de lo que ven y de lo que gozan: desprecian las blandas delicias é ilusorias grandezas de su pasada condición que deploran; recuerdan con placer los tristes si bien lijeros años en que tuvieron que luchar, para ser buenos, consigo y con el torrente de los hombres corrompidos; admiran el favor de los dioses que los han conducido como de la mano hácia la virtud por medio de tantos peligros. Su corazón se halla continua-

mente inundado de no sé qué de divino que como un destello de la misma divinidad se une á ellos : ven, disfrutan su bienaventuranza, y conocen que es eterna. Cantando las alabanzas de los dioses, no forman sino una sola voz, un pensamiento solo, un solo corazón : la misma felicidad produce como un flujo y reflujo en aquellas almas unidas.

En ese arrobamiento divino pasan los siglos con mas rapidez que entre los mortales las horas, y sin embargo millares de siglos pasados no menoscaban su felicidad siempre nueva y siempre cabal. Todos reinan juntos, no en tronos que la mano del hombre pueda derribar, sino en el de sus propias almas con inmutable poderio; porque no han menester de ser temibles con el poder prestado de un pueblo vil y miserable. Ya no llevan esas falsas diademas cuyo esplendor oculta tantos temores y negros desvelos : los dioses mismos los han coronado con sus manos, y sus coronas son inmareesibles.

Telémaco, que buscaba á su padre con temor de hallarle en aquellos hermosos lugares, quedó tan estasiado con el gusto de paz y felicidad que inspiraban, que le hubiera querido encontrar, y le afligia por su parte el tener que volver en seguida á la sociedad de los mortales. Aquí es, decía, donde está la verdadera vida; nuestra existencia es una muerte. Pero lo que le dejaba atónito era haber visto castigado en el Tártaro tantos reyes, y ver tan pocos en los Campos Eliseos, y conocia que hay pocos reyes con bastante firmeza y valor para resistirse á su propio poder, y rechazar la adulacion de tantas personas como escitan todas sus pasiones. Así son rarísimos los buenos reyes, y tan perversos los mas, que los dioses no serian justos, si, habiéndoles permitido abusar de su poder durante la vida, no los castigarán despues de la muerte.

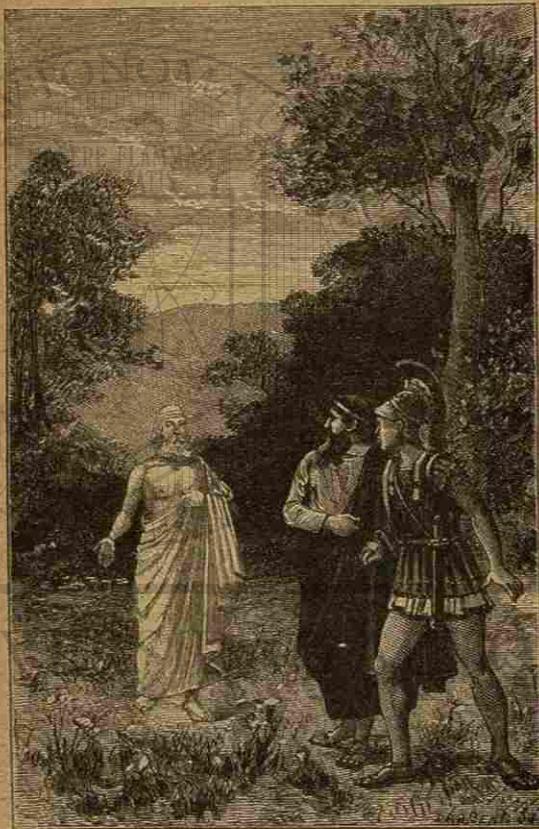
Telémaco, no viendo á su padre Ulises entre aquellos reyes, buscó al divino Laertes, su abuelo, mirando por todas partes. Mientras le buscaba inútilmente, se le acercó un anciano venerable y lleno de majestad. Su vejez no se parecia á la de los hombres que el peso de los años agobia sobre la tierra : solamente se veía que habia llegado á ser viejo antes de morir; era una mezcla de cuanto de grave tiene la vejez con todas las gracias de la juventud. Porque las gra-

cias renacen en los ancianos mas decrepitos al punto que entran en los Campos Elísicos. Aquel hombre se adelantaba con empeño, y miraba á Telémaco lleno de complacencia como á quien mucho amaba. Telémaco, que no le reconocía, estaba con inquietud y duda.

Te perdono, querido hijo mío, le dijo el anciano, que no me reconozcas. Yo soy Arcesio¹, padre de Laertes. Antes que Ulises mi nieto partiera para ir al sitio de Troya, había yo acabado mis dias: tú eras entónces una criatura en brazos de la nodriza, y desde entónces ya había concebido yo de tí grandes esperanzas, que no me engañaron, pues vez que has descendido al reino de Plutón para buscar á tu padre, y que los dioses te protegen en esta hazaña. ¡O mancebo feliz, los dioses te aman y te preparan gloria igual á la de tu padre! ¡O feliz tambien yo que te vuelvo á ver! No busques mas á Ulises en estos lugares, porque todavía vive, y está reservado para levantar nuestra casa en la isla de Iliaca. Laertes mismo, aunque agobiado por el peso de los años, goza aun de la vida y aguarda á que su hijo vuelva á cerrarle los ojos. Así pasan los hombres como las flores, que se abren por la mañana, y á la tarde se ven marchitadas y holladas. Las generaciones de la especie humana corren como las ondas de un raudo rio; nada puede parar al Tiempo, que arrastra en pos de sí lo que parece mas inmóvil. Tú mismo, hijo mío, mi querido hijo, tú mismo que ahora gozas de una juventud tan lozana y tan fecunda en placeres verás, tengo presente, que esa hermosa edad no es sino una flor que se seca apenas se abre; verás te mudado insensiblemente: las risueñas gracias, los dulces deleites que te acompañan, la fuerza, la salud, la alegría se desvanecerán como un bello ensueño, de que no te quedará mas que una tristísima memoria: vendrá la vejez lánguida y morosa que te arrugará el rostro, te encorvará el cuerpo, te debilitará los miembros, secará en tu corazón la fuente del placer, te hará lo presente enojoso, tremando lo venidero, y te volverá insensible á todo ménos al dolor.

Parécete remoto ese tiempo: ¡ay! cómo te engañas, hijo

¹ Arcesio era hijo de Júpiter: por eso se da á su hijo Laertes el épiteto de divina.



Se le acercó un anciano venerable y lleno de majestad.

mío! ese tiempo vuela, mirale como llega: lo que viene con tanta priesa, no dista mucho de ti, y el momento presente que huye está ya bien lejos, pues se aniquila cuando aun no hemos acabado de decirlo, y es imposible alcanzarle. Nunca pues cuentes, hijo mío, con lo presente; sin procura mantenerte en la senda difícil y áspera de la virtud con los ojos puestos en lo futuro. Prepárate, por medio de costumbres puras y amor à la justicia, lugar en la morada de la paz.

Pronto volverás à ver al fin à tu padre, que recobrarà la autoridad en Iliaca. Tú has nacido para reinar despues de él; pero ¡ay! hijo mío, ¡cuán falaz es la regia condicion! Mirada de lejos, no se ve sino grandeza, esplendor y delicias; pero de cerca, todo espinoso. Puede un particular sin desdoro entregarse à una vida dulce y oscura. Un rey no puede sin deshonorarse preferir las dulzuras y el ocio à las penosas funciones del gobierno: siendo de todos los que gobierna, no le es lícito ser suyo; sus mas ligeras faltas son de infinita consecuencia, porque causan la desgracia de los pueblos, y algunas veces para muchos siglos: debe reprimir la audacia de los malvados, defender la inocencia, disipar la calumnia. No le basta no hacer mal alguno; es menester que haga todo el bien posible que el estado necesita. No es suficiente que haga bien por sí, ha de impedir tambien el mal que otros harian, si no se les contuviera. Teme pues, hijo mío, teme una condicion tan peligrosa; ármate de valor contra tí mismo, contra tus pasiones y contra los aduladores.

Al decir tales palabras, parecia Arcesio animado de un fuego divino, y mostraba à Telémaco un semblante lleno de compasion por los males que acompañan la dignidad real. Cuando se toma, decia, para satisfaccion propia, es una monstruosa tiranía; cuando se toma para cumplir con sus obligaciones, y dirigir à un pueblo numeroso como dirige un padre à sus hijos, es una esclavitud mortal que exige una valentia y una paciencia heróicas. Por eso disfrutau aquí ciertamente los que han reinado con sincera virtud cuanto la omnipotencia de los dioses puede conceder para completar la bienaventuranza.

Mientras Arcesio hablaba de ese modo, sus palabras penetraban hasta lo mas íntimo del corazon de Telémaco, que

dándosele grabadas como en el bronce se graban las figuras indelebles que un diestro artifice forma con su buril para que las contemple la mas remota posteridad. Esas sabias palabras eran como una llama sutil que se deslizaba por las entranas del jóven de Telémaco, que se sentia conmovido y abrasado, y parecia que un ardor divino le derretia el corazon. Lo que esperientaba en la parte mas íntima de sí mismo, le consumia misteriosamente, sin poder contenerlo, ni soportarlo, ni resistir à tan violenta impresion era un sentimiento vivo y delicioso, mezclado con un dolor capaz de acabar con la vida.

Despues empezó Telémaco à respirar con mas desahogo. Reconoció entónces en el rostro de Arcesio mucha semejanza con Laertes: aun creia recordar confusamente haber visto en Ulises, su padre, facciones parecidas, cuando Ulises partió para el sitio de Troya. Ese recuerdo le eterneció; saliéronle à los ojos lágrimas dulces, mezcladas con alegria: quiso abrazar à una persona tan amada; pero intentó en vano muchas veces: la sombra incorpórea se resbalaba de sus brazos como un sueño engañoso se sustrae al hombre que cree tenerle asido, cuando ora con sedienta boca persigue una agua fugitiva, ora agita los labios para formar palabras que su lengua entumecida no puede articular, alargando las manos con esfuerzo y no pudiendo coger cosa alguna: así Telémaco no logra satisfacer su ternura; ve à Arcesio, le oye, le habla, pero no puede tocarle. Al cabo le pregunta quienes son los hombres que ve al rededor de él.

Aquí ves, hijo mío, le respondió el sabio anciano, à los varones que han sido el ornamento de su siglo, la honra y la felicidad del género humano. Ves à los pocos reyes que han sido dignos de serlo, y que han desempeñado fielmente las funciones de la divinidad en la tierra. Los otros que ves tan cerca de ellos, si bien separados por esa lijera nube, disfrutan de ménos gloria: son héroes, à la verdad, pero el galardón de su denuedo y hazañas militares no se puede comparar con el de los reyes sabios, justos y benéficos.

Entre esos héroes ves à Teseo, que tiene el semblante algo triste: ha sentido la desgracia de ser demasiado crédulo con una mujer artificiosa, y aun le affige el haber pedido à Neptuno tan injustamente la muerte cruel de su hijo Hipó-

lito¹: ¡dichoso él si no hubiera sido tan pronto y fácil de irritar! Ves también á Aquiles apoyado en su lanza² por la herida que le hizo en el talon la mano del cobarde París, y que le arrancó la vida. Si hubiera sido tan prudente, justo y moderado como intrépido era, los dioses le hubieran concedido un largo reinado; pero han tenido piedad de los Píotes³ y de los Dólopes, cuyo rey debia de haber sido naturalmente de-pues de Peleo, y no han querido entregar tantos pueblos al capricho de un hombre impetuoso, mas fácil de irritar que la mar mas borrascosa. Las pareas han acertado el hilo de sus días, y ha sido como una flor apenas abierta que el hierro del arado siega y que cae ántes de acabarse el día en que se ha visto nacer. Los dioses no han querido servirse de él sino como de los torrentes y tempestades para castigar los crímenes de los hombres; han empleado á Aquiles para derribar los muros de Troya, vengando así el perjurio de Laomedonte⁴ y los culpables amores de París. Satisfechos con el servicio de ese instrumento de su cólera, se aplacaron, y negaron al llanto de Tetis el consentir mas tiempo en la tierra al jóven héroe, que no era

¹ Hipólito, hijo de Teseo y de Hipólita, acusado por Fedra, su madrastra, de haber querido atentar á su honra. Teseo, demasiado crédulo con ella, no contento con desterrar á Hipólito, rogó á Neptuno que castigara su pretendido crimen: así, yendo en su carro este jóven príncipe que huía de la indignacion de su padre, halló á orillas del mar un monstruo marino que espantó sus caballos de tal modo, que le hicieron volcar, y le mataron á fuerza de arrastrarle por las rocas.

² Aquiles habia sido bañado en las aguas de la Estigia, en donde su madre le metió por tres veces, lo que le hizo invulnerable, ménos por el talon, que fué por donde su madre le tuvo.

³ Pueblos de Tesalia, de los cuales era rey Peleo.

⁴ Laomedonte, hijo y sucesor de Ilo, edificó las murallas de Troya con la ayuda de Apolo y de Neptuno, á quienes prometió con juramento cierta recompensa que luego les negó. Ellos se vengaron de su engaño con muchos males, de manera que para aplacarlos tuvo que entregar á su hija Hesione, condenada á ser devorada por monstruos marinos. Hércules se ofreció á libertarla á condicion de que Laomedonte le diera los soberbios caballos de raza divina que tenia; lo que se negó este pécrido á cumplir, luego que Hesione se salvó del peligro

capaz sino de turbar á los hombres, de destruir las ciudades y los imperios.

Pero ¿ves á ese otro con el semblante feroz? Ese es Ajax, hijo de Telamon y primo de Aquiles: tú no ignoras si duda cual haya sido su gloria en los combates. Despues de la muerte de Aquiles, pretendió que no podian darse su armas á otro que á él; tu padre no creyó que se las debiera ceder: los Griegos decidieron en favor de Ulises. Ajax se mató desesperado; en su rostro estan pintadas todavia la indignacion y la ira. No te acerques á él, hijo mio, no crea que tú quieres insultarle en su infortunio, siendo justo compadecerle: ¿no adviertes como nos mira con pesar, y que se interna en aquella sombría espesura, porque le somos odiosos? En este otro lado ves á Héctor, que hubiert sido invencible, si el hijo de Tetis no hubiera estado en el mundo al mismo tiempo. Pero hé allí á Agamenon que pasa, y que todavia lleva las señales de la perfidia de Clitemnestra. O hijo mio, me estremezco al pensar en las desgracias de la familia del impio Tántalo. La discordia de los dos hermanos Atreo⁴ y Tiestes han llenado su casa de sangre y horror. ¡Ah! ¡cómo acarrea un crimen otros crímenes! Agamenon de vuelta de Troya, donde habia estado á la cabeza de los Griegos, no tuvo tiempo de gozar en paz la gloria que habia adquirido: tal es el destino de casi todos los conquistadores. Todos esos hombres que tú ves, han sido formidables en la guerra; pero no han sido virtuosos ni dignos de amor, y por lo mismo no estan mas que en la segunda morada de los Campos Eliseos.

En cuanto á estos, por haber reinado con justicia y amado á sus pueblos, son amigos de los dioses, mientras Aquiles y Agamenon, llenos de sus rencores y batallas, todavia con-

⁴ Atreo y Tiestes, hijos de Pélope y de Hipodamia, se aborrecían uno á otro de un modo implacable. Tiestes, que no pensaba sino en atormentar á Atreo, deshonoró su tálamo, y se puso á buen recaudo. Atreo, que tenia en su poder hijos de Tiestes, fingió que todo lo habia olvidado, y le convidó á un festin, al cual asistió Tiestes. Despues que se levantaron de la mesa, le enseñó Atreo las cabezas y manos cortadas de sus hijos, dándole á entender que habia comido su carne. Tiestes se valió de su hijo natural Egisto para que le vengara de su hermano.

servan aquí sus penas y defectos naturales. En tanto que lamentan en vano la vida que han perdido, y que se afligen de no ser mas que sombras impotentes y vacías, los reyes justos, purificados por la luz divina de que se nutren, nada tienen que desear para su felicidad: miran con lástima las zozobras de los mortales, pareciéndoles como juegos de niños los mayores negocios que agitan á los hombres ambiciosos: sus corazones están saturados de verdad y virtud, que sacan del manantial. No tienen que padecer ni por otros ni por sí: no mas deseos, no mas necesidades, no y mas temor: para ellos, excepto la alegría todo se ha acabado.

Contempla, hijo mio, á ese antiguo monarca que fundó el reino de Argos. Tú ves á Inaco en ese anciano tan apacible y majestuoso: las flores nacen de sus pasos: su marcha ligera parece el vuelo de un ave: tiene en la mano una lira de marfil, y en éstasis eterno canta las maravillas de los dioses. Del corazón y de la boca exhala una esquisita fragancia; la armonía de su voz y de su lira arrebatara á los hombres y á los dioses. Tal es la recompensa de su amor al pueblo que reunió en el ámbito de sus nuevas murallas, al cual dió leyes.

En el otro lado puedes ver entre aquellos mirtos á Céerope, egipcio, que fué el primero que reinó en Atenas, ciudad consagrada á la sabia diosa de quien tomó el nombre. Céerope, llevando de Egipto leyes útiles, que han sido en Grecia la fuente de las letras y de las buenas costumbres, suavizó á los naturales feroces de las aldeas de la Atica, y los unió con los lazos de la sociedad. Fué justo, humano, compasivo: dejó á los pueblos en la abundancia, y á su familia en la medianía, no queriendo que sus hijos le sucedieran en la autoridad, porque juzgaba que habia otros mas dignos de ella.

Tambien necesito mostrarte en ese vallecillo á Ericton, que inventó el uso de la moneda, con el fin de facilitar el comercio entre las islas de Grecia; pero previó el inconveniente anejo á esa invencion. Aplicaos, decia á todos los

1 Ericton, cuarto rey de Atenas, hijo de la tierra y Vulcano, inventó el uso de los carros.

pueblos, á multiplicar en vuestro suelo las riquezas naturales, que son las verdaderas: cultivad la tierra, para tener abundancia de trigo, vino, aceite y frutas; tened innumerables ganados que os alimenten con su leche y os cubran con su lana: de ese modo os pondréis en estado de no temer jamas la pobreza. Cuantos mas hijos tengais, tanto mas ricos seréis, con tal que les inspireis la aficion al trabajo; porque la tierra es inagotable, y aumenta su fecundidad en proporcion del número de sus habitantes que cuidan de cultivarla: á todos paga sus fatigas con liberalidad, y solo se vuelve avara é ingrata para los que la cultivan con negligencia. Dedicad os pues principalmente á las verdaderas riquezas, que son las que satisfacen las verdaderas necesidades del hombre. En cuanto al dinero, es menester no hacer de él mas caso que el que merezca cuando sea necesario, ó para las guerras inevitables que han de sostenerse fuera, ó para el comercio de las mercancías necesarias que faltan á vuestro país; y aun seria de desear que se dejara desaparecer del comercio todo lo que no sirve mas que para fomentar el lujo, la vanidad y la mollicie.

El prudente Ericton decia muchas veces: Yo temo, hijos mios, que os he procurado un don funesto con la invencion de la moneda. Preveo que escitará la avaricia, la ambicion, el fausto; que mantendrá una infinidad de artes que acabarán enervando y corrompiendo las costumbres; que os hará enojosa la feliz sencillez en que estriban el sosiego y la seguridad de la vida; en fin, que os llevará á despreciar la agricultura, que es el fundamento de la vida humana, y el manantial de todos los bienes verdaderos; pero los dioses son testigos de la pureza de mis intenciones al daros una invencion útil en sí misma. Por último, cuando Ericton notó que, como lo habia previsto, el dinero corrompia los pueblos, se retiró de dolor á una montaña agreste, en donde vivió pobre y lejos de los hombres hasta una vejez estremada, sin querer mezclarse en el gobierno de las ciudades.

Poco tiempo despues apareció en Grecia el famoso Triptolemo¹, á quien Ceres habia enseñado el arte de cultivar

¹ Triptolemo era hijo de Celeo, otros dicen de Eleusio, rey de

las tierras, y cubrir las todos los años de doradas mieses. No dejaban de saber los hombres, que ya conocían el trigo, la manera de multiplicarle sembrándole; pero ignoraban la perfección de la labranza, y Triptolemo, enviado por Ceres, se presentó con el arado, ofreciendo los dones de la diosa á todos los pueblos que tuvieran el valor necesario para vencer su natural pereza, y darse á un trabajo asiduo. No tardó Triptolemo en enseñar á los Griegos á hender la tierra y fertilizarla desgarrándole el seno: no tardaron los segadores en derribar con infatigable ardor al golpe de sus cortantes hoces las pajizas espigas que cubrían los campos. Los pueblos todavía salvajes, que corrían dispersos acá y allá en los bosques del Epiro y Eolia para alimentarse de bellotas, dulcificaron sus costumbres y se sometieron á leyes, cuando aprendieron á hacer crecer las mieses, y á alimentarse con pan.

Triptolemo hizo sentir á los Griegos el placer que hay en no deber las riquezas sino á su propio trabajo, y en encontrar en su campo todo lo necesario para hacer la vida cómoda y dichosa. La abundancia tan simple, tan inocente, que la agricultura proporciona, les trajo á la memoria los sabios consejos de Erieton: entonces despreciaron el dinero y todas las riquezas artificiales, que no son riquezas sino por la imaginación del hombre, que le incitan á buscar placeres peligrosos, y que le apartan del trabajo, en donde hallaría todos los bienes reales con costumbres puras en amplia libertad. Conocióse pues que un campo fértil y bien cultivado es el verdadero tesoro de una familia que sabe y quiere vivir frugalmente como sus padres han vivido. ¡ Dichosos los Griegos, si se hubieran mantenido firmes en estas máximas tan adecuadas á la conservación del poder, de la libertad y de la ventura, de que con ellas hubieran sido dignos por medio de una sólida virtud! Pero ¡ ay! empiezan á admirar las falsas riquezas, descuidan poco á poco las verdaderas, y van degenerando de esa maravillosa simplicidad.

O hijo mio, tú reinarás; cuando llegue ese día recuerda que es menester traer á los hombres á la agricultura, y hon-

Plenis. Su padre había hospedado honrosamente á Ceres, cuando buscaba á su hija Proserpina, robada por Pluton. Esta diosa, por agradecimiento, enseñó á Triptolemo el arte de cultivar los trigos.

rar esa profesión, procurando aliviar á los que á ella se apliquen, y no permitiendo el ocio ni la ocupación en artes que fomenten el lujo y la molición. Los dioses aman aquí con predilección á esos dos hombres que han sido tan sabios en la tierra. Advierte, hijo mio, que su gloria supera á la de Aquiles y otros héroes que no han sobresalido mas que en los combates, como la dulce primavera al invierno helado, ó como la luz del sol al resplandor de la luna.

Mientras Arcesio hablaba así, observó que Telémaco tenía los ojos fijos en un bosquecillo de laureles, y en un arroyo festoneado de violetas, rosas, lirios y otras muchas flores olorosas, cuyos vivos matices parecían á los de Iris cuando baja del cielo á la tierra para anunciar á algún mortal la voluntad de los dioses. En aquel hermoso sitio estaba el gran Sesostris, á quien conoció Telémaco: parecía mil veces mas majestuoso que cuando se sentaba en el trono de Egipto. Salían de sus ojos rayos de una luz dulce que deslumbraba los de Telémaco. Hubiérase creído, al verle, que estaba embriagado de néctar, tan arrebatado le tenía el espíritu divino sobre la razón humana para recompensar sus virtudes.

Telémaco dijo á Arcesio: Reconozco, padre mio, á Sesostris, al sabio rey de Egipto, á quien no hace mucho he visto allí.

Él es, respondió Arcesio, y tú ves por su ejemplo cuan magníficos son los dioses en recompensar á los buenos reyes; pero debes saber que nada es toda esa felicidad en comparación de la que le estaba destinada, y de que gozaría, si la demasiada prosperidad no le hubiese hecho olvidar las reglas de la moderación y la justicia. El empeño de abatir el orgullo é insolencia de los Tirios le llevó á tomar su ciudad. Esta conquista le sugirió el deseo de otras: dejóse deslumbrar de la falsa gloria de los conquistadores, y subyugó, ó por mejor decir, devastó el Asia entera. A su vuelta á Egipto, halló que su hermano se había apoderado del cetro, y con su injusto gobierno había alterado las mejores leyes del país. De modo que sus magníficas conquistas solo le sirvieron para trastornar su propio reino. Lo que empero le hizo mas indisculpable fué el haberse infatuado con su gloria hasta el punto de enganchar á su carro á los mas soberbios de los reyes que había vencido. Despues,

conociendo su falta, se avergonzó de haber sido tan inhumano. Ese fué el fruto de sus victorias. He ahí lo que hacen contra sus estados y en perjuicio propio los conquistadores, por querer usurpar los de sus veciones. Hé ahí lo que destronó á un rey en lo demás tan justo y tan benéfico; y eso es lo que disminuye la gloria que los dioses le tenían preparada.

¿No ves á ese otro, hijo mio, cuya herida parece tan brillante? Ese es un rey de Caria, llamado Diocles, que se sacrificó por su pueblo en una batalla, porque el oráculo habia dicho: que, en la guerra entre los Carienses y Licios, la nacion cuyo rey muriera saldria vencedora.

Contempla á este otro: es un sabio legislador, que, habiendo dictado á su pueblo leyes propias para hacerle bueno y feliz, le tomó juramento de no violar jamas ninguna de ellas durante su ausencia: despues de lo cual partió, se desterró de su patria, y murió pobre en tierra estraña, para obligar á su pueblo á cumplir el juramento guardando siempre leyes tan provechosas.

Ese otro que ves es Eunesimo, rey de los Pilienses, y uno de los ascendientes del sabio Nestor. En una peste que asolaba la tierra, y cubria de nuevas sombras las orillas del Aqueronte, pidió á los dioses que aplacaran su enojo, redimiendo con su muerte á tantos millares de inocentes. Los dioses acogieron su ruego, y le hicieron encontrar aquí el reinado verdadero, del cual todos los de la tierra no son sino vanas sombras.

El anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo, rey de Egipto y esposo de Anquinoe, hija del dios Nilo, que esconde el manantial de sus aguas, y enriquece el suelo que riega con sus inundaciones. Tuvo dos hijos: Danao, cuyo historia sabes; y Egipto, que dió su nombre á aquel hermoso pais. Belo se creia mas rico con la abundancia que procuraba á su pueblo, y con el amor de sus súbditos, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles. Esos varones, que tú crees muertos, viven, hijo mio, porque la muerte es la vida que se arrastra miserablemente en la tierra; solo los nombres estan mudados. ¡Plegue á los dioses hacerte tan bueno, que merezcas esta vida bienaventurada que nada puede acabar ni afligir! Date prisa: que ya es tiempo, á ir á buscar á tu padre. ¡Ay! ¡cuánta

sangre verás derramar aun ántes de encontrarle! pero ¡cuánta gloria te espera en los campos de la Hesperia! Ten presentes los consejos del sabio Mentor: si los sigues, tu fama será grande en todos los pueblos y por todos los siglos.

Dijo, y al punto condujo á Telémaco hácia la puerta de marfil por donde se puede salir del tenebroso imperio de Pluton. Telémaco, sin poder abrazarle y con las lágrimas en los ojos, se apartó de él, y saliendo de aquellos sombríos lugares, volvió apresuradamente al campamento de los aliados, despues de haberse unido en el camino con los dos jóvenes Cretenses que le habian acompañado hasta la entrada de la caverna, y que no esperaban volverle á ver.

LIBRO XX.

Telémaco hace prevalecer en el consejo de los caudillos su dictámen de no sorprender á Venusa, confiada por ambas partes enemigas á la custodia de los de Lucania. Muestra su sabiduria con motivo de dos tráfugas, de los cuales uno, llamado Acanto, se habia propuesto envenenarle, y el otro, llamado Dioscoro, ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. En la batalla que se trava en seguida, Telémaco lleva la muerte por donde quiera que va para encontrarse con Adrasto, que tambien le busca, y mata de camino á Pisistrato, hijo de Nestor: sobreviene Filoctetes, y al tiempo que va á herir á Adrasto recibe una herida que le obliga á retirarse del combate. Telémaco acude á los gritos de sus aliados, en quienes Adrasto hace una horrible carnicería, pelea con este enemigo, y le perdona la vida á ciertas condiciones que le impone. Adrasto, habiéndose levantado, quiere sorprender á Telémaco; este cierra con él de nuevo, y le mata.

Juntáronse entre tanto los caudillos del ejército para deliberar si convendria tomar á Venusa¹. Era esta una ciudad fuerte que Adrasto habia usurpado á sus vecinos los eucetes de la Apulia, los cuales habian entrado en la liga ara pedir la reparacion de semejante despojo. Adrasto, para

¹ Venusa, hoy Venosa, es una pequeña ciudad episcopal del reino de Nápoles, en la Basilicata, al norte de Cirenza, de que es sufragánea, y dista cinco leguas

conociendo su falta, se avergonzó de haber sido tan inhumano. Ese fué el fruto de sus victorias. He ahí lo que hacen contra sus estados y en perjuicio propio los conquistadores, por querer usurpar los de sus vecinos. Hé ahí lo que destronó á un rey en lo demás tan justo y tan benéfico; y eso es lo que disminuye la gloria que los dioses le tenían preparada.

¿No ves á ese otro, hijo mío, cuya herida parece tan brillante? Ese es un rey de Caria, llamado Diocles, que se sacrificó por su pueblo en una batalla, porque el oráculo había dicho: que, en la guerra entre los Carienses y Licios, la nación cuyo rey muriera saldría vencedora.

Contempla á este otro: es un sabio legislador, que, habiendo dictado á su pueblo leyes propias para hacerlo bueno y feliz, le tomó juramento de no violar jamás ninguna de ellas durante su ausencia: despues de lo cual partió, se desterró de su patria, y murió pobre en tierra estraña, para obligar á su pueblo á cumplir el juramento guardando siempre leyes tan provechosas.

Ese otro que ves es Eunesimo, rey de los Pilienses, y uno de los ascendientes del sabio Nestor. En una peste que asolaba la tierra, y cubria de nuevas sombras las orillas del Aqueronte, pidió á los dioses que aplacaran su enojo, redimiendo con su muerte á tantos millares de inocentes. Los dioses acogieron su ruego, y le hicieron encontrar aquí el reinado verdadero, del cual todos los de la tierra no son sino vanas sombras.

El anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo, rey de Egipto y esposo de Anquinoe, hija del dios Nilo, que esconde el manantial de sus aguas, y enriquece el suelo que riega con sus inundaciones. Tuvo dos hijos: Danao, cuyo historia sabes; y Egipto, que dió su nombre á aquel hermoso pais. Belo se creia mas rico con la abundancia que procuraba á su pueblo, y con el amor de sus súbditos, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles. Esos varones, que tú crees muertos, viven, hijo mío, porque la muerte es la vida que se arrastra miserablemente en la tierra; solo los nombres estan mudados. ¡Plegue á los dioses hacerte tan bueno, que merezcas esta vida bienaventurada que nada puede acabar ni afligir! Date prisa: que ya es tiempo, á ir á buscar á tu padre. ¡Ay! ¡cuánta

sangre verás derramar aun ántes de encontrarle! pero ¡cuánta gloria te espera en los campos de la Hesperia! Ten presentes los consejos del sabio Mentor: si los sigues, tu fama será grande en todos los pueblos y por todos los siglos.

Dijo, y al punto condujo á Telémaco hácia la puerta de marfil por donde se puede salir del tenebroso imperio de Pluton. Telémaco, sin poder abrazarle y con las lágrimas en los ojos, se apartó de él, y saliendo de aquellos sombríos lugares, volvió apresuradamente al campamento de los aliados, despues de haberse unido en el camino con los dos jóvenes Cretenses que le habian acompañado hasta la entrada de la caverna, y que no esperaban volverle á ver.

LIBRO XX.

Telémaco hace prevalecer en el consejo de los caudillos su dictámen de no sorprender á Venusa, confiada por ambas partes enemigas á la custodia de los de Lucania. Muestra su sabiduria con motivo de dos tráfugas, de los cuales uno, llamado Acanto, se habia propuesto envenenarle, y el otro, llamado Dioscoro, ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. En la batalla que se trava en seguida, Telémaco lleva la muerte por donde quiera que va para encontrarse con Adrasto, que tambien le busca, y mata de camino á Pisistrato, hijo de Nestor: sobreviene Filoctetes, y al tiempo que va á herir á Adrasto recibe una herida que le obliga á retirarse del combate. Telémaco acude á los gritos de sus aliados, en quienes Adrasto hace una horrible carnicería, pelea con este enemigo, y le perdona la vida á ciertas condiciones que le impone. Adrasto, habiéndose levantado, quiere sorprender á Telémaco; este cierra con él de nuevo, y le mata.

Juntáronse entre tanto los caudillos del ejército para deliberar si convendria tomar á Venusa¹. Era esta una ciudad fuerte que Adrasto habia usurpado á sus vecinos los eucetes de la Apulia, los cuales habian entrado en la liga ara pedir la reparacion de semejante despojo. Adrasto, para

¹ Venusa, hoy Venosa, es una pequeña ciudad episcopal del reino de Nápoles, en la Basilicata, al norte de Cirenza, de que es sufragánea, y dista cinco leguas

quietarlos, habia puesto la ciudad como en terceria en poder de los Lucanienses; pero tenia ganados con el veno á los de la guarnicion y al que la mandaba, de suerte que los de Lucania ejercian realmente ménos autoridad que él en Venusa, habiendo sido engañados los de Apulia en el convenio, por el cual habian consentido en confiar la custodia de Venusa á una guarnicion lucaniense.

Un ciudadano de Venusa, llamado Demofante, habia prometido secretamente á los aliados entregarles por la noche una de las puertas de la ciudad. Era tanto mayor la ventaja, cuanto que Adrasto habia almacenado todas sus provisiones y pertrechos en un castillo inmediato á Venusa, que no se podia defender, tomada la ciudad. Filoctetes y Nestor habian manifestado ya que les parecia conveniente aprovechar una ocasion tan feliz. Todos los caudillos arrastrados por su autoridad, y alucinados con la utilidad de tan fácil empresa, aplaudieron esa opinion; pero Telémaco, llegado su turno, se esforzó quanto pudo para disuadirlos.

No ignoro, les dijo, que si jamas existió hombre alguno digno de ser sorprendido y engañado, ese es Adrasto, el que tantas veces ha engañado á todo el mundo. Veo ademas que, sorprendiendo á Venusa, no haréis mas que tomar posesion de una ciudad que os pertenece, pues es de los Apulienses, que son uno de los pueblos de vuestra confederacion. Confieso que podríais hacerlo con tanta mas aparien-
 cía de razon, quanto que Adrasto, que ha puesto la ciudad en terceria, tiene sobornada la guarnicion con su comandante, para entrar cuando le parezca oportuno. En fin, conozco como vosotros que, si tomarais á Venusa, al otro dia seríais dueños de la fortaleza, en donde estan todos los preparativos de guerra que Adrasto ha reunido allí, y que con ese golpe acabaríais en dos dias con esta guerra tan formidable. Pero ¿no vale mas perecer que triunfar por tales medios? ¿Se ha de repeter el fraude con el fraude? ¿Habrá de decirse que tantos reyes confederados para castigar al impio Adrasto por sus engaños, son engañosos como él? Si no os es lícito hacer lo que Adrasto hace, él no es culpable, y nosotros hacemos mal en querer castigarle. ¡Qué! ¿la Hesperia entera, sostenida por tantas colonias griegas, y por héroes del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la perfidia y los perjurijs de Adrasto sino la perfidia y el perjurio?

Habéis jurado, por las cosas mas sagradas, que dejaríais á Venusa en depósito entre las manos de los de Lucania. La guarnicion lucaniense, decís, está corrompida por el oro de Adrasto: yo lo creo como vosotros; pero esta guarnicion está á sueldo de los de Lucania, no se ha negado á obedecerles, ha conservado, á lo ménos en apariencia, la neutralidad. Ni Adrasto ni los suyos han entrado jamas en Venusa: el tratado subsiste; los dioses no han olvidado vuestro juramento. ¿No se guardará la palabra empeñada, sino cuando falten pretextos para violarla? ¿No ha de serse fiel y religioso en los juramentos, sino cuando nada haya que ganar con el quebranto de la fe jurada? Si el amor á la virtud y el temor de los dioses no os mueven, que os muevan á lo ménos vuestra reputacion é interes. Si dais á los hombres el pernicioso ejemplo de faltar á la palabra y quebrantar los juramentos por acabar con una guerra, ¿qué guerras no escitaréis con esa conducta impia? ¿qué vecino tendréis que no deba temerlo todo de parte vuestra y detestaros? ¿quién podrá en adelante en los mayores apuros fiarse de vosotros? ¿Qué seguridad podréis vosotros dar cuando queráis ser sinceros? ¿será un tratado? Los habéis hollado. ¿Será un juramento? ¿Qué! ¿no se sabrá que no haceis caso de los dioses cuando aguardais alguna ventaja del perjurio? La paz para vosotros no tendrá mas seguridad que la guerra. Todo lo que venga de vosotros se recibirá como una guerra, ó enmascarada, ó abierta: seréis enemigos perpetuos de cuantos tengan la desgracia de ser vuestros vecinos: os serán imposibles todas las negociaciones que pidan buen nombre, probidad y confianza: no os quedará recurrir alguno para que se crea lo que prometais.

Hé aqui, añadió Telémaco, otro motivo mas poderoso todavia, y que debe llamar vuestra atencion, si aun os queda algun sentimiento de probidad, y alguna prevision en provecho vuestro: este motivo es que tan engañoso proceder lastima por dentro vuestra confederacion toda y va á arruinarla: vuestro perjurio dará el triunfo á Adrasto.

Conmovida toda la asamblea con esas palabras, le preguntó cómo se atrevia á decir que una accion que iba á dar una victoria cierta á la liga, la podia destruir,

¿Cómo, les respondió, podréis fiaros unos de otros, si una vez rompeis el único lazo de la sociedad y de la confianza, que es la buena fe? Después que hayais sealado como máxima que se pueden violar las reglas de la honradez y de la fidelidad por un gran provecho, ¿cuál de vosotros se fiará de quien también podrá hallar un gran provecho en faltarle á la palabra y en engañarle? ¿Qué situación será la vuestra? ¿Cuál de vosotros no querrá evitar los artificios de un vecino con los suyos? ¿En qué vendrá á parar una liga de tantos pueblos, cuando se conviene entre ellos, por común deliberación, que es lícito sorprender al vecino, y quebrantar la fe empeñada? ¿Cuál no será vuestra mutua desconfianza, vuestra división, vuestro ardor para destruirnos unos á otros? Adrasto no necesitará embestiros; os bastaréis para despedazaros, y justificaréis sus alevosías.

O reyes sabios y magnánimos, ó vosotros que amaestrados por la experiencia mandáis á innumerables pueblos, no os desdencéis de escuchar los consejos de un joven. Si cayerais en los más espantosos extremos en que suele la guerra precipitar á los hombres, podríais volveros á levantar con vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud, porque el verdadero valor nunca se abate. Si empero rompieseis una vez el valladar del honor y de la buena fe, esa pérdida sería irreparable: ni podríais restablecer la confianza necesaria para el buen éxito de todos los negocios importantes, ni traer de nuevo á los hombres á los principios de la virtud, después de haberles enseñado á despreciarlos. ¿Qué teméis? ¿No tenéis bastante valor para vencer sin enganar? Vuestra virtud, unida á las fuerzas de tantos pueblos, ¿no os basta? Peleemos; muramos, si es menester, ántes que vencer tan indignamente. Adrasto, el impío Adrasto, está en nuestras manos, con tal que nos horrorice el imitar su villanía y mala fe.

Luego que Telémaco hubo acabado su discurso, conoció que la dulce persuasión había pasado desde sus labios hasta lo más íntimo de los corazones. Notó un profundo silencio en la asamblea: pensaban todos, no en él ni en la gracia de sus palabras, sino en la fuerza de la verdad que se sentía en la ilación de su razonamiento: el pánico se retrataba en los semblantes. Por último se levantó un murmullo sordo que se fué estendiendo poco á poco por la asamblea: mirá-

banse unos á otros, nadie osaba romper el silencio: aguardaban á que se declararan los caudillos del ejército, y cada cual procuraba, aunque con trabajo, contener sus sentimientos. Al cabo el grave Nestor prorumpió en estas palabras:

Digno hijo de Ulises, los dioses os han hecho hablar; y Minerva, que tantas veces ha inspirado á vuestro padre, ha puesto en vuestra mente el consejo sabio y generoso que habeis dado. No miro yo vuestra juventud; solo contemplo á Minerva en cuanto acabais de decir. Habeis hablado en favor de la virtud: sin ella las mayores ventajas son verdaderas pérdidas; sin ella pronto se acarrea uno la venganza de sus enemigos, la desconfianza de sus aliados, el odio de todos los hombres de bien, y la justa cólera de los dioses. Dejemos pues á Venusa en poder de los de Lucania, y pensemos solamente en vencer á Adrasto con nuestro valor.

Dijo, y toda la asamblea aplaudió sus sabias palabras; pero, mientras aplaudían, fijaban todos la vista con asombro en el hijo de Ulises, y creían ver resplandecer en él la sabiduría de Minerva que le inspiraba.

No tardó en suscitarse otro debate en el consejo de los reyes, en donde no adquirió ménos gloria. Adrasto, siempre cruel y alevoso, envió al campamento como tráfuga á cierto Acanto, con el fin de que envenenara á los caudillos más ilustres del ejército, y especialmente al joven Telémaco, que era ya el terror de los Damienses, y á quien llevaba orden de hacer morir, no perdonando para conseguirlo medio alguno. Telémaco, que tenía demasiado valor y pureza para propender á la desconfianza, recibió sin dificultad y con afecto á aquel miserable, que había visto á Ulises en Sicilia y le contaba las aventuras del héroe. Manteniáse, y procuraba consolarle en su infortunio; porque Acanto se quejaba de que Adrasto le había engañado y tratado indignamente. Pero eso era alimentar y abrigar en su pecho á una víbora ponzoñosa dispuesta á hacerle una herida mortal.

Sorprendieron á un desertor llamado Arion, que Acanto había enviado á Adrasto para informarle del estado del campo de los aliados, y asegurarle que al otro día envenenaría á los reyes principales y á Telémaco, en un festín que este debía darles. Arion cogido declaró su traición. Sospe-

chóse que estaba de inteligencia con Acanto, porque eran muy amigos; pero Acanto, profundamente disimulado é intrépido, se defendía con tanta maña, que ni le podían convencer ni descubrir el fondo de la conjuración.

Varios de los reyes fueron de parecer de que en la duda se debía sacrificar á Acanto á la seguridad pública. Es menester que muera, decían; la vida de un hombre solo nada vale, cuando se trata de asegurar la de tantos reyes. ¿Qué importa que perezca un inocente, cuando se trata de conservar á los que representan á los dioses en medio de los hombres?

¿Qué máxima inhumana! ; qué bárbara política! respondió Telémaco. ; Qué! ; tan prodigios sois de sangre humana, ó vosotros los que estais puestos como pastores de los hombres, y que no les mandais sino para defenderlos como un pastor defiende su rebaño! Vosotros sois lobos crueles y no pastores; ó por lo ménos si lo sois, es para esquilmar y degollar el ganado en lugar de apacentarle. Según vosotros, cualquiera es culpado desde que se le acusa; una sospecha merece la muerte; los inocentes estan á merced de los envidiosos y calumniadores, y conforme vaya creciendo en vuestros corazones la desconfianza tiránica, será menester inmolarnos mas víctimas.

Telémaco pronunciaba esas palabras con tanta autoridad y vehemencia, que arrebatava los ánimos y cubria de vergüenza á los autores de tan infame consejo. En seguida, serenándose, les dijo: Por mi parte no amo tanto la vida, que quiera vivir á ese precio: prefiero que Acanto sea malvado á serlo yo, y que me quite la vida por una alevosía á quitársela en la duda injustamente. Pero escuchad, ó vosotros que, siendo reyes, es decir jueces de los pueblos, debéis saber juzgar á los hombres con justicia, prudencia y mansedumbre: dejadme interrogar á Acanto en vuestra presencia.

Al punto interroga á aquel hombre acerca de su trato con Arion; le acusa sobre una infinidad de circunstancias; aparenta muchas veces que va á enviarle á Adrasto como un tráfuga digno de castigo, para observar si tendria miedo de que se le mandara así, ó no; pero el rostro y la voz de Acanto permanecen inalterables. Por último, no pudiendo arrancarle la verdad, le dijo: Dadme vuestro anillo, que le

quiero enviar á Adrasto. A esta demanda, Acanto se puso pálido y se sobrecogió. Telémaco, que tenia los ojos clavados en él, lo notó, y tomó el anillo. Voy á mandársele á Adrasto, le dijo, por medio de un Lucaniense llamado Polítropo, á quien conocéis, y que irá como si secretamente fuera de parte vuestra. Si por este medio logramos descubrir vuestra inteligencia con Adrasto, se os hará morir inexorablemente con los tormentos mas crueles; al contrario, si desde ahora confesats vuestra falta, se os perdonará, contentándose con enviaros á una isla en donde de nada carezcáis. Entónces Acanto lo declaró todo, y Telémaco obtuvo de los reyes que se le dejara la vida, porque él se la habia prometido. Desterráronle á una de las islas Echinades¹, en donde vivió tranquilamente.

Poco tiempo despues, un Dauniense de origen oscuro, pero de espíritu violento y atrevido, llamado Dioscoro, pasó una noche al campo de los aliados, y les ofreció degollar al rey Adrasto en su tienda. Podía cumplirlo, porque es dueño de la vida de los otros quien en nada tiene la suya. Aquel hombre no respiraba sino venganza, porque Adrasto le habia robado á su mujer, á quien amaba con delirio, siendo igual á la misma Venus en hermosura. Estaba resuelto á matarle y recobrar á su mujer, ó á morir. Tenia inteligencias secretas para entrar de noche en la tienda del rey, y contaba con el auxilio de varios capitanes daunienses que favorecian su empresa; pero le parecia necesario que al mismo tiempo atacaran los reyes aliados el campo de Adrasto, á fin de poder salvarse y sacar á su mujer mas fácilmente con el tumulto. Si, muerto el rey, no podia sacar á su mujer, se contentaba con morir.

Luego que Dioscoro hubo explicado á los reyes su designio, todo el mundo se volvió hácia Telémaco, como para pedirle la decision.

Los dioses, dijo él, que nos han preservado de los traidores, nos prohiben servirnos de ellos. Aunque no tuviéramos bastante virtud para detestar la traicion, nuestro interes solo seria suficiente para que la desecháramos. Desde que la autorizáramos con nuestro ejemplo, mereceríamos

¹ Las Echinades, hoy Cosulares, estan situadas en la embocadura del río Aqueloo, en frente de la Acarnania en el Epiro.

que se volviera contra nosotros. ¿Quién desde ese momento estará seguro entre nosotros? Adrasto puede acaso evitar el golpe que le amenaza, y hacer que caiga sobre los reyes aliados. La guerra ya no será guerra; de ningún provecho servirán la prudencia y la virtud: solo se varán alevosías, traiciones y asesinatos. Nosotros mismos seríamos las consecuencias, y lo merecíamos, por haber autorizado et mayor de todos los males. Concluyo pues que es menester enviarle á Adrasto el traidor. Confieso que ese rey no lo merece; pero toda la Hesperia y toda la Grecia, que tienen los ojos puestos en nosotros, merecen que así procedamos para que nos estimen. Nosotros por nosotros mismos, y por los justos dioses debemos mirar con este horror la perfidia.

Al punto fué llevado Dioscoro á Adrasto, que se estremeció del peligro en que había estado, no cesando de maravillarse de la generosidad de sus enemigos. Adrasto admiraba, a pesar suyo, lo que acababa de ver, sin atreverse á elogiarlo. La noble acción de los aliados escitaba en él un vergonzoso recuerdo de todas sus arterías, de todas sus crueldades. Procuraba menoscabar la generosidad de sus enemigos, y se avergonzaba de parecer ingrato, debiéndoles la vida; pero los perversos se endurecen pronto para cuanto los pudiera conmovier. Adrasto, que vió como se aumentaba de día en día la fama de los aliados, creyó que le era urgente hacer contra ellos alguna hazaña brillante; y como era incapaz de ninguna acción de virtud, quiso á lo ménos procurar alguna ventaja señalada con las armas, y se apresuró á combatir.

Llegado el día de la batalla, cuando apenas la aurora abría al sol las puertas del oriente por un camino sembrado de rosas, el jóven Telémaco, adelantándose con sus cuidados á la vigilancia de los mas viejos capitanes, se arrancó de los brazos del dulce sueño, y puso en movimiento á todos los oficiales. Su casco, cubierto de flotantes crines, brillaba ya en su cabeza, y su coraza, ajustada al cuerpo, deslumbraba los ojos de todo el ejército: la obra de Vulcano tenía además de su belleza propia el resplandor de la égida unida á las armas misteriosamente. Tenía la lanza en una mano, y con la otra indicaba los diversos puestos que era menester ocupar.

Minerva había comunicado á sus ojos un fuego divino, animándole el rostro con una majestad altiva que prometía ya la victoria. Telémaco marchaba, y todos los reyes, olvidados de su edad y de su carácter regio, seguían sus pasos, como impelidos por una fuerza superior. Ya no cabe en lo ánimis la flaca emulacion; todo cede al que Minerva guia invisiblemente de la mano. Su acción ni era impetuosa ni precipitada: se mostraba afable, sereno, sufrido, siempre dispuesto á escuchar á los demas, y á aprovecharse de sus consejos; pero activo, previsor, atento á las necesidades mas lejanas, disponiéndolo todo con oportunidad, sin embarazarse ni embarazar á los otros, disculpando las faltas, reparando los descuidos, salvando las dificultades, no pidiendo jamas demasiado á nadie, inspirando en todas partes libertad y confianza.

Si daba órdenes, las daba en los términos mas sencillos y claros, y las repetía para instruir mejor á los que debían ejecutarlas. Les conocía en los ojos si le habían entendido bien, haciéndoles en seguida explicar familiarmente el sentido de sus palabras, y el objeto principal de la orden dada. Probada así la capacidad del que encargaba de su desempeño, y que había hecho entrar en sus miras, no le dejaba irse sin darle señales de aprecio y confianza para estimularle. De ese modo cuantos comisionaba, ponían todo esmero en complacerle y salir airosos, aunque libres del temor de que se les imputara el mal éxito, porque para él tenían disculpa las faltas que no procedían de mala voluntad.

El rojo horizonte parecia inflamado con los primeros rayos del sol, y la mar encendida con los destellos del naciente día. Cubrían toda la costa hombres, armas, caballos y carros en movimiento: el ruido confuso que había, era semejante al de las olas irritadas cuando Neptuno escita en sus profundos abismos las negras tempestades. Así comenzaba Marte con el estruendo de las armas y aparato aterrador de la guerra á sembrar la ira en todos los pechos. El campo estaba todo erizado de picas, como las espigas que cubren los fértiles surcos en la estación de las mieses. Ya se levantaba una nube de polvo que ocultaba á los ojos poco á poco la tierra y el cielo. Acercábanse el horror, los estragos, la desapiadada muerte.

Apénas se arrojaron los primeros tiros, Telémaco, levantando al cielo los ojos y las manos, profirió estas palabras:

O Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, de nuestra parte veis la justicia, y la paz que no hemos tenido vergüenza de solicitar. Si peleamos, es á pesar nuestro, pues hubiéramos querido evitar la efusion de sangre humana: nosotros no odiamos ni aun á este enemigo, si bien es cruel, pérfido y sacrilego. Ved y decidid: si debemos morir, vuestras son nuestras vidas; si debemos libértar la Hesperia y derribar al tirano, vuestro poder y la sabiduría de Minerva, vuestra hija, nos darán la victoria; el honor será vuestro. Vuestra mano tiene la balanza en que arreglais la suerte de los combates: nosotros peleamos por vos; y, pues sois justo, más es Adrasto enemigo vuestro que nuestro. Si vuestra causa triunfa, ántes de acabarse el día correrá en vuestros altares la sangre de una hecatombe¹.

Dice, y al punto lanza sus caballos fogosos y espumantes contra las filas mas cerradas de los enemigos. El primero que encuentra es Periandro, Locrense, cubierto de la piel de un leon que había matado en la Cilicia, cuando viajaba por ella: como Hércules, iba armado de una enorme maza: la estatura y la fuerza le daban el aspecto de los gigantes. Desde que vió á Telémaco, le inspiraron desprecio su juventud y hermoso rostro. ¡Te está bien, dijo, mujeril mancebo, disputarnos á nosotros la gloria de los combates! Vé, niño, vé á buscar á tu padre entre los muertos. Al decir esas palabras, levanta la pesada maza, llena de nudos y armada de puntas de hierro, semejante al mástil de un navio: todos temen el golpe de su caída. El hijo de Ulises, cuya cabeza amaga, esquivo el golpe, y se abalanza á Periandro con la rapidez de una águila que hiende los aires. La maza, al caer, rompe una rueda de un carro que estaba junto al de Telémaco. El jóven griego en tanto hiere con un dardo á Periandro en la garganta: la sangre que le sale á borbotones, le ahoga la voz: sus caballos fogosos, no sintiendo su mano desfallecida, y flotádoles en el cuello las riendas, le llevan de una parte á otra, hasta que cae del carro,

¹ H e c a t o m b e quiere decir sacrificio de cien bueyes.

con los ojos cerrados y el rostro desfigurado cubierto de la palidez de la muerte. Telémaco le tuvo lástima, dió inmediatamente el cuerpo á sus esclavos, y guardó como señal de su victoria la piel del leon con la maza.

Busca en seguida á Adrasto en lo mas trabado de la pelea; mas buscándolo, precipita en los infiernos á una multitud de combatientes: Hileo, que hacia tirar de su carro á los corceles semejantes á los del sol, y mantenidos en las vastas praderas que riega el Aufido¹; Demoleonte, que en Sicilia había sido en otro tiempo casi igual á Erice en los combates del cesto; Crantor, que había hospedado á su amigo Hércules, cuando este hijo de Júpiter, pasando por la Hesperia, quitó la vida al infame Caco²; Menecrates, que decian se asemejaba á Polux en la lucha; Hipocoon, Salapiense, que imitaba la destreza y gallardía de Castor en manejar un caballo; el famoso cazador Eurimedés, siempre teñido de sangre de los osos y jabalíes que malaba en las nevadas cumbres del helado Apennino, y que, segun dicen, fué tan amado de Diana, que ella misma le enseñó á disparar las flechas; Nicostrato, vencedor de un gigante que vomitaba fuego en los riscos del monte Gárgano³; Eleanto, que debía casarse con la jóven Foloe, hija del rio Liris⁴. Esta había sido prometida por su padre al que la redimiera del poder

¹ El Aufido, hoy Ofante, es un rio del reino de Nápoles, que nace en los montes del Apennino, en el principado ulterior, separa la capital de la Basilicata, y va á desaguar en el golfo de Venecia. Cerca de este rio fué donde se dió la famosa batalla de Canas.

² Caco, hijo de Vulcano, era pastor y ladrón, y se guarecía cerca del monte Aventino. Robó los bueyes de Hércules, llevándolos hácia atras hasta su caverna. Los poetas le dan tres bocas, y la cualidad de echar fuego y llamas cuando quieria.

³ El Gárgano ó Gargante se llama hoy monte San Angelo, y es una montaña del reino de Nápoles: algunas veces se toma por la parte en que esta edificada la ciudad llamada Monte di Santo Angelo, y en otro tiempo se tomaba por toda la península de la Capitanata, que está entre el golfo de Manfredonia y el de Rodi.

⁴ El rio Liris, hoy Gatigliano, nace en el Abruzzo ulterior al oeste del lago Celano, atraviesa la Tierra de Labor, y va á desaguar en el fogol de Gaetli.

de una serpiente alada, nacida en las orillas del río, la cual debía devorarla á los pocos dias, segun la prediccion de un oráculo. El jóven Eleanto, arrebatado de amor, se ofreció á matar al monstruo, y lo consiguió; pero no pudo gozar del galardón de su victoria, y mientras Foloe, preparándose á un dulce himeneo, aguardaba con impaciencia á su futuro esposo, supo que habia ido con Adrasto á la guerra, y que la parca habia cortado cruelmente sus dias. Llenó de gemidos las selvas y montañas vecinas del río, derramó torrentes de lágrimas, se arrancó el hermoso cabello rubio, no pensó mas en las guirnaldas de flores que acostumbraba coger, y acusó al cielo de injusticia. Como no cesaba de llorar ni de dia ni de noche, los dioses, compadecidos de sus penas y escitados por las súplicas del río, pusieron término á su dolor. A fuerza de llorar, se convirtió en fuente, que, entrando en el seno de su padre, junta sus aguas con las del dios; pero el agua de esta fuente siempre es amarga, la yerba de sus orillas no florece, y la única sombra que hay en tan tristes márgenes, es la de algunos cipreses.

Luego que Adrasto supo que Telémaco llevaba por todas partes el terror, se apresuró á irle al encuentro. Habia contado con la facilidad de vencer al hijo de Ulises por su edad todavía muy tierna, y llevaba consigo á treinta Daunienses de fuerzas, destreza y astucia extraordinarias, á los cuales habia prometido grandes recompensas, si en la batalla podian acabar con Telémaco de cualquier modo que fuese. Si le hubiese hallado al principio del combate, aquellos treinta hombres, rodeando el carro de Telémaco, mientras le hubiera acometido de frente Adrasto, sin duda no hubiesen tenido mucho trabajo para matarle; pero Minerva les hizo estraviarse.

Adrasto creyó ver y oír á Telémaco en un sitio de la llana que formaba recodo al pié de una colina, en donde habia una multitud de combatientes; corre, vuéla, quiere bñrtarse de sangre; pero en vez de Telémaco, ve al viejo Nestor, que con trémula mano arrojaba al acaso algunos tiros inútiles. Adrasto, ciego de furor, le iba á herir; pero se precipitó al rededor de Nestor un tropel de Pilienses.

Entó ces una nube de dardos y flechas oscureció el aire y cubrió á todos los que peleaban; no se oía mas que los gritos lastimeros de los moribundos, y el ruido de las armas

de los que caian en la refriega: la tierra gemia bajo el peso de un monton de cadáveres: por todas partes corrian arroyos de sangre. Belona y Marte, con las furias infernales, vestidas de ropas empapadas en sangre, saboreaban con crueles ojos aquel espectáculo, y atizaban la rabia en los corazones. Esas deidades, enemigas de los hombres, abuyentaban de las dos partes la piedad generosa, el valor moderado, la dulce humanidad. En aquel confuso tropel de hombres encarnizados no habia mas que estrago, venganza, desesperacion y furor brutal: la sabia é invencible Palas, al verlo, se estremeció y retrocedió de horror.

Entre tanto Filoctetes, con paso lento y llevando en la mano las flechas de Hércules, iba á socorrer á Nestor. Adrasto, no habiendo podido llegar al divino anciano, habia asesado sus tiros contra muchos Pilienses, á quienes habia dado la muerte. Por tierra estaba ya Eusilas, tan lijero en la carrera que apenas dejaba estampada en la arena la huella de sus pasos, y mas veloz que las corrientes rápidas del Eurotas¹ y del Alfeo², rios de su pais. Habian caido Eutifron, mas hermoso que Hilas³, y tan infatigable cazador como Hipólito; Pterelao, que habia ido con Nestor al sitio de Troya, y que el mismo Aquiles habia amado á causa de su valor y pujanza; Aristogiton, que bañándose en las aguas del río Aqueloo⁴, habia recibido secretamente de aquel dios la virtud de tomar todas las formas. En efecto, era tan flexible y pronto en todos sus movimientos, que se escapaba de las manos á los mas fuertes; pero Adrasto le dejó inmóvil de una lanzada, y el alma huyó de él con la sangre.

¹ El Eurotas, hoy Basiliptanros ó Iris, es un grand río caudaloso de la Morea. que desagua en el golfo de Colochina.

² Río caudaloso que atraviesa la Morea y entra en el golfo de Arcadia.

³ Mancebo hermosísimo, hijo de Tiodamas, amado de Hércules, y arrebatado por las ninfas, dice la fábula, al querer recobrar su cántaro que habia dejado caer en el agua. Mas la verdad es que él mismo se dejó caer, y que su muerte dió lugar al rumor de su pretendido robo.

⁴ Gran río de la Acanania en el Epiro, separado por él de la Natolis: nace en el monte Pindo.

Nestor, que veía caer sus mas valientes capitanes á los golpes del cruel Adrasto, como las doradas espigas en la estacion de las mieses caen á los golpes de la hoz cortante de un infatigable segador, se olvidaba del peligro y arriesgaba inútilmente su vejez. Habiale abandonado su prudencia : no pensaba sino en seguir con la vista á su hijo Pisistrato, que por su parte mantenía con denuedo la pelea para alejar de su padre el peligro. Pero habia llegado el momento fatal en que Pisistrato debia hacer conocer á Nestor cuanta desgracia suele ser el haber vivido demasiado.

Pisistrato dirigió á Adrasto una lanzada tan violenta, que el Dauniense hubiera sucumbido, á no haberla evitado ; y mientras Pisistrato, vacilante con aquel golpe en vago, volvía á ajustar su lanza, Adrasto le atravesó por medio del vientre con una jabalina. Empezáronle á salir las entrañas con un caño de sangre : su color se marehitó como una flor que la mano de una ninfa coge en las praderas : sus ojos estaban ya casi apagados, y le faltaba la voz. Alceo, su ayo, que estaba junto á él, le sostuvo al caer, y apenas tuvo tiempo para llevarle á los brazos de su padre. Quiso el jóven hablar, y dar las últimas pruebas de su filial ternura ; mas al abrir los labios espiró.

Mientras Filoctetes derramaba en torno suyo la muerte y el horror para repeter los esfuerzos de Adrasto, Nestor tenía abrazado estrechamente el cuerpo de su hijo, llenando el aire de gritos y no pudiendo soportar la vida. ¡ Infeliz ! exclamaba, ¿ porqué he sido padre y vivido tanto ? ¡ Ah ! cruels hados, ¿ porqué no acabasteis conmigo ó en la cacería del jabali de Calidon¹, ó en el viaje de Colcos², ó en el primer sitio de Troya ? Hubiera muerto con gloria y sin amargura : ahora tengo que arrastrar una vejez dolorosa, despreciada é impotente, sin vida mas que para padecer, sin sentimiento mas que para la tristeza. ¡ O hijo mio ! ¡ ó mi querido Pisistrato ! Cuando perdi á tu hermano Antíloco,

¹ Calidon, antigua ciudad de Eolia, hoy Ailon en la Livadia, estaba devastada por un jabali tremendo, que Meléagro se propuso exterminar, lo que no pudo conseguir sin el auxilio de Teseo.

² El viaje de Colcos tuvo por objeto la conquista del vellocino de oro.

me quedabas tú para consolarme : ya no te tengo á tí, ya no tengo nada, nada me consolará : todo se ha acabado para mí. La esperanza, único alivio de los pesares del hombre, no es bien que me pertenece. ¡ Antíloco, Pisistrato, hijos queridos ! me parece que hoy es el dia en que os pierdo á los dos : la muerte del uno abre la llaga que el otro me habia hecho en lo profundo del corazón. ¡ Ya no os volveré á ver ! ¿ Quién cerrará mis párpados ? ¿ quién recogerá mis cenizas ? O Pisistrato, has muerto como valiente ; así murió tu hermano : yo solo soy quien no puedo morir.

Al decir esas palabras fué á clavarse un dardo que tenia ; pero le detuvieron la mano, y le arrebataron el cadáver de su hijo : y como el infeliz anciano se desmayaba, le condujeron á su tienda, en donde recobrado un poco, quiso volver al combate ; mas le detuvieron á pesar suyo.

Entre tanto Adrasto y Filoctetes se buscaban ; les brotaban fuego los ojos á uno y otro, como á un leon y un leopardo que se quieren despedazar en los campos que riega el Caistro¹. Su vista feroz lanza amenazas, furor hélico, venganza implacable. Por donde quiera que van llevan con sus tiros una muerte cierta, y los guerreros todos los miran con espanto. Por fin se ven, Filoctetes va á disparar una de esas flechas terribles que jamas yerran el golpe en sus manos, y cuyas heridas son incurables ; pero Marte, que protegía al cruel é intrépido Adrasto, no podía consentir en que tan pronto pereciera : quería, por medio suyo, prolongar los horrores de la guerra y aumentar la devastacion. Guardábale aun la justicia de los dioses para castigar á los hombres y verter su sangre.

En el momento en que Filoctetes va á disparar, le hiere de un lanzazo Anímaco, jóven Luceniense, mas hermoso que el decantado Nireo², que solo á Aquiles cedía en belleza entre todos los Griegos que pelearon en el sitio de

¹ El Caistro, hoy Chies, es un rio de Natolia en Asia, el cual corre entre el Sarabato y el Madre, cerca de Efeso, por la parte del norte.

² Nireo fué un rey de Naxos, ahora Nagia ; era muy hermoso, pero en extremo cobarde.

Troya. Apenas se sintió herido Filoctetes, disparó la flecha contra Anímaco, y le atravesó el corazón. Al punto se le apagaron los hermosos ojos negros, que cubrieron las tinieblas de la muerte: su boca, mas encarnada que las rosas que esparce por el horizonte la naciente aurora, perdió el color: empañó sus mejillas una palidez livida: todo aquel rostro tan delicado y gracioso se desfiguró de repente. El mismo Filoctetes se compadeció. Los combatientes gimieron al ver caer al joven revolcándose en su sangre, y con los cabellos, tan hermosos como los de Apolo, arrastrados por el suelo.

Filoctetes, después de vencer á Anímaco, tuvo que retirarse del combate; porque perdía con la sangre las fuerzas: hasta la herida antigua parecía que con los esfuerzos del combate se le quería abrir y renovar sus dolores, no habiendo podido curársela del todo los hijos de Esculapio con su divina ciencia. Hele allí que va á caer sobre el monton de cuerpos ensangrentados que le rodean. Arquidamas, el mas altivo y diestro de todos los Ebalenses⁴ que habia llevado consigo para fundar á Petilia, le arrebató del combate en el momento en que Adrasto le hubiera acabado sin dificultad á sus pies. Nada encuentra Adrasto que se atreva á resistirle ni á retardar su victoria. Todo cae, todo huye: es un torrente que, superando su cauce, arrastra con su furiosa corriente las mieses, los ganados, los pastores y las aldeas.

Telémaco percibió desde léjos los alaridos de los vencedores; vió el desorden de los suyos, que huían de Adrasto como una manada de tímidos ciervos atraviesa las vastas campiñas, las selvas, los montes, y hasta los ríos mas rápidos, cuando van perseguidos por los cazadores.

Gime Telémaco; la indignacion aparece en sus ojos: deja los puestos en que tanto tiempo ha peleado con tanto peligro y tanta gloria. Corre para sostener á los suyos, cubierto de sangre de la multitud de enemigos que ha derribado, y desde léjos lanza un grito que oyen ambos ejércitos.

Minerva habia dado á su voz un no sé qué de terrible, y repitieron las vecinas montañas. Nunca ha hecho Marte sonar su voz cruel con mas fuerza en la Tracia al llamar

⁴ Pueblos de Italia, vecinos de los de Tarento.

las furias infernales, la Guerra y la Muerte. El grito de Telémaco reanima á su gente, y hiela de terror á los enemigos: Adrasto mismo se turba con vergüenza. Le estremecen varios presagios funestos, y lo que le anima es mas bien la desesperacion que un valor sereno. Tres veces estuvieron para flaquearle las rodillas; tres veces retrocedió sin pensar en lo que hacia: por todos sus miembros corre un frio sudor, y le cubre la palidez del desmayo: la voz enronquecida y balbuciente no podia acabar las palabras: parecia que los ojos, llenos de un fuego sombrío y fulminante, se le iban á salir de las orbitas: se le veia como Orestes agitado por las furias: todos sus movimientos eran convulsivos. Entónces empezó á creer que habia dioses; se imaginó verlos irritados, y escuchar una voz sorda que salia de los profundos abismos para llamarle al tenebroso Tártaro: en todo sentia una mano celestial é invisible aizada sobre su cabeza, y que iba á descargar el golpe; la esperanza estaba apagada en su corazón: su audacia se disipaba, como la luz del dia desaparece cuando el sol se oculta en el seno de las olas, y la tierra se envuelve en las sombras de la noche.

El impío Adrasto, que los dioses hubieran tolerado por demas en la tierra, si los hombres no hubiesen necesitado de ese castigo, el impío Adrasto se acercaba por último á su término. Corre ciego de furia hácia su inevitable destino; con él van el horror, los voraces remordimientos, la consternacion, la ira, la rabia, la desesperacion. Apenas ve á Telémaco, cuando cree ver el Averno que se abre, y los torbellinos de llamas que salen del negro Flegeton⁴ para devorarle. Grita, y la boca se le queda abierta sin poder articular las palabras; semejante á un hombre dormido, que en un horroroso ensueño abre la boca, y se esfuerza á hablar, faltándole siempre las palabras que busca en vano. Con mano trémula y precipitada lanza Adrasto su dardo contra Telémaco. Este intrépido, como quien confia en los dioses, se cubre con el escudo; parece que la Victoria, cubriéndole con sus alas, tiene ya suspendida sobre su cabeza una corona: el valor sereno y apacible resplandeca

⁴ El Flegeton ó Flegetonte es uno de los rios de los infiernos, que lleva fuego ardiente y cuyas oleadas son llamas.

en sus ojos: tuviérasele por la misma Minerva, por la prudencia y mesura que ostenta en medio de los mayores peligros. El dardo da en el escudo y salta. Entónces Adrasto se apresura á tirar de la espada, para quitarle al hijo de Ulises la ventaja de servirse de su dardo. Telémaco, al ver á Adrasto con la espada en la mano, se da prisa á sacar la suya, y deja su dardo inútil.

Cuando vieron á los dos cerrarse en particular contienda los demas guerreros bajaron las armas en silencio para mirarlos atentamente aguardando que aquel combate decidiera el destino de toda la guerra. Las dos espadas, brillantes como los relámpagos de donde salen los rayos, se cruzan muchas veces, y descargan golpes inútiles sobre las armaduras bruñidas que resuenan con ellos. Ambos combatientes se tienden, se repliegan, se bajan, se levantan de repente, y al fin se cogen. La hiedra que nace al pié de un olmo no abraza mas estrechamente el tronco duro y nudoso con sus ramas enlazadas hasta la mas alta cima del árbol, que uno y otro combatiente se aprietan. Adrasto nada habia perdido de su fuerza todavía: Telémaco aun no tenia toda la suya. Aquel hace todos sus esfuerzos para sorprender á su enemigo y que pierda pié. Trata de cogerle la espada al jóven Griego, aunque en vano: en el momento en que la busca, Telémaco le levanta del suelo y le tira en la arena. Entónces el impío, que habia despreciado siempre á los dioses, muestra un vil miedo de la muerte: se avergüenza de pedir la vida, no puede dejar de manifestar que la desea, y procura escitar la compasion de Telémaco. Hijo de Ulises, le dice, ahora es cuando conozco á los justos dioses; castíganme como lo he merecido; la desgracia solamente puede abrirle al hombre los ojos para ver la verdad; la veo que me condena. Pero que un rey desgraciado os haga acordaros de vuestro padre que está léjos de Itacae y ue os mueva el corazon.

Telémaco, que, habiéndole puesto encima las rodillas, tenia levantada la espada para degollarle, respondió inmediatamente: Yo solo he buscado la victoria y la paz de las naciones que he venido á auxiliar: no me gusta derramar sangre. Vivid pues, ó Adrasto; pero vivid para reparar vuestras faltas; restituid lo que habeis usurpado; restableced la justicia y el sosiego en la costa de la grande Esperia

que habeis manchado con tantos estragos y traiciones: vivid, y sed otro hombre. Que vuestra caída os enseñe que los dioses son justos, que los malvados son infelices, y se engañan buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y en la mentira; en fin, que nada es mas dulce y feliz que la sencilla y constante virtud. Dadnos en rehenes á vuestro hijo Metrodoro con doce de los principales de vuestra nacion.

Con estas palabras Telémaco dejó á Adrasto levantarse, y le tendió la mano sin recelarse de su mala fe; pero de repente le arroja el pérfido un dardo corto que tenia escondido, y que hubiera pasado la armadura de Telémaco, si no hubiese sido divina. Al momento Adrasto corre á guarecerse de un árbol, para evitar la persecucion del jóven Griego. Este esclama entónces: Daunienses, bien lo veis, la victoria es nuestra; el impío no se salva sino por la alevosia. El que no teme á los dioses, teme la muerte: al contrario, el que los teme, solo les teme á ellos.

Diciendo esas palabras, se adelanta hácia los Daunienses, y hace señas á los suyos, que estaban al otro lado del árbol, para que corten el paso al alevoso Adrasto. Adrasto teme verse cogido, aparenta volver, y quiere arrollar á los Cretenses que le salen al encuentro; pero Telémaco, pronto como el rayo lanzado por la mano del padre de los dioses desde lo alto del Olimpo sobre la cabeza de los criminales, cae encima de su enemigo; le agarra con mano vigorosa, le echa al suelo, como el cruel aquilon derriba las tiernas mieses que doran la campiña. Aunque otra vez se atreve el impío á tentar si puede abusar del buen corazon de su vencedor, este no le escucha; y metiéndole la espada, le precipita en las llamas del negro Tártaro digno castigo de sus crímenes. ®

LIBRO XXI.

Los Daunienses, muerto Adrasto, tienden las manos á los aliados en señal de paz, y les piden un rey de su nacion. Nestor, inconsolable con la pérdida de su hijo, se ausenta de la asamblea de los caudillos, en donde muchos opinan que se debe repartir el pais de los vencidos, y ceder á Telémaco el terreno de Arpi. Telémaco, muy lejos de aceptar semejante oferta, demuestra que el interes comun de los aliados es elegir á Polidamas rey de los Daunienses, dejándoles sus tierras; en seguida persuade á estos pueblos á que den la comarca de Arpi á Diomedes llegado casualmente. Acabadas así las turbulencias todos se separan para volver á sus respectivos países.

Apénas sucumbió Adrasto, cuando todos los Daunienses, lejos de lamentar su derrota y la pérdida de su jefe, se regocijaron de recobrar su libertad, y tendieron las manos á los aliados en señal de paz y de reconciliacion. Metrodoro, hijo de Adrasto, á quien su padre habia criado con máximas de disimulo, injusticia é inhumanidad, huyó cobardemente. Un esclavo, empero, cómplice de sus infamias y crueldades, emancipado por él, y por él colmado de beneficios, al cual se habia confiado en su fuga, no pensó mas que en su provecho propio, y le hizo traicion, matándole por detras cuando huía, cortándole la cabeza, y presentándola en el campo de los aliados, con la esperanza de que recompensarian profusamente un crimen que ponía término á la guerra. Pero el malvado causó horror, y le hicieron morir. Telémaco, habiendo visto la cabeza de Metrodoro, que era jóven de portentosa hermosura, y de índole escénte, á quien los placeres y malos ejemplos habian pervertido, no pudo contener las lágrimas. ¡ Ah! exclamó, estos son los efectos que el veneno de la prosperidad causa en un príncipe jóven: cuanta mas elevacion y vivacidad tiene, tanto mas se aparta y aleja de todos los sentimientos de la virtud. Y ahora tal vez me sucederia eso á mí, si la adversidad en que, gracias á los dioses, he nacido, y las lecciones de Mentor no me hubieran enseñado á refrenarme.

Los Daunienses reunidos pidieron, como única condicion de paz, el que se les dejara elegir de entre ellos un rey

que pudiese borrar con sus virtudes el oprobio de que el impío Adrasto habia cubierto la corona. Dieron gracias á los dioses porque habian derribado al tirano: se agolpaban para besarle á Telémaco la mano que habia bañado con la sangre de aquel monstruo; y miraban su derrota como un triunfo. Así cayó en un momento, sin recurso alguno, et poderío que habia estado amenazando la Hesperia entera, y que hacia temblar á tantos pueblos: no de otro modo que esos terrenos que parecen firmes é inmóviles, y que, minados poco á poco, aunque se desprecia mucho tiempo el lento trabajo que enflaquece el pié, cuando nada indica que falta solidez, cuando todo se ve unido, cuando nada se mueve, corroidos los cimientos, se hunden de repente y abren un abismo. Así ahonda á sus pies el precipicio por sí mismo todo poder injusto y engañoso, por mas prosperidades que consiga con sus violencias. El fraude y la inhumanidad socavan poco á poco todos los fundamentos mas sólidos de la autoridad legitima: la admiran, la temen, tiemblan en su presencia hasta que no existe; pero cae al fin por su propio peso, y no se vuelve á levantar, porque ha destruido con sus propias manos los verdaderos apoyos de la buena fe y de la justicia, que atraen el amor y la confianza.

Los jefes del ejército se reunieron desde el dia siguiente, para conceder un rey á los Daunienses. Daba placer ver los dos campos confundidos con una amistad tan inesperada, y los dos ejércitos no formando mas que uno. El sabio Nestor no pudo asistir al consejo, porque el dolor unido á la vejez habia marchitado su corazón, como la lluvia troncha y aja en la tarde la flor que era por la mañana al despuntar el alba la gala y el honor del verde campo. Se le habian convertido los ojos en dos fuentes de lágrimas inagotables: huía de ellos el blando sueño que mitiga las penas mas agudas; la esperanza, que es la vida del corazón del hombre, se habia apagado en él. Todo alimento era amargo para aquel desventurado anciano: la misma luz le era odiosa: su alma no ansiaba mas que dejar el cuerpo, y sumergirse en la eterna noche del imperio de Pluton. En vano le hablaban todos sus amigos; su desmayado corazón sentia repugnancia á todo afecto, como la siente un enfermo á los alimentos mejores. A cuanto le decian contestaba con gemi-

dos y sollozos. De cuando en cuando se le oía esclamar : ¡O Pisistrato, Pisistrato! ¡Pisistrato, hijo mio! ¡me llamas! ¡ya te sigo, Pisistrato! tú dulcificarás mi muerte. ¡O querido hijo mio! toda la felicidad á que aspiro es volverte á ver en las orillas de la Estigia! Pasaba horas enteras sin proferir una sola palabra, pero si gimiendo, y levantando al cielo las manos y los ojos anegados en llanto.

Entre tanto los príncipes reunidos aguardaban á Telémaco, que estaba junto al cuerpo de Pisistrato, cubriéndole de flores á manos llenas, derramando sobre él esquisitos aromas y vertiendo lágrimas amargas. O mi querido compañero, le decía, nunca me olvidaré de haberte visto en Pilos, de haberte seguido á Esparta, ni de haberte vuelto á ver en las playas de la grande Hesperia : te debo mil y mil afectuosos cuidados : yo te amaba, y tú me amabas tambien : he conocido tu valor, que hubiera sobrepujado al de muchos Griegos famosos. ¡Ah! te ha hecho perecer con gloria; pero ha arrebatado al mundo una virtud naciente que hubiera igualado á la de tu padre : si, tu sabiduría y elocuencia en la edad madura habrían sido semejantes á las de ese anciano, admiración de toda la Grecia. Ya poseías tú esa dulce persuasión á la cual nadie se puede resistir cuando él habla, esas maneras sencillas y graciosas de contar, esa prudente moderación que es un encanto para calmar los ánimos irritados, esa autoridad que viene de la sabiduría y de la fuerza de los buenos consejos. Cuando tú hablabas, todos te escuchaban, todos se inclinaban á tí, todos deseaban ver que tenias razon : tu palabra simple y sin atavíos penetraba dulcemente en el alma como el rocío en la yerba que nace. ¡Ay! ¡tantos bienes como poseíamos, hace algunas horas, nos han sido arrebatados para siempre! Pisistrato á quien he abrazado esta mañana, ya no existe; no queda de él mas que un doloroso recuerdo. A lo ménos si hubieras cerrado los ojos de Nestor ántes que nosotros hubiésemos cerrado los tuyos, no veria lo que ve, no ser el mas infeliz de todos los padres.

Despues de espresarse así, Telémaco mandó lavar la herida sangrienta que Pisistrato tenia en el costado : hizole tender en una cama de púrpura, en donde, con la cabeza raída y la palidez de la muerte, parecia á un árbol nuevo que, habiendo cubierto la tierra de sombra, y levantando

al cielo su frondosa copa, ha empezado á cortar el hacha afilada de algun leñador : separado de las raíces, privado de la tierra, madre fecunda que le nutrió en su seno, se seca, pierde su verdor; no puede sostenerse, cae, y las ramas que ocultaban el cielo, se arrastran en el polvo, mustias y secas las hojas, no quedando mas que un tronco abatido y desnudo de todas sus galas. Tal estaba Pisistrato, despojo de la muerte, cuando llevaban su cadáver los que debian ponerle encima de la pira. Ya la llama subia al cielo. Una fuerza de Pilienses, con los ojos bajos y arrasados de lágrimas, vueltas las armas hácia teirra, le conducian lentamente. No tarda el cuerpo en quemarse; las cenizas se depositan en una urna de oro; y Telémaco, atento á todo, confia esta urna como un gran tesoro á Calimaco, ayo de Pisistrato. Guardad, le dice, estas cenizas, tristes si bien preciosas reliquias del que tanto amabais; guardadlas para su padre. Pero esperad á que haya recobrado bastante fuerza para pedir las, y dádselas entónces : lo que en una ocasion irrita el dolor, en otra le mitiga.

En seguida entró Telémaco en la asamblea de los reyes confederados, en donde todos guardaron silencio para escucharle desde que le vieron : ruborizése de eso, y no fué posible hacerle hablar. Las alabanzas que le dieron, con aclamaciones públicas, por cuanto acababa de ejecutar, aumentaron su vergüenza; se hubiera querido esconder : fué la primera vez que se halló cortado é indeciso. Por último, pidió como gracia que no le hicieran elogio alguno mas. No es porque no me halaguen las alabanzas, dijo, sobre todo cuando vienen de tan buenos jueces de la virtud; pero temo que me halaguen demasiado, y las alabanzas pervierten, llenan de soberbia y envanece é infatúan. Es menester merecerlas y evitarlas : los mas veraces elogios se parecen á los mentidos. Los mas perversos de todos los hombres, que son los tiranos, son los que mas se hacen alabar por los aduladores. ¿Cuál es el placer de verse ensalzado como ellos? Las alabanzas que mas valen, son las que me daréis estando ausente, si he tenido la fortuna de merecerlas. Si me creéis verdaderamente bueno, debeis creer tambien que deseo ser modesto y preservarme de la vanidad : dejadme pues, si me estimais, y no me alabeis como á hombre codicioso de alabanzas

Dicho eso, Telémaco no volvió á contestar á los que para seguirle levitándolo al cielo, y con cierto aire de indiferencia no tardó en cortar los encomios que le prodigaban. El amor de enojarle alabándole acabó con los elogios; pero, la admiración creció, sabiendo todos el cariño que había mostrado á Pisístrato, y el celo con que había cuidado de sus exequias. El ejército entero se sintió mas conmovido por las señales de la bondad de su corazón, que por todos los prodigios de sabiduría y valor con que se acababa de ilustrar. Es sabio, es valiente, se decian en secreto unos á otros, es predilecto de los dioses, y el verdadero héroe de nuestra época; es superior á la humanidad; pero eso no es mas que maravilloso, eso no hace mas que asombrarnos. Es humano, es bueno, es fiel y tierno amigo; es compasivo, liberal, benéfico, y todo entero de los que debe amar; es el encanto de los que viven con él; se ha corregido de su altivez, indiferencia y arrogancia: hé ahí lo que es de provecho, hé ahí lo que va al alma, hé ahí lo que nos obliga á quererle, inspirándonos respeto á sus virtudes todas; hé ahí lo que hace que todos daríamos la vida por él.

Apénas se terminaron esas conversaciones, se habló de la necesidad de dar rey á los Daunienses. Los mas de los príncipes que asistian al consejo, eran de parecer que debía repartirse aquel país entre todos como tierra conquistada. Ofrecieron á Telémaco el fértil territorio de Arpi¹, que dos veces al año da los ricos dones de Ceres, los dulces presentes de Baco, y el fruto siempre verde del olivo, consagrado á Minerva. Esa tierra, le decian, os debe hacer olvidar la pobre Itaca y sus cabañas, los horriblos pensamientos de Duliquio², y los bosques enmarañados de Zacinto. No busquets mas á vuestro padre, que debe de haber perecido en las olas hácia el promontorio de Cafarea, víctima de la venganza de Nauplio³ y de la cólera de Neptuno: ni penseis

¹ Arpi era una region de la Apulia dauniense, cuya capital se llamaba Argiripa, y Argos-Hipion. Todavía se ven las ruinas en la Capitanata entre Lucera y Manfredonia.

² Duliquio, hoy Teak, es una isla pequeña del mar de Grecia en el golfo de Patras, al este de Cefalonia.

³ Nauplio, rey de Eubea, irritado de que los jefes del ejército griego hubiesen condenado á muerte injustamente á Palamedes

tampoco en vuestra madre, que desde vuestra marcha poseerán sus amantes; ni en vuestra patria, cuya tierra no está favorecida del cielo como la que os ofrecemos.

Escuchaba con calma estas razones; pero las rocas de Tracia y de Tesalia no son mas sordas á las quejas de los amantes desesperados, que lo era Telémaco á semejantes ofrecimientos. En cuanto á mi, les contestó, ni me mueven las riquezas ni las delicias: ¿qué vale poseer mayor estension de tierra, y mandar á mayor número de hombres? Tener mas cuidados y ménos libertad: bastante desgracia da ya la vida para los mas prudentes y moderados, sin tener que añadirle el trabajo de gobernar á otros hombres indóciles, turbulentos, injustos, falaces y desagradecidos. Cuando se quiere ser señor de los hombres en provecho propio, no pensando sino en el mando, en los placeres, en la gloria personal, se es impío, no se aspira á gobernar á los hombres sino conforme á los verdaderos principios, para bien de ellos, se es ménos su señor que su tutor; no se tiene mas que trabajo, y ese infinito; y se disipa mucho de querer estender mas lejos la autoridad. El pastor que no se come el rebaño, que le defiende de los lobos arriesgando la vida, que vela noche y día para guiarle á buenos pastos, no se cuida de aumentar el número de sus arneros ni de quitarle al vecino los suyos: eso sería acrecentar su fatiga. Aunque yo nunca haya gobernado, añadia, he aprendido en las leyes y de los sabios varones que han hecho lo penoso que es dirigir las ciudades y los reinos. Yo me doy por contento con mi pobre Itaca, por mas pobre y reducida que sea: harta gloria tendré, si en ella reino con justicia, piedad y valor; y aun no reinare sino demasiado pronto. Plegue á los dioses que mi padre, salvado del furo de las olas, vuelva á reinar hasta la mas estremada vejez, y que yo pueda aprender de él por mu-

per los artificios de Ulises, hizo encender fuegos en el monte Cafarea, hoy cabo de Figuera, en la isla de Eubea que mira al Helesponto, con el fin de atraer á los Griegos, y hacer que su flota se estrellara contra las rocas; pero se frustró su designio, porque Ulises y Diomedes tomaron otro rumbo.

cho tiempo como se han de refrenar las propias pasiones para saber moderar las de todo un pueblo.

Después de estas razones dijo Telémaco : Escuchad, o príncipes aquí reunidos, lo que en mi opinion debo deciros por vuestro propio interes. Si dais á los Daunienses un rey justo, los gobernará con justicia, y les enseñará lo útil que es guardar la buena fe, y no usurpar á los vecinos lo suyo, lo cual les ha sido imposible comprender bajo la dominacion del impio Adrasto. Mientras los gobierne un rey sabio y moderado, nada tendréis que temer de ellos, que os deberán ese buen rey dado por vosotros, y la paz y prosperidad de que disfrutarán : estos pueblos, lejos de embestiros, os colmarán de bendiciones, siendo el rey y el pueblo obra toda de vuestra mano. Si al contrario preferís reparafiros su territorio, hé aquí las calamidades que os presagio : este pueblo, reducido á la desesperacion, recurrirá de nuevo á la guerra, combatirá justamente por su libertad, y los dioses, enemigos de la tiranía, se pondrán de su parte. Si lo hacen así los dioses, tarde ó temprano os veréis confundidos, y vuestras prosperidades se disiparán como el humo : les quitarán á vuestros caudillos el consejo y la sabiduría, á vuestros ejércitos el valor, y la abundancia á vuestras tierras. Os alucinaréis ; seréis temerarios en vuestras empresas ; impondréis silencio á los buenos varones que intenten deciros la verdad ; caeréis de repente, y se dirá de vosotros : ¿ Son esos los florecientes pueblos que debian dar la ley al mundo entero ? y ahora huyen de sus enemigos, siendo el ludibrio de las naciones que los insultan : hé ahí lo que los dioses han hecho ; hé ahí lo que merecen las naciones injustas, soberbias é inhumanas. Además tened presente que si os repartis esta conquista entre vosotros, vais á coaligar en contra vuestra á todos los pueblos vecinos : vuestra liga, formada para defender la libertad comun de la Hesperia contra el usurpador Adrasto, se hará odiosa, y vosotros seréis á quienes todos los pueblos acusarán con razon de querer apropiaros la tiranía universal.

Pero supongo que habeis quedado vencedores de los Daunienses y de los otros pueblos, esa victoria os destruirá : hé aquí como. La misma empresa deberá desuniros, porque no estando cimentada en la justicia, no tendréis regla para limitar las pretensiones de cada uno de vosotros.

quiere cada cual que su parte de conquista sea proporcionada á su fuerza : ninguno de vosotros tendrá bastante autoridad con los demas para llevar á cabo pacíficamente la reparticion, y eso será origen de una guerra que vuestros nietos no verán terminada. ¿ No vale mas ser justos y moderados, que dejarse arrastrar de la ambicion con tantos peligros, y por medio de tantas desgracias inevitables ? La sólida paz, los dulces é inocentes placeres que la acompañan, la amistad de los vecinos, la gloria que es inseparable de la justicia, la autoridad adquirida siendo por la buena fe los árbitros de todos los pueblos extranjeros, ¿ no son bienes mas apetecibles que la insensata vanidad de una conquista incierta ? ¡ O príncipes ! ¡ o reyes ! bien veis que os hablo desinteresadamente : escuchad pues al que os ama bastante para contradeciros, y para enojaros poniéndoos delante de los ojos la verdad.

Mientras Telémaco hablaba así con una autoridad en nadie vista hasta entónces, y estando atónitos y suspensos todos los príncipes admirando la sabiduría de sus consejos, se oyó un ruido confuso que se esparció por el campamento, y llegó hasta el sitio en donde se tenia la junta. Un extranjero, dijeron, acaba de arribar á nuestras costas con gente armada. El desconocido es de elevada presencia, todo en él parece heroico : se conoce fácilmente que ha padecido mucho tiempo, y que á fuerza de valor ha superado sus trabajos. Cuando al principio le han querido repeler los pueblos que guardan la costa, como á un enemigo que viniera á hacer una irrupcion, despues de sacar la espada con ademan intrépido, ha declarado que se defenderia, si le atacaban ; pero que no pedía mas que la paz y la hospitalidad. En seguida ha presentado un ramo de olivo como suplicante. Le han oido, ha pedido que le conduzcan á los que gobiernan esta costa de la Hesperia, y le traen aqui para que hable á los reyes reunidos.

Acabadas de decir esas palabras, se vió entrar al desconocido con una majestad que sorprendió á toda la asamblea. Se hubiera creído fácilmente que era el dios Marte cuando concentra en las montañas de Tracia sus huestes sanguinarias. El extranjero comenzó á hablar así :

O vosotros, pastores de los pueblos, que sin duda estais aqui reunidos ó para defender la patria de sus enemigos,

ó para hacer que florezcan las leyes mas justas, escuchad á un hombre á quien la fortuna ha perseguido. ¡Plegue á los dioses que jamas esperimeteis semejantes desdichas! Yo soy Diomedes, rey de Etolia, el que hirió á Venus en el sitio de Troya. La venganza de esa diosa me persigue por todo el universo. Neptuno, que nada puede negar á la hija divina del mar, me ha entregado al furor de los vientos y las olas, que muchas veces han roto mis naves contra los escollos. La inexorable Venus me ha quitado la esperanza de volver á ver mi reino, mi familia y la dulce luz en que empecé á ver el día desde la cuna. No, ya no volveré á ver lo que mas he amado del mundo. Despues de tantos naufragios, vengo á estas playas desconocidas á buscar en ellas un poco de descanso y un asilo seguro. Si temeis á los dioses, sobre todo á Júpiter, que ampara á los extranjeros; si sois inclinados á la compasion, no me negueis en estas dilatadas comarcas un rincón estéril, cualquiera desierto, algun arenal, ó las rocas mas escarpadas, para fundar con mis compañeros una ciudad que sea á lo ménos una triste imagen de nuestra perdida patria. No pedimos mas que un poco de espacio que os sea inútil. Nosotros viviremos en paz con vosotros en alianza estrecha: vuestros enemigos lo serán nuestros, y entraremos en cuanto sea de vuestro interes; no os pedimos mas que la libertad de vivir conforme á nuestras leyes.

En tanto que así hablaba Diomedes, Telémaco tenia los ojos puestos en él, y dejaba ver en su rostro todas las pasiones. Cuando Diomedes habló de sus largos infortunios, esperó él que fuera su padre aquel hombre tan majestuoso. Luego que declaró que era Diomedes, el semblante de Telémaco se entristeció como se marchita una flor que acaba de ajar el soplo cruel de los negros aquilones. Despues, dequejarse Diomedes de la larga cólera de unadeidad, sus palabras le enternecieron, recordándole que su padre y él habian padecido los mismos infortunios: por último, derramando lágrimas de dolor y alegría, se arrojó á Diomedes para abrazarle.

Yo soy el hijo de Ulises, le dijo, al cual habeis conocido, no habiéndoos sido inútil cuando os apoderasteis de los famosos caballos de Reso. Los dioses le han tratado tan desapiadadamente como á vos. Si no mienten los oráculos del

Erobe, todavía vive; pero ¡ay! no vive para mi. He abandonada á Itaca para buscarle, y ahora ni puedo volver á Itaca ni encontrar á mi padre: juzgad por mi desdicha la compasion que me inspiran las vuestras. Esa es la única ventaja de los desgraciados, saber compadecerse de los padecimientos ajenos. Aunque aquí no soy mas que un extranjero, puedo, ó gran Diomedes (porque, á pesar de las miserias que han agobiado á mi patria en mi infancia, no me han educado tan mal que ignore vuestra fama en los combates), puedo, ó el mas invencible de todos los Griegos despues de Aquiles, proporcionaros algunos socorros. Estos príncipes que veis son humanos, y saben que no hay virtud, ni verdadero valor, ni gloria estable sin humanidad. La adversidad derrama nuevo esplendor sobre la gloria de los grandes varones, á quienes falta algo, cuando no han sido desgraciados; porque su vida no presenta ejemplos de paciencia y firmeza: la virtud, cuando padece, conmueve dulcemente todos los corazones que la aman. Dejad pues á nuestro cuidado el procuraros consuelo; que los dioses, á traeros hácia nosotros, nos han hecho un presente, y debe mos tenernos por muy dichosos de poder dulcificar vuestras penas.

Mientras hablaba Telémaco, Diomedes maravillado le miraba atentamente, y se sentia enternecido. Abrazábanse, como si hubieran estado unidos mucho tiempo ántes con íntima amistad. O digno hijo de Ulises, exclamaba Diomedes, estoy viendo en vuestro semblante la dulzura del suyo, en vuestras razones su gracia, la fuerza de su elocuencia en la vuestra, su nobleza en vuestros sentimientos, y en vuestras ideas su sabiduria.

En esto se abraza tambien Filoctetes con el grande hijo de Tideo, y ambos se cuentan sus tristes aventuras. Dijo le en seguida Filoctetes: Sin duda os alegraréis de ver al sabio Nestor: acaba de perder á Pisistrato, único hijo que le quedaba: la vida no le guarda ya mas que un camino de lágrimas para llegar al sepulcro. Venid á consolarle: un amigo desgraciado puede ofrecer á su corazon mas eficaz consuelo que otro cualquiera. Al punto se dirigieron á la tienda de Nestor, que apenas reconoció á Diomedes con la excesiva tristeza que tenia abatidos su espíritu y sentidos. Al principio lloró Diomedes con él, y su vista fué para el

anciano un incremento de dolor; pero poco á poco la presencia de este amigo le fué apaciguando el ánimo. Se observó fácilmente que sus males se mitigaban un poco con el placer de referir lo que habia padecido, y de oír lo que le habia sucedido á Diomedes.

Durante su conversacion, los reyes reñidos con Telémaco examinaban lo que debian hacer. Telémaco les aconsejó que dieran á Diomedes el territorio de Arpi, y que eligieran á Polidamas rey de los Daunienses, el cual era de su nacion. Este Polidamas era un famoso capitán que Adrasto, por envidia, no habia querido emplear jamas, temiendo que se atribuyera á su habilidad parte de la gloria de sus triunfos, que queria toda para sí. Polidamas le habia advertido en particular muchas veces que esponia demasiado su vida y la salud del estado en una guerra en que tenia contra él tantas naciones confederadas, y habia procurado inclinarle á observar otra política mas recta y moderada con sus vecinos. Pero los hombres que odian la verdad, odian tambien al que se atreve á decirla, sin que los mueva su sinceridad, celo y desinterés. Una prosperidad engañosa habia endurecido el corazón de Adrasto para los consejos saludables; sin seguirlos triunfaba todos los días de sus enemigos; la arrogancia, la mala fe, la violencia le aseguraban siempre la victoria: ninguno de los contratiempos con que le amenazaban las repetidas predicciones de Polidamas, se realizaba. Adrasto se mofaba de una prudencia tímida que prevee siempre inconvenientes; Polidamas se le hizo insoportable; le alejó de todos los puestos, y le dejó consumirse en la soledad y la pobreza.

Al pronto Polidamas se sintió agobiado por esta desgracia; pero de ella sacó lo que le faltaba, pues le abrió los ojos y le hizo conocer la vanidad de las grandes fortunas. Instruyóse á su costa, y se alegró de haber sido desgraciado, aprendiendo poco á poco á callar, á vivir con estrechez, á nutrir pacíficamente su alma de la verdad, á cultivar las virtudes secretas que son mas apreciables que las brillantes, y en fin, á no necesitar de los hombres. Fuése á vivir á la falda del Gárgano, en un desierto, donde le servía de techo una roca medio abovedada. Un arroyo que caía de la montaña le apagaba la sed; algunos árboles le daban frutas, y con dos esclavos que cultivaban un campo

reducido, y á quienes ayudaba con sus propias manos, hallaba en la tierra el pago que esta daba con usura á sus fatigas, no dejándole carecer de lo que necesitaba. Ni tenia solamente frutas y legumbres, cultivaba ademas toda especie de flores olorosas. Allí deploraba la desgracia de los pueblos que la ambicion insensata de un rey arrastra á su ruina. Allí aguardaba á cada instante que los dioses, justos aunque sufridos, derribaran á Adrasto. Cuanto mas crecía su prosperidad, tanto mas cerca creía ver su caída inevitable; porque la imprudencia que sale bien de sus faltas, y el poder que sube á los últimos excesos de la autoridad absoluta, son los precursores de la destruccion de los reyes y de los reinos. Cuando supo la derrota y muerte de Adrasto no manifestó la menor satisfaccion, ni de haber acertado ni de verse libre del tirano; solo gimió por el temor de ver á los Daunienses esclavos.

Ese fué el hombre que Telémaco propuso para reinar. Ya hacia algun tiempo que estaba enterado de su valor y virtud; porque, siguiendo los consejos de Mentor, no dejaba de informarse en todas partes de las prendas y defectos de todos los que ocupaban algun empleo considerable, no solo entre los aliados, sino tambien entre los enemigos. Su principal cuidado era descubrir y examinar en donde quiera que fuese á los hombres que tenian alguna habilidad especial ó una virtud eminente.

Los príncipes aliados manifestaron al principio cierta repugnancia á elevar á Polidamas á la dignidad regia. Hemos experimentado, decian, cuan formidable sea para sus vecinos un rey de los Daunienses, cuando tiene aficion á la guerra y la sabe hacer. Polidamas es un gran capitán, y nos puede poner en mucho peligro. Pero Telémaco les respondió: Polidamas, es verdad, sabe el arte de la guerra; mas es amigo de la paz, y esas dos cosas son las que se han de buscar. El que conoce las desgracias, peligros y dificultades de la guerra, es mucho mas capaz de evitarla que cualquiera otro que nada de eso conoce. Él ha aprendido á gozar de la felicidad de una vida sosegada; ha condenado las empresas de Adrasto; ha previsto sus resultados funestos. Un príncipe débil, ignorante y sin experiencia es mas de temer para vosotros que una persona que de todo se informará, y todo lo decidirá por sí mismo. El príncipe débil é

ignorante no verá sino por los ojos de algun privado con pasiones, ó de un ministro adulador, turbulento y ambicioso; y así se encontrará empenado ese príncipe ciego en la guerra sin quererla hacer. Nunca podréis estar seguros de él, porque él mismo no podrá estarlo de sí; os faltará á la palabra; no tardará en reduciros al estremo de tener que acabar con él, ó de que él acabe con vosotros. ¿No es mas útil, mas seguro, y al mismo tiempo mas justo y noble, corresponder fielmente á la confianza de los Daunienses, y darles un rey digno de gobernarlos?

Con ese razonamiento quedó persuadida toda la asamblea. úese á proponer á Polidamas á los Daunienses, que aguardaban la resolución con impaciencia. Al oír el nombre de Polidamas, respondieron: Ahora conocemos que los príncipes aliados quieren proceder con lealtad, y hacer con nosotros una paz duradera, pues nos proponen para rey un varon tan virtuoso y tan capaz de gobernarnos. Si se nos hubiera señalado un cobarde, afeminado é ignorante, hubiéramos creído que se pretendia humillarnos y corromper la forma de nuestro gobierno; y tan dura y artificiosa conducta nos hubiera inspirado un vivo y profundo resentimiento; pero la eleccion de Polidamas prueba verdadero candor. Los aliados no esperan ciertamente de nosotros sino lo que es justo y noble, pues nos dan un rey que es incapaz de hacer cosa alguna contra la libertad y la gloria de nuestra nacion: así podemos protestar, á la faz de los justos dioses, que ántes volverán hácia su nacimiento las corrientes de los ríos, que dejemos nosotros de amar á tan benéficos reyes. ¡Ojalá llegue á nuestros últimos descendientes el recuerdo del beneficio que hoy recibimos, y se renueve la paz de generacion en generacion, haciendo renacer el siglo de oro en toda la costa de la Hesperia!

Propúsoles Telémaco en seguida que cedieran á Diomedes las campiñas de Arpi para fundar en ellas una colonia. El nuevo pueblo, les dijo, os deberá su establecimiento. Da comarea que no ocupais. Acordaos de que todos los m̄ r̄s deben amarse; que la tierra es demasiado ancha para todos; que es menester tener vecinos, y que vale mas verlos que os esten agradecidos por su acogida y estable-

cimiento. Compadeceos del infortunio de un rey que no puede volver á su patria. Polidamas y Diomedes, unidos con los lazos de la justicia y la virtud, únicos que són duraderos, os mantendrán en una paz profunda, y os harán temer de los pueblos vecinos que piensen en engrandecerse. Ya veis, Daunienses, que hemos dado á vuestra tierra y á vuestra gente un rey capaz de hacer subir al cielo vuestra gloria; dad, por vuestra parte, pues nosotros os lo pedimos, un terreno que os es inútil á un rey digno de toda especie de socorro.

Los Daunienses respondieron que nada podian negar á Telémaco, siendo quien les habia procurado un rey como Polidamas. En seguida fueron á buscarle á su desierto y á ponerle en posesion del reino. Antes de partir, dieron á Diomedes las fértiles llanuras de Arpi para fundar en ellas un nuevo estado. Los aliados se regocijaron mucho, porque aquella colonia de Griegos podria ofrecer un auxilio poderoso á su partido, en caso de que los Daunienses intentaran renovar las usurpaciones, cuyo mal ejemplo habia dado Adrasto.

Todos los príncipes no pensaron ya mas que en separarse. Telémaco partió con las lágrimas en los ojos, llevándose á los suyos, despues de haber abrazado tiernamente al valeroso Diomedes, al sabio é inconsolable Nestor, y al celebrado Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

LIBRO XXII.

Émaco al llegar á Salento queda sorprendido de ver el campo tan bien cultivado, y de hallar tan poca magnificencia en la ciudad. Mentor le explica las razones de aquel cambio, le señala los vicios que de ordinario impiden á un estado que florezca, y le propone por dechado la cond. cta y el gobierno de Idomeneo. Telémaco abre su corazón á Mentor, confiándole su inclinación á Antiope, hija de aquel rey, y su desegno de casarse con ella. Mentor alaba con él sus buenas cualidades, le asegura que los dioses se la destinan; pero le declara que por de pronto no debe pensar sino en volver á Itaca, y libertar á Penélope de las persecuciones de sus cretendientes.

Ardía en impaciencia de volver al lado de Mentor el hijo de Ulises, y de embarcarse con él en Salento para regresar á Itaca, donde esperaba que habria llegado su padre. Cuando arribó á las costas salentinas, se admiró luego de ver toda la campiña, que habia dejado inculta y desierta, cultivada como un jardín y llena de trabajadores diligentes, y reconoció la obra de la sabiduría de Mentor. Después, entrando en la ciudad, notó que habia en ella muchos ménos artesanos para las delicias de la vida, y mucha ménos magnificencia. Repugnóle la mudanza, porque era naturalmente inclinado á todo lo que manifiesta esplendor y cultura. Pero al mismo tiempo se apoderaron de su ánimo otros pensamientos, al ver desde lejos á Idomeneo, que con Mentor le salía al encuentro. Entónces se le conmovió el corazón de júbilo y ternura: á pesar de todos los triunfos que habia alcanzado en la guerra hecha á Atrasto, temió que Mentor no tuviera algo que reprenderle, y al paso que se acercaba, inquiria en los ojos de su maestro si se tendria que reconvenir de algunas faltas.

Abrazó primero Idomeneo á Telémaco cual si hubier sido su propio hijo; en seguida Telémaco se echó al cuello de Mentor, y le regó con lágrimas. Mentor le dijo: Estoy contento, habeis cometido faltas graves; pero os han servido para que os conozcais y desconfieis de vos mismo. Mas fruto saca uno muchas veces de sus faltas que de sus mas brillantes hazañas. Las grandes acciones hinchan el corazón

é inspiran una presunción peligrosa; las faltas hacen que el hombre vuelva en sí, y que recobre la prudencia que habia perdido con el buen éxito. Lo que os queda que hacer es alabar á los dioses, y no querer que los hombres os alaben. Grandes cosas habeis hecho; pero confesad la verdad, no sois vos por quien se han hecho. ¿No es cierto que os han venido como una cosa estraña que habia en vos? ¿No erais capaz de frustrarlas ya por vuestra impetuosidad, ya por vuestra imprudencia? ¿No sentiais que Minerva os habia como transformado en otro hombre superior á vos mismo para hacer lo que habeis hecho? La diosa ha tenido suspensus vuestros defectos, como Neptuno, cuando calma las tempestades, suspende las irritadas olas.

Mientras Idomeneo preguntaba con curiosidad á los Cretenses que habian vuelto de la guerra, Telémaco escuchaba los sabios consejos de Mentor; después miraba á todos lados con admiración, y le decia: Noto un cambio cuya razón no alcanzo; ¿ha sucedido alguna calamidad en Salento durante mi ausencia? ¿de dónde proviene que no se encuentra ya la magnificencia que brillaba en todas partes ántes de mi marcha? No veo oro, ni plata, ni piedras preciosas: los trajes son simples; los edificios que se fabrican son ménos espaciosos y estan ménos adornados; las artes desmayan, la ciudad se ha convertido en un desierto.

¿Habeis reparado en los campos que rodean la ciudad? le contestó Mentor sonriéndose. Si, repuso Telémaco: he visto por todas partes honrada la labranza, y los campos arados. ¿Qué vale mas, añadió Mentor, una soberbia ciudad de mármol, oro y plata con un campo desatentido y estéril, ó un campo cultivado y fértil con una ciudad mediana y modesta en sus costumbres? Una ciudad grande muy poblada de menestrales ocupados en enervar las costumbres por medio de las delicias de la vida, cuando está circundada de un reino pobre y mal cultivado, se parece á un monstruo cuya cabeza es de enorme tamaño, y cuyo cuerpo entero flaco y estenuado no guarda proporcion alguna con ella. Lo que constituye la verdadera fuerza y la verdadera riqueza de un estado, es su numerosa población y la abundancia de sus alimentos. Idomeneo tiene ahora un pueblo innumerable é infatigable en el trabajo, que cubre toda la estension de su territorio: el reino entero no es mas

que una continuada ciudad, Salento no es sino el centro de ella. Hemos transportado de la ciudad al campo los hombres que hacian falta en el campo y estaban de sobra en la ciudad. Además, hemos atraído á este país á muchos pueblos extranjeros. Cuanto mas se multiplican estos, tanto mas se multiplican los frutos de la tierra con el trabajo: esta multiplicacion tan dulce y apacible aumenta su reino mas que pudiera hacerlo una conquista. No se ha desterrado de la ciudad sino á las artes superfluas que apartan á los pobres de la cultura de la tierra para las verdaderas necesidades, y corrompen á los ricos precipitándolos en el fausto y la molicie; pero en nada hemos perjudicado á las bellas artes ni á los hombres que tienen verdaderas disposiciones para cultivarlas. Así es Idomeneo mas poderoso ahora que no lo era cuando admirabais su magnificencia. Aquel brillo deslumbrador ocultaba tanta debilidad y miseria, que no hubieran tardado en trastornar su imperio: en el dia cuenta con muchos mas hombres, y los alimenta con mayor facilidad. Estos hombres, acostumbrados al trabajo, á las fatigas y al desprecio de la vida por el amor de las buenas leyes, estan dispuestos todos á pelear para defender las tierras que sus propias manos han cultivado. Este estado, que creéis decaído, no tardará en ser la maravilla de la Hesperia.

Acordaos, ó Telémaco, de que en el gobierno de los pueblos hay dos cosas perniciosísimas, á las cuales casi nunca se aplica remedio alguno: la primera es una autoridad injusta y demasiado violenta por parte de los reyes; la segunda es el lujo, que pervierte las costumbres.

Cuando los reyes se acostumbran á no reconocer mas leyes que su absoluta voluntad, y á no poner freno á sus pasiones, todo lo pueden; pero á fuerza de poderlo todo, minan los cimientos de su poderío; no tienen regla cierta ni máximas de gobierno; cada cual se esmera en adularlos; no tienen pueblos; quedándoles solamente esclavos, cuyo número se disminuye de dia en dia. ¿Quién ha de decirles la verdad? ¿quién ha de poner límites á ese torrente? Todo cede; los sabios huyen, se esconden y gimen. Nada puede reducir á su cauce natural ese poder que ha salido de sus diques sino una súbita y violenta revolucion: muchas veces el golpe que podría moderarle, suele destruirle sin recurso.

Nada amenaza tanto con una caída funesta como la autoridad llevada demasiado léjos. Se debe comparar á un arco cuando está muy tirante, que se rompe de improviso, si no se afloja; pero ¿quién se atreverá á aflojarlo? Idomeneo estaba pervertido hasta lo mas íntimo del corazón por ese lisonjero poderío: había sido destronado; pero no había podido conocer su yerro. Ha sido menester que los dioses nos hayan enviado aquí para que se desengañara de ese poder ciego y desmedido que no conviene á hombres; y aun se ha necesitado hacer casi milagros para abrirle los ojos.

El otro mal, casi incurable, es el lujo. Como la demasiada autoridad envenena á los reyes, el lujo envenena á toda la nacion. Dicese que el lujo sirve para alimentar á los pobres á espensas de los ricos; como si los pobres no pudieran ganar la vida con mas provecho multiplicando los frutos de la tierra, sin enervar á los ricos por medio del refinamiento de las delicias. Cuando toda una nacion se habitúa á mirar como necesarias para la vida las cosas superfluas, todos los dias se inventan nuevas necesidades, y no se puede pasar sin lo que treinta años ántes no se conocia. Llámase el lujo buen gusto, perfeccion de las artes y cultura de una nacion. Este vicio, que trae en pos de sí otros infinitos, se alaba como virtud, y estiende el contagio desde el rey hasta la última bez del pueblo. Los parientes inmediatos del rey quieren imitar su magnificencia; los grandes la de los parientes del rey; las gentes medianas quieren igualarse con los grandes, porque ¿quién se hace justicia? los pequeños quieren pasar por medianos: todo el mundo hace mas de lo que sus fuerzas le permiten; unos por fausto y para hacer ostentacion de sus riquezas; otros por punto de honra mal entendida, y para ocultar su pobreza. Los mismos que tienen bastante juicio para condenar tamaño desorden, no lo tienen para levantar la cabeza, y dar los primeros ejemplos de la enmienda. Una nacion entera se arruina, todas las condiciones se confunden. El ansia de adquirir bienes para sufragar á un gasto vano corrompe las almas mas puras: ya no se trata sino de ser rico; la pobreza es infamia. Sed sabio, ingenioso, bueno, instruid á los hombres, ganad batallas, salvad la patria, sacrificad toda vuestra hacienda; seréis despreciado, si vuestros méritos no estan realzados por el fausto. Hasta los que nada tienen

qui eren aparentar que poseen, y gastan como si tuvieran; se toma prestado, se engaña, se emplean mil artificios indignos para llegar. Pero ¿quién remediará estos males? Es menester cambiar el gusto y los hábitos de toda una nación; es menester darle nuevas leyes. ¿Quién ha de acometer empresa tal, sino un rey filósofo que con el ejemplo de su propia moderación sepá avergonzar á los que se dan á fastuosos dispendios, y favorecer á los sabios, que se alegrarán de verse autorizados en su honesta frugalidad?

Telémaco, al escuchar ese discurso, estaba como quien despierta de un sueño profundo: conocia la verdad de aquellas palabras, que se grababan en su corazón, como se imprimen en el mármol las facciones que quiere un sabio escultor, el cual les da terneza, vida y movimiento. Telémaco no respondía; pero repasando en su mente cuanto acababa de oír, recorría con los ojos los cambios hechos en la ciudad. Después dijo á Mentor:

Habéis hecho de Idomeneo el mas sabio de los reyes: ni á él le conozco ni á su pueblo. Confieso tambien que lo que habéis hecho vos aquí es de mayor grandeza que las victorias que nosotros acabamos de conseguir. La casualidad y la fuerza tienen mucha parte en los sucesos favorables de la guerra, y es menester que partamos la gloria de los combates con nuestros soldados; pero vuestra obra es toda de una sola cabeza; habéis necesitado trabajar solo, y contra un rey y su pueblo entero, para corregirlos. El buen éxito de la guerra es funesto siempre y odioso: aquí todo es obra de una sabiduría celeste; todo es dulce, todo es puro, todo es amable, todo revela una autoridad superior al hombre. Cuando se busca la gloria, ¿porqué no se ha de buscar en esta aplicacion á hacer bien? ¡Oh! ¿qué mal conoce la gloria quien espera alcanzarla sólida, devastando la tierra y vertiendo la sangre humana!

Asomósele al rostro á Mentor la alegría que le causaba ver á Telémaco tan desengañado de las victorias y conquistas, á una edad en que era natural que estuviere embriagado con la gloria recién adquirida.

En seguida añadió Mentor: Es cierto que cuanto aquí veis es bueno y laudable; pero sabed que podrían hacerse cosas mejores. Idomeneo modera sus pasiones, y procura

governar su pueblo con justicia; sin embargo aun no deja de cometer muchas faltas, que son desgraciadas consecuencias de sus faltas antiguas. Cuando los hombres se quieren separar del mal, parece que el mal los persigue todavía mucho tiempo; quedantes hábitos viciosos, una índole debilitada, errores inveterados, y preocupaciones casi incurables. ¡Dichosos los que jamas se han extraviado! esos pueden obrar bien con mas perfeccion. Los dioses, ó Telémaco, esigirán mas de vos que de Idomeneo; porque conocéis la verdad desde vuestra juventud, y nunca habeis estado espuesto á las seducciones de una grande prosperidad.

Idomeneo es prudente é ilustrado, continuaba Mentor pero se ocupa demasiado de pormenores, y no medita bastante acerca del conjunto de sus negocios para formar planes. La habilidad de un rey que es superior á los demas hombres no consiste en hacerlo todo por sí mismo: grosera vanidad seria esperar realizarlo, ó querer persuadir á los otros que es uno capaz de ello. Un rey debe gobernar buscando y dirigiendo á los que han de gobernar bajo su mando: no es menester que entre en pormenores, porque así desempeñaria las funciones de sus subalternos; basta solamente con que se haga dar cuenta, y con que sepa lo suficiente para entrar en su exámen con discernimiento. Lo que es gobernar maravillosamente es elegir á los que han de gobernar, y colocarlos segun su capacidad. En gobernar á los que gobiernan está el supremo y perfecto gobierno: es menester observarlos, experimentarlos, moderarlos, corregirlos, animarlos, elevarlos, rebajarlos, mudarlos de puesto, y tenerlos siempre en la mano. Quereré examinar todo por sí acusa desconfianza, pequenez: eso es entregarse á una emulacion de menudencias que consume el tiempo y despejo necesarios para las cosas grandes. Para formar grandes designios se necesita que el ánimo este libre y sosegado; es menester pensar holgadamente y con cabal desembarazo del despacho de asuntos espinosos. El ingenio apurado por los pormenores es como el solaje del vino, que no tiene fuerza ni regalo. Los que así gobiernan, siempre se determinan por lo presente, sin estender sus miras á lo futuro: déjansse llevar del negocio del dia en que estan, y este, siendo el único que los tiene ocupados, los absorbe, y les

época el entendimiento; porque no se juzga sanamente de los negocios sino comparándolos entre sí, y ordenándolos todos de manera que presenten consecuencia y proporción. Faltar á esa regla de gobierno es imitar á un músico que se contentara con hallar sonidos armoniosos, sin cuidarse de unirlos y combinarlos para formar una composición dulce y apasionada. Es también imitar al arquitecto que creyera acabada su obra; por tener juntas grandes columnas y muchas piedras labradas, sin pensar en el orden de la construcción ni en las proporciones de los adornos: que mientras construyera una sala, no se acordara de que sería menester una escalera correspondiente, ó cuando trabajara en el cuerpo del edificio, no pensara en el patio ni el portal. Semejante obra no sería sino un conjunto monstruoso de partes magníficas, que no podrían convenir unas con otras, y lejos de honrar al autor, sería un monumento eterno de su vergüenza; porque haría ver que no había tenido capacidad bastante para abrazar en su mente el plan general de todo su trabajo, y que era ingenio de una índole mezquina y subalterna. No lo dudeis, mi querido Telémaco, el gobierno de un reino pide cierta armonía como la música, y exactas proporciones como la arquitectura.

Si quereis que me sirva todavía de la comparación de esas artes, yo os haré conocer cuan mediocres son los hombres que gobiernan ocupándose de los pormenores. El que en un concierto no canta más que ciertas cosas, por más perfectamente que las cante, no pasa de ser un cantor: el que lleva el concierto y que arregla á la vez todas las partes, es el verdadero maestro de música. Del mismo modo el que labra las columnas, ó levanta un lado del edificio, no es más que un albañil; pero el que ha ideado toda la fábrica, y tiene en la cabeza todas las proporciones, ese es el arquitecto. Así los que instruyen más espeditos, los que trabajan más, y despachan más asuntos, son los que gobiernan menos; no son sino oficiales subalternos. La verdadera inteligencia que dirige el estado, es la del que sin hacer nada, lo hace hacer todo, que piensa, que inventa, que penetra lo venidero, que recapitula lo pasado, que

compone, que adapta, que prepara de antemano, que se aferra continuamente para luchar contra la fortuna, como un nadador contra el torrente del agua, que vela noche y día porque nada dependa del acaso.

¿Creeis, Telémaco, que un gran pintor se afana desde por la mañana hasta por la noche para despachar más prontamente sus obras? No, esa premura, ese trabajo servil apagarían todo el fuego de su imaginación; no trabajaría ya de ingenio, y es menester que todo lo haga irregularmente y por inspiración cuando su gusto le mueve y cuando le escita el ánimo. ¿Creeis que pasa el tiempo moliendo colores y preparando pinceles? No, esa es ocupación de sus discípulos. Él se reserva la parte de pensar; no se cuida más que de trazar los rasgos atrevidos que dan á sus figuras nobleza, vida y pasión. Tiene en su cabeza las ideas y sentimientos de los héroes que quiere representar: transportase á los siglos en que han vivido, y se pone en todas las circunstancias en que han estado: á ese entusiasmo necesita añadir cierto juicio que le contenga, para que todo sea verdadero, exacto y proporcionado. ¿Creeis que sea menester, Telémaco, menos elevación de ingenio y de esfuerzos de pensamiento para formar un gran rey que para formar un gran pintor? Deducid pues por conclusión que la tarea de un rey debe ser pensar en grandes proyectos, y buscar los hombres capaces de llevarlos á cabo bajo su dirección.

Telémaco le respondió: Me parece que he entendido cuanto habeis dicho; pero si las cosas fueran así, un rey se vería engañado muchas veces, no entrando por sí mismo en los pormenores. Vos sois quien se engaña, replicó Mentor: lo que impide el ser engañado es el conocimiento general del gobierno. Las gentes que no tienen principios en los negocios, y que carecen de verdadero discernimiento para juzgar á los demás, van siempre como á tientas: es casualidad que no se engañen; no saben siquiera exactamente lo que buscan, ni á qué se deben inclinar; no saben más que desconfiar, y desconfían más bien de los hombres honrados que les contradicen, que de los engañosos que les adula. Al contrario los que tienen principios de gobierno y conocimiento de los hombres, saben lo que deben buscar en ellos, y los medios de conseguirlo: conocen, á lo menos en general, si las personas de que se valen son ins-

trumentos propios para sus designios, y si entran en su miras para tender al objeto que se proponen. Además, como no se entregan á pormenores fatigosos, conservan el entendimiento mas despejado para ver de una ojeada la totalidad de la obra, y observar si camina hácia el fin principal. Si son engañados, á lo ménos no lo son en lo esencial. Estan al mismo tiempo fuera del alcance de esas pobres envidias que señalan una inteligencia limitada y una alma baja: comprenden que no es posible evitar el engaño en los grandes negocios, porque es menester servirse de hombres en ellos, y los hombres son tan á menudo engañosos. Mas se pierde con la irresolucion en que arroja la desconfianza que se perdería con dejarse engañar un poco. Por feliz debe tenerse el que no es engañado sino en las cosas medianas: las grandes no dejan por eso de seguir adelante, y eso es lo único que debe inquietar á un hombre grande. Con severidad se ha de reprimir el engaño, cuando se descubra; pero es menester hacer cuenta con él, si no se quiere ser verdaderamente engañado. Un artesano en su tienda todo lo ve con sus ojos, todo lo hace con sus manos; pero un rey no puede verlo ni oírlo todo en un grande estado. Lo único que debe hacer es lo que no puede hacer otro: lo único que debe ver es lo que pertenece á la resolucion de las cosas importantes.

Por último Mentor dijo á Telémaco: Los dioses os aman y os preparan un reino lleno de sabiduría. Cuanto aquí veis, se ha hecho ménos para gloria de Idomeneo que para enseñanza vuestra. Todas las sabias instituciones que admiráis en Salento, no son mas que un bosquejo de lo que haréis en Itaca algún día, si correspondéis con vuestras virtudes á vuestros altos destinos. Mas ya es tiempo que partamos; Idomeneo nos tiene preparado un bajel para volver á nuestra patria.

A continuación Telémaco, aunque no sin trabajo, le reveló á su amigo una inclinacion que le hacia mirar á Salento con pena. Tal vez, le dijo, me culparéis de enamorarme demasiado fácilmente por donde quiera que paso; pero mi corazón me reconvendría sin cesar, si os ocultase que amo á Antiope, hija de Idomeneo. No, mi querido Mentor, no es una pasion ciega como la pasion de que me habeis curado

en la isla de Calipso: he sondeado bien la profundidad de la herida que el amor me hizo, no pudiendo todavía pronunciar el nombre de Eucaris sin estremecerme; el tiempo y la ausencia no le han borrado del alma. Esta esperiencia funesta me enseña á desconfiar de mí. Pero lo que yo siento por Antiope nada tiene de aquello: no es un amor violento; es inclinacion, aprecio, convencimiento de que sería dichoso si pasara la vida con ella. Si los dioses me vuelven á mi padre, y me permiten elegir una mujer, Antiope será mi esposa. Lo que me encanta mas en ella es su silencio, su modestia, su recato, su asiduidad en el trabajo, su habilidad para las labores de lana y el bordado, su aplicacion á gobernar toda la casa de su padre desde que su madre murió, su desprecio de los vanos adornos, el olvido ó la ignorancia misma de su hermosura en que parece que está. Cuando Idomeneo le mandó guiar al son de las flautas los bailes de las jóvenes Cretenses, se le tendria por la festiva Venus, que va seguida de las Gracias. Cuando la lleva consigo á la caza por los bosques parece majestuosa y diestra en disparar el arco, como Diana en medio de sus ninfas; ella sola no lo sabe, y todo el mundo la admira. Cuando entra en los templos de los dioses, llevando en la cabeza los canastillos con las cosas sagradas, se creeria que es ella misma la deidad que habita en los templos. ¡Con qué timidez, con qué religion la hemos visto ofrecer sacrificios, y desarmar la cólera de los dioses, cuando ha sido menester espiar alguna falta, ó conjurar algun funesto presagio! En fin, cuando se ve rodeada de doncellas con una aguja de oro en la mano, se cree que es la misma Minerva que ha tomado en la tierra una forma humana y que inspira á los hombres las bellas artes: anima á las otras á trabajar; les alijera el trabajo y el fastidio con la dulzura de su voz, cuando las maravillosas historias de los dioses: la delicadeza de sus bordados supera la mas esquisita pintura. ¡Dichoso el hombre á quien un dulce himeneo una con ella! No tendrá que temer sino el perderla y sobrevivirle.

Invoco á los dioses por testigos, mi querido Mentor, que estoy pronto á partir: yo amaré á Antiope toda mi vida; pero

no retardará un momento mi vuelta á Itaca. Si otro debe poseerla, pasará el resto de mis dias en la tristeza y la amargura; pero en fin la dejaré, aunque sepa que la ausencia puede hacérmela perder. No quiero hablarle á ella ni hablar á su padre de mi amor: porque no debo hablar de él sino á vos solo, hasta que Ulises, vuelto á su trono, me haya declarado su consentimiento. Por ahí podeis conocer, mi querido Mentor, cuan diferente es esta inclinacion de la llama con que me habeis visto ciego por Eucaris.

Mentor respondió: O Telémaco, convengo en esa diferencia. Antiope es dulce, sencilla y recatada; sus manos no desdennan el trabajo; provee con mucha antelacion, y provee á todo; sabe callar, y obra con presteza y sin precipitacion; á todas horas está ocupada; nunca se confunde, porque hace cada cosa á su tiempo: el buen orden de la casa de su padre es gloria que la realiza mas que su hermosura. Aunque de todo se cuida, y tenga que reprender, negar, ahorrar, cosas que hacen aborrecidas á las mujeres, sin embargo se ha granjeado el cariño de toda la casa: lo cual consiste en que no hay en ella como en las otras mujeres ni pasion, ni tenacidad, ni lijereza, ni capricho: bástale una mirada para que la entiendan, temiendo todos disgustarle: manda con claridad, y solamente lo que se puede hacer; es bondadosa en reprender, y cuando reprende, anima. El corazon de su padre encuentra en ella el descanso que el viajero estenuado por los ardores del sol halla en la sombra sobre la fresca yerba. Teneis razon, Telémaco, Antiope es un tesoro digno de buscarse en las regiones mas apartadas. Su entendimiento, como su cuerpo, jamas se adorna con vanos atavíos: su imaginacion, aunque viva, está moderada por su juicio: no habla sino por necesidad; y cuando abre la boca, corren de sus labios la dulce persuasion y las gracias candorosas. Desde que empieza á hablar, calla todo el mundo, y ella se ruboriza, faltando poco para que suprima lo que ha querido decir, cuando advierte que con tanta atencion la escuchan. Apenas la hemos oido hablar.

¿Os acordais, Telémaco de un dia que su padre la hizo venir? Presentóse con los ojos bajos, cubierta de un gran velo, y no habló sino para templar el enojo de Idomeneo

que queria castigar rigorosamente á uno de sus esclavos: al principio participó de su sentimiento, y luego le fué calmando, hasta que le hizo oir lo que podia disculpar al desdichado, y, sin que el rey se pudiera creer reconvenido de su demasiado arrebató, le inspiró afectos de justicia y compasion. Cuando Tetis acaricia al viejo Nereo, no aplaca con mas dulzura las olas irritadas. Así Antiope, sin arrogarse autoridad alguna ni prevaterse de sus encantos, manejará el corazon de su esposo, como ahora pulsa su lira, cuando quiere hacer resonar la mas tierna armonía. Os lo repito, Telémaco, ese amor es merecido; los dioses os la destinan: vos la amais con un amor juicioso; es menester guardar á que Ulises os la dé. Alabo el que no hayais querido declararle vuestros sentimientos; y sabed que, si hubierais empleado algun medio indirecto para informarla de vuestros designios, os habria desairado, dejando de teneros en estimacion. Antiope no empeñará su fe á nadie; darála á quien su padre quiera, y no será esposa sino de un hombre que lema á las dioses y lleve mejor todas las condiciones del decoro. ¿Habeis reparado como yo que se presenta aun ménos y baja mas los ojos desde vuestra vuelta? Ella sabe lo que os ha sucedido de afortunado en la guerra; no ignora vuestro nacimiento ni vuestras aventuras, ni cuanto los dioses os han favorecido: eso es lo que le inspira tanta modestia, tanto recato. Vamos, Telémaco, vamos á Itaca; quedame solo el haceros encontrar á vuestro padre, y ponerlos en estado de obtener una esposa digna del siglo de oro: aunque fuese una pastora de la fria region de la Algida, en vez de ser como es hija del rey de Salento, deberéis daros por muy feliz de poseerla.

LIBRO XXIII.

ameneo quiere retardar la despedida de sus huéspedes, y propone á Mentor varios asuntos embarazosos, asegurándole que no podrá arreglarlos sin su ayuda. Mentor le explica como se debe comportar, é insiste en llevarse á Telémaco. Idomeneo prueba á detenerlos excitando en este su pasión por Antiope: invítalos á una cacería, á que dispone que su hija asista. Antiope va á ser despedazada por un jabali y la salva Telémaco, á quien despues cuesta mucho separarse de ella y despedirse del rey su padre; pero animado por Mentor, vence su pena, y se embarca para su patria.

Idomeneo, que temía la partida de Telémaco y Mentor, no pensando más que en diferirla, hizo presente á Mentor que sin él no podía arreglar cierta disidencia que se había suscitado entre Diofanes, sacerdote de Júpiter Conservador, y Heliodoro, sacerdote de Apolo, sobre los presagios que se sacan del vuelo de las aves y de las entrañas de las víctimas.

¿Porqué, le respondió, queréis meteros en las cosas sagradas? Dejadlas á la decision de los Etruscos, que conservan la tradicion de los oráculos mas antiguos, y estan inspirados para ser intérpretes de los dioses: emplead vuestra autoridad solamente en sofocar esas disputas en su nacimiento. No mostreis parcialidad ni aversion; contentaos con apoyar la decision competente cuando esté pronunciada: acordaos de que un rey debe ser sumiso á la religion, y no entrometerse en arreglarla: la religion viene de los dioses, y está sobre los reyes. Si los reyes se mezclan en la religion, en lugar de protegerla, la pondrán en servidumbre. Son tan poderosos, y los demas hombres tan débiles, que todo correrá peligro de alterarse al gusto de los reyes, si se les hace entrar en las cuestiones que tocan á las cosas sagradas. Dejad pues que las resuelvan con absoluta libertad los amigos de los dioses, y ceñios á castigar á los que no se sometan á su juicio, cuando este se declare.

En seguida se lamentó Idomeneo del embarazo en que le ponía una multitud de procesos entre varios particulares, para cuya sentencia le apuraban.

Decidid todos los casos nuevos, fué la respuesta de Mentor, los cuales van á servir luego de máximas generales de jurisprudencia, para la interpretacion de las leyes; pero no os encargueis jamas de juzgar las causas particulares, que todas se os echarian encima de tropel; seriais el único juez de vuestro pueblo, y los demas jueces, vuestros subalternos, vendrian á ser inútiles; os hallariais abrumado, y los negocios de menor cuantía os robarian á los de grande importancia, sin lograr dar salida á todo el despacho de los asuntos inferiores. Guardaos pues de enredaros en semejante laberinto: remitid los pleitos particulares á los jueces ordinarios, y no hagais mas que lo que ningun otro puede hacer para aliviaros: de ese modo deseñenaréis entónces las verdaderas funciones de rey.

Me acosan ademas para que disponga ciertos casamientos, decía Idomeneo. Las personas de nacimiento distinguido que me han seguido á la guerra, y sirviéndome han perdido cuantiosas haciendas, desean encontrar una especie de remuneracion casándose con ciertas doncellas ricas; y no tengo mas que decir una palabra para procurarles esas ventajas.

Es verdad, contestó Mentor, que bastaría una palabra vuestra; pero esa sola palabra os saldría demasiado cara. ¿Querriais quitarles á los padres la libertad y consuelo de elegir á sus yernos, y por consecuencia á sus herederos? Eso fuera imponer á todas las familias la mas rigorosa esclavitud, y haceros responsable de las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Hartas espinas tienen los casamientos sin añadirles ademas esa amargura. Si teneis fieles servidores que recompensar, dadles tierras incultas; agregad á ellas distinciones y honores proporcionados á su categoria y servicios; aumentad el pago, si es menester, con dinero de vuestros ahorros; pero jamas os redimais de vuestras deudas sacrificando las jóvenes ricas á disgusto de sus padres.

Idomeneo pasó de ese á otro punto. Los Sibaritas¹, decía, se quejan de que les hemos usurpado tierras que les

¹ Los Sibaritas eran los pueblos de la antigua Sibari, ciudad de la Magna Grecia en Italia, tan poderosa que tenia bajo su dominacion veinte y cinco ciudades con sus jurisdicciones. Esta ciudad fué

pereneñan, para darlas como campos incultos que labrar á los extranjeros que hemos atraído desde hace poco á Salento; ¿debo ceder á esos pueblos? Si cedo, cualquiera creerá que le basta inventar pretensiones para darnos la ley.

No es justo, repuso Mentor, creer á los Sibaritas en su propia causa; pero tampoco lo es creerlos á vos en la vuestra. ¿Quién pues ha de ser juez? replicó Telémaco. Ninguno puede serlo en su propio litigio, prosiguió Mentor; pero se debe tomar por árbitro á un pueblo vecino que á ninguna de las partes sea sospechoso; por ejemplo, los Sipontinos: esos no tienen interes alguno contrario á los vuestros.

Más ¿he de someterme yo, replicó Idomeneo, al juicio de cualquier árbitro? ¿no soy rey? ¿tiene obligación un soberano de reconocer el fallo de los extranjeros para determinar la estension de su dominio?

Mentor anudó así su discurso: Supuesto que os quereis mantener firme, debeis de estar muy seguro de la razon de vuestro derecho; por otra parte, los Sibaritas no ceden, y sostienen que el suyo es incontestable. En semejante estado de sentimientos contrarios, ó es menester que un árbitro os avenga, ó que decida la suerte de las armas: no hay medio. Si entrarais en una república en que no hubiese magistrados ni jueces, y en que cada familia se creyese con derecho de hacerse justicia por sí y con la fuerza en todas sus pretensiones con los vecinos, deplorarais su desgracia, y os horrorizarais de tan espantoso desorden, viendo armarse á unas familias contra otras. ¿Creéis que los dioses miran con ménos horror el mundo entero, que es la república universal, cuando cada pueblo, que no es otra cosa en ella que una gran familia, se arroga el derecho absoluto de tomarse por su mano y con la fuerza la justicia que pretende tener en sus pretensiones con los otros pueblos vecinos? Un particular que posee un campo, á título de herencia de sus mayores, no puede mantenerse en él sino por la autoridad de las leyes y el juicio del magistrado: si quisiera conservar por la fuerza lo que la justicia le ha dado, seria castigado severísimamente como sedicioso

arruinada por los Crotoniats, y todavía se ven las ruinas en la Calabria ceterior con el nombre de *Sibariti rovinata*.

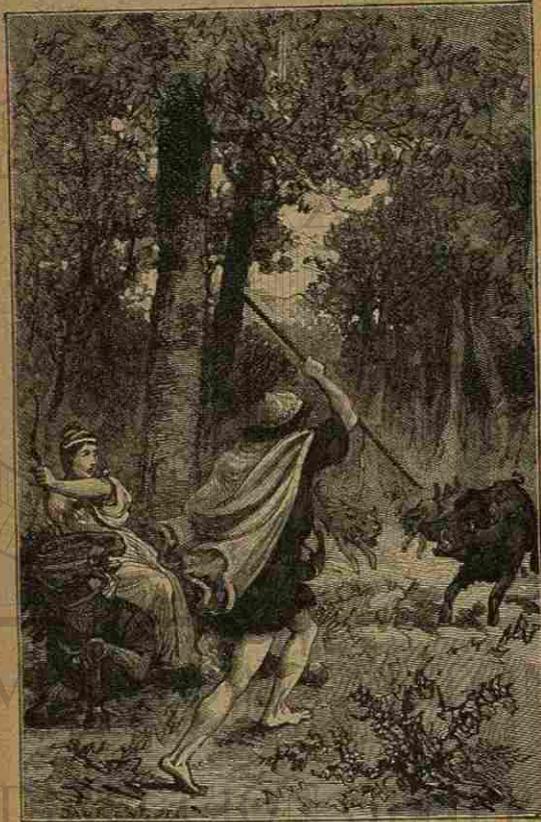
¿Pensais que los reyes pueden emplear desde luego la violencia para sostener sus pretensiones, dejando de recurrir ántes á todos los medios de la dulzura y de la humanidad? ¿No es la justicia mas sagrada é inviolable para los reyes con respecto á comarcas enteras, que para las familias con respecto á algunas tierras labradas? ¿Será injusto y espoliador el que toma algunas aranzadas de campo, y justo y héroe el que arrebatá provincias? Si uno se preocupa, si se engaña, si se obceca en los intereses mezquinos de los particulares, ¿no se ha de temer todavía mas engañarse, obcecar en los grandes intereses del estado? ¿Se dará uno razon á sí mismo en materia en que con tanto fundamento debe cualquiera desconfiar de sí? ¿No se ha de temer el engañarse en casos en que el error de un hombre solo acarrea consecuencias horrorosas? El error de un rey que sus pretensiones lisonjean, suele causar estragos, hambres, matanzas, pérdidas y la depravacion de los costumbres: calamidades cuyas resultas funestas alcanzan hasta los siglos mas remotos. Un rey, que siempre está rodeado de aduladores, ¿no debe temer que le adulen en semejantes circunstancias? Si acepta un árbitro para que arregle sus diferencias, muestra equidad, buena fe, moderacion. Al mismo tiempo publica las sólidas razones en que se apoya su causa. El árbitro elegido es un medianero amistoso, y no un juez de rigor. A sus decisiones no va á darse una acquiescencia ciega, aunque se haya de tener mucho miramiento hácia él: no pronuncia un fallo á manera de juez soberano, sino que propone términos, y por sus consejos se sacrifica algo para conservar la paz. Si á pesar del esmero con que un rey ha tratado de conservar la paz, viene la guerra, le queda á lo ménos el testimonio de la conciencia, la estimacion de sus vecinos, y el justo amparo de los dioses. Idomeneo, persuadido con ese razonamiento, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los Sibaritas.

Viendo entónces el rey que se le frustraban cuantos medios ponía para retener á los dos extranjeros, probó á sujetarlos con un lazo mas fuerte. Habia notado que Telémaco amaba á Antiope, y esperó servirse de aquella pasion para encadenarle. Con ese objeto la hizo cantar muchas veces en los festines. Condescendió ella con el deseo de su padre

por no desobedecerle; pero con tanta modestia y melancolía, que se dejaba ver la pena que la aligía mientras cantaba. Idomeneo quiso tambien que cantara la victoria ganada á los Daunienses y á Adrasto; pero Antiope no pudo resolverse á cantar las alabanzas de Telémaco; se escusó con respeto, y su padre no se atrevió á obligarla. Su voz dulce y patética penetraba en el corazón del hijo de Ulises, y el jóven se conmovia todo. Idomeneo, que tenia los ojos fijos en él, se regocijaba de ver su turbacion. Telémaco empero no se daba por entendido de los designios del rey, no pudiendo dejar de enternecerse sin embargo, aunque la razon triunfara al cabo del sentimiento; porque no era ya aquel Telémaco, en otro tiempo avasallado por una pasión tiránica en la isla de Calipso. Mientras Antiope cantaba, guardaba él un profundo silencio; luego que cesaba de cantar, Telémaco se apresuraba á volver la conversacion á otro cualquiera objeto.

El rey, no pudiendo conseguir su intento por ese medio, tomó por último la determinacion de hacer una gran cacería, de cuya diversion quiso que participara su hija. Antiope lloró, rehusando asistir á ella; pero le fué forzoso cumplir con lo mandado de una manera absoluta por su padre. Monta en un caballo fogoso y echando espuma, semejante á los que Castor domaba para los combates: manéjale sin dificultad, y la sigue con ardor una multitud de doncellas, en medio de las cuales se parece á Diana en los bosques. El rey, que la mira, no se cansa de verla; al contemplarla, olvida todas sus pasadas desgracias. Telémaco la ve tambien, y le encanta mas aun la modestia de Antiope que su destreza y sus gracias todas.

Los perros iban dando alcance á un jabaí de enorme tamaño y furioso como el de Calidon: sus largas cerdas eran duras y erizadas como dardos; los ojos le despedían centellas llenos de sangre y fuego; oíanse desde lejos sus resoplidos, como el rumor de los vientos sediciosos cuando Eolo, para calmar las tempestades, los encierra en su caverna; con sus colmillos, largos y torcidos como la hoz afilada de los segadores, cortaba los troncos de los árboles. Cuantos perros se atrevían á acercársele, quedaban despedazados; y los mas denodados cazadores que le perseguían, temían herirle.



Tiene en la mano un largo dardo.

Antiope, veloz en la carrera como los vientos, no temió acosarle de cerca: dispárale la jabalina, que le entra por encima de la paletilla. La sangre del feroz animal corre, y le embravece; vuélvese á la que le ha herido. De repente el caballo de Antiope, á pesar de sus bríos, se espanta y retrocede; el monstruoso jabali cae sobre él, como las pesadas máquize que derriban las murallas de las ciudades fuertes. El corcel vacila y da en tierra: Antiope se ve en el suelo, sin poder evitar el golpe fatal del colmillo de la fiera enfurecida contra ella. Pero Telémaco, atento al peligro de Antiope, se habia ya apeado. Arrójase mas pronto que los relámpagos entre el caballo caido y el jabali que vuelve á vengar su sangre, y le mete casi todo el largo dardo que tiene en la mano al tremendo animal, que cae lleno de rabia.

Al instante le corta Telémaco la cabeza, que asus todavía vista de cerca, y pasma á todos los cazadores y se la presenta á Antiope. Ruborizase ella, y consulta con los ojos á su padre, que, despues de haberse sobrecogido de susto, está arrebatado de alegría de verla fuera de peligro, y le hace señal de que debe aceptar el regalo. Al tomarla, dijo á Telémaco: Recibo de vos con agradecimiento otro don mayor, pues os debo la vida. Apenas hubo proferido esas palabras, temió haber dicho demasiado, y bajó los ojos. Telémaco entonces, viendo su turbacion, no se atrevió á decirle mas que: ¡ Dichoso el hijo de Ulises, que ha conservado tan preciosa vida! ¡ y mas dichoso aun si pudiera pasar la suya junto á vos! Antiope, sin responderle, se confundió de repente entre sus jóvenes compañeras, y volvió á montar á caballo.

Desde aquel instante hubiera Idomeneo prometido su hija á Telémaco; pero aguardó á que se inflamara mas su pasion dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que así le detendria en Salento el deseo de asegurar su casamiento. Así discurría Idomeneo en su interior; pero los dioses burlan la sabiduria de los hombres. Lo que debía retener á Telémaco, fué precisamente lo que aceleró su viaje; porque lo que empezaba á sentir le hizo con razon desconfiar de sí mismo.

Mentor puso doble esmero en inspirar á Telémaco un impaciente deseo de regresar á Haca y al mismo tiempo insu-

á Idomeneo para que le dejara partir. Ya estaba presta la nave; porque arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco, para elevarle á la mas alta gloria, y no le permitia estar en cada lugar mas que lo necesario para ejercitar su virtud, y hacerle adquirir esperiencia. Mentor habia cuidado de tener dispuesta aquella embarcacion desde la llegada de Telémaco.

Pero Idomeneo, que habia visto con grande repugnancia tales preparativos, cayó en una tristeza mortal, en un desconsuelo digno de lástima, en cuanto llegó el momento de que sus dos huéspedes, de quienes tantos auxilios habia recibido, le abandonaran. Se encerraba en los sitios mas secretos de su casa: allí se desahogaba gimiendo, y derramando lágrimas; no se cuidaba de alimentarse; el sueño no mitigaba sus amargos pesares; se secaba, se consumia con sus angustias. Como un árbol lozano que cubre de sombra el suelo con sus frondosas ramas, y cuyo tronco empieza á roer un gusano, destruyendo los delicados conductos por donde corre el jugo que le nutre, aunque los vientos no le han desgajado, aunque la tierra le alimenta complacida, aunque el hacha del labriego le ha respetado siempre, se va deteriorando sin saberse la causa de su mal, y se marchita y se deshoja desnudándose de sus galas, y se reduce á un tronco cubierto de una corteza rota y á ramas recas: así parecia Idomeneo en su afliccion.

Telémaco enternecido no se atrevia á hablarle; temiendo el dia de la separacion, buscaba pretextos para diferirle, y nubiera permanecido mucho tiempo en esa incertidumbre, si Mentor no le hubiese dicho: Me complazco en veros tan mudado. Habéis nacido duro y altivo; nada os movia sino vuestras conveniencias é intereses; pero al cabo sois hombre, y empezais por la esperiencia de vuestros males á compadecer los de los otros. Sin esa compasion, no se gobierna á los hombres con bondad, virtud ni capacidad; con todo, es menester no llevarla al estremo, ni dar en la flaqueza del sentimiento. Yo hablaria de buena gana con Idomeneo para hacer que consienta en nuestra marcha, y os ahorraria el embarazo de una conversacion tan desagradable; pero no quiero que la mala vergüenza y la timidez se apoderen de vuestro carazon. Necesitais acostumbraros á

mezclar el valor y la firmeza con la amistad tierna y afectuosa. Es menester huir de aumentar la afliccion de los hombres sin necesidad; pero es menester tambien tomar parte en sus penas, cuando no se puede evitar el causárselas, y amortiguar el golpe que es imposible quitarles enteramente. Precisamente por eso mismo, replicó Telémaco, preferiria yo que vos fueseis, y no yo, quien le diera á Idomeneo la noticia de nuestra partida.

Mentor le dijo al punto: Os engañais, mi querida Telémaco: habeis nacido como los hijos de los reyes, criados en la púrpura, que quieren que todo se haga á su manera, y que toda la naturaleza obedezca á su voluntad, sin tener fuerza para resistir cara á cara á nadie. No es eso porque se interesen por los hombres y teman adigirlos; sino porque no quieren, por conveniencia propia, ver semblantes tristes y descontentos á su alrededor. Las penas y miserias de la humanidad no les mueven, si no las tienen delante de los ojos: cuando de ellas se les habla, se enfadan y entristecen: para agradarles, es menester decir siempre que todo va bien; y mientras estan rodeados de placeres, no quieren ver ni oír cosa que interrumpa su alegría. ¿Se ha de reprender, castigar, desengañar á alguien, resistir á las instancias y pasiones de un importuno? ántes que hablar ellos mismos con una afable entereza, siempre le darán el encargo á cualquiera. En esas ocasiones preferirian dejarse arrancar las gracias mas injustas, echarian á perder los negocios mas importantes, por falta de saber oponerse á las personas con quienes han de tratar todos los dias. Semejante debilidad, que todos les conocen, hace que cada cual procure sacar su provecho: se insta, se importuna, se acosa, y acosando se logra lo que se pretende. Al principio se les adula é inciensa para insinuarse; pero despues que se ha ganado su confianza, y que se ocupa cerca de ellos puestos de alguna autoridad, se les lleva léjos, se les impone el yugo, bajo el cual gimen, y que muchas veces quieren sacudir en vano, porque toda la vida pesa sobre su cuello. Ponen su punto en que nadie crea que se dejan gobernar, y siempre son gobernados, no pudiendo pasar sin serlo; porque se parecen á los débiles sarmientos de una vid que, no teniendo fuerza para sostenerse, se enreden al tronco de cualquiera árbol corpulento.

Yo no permitiré que caigáis en esa falta, Telémaco, porque hace á un hombre incapaz de gobernar. Ahora sois tan lierno que no os atreveis á hablar á Idomeo, y desde que salgais de Salento, no volveréis á pensar en su aflicción: no os entenece su dolor; su presencia es lo que os embarrasa. Id á hablar á Idomeo vos mismo: aprended en esta ocasion á ser cariñoso y firme á la vez: manifestadle vuestro sentimiento de dejarle; pero mostradle con tono respetuoso la necesidad de nuestra partida.

Telémaco no se atrevia ni á resistirse á Mentor, ni á ver á Idomeo: estaba avergonzado de su temor, y no tenia valor para vencerle: vacilaba, daba dos pasos, y volvía al instante para alegar á Mentor cualquiera nuevo motivo de dilacion. Pero bastaba una mirada de Mentor para quitarle la palabra, y disipar todos sus especiosos pretextos. Es este, decía Mentor sonriéndose, el vencedor de los Dau-nienses, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, el que despues de él debe ser el oráculo de la Grecia? Y no se atreve á decirle á Idomeo que no puede retardar la vuelta á su patria para ver á su padre! ¡O pueblo de Itaca, cuán infeliz serás si algun dia tienes por rey á quien se deje dominar de una mala vergüenza, y sacrifique los mayores intereses á sus debilidades en las cosas mas pequeñas! Ved cuánta diferencia hay, Telémaco, entre la bizarría en los combates y el valor en la conducta: no habeis temido las armas de Adrasto, y temeis la tristeza de Idomeo. Hé ahí lo que deshonra á los príncipes que han acabado las mayores hazañas: despues de haber parecido héroes en la guerra, se muestran los últimos de los hombres en las ocasiones ordinarias en que otros se conducen con vigor.

Telémaco, sintiendo la verdad de estas palabras, y herido de la reconvencion, partió de repente sin escucharse á sí mismo; pero no bien llegó á verse en donde estaba Idomeo sentado con los ojos bajos, decaído y agobiado de tristeza, ambos se temieron uno á otro, y no se atrevian á mirarse. Sin hablar se entendian, temiendo cada cual que el otro rompiera el silencio, hasta que los dos se echaron á llorar. En fin Idomeo, impelido por el exceso del dolor, exclamó: ¿De qué sirve buscar con esmero la virtud, si tan mal recom-

pensa á los que la aman? ¡Despues de haberme hecho conocer mi flaqueza, me abandonan! Pues bien, volveré á caer en todas mis desgracias: que no me hablen mas de gobernar bien; no, me es imposible, estoy cansado de los hombres. ¿Adónde quereis ir, Telémaco? Vuestro padre no existe; buscaisle en vano: Itaca está en poder de vuestros enemigos, y os harán perecer si volveis: alguno de ellos será ya esposo de vuestra madre. Quedaos aquí; seréis mi yerno y mi heredero; reinaréis despues de mi muerte. Durante mi vida tambien tendréis un poder absoluto: mi confianza no tendrá limites. Si sois insensible á todas esas ventajas, á lo ménos dejadme á Mentor, que es todo mi recurso. Hablad, respondedme, no me cerreis vuestro corazon, tened piedad del mas desventurado de los hombres. ¡Qué! ¿nada decís? ¡Ah! entiendo cuán crueles son conmigo los dioses: aun me lo hacen sentir mas rigurosamente que en Creta, cuando con mis manos inmolé á mi propio hijo.

Al cabo Telémaco le respondió con voz turbada y temerosa: Yo no soy mio: los bados me llaman á mi patria. Mentor, que posee la sabiduría de los dioses, me manda en su nombre partir. ¿Qué quereis que haga? ¿Renunciare á mi padre, á mi madre, á mi patria, que debe serme todavía mas cara que ellos? Destinado á ser rey, yo no puedo seguir una vida dulce y sosegada, ni ceder á mis inclinaciones. Vuestro reino es mas rico y poderoso que el de mi padre; sin embargo mi deber es preferir el que los dioses me destinan al que vos teneis la bondad de ofrecermé. Me tendria por feliz si Antiope fuera mi esposa, sin esperanza de vuestro reino; mas, para merecerla, es menester que vaya adonde mis deberes me llaman, y que mi padre sea quien os la demande para mí. ¿No me habeis prometido enviarme á Itaca? ¿No he combatido contra Adrasto por vos en union de los aliados, contando con vuestra promesa? Tiempo es ya de que piense yo en reparar mis infortunios domésticos. Los dioses, que me han confiado á Mentor, han dado tambien á Mentor al hijo de Ulises para que cumpla sus destinos. ¿Quereis que pierda á Mentor despues de haberlo perdido todo? No tengo bienes, ni asilo, ni padre, ni madre, ni patria asegurada; solamente me queda un varon sabio y virtuoso. que es el don mas precioso de Júpiter. Decidid

vos mismo si podré renunciar á él, y consentir en que me abandone. No, ántes moriria. Arrancadme la vida; la vida es nada; pero no me quiteis á Mentor.

A medida que Telémaco hablaba, su voz se fortalecia, y se disipaba su timidez. Idomeneo no sabia qué responder, y sin embargo no podia convenir con lo que el hijo de Ulises le decia. Cuando no podia ya hablar, á lo ménos procuraba con sus miradas y gestos inspirar compasion. En aquel momento vió aparecer á Mentor, que le dijo estas graves palabras:

No os aflijais: nos separamos; pero la sabiduria que preside á los consejos de los dioses quedará con vos: creed solamente que habeis tenido demasiada dicha en que Júpiter nos haya enviado aquí para salvar vuestro reino, y apartaros de vuestros estravios. Filocles, que os hemos restituido, os servirá con fidelidad: el temor de los dioses, la afición á la virtud, el amor á los pueblos, la compasion de los desdichados, animarán siempre su corazon. Escuchadle, servios de él con toda confianza y sin envidia. El mayor servicio que podeis obtener de él, es que os diga todos vuestros defectos sin contemplaciones. El principal valor de un buen rey está en buscar verdaderos amigos que le adviertan de sus faltas. Si tenéis ese valor, nuestra ausencia no os perjudicará, viviréis feliz; pero como la adulacion, que se desliza como una serpiente, vuelva á encontrar el camino de vuestro corazon, para inspiraros desconfianza contra los consejos desinteresados, os perdeis. No os dejéis abatir flojamente por el dolor; esforzaos á seguir la virtud. He dicho á Filocles lo que debe hacer para aliviarnos, y para que jamas abuse de vuestra confianza: puedo responderos de él: los dioses os le han dado como á mi me han dado á Telémaco. Cada cual debe seguir valerosamente su destino: es inútil aligirse. Si alguna vez llegais á necesitar de mí, despues que haya vuelto á Telémaco á su padre y á su pais, vendré á veros. ¿Qué haria yo que me pudiera procurar un placer mas grato? Yo no busco en la tierra bienes ni autoridad: no quiero mas que ayudar á los que buscan la justicia y la virtud. ¿Podré yo olvidarme jamas de la confianza y amistad que me habeis manifestado?

Con esas palabras se sintió Idomeneo cambiado de repente, y su corazon se tranquilizó, como Neptuno con el tridente calma las olas embravecidas y las mas negras borrascas: quedábale solo un dolor dulce y sosegado, ó mas bien que dolor vivo, cierta melancolia, y sentimiento de ternura. El valor, la confianza, la virtud, la speranza es el amparo de los dioses volvieron á renacer en él.

¿Con que! le dijo, mi querido Mentor, ¿es menester perderlo todo, y no desanimarse? A lo ménos acordaos de Idomeneo cuando lleguéis á Itaca, en donde vuestra sabiduria os colmará de prosperidad. No olvideis que Salento ha sido obra vuestra, y que aquí dejais á un rey desventurado que no espera sino en vos. Partid, digno hijo de Ulises, ya no os detengo, que no es mi intento resistir á los dioses que me han prestado tan rico tesoro. Partid tambien vos, Mentor, el mayor y mas sabio de todos los hombres (si la humanidad puede hacer lo que os he visto hacer, y si no sois alguna deidad bajo esa forma ajena para enseñar á los débiles é ignorantes), conducid al hijo de Ulises, mas feliz en teneros que en haber vencido á Adrasto. Partid ambos; yo no puedo hablar, perdonad mis suspiros. Id, vivid, sed dichosos juntos: á mi no me queda en el mundo mas que el recuerdo de haberos poseído aquí. ¡O hermosos dias! ¡dias demasiado felices! ¡dias cuyo precio no he conocido bastante! ¡dias tan rápidamente pasados! ¡nunca volveis! ¡nunca verán mis ojos lo que ven!

Mentor se aprovechó de este momento para la marcha, y abrazó á Filocles, que le inundó de lágrimas sin poder hablar. Telémaco fué á tomar la mano de Mentor para desasirse de las de Idomeneo; pero Idomeneo, tomando el camino del puerto, se puso entre Mentor y Telémaco: mirábalos, y gemia; empezaba palabras interrumpidas con sollozos, y ninguna le era posible acabar.

En esto se oyen gritos confusos en la orilla del mar, cubierta de marineros; tesan las jarcias, izan las velas, levántase el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden llorando del rey, que los tiene abrazados estrechamente largo rato, y que los sigue con los ojos hasta lo mas léjos que alcanza.

LIBRO XXIV.

ante la navegación, Telémaco se hace explicar por Mentor muchas dificultades acerca de la manera de gobernar bien los pueblos, entre otras la de conocer á los hombres, para no emplear sino á los buenos, y no dejarse engañar de los malos. Cuando están para terminar esta conversacion, la calma del mar los obliga á dar fondo en una isla adonde acababa de arribar Ulises. Allí le ve y habla Telémaco sin conocerle; pero al ver que se embarca, siente una turbacion interior cuya causa no puede concebir. Mentor se la explica, le consuela, asegúrale que pronto se reunirá con su padre, y prueba su piedad y paciencia retardando su partida para ofrecer un sacrificio á Minerva. Por último la diosa, oculta bajo la figura de Mentor, recobra su forma y se da á conocer, hace ver á Telémaco sus últimas lecciones, y desaparece. Después de lo cual Telémaco llega á Itaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Eumco.

Ya se hinchan las velas, leván las áncoras, y parece que la tierra huye. El piloto experimentado divisa á lo lejos las montañas de Leucates⁴, cuya cima se esconde en un torbellino de heladas escarchas, y los montes Acroceraunios⁵, que todavía muestran al cielo una frente orgullosa, después de haberlos confundido tantas veces el rayo.

Durante la navegación, Telémaco decía á Mentor: Ahora creo entender las máximas de gobierno que me habeis explicado. Al pronto me parecían como un sueño; pero poco á poco se van desenvolviendo en mi espíritu, y se me presentan con claridad: como todos los objetos parecen lóbregos y confusos por la mañana á los primeros resplandores del alba, y luego se perciben como si fueran saliendo de un caos, cuando la luz, que crece insensiblemente, los distingue y les restituye, por decirlo así, sus figuras y matices naturales. Persuádome en efecto de que el punto esencial del gobierno es el discernir la índole diferente de cada inge-

⁴ Leucates es un promontorio del Epiro.

⁵ Son los montes de la Quimera, de los cuales se ha hablado ya; también están en el Epiro.

nio para elegir y aplicar á cada cual según su capacidad; pero me queda que saber todavía como se puede conocer á los hombres.

A eso le respondió Mentor: Para conocer á los hombres, es menester estudiarlos, y para estudiarlos se necesita ver á muchos y tratar con ellos. Los reyes deben hablar con sus súbditos, hacer que ellos hablen, consultarlos, y ensayarlos en empleos subalternos de que les hagan darles cuenta, para ver si son aptos para mas altas funciones. ¿Cómo habeis aprendido en Itaca, mi querido Telémaco, á conocer los saballos? A fuerza de tenerlos y de notar sus defectos y perfecciones con las gentes experimentadas. De la misma manera hablad á menudo de las prendas y faltas de los hombres con varones prudentes y virtuosos, que hayan estudiado mucho tiempo su carácter, y aprenderéis insensiblemente como son, y lo que es permitido esperar de ellos. ¿Qué es lo que os ha enseñado á conocer los buenos y los malos poetas? La frecuente lectura y la reflexion con personas que tenían gusto poético. ¿Qué es lo que os ha hecho adquirir el discernimiento de la música? La misma aplicacion á observar los buenos músicos. ¿Cómo se puede confiar en que se gobernará bien, cuando no se conoce á los hombres? ¿y cómo se ha de adquirir ese conocimiento, si nunca se vive con ellos? No es vivir con ellos verlos, verlos en público, porque así no se dicen mas que cosas indiferentes y preparadas con arte: se trata de verlos en particular, de sacar de su corazón los mas profundos pensamientos que en él guardan, de sondearlos por todas partes, y de penetrar bien en su interior para descubrir sus principios. Pero se necesita empezar sabiendo lo que el hombre debe ser, para llegar á juzgar con tino el corazón humano: es menester saber cual sea el verdadero mérito, para discernir al que le tiene del que no le tiene.

Háblase continuamente de virtud y de mérito, sin saber lo que precisamente es el mérito y la virtud. Para la mayor parte de los que se honran con hablar de ambas cosas á toda hora, no son sin embargo mas que dos bellos nombres, dos palabras sin sentido determinado. Son indispensables, para conocer á los que son sensatos y virtuosos, principios ciertos de justicia, de razon y de virtud. Se necesita saber cuales son las máximas de un gobierno bueno y sabio, para

conocer á los hombres que tienen esas máximas, y á los que de ellos se apartan con falsa sutileza. En una palabra, para medir muchos cuerpos, es menester una medida constante; para juzgar de los hombres, es menester del mismo modo la regla de los principios fijos á la cual se adaptan todos nuestros juicios. Importa saber de cierto cual es el objeto de la vida humana, y el fin que se debe proponer el que gobierna á los hombres. Ese objeto único y esencial es no querer jamás la autoridad y la grandeza por el provecho propio; porque esa pretension ambiciosa solo llegaría á satisfacer un orgullo tiránico, y en las infinitas penas del gobierno, se debe sacrificar todo á que los hombres sean buenos y felices. De otro modo se va á tientas y al acaso toda la vida, como un bajel en alta mar, sin piloto que consulte las estrellas, y sin conocer las costas hácia donde hace rumbo; no puede evitar el naufragio.

Muchas veces no saben los príncipes lo que han de buscar en los hombres, por no saber en que consiste la verdadera virtud. Esta tiene para ellos algo de áspera; les parece demasiado rígida é independiente; los espanta y enoja, y al fin se inclinan al lado de la adulacion. Desde que lo hacen, les es imposible hallar sinceridad ni virtud, y corren detras de una vana fantasma de mentida gloria que los vuelve indignos de la gloria verdadera. No tardan en acostumbrarse á creer que no hay en la tierra virtud, porque los buenos conocen á los malvados, pero los malvados no conocen á los buenos, y ni aun pueden creer que los haya. Semejantes príncipes no saben mas que desconfiar de todos por igual; se esconden, se encierran, recelan de las cosas mas leves, temen á los hombres, y se hacen temer de ellos. No atreviéndose á presentarse como son, huyen de la luz. Aunque no quieran ser conocidos, los conocen, porque la maligna curiosidad de sus súbditos lo penetra y advina todo; mientras ellos á nadie conocen. Las gentes interesadas que los rodean, se regocijan de verlos inaccesibles. Un rey inaccesible á los hombres, lo es tambien á la verdad; cuanto le pudiera abrir los ojos, se manea con infames calumnias y se aparta de él. Esa clase de reyes pasa la vida en una grandeza salvaje y feroz, temiendo continuamente que los engañen, como los engañan siempre sin poderlo evitar y sin dejar de merecerlo. En cuanto no

se trata mas que con un reducido número de personas; se espone uno á contagiarse con sus pasiones y sus errores, porque hasta los buenos tienen sus faltas y preocupaciones. Además así se abre la puerta á los chismosos, gente vil y de mala ralea, que se alimenta con veneno y emponzone las cosas mas inocentes, que aumenta las leves, que inventa el mal por no dejar de hacer daño, y que por su interes juega con la desconfianza y la indigna curiosidad de un príncipe débil y asombradizo.

Conced pues, conced á los hombres, ó mi querido Telemaco, examinadlos, haceldes hablar á unos de otros, esperimentadlos poco á poco, no os entregueis á ninguno. Aprovechao de vuestras esperiencias, cuando os halleis engañado en vuestros juicios; porque alguna vez habréis de engañaros, siendo los perversos demasiado profundos para no sorprender á los buenos con sus disfraces. Aprended así á no precipitar vuestros juicios, ni en bien ni en mal, acerea de nadie, pues de una y otra manera se corre peligro: vuestros mismos errores os deben servir de utilísima instruccion. Cuando encontréis talento y virtud en un hombre, utilizadle con toda confianza; porque las personas honradas quieren que se reconozca su rectitud, y prefieren la estimacion y la confianza á los mas ricos tesoros. Pero no le echeis á perder dándole un poder sin límites: que hay quien habria sido siempre virtuoso, y no lo es ya, porque su señor le ha dado demasiada autoridad y demasiadas riquezas. Cualquiera que tenga la dicha de que los dioses le amen tanto que se dignen dejarle encontrar en su reino dos ó tres amigos verdaderos de sabiduria y constante bondad, pronto encontrará por su medio á otras personas que les jarezcan, para ocupar con ellos los puestos inferiores. Los buenos en quienes un rey confia, le hacen conocer lo que no podria discernir por si en los otros súbditos.

Pere ¿debe uno servir de los malos, cuando son hábiles, como tantas veces lo he oído decir? decia Telemaco. Muchas veces, respondia Mentor, hay necesidad de servise de ellos. En una nacion agitada y donde todo es desorden, se suelen hallar personas injustas y artificiosas que gozan de autoridad; tienen empleos importantes que no se les pueden quitar; han ganado la confianza de algunos poderosos con quienes es forzoso contemporar; y á esos mismos

malvados se necesita tratarlos con miramiento, porque se temen, y pueden trastornarlo todo. Conviene en efecto servirse de ellos por algun tiempo, pero se debe no perder de vista el inutilizarlos poco á poco. Por lo que hace á confianza verdadera é íntima, guardaos bien de que la logren jamas, porque pueden abusar de ella, sujetándoos despues á vuestro despecho con el secreto de que los hayais hecho dueños: cadena mas difeíl de romper que todas las cadenas de hierro. Empleadlos en negociaciones pasajeras; tratadlos bien: obligadlos por sus mismas pasiones á que os sean fieles; pues solo de ese modo podréis contar con ellos; pero no les deis parte en vuestras deliberaciones mas secretas. Tened siempre la mano sobre un registro que les haga moverse á vuestro arbitrio, y nunca les deis la clave ni de vuestros pensamientos ni de vuestros negocios. Cuando el estado vuelva á sosegarse, esté arreglado, y le dirijan hombres sabios y rectos de quienes esteis seguro, irán poco á poco los malvados, que os veiais ántes en la necesidad de emplear, perdiendo su importancia. Entónces no será justo cesar de tratarlos bien, porque nunca es lícito ser ingrato, ni aun con los perversos; pero tratándolos bien, será menester procurar que se hagan buenos. Es necesario tolerarles ciertos defectos que se perdonan á la humanidad; sin embargo importa relevarlos poco á poco de la autoridad, y reprimir los daños que harian abiertamente, si se les dejara obrar. Sobre todo, el que se haga lo bueno por los malos es siempre un mal, y aunque muchas veces sea inevitable, debe ponerse el posible esmero en procurar poco á poco que desaparezca. Un príncipe sabio, que no quiere sino el buen órden y la justicia, llegará con el tiempo á no necesitar de hombres corrompidos y falaces; bastantes buenos encontrará que tengan capacidad suficiente.

No basta sin embargo encontrar hombres de bien en una nación, es necesario formar otros. Eso debe ser embarazosísimo, replicó Telémaco. No tal, contestó Mentor: la aplicacion con que buscais á los hombres hábiles y virtuosos para elevarlos, escita y anima á cuantos se sienten con inteligencia y valor: todos se esfuerzan. ¡Cuántos no hay que se consumen en una ociosa oscuridad, los cuales llegarían á ser varones eminentes, si los estimularan á trabajar la emulacion y esperanza de buen éxito! ¡Cuántos

no hay, cuya miseria los arrastra á tentar fortuna por el camino del crimen, creyendo que nada pueden conseguir por la senda de la virtud! Luego, si no dais mas que á la probidad y al talento las recompensas y los honores, ¿cuántos de vuestros súbditos no procurarán formarse para merecerlos? ¿Y cuántos no formaréis vos mismo haciéndoles subir por grados desde los empleos inferiores hasta los mas elevados? Ejercitaréis su capacidad; experimentaréis e alcance de su inteligencia, y probaréis la sinceridad de su virtud. Los que lleguen á los puestos importantes, se habrán educado á vuestros ojos en los cargos subalternos. Habréislos seguido toda su vida paso á paso, y los juzgaréis, no por sus palabras, sino por la serie cabal de sus acciones.

En estos razonamientos se entretenian Telémaco y Mentor, cuando divisaron una nave feacense¹, fondeada en una isla pequeña, desierta y de aspecto salvaje, rodeada de rocas espantosas. Al mismo tiempo cesó el viento, y hasta parecia que los mas blandos céfiros contenian su aliento: el mar se quedó como un espejo: las velas abatidas no podian impeler el bajel, y fué necesario arribar á la isla, mas bien escollo que tierra propia para habitacion de hombres. Con otro tiempo de ménos calma hubiera sido imposible acercarse á ella sin mucho peligro.

Los Feacenses, que aguardaban el viento, no mostraban ménos impaciencia de continuar la navegacion que los Salentinos. Telémaco se dirige á ellos por entre los escarpados peñascos de la orilla, y le pregunta al primero que encuentra si no ha visto á Ulises, rey de Itaca, en casa del rey Alcinoos².

No era casualmente Feacense el hombre á quien se habia acercado: era un extranjero incógnito, que tenia un aspecto majestuoso, si bien triste y abatido; parecia obsorto en sus pensamientos, y apenas escuchó la pregunta de Telémaco il principio; pero al fin le respondió: Ulises, no os engañáis, ha sido hospedado por el rey Alcinoos, como por quien

¹ Feacense, es decir, de Corcira, hoy Corfú, isla del mar Jónico, sobre las costas del Epiro, del cual no está separada mas que por un canal de una á dos leguas.

² Rey de los Feacenses, el cual acogió á Ulises en su casa despues que este naufragó.

teme á Júpiter, y practica los deberes de la hospitalidad; mas ya no está en su casa, y le buscariais en ella inútilmente: ha partido para volver á Itaca, si los dioses aplarados le permiten al cabo que alguna vez pueda saludar sus dioses penates.

Apénas hubo pronunciado esas palabras con tono melancólico el extranjero, se internó precipitadamente en un bosque espeso, y subió á lo alto de una roca, desde donde contemplaba el mar, huyendo de los hombres que veía, y dando señales de la pesadumbre que aquella detencion le ocasionaba.

Tenia Telémaco los ojos clavados en él, y cuanto mas le miraba tanto mayores eran su emocion y maravilla. Ese desconocido me ha contestado, dijo á Mentor, como un hombre que apénas escucha lo que le dicen, y que está lleno de amargura. Yo compadezco á los desgraciados desde que lo soy, y siento que mi corazon, sin saber porqué, toma parte en la suerte de ese extranjero. Mal me ha acogido; apénas se ha dignado escucharme y responder; pero me es imposible dejar de desearle que acabe de padecer.

Mentor le contestó sonriéndose: Hé ahí para lo que sirven las desgracias de la vida, para hacer á los príncipes moderados y compasivos con los demas hombres. Cuando no han bebido sino en la copa venenosa de la prosperidad, se creen dioses; quieren que las montañas se allanen para satisfacer á sus caprichos; en nada tienen al género humano; de la naturaleza entera se pretenden burlar. Si oyen hablar de padecimientos, no saben lo que sean: para ellos es un sueño, porque jamas han visto la distancia del bien y del mal. Solo el infortunio puede inspirarles sentimientos de humanidad, y cambiar su corazon de piedra en corazon humano: entónces conocen que son hombres, y que deben tratar con miramiento á sus semejantes. Si un desconocido os da tanta lástima, porque anda errante, como vos, en estas vocas, ¿cuánta mas deberéis tener al pueblo de Itaca, si algun dia le veis padecer; á ese pueblo que los dioses os confiarán como un rebaño á un pastor, y que tal vez será infeliz por vuestra ambicion, vuestro fausto, ó vuestra imprudencia? porque los pueblos no padecen sino por culpa de los reyes, que deberian velar para impedir que padecieran.

Mientras Mentor hablaba así, Telémaco estaba sumergido en la tristeza y el pesar: por último le respondió con alguna emocion: Si todo eso es verdad, la condicion de un rey es harto desdichada. Esclavo de todos los que parece señor, hanacido para ellos, á ellos se debe todo, está encargado de todas sus necesidades, es el hombre de todo el pueblo en general y en particular de cada uno. Es menester que se acomode á sus flaquezas, que los corrija como padre, que los haga buenos y dichosos. La autoridad que al parecer posee, no es suya; nada le es lícito para su gloria ni para susatisfaccion: su autoridad es la de las leyes, debiendo obedecerlas para dar ejemplo á sus súbditos. Hablando con propiedad, no es mas que el defensor de las leves para hacer que ellas reinen, y á fin de mantenerlas necesita velar y trabajar: es el ménos libre, el ménos descansado de todo su reino: es un esclavo que sacrifica su sosiego y libertad á la libertad y felicidad públicas.

Es cierto, replicó Mentor, que el rey no es rey sino para cuidar de su pueblo como un pastor de su rebaño, ó como de su familia un padre; pero ¿teneis por desdichado á quien puede hacer bien á tantos? Si corrige á los malos con castigos, tambien alienta á los buenos con recompensas: representa á los dioses guiando así á la virtud á todo el género humano. ¿No hay bastante gloria en hacer guardar las leyes? La de sobreponerse á ellas es una gloria falsa, que solo merece horror y menosprecio. Si es un perverso, no puede en efecto dejar de ser infeliz, porque no hallará paz en sus pasiones ni en su vanidad; si es un hombre de bien, gozará del mas puro y estable de todos los placeres trabajando por la virtud, y esperando de los dioses una remuneracion eterna.

Telémaco, agitado interiormente por una desazon secreta, estaba al parecer como si no entendiera aquellas máximas, bien que se hallase nutrido de ellas y que las hubiese enseñado á los demas. Llevado del humor negro que le dominaba, se oponia por espíritu de contradiccion y sutileza á sus verdaderos sentimientos, rebatiendo las verdades que Mentor le esplicaba, y arguyéndole con la ingratitud de los hombres. ¡Cómo! decia; tomarse tantos afanes para granjearos el amor de los hombres que tal vez nunca os

amarán, y para hacer bien á los malvados que se valdrán de vuestros beneficios contra vos mismo!

Mentor le respondió con paciencia: Es necesario contar con la ingratitud de los hombres, sin dejar por eso de hacerles bien, debiendo servirles no tanto por ellos como por el amor de los dioses que así lo mandan. Nunca se pierde el bien que se hace: si los hombres le olvidan, los dioses se acuerdan de él y le recompensan. Además, si es la multitud ingrata, siempre hay hombres virtuosos que agradecen vuestra virtud. La multitud misma, aunque mudable y caprichosa, no deja tarde ó temprano de hacer justicia á su manera al verdadero mérito.

Con todo ¿quereis evitar la ingratitud? no trabajéis únicamente para hacer al hombre poderoso, rico, temible en las armas, feliz con los deleites: esa gloria, esa abundancia, esos placeres, le corromperán: será así mas perverso, y por consecuencia mas ingrato; porque le ofrecéis un don funesto, un regalado fósigo. Trabajad, si, en reformar las costumbres, en inspirar ideas y sentimientos de justicia, de sinceridad, de temor á los dioses, de humanidad, de moderación, de desprendimiento, de fidelidad; haciendo buenos á los hombres, impediréis que sean desagradecidos, y les proporcionaréis el verdadero bien, que es la virtud, la cual, siendo como debe ser, los unirá siempre á quien la habrá infundido en sus corazones. De ese modo, dándoles verdaderos bienes, sacaréis provecho vos mismo de vuestra obra, y no tendréis que temer su ingratitud. ¿Debe extrañarse que los hombres sean ingratos con príncipes que no los han acostumbrado mas que á la injusticia, á la ambición sin límites, á la envidia de sus vecinos, á la inhumanidad, á la soberbia y á la mala fe? El príncipe debe esperar de ellos lo que les ha enseñado. Si al contrario con su ejemplo y su autoridad trabajara para hacerlos buenos, en las virtudes que les inspirase encontraría el fruto de su trabajo; ó á lo ménos su propia virtud y el amor de los dioses le servirían de consuelo en sus equivocaciones.

Acabado apenas este discurso, Telémaco se adelantó premurosamente hácia los Feacenses cuya nave estaba detenida en la orilla. Dirigióse á un anciano que habia entre ellos, y le preguntó de donde venian, adónde iban, y si no habian visto á Ulises. El anciano le respondió: Venimos

de nuestra isla, que es la de los Feacenses, y vamos á Epiro á buscar mercaderías. Ulises, como ya os lo han dicho, ha pasado por nuestra patria, pero ha salido de ella.

¿Quien es, añadió Telémaco inmediatamente, ese hombre tan triste, que busca los lugares mas desiertos, aguardando á que parta vuestra nave? Es un extranjero, replicó el anciano, á quien no conocemos; pero dicen que se llama Cleomenes, que ha nacido en Frigia, y que un oráculo habia vaticinado á su madre, ántes de su nacimiento, que seria rey, con tal que no permaneciera en su patria, porque si permanecía en ella, los dioses harían sentir su cólera á los Frigios con una peste cruel. Luego que nació, sus padres le entregaron á unos marineros que le llevaron á Lesbos¹. Allí fué criado secretamente á espensas de su patria, que tanto interes tenia en que estuviese lejos. Creció pronto, y se hizo robusto, agradable y diestro en todos los ejercicios corporales, siendo iguales los adelantos que señalaron su gusto é ingenio en las ciencias y las bellas artes. Pero en ninguna parte le pudieron tolerar: la predicción de su destino llegó á ser famosa, y por donde quiera que iba, se le reconocía al instante: todos los reyes temían que les arrebatara la diadema. Así va errante desde su juventud, y no puede encontrar en el mundo un punto en donde le sea permitido detenerse. Ha estado en muchos países apartadísimos del suyo; pero apenas ha llegado á cualquiera pueblo, cuando se ha descubierto su nacimiento y el oráculo que le acompaña. Por mas que se esconda, y que en cada pueblo se entregue á un género de vida oscuro, su inteligencia, segun dicen, brilla siempre á pesar suyo ya para la guerra, ya para las letras, ya para los negocios mas importantes: siempre se ofrece en cada pais una ocasión imprevista que le arrastra y le hace conocer del público. Su mérito forma su desgracia, porque le hace temer y le excluye de todos los países en que quiere habitar. Su destino es ser estimado, querido, admirado en todas partes, pero de todas desterrado. Ya no es jóven, y sin embargo

¹ Lesbos, hoy Metelin, es una isla del Archipiélago á dos leguas de la costa de la Natolia, entre Esmirna y el estrecho de Galipoli.

toda vía no ha podido encontrar, ni en Asia ni en Grecia, una costa en donde le hayan consentido vivir con sosiego. Parece hombre sin ambicion, y no busca la fortuna, porque se alegraría de que jamás le hubiese prometido el oráculo la dignidad real. Ninguna esperanza le queda de ver su patria, sabiendo que no le llevaría sino el luto y las lágrimas de todas las familias. La corona, que de tantos padecimientos le ha sido causa, no le parece de desear, y corre en pos de ella, contra su voluntad, de reino en reino, mientras ella le huye como para burlarse del infeliz hasta su vejez: ¡funesto do. de los dioses que turba todos sus días mejores, y que no le procurará sino fatigas en la edad en que el hombre acabado no necesita mas que descanso! Dice que va á la Tracia á buscar algun pueblo salvaje y sin leyes, que pueda reunir, civilizar y gobernar durante un corto espacio de años, y que entónces, cumplido el oráculo y no teniendo por que temerle en los otros reinos mas florecientes, se propone retirarse á una aldea de la Caria, en donde se entregará á la agricultura, que ama con pasion. Es hombre sabio y moderado, teme á los dioses, conoce bien á los hombres, y sabe, sin estimarlos, vivir con ellos en paz. Eso es lo que se cuenta del extranjero por quien me habéis preguntado.

Durante la conversacion, volvía Telémaco la vista muchas veces hácia el mar, que empezaba áragilarse. El viento levantaba las olas que se iban á estrellar en las rocas, blanqueándolas con su espuma. En aquel momento dijo el anciano á Telémaco: Es menester que parla; mis compañeros no pueden aguardarme. Dichas estas palabras, corrió á la orilla: todos se embarcan; no se oye mas que la confusa gritería de los marineros, que arden con la impaciencia de larse á la vela.

El desconocido, llamado Cleomenes, habia corrido algun tiempo por lo interior de la isla, subiendo á la punta de todos los peñascos, y contemplando desde allí el inmenso espacio de los mares con profunda tristeza. Telémaco, que no le perdía de vista, no habia cesado de observar sus pasos. Su corazon se enternecía en favor de un hombre virtuoso, errante, desgraciado, destinado á las cosas mas altas, y juguete al mismo tiempo de una fortuna rigorosa, lejos de su país. A lo ménos, decía entre sí: yo veré tal

vez á Itaca; pero ese Cleomenes jamás podrá volver á Frigia. El ejemplo de otro mas infeliz aun que él mitigaba su pena. Por último aquel extranjero, viendo la nave dispuesta, habia bajado de las rocas escarpadas con la prontitud y agilidad que Apolo, cuando en los bosques de Licia, plándose la rubia cabellera, atraviesa los precipicios parterir con sus flechas los ciervos y los jabalíes. Ya está el desconocido en el bajel, que corta las amargas olas y se aleja de la tierra.

Apodérase entónces del corazon de Telémaco una sensacion misteriosa de dolor; se aflige sin saber la causa; le caen las lágrimas de los ojos, y nada le consuela como llorar. Al mismo tiempo repara en los marineros de Salento, que estan en la orilla acostados sobre la yerba, y todos duermen profundamente. El cansancio y abatimiento los habian sumido en un dulce sueño, habiendo derramado el poder de Minerva todas las húmedas adormideras de la noche sobre sus miembros en medio del día. Telémaco se queda atónito al ver el letargo universal de los Salentinos, cuando los Feacenses han estado tan atentos y diligentes para aprovecharse del viento favorable; pero todavía le llama mas la atencion la nave feacense que va á desaparecer entre las olas, que el ir á despertar á los Salentinos: encadena sus ojos con sorpresa y turbacion secreta aquel navío ya lejano, cuyas velas apenas alcanza á distinguir por lo poco que blanquean en lo azulado de las aguas. No escucha á Mentor que le habla, y está fuera de sí en un arrobamiento parecido al de las Ménades¹, cuando tienen en la mano el tirso, y hacen resonar con sus gritos estravagantes las orillas del Hebro², y las montañas de Ródope y de Ismara³.

Al cabo vuelve un poco de aquella especie de encantamiento, y rompe en llanto. Mentor le dice entónces: No me estraña, querido Telémaco, veros llorar: la causa de vuestro dolor, desconocida para vos, no es desconocida para Mentor: la naturaleza habla y se hace sentir, enterneciéndo así vuestro corazon. El extranjero que os ha producido

¹ Las Ménades ó Bacantes eran las sacerdotisas de Baco.

² Río de la Tracia, hoy llamado Mariza.

³ Montes tambien de la Tracia.

tan viva emoción, es el grande Ulises: lo que un viejo feacense os ha contado de él, dándole el nombre de Cleomenes, no no es sino ficción, inventada para mejor ocultar la vuelta de vuestro padre á su reino. De aquí va derecho á Itaca; ya está cerca del puerto, y ve al fin los lugares tanto tiempo deseados. Vuestros ojos le han visto, como os lo habian presagiado, pero sin conocerle: pronto le veréis, y os reconoceréis uno á otro, no pudiendo permitir los dioses ese reconocimiento fuera de Itaca. No se ha conmovido su corazón ménos que el vuestro; mas es demasiado prudente para descubrirse á mortal alguno, en un lugar en que podría esponerse á las traiciones é insultos de los amantes de Penélope. Ulises, vuestro padre, es el mas sabio de los hombres; su corazón es como un pozo profundo, de donde sería imposible sacar un secreto. Aunque ama la verdad, y jamas dice cosa alguna que la lastime, no la revela sino por necesidad: porque la prudencia le tiene los labios cerrados, como un sello, para toda palabra inútil. ¡Cuán conmovido ha estado mientras os hablaba! ¡cuánta violencia le ha costado el no descubrirse! ¡cuánto ha padecido al veros! Ese era el motivo de su tristeza y abatimiento.

Mientras hablaba así Mentor, Telémaco enternecido y turbado no podía contener un torrente de lágrimas; los sollozos le impidieron mucho tiempo responder; hasta que al fin exclamó: ¡Ay! mi querido Mentor, bien sentía yo que habia en ese desconocido algo que me llevaba hácia él, y me conmovia las entrañas. Mas ¿porqué no me habeis dicho que era Ulises, ántes de que partiera, supuesto que le conociais? ¿Porqué le habeis dejado partir sin hablarle ni manifestar que le conociais? ¿Qué misterio es este? ¿He de ser yo siempre infeliz? ¿Quieren los dioses irritados tenerme como á Tántalo sediento, que el agua engañosa burla, huyendo de sus ávidos labios? ¡Ulises! ¡Ulises! ¿os he perdido para siempre? ¡Quizas no volveré á verle! ¡Acaso los amantes de Penélope le harán caer en las asechanzas que á mí me preparaban! A lo ménos, si yo le siguiera, moriria con él. ¡O Ulises! ¡O Ulises! si la tempestad no os echa todavía sobre algun escollo (que todo lo temo de la fortuna enemiga), tiemblo de miedo no sea que lleguéis á Itaca

con tan funesta suerte como Agamenon⁴ á Micenas. Pero, querido Mentor, ¿porqué me habeis envidiado mi felicidad? Ahora le abrazaría; ya estaria con él en el puerto de Itaca; los dos pelearíamos para vencer á todos nuestros enemigos.

Mentor le contestó sonriéndose: Ved, mi querido Telémaco, lo que es la condicion del hombre: porque habeis visto á vuestro padre sin conocerle, os abandonais al mayor desconsuelo. ¡Cuán to no hubierais dado ayer por estar seguro de que no habia muerto! ¡Hoy lo estais por vuestros mismos ojos, y esa seguridad, que debería colmaros de júbilo, os deja en la amargura! Así siempre cuenta por nada el corazón enfermo de los mortales lo que mas ha deseado, desde que lo posee, sobrándole el ingenio para atormentarse por lo que todavía no ha logrado.

Los dioses os mantienen suspenso de esa manera, á fin de ejercitar vuestra paciencia. Pareceos este tiempo perdido; sabed que es el mejor aprovechado de vuestra vida, porque os ejercita en la mas necesaria de todas las virtudes para los que estan destinados á mandar. Es menester ser paciente, para hacerse dueño de si y de los otros: la impaciencia, que se cree fuerza y vigor de alma, no es mas que debilidad é impotencia para soportar la pena. El que no sabe aguardar y sufrir, es como el que no sabe callar un secreto: uno y otro carecen de firmeza para contenerse, como un hombre que corre en un carro, y no tiene bastante fuerza en la mano para sujetar á tiempo sus fogosos caballos, los cuales, no obedeciendo al freno, se precipitan, y disparados derriban y hacen pedazos al hombre débil á quien se le escapan. Así arrastran al impaciente sus indómitos y feroces deseos á un abismo de infortunios: cuanto mayor es su poderio, tanto mas funesta le es la impaciencia; nada aguarda, para nada se toma el tiempo de calcular; todo lo violenta para satisfacerse; desgaja las ramas para coger el fruto ántes de que esté maduro; rompe las puertas por no esperar á que se las abran: quiere segar

⁴ Agamenon, rey de Micenas, habiendo vuelto de la guerra de Troya cargado de laureles, fué asesinado en su casa por Egisto, ayudado de Clitemnestra, su propia mujer, que le habia deshonrado durante su ausencia.

cuando el prudente labrador siembra : cuanto hace de priesa y fuera de sazón , le sale mal , y no puede durar mas tiempo que sus volubles deseos . Tales con los insensatos proyectos de quien cree que todo le es posible , y que , entregándose á sus deseos impacientes , abusa de su poder . Para enseñaros á tener paciencia , mi querido Telémaco , os ejercitan en ella los dioses , que al parecer juegan con vos en la vida errante en que os hacen estar siempre incierto . Lo que anhelaís , se os presenta y huye como un sueño ligero que al despertar se desvanece , á fin de que sepais que las mismas cosas que se creen seguras en las manos , se escapan en el momento . Las lecciones mas sabias de Ulises o os hubieran aprovechado tanto como os aprovecharán su usencia y los trabajos que pasais buscándole .

En seguida quiso Mentor hacer la última prueba y la mas fuerte con la paciencia de Telémaco . Al instante que el joven iba á excitar con ardor á los marineros para acelerar la partida , Mentor le detuvo de improviso , y le propuso el hacer en la orilla del mar un sacrificio á Minerva . Telémaco se presta con docilidad á lo que Mentor quiere . Se erigen dos altares de césped ; humea el incienso ; corre la sangre de las victimas . Telémaco dirige al cielo tiernos suspiros , y reconoce la poderosa proteccion de la diosa .

No bien se acabó el sacrificio , cuando siguió á Mentor por las sendas sombrías de un cercano bosquecillo . Allí advierte de repente que el rostro de su amigo toma una forma nueva : las arrugas de la frente se desvanecen como las sombras , cuando la Aurora con sus dedos de rosa abre las puertas del oriente , é inflama todo el horizonte ; los ojos concavos y austeros se mudan en ojos azules de una celestial dulzura , y llenos de fuego divino ; la cana y desaliña da barba desaparece ; y se muestran á la vista de Telémaco deslumbrado unas faciones nobles y altivas con mezcla de suavidad y de gracia . Reconoce el semblante de una mujer con una tez mas tersa que una flor delicada recién abierta al sol ; vese la blancura de la azucena y el carmin de las nacientes rosas . En ese rostro brilla una juventud eterna con una majestad simple y natural : sus cabellos sueltos esparcen la fragancia de la ambrosia , y sus traje resplandece como los vivos colores con que el sol , al salir , pinta las opacas bóvedas del cielo y las nubes que llega á dorar .

La deidad no toca la tierra con el pié ; deslízase lijaramente por el aire como una ave le hiende con sus alas : tiene en la poderosa mano una lanza brillante , capaz de hacer temblar á las ciudades y naciones mas belicosas , y que al mismo Marte causaria espanto : su voz es dulce y apacible , pero sonora y penetrante ; todas sus palabras son dardos de fuego que se clavan en el corazón de Telémaco , haciéndole sentir no sé qué dolor delicioso : encima del casco lleva el ave melancólica de Atenas ⁴ , y en el pecho le brilla la formidable egida . A estas señales reconoce Telémaco á Minerva .

¡ O diosa ! esclama , ¿ cómo que sois vos misma la que os habeis dignado guiar al hijo de Ulises por el amor de su padre ! Quería proseguir , pero le faltó la voz , esforzándose en vano á pronunciar con los labios los pensamientos que le salian con impetuosidad de lo íntimo del alma : la divinidad que miraba , le confundia , y se hallaba como quien se siente oprimido de un sueño hasta perder la respiracion , y con la agitacion penosa de los labios no puede articular una palabra .

Al fin Minerva le habló así . Hijo de Ulises , escuchadme por última vez . Yo no he instruido á mortal alguno con el esmero que á vos ; os he llevado de la mano por medio de naufragios , regiones desconocidas , guerras sangrientas , y cuantos males pueden probar el corazón del hombre . Os he mostrado con esperiencias sensibles los verdaderos y los falsos principios para reinar . Vuestras faltas no os han sido ménos útiles que vuestros infortunios ; porque ¿ cuál es el que puede gobernar sabiamente , sin haber padecido jamas , ni haberse aprovechado nunca de las desgracias en que sus faltas le han precipitado ?

Habeis llenado , como vuestro padre , las tierras y los mares de vuestras tristes aventuras . Id , ahora sois digno de seguir sus huellas . No os queda mas que una corta y fácil travesía hasta Itaca , adonde arriba en este instante : ayudadle á combatir , y obedecedle como el menor de sus súbditos , para dar ejemplo á los demas . Ulises os dará por

⁴ El ave melancólica de Atenas es el buho , cuyo vuelo miraban los Atenienses como presagio de la victoria , porque esta ave estaba consagrada á Minerva .

esposa á Antiope, con la cual seréis dichoso por haber buscado ménos la hermosura que el recato y la virtud. Cuando reinéis, poned toda vuestra gloria en procurar que renazca el siglo de oro: oid á todos; creed á pocos; guardaos de confiar demasiado en vos mismo; temed engañaros; pero nunca temáis hacer ver á los otros que habeis sido engañado.

Amad á los pueblos, sin olvidar cosa alguna de cuanto pueda hacer que ellos os amen. El temor es necesario, cuando el amor falta; pero es menester emplearle siempre con pesar, como los remedios violentos y peligrosos.

Antes de acometer cualquiera empresa, considerad siempre de antemano todas las resultas; preveed los mas terribles inconvenientes, y tened entendido que el verdadero valor consiste en conocer bien todos los peligros, y en despreciarlos cuando son inevitables. El que no quiere mirarlos, no tiene bastante valor para soportar su vista con serenidad; el que los ve todos, evita los que se pueden evitar, y arrostra los demas sin conmoverse, es el único que merece ser tenido por varon prudente y magnánimo.

Huid de la molície, del fausto, de la profusion: gloriaos de la sencillez: que vuestras virtudes y buenas acciones sean los ornamentos de vuestra persona y de vuestro palacio: que sean las guardias que os rodeen; y que de vos aprendan todos en lo que consiste el verdadero honor.

Nunca olvideis que los reyes no reinan para su propia gloria, sino para bien de sus pueblos. El bien que hacen se estiende hasta los siglos mas remotos; el mal que hacen se propaga de generacion en generacion hasta la mas lejana posteridad. Un mal reinado suele ser causa de la calamidad de muchos siglos.

Sobre todo tened cuenta con vuestro honor, que es enemigo que llevaréis con vos por todas partes hasta la muerte; penetrará en vuestros consejos, y os hará traicion, si le escuchais. Ese defecto hace perder las ocasiones mas importantes; inspira inclinaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los mayores intereses; obliga á decidir las negocios mas graves por razones mezquinas; ofusca la inteligencia, mengua el valor, y vuelve al hombre desigual, débil, bajo é insoportable. Desconfiad de semejante enemigo.

